

**ALONSO ZAMORA
VICENTE: VIDA Y
FILOLOGÍA**

MARIO PEDRAZUELA FUENTES

ALONSO ZAMORA
VICENTE: VIDA Y FILOLOGÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA

ALONSO ZAMORA VICENTE:
VIDAY FILOLOGÍA

TESIS DOCTORAL
DIRECTOR: PABLO JAURALDE POU

MARIO PEDRAZUELA FUENTES

2007

Alonso Zamora Vicente: vida y filología

Mario Pedrazuela Fuentes

Tesis doctoral

Director: Pablo Jauralde Pou

Departamento de Literatura Española

Facultad de Filología y Letras

Universidad Autónoma de Madrid

Octubre de 2007

A mis padres, a mis hermanos..., al silencio.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
-------------------	---

CAPÍTULO I

AÑOS VEINTE: INFANCIA Y JUVENTUD, EL MADRID DE LOS AÑOS VEINTE.

I. RASTREO BIOGRÁFICO EN LA OBRA DE ALONSO ZAMORA VICENTE.....	23
--	----

II. LA FAMILIA: «ESA DESANTENDIDA QUEMADURA DE ESTAR ESTORBANDO».....	31
--	----

III. MADRID: «ABANDONO DE LA CÁSCARA PUEBLERINA PARA CONVERTIRSE EN UNA GRAN CIUDAD».....	40
--	----

1.- La ciudad a través de un balcón.....	44
2.- Todo el mundo tenía un pueblo.....	49
3.- La familia urbana.....	54
4.- Madrid años veinte, una ciudad que empieza a divertirse.....	60
4.1 El teatro.....	60
4.2 El cine.....	63

IV. LOS INICIOS EN EL MUNDO DE LAS LETRAS.....	69
1.- El colegio.....	69
2.- El instituto.....	73
3.- Las primeras lecturas.....	74
4.- La lengua.....	77

CAPÍTULO II

AÑOS TREINTA: UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA, CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, LA GUERRA CIVIL, LA INMEDIATA POSGUERRA.

I. LA UNIVERSIDAD.....	81
1.- El caserón de San Bernardo.....	83
2.- La Ciudad Universitaria.....	87
3.- Nuevos planes de estudio para la Facultad de Filosofía y Letras.....	89
4.- Los profesores.....	91
5.- Los alumnos.....	101
6.- La vida del estudiante fuera de la Universidad.....	105
II.- EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS.....	110
1.- La creación de la Junta para Ampliación de Estudios y del Centro de Estudios Históricos.....	111
2.- Alonso Zamora Vicente y el Centro de Estudios Históricos: El Archivo de la Palabra y el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica.....	118
3.- Índice Literario y María Josefa Canellada.....	129
4.- El final del Centro de Estudios Históricos.....	130
III.- LAS MISIONES PEDAGÓGICAS.....	134

IV.- LA GUERRA CIVIL.....140

- 1.- Los primeros días de la guerra.....140
- 2.- Incorporación a filas.....150
- 3.- El final de la guerra.....156

V.- REGRESO A MADRID.....160

- 1.- La Facultad de Filosofía y Letras durante la guerra
y en la inmediata posguerra.....161
- 2.- El Centro de Estudios Históricos durante la guerra
y su conversión en el Consejo Superior de
Investigaciones Científicas.....179

CAPÍTULO III

**AÑOS CUARENTA: LA POSGUERRA, EL INSTITUTO DE MÉRIDA, LAS
UNIVERSIDADES DE SANTIAGO Y SALAMANCA, EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA
DE BUENOS AIRES.**

I. EL SISTEMA EDUCATIVO EN LA INMEDIATA POSGUERRA.....199

- 1.- Oposiciones a profesor de instituto.....207

II.- MÉRIDA, PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE.....211

- 1.- La tesis doctoral.....214
- 2.- Las primeras publicaciones.....223

III.- OPOSICIONES A CÁTEDRA UNIVERSITARIA.....227

IV.- LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.....	235
1.- La poesía de Francisco de la Torre.....	242
2.- El poema de Fernán González.....	246
3.- Estudios de dialectología gallega.....	249
3.- Los cursos de verano para extranjeros de la Universidad de Santiago	251
V.- ASTURIAS Y LOS TEMAS PORTUGUESES.....	258
1.- El léxico rural asturiano.....	258
2.- Y más al oeste, Portugal.....	260
VI.- LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.....	267
1.- La Universidad de Salamanca en los años cuarenta.....	268
2.- <i>Ínsula</i>	275
3.- Los filólogos y los duros años cuarenta.....	278
V.- EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES.....	285
1.- Nacimiento del Instituto de Filología.....	291
2.- Amado Alonso y el Instituto de Filología.....	297
3.- Alonso Zamora y el Instituto de Filología.....	309

CAPÍTULO IV

AÑOS CINCUENTA: ARGENTINA, CAMBIOS EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EL MUNDO LITERARIO.

I. LOS AÑOS ARGENTINOS.....	321
1.- Publicaciones en Argentina.....	325
2.-La vida intelectual en el Buenos Aires de los años cincuenta.....	333

II.- AIRES DE CAMBIO LLEGAN A LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA.....	346
--	-----

III.- SALAMANCA, OTRA VEZ.....	355
--------------------------------	-----

1.- VII Centenario de la Universidad de Salamanca.....	356
2.- Otros actos con motivo del VII Centenario de la Universidad.....	363
3.- Las conversaciones de cine de Salamanca.....	367
4.- Cargos que ocupó Zamora Vicente en la Universidad de Salamanca. Los cursos de verano de la Universidad I nternacional Menéndez Pelayo.....	373
5.- El proyecto del laboratorio de fonética. Salida de la Universidad de Salamanca.....	378

IV.- ALONSO ZAMORA VICENTE Y LA VIDA LITERARIA EN LA ESPAÑA DE LOS CINCUENTA.....	389
--	-----

1.- Los primeros libros de cuentos.....	389
2.- Una novela inédita.....	391
3.- <i>Smith y Ramírez, S.A.</i>	395
4.- Tertulia del café Lyon.....	403
5.- Editorial Castalia.....	406
6.- Editorial Alfaguara.....	419
7.- <i>Papeles de Son Aramdans</i>	423

CAPÍTULO V

AÑOS SESENTA: EL COLEGIO DE MÉXICO, UNA DÉCADA PRODUCTIVA, LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

I. EL COLEGIO DE MÉXICO.....	435
------------------------------	-----

1.- Vocales caducas en el español mexicano.....	453
---	-----

II.- LA PRODUCTIVA DÉCADA DE LOS SESENTA.....	455
1.-Dialectología española.....	455
2.- Lope de Vega.....	463
3.- Dos libros de ensayos.....	468
4.- Camilo José Cela.....	476
5.- La primera novela: <i>Un balcón a la plaza</i>	479
III. UNIVERSIDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS.....	483
1.- El Instituto Internacional.....	486
IV. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.....	490
1.- El diccionario histórico de la lengua española.....	491
2.- La elección como académico.....	504
3.- Secretario perpétuo de la Academia.....	514
3.1.- La elección como secretario.....	514
3.2.- El cargo de secretario.....	518
3.3.- Aprobación de unos nuevos estatutos.....	522
3.4.- Asociación de Academias de la Lengua Española.....	523
3.5.- Vigésima edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua.....	524
3.6.- Diccionario Manual Ilustrado.....	526
3.7.- Asociación de Amigos de la Academia.....	529
3.8.- La Casa-Museo de Lope de Vega.....	532
4.- Historia de la Real Academia de la Lengua.....	534
V. LOS CURSOS DE VERANO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE RELACIONES CULTURALES.....	538
VI.- LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE.....	541
VII.- OBRA CREATIVA.....	545
ARCHIVOS CONSULTADOS.....	553
BIBLIOGRAFÍA.....	555

INTRODUCCIÓN

Cuando conocí a Alonso Zamora Vicente él ya estaba retirado del mundo académico e intelectual. Durante los últimos diez años de su vida lo visité con asiduidad; nos sentábamos en el jardín, si el tiempo lo permitía, o bien en el salón y, alrededor de un café, él iba hilvanando recuerdos y anécdotas. Al principio tomaba apuntes en un cuaderno, pero ante la gran cantidad de información que recibía, convinimos que mejor sería emplear una grabadora. Entre los años 2002 y 2004, por tanto, pude grabar de su viva voz sus vivencias, en las que además de trazar un recorrido biográfico, también lo hacía por la realidad histórica española de la pasada centuria, así como por el mundo de nuestra filología en el siglo xx. En el último año de su vida trabajé con él organizando la gran cantidad de papeles que guardaba y clasificando el material para preparar la publicación de la segunda edición de la *Historia de la Real Academia*. Cuando murió, la familia me encargó que continuara con el trabajo y fui catalogando toda la documentación que había acumulado antes de enviarla a la biblioteca que lleva su nombre en Cáceres. Aparecieron, entre todo ese material, cartas de colegas y de otras personalidades de la cultura, notas, textos manuscritos, artículos, libros, fotografías, material que ratificaba muchas de las cosas que me había dicho de palabra.

Me encontraba ante uno de los últimos representantes de la vida intelectual española del siglo pasado. Gracias a sus reflexiones he podido reunir una

cantidad importante de datos en relación con nuestra historia más reciente, una serie de informaciones que con su muerte corrían el riesgo de desaparecer para siempre. Conversar con Zamora Vicente me permitía regresar la mirada hacia una España convulsa tanto política como socialmente. Durante su larga vida se han ido sucediendo todos los regímenes posibles: nació bajo la monarquía de Alfonso XIII, pasó su infancia con la dictadura de Primo de Rivera, disfrutó de las libertades de la República, la defendió en la guerra, se adaptó como buenamente pudo a la dictadura del general Franco y, en el último tercio de su vida, por fin vivió un sistema democrático.

Los avatares que sufrió en vida transcurrieron de forma paralela a la historia de la filología en el siglo XX. Tuvo la enorme fortuna de formarse en la edad de oro de la Filología española. En la universidad de la República, acudía a las clases de Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás, Pedro Salinas, Elías Tormo, entre otros profesores. Gracias a ellos trabajó, durante sus años de estudiante, en el Centro de Estudios Históricos. Tras la guerra y sus consiguientes depuraciones, se incorporó de nuevo al mundo de la educación, primero en institutos, después en las universidades de Santiago de Compostela, Salamanca y Madrid. Pero el regreso a la normalidad no resultó agradable en la mayoría de los casos y, al igual que muchos de sus colegas que habían defendido al gobierno republicano en la contienda, sufrió vejaciones y apartamientos. Ante esta situación lo mejor era salir fuera del país. Primero a Argentina, al Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires del que acababa de ser expulsado Amado Alonso; después a universidades europeas y americanas para entrar en contacto con nuevos métodos y avances en la enseñanza de la Filología, que contrastaba con el anquilosamiento en el que se encontraba en ese momento la española; y más tarde al Colegio de México, otra de las instituciones más representativas de la filología hispánica.

En todos estos lugares, Zamora se relacionó con los grandes escritores de la literatura española e hispanoamericana. Ya antes de la guerra, acudía con asiduidad a las conferencias de Unamuno, Ortega y Juan Ramón que tenían lugar en la Residencia de Estudiantes o en la sala Valdecilla del caserón de San Bernardo; a Valle-Inclán lo vio en la cacharrería del Ateneo; con Azorín y Baroja convivió en el Madrid de la posguerra. Fue alumno de Pedro Salinas en la universidad; la Academia le unió a Vicente Aleixandre y a Gerardo Diego; junto a Dámaso Alonso vivió los azares de la Filología Española después de la guerra. Al igual que sus compañeros de generación, Camilo José Cela, Blas de Otero, Antonio Buero Vallejo, etc., buscó los espacios que la censura le permitía para escribir sus cuentos y novelas. En los años que estuvo en América mantuvo una estrecha relación con escritores de aquel continente, principalmente con Jorge Luis Borges y Julio Cortázar.

Con el tiempo mi relación con Zamora Vicente se fue haciendo más intensa. De forma que, cuando finalicé la licenciatura en Filología Hispánica, y me decidí a iniciar el doctorado, sabía que la tesis guardaría relación con la figura y obra de Alonso Zamora Vicente, y con toda la información, que subido a esa atalaya durante tardes enteras, había podido divisar. Por entonces, no sabía con exactitud cómo enfocaría el proyecto. Después de mucho pensarlo me decidí por hacer una biografía de Alonso Zamora, pero no una biografía al uso, sino, siguiendo sus pasos como filólogo, historiar el mundo de la Filología española del siglo pasado. Para ello vi necesario centrarme principalmente en su obra filológica y dejar de lado la creativa, que es la que más ha estudiado la crítica.

La investigación sobre la vida y la obra de Zamora Vicente me ha llevado a introducirme, a partir de documentos y cartas, en las instituciones más representativas del mundo de la Filología hispánica. De hecho, una parte importante de la tesis la dedico a estudiar cómo era la universidad de la

República, con sus novedosos planes y la construcción de la Ciudad Universitaria; el Centro de Estudios Históricos con los importantes proyectos que estaban llevando a cabo Menéndez Pidal y su grupo de colaboradores, principalmente el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y el Archivo de la Palabra, en los que el joven Zamora Vicente tuvo una mayor participación. Una vez finalizada la guerra, me preocupé por analizar cómo se produjo el proceso de reconstrucción del sistema educativo, durante el cual se hizo especial hincapié en la eliminación de todo rastro que remitiera, de una forma u otra, al anterior régimen. Se acaba con la Junta para Ampliación de Estudios y, en su lugar, se crea el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de donde desaparecen todos los investigadores afines a la República; algo parecido sucede con la universidad española de los años cuarenta y cincuenta; en mi trabajo abordo los ejemplos de las de Madrid, Santiago de Compostela y Salamanca, en las que Alonso Zamora enseñó. La gran mayoría de los intelectuales que tuvieron que exiliarse encontraron las puertas abiertas de universidades europeas y americanas, también de centros de investigación, como el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires o el Colegio de México, en los cuales don Alonso dirigió durante una temporada las secciones de filología, y en los que me detengo para conocerlos en profundidad, desde que se crearon hasta su llegada. La última institución a la que el filólogo y escritor madrileño ha entregado una parte decisiva de su vida fue a la Real Academia Española; a ella dedicamos un capítulo importante al final de la tesis para conocer cómo era en los años sesenta, setenta y ochenta, años en los que, desde su cargo de secretario, fue adaptando la institución a los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española.

Aunque no ha sido preocupación central su obra como escritor, gracias a esa faceta he podido acercarme de una manera peculiar al mundo de las letras en la España de mediados del siglo pasado, conocer las tertulias del Madrid de la posguerra, como la que se celebraba en la librería de Enrique Canito en la calle del

Carmen, y la del café Lyon, dirigida por Rodríguez Moñino y José María de Cossío, más centrada en temas filológicos; o también a importantes revistas que impulsaron la literatura española de esa época, dentro de los límites que la dictadura permitía: me refiero a *Ínsula* y a *Papeles de Son Armadans*, a las cuales Zamora Vicente estuvo muy vinculado desde sus orígenes. Otros proyectos editoriales interesantes, principalmente para el mundo de la filología, fueron la colección *Austral* de Espasa Calpe, donde por primera vez los filólogos empezaron a publicar, en libros de bolsillo, sus ensayos, lo que les permitió acercarse más al público en general; y la editorial Castalia, cuya colección de clásicos Zamora dirigió durante varios años. También coordinó una colección dedicada al mundo de la investigación filológica en la editorial Alfaguara, creada por su amigo Camilo José Cela y sus hermanos.

Una de las características principales de la escuela filológica española fue el amplio campo de estudio que abarcaba; sus trabajos van desde la crítica literaria a la dialectología, pasando por la lexicografía o la lingüística. En un momento en el que casi todo estaba por descubrir, estos hombres, siguiendo la senda marcada por Menéndez Pidal, se introdujeron en el estudio de temas diversos pertenecientes a los diferentes campos de la filología; sus métodos eran bien distintos de los que dominan en la actualidad, en donde predomina la especialización extrema. La obra filológica de Alonso Zamora, como continuadora de la corriente filológica pidaliana, ha sido muy variada y amplia, aunque siempre ha estado más centrada en el campo de la dialectología, campo sobre el que publicó mucho y en el que destaca su *Dialectología española*, así como sus estudios sobre el gallego, las vocales andaluzas, el rehilamiento porteño, sin olvidar su tesis doctoral sobre el habla de Mérida. Pero no ha renunciado a otros campos, principalmente a la crítica literaria, en el que cabe resaltar sus estudios sobre Valle-Inclán en los que analiza las dos grandes vertientes en las que la crítica divide la obra del escritor gallego: el modernismo de las *Sonatas* y el

esperpento de la última época. O el estudio de las primeras novelas de su compañero de generación Camilo José Cela en un momento en el que el futuro premio Nobel comenzaba a despuntar en las letras españolas. En este campo, Zamora Vicente se ha caracterizado por ir a la vanguardia y tratar temas a los que, debido a su proximidad cronológica, el mundo académico no prestaba atención. Además de detenerse en el estudio de autores contemporáneos, no podían faltar entre sus trabajos filológicos los autores clásicos de nuestra literatura, principalmente Lope de Vega, sobre el que escribió una biografía, además de editar varias de sus obras; y Tirso de Molina, de quien también editó algunas de sus comedias. Le interesaron siempre Luis de Camoes y Gil Vicente, autores fronterizos entre la cultura castellana y la portuguesa. En el campo de la lexicografía, colaboró bastantes años en la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española*; durante el tiempo que estuvo como secretario salió a la luz la vigésima edición del *Diccionario de la Real Academia* y, después de muchos años de inercia, se encargó de reelaborar una edición actualizada del *Diccionario Manual Ilustrado*.

Toda esta actividad filológica no es exclusiva de Zamora Vicente, otros compañeros se centraron en el estudio de otros campos y en otros autores o materias. Él es un ejemplo de un grupo de filólogos que se formaron en el Centro de Estudios Históricos, con una metodología muy concreta, que situó a España a la vanguardia de la Filología europea. Para ello, don Ramón se rodeó de colaboradores que fue formando para que le ayudaran a llevar a cabo la ingente tarea que quedaba por hacer en las letras españolas. Los primeros que se sumaron a su estela fueron Américo Castro, Navarro Tomás, Francisco de Onís, Homero Solís, etc.; después vendrían Amado Alonso, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, José F. Montesinos, Gili Gaya; algo más tarde Rafael Lapesa y los colaboradores del ALPI, y en el último eslabón de esa cadena es donde se encuentran Zamora Vicente y María Josefa Canellada. Pero toda la ilusión y ganas de trabajo que

existían en aquellos primeros años del siglo pasado se vieron truncadas con la llegada de la guerra civil. Muchos salieron del país, otros se quedaron luchando por la causa republicana, algunos murieron. Los que se quedaron intentaron mantener a flote el Centro, seguir con las publicaciones, salvar todo el material posible; pero no era el momento de hacer filología, ahora se trataba de olvidar los manuscritos y las fichas para hacer las cosas más sorprendentes que una persona es capaz de hacer; y la que es la principal, sobrevivir.

Finalizada la contienda, un régimen dictatorial se imponía en España. Todo aquello que se había construido durante muchos años de trabajo era ahora destruido de un plumazo. Los vencedores sentían un odio terrible hacia la Institución Libre de Enseñanza (a la que culpaban de la inestabilidad que había vivido España en los últimos años por haberse entregado a la educación laica y haber perdido la esencia católica que había sido el germen de su historia), y de todo lo que con ella tuviera algo que ver: la Junta para la Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos. En el campo de la Filología, expulsados o depurados los que la habían convertido en un referente a nivel europeo, son otros los que ocupan sus puestos. En la mayoría de los casos, el único mérito que tenían para acceder a tales cargos era el de haber estado del lado de los vencedores. La Iglesia católica había pasado a dominar el sistema educativo con el nuevo régimen y gran cantidad de cátedras pasaron a manos de personas relacionadas con el mundo católico; algo similar pasó con el recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que, impulsado por el ministro Ibáñez Martín y dirigido por José María Albareda, se convirtió en un feudo del catolicismo y más adelante del Opus Dei. Junto a este grupo se encontraban aquellos que habían dotado de identidad cultural al régimen de Franco, hablamos de Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo y alguno más. Eran falangistas convencidos que, ante el giro que dio el caudillo hacia la iglesia y el abandono de los principios falangistas debido a la derrota del nazismo y del fascismo en la

Segunda Guerra Mundial, continuaron, unos más que otros, ocupando cargos importantes dentro del Movimiento, pero, desengañados, empezaron a mirar hacia la España derrotada, hacia aquellos que habían dotado a nuestro país de un prestigio y que ahora se hallaban, en el mejor de los casos, en el exilio. Desde sus cargos y por el respeto que conservaban dentro del nuevo régimen son los que más pudieron hacer por recuperar aquella España. Pero los que realmente trataron de crear un puente entre una España y otra (siempre ciñéndonos a la rama de la filología, que es la que nos interesa en esta tesis) fueron aquellos que defendieron la causa republicana y que, una vez finalizada la guerra, decidieron quedarse en su país. Son los casos de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Samuel Gili Gaya, Enrique Lafuente Ferrari, Alonso Zamora Vicente, entre otros, todos ellos formados en el ambiente del Centro de Estudios Históricos, incómodos en la nueva España, por su pasado, que tuvieron que aprender a desenvolverse de una forma silenciosa, ocupando los huecos que los otros les dejaban y manteniéndose fieles a los principios en los que se habían educado. Ellos fueron los que mantuvieron viva la llama del viejo Centro y de la escuela pidaliana. Eran requeridos en universidades y en centros de estudio extranjeros, allí entraban en contacto con los nuevos métodos filológicos que después intentaban poner en práctica en su país. Mantenían una relación constante con sus antiguos maestros exiliados y se hacían eco de sus publicaciones e investigaciones; y transmitían a sus alumnos la misma ilusión hacia los textos de la literatura española que ellos habían recibido en la universidad anterior a la guerra.

En esta tesis, a partir del ejemplo de Zamora Vicente, he querido mostrar el trabajo que desempeñó este grupo de filólogos en condiciones adversas, las vicisitudes que sufrieron durante años, más aún cuando recientemente la mayoría de ellos había disfrutado de una libertad investigadora, casi inédita en España, que la dictadura de Franco había destruido de golpe, empeñada como estaba en empresas ideológicas que escondían la pobreza intelectual y la miseria social.

Para conocer los entresijos de cómo se desarrolló el mundo de la filología en esta época de la historia de nuestro país, he recurrido a los archivos personales de los que fueron sus protagonistas; a aquellos que me han permitido acceder, ya que a otros —es el caso del de la Real Academia Española y alguno más de este tipo—, por razones legales, no me los han dejado consultar. Una parte importante del contenido de esta tesis ha sido tomada de estos archivos, de las cartas que se enviaban unos a otros, lo que me ha permitido conocer los pormenores de este mundo, la letra pequeña, las relaciones personales entre los protagonistas. No quiere esto decir que la tesis se convierta en una historia de cotilleos y de opiniones de unos sobre otros; no es esa la intención que me ha movido, al contrario, he querido utilizar todo ese material para aportar algo más de luz sobre la forma de trabajar de este grupo de filólogos.

Entre los archivos consultados, el que más datos me ha aportado, como cabía esperar, ha sido el del propio Zamora Vicente, que se encuentra en Cáceres, así como toda la documentación que se hallaba en su casa y que, cuando falleció, la familia puso a mi disposición. También ha sido de suma importancia el de Ramón Menéndez Pidal; la copiosa correspondencia que don Ramón mantenía con filólogos, escritores e intelectuales en general me ha permitido conocer mejor esos entresijos de la filología hispánica a los que antes me refería. En la Residencia de Estudiantes se encuentra el archivo Amado Alonso, en una copia cedida por la Universidad de Harvard; en él he encontrado información muy valiosa para conocer el funcionamiento del Instituto de Filología de Buenos Aires y del Colegio de México. Otros archivos importantes para recrear estos años han sido el Archivo de Humanidades del CSIC, los de las universidades Complutense de Madrid, de Santiago de Compostela y de Salamanca, el de Camilo José Cela, el de Sanchis Guarner, el de Max Aub, el del Instituto Internacional y el de las editoriales Castalia y Gredos, por citar solo algunos de carácter diverso.

Para contrastar mucha de la información encontrada en estos archivos, así como las palabras del propio Zamora Vicente, he recurrido a una amplia bibliografía. El tiempo cronológico que abarca esta tesis —prácticamente todo el siglo pasado— no se ha asentado todavía desde el punto de la investigación y son muchos los trabajos y estudios que salen a la calle aportando nuevos datos. Además, muchos de los campos de investigación que aparecen en este trabajo darían para varios estudios, cada uno con su batería bibliográfica. El peligro mayor de la tesis ha sido, en general, el de desviar la investigación lejos de la figura humana e intelectual del protagonista, Zamora Vicente, para seguir la multitud de hilillos y noticias que en cada caso se abrían en el camino, en la curiosidad del investigador y en el interés de la historia. Había que ir desechando y renunciando constantemente, para buscar la referencia del profesor, del filólogo.

Sobre otros temas no había una bibliografía que pudiera tomar como referente, de forma que fueron los archivos los que me ayudaron a poner en claro cómo era la Universidad de Santiago de Compostela en los años cuarenta; o la de Salamanca; o el Instituto de Filología de Buenos Aires o la editorial Castalia. Para la Real Academia Española, al no poder consultar su archivo, he recurrido a entrevistas con personas que trabajaron cerca de Zamora Vicente durante los años en los que él ocupó el cargo de secretario; también a su historia de la Corporación.

La fuente principal para el acercamiento a la vida y a la obra de Zamora Vicente han sido su archivo y sus escritos; también he obtenido información muy valiosa en los artículos publicados por los especialistas en los tres homenajes que le dedicaron, me refiero al de *Papeles de Son Armadans*, al que le hicieron la Universidad Complutense de Madrid y la editorial Castalia con motivo de su jubilación, y a las actas del gran congreso sobre su obra organizado por la Universidad de Alicante, además de en otros libros. La tercera fuente a la que he recurrido ha sido la de las conversaciones con compañeros, alumnos, amigos,

quienes le trataron durante muchos años y que me han ayudado a conocer mejor a don Alonso y a su época; algunas de las personas con las que he mantenido conversaciones realmente ilustradoras para el avance de la tesis fueron Berta Pallares, Jesús Sánchez Lobato, Carmen Mejía, Juan Manuel Martel, Pedro Canellada. En lo que se refiere a su propia bibliografía, me he limitado a recoger aquella que he utilizado, tanto en artículos como en libros, pues es extremadamente abundante, como corroborará quien conozca la recensión que publicaron Pedro Peira y María Josefa Postigo en el homenaje de *Papeles de Son Armadans*; he considerado conveniente, en consecuencia, mejor que volverla a recoger, limitarme a citar el material consultado.

No quiero terminar esta introducción, que sirve también a modo de conclusiones, sin agradecer a tantas personas que me han dado su apoyo y aliento durante los largos años en los que ha ido germinando. En primer lugar quiero agradecer a los archiveros que me han dado tantas facilidades para consultar documentos en la mayoría de los casos muy recientes y sobre los que existen ciertas dudas legales sobre si se pueden consultar o no. Como ya he dicho, en algunos casos, ésta ha sido la causa de no poder acceder a determinados archivos que hubieran enriquecido sin duda el contenido de la tesis. Quiero agradecer todas las facilidades que me ha dado María Antonia Fajardo, directora de la Fundación Zamora Vicente. Quiero dárselas a Diego Catalán, que me ha permitido consultar con absoluta libertad el archivo de su abuelo; también a José Polo con quien he compartido muchas mañanas de miércoles en la Fundación Ramón Menéndez Pidal, por cuyas indicaciones he encontrado documentos de gran valor para mi tarea. Quiero agradecer su gentileza a los bibliotecarios y archiveros de la Residencia de Estudiantes, que han respondido amablemente a todas mis peticiones. A Samuel Ruiz, archivero del Centro de Humanidades del CSIC, que puso a mi disposición el archivo de esta institución, así como a los bibliotecarios de la biblioteca de Humanidades donde tantas horas he pasado,

antes de que la trasladaran del viejo edificio del Centro de Estudios Históricos. A la Fundación Camilo José Cela, que me otorgó una beca para investigar la correspondencia del novelista en su sede de Iria Flavia. A Federico Ibáñez, por permitirme consultar las abundantes cartas que guarda en el archivo de Castalia. A Pilar Piñón, directora del Instituto Internacional en la calle Miguel Ángel, 8, lugar de paso y trabajo habitual para muchos de los que aparecen por estas páginas; a la editorial Gredos, que a pesar de cambios y transformaciones empresariales sigue guardando un interesante archivo. Durante el curso que estuve enseñando en Oberlin College, en los Estados Unidos, Sebastiaan Faber, director del departamento de Estudios Hispánicos y gran hispanista, hizo todo lo posible para que pudiera trabajar a gusto. Allí hice uso de la completísima biblioteca de la universidad —con una importante colección de primeras ediciones de literatura española e hispanoamericana de los siglos XIX y XX— y del eficaz sistema de intercambio bibliotecario, que me permitió consultar libros de otras bibliotecas lejanas. Gracias a todas estas ventajas, durante aquel año, pude dar el impulso definitivo a la presente tesis.

También ha habido personas que han sufrido más de cerca el trabajo de esta tesis y que me han apoyado constantemente cuando las fuerzas decaían, entre ellos se encuentran mis compañeros del grupo de catalogación de manuscritos poéticos de los siglos XVI y XVII que cada lunes trabajan en la sala Cervantes de la Biblioteca Nacional bajo la supervisión de Pablo Jauralde. Entre ellos quiero destacar a Pedro Rojo, a Enrique Jerez y a Begoña Morato por sus acertadas correcciones y sus ánimos constantes. Pero en esta labor, quien ha desempeñado un papel importante ha sido el director, Pablo Jauralde, al que tengo que agradecer que haya aceptado dirigir una tesis que se centra en una época y en un tema que tal vez se aparte de su campo de especialización, pero que debido al gran afecto que sentía hacia quien fue su maestro se ha involucrado con enorme interés y devoción.

Por último quiero agradecer a la familia Zamora Canellada todas las facilidades que me han dado para trabajar con los documentos de don Alonso. A sus hijos, Alonso Zamora y Juan Zamora, a su nieta, Ana Zamora Tardío, gracias a ella tuve la suerte de conocer a Zamora Vicente; y a Mercedes Soto, que lo cuidó con mucho cariño durante la última etapa de su vida; todos ellos han hecho que me sintiera como uno más de la familia. También a los míos, a mi familia, que sin comprender mucho en qué consiste una tesis doctoral, me han apoyado constantemente, y han sufrido los sinsabores de un arduo trabajo en el que resulta difícil ver la recompensa final, si es que la hay.

Quiero dedicar las últimas palabras de esta introducción a don Alonso. Sin él nada de esto hubiera sido posible. Me abrió de par en par su casa, sus recuerdos y sobre todo su amistad. Son muchas las cosas que aprendí durante el tiempo que estuve a su lado, pero de todas, la que me dejó una señal más profunda fue la del amor al trabajo bien hecho, única forma de avanzar en la vida tanto personal como profesionalmente, enseñanza que él adquirió durante sus años de estudiante en aquel lejano Centro de Estudios Históricos.

Mario Pedrazuela Fuentes

Alonso Zamora Vicente: vida y filología

CAPÍTULO I

AÑOS VEINTE: INFANCIA Y JUVENTUD, EL MADRID DE LOS AÑOS VEINTE.

I.- RASTREO BIOGRÁFICO EN LA OBRA DE ZAMORA VICENTE

La infancia y primera juventud de Zamora Vicente fueron etapas de gran importancia para su vida. Muchos de los temas que aparecerán en sus libros, tanto de creación como eruditos, tienen su germen en esos años. A pesar de ello, siempre resulta complicado rastrear los primeros años de la vida de una persona por la escasez frecuente de documentación al respecto. Por mi parte, he querido suplir esta carencia, además de con lo que los distintos especialistas han escrito sobre el tema, con dos fuentes que creo de primer orden, su palabra y sus escritos, las cuales son a la postre las que alimentan gran parte de esta tesis y muy en particular el primer capítulo.

En las largas y amenas conversaciones mantenidas con él durante varios años, he sido testigo de cómo la memoria ha ido rescatando recuerdos, algunos dolorosos, otros agradables, olvidados ya casi todos, que salieron a flote tras los muchos encuentros en el salón de su casa. Fui comprobando que cada recuerdo formaba parte de una vida guiada por el ansia del conocimiento. Pero la memoria, con el paso del tiempo, siempre es selectiva y caprichosa y en ella no es tan importante lo que se cuenta, sino cómo se cuenta. Por esta razón, además de considerar su testimonio, he estimado necesario rastrear la presencia de rasgos

biográficos a través de sus escritos, donde siempre ha dejado una huella vital, más o menos clara, como se verá más adelante.

En esas conversaciones, me ratificaba, a veces palabra por palabra, mucho de lo que al mismo tiempo estaba yo leyendo o he leído después en sus libros. En gran parte de sus obras, Zamora Vicente ha ido dejando rescoldos de un tiempo pasado, no ya mejor, pero que le sirvió y nos sirve ahora a nosotros, sus lectores, para comprender el actual. En prólogos, en discursos, en artículos periodísticos, también en sus cuentos asoma la voz del recuerdo, la nostalgia de un tiempo que, aunque nos parezca muy lejano, está a la vuelta de la esquina.

Encontramos alusiones a su infancia y juventud en dos de sus libros de cuentos, publicados en diferentes periodos de su vida: *Primeras hojas*¹ y *Examen de ingreso. Madrid años veinte*². Los cuentos recogidos en *Primeras hojas*, volumen con el que se inició en el mundo de la creación, aparecieron entre 1948 y 1952 en el suplemento del diario *La Nación* y en varias revistas rioplatenses, como *Azul o Buenos Aires Literaria*³. El libro, editado en 1955 en Madrid, contenía 18 relatos. En 1985, en una reedición con un prólogo de José Manuel Caballero Bonald, el autor añade cuatro cuentos más, «Cabalgata», «Jueves Santo», «Pascua Florida» y «Revés de la tarde». Casi cuarenta años después, en 1991, vuelve a evocar los años de la infancia en *Examen de ingreso. Madrid años veinte*.

¹ Alonso Zamora Vicente: *Primeras hojas*, Madrid: Colección Literaria Ínsula XXIII, 1955. 2ª edic. de *Primeras hojas*, Madrid: Espasa Calpe, 1985, con prólogo de José Manuel Caballero Bonald. A partir de este momento todas las referencias que hagamos a este libro serán a esta edición bajo las iniciales PH.

² Alonso Zamora Vicente: *Examen de ingreso. Madrid años veinte*, Madrid: Espasa Calpe, 1991. A partir de este momento todas las referencias serán a esta edición bajo las iniciales EdI.

³ Emilia de Zuleta: «La narrativa de AZV», en *Papeles de Son Armadans*, t. LXX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre 1973, págs. 181-217.

El autor, escondido tras el personaje del niño, reconstruye los sentimientos, los lugares y los personajes de su infancia. Por medio del monólogo interno, revive las impresiones que provocaron en él la relación con la familia y el descubrimiento de un mundo desconocido, el del Madrid de los años veinte y los personajes que lo habitaban. Algunos críticos, como Dámaso Alonso⁴, ven la influencia de James Joyce, en particular de su novela *Retrato del artista adolescente*, obra que Zamora había leído en la traducción del propio Dámaso bajo el seudónimo de Alfonso Donado. Para Rafael Lapesa, Zamora Vicente va un poco más allá que el escritor irlandés:

Zamora aprovecha el «stream of consciousness» de Joyce, pero le da un giro especial: la incorporación del discurso directo, sin señales demarcativas, al relato y la descripción, el incesante paso de la tercera a la primera persona, no se aplican sólo al monólogo interior, a reflejar en él la fluencia de las representaciones psíquicas, sino también a mostrar como realidad vivida la inextricable compenetración del yo y su circunstancia. Esa circunstancia es aquí el mundo captado por el voluble mirar de unos ojos infantiles⁵.

Otros, como Víctor García de la Concha⁶, se inclinan por Juan Ramón Jiménez y las estampas sobre su infancia en Moguer recogidas en *Platero y yo*, como guía de Zamora Vicente en el recuerdo de esos años infantiles.

En la literatura española de aquellos años cincuenta no existía una producción autobiográfica como la que luego se daría a finales del siglo. La novela española de entonces estaba anestesiada en un realismo casi costumbrista

⁴ Dámaso Alonso: «Notas volanderas sobre el arte de Alonso Zamora Vicente», en *Papeles de Son Armadans*, t. LXX, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre, 1973, págs. 127-135.

⁵ Rafael Lapesa: «Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia Española de Alonso Zamora Vicente», Madrid: Real Academia Española, 1967, pág. 137-138.

⁶ Víctor García de la Concha: prólogo a *Examen de ingreso. Madrid años veinte*, Madrid: Espasa Calpe, 1991, pág. 12.

cuya figura dominante era la de don Pío Baroja. Como han visto varios críticos, la estancia de Zamora en Argentina durante los últimos años de los cuarenta y primeros de los cincuenta para dirigir el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, le puso en contacto con otro tipo de literatura y descubrió una modernidad expresiva desconocida en la Península y que le devolvió a aquellas lecturas de la universidad que tanto le habían marcado, Joyce, Proust o Dos Passos. En aquel ambiente literario español de los cincuenta, *Primeras hojas* propone la novedad de recurrir al cuento como género para expresar experiencias biográficas. La autobiografía ha sido y es el género del que se ha servido el escritor para hacer un recorrido por su vida, ya que es el que mejor se amolda a la narración cronológica de la misma. Zamora, en este libro, no cuenta su infancia de una forma cronológica, sino a través de los sentimientos internos, que guían la narración, y que, en muchas ocasiones, están unidos a una anécdota o a una realidad externa, pero con una evidente intención de plasmar una época determinada de su vida. Como algún crítico ha dicho sobre estos libros, «a Zamora Vicente no le interesa tanto el reflejo externo del devenir histórico cuanto las anécdotas que le suceden a su personaje. Se confirma una suerte de memoria íntima de la que tan sólo nos es dado conocer breves retazos e impresiones»⁷, y para ello el mejor género es el cuento, que obliga al lector a reconstruir esos pedazos de vida que en una autobiografía al uso sí aparecerían.

Para mis intenciones de esbozar una biografía el problema es el de si la realidad fue como fue o como se recuerda, porque, tal vez, esos recuerdos, cuando pasaron a formar parte del papel impreso, se convirtieron en realidad. No sabemos su grado de fidelidad y de verosimilitud o si la literatura los ha convertido en fábulas donde la conexión con la peripecia vital se ha desvanecido.

⁷ Luis Bagué Quílez: «La escritura autobiográfica, en *Primeras hojas y Examen de ingreso*, de Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, pág. 327.

Muchas veces, cuando el escritor se convierte en personaje de su obra, la realidad y la ficción se mezclan para buscar el objetivo final que desea cualquier autor, la obra de arte⁸. Si bien es cierto, como apunta Caballero Bonald⁹, que la intención de Alonso Zamora se acerca más a la de un fabulador que a la de un memorialista, también lo es que existe una vocación autobiográfica muy marcada en estos cuentos:

Aunque su escritura tiende a la transitividad comunicativa con el lector, hallamos en ella numerosos tamices que proponen un alejamiento de la materia ficcional y cuya finalidad consiste en filtrar una lectura en clave autobiográfica¹⁰.

Sin embargo, con estos cuentos, el autor, más que hacer un rastreo detallado sobre su vida, pretende realizar un ejercicio de liberación. Cuando escribe estas primeras hojas expulsa de su interior determinadas sensaciones, a veces, hirientes, que pertenecen a una época de su vida en la que se mezcla el sabor agrio del mundo interior, representado por los sentimientos que originaban en el niño las relaciones familiares, con el dulce de un mundo exterior lleno de vida y de alegría, pero al que, por su situación social, apenas se podía acercar. Como nos dice el propio autor, «quizá hay, sin más, una experiencia humana, que necesitaba

⁸ Partidaria de esta idea es Valentina de Antonio Domínguez: «El desdoblamiento del autor en el niño que fue y que es protagonista concede al libro su encanto más especial, al fusionarse la actitud testificadora y subjetiva, ya lejana en la visión madura del autor, con la ingenua descripción de un niño que no entiende y que interpreta peculiarmente el mundo que le rodea. En esta situación es difícil delimitar lo realmente autobiográfico de lo inventado por el autor, aunque tampoco será muy importante para este caso, en donde lo que verdaderamente cuenta es el resultado artístico». Valentina de Antonio Domínguez: «*Primeras hojas*, la iniciación narrativa de Zamora Vicente», en *Barcarola*, núms. 26-27, febrero de 1988, pág. 182.

⁹ José Manuel Caballero Bonald: prólogo a *Primeras hojas*, Madrid: Espasa Calpe, 1985, pág. 13.

¹⁰ Luis Bagué Quílez: «La escritura autobiográfica, en...» pág. 327. De esta idea también es partidario Santos Sanz Villanueva quien defiende el carácter autobiográfico de los cuentos: «Por cierto que la perspectiva personal, subjetiva, en suma, la proyección de las propias vivencias en el trabajo no queda, en Zamora, reducida a este ámbito de mayor, y más esperable y natural, privacidad de la creación», Santos Sanz Villanueva: «El narrador Zamora Vicente en la narrativa de posguerra», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, pág. 241.

ser contada para ser olvidada, (a la manera de los recuerdos resurrectos, de los que hablaba Rilke, el poeta predilecto de mis dieciocho años)»¹¹. Y además apunta que fueron los estudiosos quienes «descubrieron implacablemente los recovecos de una intimidad que yo pretendía echar a la basura»¹².

Los cuentos que forman el libro, a pesar de que fueron publicados en revistas rioplatenses, fueron escritos la gran mayoría entre 1952 y 1953, cuando Zamora Vicente ya se encuentra de nuevo en España ocupando su cátedra en la Universidad de Salamanca. Por esos años, y también en los años argentinos, el filólogo siente una necesidad de evocar el pasado y publica algunos artículos en ese sentido. El más representativo es «Ciudad Universitaria, 1935»¹³ en el que recuerda el ambiente de la Ciudad Universitaria de Madrid, recién creada cuando él llegó, y a los que fueron sus profesores, quienes se verían fielmente reflejados en el artículo, como Américo Castro.

De su espléndida evocación de la Ciudad Universitaria 1935 casi no le diría si no las palabras de Mio Cid: «A quién descubriestes las telas del corazón» ¿Existió cuanto usted dice en unas páginas que, no sé si por sentirme en ellas me parecen llenas de vida y de ritmos —amargos, saudosos, gratos? Qué bien visto todo (no lo digo por el cariñoso recuerdo de mis clases), sino por todo lo demás¹⁴.

¹¹ Alonso Zamora Vicente: «Yo escribo los domingos», en *Prosa novelesca actual*, segunda reunión, agosto de 1968, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1969, pág. 280.

¹² Alonso Zamora Vicente: «Yo escribo... », pág. 281. Uno de esos críticos dice: «En *Primeras hojas* hay sobre todo el trasunto de unas amargas cuentas con el tiempo. La distancia irónica del Zamora maduro, irónico casi hasta la acritud aunque sin despeñarse jamás hacia el sarcasmo puro salva y dignifica en todo momento en estas páginas los inevitables riesgos de autocomplacencia y de narcisismo, que toda evocación nostálgica del extraño mundo autobiográfico de la infancia suele conllevar». Valentina de Antonio Domínguez: «*Primeras hojas*, la iniciación narrativa...», pág. 181.

¹³ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad Universitaria, 1935», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo III, n° 9, enero-marzo de 1949 (cuarta época).

¹⁴ Carta de Américo Castro a Zamora Vicente. Princeton 29 de marzo de 1950. Archivo Zamora Vicente.

En esa década de los cincuenta, Zamora Vicente volvió su mirada hacia el pasado para recordar a Juan Ramón Jiménez y Miguel de Unamuno¹⁵, a los que vio en conferencias y recitales en el Madrid de los años veinte y treinta. También el magisterio de don Ramón Menéndez Pidal y del citado Américo Castro es recogido en diferentes artículos¹⁶.

Como vemos, en aquellos años argentinos y los del inmediato regreso, se dedica a recordar un pasado que por causa de la enorme brecha de la guerra había quedado como desgajado del tiempo. Todo este material nos puede ayudar a comprender mejor al filólogo, al escritor, a su obra y también a la persona. Si leemos con detenimiento sus escritos sobre los primeros años de su vida, podemos descubrir al hombre poliédrico que es, repleto de aristas difíciles de capturar, que empezaron a tomar forma en su infancia y juventud. En los cuentos de *Primeras hojas* y de *Examen de Ingreso. Madrid años veinte*, como en cualquier otro escrito sobre esos años, podemos observar la presencia de temas y de preocupaciones intelectuales, a los que ha dedicado a lo largo de su vida horas de estudio y de investigación. Madrid es uno de esos temas.

En su producción, Madrid está muy presente y gran parte de sus cuentos están ambientados en esta ciudad. Pocos autores han sabido reflejar la sociedad, el ambiente y, sobre todo, el habla de la capital y de sus habitantes como lo ha hecho Zamora. Otro motivo que procede ya de su infancia es el conocimiento de la gente. En estos libros nos muestra un retablo de personas muy variadas, cercanas al protagonista, que el autor nos describe con verdadero detalle. La

¹⁵ Alonso Zamora Vicente: «Juan Ramón Jiménez en mi recuerdo», en *Monterrey*, Salamanca, 1 de marzo de 1957. «Un recuerdo de don Miguel de Unamuno», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, VII, Salamanca, 1958.

¹⁶ Alonso Zamora Vicente: «Permanente lección ejemplar: Don Ramón», en *ABC*, 13 de marzo de 1959. «Gramática histórica, tres de la tarde», en *Amicitia*, Buenos Aires, 1951, número aniversario, págs. 62-66.

preocupación por el habla ya existía en el pequeño Alonso, a quien vemos aprender tanto el lenguaje elevado de la familia y del colegio como el de la calle que utilizan los niños con los que juega. También vive con curiosidad el mundo cultural de la época, el teatro, las revistas, musicales y, sobre todo, el cine, del que disfruta desde su más temprana infancia. La cultura popular, a la que tantos estudios ha dedicado el filólogo, asoma ya como un elemento importante en su formación. Y la alusión a sus primeras lecturas, gracias a las cuales fue edificando, además de sus conocimientos, una importante biblioteca. Todos estos elementos, que son los que después han ido formando al hombre, aparecen ya en el niño distante y solitario que se crió en las calles madrileñas, porque, como dice Wordsworth, «el niño es el padre del hombre».

II.- LA FAMILIA: «ESA DESATENDIDA QUEMADURA DE ESTAR ESTORBANDO»

En el año 1916, Europa se encuentra en plena Gran Guerra. Los alemanes, que habían lanzado una dura ofensiva contra Francia, son derrotados en la batalla de Verdún por los aliados. En esa guerra, España se mantuvo neutral y aprovechó para vivir una época de tranquilidad contenida que no duraría mucho tiempo, ya que la monarquía de Alfonso XIII, muy debilitada por las constantes revueltas sociales y la consiguiente inestabilidad política, empezó a dejar entrever su pronta desaparición.

El 1 de febrero de ese año, cuando el duro invierno hostigaba la capital con «días lluviosos, trallazos de viento frío y largo de la sierra, el gris madrileño, que mata a un hombre y no apaga un candil» (*Edl*, pág. 77), nació en Madrid, en el céntrico barrio de La Latina, un niño al que pusieron por nombre Alonso, como su padre. En uno de sus primeros libros de cuentos, *A traque barraque*, recuerda cómo fue su nacimiento, relato en apariencia fantasioso, pero que su autor contaba como cierto:

Pues cuando yo nací, pues que hubo un milagro, ya ve. Una Virgen del Carmen, grande, pintada en lienzo, con marco ancho y todo, dorado, el cuadro le había tocado a mi abuela en la fiesta anual de las Adoratrices, ya sabe, esa rifa para mujeres descarriadas, pues fíjese que el cuadrito se descolgó dando tumbos, pasó por encima de la cómoda, que estaba atestada de cacharros, potingues y todo eso, y saltó por encima sin romper lo que se dice una punta de alfiler y se colocó de pie, solito, a la cabecera de la cama. Y entonces, yo vine al mundo¹⁷.

¹⁷ Alonso Zamora Vicente: *A traque barraque*, Madrid-Barcelona: Alfaguara, 1972, pág. 186. Esta misma anécdota, con palabras muy parecidas, la recordó en el homenaje que el Instituto de España le hizo por su antigüedad académica y que fue el último acto público al que asistió, cuatro

«Alonso Zamora Vicente, hijo de Alonso y de Asunción»¹⁸, con esta frase comienza el artículo que Camilo José Cela escribió en el homenaje que *Papeles de Son Armadans* hizo al biografiado. Su padre, Alonso Zamora Bueno, nació en tierras albaceteñas, en una aldea llamada El Carrasco, muy próxima a Tarazona. De esa misma zona, concretamente de La Roda, era otro gran filólogo, profesor y amigo de Alonso, Tomás Navarro Tomás. En ese pueblo, situado en la ribera del río Júcar, la familia se dedicaba al cultivo de la tierra, rica en frutas y hortalizas. Zamora Bueno fue llamado a filas para participar en las campañas militares en las que España se encontraba inmersa a finales del s. XIX. Concretamente, hubo de luchar contra las tropas norteamericanas en Filipinas. «Mi padre estuvo en Cavite»¹⁹, nos dice el autor en uno de sus cuentos. No está claro que participara de la derrota de la flota española a manos de la estadounidense, ya que él estuvo bajo las órdenes del general Ramón Blanco, quien fue llamado por el Gobierno para marchar a Cuba. Cuando Alonso Zamora Bueno regresó de Filipinas ya no volvió al pueblo para trabajar en el campo, sino que, sin abandonar su condición militar, se instaló en Madrid. Obtuvo un cómodo cargo en el archivo del ejército, situado inicialmente en el Ministerio de la Guerra, en la plaza de Cibeles, y más tarde en el Cuartel de San Francisco, muy cerca de la que sería casa familiar.

Después de las derrotas de Cuba y Filipinas, el ejército español entró en una profunda crisis. Como consecuencia de la misma, se formaron en 1917 las Juntas de Defensa, encabezadas por los oficiales de menor graduación con el fin de oponerse al favoritismo que existía hacia determinados mandos. En aquellos primeros años del siglo XX se debatía entre la continuidad de un modelo de

meses antes de fallecer. Alonso Zamora Vicente: «Homenaje a la antigüedad académica», Madrid: Instituto de España, 2005, pág. 22.

¹⁸ Camilo José Cela: «Alonso Zamora Vicente, hijo de Alonso y de Asunción, natural de Madrid, etc.», en *Papeles de Son Armadans*, t. LXX, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre 1973, pág. 118.

¹⁹ Alonso Zamora Vicente: *Historias de viva voz*, Madrid: Alianza Editorial, 1995, pág. 12.

ejército con ideales decimonónicos, que había sabido aprovecharse de la debilidad institucional española para erigirse en árbitro de la vida política, o bien, un ejército más europeísta, separado totalmente del poder político, según quería Cánovas del Castillo. Como resultado del enfrentamiento entre ambas posturas, se produjo una constante inestabilidad entre los militares, al tiempo que se debilitaba el gobierno liberal de García Prieto que, si en un principio apoyó a las Juntas, después tuvo que dimitir, retomando el poder el conservador Eduardo Dato, quien reconoció a las Juntas de Defensa de modo oficial. Alonso Zamora Bueno se mantuvo al margen de estas disputas, ya que su cargo como archivero se lo permitía. Según su hijo, él no era partidario de que el Ejército participara en la vida política española, porque entendía que sus cometidos eran otros. Con la llegada de la República, se acogió a la famosa «Ley Azaña» que, con el fin de reducir la gran cantidad de mandos que existían entonces en el ejército español, les permitía retirarse manteniendo íntegro su sueldo.

Entre los militares de la época fue práctica habitual casarse con herederas de títulos nobiliarios con el fin de recuperar el honor perdido en las derrotas de Cuba y Filipinas. Zamora Bueno mantuvo una estrecha relación con un militar que se había casado con la heredera del conde de Guevara, doña Dolores Vélez Ladrón de Guevara y Pimentel. La relación con los condes de Guevara le proporcionó un trabajo como administrador de sus posesiones. Gracias a esta influencia, muchos familiares del pueblo pudieron emigrar a Madrid para trabajar. La casa familiar de los Zamora se convirtió a partir de entonces en una especie de pensión de acogida donde pasaban largas temporadas algunos familiares.

La madre, Asunción Vicente, también había nacido en tierras castellano-manchegas. Era natural de un pueblo de la provincia de Ciudad Real llamado Horcajo de los Montes. Debido a una epidemia de ántrax, la familia perdió todo el ganado bovino que tenía y la madre, ya que el padre falleció con anterioridad, se

trasladó con sus hijas a Madrid, donde trabajaron duramente en multitud de oficios para ganarse la vida.

Tras su boda, Alonso y Asunción se instalaron en el barrio de La Latina: «Ah, mira estos son tus padres. Qué uniforme tan elegante. La foto es mala, aún eran novios, era una gloria verlos» (*PH*, pág. 30). Tuvieron cinco hijos: Miguel, Elisa, Fernando, Paco y Alonso; sin olvidar a Dorotea, la criada, que acabó formando parte de la familia. Primero vivieron en el número 10 de la plaza de la Cebada, pero al poco tiempo se trasladaron a una casa, propiedad del conde de Guevara, situada muy cerca de la anterior, en la Carrera de San Francisco, junto a la Puerta de Moros. La estancia en esta segunda casa fue breve, pues rápidamente regresaron a la anterior, de donde ya no se moverían; era una casa con «grandes manchas de humedad y polvo en la fachada, uniendo, decrepitud alarmante, los balcones de cada piso, una roña vieja, entristecida, definitivamente fatigada» (*PH*, pág. 186). La familia pertenecía a la burguesía media de principios de siglo y como tal hacía suyos los valores católicos y las costumbres sociales de la época. Un ejemplo de ello es la educación que recibió el hijo menor, típica de las clases burguesas, basada en el aprendizaje y en el respeto a la norma social: «Por la mañana, recomendaciones inacabables al vestir, no te sientes en cualquier lado, ten cuidado con el lazo, y no aprietes el brazo contra la banda, dónde dejaste el libro, mira a ver si los zapatos están bien» (*PH*, pág. 171). O bien: «No te asomes a las ventanillas, te cegarás, no te restriegues los ojos con el puño si te entra carbonilla, es peor, y no vayas solo al retrete, puede haber alguna portezuela abierta, sé obediente, hay que escribir todas las semanas, no os peguéis, haced lo que os manden vuestras tías, cuidado con las pozas del río» (*PH*, pág. 132). Desde la más tierna infancia tuvo que someterse a ese código educativo familiar basado en la negación, en el miedo y en constantes advertencias, como «tú cierra el pico. Aquí los niños no meten baza. Los niños hablarán cuando meen las gallinas» (*EdI*, pág. 55).

Una de esas costumbres de la burguesía madrileña de principios del siglo pasado eran las visitas. Además de constituir el principal pasatiempo, permitían establecer relaciones con otras familias. Se realizaban previa tarjeta en la que se anunciaban, y cualquier pretexto era bueno para llevarlas a cabo: un cumpleaños, un nacimiento, una muerte, una fiesta, etc.: «Vienen gentes de diverso pelaje, se estrena así la costumbre ritual de reunirse cada fin de semana en una casa, a charlar, a bailar, a merendar, a jugar a las prendas o a la lotería» (*EdI*, pág. 56). Ante mujeres extrañas y pomposamente vestidas, el niño tenía la obligación de recitar algún poema glorioso de Morera y Galicia o de cualquier otro poeta admirado por la burguesía. Siempre era recompensado con una moneda y con el elogio de las «señoronas».

Anda Fernandito, rico, échale a doña Victoria la poesía esa que has escrito el jueves pasado. Y yo muy serio, los pies muy juntos, así, con el pecho hacia fuera, carraspeaba y: «Cual la nieve pura,/ Cual la nieve blanca,/ Cual la nieve fría,/ y , al fin y al cabo, cual la nieve, agua». Eran unas veladas cultísimas, ¡ay, tiempos idos! [...]. Me elogiaban a gritos, me pasaban la mano por la cabeza, siempre se maravillaban de mis dos remolinos, y me daban diez, quince o veinte céntimos para que echara sólidos fundamentos a mi biblioteca²⁰.

Ya en la soledad familiar, cuando las visitas se marchaban, cada miembro ocupaba su puesto en la casa; los mayores leían la prensa y se preocupaban por la situación del país, los más jóvenes mientras jugaban.

La estampa de la anochecida inverniza, enganchándose el crepúsculo en los barrotes del balcón, agrupada la familia en torno al brasero de la camilla, los mayores comentando el periódico del día, o jugando, monótonos a las cartas, los medianos pinchando y volviendo a pinchar la galena de la radio, montada sobre una caja de puros, caja quizá rescatada de la basura. Se habla de la guerra en África, preocupan

²⁰ Alonso Zamora Vicente: *A traque barraque*, Madrid-Barcelona: Alfaguara, 1972, pág. 253.

los cambios de la moneda, de los viajes que, a borbotones, empiezan a ser fáciles y baratos, ya superadas las consecuencias de la Gran Guerra.... Y se vuelca la tristeza de la sequía...²¹

Toda esta tranquilidad se truncó cuando Zamora Vicente tenía seis años. Su madre cayó gravemente enferma como consecuencia de un cáncer y murió: «Mi madre murió pronto. No murió en casa, sino en el hospital de Carabanchel... Era... a fines de marzo» (*PH*, pág. 41). Falleció, efectivamente, en el hospital de Carabanchel, donde fue operada por el entonces prestigioso médico Gómez Ulla. Al lado de ella, soldados derrotados en la guerra de África «con muletas, con la cabeza vendada, son de África, y, desgraciados, los han heridos los moros» (*PH*, pág. 72), y accidentados aviadores que hacían sus prácticas en el cercano aeropuerto de Cuatro Vientos. La enfermedad de la madre y su posterior muerte provocaron que fuera Elisa, la hermana, quien se hiciera cargo de la familia. Elisa le impuso una educación férrea con el fin de evitar que el hermano pequeño, debido a la ausencia del amor materno, se convirtiera en uno de tantos golfillos que habitaban el barrio y que se pasaban el día en la calle corriendo de un lugar para otro, de tal forma que «al entrar en casa eran los gritos de Elisa, dónde te has metido, qué botas traes, pareces un golfillo» (*PH*, págs. 39-40). Cuando se portaba bien, le premiaba: «Vamos a Rosales porque has sido bueno, no te has revolcado en el suelo, no has hurgado en los cajones» (*PH*, pág. 64). Aquellos momentos en los que la hermana no le imponía, a través de gritos, alguna prohibición o castigo, se convirtieron para el niño en un alivio ya que podía disfrutar de la libertad: «Qué bien estar escuchando [...], sin tener detrás a Elisa, que tiene miedo, su vámonos, ya está bien, es tarde, pero ¿no te cansas?, todo eso es mentira» (*PH*, pág. 115).

²¹ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio de Nebrija, 1995, pág. 30.

También Dorotea, la criada, tuvo su papel en la educación del pequeño Alonso: «Los niños con la criada a pasear, Dorotea se enfada, nunca me han llamado a mí criada en vuestra casa» (*PH*, pág. 65). Él asediaba y fastidiaba con preguntas inocentes a esta mujer que había llegado a la capital desde un pueblecito de Ávila: «No es posible que haya toreros calvos» (*PH*, pág. 48), o bien: «Oye, Dorotea, para qué vale patinar, qué es Parisiana» (*PH*, pág. 67), a las cuales ella respondía cómo mejor podía, esto es, con un pescozón: «Yo no sé lo que es un chalet y lo pregunto, otro pescozón, y no haces más que molestar, qué chico este, qué impertinente» (*PH*, pág. 52).

La desaparición de la madre supuso un cambio importante en la infancia de Alonso Zamora Vicente ya que perdió uno de los referentes más importantes en la vida de un niño, y aunque fueron sus hermanos los que se encargaron de su educación, siempre sintió que aquella había sido una época marcada por la soledad y la incompreensión. Se podría decir que su venida al mundo supuso para la familia más una incomodidad que una alegría. Su hermano inmediatamente mayor, Paco, siete años mayor que él, le consideraba un intruso que había venido para robarle el hueco que ocupaba antes como hijo menor de la familia: «Oye, éste es muy pequeño todavía, ¿no verdad?, y siento cómo me desprecian de repente y de acuerdo, esa desatendida quemadura de estar estorbando» (*PH*, pág. 135). A consecuencia de la falta de cariño, el niño Alonso sentía un enorme vacío en esa familia que le hizo presa de una soledad constante y de una ausencia de comprensión, por lo que se convirtió en un niño tímido e introvertido lleno de miedos y de inseguridades, además de enfermizo. Desde su nacimiento arrastró una enfermedad en los bronquios de la que nunca llegó a curar y que en una ocasión, cuando ejercía de profesor en la Universidad de Santiago, casi le cuesta la vida.

El padre, que sentía una especial debilidad por su hijo pequeño, se mostraba preocupado por él y era consciente de la situación en la que se hallaba. El niño encontró en su padre el protector que le faltaba, la persona que le ayudó a sentirse cómodo dentro de la familia, «mi padre me animó a vencer los terrores» (*PH*, pág. 99), ante la ausencia del amor materno. La figura paterna fue de gran importancia en la formación de Alonso. De él heredó su seriedad y su rigor a la hora de hacer las cosas, así como la determinación para mantenerse a flote en la vida y en el trabajo. Tiempo después, cuando ya era catedrático de universidad, su padre seguía manteniendo la misma preocupación, e iba a visitarle a las ciudades donde estaba destinado para comprobar que se encontraba bien y que vivía de forma adecuada.

A los pocos meses de morir la madre, Alonso Zamora Bueno volvió a contraer matrimonio con una mujer natural de Albacete; se llamaba María de los Llanos. Este segundo matrimonio fue el causante definitivo de la ruptura de la unidad familiar. Los hermanos mayores no vieron con buenos ojos que su padre, sin haber guardado el debido luto por la muerte de la madre, se casara de nuevo. La razón de este segundo matrimonio, sin embargo, era clara para el padre: en una familia con tantos hombres era necesaria la presencia de una mujer que pusiera orden y que llevara la organización de la casa. A partir de este momento la relación familiar se deterioró a causa de una serie de enfrentamientos, con discusiones y disputas continuas: «Cualquier charla provoca encontronazos, réplicas, no digamos lo que remanezca por en medio, manifiesto o escondido... Universal disensión...» (*EdI*, pág. 51). La situación llegó a ser difícil de sostener ya que a menudo saltaba la chispa de lo que parecía una «bronca eternamente repetida, atemporal y monótona, generación tras generación, siempre a flor de labios el mismo estribillo» (*EdI*, pág. 51). Miguel, el hermano mayor, que había estudiado químicas, se casó y se marchó al País Vasco para trabajar en el Ejército. Elisa, que fue quien más se opuso al matrimonio de su padre, se casó con un

asturiano que era maestro armero del Parque de Artillería de Madrid, «alto, delgado, ya está calvo, lleva muchas sortijas, sombrero muy raro» (*PH*, pág. 63). Se marcharon destinados a Marruecos. Fernando también se casó y abandonó la casa familiar. Éste era un hombre peculiar, que estudiaba de todo, pero no aprobaba nada, y que finalmente terminó trabajando en una compañía de seguros: «Fernando cuidadoso del pantalón, planchado entre los colchones, y el brillo de los zapatos, que le hace andar despatarrado, dice Miguel que como el tío de Michelin» (*PH*, pág. 84). La nueva familia quedó, por tanto, formada por el nuevo matrimonio, los dos hijos menores, Paco y Alonso, y dos nuevos hijos, Rosa y Cristóbal, nacidos de este segundo matrimonio del padre.

III.- MADRID: «ABANDONO DE LA CÁSCARA PUEBLERINA PARA CONVERTIRSE EN UNA GRAN CIUDAD»

Alonso Zamora Vicente nace en plena Primera Guerra Mundial. La declaración de neutralidad de España no evitó que el país se escindiera en dos mitades: aliadófilos y germanófilos, cada uno de los cuales hacía notoria ostentación de su actitud en mítines y en artículos henchidos y fervorosos. Eduardo Dato, presidente del Gobierno en aquel momento, permaneció ajeno tanto a los discursos de ambos grupos como a los trágicos partes que llegaban de la guerra europea, ya que ésta supuso para España una etapa de abundancia. El país se convirtió en el almacén de una Europa herida, vendiendo a los países en contienda cualquier producto que pudieran necesitar: armas, municiones, alimentos, etc. En medio de tanta abundancia, España vio cómo se tambaleaba su sistema político, no sólo debido a un Ejército dividido por las mencionadas Juntas de Defensa, sino también a causa de las continuas huelgas de los obreros y a la llamada Asamblea de Parlamentos, promovida por la burguesía con el fin de hacerse con el poder. Todo lo cual, unido a la convocatoria de una huelga general, hizo que entre los primeros meses de 1916 y el verano de 1917, España viviera uno de los momentos más críticos del periodo²².

Al calor de la neutralidad, los negocios sucios y el mercado negro posibilitaron la creación de fortunas fabulosas, prácticamente edificadas del día a la noche. Durante el tiempo que duró la guerra, España vio cómo sus arcas se llenaban de oro de una manera considerable. Corría el dinero fácil, artificial, ganado en condiciones extrañas. La producción y los beneficios aumentaron

²² En diciembre de 1916 se convocó una huelga general en todo el país que obligó a dimitir al gobierno liberal dirigido por Romanones, al que sustituyó García Prieto. La presión ejercida por las Juntas de Defensa hizo que en 1917 García Prieto dimitiera en favor del conservador Dato. Desde ese momento y hasta 1923, año en que comenzó la dictadura de Primo de Rivera, se sucedieron en España un total de trece gobiernos.

ostensiblemente, como era de prever. Ello, además, trajo como consecuencia un fenómeno hartamente previsible: el aumento de los precios, lo que provocó una crisis social evidente, ya que el coste de la vida crecía de una forma desproporcionada a como lo hacían los salarios, que apenas subían. Al final, como suele ocurrir, el gran perjudicado fue el obrero. A medida que avanzaba la neutralidad crecía el descontento de toda la clase obrera y, con él, se afianzaban la protesta y la crispación, que con el tiempo se convirtieron en violencia. El resultado de todo esto fue la dictadura del general Primo de Rivera que acabó con el sistema bipartidista, gracias al cual liberales y conservadores se alternaban en el gobierno y, sobre todo, con la monarquía, que llevaba años sumida en la decadencia.

Madrid fue la ciudad en donde más visible se hizo la presencia de esta riqueza fácil que inundaba el país. La ciudad se divertía polemizando por cualquier cosa. Ya no sólo lo hacían a propósito de la división entre germanófilos y aliadófilos, también discutían los defensores de la Gran Vía y los partidarios de conservar el dédalo de callejas estrechas y retorcidas que fueron desapareciendo a medida que crecía la nueva avenida; discutían los partidarios de los toreros Joselito y Belmonte; liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, socialistas y sindicalistas. Mientras tanto, los fabulosos negocios se seguían haciendo desde una España neutral. En este ambiente, la capital se desprendía de sus harapos rurales para vestirse las galas de gran capital europea. Se construyeron grandes avenidas, entre las cuales destaca la citada Gran Vía, cuyas obras comenzaron en 1910; se levantaron enormes y representativos edificios, como el de Correos o el Círculo de Bellas Artes, ambas obras del arquitecto Antonio Palacios. El teatro era el gran entretenimiento del público, de tal forma que florecieron teatros por todo Madrid, y sus artistas eran conocidos a nivel popular. El cine, con pocos años de vida todavía en España, empezaba a hacerse un hueco dentro del ocio de los madrileños y la recién construida Gran Vía se pobló de espectaculares cines, al tiempo que se rodaban las primeras películas

españolas, aunque ya el cine estadounidense era el que más captaba la atención de los madrileños. Junto a estos divertimentos no podían faltar los toros y el desfile de personalidades que van a la plaza, o el despertar del fútbol, muy lejos aún de su popularidad actual. En suma, Madrid era una ciudad ociosa, sin preocupaciones, que ante todo buscaba diversión.

Les invito a venir conmigo hacia los años veinte de este siglo, y en Madrid. Es un Madrid que está consiguiendo la estampa que, en líneas generales, todos tenemos ahora. Va creciendo la Gran Vía. Comunicaciones comienza a ensuciar su fachada, el Palacio Real tiene su noble frente del norte oculto por la masa gris y ramplona de las caballerizas y el Ministerio de Marina comienza a estar incómodo en el noble y viejo palacio de Godoy, y empieza a hablarse de que se va a hacer uno nuevo en el Paseo del Prado, en uno de los solares de los jardines del Buen Retiro. El Museo del Prado cierra sus puertas, con verdadero entusiasmo, los días de lluvia y los madrileños entendemos, y mucho, de verbenas, de modistillas, de concursos de vestidos femeninos de 1,50 pts, y de acrobacias en el aeródromo de Cuatro Vientos. Las terrazas de los cafés rebosan de gentes que idolatran a Belmonte o suspiran por el desaparecido Joselito. Benavente y Marquina llenan los teatros y *España* y la *Revista de Occidente* pretenden ir sacudiendo la modorra colectiva, que sigue, metódica, puntual, asistiendo, fiestas de San Isidro arriba, a las funciones del teatro Apolo. El estreno de *Divinas palabras* (1920) y la entrada de Azorín en la Real Academia Española (1924) son dos manifestaciones de brillo real dentro de la universal pereza. El aire extremadamente minoritario de las primeras producciones de una generación nueva (Lorca, Alberti, Guillén) es síntoma aclaratorio de muchas realidades. En el otoño de 1923, las carrozas palatinas se guardarán a cal y canto. Ya no irán al Senado para que el Rey pronuncie el Discurso de la Corona e inaugure el período legislativo. El Teatro Real decide irse resquebrajando. Los madrileños pasean, calle arriba calle abajo, por la acera de la Granja del Henar o en la del Ministerio de la Guerra, el Pinar de las de Gómez. Es decir, Madrid es un lugarón, que se pasma al ver los trajes campesinos y se vuelve mal educadamente a seguirlos con la mirada, es una ciudad llena de pregones, de aire limpio y de gracia callejera de género chico. Solamente los enriquecidos con la guerra del catorce se permiten moverse, ir a restaurantes, entender

de gastronomía y gastarse, de cuando en cuando, trescientas pesetas por pasar una semana en París, todo incluido²³.

Junto a la ciudad cosmopolita que estaba creciendo, existía otra rural y decimonónica que lentamente iba desapareciendo. Madrid era una capital llena de contradicciones, donde se mezclaban los oropeles de la corte —con sus fiestas palaciegas— y la opulencia arquitectónica de los modernos edificios con los soldados derrotados y heridos de las guerras de Marruecos que pululaban por las calles, con las gentes que venían de los pueblos cercanos para vender los productos de la tierra, o con los tranvías que descarrilaban constantemente.

Un Madrid que se dejaba invadir de perfumes rurales y de crepúsculos gloriosos. Un Madrid donde todo el mundo iba despacio, devanando sus preocupaciones, repartiendo mentalmente su escaso dinero, sus abrumadoras ilusiones (*EdI*, pág. 29).

En definitiva, y como el propio Zamora apunta, Madrid iba «extinguendo el apresurado fulgor del enriquecimiento por la Gran Guerra, ansiaba abandonar su cáscara pueblerina para convertirse en una gran ciudad» (*EdI*, pág. 30). Lentamente fueron desapareciendo personajes y paisajes que habían dado a la ciudad una identidad de pueblo en el que todos se conocían.

La melonera desapareció. Un año no hubo fuegos artificiales, ni procesión, ni siquiera melones. Llegaron una mañana a las Vistillas los obreros municipales, abrieron calles, pavimentaron la bajada a la Ronda de Segovia, hicieron jardines por los derrumbes, no pudieron ponerse las barracas (*EdI*, pág. 36).

También desaparecieron, de la noche a la mañana, aquellas gentes que venían del pueblo cargadas de alimentos. «Así empezaron a disminuir las visitas

²³ Alonso Zamora Vicente: «Lección inaugural y ponencias» del Congreso Juan Ramón Jiménez, Huelva: Excm. Diputación Provincial de Huelva e Instituto de Estudios Onubenses, 1983, pág. 2.

de la gente del pueblo». La desaparición de la melonera, la pavimentación de la calle de Segovia, los hombres que venían del pueblo son ejemplos de la transformación que sufrió la ciudad en los primeros años del siglo XX.

Madrid está muy presente en la obra de Zamora. En ella se va apreciando la evolución de la ciudad, desde aquel Madrid de finales del s. XVI y principios del XVII que habitó Lope de Vega²⁴, pasando por el del s. XIX, por cuyas calles se movían los personajes de *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós²⁵, hasta llegar al Madrid bohemio de los primeros años del s. XX por el que vagaba Max Estrella²⁶. También ha dedicado estudios al habla de Madrid²⁷, la cual ha interpretado de forma brillante tanto en trabajos sobre algunos escritores, como en sus obras creativas. Gran parte de sus cuentos están ambientados en su ciudad natal, y en ellos recoge la evolución de sus habitantes a lo largo del siglo veinte: desde las penurias de la posguerra, pasando por el crecimiento contenido de los años sesenta, hasta llegar a la modernidad actual.

1.- LA CIUDAD A TRAVÉS DE UN BALCÓN

El Madrid actual poco tiene que ver con aquel por el que Alonso corría y jugaba. No se había producido aún la explosión que supuso el crecimiento de los años sesenta, y la ciudad se reducía a algo más de lo que hoy conocemos como el centro histórico (los límites de la ciudad llegaban, más o menos, hasta Cuatro Caminos por el norte, Puerta de Toledo por el sur, Ventas por el este y Moncloa

²⁴ Alonso Zamora Vicente: *Lope de Vega. Su vida y su obra*, Madrid: Gredos, 1961.

²⁵ Alonso Zamora Vicente: «Releyendo a Galdós» y «Un rescoldo galdosiano» en *Lengua, literatura, intimidad*, Madrid: Taurus, 1966.

²⁶ Alonso Zamora Vicente: Introducción y notas a *Luces de Bohemia*, Madrid: Espasa-Calpe, 1973.

²⁷ Alonso Zamora Vicente: «Una mirada al hablar madrileño», en *Lengua, literatura, intimidad*, Madrid: Taurus, 1966.

por el oeste). Podríamos decir que el espacio geográfico por el que transcurrió su infancia queda circunscrito en el área comprendida por la calle Atocha, Puerta de Toledo, Carrera de San Francisco, Palacio Real, Calle Mayor, Puerta del Sol, Plaza de Cibeles y Paseo del Prado.

El punto de partida de un hipotético recorrido por el Madrid de don Alonso sería la plaza de la Cebada. En ella, en el número 10, vino al mundo. Uno de los personajes en los que se desdobra el autor dice: «No soy de esa playa, sino de Puerta de Moros»²⁸. De hecho, allí se mezclan, sin saber bien dónde están los límites entre unas y otras, la plaza del Humilladero, Puerta de Moros y la plaza de San Andrés²⁹. La plaza de la Cebada, en aquellos años veinte, estaba presidida por el mercado del mismo nombre, construcción de hierro al estilo Eiffel³⁰: «y a la revuelta del mercado, frente a las cámaras frigoríficas, siempre un olor de amoniaco desprendiéndose por el hueco del portal» (*PH*, pág. 186). Allí llegaban las gentes de los pueblos con sus productos para vendérselos a los madrileños. A pesar de que en aquel Madrid había abundantes tiendas de comestibles, el mercado de la Cebada era, junto al de San Miguel y al de los Mostenses, uno de los principales lugares donde los madrileños se abastecían de alimentos.

Los balcones de la casa familiar daban por un lado a la plaza y por el otro a la Cava Alta. A través de ellos, el niño tendrá el primer contacto con la vida exterior. Uno de los recuerdos que más le marcaron en su infancia entró por uno de esos balcones, primer hueco por el que se asomó a la vida. En una de las

²⁸ *Ibidem*, pág. 43.

²⁹ Fermín Tamayo Pozueta: «El espacio del recuerdo en la narrativa de Zamora Vicente», en *Revista de Filología Románica*, Anejo III, Madrid: Universidad Complutense, 2002, págs. 153-172. Este artículo es una ampliación de «El Madrid de *Primeras hojas* de Alonso. Zamora Vicente» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, Madrid: Castalia, 1996, págs. 255-263.

³⁰ José Gutiérrez Solana: *Madrid callejero*, ed. de Teodoro Saturnino Sanchís, Madrid: Castalia, 1995. Así recuerda el pintor el mercado de la Cebada: «Este mercado es todo de hierro, por dentro es muy alegre», pág. 139.

revueltas producidas durante la huelga general de 1917, debida a las subidas de los precios de los alimentos básicos, los obreros asaltaron la panadería que había debajo de la casa paterna: «mi padre decía que venían a tocar a la puerta de la panadería de abajo, porque los panaderos eran franceses también» (*PH*, pág. 60). Los guardias a caballo llegaron para sofocar la revuelta, comenzaron a disparar y mataron a un obrero. El hombre quedó tirado, sangrando en el suelo. Su madre, en una de las escasas imágenes que de ella quedaron grabadas en su mente, rezaba arrodillada ante un almanaque de la Milagrosa. Desde el balcón, el niño, de apenas dos años, vio la escena. Aparte de escenas como ésta, por él también entraba la alegría de los músicos que tocaban justo debajo, y a los que lanzaba una moneda.

Cuando me asomo al balcón de la casa paterna, pienso que voy a tirar una moneda.

La moneda que yo echaba siempre a la calle para el hombre de la música (*PH*, pág. 55).

Desde allí veía el tranvía que subía la carrera de San Francisco, «y otra vez el chirrido del tranvía, renqueando en la cuesta» (*PH*, pág. 59); oía las campanas que «ya tocan a flores en San Andrés» (*PH*, pág. 59), «campanas de San Andrés y de San Francisco que llaman a algo, el chirriar del tranvía que se entra poderoso por la casa» (*PH*, pág. 100); observaba los ríos de hombres y mujeres que regresaban a sus pueblos en las camionetas que salían de la Cava, que «quizá no puedan ver ya a ese niño que dormita sobre el cristal de la ventanilla, intentando ver, incluso dormido y de noche, el paso cansino del paisaje» (*Edl*, pág. 91); o despedía a sus hermanos cuando, en las mañanas frías de invierno, marchaban al colegio: «me asomo al balcón para verlos pasar, ya se van dando patadas o tirándose los libros» (*PH*, pág. 143). Pero la educación familiar no podía permitir que el niño viera determinadas cosas que sucedían en la calle, por eso, continuamente aparecía la voz de algún mayor que le regañaba por pasar tanto tiempo en el balcón, «niño,

éntrate, que eso no lo debes ver tú» (*PH*, pág. 56). Los ruidos, los olores, los tonos de la luz, todo lo que el barrio desprendía se hizo familiar para el niño a través de aquellos balcones y, así, dependiendo de lo que entrase por ellos, él ya sabía lo que sucedía en la calle.

Desde la cama aprendí a descifrar en los ruidos de la calle, en los pregones repetidos, en el matiz de la luz, el brillo de un mueble o de un baldosín, si hacía frío o no, si iríamos o no a la parada (*PH*, pág. 40).

Uno de los lugares preferidos durante su infancia, donde iba a jugar con otros niños, acompañado casi siempre de su padre, era la plaza de Oriente, donde se encuentra el Palacio Real. «Mi padre me llevaba a todas partes» (*PH*, pág. 35). Por la «calle don Pedro adentro» llegaban frente a Palacio, donde se descubría para el niño un nuevo mundo de paisajes y de personajes. La plaza estaba llena de gente muy variada que despertaba su curiosidad. Los niños se subían en el carrito «repleto de campanillas que tocábamos desesperadamente [...]. El cochecito daba una vuelta al óvalo del jardín de acacias grandes, cercado de reyes» (*PH*, pág. 34). Lo que más llamaba su atención en la plaza de Oriente «era la parada, el solemne relevo de la guardia en el Palacio Real. Me encaramaba a los barrotes de la verja, y desde allí, oprimía la cara entre dos hierros, veía aquellas extrañas ceremonias, ir y venir de caballos, sables en alto (qué se dicen, nunca se baten), cañones que cambian de lugar, en tanto que dos bandas tocan alternativamente pasodobles» (*PH*, pág. 35). A lo largo de toda su infancia, el relevo de la guardia va a ser presencia constante, convirtiéndose en un elemento familiar que aparece siempre de fondo, dando seguridad al pequeño; «y andábamos, calle Bailén adelante, unos húsares relevando su guardia» (*PH*, págs. 66-67). La guardia de húsares se convirtió en protagonista silencioso que lo acompañaba en sus andanzas por el barrio.

En la Plaza de la Armería, frente a la verja encendida de sol, muchos críos jugando, asombro repetido del relevo de los húsares en los grandes garitones de madera (*PH*, pág. 154) [...]. Relevo de los húsares, olor de caballos. Al salir [de la capilla de Palacio], árboles ya verdes de abril atardeciendo, el aire tierno, barquilleros, los soldados de la guardia y los húsares (*PH*, pág. 165).

Las Vistillas era otro de sus lugares predilectos. Allí se juntaba con los golfillos del barrio, esos mismos golfillos de los que su familia trataba de apartarlo con tanto ahínco, muy a su pesar. Junto a ellos se lanzaba ladera abajo por los terraplenes.

En las Vistillas, desmontes sucios, polvareda y sed, sentados en periódicos o en trozos de viejos espartos, nos lanzábamos, tobogán improvisado, por el terraplén abajo. (*EdI*, pág. 33).

Otras veces el espacio geográfico de sus expediciones infantiles se ampliaba, en estos casos siempre iba acompañado de la familia, como cuando iban a pasear por Rosales: «Tarde de Rosales, luto cercano, volvíamos despacito, a pie, ya el sol bajo. Delante los mayores, seriecitos [...]. Detrás Dorotea, conmigo a rastras» (*PH*, pág. 66). Allí se encontraban con las patinadoras, que «iban muy serias, muy elegantes, con grandes trajes malva, y rojos, y blancos. Llevaban acaso todas sombreros de anchas alas, se los sujetaban con una mano al patinar, brillaban las pulseras al caerse la mangas brazo abajo; también tenían un paraguas que movían mucho, colgado del otro brazo» (*PH*, pág. 65). En la familia, estas mujeres estaban muy mal vistas pues «eso son cosas de ahora, un escándalo, esas son francesas que traen de reclamo, una señorita no debe hacer eso» (*PH*, pág. 65). También hacían excursiones al monte de El Pardo «a coger bellotas... comeremos al aire libre, que los niños corran a su gusto» (*EdI*, pág. 50), y a la Casa de Campo, para acceder a la cual era necesario «recoger la tarjeta [...]. La tarjeta, un cartón morado, el escudo de España en medio» (*PH*, pág. 91), que permitía entrar durante un año.

Muchas veces, en la Casa de Campo, veían pasear «por allí a las infantas a pie, vestidas de marrón oscuro» (*PH*, pág. 93). Cualquier excusa era buena para ir hasta allí, pues «era el paseo más socorrido»: «Hace sol: a la Casa de Campo. Han venido unos primos de fuera: a la Casa de Campo. Alguno está convaleciente de algo: a merendar a la Casa de Campo» (*PH*, págs. 93-94).

Otro motivo para ampliar el campo geográfico de la ciudad eran las visitas a los familiares que vivían en Madrid. Uno de ellos era la tía Plácida, cuya casa se encontraba muy cerca del Museo del Prado, «la tía Plácida vive frente al museo» (*PH*, pág. 103). Hermana del padre y viuda de militar, «y no os habéis dado cuenta de aquella foto que había en la mesa del tío, era la mujer con que vivía cuando se murió, el tío tenía dos mujeres» (*PH*, pág. 109), era la tía rica de la familia y poseía una «casa nueva, un gran piso, bastante caro» (*PH*, pág. 103). Siempre que la visitaban les obsequiaba con un regalo. A Alonso le regaló un napoleón de oro, «y hay que ver, vaya regalo, que te ha hecho» (*PH*, pág. 110), le decían sus hermanos. Otras veces estas visitas a familiares no eran tan agradables, como cuando tuvo que vivir durante un tiempo, al poco de morir su madre, con la tía Rosa.

El luto más cercano y rígido por mi madre lo pasé en casa de mi tía Rosa, su hermana mayor, que no se reía nunca. Vivía en Arganda del Rey, cerca de Madrid (*PH*, pág. 107).

2.- TODO EL MUNDO TENÍA UN PUEBLO

Alonso Zamora Vicente fue un hombre de ciudad, y aunque nació en pleno centro de la capital de España siempre tuvo una sensibilidad especial por el mundo rural. En sus estudios intentó demostrar que la cultura popular es uno de los

gérmenes de la literatura clásica española. Supo disfrutar y estudiar aquello que le ofrecían los pueblos por los que pasó. Su primer destino como profesor de instituto fue Mérida, y allí, el joven profesor dedicaba sus horas libres a recorrer las villas cercanas, quimógrafo en mano, haciendo entrevistas a los lugareños. El resultado fue su tesis doctoral: *El habla de Mérida y sus cercanías* (1941). También fueron objeto de su estudio pueblos de la zona gallega y asturiana. Pero su interés no sólo se centró en la lengua, sino también en las costumbres y en los oficios que en las zonas rurales aún se mantenían, y que le sirvieron para comprender mejor los textos clásicos de nuestra literatura. Fue un enamorado de la cerámica popular y, además de poseer una colección importante, escribió varios artículos sobre el tema como, «La cerámica popular»³¹, «Las lozas de Talavera y Puente: siglos XVI al XX»³².

Desde muy pequeño, gracias a la influencia de su padre, empezó a sentir atracción por vida del campo. Una de las grandes pasiones de Alonso Zamora Bueno era pasar las horas trabajando en el huerto cuidando delicadamente las plantas y las flores: «aquí está tu padre otra vez, en su huerto, le gustaba mucho cuidar las plantas, y tener frutos extraños, y regar, ya caída la tardecita, los cuadros de rosales, de lirios, de celindas, de tulipanes. Aquí está podando el granado aquel que dio su primer fruto el año que tú naciste» (*PH*, pág. 32). En el Madrid de principios de siglo era habitual que las familias burguesas tuvieran una casa en el campo, con un pequeño huerto, para pasar los fines de semana y algún que otro día festivo. Su padre compró una casa en el cercano pueblo de Campamento. Más que una casa era un alpende, con un tejado a dos aguas, una gran habitación, una cocina y una alcoba. En el jardín había un pozo y una alberca que los niños llenaban dando a la manivela de la bomba.

³¹ Alonso Zamora Vicente: «La cerámica popular», en *Cuadernos del Norte*, núm. 3, agosto-septiembre, 1980, págs. 11-20.

³² Alonso Zamora Vicente: *Las lozas de Talavera y Puente: siglos XVI al XX*, Madrid: Mercado de la Puerta de Toledo, 1989.

Por la tarde se llena la balsa. Paco y yo nos relevamos en la bomba. En la pared de dentro hay unas rayitas rojas que indican el agua que hace falta según lo que se vaya a regar luego. (*PH*, pág. 87).

De regreso a Madrid, se detenían en el cementerio de Carabanchel a visitar a la madre; «los crisantemos que, cuando volvíamos por la noche al tranvía, bordeando las charcas, se quedaban en el cementerio de Carabanchel, donde estaba enterrada mi madre» (*PH*, págs. 89-90).

Normalmente no pasaban las vacaciones en la casa de Campamento, ya que durante el verano iban a El Carrasco, la aldea paterna, a la casa de los abuelos. La emigración de la población rural a las grandes ciudades que se produjo a finales del siglo XIX y principios del XX, debido a la mala situación económica en que se encontraba la España de entonces, originó una estrecha relación entre la capital y cada uno de esos pueblos de los que procedían familias enteras, y adonde acudían siempre que fuera posible.

Todo el mundo en Madrid tenía un pueblo. En el pueblo... Cuando vayamos al pueblo... Tengo de esto y de lo otro en el pueblo... Pocos decían ya mi pueblo: era un lugar convenido y remoto, donde se vivía mejor y diferente, lejano paraíso escondido, dispensado de obligaciones e incumbencias, al que, alguna vez al año, sobre todo en vacaciones, se arrinconaban fatigas, experiencias, descansos. Y se volvía del pueblo siempre con mejor color, la salud recuperada, el lenguaje arrusticado y linajudo, imposible someter el cuerpo a la disciplina de los perifollos urbanos, de las horas inaplazables del colegio. (*Edl*, pág. 123).

El aire de Madrid no era bueno para el crecimiento de los niños, además para la enfermedad de bronquios del pequeño Alonso eran necesarios aires más puros. «Estos chicos andan delgaduchos, es bueno salir al campo, en el pueblo estarán bien, habrá que mandarlos. Decidido: iremos a las casas de los abuelos,

junto al Júcar» (*PH*, pág. 131), decía la madrastra. El padre metía en el tren a los hijos menores, Paco y Alonso, quienes quedaban al cargo del revisor o de la pareja de la guardia civil. En alguna ocasión también les acompañaba Elisa. En el pueblo entraba Alonso en contacto con un mundo totalmente diferente al burgués y urbano en el que se había criado; «los chicos que salen por allí van descalzos, o al menos me lo parece, tan sucios, y yo llevo unas botitas de media caña negras, nuevas» (*PH*, pág. 136). Durante los meses que pasaba allí se empapaba del lenguaje y de las costumbres que le ofrecían sus habitantes.

También se mantuvo en contacto con el mundo rural gracias a las visitas de los parientes — tíos, primos — que iban a Madrid desde el pueblo. Llegaban llenos de paquetes, con alimentos que habían cocinado allí o que habían recolectado en la huerta, los cuales tenían que pasar por el fielato y pagar lo que correspondiera por cada uno de ellos.

Primera expedición: pasar por el fielato. Arrastran una montaña de líos, bolsas, maletas de cartón sujetas con vencejos, un par de pollastres tomateros atados por las patas, balanceándose cabeza abajo. Todas estas menudencias pagan impuestos a la salida del andén (*EdI*, pág. 124).

El pequeño Alonso era el encargado de enseñarles la ciudad: «Total que, ya le digo, un día sí y otro también yo me convertía en el importante cicerone de la casta y los llevaba de aquí para allá, a veces con la lengua fuera, a los museos, a las iglesias, a los parques»³³. Con el libro de Elías Tormo, *Iglesias de Madrid*³⁴, bajo el brazo, conducía a los parientes por las distintas capillas de la capital, dándoles alguna noticia sobre el retablo o sobre las pinturas, «aunque también sabemos que la Catedral de Madrid no vale tres perras» (*EdI*, pág. 125). La familia pensaba que

³³ Alonso Zamora Vicente: *Historias de viva...*, pág. 18.

³⁴ Elías Tormo: *Las iglesias del antiguo Madrid*, Madrid: A. Marzo, 1927.

iba para cura, debido al fervor que mostraba por las iglesias y por los tesoros artísticos que esconden. También les llevaba al Retiro «a dar una vuelta por el estanque en el vapor grande» (*EdI*, pág. 125), a la Puerta del Sol «a ver bajar la bola» (*EdI*, pág. 125), y claro está, a la parada, «y hay que ir a la parada» (*EdI*, pág. 125), y por la tarde al teatro.

Desde el balcón de su casa observaba a las gentes de los pueblos que se reunían en la Cava para esperar la llegada de las camionetas que les llevarían a sus respectivos pueblos. En los años veinte, Madrid se llenaba de gentes que venían de lugares cercanos como, «Corsarios de Camarena, Navalcarnero, Cadalso de los Vidrios, Almorox, Villa del Prado» (*EdI*, pág. 87). Eran hombres que acudían a la consulta del médico, o mujeres que habían emigrado a la capital para trabajar como criadas, o militares que disfrutaban de un permiso. Todos ellos se juntaban por las tardes en la Plaza Mayor y, cuando llegaba la hora, las cinco de la tarde, bajaban a pie por el arco de la calle Toledo hasta la Puerta Cerrada, «encrucijada de la Cava Baja, Callejón de San Bruno, el Grafal, travesía del Almendro...» (*EdI*, pág. 89), y una vez allí se repartían hacia los distintos lugares adonde sus respectivas camionetas les llevaban.

Todas las tardes, y muy especialmente sábados y domingos, se arremolinan todos los paisanos en la salida de los coches, *la camioneta*, que les une a su lugarejo, criadas y soldados, y las gentes que han venido a solventar un asunto en el notario, o a hacerse reconocer por un médico, o a visitar al hijo que hace la mili, herido o enfermo en el hospital de Carabanchel, o la hija monja, encerrada en un rancio monasterio... Los coches salen del amplio corralón de las viejas posadas, *El león de Oro*, *Mesón del Segoviano*, *Posada del Dragón*, *Albergue de los Cuesta*... (*EdI*, págs. 87-88).

3.- LA FAMILIA URBANA

Uno de los temas fundamentales en la obra de Alonso Zamora Vicente son las personas. Por sus cuentos desfila una galería de personajes anónimos con sus alegrías y sus tristezas.

Presiento que, en mucho tiempo, éste será mi quehacer extrafilológico: gente. Gente, hombres y mujeres que, con sus defectos aparentemente ridículos, pueden probar documentalmente que han nacido pequeñitos, como decía César Vallejo. Y añado yo, por mi cuenta, también pueden probar que no han tenido nunca nadie que les ayude a crecer³⁵.

Gran parte de los personajes que habitan sus cuentos los extrae de un Madrid enorme y solitario, donde la soledad es la compañía en la que todos se refugian.

Gente. Son los míos, los que me recuerdan que no estoy solo, y quizás también los que van escoltando el inevitable deslizamiento hacia la radical soledad, la más numerosamente poblada³⁶.

De la misma forma que la ciudad ha modificado su aspecto interno, la gente también ha cambiando; sus problemas, sus anhelos, se han ido acomodando a las nuevas circunstancias que la sociedad moderna ha ido imponiendo. En su infancia, el catálogo de personas que desfilaba ante sus ojos tenía una serie de oficios, hoy ya olvidados, que daban a la ciudad un ambiente familiar que ahora se ha perdido. Las calles de aquel Madrid estaban llenas de traperos, cacharrereros, gente que vivía de la rebusca y el merodeo, afiladores, mieleros, cuchilleros, armeros y tostadores de café, de los charlatanes que pregonaban su mercancía en

³⁵ Alonso Zamora Vicente: «Yo escribo... », pág. 285.

³⁶ *Ibíd.*

cualquier plaza, de los memorialistas, limpiabotas, mozos de cuerda, fotógrafos minutereros, músicos que animaban con sus instrumentos las calles, de miles de advenedizos que trataban de buscarse la vida en las más variopintas ocupaciones. Con muchos de estos personajes se cruzaba Alonso por las calles de la vieja capital, y su recuerdo quedó en él como muestra de un Madrid ya perdido.

En el relato con el que comienza *Primeras hojas*, el niño, junto a «una voz tibia, cansada, que va haciendo la presentación» (*PH*, pág. 30), hace un recorrido por un álbum de fotografías familiares donde se nos presenta una serie de hombres y mujeres cercanos todos a él. Después de que algunas de esas personas hayan aparecido en un momento dado en la vida del protagonista, en el último cuento, «Revés de la tarde», vuelve a recordarlos, ya desde la lejanía del tiempo. Se trata, pues, de una galería de personas que dejaron algún recuerdo en el niño, como doña Vicenta, la quiosquera³⁷, a quien compró sus primero tebeos; o don Gregorio, que «vendía teas en la puerta de casa y se quejaba siempre de su hernia que le quedó de la guerra de Cuba» (*PH*, pág. 189); o Ramona, «la portera que tenía bigotes y mal genio» (*PH*, pág. 189); o Pepa, la cambiante, a quien Alonso vigilaba el puesto alguna vez cuando ella se ausentaba; o don Juan, el párroco, «plazuela de San Andrés, mi padre paseaba, vuelta va, vuelta viene, con don Juan el párroco» (*PH*, pág. 39); o don Baldomero «que tenía una fábrica de sillas» (*PH*, pág. 190); o Eloisa, «la viuda del general que no sé cómo se llamaba, la del tercero» (*PH*, pág. 190); o don Cosme y doña Celes que tenían una «escuela privada en el segundo» y «que preparaban para oposiciones al Cuerpo de Correos» (*PH*, pág. 190) a la cual iba a estudiar Fernando, uno de los hermanos; o don Jesús «el agente de seguros» (*PH*, pág. 191). Todos estos personajes formaban

³⁷ Quizá esa misma quiosquera sea la que recuerda Gutiérrez Solana: «Cerca del café hay un puesto de periódicos en los que ya empiezan a vocear los de la mañana». Gutiérrez Solana, José: *Madrid callejero...*, pág. 146.

parte de la «gran familia urbana», como les llama García de la Concha³⁸, aquella con la que convivía el pequeño Alonso. Esa familia se iba ampliando con otros personajes, quizá más distantes al niño, como los vecinos de la casa familiar.

Había vecinos muy famosos, cada cual a su manera. Había dónde escoger: un almirante, todas las mañanas venía un coche pintado de verde, un ancla amarilla en la portezuela, y un hacendado de Valdemorillo, fabricante de harinas y piensos, y también vivía el arcipreste de San Andrés, y un jubilado gordinflón que había sido gobernador civil, y un retirado héroe de Cavite, cruz pensionada, siempre gemecando por las enfermedades que se trajo del trópico, y doña Angelines, soprano del Real (*EdI*, págs. 107-108).

Otros componentes de esa familia urbana eran los hombres que mataban el tiempo en la calle, curioseando cualquier novedad que se produjera en el barrio y «que pasaban las horas muertas al sol, en el atrio de San Andrés, recordando las guerras de Cuba y Filipinas» (*EdI*, pág. 94). Los «obreros que arreglaban el adoquinado» (*EdI*, pág. 94) para adaptar el barrio a los cambios que se estaban produciendo en la ciudad. Los hombres que descargaban el camión de leña en la panadería de abajo, «algunos días coincidía con el camión de la leña» (*PH*, pág. 60). Y los barrenderos que limpiaban las calles, cuyo «carro de la basura se acercaba tintineando la campanilla» (*PH*, pág. 60).

Junto a estos personajes, a los que podríamos llamar habituales en el barrio, aparecían otros, esporádicos, pero cuya presencia se hacía constante porque, cuando unos se marchaban eran otros los que llegaban y ocupaban su lugar, dependiendo de la época del año. Las viejas esquinas de las calles del Madrid de los Austrias estaban habitadas por solitarios músicos que con sus instrumentos amenizaban el barrio. En el invierno el ciego del violín, «ya no está enfrente el

³⁸ Víctor García de la Concha: Prólogo a *Examen de ingreso...*, pág. 20.

quicio oscuro, con columnas, donde se solía poner el ciego del violín. Viejo, de barbas blancas, qué sucio está, cómo no tendrá frío hoy con el gris que corre» (PH, pág. 55). Acompañado de su perro lazarillo, «la rígida postura del perro lazarillo, el plato de la limosna en la boca» (PH, pág. 55), tocaba canciones, como *Una más y Cielito lindo*. «Primavera adentro llegaba el hombre del organillo. Un burrito lanudo tiraba del carricoche donde iba montado el piano. El hombre se ponía cerca de la esquina a la tardecita, y comenzaba a darle al manubrio» (PH, pág. 56). Con su organillo tocaba el pasodoble de *Las corsarias* o el chotis *Sobre verde*. Otras veces, el encargado de amenizar el barrio era un músico francés: «Por las mañanas aparecía el francés. Llevaba a la espalda un enorme bombo, y encima del bombo unos platillos. Los dos sonaban por medio de unas cuerdas que se ataba en los talones, por lo que daba de cuando en cuando grandes sacudidas con los pies. Y con las manos tocaba el acordeón» (PH, págs. 59-60). Tocaba canciones francesas, y constantemente se oían «con gran furia» los compases de *La Marsellesa*. A todos estos músicos callejeros los veía Alonso desde el balcón. A veces, no era un músico solitario, sino que era una pequeño grupo de músicos ciegos³⁹ que, «puntuales, se ponían [...] en la esquina, los días de buen tiempo, junto a la vieja acacia grandota y carcomida» (EdI, pág. 93). «Tocaban los ciegos, cuatro, seis instrumentos variables, a ver, los alifafes, es difícil acarrearlos a todos, y los dos perros lazarillos se colocaban, cansinos, en el centro del carro, un platillo de lata sujeto entre los dientes» (EdI, pág. 94). Todos eran ciegos menos el patrono, que cantaba, y lo hacía con mucha prosopopeya.

Y Agapito, sobrevenida importancia, gesticulaba pedantuelo, se arrancaba haciendo gorgoritos y: «Hay que ponerse de acuerdo con los instrumentos para entrar sin

³⁹ En sus recuerdos de Madrid, John Dos Passos, una de las primeras lecturas universitarias de Alonso Zamora Vicente, también habla de este grupo de músicos callejeros que él vio en la plaza de Santa Ana: «Siete músicos, ciegos, con violines, guitarras y un lúgubre cornetín, tocaban *El Danubio azul* en una esquina». John Dos Passos: *Rocinante vuelve al camino*, Madrid: Alfaguara, 2002, pág. 156.

daño». Carraspeaba, alongada la nuez provocativa, echaba un pie adelante y empezaba a cantar con patética afectación [...]. Y se callaba supitaño porque alguien canturreaba desde el público, y eso sí que no, él era un artista, todos ellos eran grandes artistas, y atreverse a cantar con ellos era tremenda audacia imperdonable (*EdI*, págs. 94-95).

El tiempo se encargó de echar al olvido a otra serie de personajes. Hombres que realizaban trabajos ya desaparecidos en aras de la modernidad. Don Dimas, el charlatán, ante quien el futuro filólogo se quedaba ensimismado por la verborrea que utilizaba para vender sus insignificantes productos: «Y aparecía don Dimas, charlatán rico, venía en un coche tirado por un caballo matalón, y, sobre la capota plegada, colocaba, bien visibles, los productos maravillosos que ofrecía, tan baratos...» (*EdI*, pág. 39). Don Primitivo, el pavero, cuyas «manadas de pavos aparecían unos días antes de Navidad, ya diciembre crecido [...]». Los animales paseaban lentorros por las esquinas de San Millán y de Cascorro, remoloneaban por el atrio de San Andrés» (*EdI*, pág. 65). Lentamente su presencia fue desapareciendo, «y un año no vino la mujer, la Leocadia [...]. Y al año siguiente tampoco vino el hijo» (*EdI*, págs. 66-67), hasta que también dejó de venir don Primitivo, quien «se volvía al pueblo, ya no vendría más» (*EdI*, pág. 68). También desapareció el peregrino que «caía, con toda su familia, un par de semanas antes del domingo de Ramos» (*EdI*, pág. 97). Su presencia revolucionaba el barrio, «se desplomaba de balcones y azoteas y se congregaba en el atrio de San Andrés, donde, con permiso del cura, colocaba el carromato que le servía de vivienda» (*EdI*, pág. 97), su aspecto con «el pelo, muy largo [que] le caía en cascada por la espalda» (*EdI*, pág. 98), llamaba la atención de los vecinos. Por esas calles del Madrid de los Austrias también pululaban «la florista, el mielero, el lañador iban y venían, gritaban una vez y otra en las esquinas, descansaban del peso de sus cachivaches dejando apoyados en una pared el banasto de lilas, claveles, rosas, y las tinajillas de la miel, y el maletín con las herramientas...» (*EdI*, pág. 113).

La plaza de Oriente se llenaba de personajes con los que los niños disfrutaban continuamente. Silenciosos y llenos de miedo se sentaban ante el hombre del cartelón, para oír los crímenes de la época, como el del Capitán Sánchez o el famoso robo del Expreso de Andalucía: «Qué bien, estarse escuchando todo el crimen, sin oír detrás a Elisa, que tiene miedo, su vámonos, ya está bien, es tarde...» (PH, pág. 115). El escritor Zamora Vicente revive con detalle la forma de expresarse de estos hombres:

El hombre del cartelón sigue explicando, puntero en alto, parándolo sobre los cuadritos. Ahí está el asesino, con sus sacos de dinero en las ensangrentadas manos, obsérvese cómo mira por la rendija de la puerta. Dentro queda la vieja avarienta, degollada en su mísero catre, y ahora va a venir la criada, no respondo de que hombre de tales intenciones... (PH, pág. 116).

También se arremolinaban ante el titiritero, que con su teatrillo y sus títeres representaba las historias de Cristobita, el *Polchinela* español.

Y el agolparse la gente junto al armatoste de los curritos, todos, grandes y pequeños, alrededor del endeble biombo de lonas y tablas, donde ocurrían maravillas (PH, pág. 154).

Finalizada la obra, «salía el hombre de allí dentro y pasaba una boina desteñida pidiendo dinero» (PH, pág. 157), y una vez recogido el teatrillo veían al titiritero «yéndose despacito, la cesta en un brazo y la caseta al hombro, ahí va el tío de los polchinelas» (PH, pág. 159).

4.- MADRID, AÑOS VEINTE, UNA CIUDAD QUE EMPIEZA A DIVERTIRSE

La tensión que se produce en la capital, entre la gran ciudad que está naciendo y el pueblo decimonónico que da sus últimos coletazos, se traslada también al mundo de la diversión y del ocio.

4.1.- EL TEATRO

El teatro era la gran diversión de los madrileños de principios de siglo. Era el espacio en el que la aristocracia, la burguesía y las clases medias se relacionaban; allí iban a ver y a ser vistos. Acudir al teatro era una ocasión propicia para el lucimiento personal. En aquel Madrid de los años veinte, el público se divertía con tres tipos de representaciones teatrales. Primero estaba el teatro serio de Benavente, Galdós, Unamuno, Marquina, los clásicos del siglo de oro, interpretados por grandes actrices, destacando por encima de todas María Guerrero. Se representaba en el Teatro Español o el de la Princesa, actual María Guerrero. Después existía un teatro de cupletistas y tonadilleras, como Pastora Imperio, Julia Fons, Encarnación López (la *Argentinita*) o Raquel Meller, que llenaban, con sus bailes y canciones, los espacios escénicos de la época. Por último, el teatro de variedades, picante y atrevido, en el que triunfaban Consuelo Portela (la *Chelito*), la *Bella Otero*, Consuelo Tamayo (la *Tortajada*), Aurora Mañanos (la *Goya*) o Consuelo Bello (la *Fornarina*). La gente iba a ver estos espectáculos al teatro Novedades, que sufriría un terrible incendio en 1928, o al Apolo, ya desaparecido, situado en la calle de Alcalá, al que se conocía como la «Catedral del género chico» por la cantidad de zarzuelas que en él se representaban.

Alonso Zamora Vicente fue un hombre enamorado del teatro y, como tal, a lo largo de su vida de filólogo editó y anotó muchos textos teatrales clásicos. Este interés le venía de pequeño. Solía ir a los teatros del barrio, principalmente al cercano Novedades, que se encontraba en la calle Toledo esquina con la calle de las Velas, porque un amigo suyo del colegio, Gaspar, era hijo del director de la orquesta del teatro: «Tardes que ya no se repetirán, tantas como hemos ido al teatro al salir del Colegio, con Gaspar, hijo del músico que dirigía la orquesta y nos metía en uno de los palcos» (*EdI*, pág. 45). Allí vio sus primeras zarzuelas: *La Gran Vía*, *Molinos de viento*, *Gigantes y cabezudos*, *El barberillo de Lavapiés* o *La verbena de la Paloma*. Pero una tarde de septiembre de 1928, mientras se representaba la zarzuela del maestro Alonso, *La mejor del puerto*, el teatro se incendió. Así recogió la noticia el diario ABC:

En la plaza de la Cebada se hacía imposible el tránsito. La gente, en apretado haz, presenciaba el triste espectáculo y luchaba por acercarse a la inmensa hoguera. Entre el público se oían ayes y lamentos; eran los de los familiares de los asistentes a la función de tarde del Teatro Novedades, que haciendo vanos esfuerzos se debatían entre la muchedumbre y pugnaban inútilmente por llegar a las proximidades del teatro, por saber noticias de las personas a quienes buscaban⁴⁰.

El incendio del Novedades supuso que «durante mucho tiempo no fuera al cine, ni al teatro, ni a sitio alguno cerrado donde hubiese mucha gente, largo espacio en el que el miedo a la respuesta no dejaba preguntar al vecino por la causa de su luto, tiempo de asistir a funerales en la Catedral, en San Andrés o en San Cayetano, y todo porque aquella noche de septiembre, ya el verano vaciándose, el Novedades se convirtió en un enorme brasero, llevándose a muchos de sus fieles, clausurando así tantos ratos de agridulce carcajada, de

⁴⁰ Federico Bravo Morata: *Historia de Madrid*, vol III, Madrid: Trigo Ediciones, 2001, págs. 213-217.

alegre canturreo familiar» (*EdL*, pág. 46). Entre los asistentes al teatro la noche del incendio estaba el poeta Blas de Otero⁴¹.

Con formato: Color de fuente: Automático

También iba mucho a las representaciones del Eslava y del Ateneo, allí el jefe de la clac era padre de otro compañero del colegio. En alguna ocasión, al joven Alonso le expulsaron del teatro por interrumpir el dialogo de los actores, tal como recuerda con una sonrisa: «Se representaban unas comedias breves para un solo actor. Una de ellas fingía una casa rural en medio del campo con una chica muy guapa. Toda la decoración era una ventana con tiestos y con reja que se sostenía con unos pies como un atril. No sé qué pasó que aquello falló y la ventana se vino al suelo y la chica hacía unos esfuerzos enormes por sostenerla mientras duraba la declamación del texto, que sería veinte minutos. Había pasado la mitad cuando llega el padre o el novio y le pregunta: qué haces aquí, pues ya ves, esperándote, y entonces yo en alto grité: pero hombre, qué preguntas, sosteniendo la ventana, ¿es que no lo ves? Y vino un señor, muerto de risa, con muchos oros, el conserje, que me echó del teatro»⁴².

Pero con quien más solía ir al teatro era con la familia. Cuando venía a Madrid algún familiar del pueblo era visita obligada la del teatro. Iban al Apolo, donde veían a Reyes Castizo, la *Yankee*, bailar y cantar algún cuplé, o al Teatro de la Princesa a ver alguna obra de Marquina: «Y por la tardecita, se iba una tarde al

⁴¹ Así recuerda aquel incidente el poeta bilbaíno en un repaso que hace de su vida: «Nací en Bilbao, dicen, el 15 de marzo de 1916. // A los dos años me llevaron a Madrid, pero mis primeros recuerdos son de Bilbao, cosa de los cuatro o cinco años. Aquí estoy viendo a Manuel Granero y a las mujeres llorantes la tarde del telegrama. Y a Mlle. Isabel, morena, por más que le pese al dorendecasílabo. // Dos años con los jesuitas. Bachillerato en Madrid. Asisto, como espectador de los de dentro, al incendio del Novedades; y, como hubiese querido M. Machado, a la Escuela Taurina de las Ventas. Vuelta a Bilbao. Después, de aquí para allá. // Durante la guerra nuestra, en ambas zonas. // (Lo demás está en los libros).» Blas de Otero: «Así es la vida», en *Mensajes de poesía*, 11 (1952). Doy las gracias a Elena Perulero, gran experta en la poesía y en la vida de Blas de Otero, por haberme facilitado esta información.

⁴² Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre 2002 y 2004. Cuando alguna cita no se diga su procedencia procede de esta entrevista.

Apolo, *La chula de Pontevedra*, canta la Yankee, y otra tarde se iba al Teatro de la Princesa, *En Flandes se ha puesto el Sol*» (*Edl*, pág. 126).

Quedaba excluido el teatro de variedades ya que en la familia estaban muy mal vistas las artistas que actuaban en este tipo de espectáculos. Durante las visitas, uno de los temas de conversación preferidos eran las actrices y la ligereza de sus espectáculos. Las mujeres hablaban «de lo subidos de color que son los cuplés de moda y reniegan de actrices y tonadilleras que los divulgan: Mercedes Serós, Raquel Meller, la Chelito, la Goya, Dora la Cordobesita...» (*Edl*, pág. 55), y se ponían de acuerdo en descalificar a tales artistas, porque «las cupletistas son unas cualquiera, gente sin distinción ni ortografía, grandes puñados de pecado lanzados para escarnio de la sociedad, sobre todo de los hombres de familias honestísimas» (*Edl*, págs. 55-56).

4.2.- EL CINE

La llegada del cinematógrafo supuso una revolución en la sociología de las diversiones. Sus bajos precios, comparados con los del teatro, permitían que todas las clases sociales pudieran asistir a una proyección⁴³. Los empresarios empezaron a programar en sus locales películas, ya que les era más rentable que el teatro. Aparte de estos locales, se exhibía también en los cines barracón como eran el cine de La Encomienda o La Flor, hasta que se empezaron a construir los grandes edificios de la Gran Vía: el Palacio de la Música, el Palacio de la Prensa, cines Callao, el Coliseum, Capitol, Actualidades, Rialto.

⁴³ «Los precios, [del teatro] muy bajos hasta 1918, suben continuamente; los artesanos, los aprendices, los vagos, los dependientes, los porteros, que formaban el espinazo del auditorio, no pueden ya pagarse el lujo del teatro y van, en cambio, al cine». John Dos Passos: *Rocinante vuelve...*, pág. 164.

Al joven Zamora le interesaba más el cine que aquel teatro carente de calidad que se hacía a principios de siglo. Al igual que él, muchos niños de su época descubrieron el mundo gracias al cine, en las salas oscuras su imaginación se excitaba ante el chorro de luz y de imágenes a las que miraban sin parpadear.

El cine ha incorporado a nuestro tiempo —o quizá por contra las ha recibido de él— una vibración, una agilidad, una instantaneidad insospechables antes. La pantalla es una concreción de alegrías sueltas, y si los niños de ahora son más alegres y más rebeldes es porque todos los domingos se zambullen, como en un baño público, en los cines de los barrios. Dan escape a sus fantasías y precisan sus nebulosas ideales: porque el cine es un sueño concreto, cuajado. Quedan libres de ellas para toda la semana. Ya no han de jugar a las bolas en las plazas tristes de las tardes de domingo, ni en los rincones de los jardines. Van al cine, se asoman por esa ventana al mundo poético, adquieren la velocidad del tiempo nuevo y aprenden a no asombrarse de nada, a tomar partido, a sortear automóviles en las grandes vías, a sonreír anchamente⁴⁴.

Después del asombro infantil, una vez sea profesor, el cine será objeto de su estudio. En los duros años cincuenta, en los que todavía se veía ese arte como algo nocivo para la sociedad, y en que además no se le consideraba digno de la atención de la universidad, él fue uno de los primeros catedráticos que se atrevió a publicar artículos sobre cine⁴⁵. Empezó a escribir sobre las películas de los directores más vanguardistas del momento, como Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem. Asimismo, colaboró asiduamente en la revista *Cinema Universitaria*, que crearon los alumnos de la Universidad de Salamanca, entre los que se encontraba Basilio Martín Patino. La influencia del séptimo arte llegó hasta

⁴⁴ Francisco Ayala: *El cine arte y espectáculos*, Veracruz: Universidad Veracruzana, 1966, págs. 21-22.

⁴⁵ José María Folgar de la Calle: «Alonso Zamora Vicente: un escritor y el cine», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, 1996, págs. 169-187; y «Alonso Zamora Vicente, el cine y la literatura», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, tomo I, págs. 43-50.

sus obras creativas. Muchos de sus cuentos tienen una estructura muy cinematográfica. Cuando los leemos podemos imaginar al director, escondido detrás de la cámara, colocando el decorado o dando instrucciones a los personajes para que actúen. En este ejemplo, la descripción que hace del bar podría equivaler a un plano cinematográfico:

Barra de la cafetería famosa, opulenta, de nombre muy traído y llevado, muchachas bonitas, gentes que entran y salen, gritos de ¡Va! ¡Una de churros! ¡Dos de jamón y queso! ¡Un combinado! ¡Un cuba libre!... Ruido de batidoras, cafeteras, un lejano runrún agazapado, de radio, gritos de la calle a bocanadas cada vez que se entreabre la puerta, tufaradas de la cocina...⁴⁶

La primera relación del niño Zamora Vicente con el séptimo arte fue durante el tiempo que vivieron en la Puerta de Moros. Desde el balcón de su casa, el pequeño Alonso veía los rodajes cinematográficos de la productora que estaba situada en la carrera de San Francisco, y que se llamaba Madrid Films. Además, los primos y tíos que venían del campo le contaban las imágenes y las noticias que habían visto en las linternas mágicas que iban por los pueblos.

Lo hemos visto en la linterna mágica que llevaron a la posada del pueblo la otra noche, también salía el puerto de Barcelona, y una montaña muy alta que hay en Canarias (*EdI*, pág. 125).

Después fueron las películas por episodios. La primera visión del mundo de gran parte de los niños de principios del siglo veinte fue a través de las películas por episodios. Se trataba de producciones destinadas a un público infantil y juvenil, que se basaban en ofrecer emociones carentes de sentido, con finales, al igual que la novela folletinesca, llenos de excitación y peligro, que enganchaban al espectador, el cual volvía a la siguiente sesión para no perderse cómo continuaba

⁴⁶ Alonso Zamora Vicente: *A traque barraque...*, pág. 55.

la película. «No quiero que compremos revistas de esas que no me dejan ver, ni tabaco, sino algo mejor, o ir a ver el final de *Los misterios de la selva*, que no los hemos podido ver, estuve con gripe el día que lo echaron» (*PH*, pág. 121), protestaba Alonso a su hermano Paco.

En esos años, el cine era el espectáculo más barato —una entrada valía entre 15 y 20 céntimos— y todo el mundo podía ir a ver una película. Era un espectáculo muy popular, por lo que no es de extrañar que a ojos de la burguesía madrileña no se pudiera permitir que un niño se fijara en el ejemplo de mala educación, gritos y empujones de los que hacían gala los espectadores que asistían a estas salas. Por eso siempre iba acompañado de alguno de sus hermanos, sobre todo de Paco. Tampoco le estaba permitido ir al cine barracón, como el de La Encomienda o La Flor, los cuales describe de la siguiente forma:

El cine, sala húmeda, maloliente, de Cine Doré, de la Encomienda o de la Flor, largos bancos de madera refregados y mal secos, protestas de los que tienen columna en medio o, por estar muy laterales, ven a la gente de la película alargada. Alaridos, pregones, ¡Avellanas tostadas y acarameladas...! ¡Patatas fritas...! ¡Al rico bombón...!, peleas de los chiquillos, empujones para sentarse en mejor sitio (*EdI*, pág. 109).

Le gustaba ir al cine Ideal. Allí esperaba emocionado a que las luces se apagaran, «va a empezar. Sinfonía, dice el programa, lo primero. Acuden los músicos bajo la cabecera de la sala, bajo la pantalla, en una covacha con un piano y unos cuantos instrumentos más [...]. Acaban los músicos y hay unos aplausos muy flojillos, tocan otra vez [...]. Va a empezar. Se enciende a la derecha del telón una luna con estrellas, muy coloraditas sobre fondo azul, es que se va a hacer de noche, y los chicos aplauden, gritan, ya está ahí Faty [...], a la izquierda del telón se enciende un sol también rojo, mientras en la pantalla se lee FIN, un ¡ah! contento y largo, insatisfecho» (*PH*, págs. 121-122).

Las películas que veían eran mudas —la primera sonora no se estrenó hasta 1929— por lo que era necesario un narrador que explicaba la acción de la película al público. También había una orquesta que animaba el principio y el final de cada sesión. Uno de estos narradores era «nuestro vecino, Lorenzo» que para explicar la película al público «avanza[ba], solemne, por el pasillo central entre entusiastas frases de bienvenida. Presuntuoso, sin hacer caso de los gritos jaleándolo o insultándolo, que de todo hay, se sub[ía] a una silla, alta de dos metros, colocada en medio del pasillo. Se arrellana[ba], se alisa[ba] las mangas y los puños, se limpia[ba] las narices con el pañuelito doblado, carraspea[ba] y comienza: Señores espectadores, va a empezar la función» (*Edl*, pág. 109).

Cuando se fue haciendo mayor, ya le permitieron ir al cine por su cuenta, lo que le «ayudó a soltar el primer estirón de adolescencia valorando el hecho de ir solito al cine, un local que esté próximo, un cine al que vayan gentes de buena casta» (*Edl*, pág. 59). Entonces iba al cine de San Miguel o al Monumental, cines caros a los que sólo podía ir gente de cierta posición, con lo que no había problema de que se le pegaran los malos modales de los golfillos, como recuerda en una entrevista:

A mí me dejaron ir solo al cine por vez primera cuando abrieron el cine San Miguel que costaba tres reales la butaca, y tres reales a la semana te lo aguantaban. Pero, sobre todo, porque era muy poca gente la que se gastaba tres reales... ¡no iba a ser un cine de esos de golfos!⁴⁷

La incipiente industria cinematográfica española era muy pobre en aquellos primeros años del séptimo arte. Se rodaron algunas películas entre las que destacan *El dos de mayo*, *Curro Vargas*, *La canción del día*, *Los dos pilletes*, pero

⁴⁷ Alumnos de Filología Románica: «Alonso Zamora Vicente catedrático de Filología románica e académico da lingua», en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 2, 1999, pág. 210.

aquellos primeros espectadores se sentían atraídos por las grandes producciones de Hollywood. Películas de aventuras protagonizadas por Douglas Fairbanks como, *La máscara del zorro*, *Robín de los bosques*, *El ladrón de Bagdad*⁴⁸, o películas más románticas con Mary Pickford, la novia de América y esposa de Fairbanks: en 1924 ambos actores llegaron a Madrid y su llegada revolucionó la ciudad, tal como recogen los periódicos de la época⁴⁹. Los niños disfrutaban con los cómicos como Fatty, «ya está ahí Fatty, sudando, gordísimo» (*PH*, pág. 122), Max Linder — el maestro de Charlot —, o el propio Chaplin, acompañado de Chiquilín, o Harold Lloyd, protagonista de peligrosas acrobacias. Junto a ellos, el *western* con «Tom Mix y su caballo Malacara» (*EdI*, pág. 59), al que todos los niños imitaban por su carácter duro y sobrio. Y también el cine europeo despertaba su curiosidad con películas como *Napoleón* o *Acorazado Potemkin*⁵⁰.

La llegada del cine supuso que las familias se fueran desprendiendo de otros hábitos sociales que quedaban en desuso, «y así se fueron acabando también las reuniones» (*EdI*, pág. 59). El cine, en aquel Madrid que se estaba adaptando a las vanguardias que llegaban de ciudades europeas y americanas, pronto se convirtió en una nueva forma de distracción para los madrileños: «Y así, día tras día, el cine se fue cobijando en la entraña cotidiana, tan suavemente que no nos dimos cuenta hasta qué punto obraba el embeleso (*EdI*, pág. 59).

⁴⁸ La fama de este actor está recogida en alguna novela ambientada en esos años: «Fueron al cine. A Agustín le tenían absolutamente sin cuidado las aventuras de Douglas Fairbanks». Max Aub: *Las buenas intenciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1971, pág. 121.

⁴⁹ «En 1924 visitan Madrid dos de los más célebres artistas del cine americano, nada menos que Douglas Fairbanks y Mary Pickford, la novia de América. La marea de público que acudió a recibirlos a la estación fue tan diversa, y sobre todo tan apasionada que Mary Pickford se libró de ser aplastada por sus admiradores, gracias a los poderosos brazos de Douglas que la elevó sobre su cabeza librándola de la excesivamente fervorosa admiración madrileña». Bravo Morata, Federico: *Historia de Madrid*, vol. III, Madrid: Trigo Ediciones, 2001, pág. 97.

⁵⁰ Sobre los primeros pasos del cine en Madrid, puede verse Gonzalo Sanz Larrey: «Recorrido por Madrid y el cine», en *De Madrid al cine. Una pantalla capital*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2003, págs. 21-163.

IV.- LOS INICIOS EN EL MUNDO DE LAS LETRAS

1.- EL COLEGIO

«Este niño, siempre aquí metido, nunca vas a ser hombre de provecho, te irás al Colegio con tus hermanos» (*PH*, pág. 144). Y en efecto, Alonso Zamora Vicente tuvo que ir a la escuela como sus hermanos. Fue al Colegio Español-Francés, situado en la calle Toledo muy cerca de la Plaza Mayor. En ese mismo colegio, donde aprendió «las primeras letras», «también fue alumno Pedro Salinas»⁵¹.

En la calle de Toledo, ya en los soportales, funciona uno que se llama pomposamente Colegio Español Francés [...]. Es un colegio privado, en el que años antes, estudió el bachiller Pedro Salinas, y al que ahora van otros chiquillos de la mediana burguesía galdosiana⁵².

Don Manuel, el director del colegio, enseñaba muy orgulloso a los alumnos fotografías en las que se veía al poeta, y ufano les decía: «Este es profesor de Universidad, escribe versos, dicen que muy buenos, se llama Pedro Salinas»⁵³.

A principios del siglo pasado, con la creación del Ministerio de Instrucción Pública, se realizaron constantes reformas en los planes de estudios de la enseñanza primaria y secundaria, con la finalidad de encontrar un sistema educativo que paliase la gran cantidad de analfabetos que existía en España en ese momento. Una de las reformas más importantes fue la llevada a cabo por el conde de Romanones en agosto de 1901, cuyo plan fue reformado por un Real Decreto de 1903. Según estas leyes, los colegios tenían una relación de dependencia con un instituto, que era al que después accedían los estudiantes. El colegio Español-

⁵¹ Camilo José Cela: «Alonso Zamora Vicente, hijo de Alonso...», pág. 118.

⁵² Alonso Zamora Vicente: «Lección inaugural...», pág. 2.

⁵³ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 214.

Francés estaba ligado al instituto de San Isidro, adonde acudían los colegiales para realizar prácticas o cualquier otra actividad que no podían hacer en su centro.

Era un colegio de cierta importancia donde se daba enseñanza colegiada, es decir, adscrita al instituto. Había tres clases de enseñanza: la oficial, la libre y la colegiada. Los libres iban a examinarse al instituto por su cuenta Y la colegiada trabajaba en estrecha relación con el instituto, tenía profesores independientes, vida totalmente independiente, pero estaba vigilada por la enseñanza oficial, esto daba muy buenos resultados, por ejemplo con la enseñanza religiosa que no podían campar por sus anchas, sino que era una enseñanza religiosa muy buena, y... claro, estaba colegiada. Algunos profesores que teníamos eran también algo en el instituto, recuerdo un señor de geografía e historia, don Artemio, que era auxiliar en el instituto, uno de matemáticas, don Manuel Prat, también era algo en el instituto y teníamos uno muy bondadoso, que le queríamos mucho, don Evaristo que nos enseñaba ética y psicología.

En esta época de reformas educativas tuvieron una enorme importancia las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, expresadas por Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Sus reflexiones sobre la enseñanza fueron muy tenidas en cuenta y se reflejaron en reformas posteriores, lo que supuso un cambio importante en la forma de entender el sistema educativo. Ambos autores proponían una formación basada en la relación estrecha entre el alumno y la materia que se estudiaba. Esto se cristalizaba en la lectura de autores contemporáneos, visitas organizadas a museos para que los niños se familiarizaran con los grandes pintores españoles, a los palacios para conocer la historia del país, al campo para relacionarse con la naturaleza. Los cambios fueron recibidos con entusiasmo por los alumnos, aunque no tanto por algunos profesores.

A don Manuel seguía gustándole Campoamor, algo menos Rubén. Hasta que un día se filtró, quien sabe por dónde, el vientecillo de la Institución y don Manuel se declaró juanramoniano, y pasamos de leer *Corazón* de Amicis, a *Platero y yo*. Y las largas filas de dos, camino de recorrer las estaciones de Jueves Santo o de la Comunión Pascual, se ensancharon con las visitas o las excursiones a los Sitios Reales para entender la Historia, o a la sierra. Aunque no fuera más que la cortísima de un día al Pardo, a diferenciar el romero de la encina, el roble de la mejorana. ¡Con qué asombro, con qué pasmo gozoso aprendíamos los nombres de las hojas según la forma, contábamos las patitas de los insectos, reconocíamos los pájaros en silbos y colores! Rebuscábamos minerales: cualquier pedrusco era en nuestras manos prodigioso metal o rica piedra. Ya en el bachiller encontré quien me quitó el fervor naturalista, y encontré quien me lanzó por otros derroteros⁵⁴.

Cada mañana acudía al colegio con «mis botas, se van a ensuciar mis botas. Me oprime imperceptiblemente mi delantal blanco, nuevo, bajo el abrigo. ¿Se habrán acordado de ponerme la cinta negra en la solapa?» (*PH*, pág. 144), también llevaba la «cartilla animada. Un lápiz Faber del número 2 y dos cuadernos pautados sistema Valliciergo» (*PH*, pág. 144). En los recreos jugaba con sus compañeros: «¿no juegas a pídola?, ven a jugar a las bolas, tenemos un gua libre [...]. *A la una andaba la mula*, piso la raya y me toca quedarme, y, mientras los demás saltan por encima» (*PH*, págs. 149-150). Y, aunque siempre fue un buen estudiante, de vez en cuando se ganó algún que otro castigo de sus profesores: «primer torniscón por moverse del sitio» (*PH*, pág. 147), «doy con los pies en el suelo siguiendo el compás, y otro capón, y aquí eso no se hace, y más respeto, nos ha venido buena con el nuevo» (*PH*, págs. 147-148).

Pasados los años, el académico recordará la primera visión del mundo que aprendió en el colegio:

⁵⁴ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 215.

En ese momento ineludible de la soledad con uno mismo, el hombre hará su balance y recordará, ungido de respeto y de severo cariño, la voz de quien le dijo, por vez primera, los nombres de las hojas, le enseñó a conocer las patitas de los arácnidos, le paseó por Aranjuez o le llevó a ver el lujo del otoño en La Granja, le acompañó a verse retratado en *Las Meninas*. Y ese hombre, cerrado el álbum de la memoria, cantará, entre satisfecho y orgulloso, *Tres morillas en Jaén*⁵⁵.

Una vez finalizado el colegio era necesario, para acceder al instituto, aprobar un examen, compendio de todo lo aprendido en el colegio. Se trataba del examen de ingreso, que se hacía en el instituto en el que se iba a estudiar; en su caso, el cercano de San Isidro, situado en la misma calle de Toledo. Los chicos que aprobaban el examen podían ir al instituto y después a la universidad, lo que les permitiría en el futuro ser hombres de provecho: «Hay que ir al instituto a examinarse de ingreso. Si se aprueba, nos matricularemos ya en el bachillerato, es decir, seremos elementos destacados de la sociedad» (*EdI*, pág. 129). En cambio, si no se aprobaba este examen se convertían en unos fracasados. En una familia burguesa no se podía permitir que su niño fuese «al pelotón de los torpes, de los incapaces, se nos declarará marmolillo nacional y tarugo familiar, y habrá que trabajar en las vías del tren» (*EdI*, pág. 129).

En ese examen tuvo verdaderos problemas con el dictado. La dificultad para dibujar una *d* mayúscula, pues «no había manera de lograr una *de* mayúscula, y tenía que dibujarse así, como en las láminas del método, no valía hacerla de imprenta» (*EdI*, pág. 131), hizo temer a la familia que no pudiera aprobarlo. Aquel examen, según cuenta Zamora Vicente, consistía en lo siguiente:

El examen de ingreso entonces era una cosa muy seria. Se hacían unos ejercicios escritos y otros orales. Los escritos eran el primero un dictado, el segundo una redacción con tema libre, ya no me acuerdo de cuál fue el mío, y luego me parece que

⁵⁵ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 217.

había uno con preguntas que podían ser de historia o de materia literaria, pero muy pobrecita, había que saber algo del Quijote. Tú ibas allí, con tu trajecito nuevo, porque había que ir muy pera al instituto y te enfrentabas a un tribunal de cuatro personas que era el tribunal de instituto y le acompañaba uno de los profesores, si la enseñanza era colegiada, un representante del colegio. En el oral te preguntaban cosas de gramática, te daban un trozo cualquiera de un periódico, o de un libro y tenías que explicar qué tipo de oración había.

2.- EL INSTITUTO

Una vez superado el examen de ingreso, pasó a estudiar el bachiller en el Instituto de San Isidro. La Emperatriz María, hija de Carlos V y esposa de Maximiliano II de Austria, creó el Colegio Imperial que después, ya en el reinado de Felipe IV, se convertiría en Reales Estudios. En 1770 Carlos III, tras expulsar a los jesuitas, que fueron quienes dirigieron la enseñanza del Colegio Imperial, refundó los Reales Estudios de San Isidro. A mediados del s. XIX, con la desamortización de Mendizabal que se lo arrebató a los jesuitas, que habían vuelto a hacerse cargo de él, se convirtió en una institución laica con el nombre de Estudios Nacionales. Larga historia durante la cual pasaron por sus aulas algunos de los intelectuales más relevantes de España.

En el instituto, Zamora Vicente empezó a estudiar con el plan de estudios de Romanones, en vigor desde 1903. Con la llegada de la dictadura de Primo de Rivera, se sustituyó con la reforma llevada a cabo por el ministro de Educación, Eduardo Callejo⁵⁶. Según el nuevo plan, los estudios de enseñanza secundaria estaban compuestos por un bachillerato elemental de cultura general, que duraba tres años, en el que se implicaba al alumno en la cultura y en los trabajos

⁵⁶ Alfonso Capitán Díaz: *Historia de la educación en España. Tomo II. Pedagogía contemporánea*, Madrid: Dykinson, 1994.

prácticos; y el bachillerato universitario, previo a los estudios en la universidad, que también era de tres años, y que estaba bifurcado en letras y ciencias. Finalizada la dictadura se volvió, de nuevo, al plan de Romanones, que fue con el que acabó sus estudios.

En el instituto había grandes profesores que ya empezaron a guiar al joven Zamora en sus estudios, como Dantín Cereceda, que fue un gran naturalista; Pedro Puig Adám, matemático; Verdes Montenegro, que explicaba ética, o el profesor de latín Enrique Barrigón González. En literatura estaba Fernando Belmonte que llevaba a los alumnos a visitar el Museo del Prado y les enseñaba los cuadros de Velázquez y del Greco. La asignatura que más huella dejó en él, y que despertó su interés por la cultura en general, fue una que se llamaba Terminología científica industrial y artística, que se explicaba en segundo año. En ella el alumno aprendía las tareas del campo, la artesanía, conocía las fiestas de los pueblos y cómo se celebraban, la elaboración de las comidas típicas de cada región, estudiaba la estructura política del Estado, la historia, el arte, etc.

3.- LAS PRIMERAS LECTURAS

En su familia no existía una tradición lectora. De hecho ni siquiera poseía una pequeña biblioteca en la que el niño pudiese iniciarse en el hábito de la lectura. Únicamente había una enciclopedia con la que Zamora Vicente se entretenía viendo las ilustraciones. El propio niño se fue creando poco a poco su biblioteca. Los primeros libros que compró fueron los famosos cuentos de Calleja.

Mi infancia estuvo llena de libros, baratos, de quiosco, y de juguetes comprados en el Todo a 0,65. ¡Aquellos cuentos de pequeñísimo formato, que venían en cajitas de diez

títulos, atendían por Cuentos de Calleja, la marca editorial...! Los pequeños volúmenes tenían, inevitablemente, dos ilustraciones a página entera⁵⁷.

Disfrutaba con las batallas, los animales portentosos, las hadas, los héroes y los paisajes lejanos que se recreaban en su imaginación como algo maravilloso. Después fueron los de autores más conocidos.

De aquellos cuentos diminutos (llegaron a comprarse en los tenderetes ambulantes del Retiro o de la Armería, a cinco céntimos, andando el tiempo a diez...), pasamos a otros grandotes, pocas páginas, ilustraciones en color. Ya salieron por allí *Pinocho*, y *La Bella Durmiente*, y *Pulgarcito*... Aquellos cuentos grandes, casi tamaño folio, la verdad, no hacían más que convertirnos en muchachos tamaño mocito, no eran tan ilusionantes como los pequeños⁵⁸.

La poesía empezaba a llamar también su atención, primero los poetas rimbombantes del siglo XIX, como Núñez de Arce o Campoamor.

Recuerdo una colección de quiosco que se titulaba Los Poetas. Los libros tenían 80 o 100 páginas y allí estaban todos los grandes poetas españoles y algunos extranjeros. En ella leí yo mis primeros romances e incluso aprendí muchísimos de memoria. Aquellos libritos eran ediciones baratas y en los puestos callejeros todavía lo eran más⁵⁹.

En poesía, uno de sus grandes descubrimientos fue Juan Ramón Jiménez; «El primer tropiezo con Juan Ramón fue en la escuela. Lectura de capítulos de *Platero y yo*»⁶⁰. Un familiar le regaló un libro, «que no tenía canéforas, ni ludibrios, ni nenúfares, ni garmbainas de las que había que preguntar al párroco, a los vecinos, al hijo de doña Fulana, que está estudiando para abogado... El libro se

⁵⁷ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 30.

⁵⁸ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 31.

⁵⁹ Alicia Murría: *Hablando con Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Acento Editorial, 1993, pág. 12.

⁶⁰ Alonso Zamora Vicente: *Voz de la letra*, Madrid: Espasa Calpe, 1958, pág. 56.

llamaba, se llama, *Platero y yo*»⁶¹. A partir de esa lectura, el poeta de Moguer le acompañaría siempre en su vida, y le ayudará a moldear el sentimiento en aquellos años de infancia y juventud.

Juan Ramón, voz de cada día en esos años definitorios de la formación de la sensibilidad, años de tránsito de la adolescencia a la juventud, y aún más tarde, como contraste de una decisión literaria⁶².

Otra forma de conseguir libros era mediante los premios navideños que daban en el colegio a los mejores estudiantes: «En Navidades había premios en el colegio, libros por lo general: *Genoveva de Brabante*, *El conde de Flandes*, *Los tres mosqueteros*, *Los Nibelungos*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*... Para conseguir tan valioso regalo, había que escribir una orla de felicitación a los padres» (*EdI*, pág. 63). Gracias a esas adquisiciones se fue familiarizando con las grandes novelas y los grandes autores de la literatura universal. Pero también sentía ya un interés por la literatura española y por sus clásicos, sobre todo por *El Quijote*.

Todavía debe de andar por mi biblioteca la edición del Quijote, grabados de Gustave Doré, imprenta Jubera Hermanos, Campomanes, 10 - Madrid. Teníamos ocho, o nueve años, y eso era familiar y valioso⁶³.

En los años del instituto, el interés por la literatura clásica española se agudizó, «y ya en el bachillerato [...], me surge en el recuerdo la Biblioteca Literaria del Estudiante, editada por la Junta de Ampliación de Estudios, en la que, por muy poco dinero, nos familiarizábamos con Lope de Vega, Calderón, Alarcón, Lázaro de Tormes...»⁶⁴. Libros que compraba o que leía en la biblioteca

⁶¹ Alonso Zamora Vicente: *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense, 1988, pág. 193.

⁶² Alonso Zamora Vicente: *Voz de la letra...*, pág. 56.

⁶³ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 32.

⁶⁴ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 33.

municipal que estaba en la calle Mayor donde pasaba largas horas embelesado en la lectura. Porque, como dice el propio biografiado, «creo que esos libritos tuvieron la culpa de que yo estudiase letras»⁶⁵.

4.- LA LENGUA

Alonso Zamora dedicó toda su vida al estudio de la lengua castellana desde todas sus vertientes. Estudió la lengua de los clásicos, pero también supo captar, mejor que nadie, la lengua coloquial del momento que le tocó vivir. En sus trabajos sobre dialectología se preocupó por las distintas hablas peninsulares, además de estudiar las variantes del otro lado del océano. Descubrió cómo grandes autores de nuestra literatura recurrieron al habla popular para la creación de sus obras. Este interés de Alonso por la lengua nace ya en su infancia. Desde niño sintió una especial atracción por las palabras y siempre llevaba los oídos y los ojos muy abiertos para aprender una palabra nueva. Ésta podía aparecer en un escaparate:

Es la misma esquina de Villasante [...], con su agolpada chillería de prodigios en los escaparates, una dulzura enronquecida, colgada de los carteles fabulosos: clavo, orégano, cominos, vainilla, alcaravea (*PH*, págs. 185-186).

O en el puesto de chucherías ante el que se agolpaban los niños para comprarlas:

Vacilaciones ante el chichingú, los adoquines de limón y menta, o los altramuces, el paloluz, los garbanzos de pega o las sultanitas de coco, o la más evidente y lenta dulzura del pirulí (*PH*, pág. 153).

⁶⁵ Alicia Murría: *Hablando con...*, pág. 12.

⁶⁵ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina...*, pág. 33.

En esos años tuvo contacto con tres formas distintas de hablar el castellano: la culta, en el hogar familiar; la del pueblo, que le transmitían sus familiares cuando venían a Madrid o cuando él iba allí; y el habla de la calle, que utilizaban los golfillos y la gente de los primeros años del siglo XX en Madrid. Las tres variantes convivían en el niño, que si al principio no sabía dónde ubicar una y dónde otra, después cada una encontrarían su hueco en el futuro filólogo.

Yo tenía entonces en una misma casa, por lo menos, tres lenguas distintas que no sabía muy bien dónde tenía que colocar cada una. Había una lengua de funcionarios, de personas educadas y con representación en la vida de la Corte incluso, era la lengua de mis padres, de mis hermanos mayores, la lengua, digamos, oficial de mi familia, una lengua que hablaban las personas que venían a visitarnos... Luego tenía la lengua campesina de la familia que venía a vernos y donde pasábamos los veranos... Y luego tenía la lengua de la calle madrileña, porque entonces jugábamos en la calle, estábamos siempre en la calle⁶⁶.

En la familia se utilizaba un español elevado, culto, el español de las clases altas, que se marcaba de una forma clara para diferenciarse de las inferiores, que utilizaban una lengua más descuidada. En algunas ocasiones, en la familia se discutía sobre temas de pronunciación o sobre el significado de determinadas palabras, aunque Alonso, debido a la edad, no participaba en ellas, pero sí prestaba mucha atención a lo que los mayores decían. El padre era el encargado de inculcar al niño esta lengua cuidada. Cuando salían a pasear por las calles de Madrid, le enseñaba palabras que el niño asimilaba al momento:

Después volvíamos poquito a poquito aprendiendo uniformes, húsares de Pavía y de la Princesa, lanceros de Alcalá, Escolta Real (*PH*, pág. 36).

⁶⁶ Jesús Sánchez Lobato: Selección, introducción y notas a *Narraciones*, Madrid: Castalia, 1998, pág. 8.

Los veraneos en el pueblo o las constantes visitas de los parientes, le acercaron a una variedad diferente de habla. Al principio sentía una «desazón tumultuosa de no saber el nombre exacto de cada florecilla, de cada mata, de cada bichejo» (*PH*, pág. 137), pero después se familiarizó con todo ese mundo.

Yo he trillado, yo he ido a espigar, yo he recogido la aceituna, para mí todo era una diversión, pero ¡cuánto aprendía!; yo he ido a hacer el pan una vez a la semana para toda mi familia, yo he corrido delante de las procesiones, de las cabalgatas, de los hombres que andaban tirando cohetes. He vivido la vida tradicional y siempre que puedo vuelvo a vivirla⁶⁷.

También el contacto continuo con Dorotea, la criada, le acercaba a esa habla, que era la que ella usaba. Transmitía así al niño el léxico de la cultura popular que en casa no se podía hablar; incluyendo los términos que se usaban en el mundo taurino: «Bajamos mansamente por el Prado, y me va explicando lo que son los tercios, y los quites, los pases naturales, de rodillas, largas, recortes y las banderillas de fuego» (*PH*, pág. 52).

El habla madrileña de la calle era la que utilizaban los niños que estaban todo el día jugando en la misma y con quienes Zamora se juntaba, a pesar de las prohibiciones familiares. Cuando la usaba en un ambiente familiar el escándalo era tremendo. Elisa ponía el grito en el cielo porque decía que se estaba convirtiendo en un golfillo de los que andan todo el día por ahí. A pesar de ello, siempre tenía los oídos bien abiertos a cualquier palabra que oía en ese atrayente mundo.

⁶⁷ Jesús Sánchez Lobato: Selección, introducción..., pág. 8.

Qué barbaridades dice la gente, no se dan cuenta de que hay niños delante, y cómo están los tiempos... me aprendo la barbaridad que le han dicho a la presidenta rubia, y la repetiré en casa en cuanto lleguemos (*PH*, pág. 51).

Era un habla muy rica, con una entonación diferente que la llenaba de intencionalidad. El filólogo Alonso Zamora debe mucho a esa variedad. Su conocimiento desde la infancia le permitió ponerla al descubierto en el esperpento de Valle-Inclán, puesto que las expresiones que utiliza el autor gallego en sus últimas obras eran las mismas que Zamora oía en la calle.

CAPÍTULO II

AÑOS TREINTA: UNIVERSIDAD, CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, GUERRA CIVIL.

I.- LA UNIVERSIDAD

1.- EL CASERÓN DE SAN BERNARDO

En el curso 1932-33 Alonso Zamora Vicente comenzó sus estudios de Filología moderna en la Universidad Central de Madrid. Ese mismo año, con el curso ya comenzado, se inauguró parte de la Ciudad Universitaria, concretamente la Facultad de Filosofía y Letras. Hasta entonces la Facultad había estado en el viejo caserón de los noviciados jesuitas, en la calle San Bernardo. Allí fue donde empezó su carrera universitaria.

Primero estuvimos en la calle San Bernardo, donde volvimos luego. En San Bernardo había cuatro o cinco aulas en lo que se llamaba la Universidad de Ciencias. Era el mismo edificio que existe hoy, no tiene más de nuevo que el arreglo de atrás para los aparcamientos, a costa del jardín, y el edificio Valdecilla donde han puesto ahora la Biblioteca Histórica de la Universidad. Eso era el noviciado de los jesuitas, el paraninfo era la iglesia barroca que se demolió después de la exclaustación y se hizo allí la universidad. Era un lugar lóbrego, sucio que olía mal, donde estaba Derecho y el núcleo grande de ciencias, aquello era la escalera grande que es la misma donde está Cisneros, la estatua en el descansillo, y esa zona estaba siempre sucia⁶⁸.

⁶⁸ Todas las citas que no se indique su procedencia, pertenecen a las entrevistas mantenidas con Alonso Zamora Vicente entre los años 2002 y 2004.

Una vez ya en la nueva Facultad, los alumnos iban al edificio de los noviciado a algunos cursos libres y a las conferencias que se daban en el aula de Valdecilla⁶⁹.

Íbamos al Valdecilla a conferencias, allí había un aula en el piso alto enorme que era un problema porque entonces resultaba difícil acoplar la voz. Allí oí por vez primera a don José Ortega el curso de *En torno a Galileo*⁷⁰. Hacíamos apuestas sobre si don José Ortega leía las cuartillas o hablaba de memoria, pero es que sabía lo mismo que escribía, con una coquetería; es muy discutido, pero domina la tontería. Estaba dando la lección, había profesores de todas las partes y el Valdecilla tenía un mobiliario especialmente incómodo con asientos de dos y con pupitres del tamaño de una carpeta donde tenías que meter las piernas.

Después de la guerra civil, y destrozada la Ciudad Universitaria, la universidad regresó a su sede de la calle San Bernardo, allí fue donde Alonso hizo el examen de licenciatura. Aquella Universidad Central se trasladó a Madrid desde Alcalá de Henares por un Real Decreto de 29 de octubre de 1836⁷¹. Primero se realizó el traslado de las Facultades de Leyes y Cánones y, después, en 1837, las

⁶⁹ Julián Marías, que coincidió con Alonso Zamora como estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, nos habla en sus memorias sobre la antigua Universidad de San Bernardo: «La Universidad de San Bernardo estaba mal cuidada, sucia, los bancos y pupitres llenos de inscripciones grabadas a navaja o pintarrajeadas». Julián Marías: *Una vida presente. Memorias 1*, Madrid: Alianza Editorial, 1988, pág. 133. Un recuerdo parecido es el de Rafael Lapesa: «Los cursos siguientes, ya privativos de nuestra Facultad: sus clases se daban en San Bernardo, en el antiguo Noviciado [...]. Había pequeñas aulas, íntimas y acogedoras a pesar de sus toscos bancos seculares, pero las más amplias eran inhóspitas, tan desangeladas como los pasillos fraulianos con su pavimento de grandes losas oscuras y sus altas paredes encaladas. Algo mejoró la instalación al habilitarse en la parte septentrional del edificio el Pabellón Valdecilla. De todos modos el caserón no era atractivo y carecía de seminarios con biblioteca y documentación adecuadas». Rafael Lapesa: «Recuerdo y lección del “plan Morente”» en *Revista de Occidente*, 60, 1986, pág. 81.

⁷⁰ Como no podía ser de otra forma, Marías también recuerda aquel curso de Ortega: «Ese año de 1933 volvimos a la vieja Universidad, al nuevo pabellón de Valdecilla, para seguir el curso de doce conferencias que dio Ortega con el título “En torno a Galileo”. Allí había gran número de oyentes, del orden de los trescientos». Julián Marías: *Una vida presente...*, pág. 135.

⁷¹ Alberto Jiménez Fraud: *Historia de la Universidad española*, Madrid: Alianza Editorial, 1971, pág. 308.

de Teología y Filosofía. Todas ellas se situaron en el edificio de las Salesas Nuevas, donde continuaron hasta 1843, año en que empezaron a instalarse en el edificio que fue noviciado de los jesuitas. En la capital, las facultades estaban diseminadas por viejos caserones. La escasa funcionalidad de estos palacios, debido a que el número de estudiantes aumentaba y a que sus instalaciones, como recuerdan Alonso Zamora y Julián Marías, se habían quedado obsoletas, fue el germen para la creación de unos edificios nuevos, más espaciosos y modernos, en los cuales la comunidad universitaria pudiera trabajar de una forma más cómoda. De esta manera fue como surgió la idea de crear una ciudad universitaria donde se agruparan todas las facultades para que el alumno tuviera acceso fácil a la difusión de la cultura, a la formación profesional e investigadora y donde pudiera convivir plenamente con sus homólogos.

2.- LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Aunque desde principios de siglo había sido una preocupación constante (en 1922, al elaborar el Estatuto de Autonomía de la Universidad, que no llegó a entrar en vigor, ya se planteó la necesidad de un nuevo espacio para la universidad madrileña), no se dio el primer paso decisivo para la creación de la Ciudad Universitaria hasta el 17 de mayo de 1927, con motivo de la celebración del XXV aniversario de la jura de la constitución de Alfonso XIII. En esa fecha, se creó, mediante Real Decreto, la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria⁷². El decreto, además de otorgar a la Junta personalidad jurídica, también la dotaba de recursos económicos para llevar a cabo su cometido y le permitía celebrar sorteos de lotería, cuyos ingresos servirían para construir el proyecto. Estaba

⁷² Para la construcción de la Ciudad Universitaria, véase: Pilar Chías Navarro: *La Ciudad Universitaria de Madrid. Génesis y realización*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1986 y Varios Autores: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid y UCM, 1988.

formada por la elite de la sociedad madrileña, de ideología tradicionalmente monárquica, que ocupaba cargos de importancia en la administración pública. El rey, Alfonso XIII, la presidía, y Florestán Aguilar, su dentista y amigo personal, era el secretario. El encargado de la oficina técnica de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria fue el arquitecto Modesto López Otero, que se rodeó de un equipo de arquitectos y colaboradores. Curiosamente, los tres regímenes distintos que intervinieron en la construcción de la Ciudad Universitaria —monarquía, república y dictadura— contaron con este arquitecto para la realización de la misma. Un papel muy importante en esta iniciativa lo desempeñó Florestán Aguilar. Sus viajes por los Estados Unidos le habían permitido conocer de primera mano los campus americanos, que eran más funcionales que los europeos propuestos, como el inglés o el alemán, al estar apartados de la ciudad y de su actividad cotidiana, lo que permitía un mayor aislamiento de la comunidad universitaria.

La Ciudad Universitaria se situó en la finca la Moncloa, la cual cedió el Estado al Ministerio de Instrucción Pública por un Real Decreto de 1928. A esos terrenos se fueron añadiendo otras propiedades anejas obtenidas mediante compras, cesiones y permutas.

Con la llegada de la República en 1931, el proyecto se mantuvo. La Ley de la Ciudad Universitaria de 22 de octubre de 1931 reproducía prácticamente el Decreto fundacional del 27, exceptuando, claro está, los cargos políticos. Desaparecieron de la Junta el rey y Florestán Aguilar, y sus puestos los ocuparon el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, y el socialista Juan Negrín, catedrático de medicina, respectivamente. También fueron cambiando los miembros de la Junta, pero se mantuvo, como ya hemos indicado, a López Otero como director de la oficina técnica. La Junta republicana impuso el criterio de que era preferible construir de inmediato una parte de lo proyectado, a invertir en

todo el conjunto y no poder inaugurar ningún edificio; hay que tener en cuenta que el prestigio era muy importante en esa fase inicial de la República. Por ello se modificó el anterior plan de fases, definiéndose uno nuevo, que se caracterizaba por la brevedad de los plazos de ejecución. Sin embargo, la máxima novedad estribaría en el hecho de que no era necesario ni siquiera terminar completamente los edificios antes de usarlos, sino que según una acertada iniciativa de Negrín, como reconoció el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Manuel García Morente, en el solemne acto de inauguración, («La Facultad de Filosofía y Letras debe una gratitud inmensa al secretario de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, don Juan Negrín, al cual debemos esta maravillosa instalación»), se podrían finalizar en etapas sucesivas, aunque se utilizaran parcialmente durante un tiempo. El domingo 15 de enero de 1933, se inauguró una parte de la Facultad de Filosofía y Letras. Se iniciaba la vida docente en la Universitaria para casi un millar de alumnos, entre los que se encontraba Alonso Zamora Vicente.

Se estaba construyendo el año en el que yo llegué. Nos trasladaron desde la calle de los Reyes, en San Bernardo, a la universitaria. No funcionaba más que el ala lateral primera de acá del edificio, no funcionaban los pasillos centrales y no funcionaba el centro grande y nada de la otra rama. En el centro todo se abrió, todo se puso en marcha en mayo de 1936 y a los dos meses o tres todo era escombros [...]. Sí, era un campo de trigo, acostado suavemente ante los montes del Guadarrama. En poco tiempo surgió la Facultad nueva, con su arquitectura nueva [...], y sus ventanales generosos, y sus pasarelas de barco nuevo y blanco. Dentro, en la casa, había un piso de cada color. Piso rosa, piso verde, piso azul. Y una terraza, y ascensores, y un bar⁷³.

Comparado el nuevo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras con el antiguo caserón de San Bernardo el cambio era espectacular, de las clases

⁷³ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad Universitaria, 1935», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo III, n.º 9, enero-marzo de 1949. Recogido en *Voz de la letra*, Madrid: Espasa-Calpe, 1958, pág. 131.

angostas y oscuras pasaban a aulas más amplias y llenas de luz natural, como recuerda Rafael Lapesa:

En enero de 1933 todas las actividades de la Facultad se trasladaron a su nueva sede en la Ciudad Universitaria. Fue un traslado jubiloso. Se estrenaba un edificio moderno, funcional, con aulas alegres de amplios ventanales que miraban a la sierra o a la campiña. Pasillos y vestíbulos lucían el brillo de sus azulejos. Arquitectónicamente estaba al día, e invitaba a que la labor de todos se pusiera también a la altura de las circunstancias. Se tenía el propósito y conciencias colectivos de estar haciendo algo nuevo, superador del pasado y abierto a horizontes no imaginables antes⁷⁴.

Una vez finalizados los estudios de bachillerato en el instituto de San Isidro, Alonso Zamora se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras. Tal vez fuera su interés por el lenguaje, o la lectura, o su afición al teatro lo que le hizo decantarse por los estudios de Filología Moderna. En aquellos años la carrera de letras no tenía el prestigio social que sí tenían otras carreras, como, por ejemplo, Derecho; Américo Castro deja constancia de ello:

La carrera de Filosofía y Letras carece entre nosotros del prestigio social. Los alumnos proceden de clases más bien humildes. Son los menos —sobre todo en provincias— los que se atreven a seguir tales estudios sin sustanciarlos con los de Derecho. Influye, sin duda, el tener pocas «salidas», pero mucho, la falta de prestigio externo⁷⁵.

El recuerdo de aquella Facultad siempre ha estado presente en la memoria de Alonso Zamora, en ella coincidió con unos maestros que le dejaron una huella muy importante, tanto a nivel profesional como vital. Allí se sumó a la estela de la

⁷⁴ Lapesa, Rafael: «Recuerdo y lección...», pág. 83.

⁷⁵ Américo Castro: *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid: Victoriano Suárez editor, 1924, pág. 205.

escuela filológica más importante que ha existido en España, la de Ramón Menéndez Pidal; él fue uno de los últimos alumnos de aquella escuela.

3.- NUEVOS PLANES DE ESTUDIO PARA LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

La Facultad, además de las instalaciones, también estrenó un nuevo plan académico. Los Decretos de 15 de septiembre de 1931 y de 27 de enero de 1932 reorganizaron y transformaron fundamentalmente el régimen de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El primero establecía los nuevos planes de estudios, mientras que el segundo creaba la sección de Pedagogía. Con estos decretos, el Gobierno de la República confesaba, en la propia ley, «haber procurado seguir el Estatuto aprobado, después de larga y madura discusión, por la Facultad de Filosofía y Letras, en el estatuto de 1922 (estatuto de autonomía de la Facultad de Filosofía y Letras aprobado en 1922), introduciendo sólo en él las pequeñas reformas que han creído indispensables para su mejor eficacia». Durante los años veinte se levantaron voces muy críticas contra la universidad y concretamente contra la organización de la Facultad de Filosofía y Letras. Una de ellas fue la de Américo Castro, por entonces profesor de la dicha Facultad en la Universidad Central, que fue uno de los que más influyó en la creación de un nuevo plan de estudios⁷⁶. Por esos años, publicó un libro muy crítico con la universidad española⁷⁷ en el que propone una reforma de las Facultades de Filosofía y Letras.

⁷⁶ Así lo reconoce Rafael Lapesa: «En la Universidad de Madrid propuso [Américo Castro] cambios que sólo llegaron a tener realidad en el esplendoroso cuadrenio del “Plan Morente”, de 1932 al 36». Rafael Lapesa: «Semblanza de Américo Castro» en *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Madrid: Gredos, 1977, pág. 355.

⁷⁷ En este libro, titulado *Lengua enseñanza y literatura* publicado en 1924, dedica Américo Castro a la universidad española las siguientes palabras: «A España le vienen larguísimas sus once (en nota dice: [¡Ahora hay doce con la de La Laguna, Canarias! Pronto habrá mamoncillos con birrete de licenciado]) Universidades, las cuales, en su mayoría, tan faltas de ambiente como de

Examinemos los principales defectos que ofrecen actualmente nuestras Facultades. El más grave de todos —dejando a un lado el irremediable de la incapacidad de bastantes maestros— es la ausencia de plan y de organización. Había que determinar de una manera muy clara cuál es la finalidad, social y científica, qué se persigue con estos estudios; qué materias y qué cantidad de ellas han de poseer los alumnos al abandonar la Universidad; en fin, en qué forma y con qué garantías «internas» ha de darse la enseñanza para que sus resultados no sean meramente aparentes y burocráticos⁷⁸.

El nuevo plan de estudios, que se conocía con el nombre de Plan Morente en homenaje al decano de la Facultad, Manuel García Morente⁷⁹, que había sustituido en el cargo a Claudio Sánchez Albornoz quien había pasado a ser rector, proponía una división de la Facultad en cuatro secciones: Filosofía, Letras, Historia y Pedagogía; y los títulos que otorgaba eran: licenciado en Filosofía, en Filología Clásica, Moderna (a base de español o de otra lengua moderna). Únicamente se aprobó para las facultades de las universidades de Madrid y Barcelona. La novedad más importante que introdujo fue la supresión de los exámenes particulares de asignaturas; en su lugar se establecieron dos pruebas de conjunto, compuestas cada una de ejercicios escritos y orales. La primera respondía a la necesidad de fijar cierto grado de cultura general, literaria, filosófica e histórica exigible a todos los estudiantes de la Facultad. La segunda,

productores de ciencia, viven sin substancia fabricando insubstanciales licenciados y doctores», págs. 203-204.

⁷⁸ Américo Castro: *Lengua, enseñanza...*, págs. 212-213.

⁷⁹ En el solemne acto de inauguración de la Facultad de Filosofía y Letras, el 16 de enero de 1933, Manuel García Morente pronunció estas palabras refiriéndose al nuevo plan de estudios: «La Facultad de Filosofía vive un afán de renovación desde hace más de diez años. Hace más de diez años que el claustro de esta facultad elaboró el nuevo plan de estudios, plan que ha merecido tantos y unánimes elogios y que el gobierno de la República ha llevado a la *Gaceta* en el decreto de reforma de 15 de septiembre de 1931 con la firma de Marcelino Domingo, entonces ministro, a quien debemos recordar también» en Antonio Morelo Pintado: *La reforma educativa de la Segunda República. Primer bienio*, Madrid: Santillana, 1970, pág. 370.

más compleja, tendía a determinar los conocimientos y la formación intelectual indispensable a quien quiera obtener el título de licenciado.

La Facultad ofrecía a los estudiantes un amplio cuadro de asignaturas que, con entera libertad, podían elegir aquellas que creyeran más apropiadas a su personal vocación e interés. No estaban obligados a seguir orden alguno de prelación en sus estudios, únicamente tenían la obligación académica de matricularse durante tres años, por lo menos, en las materias que fueran a constituir objeto de la prueba final. La libertad que tenían para elegir su itinerario durante la carrera, basado en el fomento del interés personal, permitía establecer una estrecha relación entre ellos y sus profesores, quienes les guiaban con su consejo y estímulo, que, en este caso, era más íntimo y personal y no sujeto a constricciones de tipo académico⁸⁰.

El funcionamiento tradicional de la enseñanza universitaria en España hacía que la relación de los estudiantes con los profesores se redujera simplemente a la mera asistencia a las clases y a la aprobación de los exámenes finales de curso. No había

⁸⁰ Un testigo de aquella época universitaria, Rafael Lapesa Melgar, profesor ya de la Universidad, cuenta así sus impresiones sobre aquel plan: «Como fundamento del plan había, pues, libertad de materias y cursos a elección del estudiante, y libertad también para el momento de solicitar examen intermedio y examen final. Las únicas exigencias para presentarse a éste eran haber cursado tres años o más en la Facultad, después de efectuado el ingreso, y que cada una de las materias exigidas hubiera sido cursada durante un año por lo menos. El examen intermedio se podía solicitar y realizar en cualquier momento dentro de la indicada permanencia del estudiante en la Facultad. Estaba destinado a asegurar la formación general del alumno, revelada en su habilidad para la traducción del latín y del griego o del árabe, así como en preguntas orales sobre filosofía, historia, literatura e historia del arte. El examen final era muy exigente: cuatro o seis pruebas escritas, preguntas de seis a ocho materias en el examen oral. Ahora bien, la elección, esa libre elección de cada alumno de las materias que prefieran estudiar, no era una libertad anárquica. En primer lugar, existía siempre el consejo, la orientación, la tutela de algún profesor; en segundo lugar, la libertad iba acompañada de la responsabilidad. Realmente el plan encerraba novedades sustanciosas sobre el propio contenido de las materias. Cabe subrayar que en él se significaba el paso de unas enseñanzas de tipo general a unos estudios altamente especializados, como se deriva de las licenciaturas previstas. Claro está que esta situación creó problemas de profesorado competente capaz de enfrentarse con las nuevas disciplinas. Pero ello no impidió el florecimiento, breve pero importante, de una de las reformas universitarias más alabadas que rigió en el corto espacio de cinco años, esto es, de 1931 a 1936». Varios Autores: *La Universidad*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1969, págs. 33-39.

ocasión para que el alumno, atraído por alguna materia especial, recibiera del profesor, en una relación más inmediata, el consejo orientador y el adiestramiento metódico que todo principiante necesita⁸¹.

La libertad de que disponía el alumno en una Facultad como aquella, daba la posibilidad al estudiante de asistir a las clases de Ortega y Gasset o a las de García Morente o a las de Xabier Zubiri o a las de Julián Besteiro o a las de José Gaos, si le interesaba la Filosofía; a las de Sánchez Albornoz o a las de Elías Tormo o a las de Bullón, si era la Historia del Arte lo que le interesaba; o a las de María de Maeztu o Domingo Barnés en el caso de que sintiera inclinación por la Pedagogía, por citar algunos ejemplos.

Durante los meses de mayo o junio se publicaban los cursos que se impartían al año académico siguiente, por quién, dónde, a qué hora y en qué iban a consistir, y tú te matriculabas de lo que te interesaba. Entonces la facultad sólo examinaba al estudiante tres veces a lo largo de toda la carrera: una al entrar, para saber si tenías el nivel suficiente, pero este examen se podía sustituir por un año entero de estudios dentro de la propia Facultad, como un curso preparatorio, que estaba muy bien hacerlo porque tenía una altísima calidad. Luego, la carrera propiamente dicha se componía de tres años. Después había un examen intermedio y, por último, el examen final o de licenciatura, que era de una dureza escalofriante. El examen intermedio tenía la particularidad de que lo podías hacer cuando tú quisieras: poco después de haber entrado, a la mitad, o pocos meses antes de presentarte a la licenciatura [...]. Durante la carrera era el propio alumno el que se confeccionaba su horario con el número de clases a las que pensaba asistir, contando, además, con su propia economía, dependiendo de los cursos que se pudiese pagar. Sin embargo, podía acudir al número de cursos que quisiera porque no se le pedía ningún

⁸¹ Así describe Navarro Tomás cómo eran las relaciones entre alumno y profesor antes de la entrada en funcionamiento del «plan Morente». Tomás Navarro Tomás: «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos» en *Anuario de las Letras*, México: vol. VIII, 1968-1969, pág. 9.

justificante y bastaba con solicitar el permiso para asistir al profesor que lo impartiese⁸².

4.- LOS PROFESORES

Para ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras se pedía «ser bachiller o maestro de primera enseñanza y sufrir un examen de ingreso o seguir durante un año el curso preparatorio». Zamora Vicente eligió hacer el curso preparatorio, ya que «el examen era muy difícil, no lo pasaba nadie». En el curso preparatorio empezó su contacto con los grandes profesores que le acompañarían a lo largo de toda la carrera e, incluso, una vez finalizada. Allí acudió a las clases de García Morente, en Introducción a la Filosofía: «Don Manuel García Morente, que era la claridad personificada, explicando lo que quiera que fuere, te lo daba como si no tuviere importancia, como una conversación de sobremesa, con una claridad, con una transparencia y además viviéndolo. Era esa claridad que después he visto en muchos profesores franceses»⁸³; a las de Agustín Millares, en Latín, «que llegábamos sin saber nada, y en Navidades se leía a Tito Livio en casa, pero la clase era diaria y muchas veces por la tarde iba don Agustín a darnos una clase extraordinaria»; a las de José Montesinos, en Lengua Española, que también daba clase en la carrera; en Francés estaba Carmen Batllé y Luis Morales Oliver en

⁸² Alicia Murriá: *Hablando con Alonso Zamora...*, págs. 15-16.

⁸³ Esta misma opinión la manifiesta Julián Marías: «Como profesor, era de una claridad incomparable: el reverso de Zubiri» Julián Marías: *Una vida presente...*, pág. 113. Zamora Vicente, que también asistió a algunas clases de Zubiri, se queja de la poca claridad del filósofo a la hora de explicar: «El otro profesor de filosofía era Zubiri, era catedrático de Historia de la Filosofía, al que íbamos. Yo dejé de ir enseguida, iba alguna que otra vez, pero iban siempre el grupo de intelectuales de oficio que teníamos en el grupo de estudiantes: Rosales, Vivanco, Panero, Gurruchaga, Marías, su mujer... y una lección de Zubiri yo creo que no la entendió nadie jamás. Lo primero que hablaba entre dientes». También es de esta opinión otra alumna de aquella Facultad, María Rosa Alonso: «Profesaba también allí don Xavier Zubiri, muy difícil de seguir y que jamás hizo caso del lema orteguiano de que "la claridad es la cortesía del filósofo"», María Rosa Alonso: *Pulso del tiempo*, Santa Cruz de Tenerife: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1953, pág. 250. Existe una segunda edición revisada de 2005.

Ejercicios de redacción y formación de estilo, «que era un buen profesor de preparatorio»; Andrés Ovejero⁸⁴ explicaba Historia de la Cultura, y sus clases eran «emoción, sentimiento y aguda gracia para compartirlos»⁸⁵.

Una vez superado el curso preparatorio, comenzaban los cursos de la carrera. Iniciaba una relación con una serie de profesores que le iban a marcar tanto en el nivel profesional como en el personal, pues fueron ellos los que, tanto a él como a sus compañeros de generación, «nos han atornillado la propia vocación»⁸⁶. Unos profesores hacia los que tuvo siempre una enorme admiración, y a los que le unió una gran amistad que, a pesar de guerras y de destierros, se mantuvo a lo largo de toda su vida.

Yo estaba en una facultad maravillosa, con profesores con los que me entendía perfectamente y que me querían mucho; vamos, todos ellos han sido grandes amigos míos después [...] por encima de azares, de diferencias y de geografías⁸⁷.

Tal vez con quien más relación tuvo de todos fue con Tomás Navarro Tomás. Asistió, durante todos los cursos, a las clases de Fonética, y él le llevó al Centro de Estudios Históricos, entonces muy unido a la Facultad de Filosofía y Letras. Don Tomás encaminó sus pasos hacia el mundo de la dialectología. A partir de la relación con el introductor de la fonética moderna en España, Zamora

⁸⁴ Julián Marías, que ingresó en la Facultad un año antes que Zamora Vicente, tiene un recuerdo de sus profesores del curso preparatorio: «Explicaba Literatura española D. Luis Morales Oliver [...] un estupendo profesor para principiantes, aunque no fuese una gran figura; tenía vocación, gusto por la literatura, leía con entusiasmo y nos lo contagiaba [...]. De Historia de la cultura se encargaba Andrés Ovejero [...]. Bajo, grueso, decididamente feo, sordo, vehemente, apasionado, retórico [...]. Tenía una amplia cultura, no muy actualizada, y una vocación extraordinaria; se entusiasmaba, declamaba, nos mostraba las obras de arte». *Una vida presente...*, págs. 99-100.

⁸⁵ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad universitaria...», pág. 135.

⁸⁶ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad universitaria...», pág. 139.

⁸⁷ H. A. Tenorio: «Entrevista con Alonso Zamora Vicente», en *Suplemento del Caribe*, Barranquilla, Colombia, 13 de agosto de 1978.

Vicente aplicó sus enseñanzas en gran cantidad de libros y artículos, que tienen su mayor reflejo en su libro *Dialectología española*.

Tomás Navarro Tomás es el sosiego, el equilibrio. Llega siempre puntual, exacto, con el rigor de un quimógrafo que entra en un punto de su espiral. Clase en el aula 7, piso rosa. Dos grandes ventanales hacia la Sierra, blanca, erguida sobre el pinar recién estrenado de la Puerta de Hierro. La explicación es pausada, lenta, con un acento de exactitud y de firmeza que sobrecoge un poco [...]. Cuando Tomás Navarro Tomás se marcha de la clase —firme, seguro, con su abrigo impecable— nadie puede sospechar qué tremendo misterio se oculta detrás de sus gafas. A nosotros parece que se nos va algo que nos era cercano de siempre. (¿El hablar nuestro, quizá?) Son las diez, las diez de la mañana en el invierno madrileño⁸⁸.

Desde entonces siempre ha mantenido una estrecha relación con don Tomás. Durante la guerra coincidieron en la Biblioteca Nacional, don Tomás como director y Alonso como ayudante que colaboraba en el servicio de salvación de bibliotecas, dirigido por Antonio Rodríguez Moñino; también se encontraron en Barcelona. Una vez finalizada la contienda, Tomás Navarro Tomás tuvo que emigrar a Estados Unidos, allí se verán de nuevo, cuando Zamora enseñe en las universidades estadounidenses. Durante todo este tiempo mantuvieron una estrecha relación epistolar.

Américo Castro fue quizá el profesor que más influyó en Alonso. Castro le transmitió la emoción y la pasión por la erudición, en particular, y por la vida, en general. De él aprendió la importancia que tienen para el filólogo los textos; su misión es ceñirse a ellos y desentrañar su contenido⁸⁹. El mayor ejemplo de su

⁸⁸ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad universitaria...», págs. 136-137.

⁸⁹ «Sí, mucho nos ha enseñado Américo Castro en su largo magisterio: preocupación por la erudición sana, primero; por la interpretación de esa erudición después [...]. Allí aprendimos a desentrañar un texto, reescribiéndolo, remotando paso a paso y estremecidamente el proceso que conduce a flor de historia artística las experiencias, el acervo cultural, las emociones, los olvidos» Alonso Zamora Vicente: «Una cuartilla sobre Américo Castro» en *PSA*, mayo 1965, tomo CX, núm.

enseñanza fue *El pensamiento de Cervantes*, ya que por medio del texto otorgaba a Cervantes una importancia que en ese momento, autores como Unamuno, se la estaban negando. Pero también aprendió, finalizada ya la guerra, a «no cultivar nostalgias» y a buscar la voluntad de entendimiento entre los habitantes de un país partido por una absurda lucha, que era lo que buscaba en *La realidad histórica de España*.

Creo que alguna vez he dicho que me ha faltado don Américo, el corte de la guerra fue tremendo, y, de todo aquello, lo que yo recuerdo más es la desaparición de don Américo, porque sabía muchísimo, y enseñaba mucho, dominaba los medios para encontrar lo que necesitabas, pero además ponía una enorme pasión, no de vida, sino de arrebato por todo aquello que tocaba o deseaba o se le ocurría⁹⁰.

Américo Castro explicaba Historia de la Lengua, era el catedrático, pero en realidad explicaba Textos Literarios de la Edad Media y de los Siglos de Oro, con vistas a los exámenes y ejercicios de licenciatura. Daba cursos monográficos sobre Jorge Manrique, *La Celestina*, Quevedo y Cervantes⁹¹. Sus clases eran por la tarde («clase con Américo Castro, tres, cuatro de la tarde, siempre con sol»⁹²), lo que

XXXVIII, pág. 142. Rafael Lapesa también lo tuvo como profesor: «Tuvimos que esperar al último año de licenciatura y oír los comentarios de Américo Castro [...] para saber lo que era enfrentarse con un texto, desentrañarlo como creación lingüística y literaria y ver cómo se reflejan en él un momento histórico, una visión del mundo y unas formas de vida» Rafael Lapesa: «Recuerdo y lección...», pág. 80.

⁹⁰ Alonso Zamora Vicente: «Una cuartilla sobre...», pág. 139.

⁹¹ «Sus clases tenían lugar a unas horas un poco inhabituales, ya que ocupaba puestos de gran importancia en la vida pública (en aquel entonces don Américo era embajador de la República en Berlín). Precisamente en esta época de múltiples ocupaciones dictó don Américo un curso sobre Cervantes, un cursillo que pretendía ser introducción a la vida cervantina, al contexto humano y social de Cervantes [...]. Don Américo, que se entregaba en cuerpo y alma a la docencia, no dejaba escapar la ocasión de explicar uno de estos monográficos. Él mismo corregía nuestros ejercicios, los anotaba y... nos regañaba, pues en el fondo tenía un genio bastante duro (no se crea que todo era rositas...). Don Américo podía llegar a enfadarse, a dar gritos, pero siempre con razón, ya contra tirios, ya contra troyanos» Alonso Zamora Vicente: «Américo Castro y Cervantes», en Homenaje a Américo Castro, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1987, pág. 214.

⁹² Alonso Zamora Vicente: «Gramática histórica, tres de la tarde», en *Amicitia*, Buenos Aires, 1951, número aniversario, págs. 62-66.

alteraba el ritmo vital de los estudiantes, que sólo tenían clases por las mañanas, pero «valía la pena. Era magnífico, en todos los sentidos de seriedad, de oportunismo, don Américo era palabras mayores, yo he sentido siempre su falta, cuando he trabajado, cuando he hecho algo me ha faltado su voz, la de don Ramón no me ha bastado, era de otro tipo»⁹³.

Durante el tiempo en el que Zamora Vicente estuvo en la Facultad, Américo Castro fue nombrado embajador de la República en Berlín; pero rápidamente regresó a España, porque su aspecto «con su carita morenucha y su perilla institucional, de la Institución Libre de Enseñanza» hacía que le confundieran con un judío, lo que le causó algún que otro problema. Los dos años que estuvo fuera fue sustituido por Rafael Lapesa, que, como profesor auxiliar, daba las clases de Historia de la Lengua Española. Lapesa era entonces muy joven y algo tímido a la hora de explicar, aunque le faltaba la pasión de don Américo, ya era un hombre trabajador de ficha y dato exacto. Explicaba también Gramática Histórica y Comentario de Texto Medievales.

En aquella facultad, a media mañana, los escasos estudiantes del momento, nos juntábamos según nuestras apetencias y personalísimos deseos. Una de esas aproximaciones fue la clase de Gramática histórica. Un profesor, joven todavía, 1934 adentro, que, con un orden exquisito y voz sin estridencias ni declamaciones, lee despacio a Berceo, palabreja tras palabreja, revelando en cada caso un ángulo sorprendente, una resonancia casi milagrosa. Desde el primer momento han desaparecido todas las inhibiciones. El joven profesor, Rafael Lapesa está siempre cerca, dispuesto a allanar cualquier duda, a encarrilar cualquier propósito⁹⁴.

⁹³ *Ibíd.*

⁹⁴ Alonso Zamora Vicente: «En los ochenta años de Rafael Lapesa», en *BRAE*, t LXVIII, enero-abril 1988, pág. 51-54.

La última vez, antes de la guerra, que Zamora Vicente vio a Américo Castro fue la fatídica tarde del 18 de julio de 1936 en la plaza de las Cortes, junto a la estatua de Cervantes. El maestro salía del Centro, a donde se dirigía el alumno, de recoger sus cosas para marchar a San Sebastián. Se despidieron con la esperanza de que se tratara de uno de tantos pronunciamientos militares decimonónicos, pero no fue así. Finalizada la guerra comenzaron una importante relación epistolar. En cartas vehementes y prolíficas, Castro busca en su antiguo alumno un aliado a sus tesis sobre España. De vuelta ya en España se encontraron en varias ocasiones que aprovecharon para dar largos paseos y hablar de aquella España en la que se habían conocido.

En el último curso se encontraban con Ramón Menéndez Pidal. Los estudiantes, a lo largo de la carrera, habían estudiado la obra de don Ramón, conocían sus estudios sobre *El Cid*, sobre el *Romancero* o *Los Orígenes del español*. Con estas publicaciones don Ramón había situado a la filología española a la altura de la europea en cuanto a métodos y técnicas utilizados para compulsar y analizar los datos.

El folleto explicativo de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los numerosos cursos para la Licenciatura en Filología, ofrece uno que se anuncia así: Filología románica. Catedrático: Ramón Menéndez Pidal, *Textos poéticos en Crónicas medievales*. Las clases tendrán lugar en el Centro de Estudios Históricos, Duque de Midaneceli, 4. Lunes y viernes, seis de la tarde, a partir de enero⁹⁵.

En el curso 1935-36 existían muchas dudas acerca de si iba a haber o no la clase de Menéndez Pidal. Ese año se aprobó una disposición del Ministerio de Instrucción Pública que eximió de las obligaciones docentes de la cátedra a varios

⁹⁵ Alonso Zamora Vicente: «Tres firmas de don Ramón Menéndez Pidal» en *BRAE*, t. XLIX, 1969, págs. 375-378.

titulares distinguidos a fin de que pudieran dedicarse exclusivamente a la investigación. La medida afectaba a Menéndez Pidal, a Gómez Moreno y José María Pabón, incorporados al Centro de Estudios Históricos; a don Miguel Asín del Instituto de Estudios Árabes, y a Fernández de Castro del Instituto Cajal⁹⁶.

Hay en este caso rumores para todos los gustos: Que si no se dará ese curso porque Menéndez Pidal se ha acogido a una disposición especial que concede a varios profesores universitarios el abandonar la cátedra para dedicarse a la investigación. Que si va a ser muy difícil conseguir que el curso tenga validez para los exámenes finales. Que si tal, que si cual. Y así llegó el día. Había que ir, por lo menos ir, a Medinaceli, 4. Y Dios dirá⁹⁷.

Don Ramón era el gran vate al que los alumnos miraban con admiración y lo veían como algo inalcanzable para ellos. Él era la gran referencia de la filología española del momento, director del Centro de Estudios Históricos, de la Real Academia Española y trabajador e investigador infatigable, al cual, en un futuro, aquellos alumnos, ahora timoratos e indecisos, tratarían de imitar.

Todo nos era familiar, claro, pero esa tarde... Qué súbito enloquecimiento de la brújula. Habíamos visto muchas veces a don Ramón, en conferencias (aquellas conferencias sobre Lope y el *Arte Nuevo*!), en sesiones académicas. No era figura que fuese desconocida, pero aquella tarde... Su imagen bordeaba ya los confines del mito [...]. Balbuceos, indecisiones. Sí, familiarizados con la casa, pero la verdad es que hoy no damos pie con bola. No va a ser el ritual acostumbrado. No vamos a esperar pacientemente en un aula a que llegue un profesor. Va a ser de otro modo. Sospechamos vagamente que va a ser ya el *modo*. Las preguntas se agolpan, agobian, animan, desfallecen. Por fin se nos indica un local: el Archivo de la Palabra [...]. El Archivo está al final de un largo pasillo. Se anda de puntillas, reverencialmente. Y al abrir, la sorpresa es grande. En la habitación, una gran mesa, con unas pocas sillas

⁹⁶ Joaquín Pérez Villanueva: *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1991.

⁹⁷ Alonso Zamora Vicente: «Tres firmas de...», pág. 376.

alrededor. Armarios, estanterías con libros, un alto gramófono de cuerda. Y en un extremo de la mesa, vertida la luz de una lámpara sobre libros y papeles, está don Ramón, sentado, rebuscando en las páginas. Levanta la cabeza para decir ligeramente: Adelante, se han retrasado ustedes un poco... Y sin más preparativos, en el recogimiento semientornado de aquella habitación, don Ramón nos fue exponiendo cómo había ido entresacando de las Crónicas algunos trozos poéticos⁹⁸.

Como con todos, la guerra los separó. Cuando finalizó, Menéndez Pidal regresó a España y siguió siendo un guía para sus futuros trabajos. En la correspondencia mantenida entre profesor y alumno, éste le consulta dudas que tiene a la hora de afrontar sus trabajos. Su presencia en España en los años inmediatos a la guerra, fue un oasis al que acudían con gran frecuencia los jóvenes filólogos que se habían formado con él y que también se habían quedado en el país. Don Ramón, junto con Dámaso, fueron los que le animaron a continuar y los que le ayudaron a hacerse un pequeño hueco en aquella España hostil para los que habían luchado en el bando republicano. Y cuando la situación se hace irrespirable, el viejo maestro le animará a marchar a un lugar fresco para recuperar el aire perdido, como era el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, donde Alonso Zamora se recuperará respirando el ambiente del Centro de Estudios Históricos.

Otros maestros que tuvo en aquella Facultad de Filosofía y Letras fueron Pedro Salinas y José Fernández Montesinos. Salinas explicaba literatura del s. XVIII y contemporánea, además de cursos sobre algún autor del s. XIX, como Bécquer. La literatura contemporánea comprendía la generación del 98, y los novelistas de la del 14, Gómez de la Serna, Miró, Carranque, Arconada, etc. También les explicó la teoría de las generaciones de Petersen, que tan de moda estaban en España en los primeros años del s. XX.

⁹⁸ *Ibidem*, págs. 376-377.

A Salinas cualquier ruido le molestaba, le entraba una cólera que no reventaba nunca, se le ponía el cuello rojo. María Josefa fue la que tuvo más relación con él ya que colaboraba en la Revista *Índice Literario*, que pertenecía al Centro de Estudios Históricos.

José Montesinos explicaba Literatura de los Siglos de Oro, era profesor ayudante, ya que había llegado recientemente de Alemania, concretamente de Hamburgo, donde había sido lector. Era una persona con una vida un poco descuidada, al igual que su aspecto⁹⁹. Algunos días no daba clase, ya que «pasaba unas noches tumultuosas», y «se limitaba a dar datos biográficos, históricos o bibliográficos». Pero otros días, cuando comentaba un texto «era increíble, formidable, de una finura, de una capacidad de perfección; Garcilaso comentado por Montesinos era otra cosa». Especialmente interesante para el alumno fue un curso sobre la picaresca que se centraba principalmente en el *Lazarillo de Tormes* y en el *Guzmán de Alfarache*. Otros profesores de la sección de filología fueron: Deza, González de la Calle, Crusat, Maeso, Mazorriga, Alemany Selfa, Hurtado, González Palencia, Sáinz Rodríguez, Cotarelo, Lasso de la Vega, García de Diego, Cantera, Asín Palacios, García Gómez.

⁹⁹ Julián Marías no tiene ningún tipo de contemplaciones a la hora de describir a su profesor: «Otro curso interesante era el de Literatura española que daba José F. Montesinos. No era más que ayudante; acaba de volver de Alemania, donde había sido lector muchos años. Era bohemio, inverosímilmente sucio y desaliñado, siempre despeinado y con los trajes arrugados [...]. Daba la clase a la una, la última hora: acababa de despertarse, y todavía estaba soñoliento; por la tarde empezaba a vivir, y cuando resplandecía era por la noche, cuanto más tarde mejor. Fumaba constantemente, con un cigarrillo puesto en el centro de la boca, inmediatamente sustituido por otro». Julián Marías: *Una vida presente...*, pág. 117. También Américo Castro le comenta al propio Montesinos la opinión que los demás tienen de él en una carta de 9 de marzo de 1932: «Le animo a que regrese a Madrid, ojalá venga usted. No haga caso de esas tonterías sobre sus rarezas. Las tiene usted y yo también: Gott Sei Dank. Con ellas tenemos que vivir y así tienen que aguantarnos. Y si no que busquen otros mejores que nosotros». Archivo de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

A quien también conoció en aquellos años fue a Dámaso Alonso, que todavía no era profesor de la Universidad, pero con quien ya había coincidido en el Centro de Estudios Históricos.

Nos conocimos en el viejo Centro de Estudios Históricos, donde nos presentó Rafael Lapesa, que quizá no lo recuerde. Recuerdo que al presentarme lo hizo como un joven interesado en Portugal y en las cosas del portugués. Dámaso entabló enseguida conversación, aún no había estado nunca en Portugal. Entonces, y con qué transparencia lo recuerdo, yo me siento inmediatamente en situación de superioridad y debí de soltar alguna que otra inocente pedantería. Dámaso me siguió la corriente, y, al quedarme solo después, noté que me acababa de dar una excelente lección: me había tomado el pelo con finura, con gracia, con viva simpatía¹⁰⁰.

Teniendo en cuenta a estos profesores, la única obligación de alumno era estar matriculado, al menos un año, de las asignaturas que fueran objeto del examen final. En el resto de las materias tenía total libertad para acudir a las clases. Si quería asistir a un curso que le interesaba, hablaba con el profesor y éste le admitía. Muchas veces, al coincidir los horarios de los cursos, no podía asistir a todos los que él querría. Esta libertad de la que disponía el alumno a la hora de elegir sus asignaturas provocaba que hubiera algunos que llegaban al examen final sin haber visto materias importantes que no eran obligatorias para el examen. Cuando el alumno se consideraba preparado, y previa consulta a sus profesores, debía presentarse a un examen intermedio. El examen constaba de dos partes: una escrita y otra oral. En la escrita tenía que traducir un texto latino y otro griego y en la oral contestar a preguntas sobre filosofía, historia, literatura e historia del arte.

¹⁰⁰ Alonso Zamora Vicente: «Dámaso Alonso, ya un recuerdo» en *Dámaso Alonso. In memoria*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991, pág. 42.

5.- LOS ALUMNOS

El número de alumnos de la Facultad había aumentado considerablemente debido a la creación de los estudios de magisterio. La República, para combatir el analfabetismo que existía en la sociedad española y luchar contra el dominio que la Iglesia católica tenía sobre la educación, necesitaba crear nuevos institutos y preparar a un número importante de profesores¹⁰¹, para ello creó, por el Real Decreto de 27 de enero de 1932, la sección de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras¹⁰². De tal forma que la Facultad se llenó de alumnos, muchos de ellos no procedían del bachiller, sino de las Escuelas Normales de Magisterio, por lo que su formación, era «más enciclopédica que la de los bachilleres, pero menos humanística»¹⁰³. A pesar de este incremento en el número de alumnos, cuando se inauguró la Facultad había unos 980. La única parte de la Ciudad Universitaria que funcionaba era la Facultad de Filosofía y Letras, de forma que se encontraban un poco aislados del resto de la ciudad. Había tranvías que acercaban a los estudiantes hasta el campus, mientras que los profesores lo hacían en una pequeña furgoneta.

Llegaba el peligro amarillo: una camioneta chica, de ese color, de quince o veinte plazas, que llevaba a los profesores. Vomitaba personajes como si los hubiera llevado plegaditos: los múltiples profesores de latín, de griego, de castellano, los de historia, los de más allá. Muchos, muchísimos¹⁰⁴.

¹⁰¹ José Castillejo, secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, veía de esta forma el problema que se le planteaba a la República: «La República abandonó el lento proceso de libre competencia entre Estado y las escuelas privadas, abogado por Giner, y procedió a la supresión de las escuelas que estaban en manos de órdenes religiosas». José Castillejo: *Guerra de ideas en España*, Madrid: Biblioteca de la *Revista de Occidente*, 1976, págs. 120-121.

¹⁰² Ministerio de Educación y Ciencia: *Historia de la Educación en España, vol. 4. La educación durante la Segunda República*, estudio preliminar y preparación de los textos por Antonio Molero Pintado, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1991.

¹⁰³ Rafael Lapesa: «Recuerdo y lección...», pág. 86.

¹⁰⁴ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad Universitaria,...» pág. 132.

En la Facultad había un bar, que también era el comedor, donde los estudiantes podían comer por poco dinero¹⁰⁵. En él hacían sus grupos de amistades y se asomaban para ver los autobuses donde venían los profesores que les confirmaban si tenían que asistir o no a clase.

Las caras se aguzaban en acerado pico, al atisbo, desde la terraza: si viene el que se espera, a clase. Si no, a pasear, despaiciadamente, sosegadamente, derrochando la propia vagancia¹⁰⁶.

En aquella Facultad también estudiaba María Josefa Canellada, con la que coincidía en las clases de Tomás Navarro. Ya se conocían de antes puesto que vivían en el mismo barrio, en la Latina; él en la plaza de la Cebada y ella en la Gran Vía de San Francisco. Se habían encontrado alguna vez jugando en las Vistillas o correteando por la plaza de Oriente. María Josefa nació cerca de Infiesto, un pueblo de Asturias, en 1913. En los primeros años de la década de los veinte la familia se trasladó a Madrid. El padre, que era pintor y un hombre con grandes inquietudes artísticas, descubrió el mundo de la fotografía, después de un viaje a París. Cansado del pueblo, se trasladó a Madrid donde trabajó como conservador de la iglesia de San Francisco el Grande. Vivían en la casa de la Orden Tercera, por lo que sería muy fácil que en alguna de las expediciones que hacía Alonso para lanzarse por los terraplenes de las Vistillas, coincidiera con María Josefa, «una chica de aire estrambótico pelo muy corto y pantalones... ¡De

¹⁰⁵ María Rosa Alonso, compañera de Zamora Vicente en aquella Facultad, la recordaba en un libro: «Cuando he vuelto últimamente al edificio de la facultad de letras madrileña, con sus cuatro pisos espléndidos, la visita fue arqueológica y sentimental. La facultad de ahora se desvanecía para dar paso al recuerdo de "la otra", que era la mía, con sus pisos de un color distinto en los azulejos, sus salas de estar, su salón de música, donde el decano una vez —pulcro pianista— nos tocó una suite de Albéniz; su espacioso bar comedor en el que se podía desayunar por cincuenta céntimos, comer por dos pesetas veinte céntimos, o tomar un bocadillo por veinticinco céntimos», María Rosa Alonso: *Pulso del...*, pág. 251.

¹⁰⁶ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad Universitaria...», pág. 132.

pana!»¹⁰⁷. Fue después, en la Universidad, donde acudían juntos en muchas ocasiones, y en donde coincidieron en varias asignaturas, cuando la relación se fue haciendo más íntima. Muchos días se esperaban y cogían juntos el tranvía para ir a la Facultad, aunque también solían hacer el trayecto andando con el fin de ahorrarse el dinero del transporte y gastárselo en libros.

Ya en años universitarios, se estuviese ahorrando el dinero del autobús o del tranvía, día a día, para tener, cuando, abril arriba, llegase la Fiesta del Libro, las pesetillas necesarias para comprar libros en cantidad suficiente¹⁰⁸.

Otra gran amistad que nació en aquellos años universitarios y que se mantuvo siempre fiel a pesar del paso del tiempo fue con Camilo José Cela.

Alonso Zamora Vicente y yo somos del mismo reemplazo, la bien zurrada quinta del 37. Alonso Zamora Vicente y yo fuimos compañeros en la facultad de Filosofía y Letras, antes de la guerra, y lo somos ahora en la Academia¹⁰⁹.

En algunos textos, Cela insinúa que la amistad con Alonso venía ya de la época del instituto: «Después vino el bachillerato en el instituto de San Isidro. ¿Te acuerdas de don Enrique Barrigón González, el cura de latín?¹¹⁰». Para Alonso, el recuerdo de Cela es más tardío. La amistad surgió en la Facultad, el primer año. A pesar de que Camilo no era asiduo a la Facultad, únicamente asistía a las clases de Pedro Salinas y de José Montesinos.

No, yo creo que Cela y yo entablamos relación así consciente ya en la facultad, el primer año. Una mañana de principios de curso estábamos los dos como dos gallinas

¹⁰⁷ Alonso Zamora Vicente: *Historias de viva voz*, Madrid: Alianza Editorial, 1995, pág. 22.

¹⁰⁸ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio Nebrija, 1995, pág. 33.

¹⁰⁹ Camilo José Cela: Prólogo a *Sin levantar cabeza*, de Alonso Zamora Vicente, Madrid: Novelas y Cuentos, 1977, pág. 9.

¹¹⁰ Camilo José Cela: «Alonso Zamora Vicente, hijo de Alonso...», pág. 24.

asustadas mirando los tableros de anuncios para saber dónde estaba tal clase. Además, quien tenía obligación de saberlo era yo, no Camilo, que nunca estuvo matriculado. A pesar de que él dice que nos conocíamos del instituto yo no lo recuerdo, porque Camilo tuvo siempre muchas dificultades ya que era mal estudiante y el padre tenía que estar encima de él.

Allí Zamora Vicente fue haciendo su grupo de amigos entre los que se encontraba Carmen García Lasgoiti, que trabajó, junto a Federico García Lorca, en el grupo de teatro La Barraca; Teresa López Serrano, que fue su primera novia; Eduardo Ródenas, que tenía un cargo en la Falange; Rafael García Serrano, que fue novelista reconocido en la posguerra; Maximino Batanero; Dolores Nogués, que fue la que le animó a formar parte de las Misiones Pedagógicas; Lolita Franco, que era muy amiga de María Josefa Canellada porque ella trabajaba con su padre en la consulta médica; también el que fuera su marido, Julián Marías; Darío Fernández Flórez, autor de la novela *Lola, espejo oscuro*; Carlos Alonso del Real y Luis Rosales, que ya era un poeta reconocido y que sólo asistía a las clases de Salinas, al igual que Camilo José Cela¹¹¹.

Algunos de estos estudiantes crearon, durante el curso 1935-36, una revista que se llamó *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*. Contaban con la ayuda del decano, Manuel Morente, y se imprimía en la imprenta Aguirre. Sólo salieron

¹¹¹ Cela recuerda a muchos de estos compañeros de Facultad en sus memorias. Camilo José Cela: *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid: Plaza y Janés, 1993, págs. 118-119. María Rosa Alonso hace una relación de aquellos compañeros: «Iban por la facultad, con los que coincidía en algunos cursos, Carlos Alonso del Real, Julián Marías, Manuel Granell, premios por sus "diarios" del cruce por el Mediterráneo que la facultad hizo en el verano de 1933 [...], Darío Fernández Flórez [...] había timoneado la revista de la facultad *Historia*; el poeta Luis Rosales, que en 1935 publicó su libro *Abril*; Germán Bleigber, que en 1935 publicó *El cantar de la noche* y en 1936 *Sonetos amorosos* [...]; Álvaro D'Ors (hijo de don Eugenio) [...]; Antonio Tovar que terminaba entonces sus estudios y marchaba a París [...]; los poetas Luis Felipe Vivanco y Leopoldo Panero (aún sin obra aparte, fuera de colaboraciones en revistas); Alonso Zamora (que no había publicado nada todavía); Leopoldo Eulogio Palacios, Lolita Franco, María Josefa Canellada; Ezequiel Benavente; María Luisa Oliveros; Consuelo Moreno; Margarita Sánchez; Matika Goulard», María Rosa Alonso: *Pulso del tiempo...* págs. 254-255.

cuatro números, ya que la guerra impidió su continuidad. El encargado de la revista era Darío Fernández Flórez y había varias secciones; al frente de cada una se encontraba un estudiante: Julián Marías se encargaba de la de filosofía; de la de clásicas, Carlos Alonso del Real; Luis Rosales de la de letras modernas; Fernández Flórez de la de historia y Anselmo Romero de la de pedagogía. Zamora Vicente no llegó a publicar en esta revista. Durante sus años de estudiante, sí colaboró, como veremos más adelante, en la revista del Colegio de Médicos que se llamaba *Horizontes* y que dirigía su amigo Miguel Cuesta.

6.- LA VIDA DEL ESTUDIANTE FUERA DE LA UNIVERSIDAD

El espíritu que dominaba en aquella Facultad era el del Centro de Estudios Históricos y por tanto el de la Institución Libre de Enseñanza. Una de las bases educativas de la Institución era el contacto directo, siempre que se pudiera, con aquellos conocimientos que se estaban transmitiendo al estudiante. Dentro de esta idea se enmarcan las excursiones que organizaba la Facultad por la Península con el fin de que el alumno descubriera el patrimonio histórico artístico. Los estudiantes tenían que pagarse el hospedaje y la Universidad les ponía una pequeña furgoneta con el conductor «que se llamaba Julián y era el calefactor general de la Universitaria y vivía en la Facultad». Solían aprovechar los fines de semana para viajar, a no ser que necesitaran más días cuando iban a una zona alejada. Siempre les acompañaba un profesor que podía ser Manuel García Morente, Elías Tormo, o algunos más jóvenes, como Luis Sosa o Luis Morales, los cuales les enseñaban no sólo a encontrar y admirar cuadros y retablos de viejas iglesias y monasterios olvidados, sino también a madrugar y pasear por las calles vacías de los pueblos y ciudades, a ver cómo se montaba un mercado o a encontrar la churrería con los churros recién hechos y la leche que se acababa de ordeñar. Gracias a estas excursiones recorrieron Andalucía, por donde estuvieron

quince días, la zona occidental de Castilla, las ciudades próximas a Madrid: Segovia, Ávila, Salamanca, Soria, Toledo. En alguna ocasión las excursiones eran más lejanas y llegaban hasta los países fronterizos como el sur de Francia y parte de Portugal.

Levantarnos con el día era la primera lección en aquella inolvidable facultad de letras, don Elías Tormo nos enseñaba en los constantes viajes por España. Nos enseñaba en esas horas tempranas dónde se podían encontrar los mejores churros, la leche recién ordeñada, nos enseñaba las tiendecitas modestas donde comprar frutos secos, o las diminutas confiterías, con aire de salita familiar, donde probar los dulces característicos. Todo lo había visto yo ya con don Elías Tormo en mis tiempos de estudiante¹¹².

En uno de esos viajes fue cuando Zamora Vicente coincidió con Miguel de Unamuno. Anteriormente lo había visto en el Ateneo de Madrid o paseando por el Prado.

Así lo vi yo en algunas ocasiones. A cuerpo, solo, las manos a la espalda o acariciándose la pequeña barba. Era Unamuno, todavía no don Miguel. Y procurábamos mirarle de reajo, disimuladamente, y volvernos cuando ya había pasado. Unamuno, lejano, intocable mito para un estudiante madrileño de bachiller¹¹³.

En un viaje a Mérida, donde los estudiantes madrileños acudieron al estreno de *Medea*, traducida por don Miguel, Zamora Vicente fue, durante unas horas, el único oyente que tuvo el rector de la Universidad de Salamanca.

¹¹² Alonso Zamora Vicente: «Un día extremeño más» *Boletín de la Real Academia de Extremadura*, VI, 1995, págs. 190-191.

¹¹³ Alonso Zamora Vicente: «Un recuerdo de don Miguel de Unamuno» en *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, vol VIII, Salamanca, 1958, págs. 5-8.

Pero, un día, es Unamuno distante, espectral casi, me tuvo por único auditorio. Adquirió, redonda y repentinamente, cercanía, bulto, palabra, aliento. Fue en Mérida, en junio, el día del estreno, en el teatro romano, de la Medea por él traducida. Asistimos un grupo de estudiantes madrileños. Estábamos acostumbrados a madrugar mucho: el ejemplo de don Elías Tormo, que, al mismo salir el sol, y aun antes, nos enseñó a recorrer iglesias escondidas, a ver las ciudades desde sus mejores puntos y a contemplar el nacimiento de mercados y trajines. Ese día, como de costumbre, madrugué. Y fui a parar al puente romano. Amanecía y don Miguel ya estaba en la barandilla de la entrada, por el lado de la ciudad, donde comienza el pretil, mirando calladamente al agua. Había que pasar por allí o volverse. Avancé, sin embargo. Y fue don Miguel quien, ante mis tímidos buenos días, entabló conversación conmigo. Se informó de quién era yo, qué hacía allí, dónde había dormido, si me habían llevado gratis o pagando, qué impresión me había producido el teatro... Y terminó cruzando y recruzando conmigo el puente. No puedo recordar ya de qué me habló. Están vivos solamente mi admirado recuerdo agradecido, el aire de su voz, su conversación a saltos, la creciente luz de la amanecida, mi llegar tarde al desayuno del hotel, su gesto bondadoso de despedida en la Plaza Mayor. Una mañana de junio de no recuerdo bien el año (1933?), en Mérida, al borde del Guadiana¹¹⁴.

Después de aquel encuentro, el estudiante volvió a ver a don Miguel en las conferencias que daba en la Residencia de Estudiantes, o en algunas de las excursiones que hacían a Salamanca. El último recuerdo que Zamora Vicente tiene de Unamuno es de julio de 1936, pocos días antes de que estallara la guerra civil; en aquella ocasión, el viejo maestro buscaba ansioso una vía intermedia entre las dos Españas que iban a comenzar a destruirse a los pocos días.

1936, el recuerdo más limpio de él, el ya permanente y angustioso. Otra excursión a Salamanca, a primeros de julio de ese año. Don Miguel explicó una vez más, en el patio de la Universidad cómo estaban las pinturas de la antigua biblioteca, detrás de las bóvedas de la Capilla (¿qué le parecerían hoy, exhumadas, restauradas, visibles,

¹¹⁴ *Ibidem*, págs. 6-7.

admirables?). Dijo cómo se le ocurrió poner las esculturas de Bigarny por el claustro y contó el asunto de los tiros sobre unos estudiantes a principios de siglo, y la torpeza de unos escolares que, en una algarada, pretendieron quemar el mobiliario con no recuerdo qué cuerpo no combustible, y se reunieron con esos estudiantes, a los que citó no para reñirlos o arengarlos, como ellos esperaban, sino para decirles que aquello no ardía, a ellos, científicos. Y, paseando ante la estatua de Fray Luis de León, don Miguel volvió a caer, como casi cada cinco minutos, sobre la política caótica de aquellos momentos. Se paró frente a la estatua, imitándola en el gesto de su brazo extendido. «Deberíamos los españoles —decía— inventarnos un saludo como el que hace Fray Luis noche y día. Ni así —extendía la mano en alto, a la manera fascista—, ni así —levantaba el puño cerrado, a la manera comunista—, sino así, como Fray Luis.» Y su mano, tensa, se quedaba extendida a la altura del pecho, hacia adelante, protectora, viva en el silencio del Patio de Escuelas, que ya derretiría, impasible, el oro de los muros. Salamanca, primeros de julio, días antes de que el saludo ocasional tuviera un refrendo de sangre y de locura¹¹⁵.

Aquellos años de gobierno de la República fueron unos años llenos de confusión e inestabilidad política, con continuas revueltas y protestas, pero también lo fueron de ebullición cultural, que el estudiante universitario no podía dejar pasar sin aprovecharlos de alguna forma. El teatro, el cine, las conferencias eran lugares casi obligatorios para saciar el interés cultural que nacía en el joven estudiante de filología. Alonso Zamora asistió a las conferencias de Ortega y Gasset sobre Galileo en la sala Valdecilla, de la vieja Universidad de San Bernardo, a las que dio don Ramón sobre *El arte nuevo de hacer comedias* de Lope, y a la conferencia que inauguró, en 1935, cuando se celebraban trescientos años de

¹¹⁵ Ibidem, págs. 7-8. En una reseña a un libro de una compañera de aquel viaje, Zamora se vuelve a acordar de aquel encuentro: «una excursión a Salamanca quince días antes de la guerra, cuando paseamos con Miguel —¿te acuerdas de la fotografía, aquella donde Unamuno extendía el brazo diciendo: "Así, como Fray Luis, y no de otra manera, de otras dos maneras"», Alonso Zamora Vicente: «Carta a María Rosa Alonso en su isla», en *Ínsula*, núm. 102, junio de 1954, pág. 8. En ese libro que Zamora reseña, dice María Rosa Alonso: «Vivía entonces aquel otro monumento nacional humano que se llamó don Miguel de Unamuno, cuando nuestra primera visita, y hasta conservamos fotografías en que el maestro aparecía retratado con nosotros, los estudiantes madrileños de entonces» María Rosa Alonso: *Pulso del tiempo...*, pág. 79.

su muerte, la Casa de Lope, adquirida por la Real Academia de la Lengua. En la Residencia de Estudiantes escuchó a Miguel de Unamuno, a Azorín, a Juan Ramón y algún autor más ya consagrado. De forma más informal, en la cacharrería del Ateneo, iba a las charlas de Ramón del Valle-Inclán, llenas siempre de simpáticas anécdotas.

Para un estudiante de aquella inolvidable Facultad de Filosofía y Letras, la Residencia era su segunda casa, la casa donde no se hablaba de los problemas caseros. Se ve a Juan Ramón de vez en cuando, sin hablarle, claro, se teme siempre las brascas salidas de sus neurosis, su pavor a las enfermedades¹¹⁶.

¹¹⁶ Alonso Zamora Vicente: «Lección inaugural...», pág. 6.

II.- EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Entre la Facultad de Filosofía y Letras y el Centro de Estudios Históricos existía una relación muy estrecha. Muchos de los profesores, cuando terminaban su actividad docente, marchaban al Centro para continuar con su tarea investigadora. Era el caso de Tomás Navarro Tomás, encargado del Laboratorio de Fonética, de Pedro Salinas, que dirigía la revista *Índice Literario*, de Américo Castro o de Ramón Menéndez Pidal que, como ya hemos dicho, daba las clases en el mismo Centro. La buena sintonía que existía entre el profesor y el alumno, fomentada tanto por los planes de estudio (era uno de los fines que perseguían estos planes) como por el no muy elevado número de alumnos, permitía que el profesor acercara al Centro a aquellos estudiantes que creyese más adecuados para la labor de investigación que estaba realizando. De esta forma llegó Alonso Zamora. Don Tomás Navarro Tomás fue quien le introdujo por los pasillos del viejo caserón de la calle Medinaceli, como un estudiante más para que colaborara en todo aquello que pudiese¹¹⁷.

No conocí los días iniciales, ni mucho menos, del antiguo Centro de Estudios Históricos, sino que llegué a los días casi holgados del edificio de Medinaceli, 4.

Pasillos silenciosos, anchos, pequeños cuartos de trabajo, ficheros. Y silencio¹¹⁸.

Para los que llegamos a la vida del Centro a caballo entre él y la Universidad, y ya con unas técnicas de trabajo hechas, maduras, consagradas, y con un claro repertorio de necesidades y proyectos, nos llamaba poderosamente la atención el esfuerzo

¹¹⁷ «La Junta para la Ampliación de Estudios no estableció estatutos ni reglamento alguno para el funcionamiento del Centro. Cada profesor escogió libremente a sus alumnos. El ingreso no llevaba consigo ningún nombramiento especial. Tampoco el Centro concedía títulos o certificaciones que dieran derecho a participar en oposiciones o concursos a cátedras u otros puestos de servios públicos.» Por esta razón no hemos encontrado, en la documentación consultada del Centro de Estudios Históricos, ningún documento que haga referencia al paso de Alonso Zamora Vicente por el mismo. Tomás Navarro Tomás: «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro...», pág. 11.

¹¹⁸ Alonso Zamora Vicente: «Don Ramón, maestro», en *BRAE*, tomo XLVIII, 1968, pág. 361.

inaugural de los maestros y la cicatera limitación de medios materiales con que se levantaba¹¹⁹.

1.- LA CREACIÓN DEL LA JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS Y DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

El Centro de Estudios Históricos era un organismo que dependía directamente de la Junta para la Ampliación de Estudios. Dicha Junta se creó en los primeros años del s. XX. La decadencia tanto material como de identidad que había sufrido España en los últimos años del s. XIX, provocó que se perdiera nuestra tradición cultural y que nos quedáramos descolgados del ritmo europeo. La situación de las instituciones culturales, científicas, sociales y políticas era de total decadencia y desconcierto. Para combatir la desolación que el país sufría, se propusieron, en el ámbito cultural y científico, distintas soluciones. Una de ellas, la que cuajó, fue la creación de un Ministerio específico de enseñanza. Para ello se suprimió el Ministerio de Fomento, creándose en su lugar dos nuevos ministerios: el de Agricultura y el de Instrucción Pública y Bellas Artes. El primer ministro de este último fue Antonio García Alix, al que siguió Álvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, quien era amigo de los hombres ligados a la Institución Libre de Enseñanza, es decir, Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé de Cossío y Gumersindo Azcárate. Su estrecha relación con estos hombres facilitó las conversaciones para la creación de una institución que aglutinara y fomentara la ciencia en España. De esta forma, y bajo el ministerio de Amalio Gimeno, se fundó, por Real Decreto de 11 de enero de 1907, la Junta para Ampliación de Estudios. Su primer presidente fue Santiago Ramón y Cajal y su secretario José

¹¹⁹ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás (1884-1979)» en *BRAE*, tomo LIX, cuaderno CCXVIII, septiembre-diciembre 1979, pág. 415.

Castillejo, entre los vocales se encontraban Azcárate, Calleja, Casares Gil, Echegaray, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Sorolla, Torres Quevedo, etc.¹²⁰

El fin principal que animaba a la Junta era, como ya hemos indicado, acabar con el aislamiento cultural, científico y técnico en el que vivía España, para ello fomentó la investigación científica en todos los órdenes, interviniendo, de forma directa, en la política científica del país. Para conseguir dicho fin, la Junta se sirvió de varios medios. El principal fue el de formar personal docente en el extranjero para que se impregnaran de las corrientes científicas y pedagógicas de las naciones más cultas. Estas fueron las famosas pensiones. Otro medio importante fue la creación de centros de actividad investigadora, donde los pensionados pudieran continuar con su tarea científica una vez hubieran regresado del extranjero. Las dos instituciones o centros principales en las que se apoyó la Junta fueron el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y el Centro de Estudios Históricos.

Alrededor del Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales se crearon una serie de instituciones científicas de enorme importancia para levantar la ciencia española de principios del siglo XX, como el Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Museo de Antropología, el Jardín Botánico de Madrid, la Estación Biológica de Santander y el Laboratorio de Investigaciones Biológicas dirigido por Ramón y Cajal que posteriormente se convirtió en el Instituto Cajal de Histología. Durante los años de actividad de la JAE se crearon el Instituto Nacional de Ciencias, el Laboratorio de Investigaciones Físicas, la Estación Alpina de Biología de Guadarrama, la Comisión de Investigaciones Paleológicas y Prehistóricas, el Laboratorio y Seminario Matemático, la misión Biológica de Galicia y los

¹²⁰ Sobre la creación de la Junta para Ampliación de Estudios puede verse Virgilio Zapatero: «La sincronización de España con Europa» en Varios Autores: *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, editor Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, págs. 23-28.

laboratorios de Química, Fisiología, Anatomía Microscópica, Histológica, Bacteriológica y Secrológica de la Residencia de Estudiantes¹²¹. Bajo la influencia de la Junta se impulsó la Asociación de Laboratorios entre los que destacaba el Laboratorio de Automática que dirigía Leonardo Torres Quevedo. También se crearon escuelas y colegios con el fin de establecer una nueva atmósfera educativa, fundamentada en los principios de la Institución Libre de Enseñanza. El principal proyecto fue el Instituto Escuela que tanto se preocupó por la situación de la mujer con las direcciones de María de Maeztu y María Goyri de Menéndez Pidal. A todo esto tenemos que añadir la labor fundamental que realizó durante este tiempo la Residencia de Estudiantes.

El Centro de Estudios Históricos fue creado por Real Decreto de 18 de marzo de 1910, con Ramón Menéndez Pidal como presidente y Tomás Navarro Tomás de secretario. Los fines a los que se tenía que dedicar eran muy variados: investigar las fuentes, preparar la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos o defectuosamente publicados (como crónicas, obras literarias, cartularios, fueros...), glosarios, monografías, obras filosóficas, históricas, literarias, filológicas, artísticas o arqueológicas; organizar misiones científicas, excavaciones y exploraciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, folklore, instituciones y, en general, cuanto pueda ser fuente de conocimiento histórico; iniciar en los métodos de investigación a un grupo de alumnos para que tomen parte en las tareas antes enumeradas; comunicarse con los pensionados en el extranjero o dentro de España para prestarles ayuda y recoger al mismo tiempo sus iniciativas, y preparar las condiciones y medios para

¹²¹ Sobre la labor científica de la JAE puede verse: Luis Enrique Otero Carvajal: «La destrucción de la ciencia en España», en *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2006, págs. 15-73. También, Varios Autores: *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, editor Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

que sigan trabajando a su regreso; formar una biblioteca para los estudios históricos y establecer relaciones con análogos centros científicos extranjeros¹²².

Su primer emplazamiento fue la planta baja de la Biblioteca Nacional, espacio que antes ocupaba el Museo de Ciencias Naturales. Posteriormente se trasladó a un pequeño hotel de la calle Almagro, donde estuvo hasta finales de la década de los veinte, cuando ocupó el edificio de la calle de Medinaceli, 4, frente al hotel Palace, en lo que había sido el Palacio del Hielo y del Automóvil.

Ahora estamos instalados un poco mejor y cuando usted venga nos encontrará probablemente en el nuevo local que se ha arreglado para el Centro en el Palacio de Hielo. Tendremos allí una instalación espléndida con amplias y abundantes habitaciones. Nos trasladaremos en diciembre probablemente¹²³.

El Centro comenzó dividiéndose en siete secciones, cada una bajo la responsabilidad de un director, que se denominaban de la siguiente manera: Instituciones sociales de León y Castilla (Eduardo Hinojosa), Trabajos sobre arte medieval español (Manuel Gómez Moreno), Orígenes de la lengua española (Ramón Menéndez Pidal); Metodología de la Historia (Rafael Altamira), Investigaciones de las fuentes para la historia de la filosofía árabe española (Miguel Asín Palacios), Investigaciones de las fuentes para el estudio de las instituciones sociales de la España musulmana (Julián Ribera), Los problemas del

¹²² Javier Varela: *La novela de España*, Taurus, Madrid, 1999, págs. 229-257. También José María López Sánchez: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos*, Madrid: Marcial Pons, CSIC, 2006.

¹²³ En una carta de 15 de noviembre de 1930, Navarro Tomás informa a Amado Alonso de las comodidades del nuevo local. También Homero Serís, con anterioridad, le había informado a Amado sobre el nuevo local donde se va a instalar el Centro: «Respecto al local del Centro, nos dice el arquitecto que dentro de un par de meses empezarán las obras para adaptar el Palacio de Hielo a su nuevo destino, y por consiguiente, allá para el año 31, si el Gobierno no dispone hasta entonces otra cosa, podremos pensar en el traslado. Ocuparemos la parte central del edificio». Carta de Homero Serís a Amado Alonso del 2 de septiembre de 1928. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

derecho civil en los principales países del siglo XIX (José Clemente de Diego). En 1913 se crearon otras dos, una de Escultura y pintura en la baja Edad Media y Renacimiento (Elías Tormo) y otra de Filosofía contemporánea (José Ortega y Gasset). Se añadiría una décima en 1915, la de Estudios semíticos (Abraham S. Yahuda). A esta primera fase de creación de secciones, que dura hasta la guerra europea, sucede otra de concentración de actividades. Varias secciones —filosofía e instituciones árabes, instituciones medievales, filosofía contemporáneas— suspenden actividades por muerte o abandono del titular. Algunas, como la de semítica, se quedaron en mero conato. Así, hasta llegar a la organización de los años veinte, con sólo tres o cuatro secciones: Filología (Menéndez Pidal), Arqueología (Gómez Moreno), Arte (Tormo) e Historia del derecho (Sánchez Albornoz), esta última desde 1925¹²⁴. En los años treinta se añadieron Literatura Contemporánea (Pedro Salinas) y Estudios Hispanoamericanos (Américo Castro).

Desde el comienzo, la rama de Filología se había alzado con el predominio. Ramón Menéndez Pidal, su director, se fue rodeando de un grupo de colaboradores, casi todos ellos alumnos suyos, que fueron ingresando en el Centro de forma escalonada. Los primeros fueron Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Antonio García Solalinde, García de Diego; después se incorporaron José Fernández Montesinos, Samuel Gili Gaya, Amado Alonso, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Salvador Fernández Ramírez, entre otros. Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada fueron los últimos alumnos que pasaron a formar parte de la escuela de don Ramón.

Muchos fueron los proyectos que se llevaron a cabo en aquellos años, algunos pudieron salir a la luz pública, pero otros se quedaron estancados debido a la guerra. Junto a proyectos individuales (cada investigador trabajaba en su

¹²⁴ Javier Varela: *La novela...*, págs. 229-257.

materia de especialización) existían otros que, debido a su importancia, requerían el trabajo de todos los colaboradores. Así se llevó a cabo los *Documentos Lingüísticos de España* en el que reunió un ingente material de textos notariales de la Edad Media rigurosamente transcritos. En 1919 se publicó el volumen correspondiente al Reino de Castilla, bajo el nombre de Ramón Menéndez Pidal. En cambio, los *Documentos Lingüísticos del Alto Aragón* llevaron el nombre de Navarro Tomás. Colectiva también fue la recopilación de un nutrido fichero que tenía por finalidad crear un vocabulario español medieval, que no se llegó a finalizar. Se creó la colección «Teatro Antiguo Español. Textos y Estudio», que presentaba transcripciones exactas de manuscritos autógrafos o ediciones antiguas fidedignas, con análisis rigurosos y cumplida anotación. En esta colección colaboraron Menéndez Pidal, su mujer, María Goyri, Américo Castro y, sobre todo, José Fernández Montesinos. En 1914 nació la *Revista de Filología Española* donde además de publicar artículos su director, también lo hacían sus colaboradores, ya convertidos en profesores reconocidos, así como importantes filólogos extranjeros. Según Navarro Tomás, Miguel de Unamuno fue el primero que se suscribió a la revista¹²⁵. En las Publicaciones de la *Revista de Filología Española* apareció, por ejemplo, el *Manual de pronunciación española* de Navarro Tomás, en 1919. El primer tomo que se publicó en esa colección fue la *Introducción a la lingüística románica*, de Meyer-Lübke, que tradujo y anotó Américo Castro. El Laboratorio de Fonética de Tomás Navarro contó, desde el principio, con la ayuda de Samuel Gili Gaya, quien se encargó de dirigir y elaborar *El Tesoro Lexicográfico (1492-1726)*, en donde recopilaba datos y fichas de los diccionarios desde Nebrija hasta el de Autoridades de la Real Academia Española¹²⁶. También era tarea

¹²⁵ «El primer fascículo de la *Revista* apareció pocas semanas antes de que empezara la guerra europea. La primera suscripción que recibimos fue la de don Miguel de Unamuno». Navarro Tomás: «Don Ramón Menéndez Pidal...», pág. 14

¹²⁶ «Don Samuel empezaba entonces a preparar su *Tesoro Lexicográfico* en una cámara abuhardillada a la que se subía por una estrecha escalera, creo recordar que de caracol. Aquel desván hacía pensar en el recóndito albergue de un alquimista o en el estudio de un pintor bohemio; pero lo que guardaba eran las pilas y pilas de cajas con fichas a las que estaban

colectiva la formación de un nutrido fichero, con vistas a un vocabulario del español medieval. De gran importancia fue, a pesar de que no se pudo finalizar, el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, iniciado a principios de los años treinta.

Si en los primeros años del Centro una de sus misiones más importantes era la de enviar investigadores al extranjero para formarse, en los últimos se convirtió en un lugar de recepción de destacados hispanistas de América y Europa, como Arturo Farinelli, Karl Vossler, Leo Spitzer, Fritz Krüger, Marcel Bataillon¹²⁷, etc.

Durante treinta años largos, la tarea del CEH trocó el paisaje que se encontró al nacer: en los primeros momentos el estudiante español era adiestrado por la Junta para salir a luchar fuera de España, a aprender técnicas, actitudes ante el trabajo, etc. Los últimos años eran exactamente lo contrario. La Junta, el Centro de Estudios Históricos era el lugar a donde venían los extranjeros a aprender. No cabe, en menos tiempo, mayor inversión de trayectoria¹²⁸.

Pero también el Centro quiso extender sus ramas fuera de España y trasladar su entusiasmo y trabajo a otros lugares. De esta forma colaboró en la

adheridas recortes de fotocopias en negativo, sacadas de noventa y tantos diccionarios anteriores al primero de la Academia. Con muy pocos ayudantes, don Samuel transformaba en cosmos el maremágnum de papeletas, fumando, para ayudarse, abundantes cigarrillos de recio tabaco negro». Rafael Lapesa: «Samuel Gili Gaya (1892-1976)» *BRAE*, LVI, 1976, págs. 197-198.

¹²⁷ Uno de estos ilustres visitantes fue el hispanista medievalista francés George Cirlot, quien se hace eco del trabajo que se estaba realizando en el Centro y lo propone como fórmula a imitar en su país, además de defender a la Junta de los ataques que estaba sufriendo en aquellos momentos en el Parlamento español: «La Junta a été attaquée il y a quelques mois en plein Parlement espagnol d'une façon qui prouve assez à quel point elle représente le parti du travail et de l'effort. Je renais précisément peu de temps auparavant de visiter le Centro. J'ai rapporté de cette visite une impression profonde d'admiration pour l'organisation des études dirigées par M. Menéndez Pidal: un véritable séminaire, et en même temps un laboratoire, dont l'organisation pourrait nous servir de modèle en France. Nous voyons les résultats dans les publications qu'il nous promet et qu'on nous apporte. Le moment approche où l'hispanisme consistera, en dehors de l'Espagne, à se tenir au courant des travaux des espagnols», George Cirlot: «À propos d'une édition récente de la Chronique d'Alphonse III», *Bulletin Hispanique*, XXI, janvier-mars 1919, págs. 1-8.

¹²⁸ Alonso Zamora Vicente: «Una ojeada al magisterio de Ramón Menéndez Pidal», en *La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, XVIII-XIX (Homenaje a Menéndez Pidal), enero-marzo de 1971, pág. 159.

organización y creación de instituciones semejantes en otros países. Su influencia la podemos encontrar en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del que fue director Zamora Vicente, anteriormente lo habían sido Américo Castro y, sobre todo, Amado Alonso; en el Centro Hispánico de Nueva York, organizado y dirigido durante más de treinta años por Federico de Onís, bajo el patrocinio de la Columbia University; también la encontramos en el Colegio de México, donde Alfonso Reyes aplicó experiencias y recuerdos de su participación en el Centro de Madrid, donde también estuvo Zamora Vicente en los años sesenta.

2.- ALONSO ZAMORA VICENTE Y EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS. EL ARCHIVO DE LA PALABRA Y EL ALPI

Como hemos ya hemos indicado, Alonso Zamora llegó al Centro en sus albores, y lo hizo de la mano de Tomás Navarro Tomás.

Aquella casa nos era familiar, nos movíamos en ella con soltura. Sabíamos dónde estaba el laboratorio de fonética, y el Archivo de la Palabra, y el Índice Literario, y ya imponía aquel cuarto número 5 con los ficheros, militarmente ordenados, del Tesoro lexicográfico. Y la humilde sala de visitas. Todo nos era familiar¹²⁹.

Navarro Tomás fue el introductor de la modernas concepciones fonéticas, que tanto imperaban en Europa aquellos años, las cuales aplicó al estudio de la lengua española en el *Manual de pronunciación española*¹³⁰. Durante un viaje

¹²⁹ Alonso Zamora Vicente: «Tres firmas de don Ramón Menéndez Pidal» en *BRAE*, tomo XLIX, 1969, pág. 376.

¹³⁰ Tomás Navarro Tomás: *Manual de pronunciación española*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1918.

realizado en 1913 por distintas ciudades europeas, Navarro Tomás regresó a España con una nueva concepción de la fonética.

La fonética —dice en una carta a don Ramón— después de haberse dedicado casi exclusivamente al estudio fisiológico del lenguaje empieza a dar extraordinaria importancia a una naturaleza acústica; los psicólogos, como Krüger y Sievero reclaman materiales sobre el ritmo, melodía, intensidad y sobre todo aquello por donde mejor se trasluzcan en el lenguaje los sentimientos y el carácter de las personas. La fonética puede proporcionar científicamente estos materiales, sobre el uso que hagan de ellos las gentes de fantasía ya es otra cuestión¹³¹.

En dicho viaje, Navarro visita los laboratorios de Hamburgo a cuyo mando se encuentran G. Panconcelli-Caliza; el de Zúrich con Gauchat, el de París donde se encuentra Guilliéron y Rousselot, el de Montpellier con Graummont; W. Weiter, en Malburg y E. Siervers, en Leipzig. En todos estos laboratorios se va haciendo una idea de cómo va a ser el del Centro¹³² y de los aparatos que necesita para crearlo.

Querido don Ramón: Envío a usted la lista de los aparatos y herramientas que más falta nos harán en nuestro laboratorio. Con ellos y con lo que ya tenemos cogeremos tres puntos principales del lenguaje: la articulación, la cantidad y la entonación musical¹³³.

Situado en el segundo piso del edificio de la calle Medinaceli, el laboratorio se fue llenando, poco a poco, de modernos instrumentos que su director tanto

¹³¹ Carta de Navarro Tomás desde Hamburgo, 12 de octubre de 1913 a Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

¹³² «El Laboratorio —le escribe a don Ramón desde Hamburgo— me ha dejado admirado; hay en él todo lo que se puede desear, todos los aparatos de física, de medicina y puramente de fonética que suelen emplearse en este estudio. La instalación de muebles, electricidad, gas, agua, etc., está hecha con un gran sentido práctico y además con una riqueza casi suntuosa». Carta de 4 de agosto de 1913. Archivo Menéndez Pidal.

¹³³ *Ibidem*.

había admirado en los de las ciudades alemanas¹³⁴ (quimógrafos, palatógrafos, policromógrafos, gramófonos, dispositivos de grabación y reproducción, entre otros) que le sirvieron para preparar a futuros dialectólogos¹³⁵, quienes después le ayudarán en la realización de sus grandes proyectos, como eran el Archivo de la Palabra y el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica.

En el segundo piso está el Laboratorio de fonética. En aquel hueco del Centro, convertido casi en familiar refugio, entre los quimógrafos, el gramófono, los estantes con los discos del Archivo de la Palabra y el material creciente del Atlas lingüístico de la Península, se estrenó mi trato con Tomás Navarro¹³⁶.

La idea del Archivo de la Palabra surgió de Ramón Menéndez Pidal, quien ya había grabado canciones y romances en distintas provincias de la península. El Ministerio de Instrucción Pública, cuyo ministro en ese momento era Elías Tormo, encargó al Centro de Estudios Históricos, por medio de una disposición de 19 de noviembre de 1930, la organización del Archivo de la Palabra, para lo cual le otorgó una subvención. El Archivo se encargaba de reunir «materiales sonoros que proporcionen información escogida y auténtica sobre lenguaje y cantos populares de cualquier país, si bien por el momento dedicará principalmente su esfuerzo a coleccionar sistemáticamente testimonios relativos a la cultura hispánica»¹³⁷. Su intención era recoger la lengua española literaria o correcta, tanto en su uso corriente como en sus manifestaciones artísticas; los idiomas o

¹³⁴ «Lo más caro será un aparato recién inventado para medir el acento musical, que significa y perfecciona notablemente el método seguido hasta aquí; cuesta 350 marcos, unas 500 pesetas ¿será demasiado? ¡en este laboratorio tienen ya cuatro ejemplares!» le escribe Navarro Tomás a Ramón Menéndez Pidal desde Hamburgo el 11 de septiembre de 1913. Archivo Menéndez Pidal.

¹³⁵ «El director del Laboratorio de Fonética Experimental del Centro de Estudios Históricos, D. T. Navarro Tomás, ha inaugurado en dicho Centro, en el presente año escolar de 1929-1930, un curso preparatorio de investigación dialectal, con orientaciones bibliográficas, ejercicios de transcripción y prácticas de laboratorio, al que asiste un grupo de estudiantes graduados españoles y extranjeros.» *Revista de Filología Española*, XVII, 1930, pág. 112.

¹³⁶ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», pág. 414.

¹³⁷ Tomás Navarro, Tomás: *Archivo de la palabra*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1932.

dialectos hablados en la Península y en demás países hispánicos; los testimonios de personalidades ilustres; y las canciones, melodías y ritmos populares y tradicionales. Navarro Tomás cuenta en una carta en qué consiste el proyecto a Amado Alonso, por si le interesa ponerlo en práctica en el Instituto de Filología de Buenos Aires:

Además quiero anunciarle el envío de la primera serie de discos hechos por el Archivo de la Palabra del Centro, una idea que tenía en la cabeza hace tiempo y que empieza a ser realidad. Con esos discos empieza la serie de discos sobre personalidades notables. Después continuarán otros de esa misma serie con Machado, Benavente, Ortega, Marquina, etc. Estamos preparando también las primeras impresiones de las series de dialectos y canciones populares¹³⁸.

La dirección de los trabajos de recopilación de materiales lingüísticos y folklóricos del Archivo la ejercían Navarro Tomás y Martínez Torner, y contaban con la colaboración en las tareas de clasificación y catalogación de Rodríguez Castellano y Vallelado. La recopilación de materiales se hizo mediante la compra de discos y el intercambio con otros archivos extranjeros, como la Academia de Ciencias de Praga; o a personas particulares, fue el caso de doña Antonia Sáez, de Puerto Rico, y del profesor Kalmi Baruj, de Sarajevo; también compraron el material a la Compañía del Gramófono. Federico de Onís, desde Nueva York, además de regalar al Centro un aparato para la inscripción directa de discos gramofónicos, también depositó una extensa colección de canciones populares recogidas por el profesor Kurt Schindler en varias provincias de Castilla y de Extremadura. De tal forma que en 1934, según recoge la memoria de la Junta para la Ampliación de Estudios, la última editada, el Archivo de la Palabra contaba, con los siguientes materiales: 938 adquiridos en el mercado, 175 depositados por Schindler y 29 editados por el propio Archivo.

¹³⁸ Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso; Madrid, 4 de mayo de 1932. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

El Centro no contaba con los aparatos adecuados para la realización de las grabaciones de personalidades ilustres del país. Por eso se contrataron los servicios de una empresa de San Sebastián, Columbia Gramophon Company, para que con sus instrumentos llevara a cabo el trabajo. Se instalaron en el Centro en diciembre de 1931 y comenzaron a realizar las grabaciones. Una labor importante en la instalación y manejo de los aparatos la desempeñó, de forma desinteresada, Gonzalo Menéndez Pidal, hijo de don Ramón. Entre 1932 y 1933, se grabó la voz de Azorín, Juan Ramón Jiménez, Pío Baroja, Menéndez Pidal, Ramón y Cajal (al cual, debido a su estado de salud, hubo que trasladar los aparatos hasta su casa para grabarlo), Miguel de Unamuno, Alcalá Zamora, Manuel B. Cossío, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero y Ramón del Valle Inclán. Posteriormente se hicieron las grabaciones de Palacio Valdés, Concha Espina, Benavente, José Ortega y Gasset, Miguel Asín, Torres Quevedo y Fernando de los Ríos.

El joven Alonso asistía a aquellas grabaciones asustado ante tan grandes personalidades de la cultura que se ofrecieron para grabar su voz. No realizaba una labor importante; ayudaba en lo que podía y le ordenaban: traer un vaso de agua para que no se atragantara la persona que iba a leer o procurar que no entrara nadie en la sala cuando se estaba grabando.

El estudiante de entonces, que, callado y casi pasmado, asistía a las grabaciones, tan imponentes y transcendentales, llegaba a participar de los innumerables temores de la persona que hablaba para el viento. Caso especialísimo fue el de Unamuno, que se negó en redondo a oírse. En su discurso, uno de aquellos discos frágiles, de muy corta duración, se oían perfectamente las vacilaciones que la emoción le producía, se perciben demasiado cercanas las quejas del cuadernillo estrujado una y otra vez, cuadernillo que leyó¹³⁹.

¹³⁹ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», pág. 422. «Pues bien, en aquel laboratorio, pobretón e inolvidable, el estudiante de entonces, pasmado ante la presencia de los "grandes" asistía a las grabaciones que la Casa Columbia hacía para el Centro. Sería muy gracioso,

En aquellas tardes pasadas en el Laboratorio de Fonética, ayudó a Navarro Tomás a clasificar el material que le mandaban los colaboradores del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI). Allí don Tomás recibía el material, le daba uniformidad, suplía los posibles defectos de transcripción y revisaba los cuestionarios¹⁴⁰.

Con el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* se pretendía crear para las lenguas iberorrománicas lo que para las galorrománicas era el *Atlas Linguistique de la France* de Gilliéron y Edmont, aunque el modelo a seguir, sobre todo en lo que a léxico se refiere, fue el *Atlas ítalo-suizo* de Jaberg y Jud. A finales de la década de los años veinte, Menéndez Pidal encargó el proyecto a Navarro Tomás. Él era la persona adecuada para llevar a cabo el trabajo, ya que además de dirigir el Laboratorio de Fonética, donde estudiaba la fonética experimental, también se dedicó al estudio de la fonética geográfica, estudiando sobre el terreno los hechos fonéticos diferenciadores, creando así fronteras, isoglosas, áreas de influencia cultural, histórica, social, etc., que eran las auténticas causantes de la división dialectal de la península. Navarro elaboró las directrices del proyecto, dispuso los cuestionarios para las encuestas, eligió los puntos que habían de visitarse —unos 500—, estableció las normas de transcripción y formó su equipo de colaboradores. Para realizar las encuestas se eligió a personal preparado, naturales de la zona y a los que se les otorgó una uniformidad metódica estricta. Se dividió la península en tres zonas lingüísticas, cada una de ellas estudiada por un equipo formado por

recordar aquí las peripecias de las grabaciones primeras, con su clima de brujería y portento pasmoso. Quizá la más divertida fue la de Valle Inclán: recitó su trozo de *Sonata de otoño*, con tanto calor, con tales inflexiones de voz, que el ingeniero encargado salió espantado a ver qué le pasaba al sujeto si había súbitamente enfermado o si era el artificio el que sufría de una alteración al borde del terremoto. Juan Ramón grabó con tino y sabia colaboración. Diciembre de 1931. Lo hizo, para los técnicos de entonces, muy bien. Hasta tal punto que no se rectificó un ligero desajuste en la lectura del poema.» Alonso Zamora Vicente: «Lección inaugural...», pág. 8.

¹⁴⁰ Tomás Navarro, Tomás: «Noticia histórica del ALPI» en *Capítulos de geografía lingüística de la Península Ibérica*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1975, págs. 9-21.

dos personas: la castellana con Lorenzo Rodríguez Castellanos, Aurelio Macedonio Espinosa (hijo), la catalano-valenciana con Manuel Sanchis Guarner, Francisco de Borja Moll, y la gallego-portuguesa con Aníbal Otero y Rodrigo de Sá Nogueira, quien fue sustituido por Armando Nobre de Gusmao y L. F. Lindley Cintra, sucesivamente, debido a su enfermedad. Uno de los miembros del grupo se encargaba de la fonética y el otro del léxico. Como apenas disponían de instrumentos fonéticos –en algunos casos utilizaban un quimógrafo– la gran mayoría de las transcripciones se hacían de oído. Se desplazaban en burros, excepto los encuestadores de la zona castellana, que al ser la más amplia disponían de un coche Ford de segunda mano, que costó al Centro 5.750 pesetas¹⁴¹. La encuestas se iniciaron en 1931 y a mediados de 1936 ya estaba explorada la mayor parte de la Península, así como Baleares, únicamente faltaba el norte de Gerona y del Rosellón, y Portugal.

El estallido de la guerra supuso la paralización del proyecto. Navarro Tomás, para evitar que se perdiera, trasladó todo el material a Valencia¹⁴², en el invierno de 1937, y posteriormente a Barcelona. Finalizada la contienda se lo llevó a París y después a Nueva York, a la Columbia University, donde fue contratado como profesor¹⁴³.

¹⁴¹ «Yo recordaba la admiración con que en la puerta del Centro de Estudios Históricos, rodeábamos el automóvil (todo el mundo decía *automóvil*, y con mayúsculas: habría sido desacato decir *auto* a secas) que se había adquirido, de segunda mano, como los manuales de *Gramática histórica*, y que había costado creo que unas dos mil pesetas. Se ve que no le analizaron los colaboradores del *Atlas* los sonidos con el cuidado exigible, ya que más de una vez les dejó tirados en aquellas carreteras polvorientas de la meseta, sin la menor consideración.» Alonso Zamora Vicente: «Un día extremeño...», págs. 198-199.

¹⁴² «Los cuadernos —le escribe Navarro Tomás a Menéndez Pidal» del *Atlas* me los trajo el 5º Regimiento», 21 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal.

¹⁴³ Durante mi estancia en los Estados Unidos, me acerqué a Columbia University, en Nueva York, y en su archivo encontré el siguiente documento sobre la llegada de don Tomás a dicha Universidad: «The University takes pleasure in announcing that Professor Tomás Navarro Tomás, of the University of Madrid, has been appointed Visiting Professor of Spanish for the Spring Session 1938-1939. Dr. Navarro Tomás is well known to all the students of Spanish as the leading authority in Spanish Phonetics and in all problems related to the study and the teaching of the Spanish language. He is member of the Spanish Academy, professor in the Centro de Estudios

Respecto al Atlas le notifico que todos los materiales están desde hace unos días en mi poder, en nueva York. Los dejé en Barcelona confiados a un amigo y, con audacia, ingenio y buena fortuna estos voluminosos materiales han podido llegar a reunirse conmigo. Está completo todo lo referente a las provincias castellanas. Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Asturias, Navarra, Álava, Aragón, Murcia, Andalucía, Extremadura y León. También todo lo de las provincias gallegas. De Valencia y Cataluña faltaba por hacer como una cuarta parte. De Portugal sólo se habían hecho once lugares cuando estalló la guerra. Creo que no será difícil completar lo poco que falta para poder empezar la publicación de una obra que desde la convulsión que España ha sufrido ofrece ya un valor de documentación histórica¹⁴⁴.

Allí permanecieron hasta que, en 1950, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se ofreció a completar las encuestas que faltaban y publicar la obra. Para ello, Rodríguez Castellanos y Sanchis Guarner, enviados por el Consejo, se trasladaron a Nueva York, donde Navarro Tomás les entregó los materiales del *ALPI*. De nuevo en España, el CSIC, bajo la dirección de Rafael de Balbín, se encargó de continuar y de editar la obra¹⁴⁵. Hasta el momento sólo se ha publicado el primer volumen, que apareció anónimo en 1962¹⁴⁶. Las razones por las que la obra no ha tenido continuación nunca se han sabido. Siempre se han apuntado a las de tipo económico, como dice el propio Navarro Tomás:

A finales de junio le dirigí a Sanchis Guarner una carta certificada, de la cual envié a usted copia, sobre la devolución al Consejo de los materiales del *ALPI*. Como era de

Hispanics of Madrid, Director of the Biblioteca Nacional, and author of *Manual de Pronunciación Española*, *Atlas Lingüístico de España*, etc. Professor Navarro Tomás will give the following course: Spanish 162: Spanish Phonetic. 3 Points Spring Session. Tuesday and Thursday 4.10-5. A general introductory course. Spanish 308: Studies in the Spanish language. 3 points Spring Session. Wednesday 3.10-5. A research course».

¹⁴⁴ Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso. Columbia University, 1939. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

¹⁴⁵ *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962.

¹⁴⁶ Para la historia del *ALPI*, véase Mario Pedrazuela Fuentes: «Nuevos documentos para la historia del *ALPI*» en *Revista de Filología Española*, LXXXV, 2005, págs. 271-293.

esperar por la experiencia de otras cartas anteriores, no he tenido contestación. Ni la simpatía ni el respeto han servido para romper el incomprensible silencio de Sanchis. Por lo visto a usted tampoco le escribe. A mi juicio esta ruptura de comunicación con nosotros significa que quiere quedarse con los materiales en su poder. Creo que ha llegado el momento de que el Consejo intervenga con su autoridad oficial para obligarle a la devolución. Son los cuestionarios de doble cuaderno correspondientes a 527 pueblos. Siempre he pensado que la interrupción de la publicación del *ALPI* obedecía a motivos meramente económicos. Le agradecería que me dijera si ha habido otras razones¹⁴⁷.

La ostentación de la que se había hecho gala en la publicación del primer tomo encareció mucho los precios y dificultó que se pudieran seguir publicando más volúmenes¹⁴⁸. Rafael de Balbín le contesta que fue la falta de dinero la que impidió que se continuara con la publicación del *ALPI*:

Acabo de recibir su carta de fecha de 2 de los corrientes en la que usted se extraña, con motivo, de los silencios de Manuel Sanchis Guarnier. Yo tampoco sé a qué atribuir esta, difícil de explicar, carencia de noticias. Efectivamente, hay dificultades económicas por la inflación que sufrimos en España, pero el silencio de Sanchis Guarnier viene de más lejos, ya va para diez años mi falta de comunicación con él porque incluso muchos mapas del *ALPI* quedaron dibujados enteramente y fueron al Congreso de Filología Románica de Lisboa. Después no he vuelto a saber nada y desde luego hacemos las gestiones pertinentes para que devuelva los originales del

¹⁴⁷ Carta de Navarro Tomas a Rafael de Balbín. Madrid, 2 de octubre de 1974 (Archivo Documental del Centro de Humanidades del CSIC).

¹⁴⁸ En la reseña que hizo al volumen, Diego Catalán se hace eco de esta ostentación y lujo en la edición: «Para los que deseamos ver prontamente concluida la publicación de los materiales del *ALPI*, este lujo resulta extemporáneo. Un Atlas lingüístico es un método de recolección y de presentación de unos datos útiles para el estudio de las modalidades habladas en un área extensa; por tanto, lo esencial es ofrecer en una forma fácilmente manejable la documentación reunida. Como un ilustre colega ha sugerido alguna vez, sería incluso conveniente abandonar la representación cartográfica siempre que la contemplación de los datos sobre un mapa, lejos de facilitar la consulta, la entorpezca: unas listas de resultados ahorrarían, a menudo, tiempo y dinero a los editores y espera y vista a los lingüistas interesados». Diego Catalán: «El *ALPI* y la estructuración dialectal de los dominios lingüísticos de la Íbero-romania», en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*, 201, 1964, págs. 307-311. Recogido después en el libro *El español. Orígenes de su diversidad*, Madrid, Paraninfo: 1989, págs. 233-138.

ALPI que están en su poder y que podrían perderse si la falta de contacto con Sanchis Guarnier continúa. Yo creo que la gestión será eficaz porque tenemos la dirección de Valencia y sus cartas no nos han sido devueltas. Tengo que lamentar también que las publicaciones del Consejo vayan muy retrasadas porque el papel ha doblado su precio y se acerca mucho el coste de los trabajos tipográficos, al doble que hace unos años suponía¹⁴⁹.

Zamora Vicente apunta a otras razones de muy diverso origen, que pueden ir desde algunas evidentes, como la guerra, a otras que se nos escapan:

El *Atlas*, obra magna en su tiempo, que aprovechaba hasta donde podía las experiencias de los existentes, quedó detenido casi en ademán, por las razones que nos son conocidas, razones de muy diverso origen¹⁵⁰.

Después de tantos años resulta difícil conocer las causas por las que un proyecto tan importante para la filología española se encuentra parado¹⁵¹. Como dice Alonso Zamora, por el bien de la filología, debemos aclarar qué sucedió para que un trabajo tan completo como el del *ALPI* se encuentre todavía sin editar.

Si los avatares de toda índole que han impedido al *Atlas* peninsular salir a su debido tiempo a ganarse la vida en el paisaje lingüístico no son tenidos en cuenta al enjuiciar esta obra colosal, seremos siempre injustos. Por debajo del enorme hiato que existe entre la recolección de los materiales y su publicación, corre un inmenso río de sangre

¹⁴⁹ Carta de Rafael de Balbín a Navarro Tomas. Madrid: 9 de octubre de 1974 (Archivo Documental del Centro de Humanidades del CSIC).

¹⁵⁰ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», págs. 419-420.

¹⁵¹ Recientemente el profesor David Heap se ha propuesto recuperar los datos del *ALPI* para editarlos en Internet. También trató el tema de la paralización del *ALPI* en «Segunda noticia histórica del *ALPI* (a los cuarenta años de la publicación de su primer tomo)» en la *Revista de Filología Española*, LXXXII, 2002, págs. 5-19. También se puede ver el artículo de José Ignacio Pérez Pascual: «Notas sobre el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*», en *Lengua y discurso. Estudios dedicados al profesor Vidal Lamíquez*, Madrid: Arco Libros, 1999.

y desencanto, mucho más presente y digno de ser tenido en cuenta que las mudanzas de las teorías científicas o de las personales actitudes¹⁵².

Cuando apareció el primer tomo del *Atlas*, en 1962, Navarro Tomás escribió a Zamora Vicente, que acababa de publicar su *Dialectología española*, para que fuera él el encargado de realizar la reseña a esa obra.

Al acusar recibo del ejemplar que me han enviado del primer volumen del *Atlas*, he dicho a Balbín que usted es, a mi juicio, la persona más indicada para hacer la reseña de esa publicación, como demuestra el conjunto de problemas que usted comenta en su *Dialectología*. Me alegraría que esta indicación fuera de alguna eficacia¹⁵³.

Las indicaciones de Navarro Tomás no tuvieron sus frutos, ya que Zamora no llegó a realizar la reseña en la *Revista de Filología*. En esa misma carta, Navarro se alegraba de la aparición del primer volumen y de la importancia que iba a tener para la filología:

El volumen es impresionante; tiene una presentación espléndida. Es admirable testimonio de lo que podrá ser la obra completa: una mina inagotable para artículos y monografías filológicas. Esperemos que los tomos sucesivos no tarden tanto en aparecer como el primero¹⁵⁴.

Al poco de que apareciera el libro, el matrimonio Zamora-Canellada se encuentra enseñando por algunas de las universidades de la costa este de los

¹⁵² Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás, fonetista, dialectólogo» *Revista de estudios hispánicos*, Universidad de Puerto Rico, núm. 1-2, 1971, págs. 137-140.

¹⁵³ Carta de Tomás Navarro Tomás dirigida a Alonso Zamora Vicente el 25 de mayo de 1962. Archivo Zamora Vicente. «Ha recibido hace poco un ejemplar del primer tomo del ALPI, lo que le sirve para recodar anécdotas de los colaboradores, los rasgos peculiares de cada uno, no dice nada sobre la tímida y casi compromisaria aparición de su nombre en los preliminares del tomo». Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», pág. 430.

¹⁵⁴ *Ibidem*.

Estados Unidos y se acerca en alguna ocasión a visitar al maestro. En una de ellas, Navarro Tomás acababa de recibir el ejemplar del primer tomo del ALPI.

Por uno de esos azares que constituyen la urdimbre del vivir, estuve con Navarro Tomás, el auténtico autor del ALPI, cuando terminaba de recibir el primer tomo de la obra (y, último, al parecer, esclavo de no sé qué conjuros). Fue allá, en el rincón de Northampton, Massachussetts, donde su hija mayor era directora del departamento hispánico de un famoso college femenino. Don Tomás miraba el libro, disfrutaba acariciándolo, le daba vueltas y más vueltas, recordaba a los colaboradores (de muchos no había vuelto a tener noticias, y quizá no las tendría ya nunca), desenterraba fechas, nombres, situaciones, tantas y tantas apoyaturas de la pequeña historia de un trabajo arduo y en equipo, experiencia acumulada y vuelta a sacar del olvido. No sé hasta qué punto se autojustificaba o intentaba hacerlo, para dar por bueno que su nombre, el suyo, el del orientador y director de la empresa, no estuviera puesto donde debía estar¹⁵⁵.

3.- ÍNDICE LITERARIO Y MARÍA JOSEFA CANELLADA

Al mismo tiempo que las encuestas del ALPI avanzaban, el Centro de Estudios Históricos inauguró, en marzo de 1932, una nueva sección dedicada a la literatura contemporánea, al frente de la cual estaba Pedro Salinas.

El Centro ha mejorado en este presupuesto y ha creado varias secciones nuevas, una de literatura contemporánea que regirá Salinas y que desde este mismo mes va a publicar un Boletín mensual de literatura contemporánea con reseñas de últimos libros aparecidos¹⁵⁶.

¹⁵⁵ Alonso Zamora Vicente: «Presentación del Atlas Lingüístico Galego», diciembre de 1990.

¹⁵⁶ Le informa Navarro Tomás a Amado Alonso en una carta fechada el 4 de mayo de 1932. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

Como dice Navarro Tomás, en esta sección se publicaba una revista, *Índice Literario. Archivo de la Literatura Contemporánea*. La revista se creó en 1932 y, además de contar con Salinas como director, en ella también colaboraba Guillermo de Torre, y de forma esporádica José María Quiroga y María Galvarriato, cuñada de Dámaso Alonso, como redactores. Con esta revista se pretendía publicar diez cuadernos al año para informar «sobre la producción literaria española contemporánea, dando reseñas o análisis sumarios de los libros de reciente aparición»¹⁵⁷. Una de las personas encargadas de realizar dichas reseñas fue María Josefa Canellada, que se sumó al equipo de redactores en 1934, gracias una beca que le otorgó el Centro¹⁵⁸. La revista estaba encabezada por un artículo que trataba la situación en la que se encontraba la literatura en aquel momento. Después aparecían reseñas de las novelas, los ensayos y los libros de poesía publicados recientemente. Además se incluía un apartado sobre literatura histórica, donde se recogían las últimas publicaciones que llegaban a las librerías. También se publicaba un índice de los trabajos literarios de los autores españoles contenidos en las revistas más importantes de España.

4.- EL FINAL DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Los años dorados de la Junta para la Ampliación de Estudios y del Centro de Estudios Históricos llegaron a su fin con la guerra civil, al igual que muchos y buenos proyectos que existían en España en aquel momento. Don Santiago Ramón y Cajal, como si quisiera adelantarse a lo que iba a suceder poco después, moría en 1934, y fue sustituido en la presidencia de la Junta por Ignacio Bolívar, director del Museo de Ciencias Naturales. En agosto de 1936 fue confirmado en el

¹⁵⁷ *Archivos de Literatura Contemporánea. Índice Literario*, Año I, núm. I, junio de 1932.

¹⁵⁸ «María Josefa Canellada [...]. Desde la época estudiantil trabajaba en la pulcra y responsable labor anónima del *Índice Literario* del Centro de Estudios Históricos, revista que orientaba Pedro Salinas», María Rosa Alonso: *Pulso del tiempo...*, pág. 262.

puesto de presidente, con Tomás Navarro Tomás como secretario. Se renovó también a los vocales: algunos fueron expulsados (Amalio Gimeno, Juan de la Cierva, Casares Gil, entre otros) y otros se mantuvieron de forma más testimonial que real. En septiembre se invalidan todas las pensiones al extranjero y se da un plazo de quince días para que regresen a España los pensionados. Con el traslado del Gobierno republicano y de los intelectuales a Valencia, en noviembre de 1936, la Junta también se marcha a la ciudad levantina y allí se crea una comisión provincial para continuar su labor. Esta comisión está presidida por Manuel Márquez; con Moreno Villa y Victoriano Macho como vocales, y Luis Álvarez de Santullano como secretario.

Querido don Ramón —le escribe Navarro Tomás—: Desde hace varias semanas me encuentro en Valencia con mi mujer y mis hijas. Vivo en la residencia que el Ministerio ha improvisado para los intelectuales evacuados de Madrid. Nos encontramos bien y satisfechos dentro de las grandes preocupaciones que cada uno lleva dentro. El Ministerio y especialmente Roces [Wenceslao] tiene toda clase de atenciones con nosotros, procurando rodearnos de facilidades para trabajar y hasta de cuidados familiares [...]. Me ocupo mucho de llevar adelante los asuntos de la Junta procurando que no se extingan los trabajos que puedan continuar y que no queden abandonadas las gentes que han sido útiles y pueden volver a serlo. El Ministerio muestra decidido interés en mantener nuestras actividades. Como yo solo no podía autorizar ciertas resoluciones propuse la formación de una comisión interina con elementos que se encontrasen en Valencia. El Ministerio aprobó la propuesta designando para presidente al Dr. Márquez y para vocales a Moreno Villa y Victoriano Macho [...]. Para ayudarme en la secretaría de la Junta están aquí Fernández y uno de sus auxiliares. También está Santullano, pero lo han agragado a la inspección de escuelas y ha cesado como vicesecretario¹⁵⁹.

¹⁵⁹ Carta de Navarro Tomás a Menéndez Pidal; Valencia, 19 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, págs. 186-187.

El Centro de Estudios Históricos continuó con su labor en los locales de la Casa de la Cultura. Desde allí, orientaron sus actividades culturales hacia la formación intelectual de los soldados. Una de esas actividades era la edición de pequeños manuales, que después se repartían por las trincheras con el fin de que los soldados, muchos de ellos en edad universitaria, no perdieran sus años de estudio. Rafael Lapesa hizo, por encargo de Navarro Tomás, un manual de Historia de la Lengua.

No he dejado de la mano la *Crestomatía* —le informa a Menéndez Pidal—. Terminé el estudio de la época de *Mío Cid*, aunque necesito ver documentos de Aragón, Occidente de León y, si los hay, de Segovia y Ávila. Después lo he suspendido, pues me encargó Navarro un manualito de Historia de la Lengua, nominalmente para obreros y campesinos, aunque en realidad me figuro que la materia no es demasiado apropiada para ese fin y me daría por contento con que sirviera para maestros y bachilleres, aunque procuro hacerlo asequible a mentalidades despiertas, como las de tantos obreros inteligentes y con afán de cultura como hay¹⁶⁰.

En enero de 1937 se celebró una sesión de la Junta en la cual se acordó continuar los trabajos científicos que estaban en preparación; y dentro de ellos se daba mayor importancia a aquellos que pudieran tener una aplicación directa o indirecta a las necesidades de la guerra. Gracias al apoyo del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes se siguieron publicando algunas de las revistas científicas. A pesar de este ritmo de trabajo y del ambiente de normalidad que se quería transmitir en el desarrollo diario de los trabajos de la Junta, muchos de sus miembros se ausentaron de sus puestos y dejaron de cumplir con sus responsabilidades; por ello, desde el ministerio, se les aplicó el artículo 171 de la Ley de Instrucción Pública, por el que se les desposeía de sus cargos por

¹⁶⁰ Carta de Rafael Lapesa a Ramón Menéndez Pidal; Madrid, 19 de mayo de 1937. Archivo Menéndez Pidal. Copiada en Diego Catalán: *El archivo...*, págs. 187-188.

ausentarse de sus lugares de trabajo¹⁶¹. Cuando el avance de las tropas sublevadas era ya difícil de parar, los miembros de la Junta, junto con el Gobierno de la República, se instalaron en Barcelona¹⁶².

¹⁶¹ A Ramón Menéndez Pidal, el telegrama informándole de la reincorporación a su cargo se lo hizo llegar Fernando de los Ríos, embajador de España en los Estados Unidos: «El subsecretario de Instrucción Pública me remite el siguiente telegrama que le remito: Habiendo continuado el Centro de Estudios Históricos la obra que venía realizando, el señor ministro de Instrucción Pública ha dispuesto que el señor Ramón Menéndez Pidal se reintegre a su puesto de director de dicho Centro en el plazo de un mes incurriendo de otra suerte en la penalidad señalada en el artículo 171 de la Ley de Instrucción Pública referente a los funcionarios que abandonan voluntariamente su destino. Firmado Grial». Telegrama de 8 de diciembre de 1937, al que contesta don Ramón, el 11 del mismo mes: «Excmo. Sr. don Fernando de los Ríos. Mi ilustre amigo: recibo el telegrama del subsecretario de Instrucción Pública disponiendo me reintegre al puesto de director del Centro de Estudios Históricos. Habiendo contraído compromiso con esta universidad [Columbia University] no me es posible hacerme cargo de la referida dirección». Archivo Menéndez Pidal.

¹⁶² Para el final de la Junta para la Ampliación de Estudios, véase: José Manuel Sánchez Ron: «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después» en 1907-1987. *La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989. También, del mismo autor, *Miguel Catalán. Su obra y su mundo*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal y CSIC, 1994, págs. 313-317.

III.-LAS MISIONES PEDAGÓGICAS

Los alumnos de aquella Facultad de Filosofía y Letras no se limitaban a estudiar una carrera, sino que participaban en todo el ambiente cultural que se despertaba con la llegada de la República. Además de acudir al Centro, muchos de ellos también colaboraron en la Misiones Pedagógicas como podían, ya fuese ayudando a trasladar las reproducciones de los famosos cuadros que llevaban a los pueblos o formando parte del grupo de teatro y coro. A este último se apuntó Zamora Vicente, gracias a Dolores Noguer¹⁶³, una compañera de la Facultad que era colaboradora asidua de las Misiones.

En pueblos preciosos de la mitad norte, donde la gente nos ayudaba a instalar los cuadros en los soportales de la Plaza Mayor (¡hasta en el calabozo del Ayuntamiento!) las mujeres que traían sus colchas de colorines, testigos de viejos ajuares, canturreaban cuplés y pasodobles toreros. No es menester ser acreditado profeta para saber que, después de oír aquellas ligeras charlas sobre Las Lanzas y las guerras de Flandes, o sobre la francesada y los cuadros de Goya, escondieran su habla en el rincón del sonrojo, al no saber repetir lo que acababan de oír¹⁶⁴.

El Patronato de las Misiones Pedagógicas, presidido por Manuel Bartolomé de Cossío, fue creado por Decreto de 29 de mayo de 1931. El Ministerio de Instrucción Pública le encargaba al Patronato, en el preámbulo, «llevar a las gentes, con preferencia a las que habitan en las localidades rurales, el aliento del progreso y de los medios de participar en él, en sus estímulos morales y en los ejemplos del avance universal, de modo que los pueblos todos de España, aun los

¹⁶³ Cela también se acuerda de Dolores Noguer y de su colaboración en las Misiones Pedagógicas: «Dolores Noguer, Dolorines, que formaba en las Misiones Pedagógicas, iban por los pueblos dando consejos y representaciones de obras de teatro dirigidas por Alejandro Casona» Camilo José Cela: *Memorias, entendimientos...*, pág. 118.

¹⁶⁴ Alonso Zamora Vicente: «Discurso pronunciado con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. II, págs. 1163-1169.

apartados, participen en las ventajas y goces nobles reservados hoy a los centros urbanos». La República se proponía combatir el analfabetismo que existía en España, puesto que según reconocía en dicho decreto «los pueblos rurales en todo el ámbito nacional apenas han conocido otra influencia que la obra modesta de la Escuela primaria, lo cual difícilmente podía compensar la ausencia de otros recursos culturales y la presencia de egoísmos y afanes nocivos que mantuvieron al pueblo en la ignorancia», y estaba convencida de que ya había «llegado la hora de que el pueblo se sienta partícipe en los bienes que el Estado tiene en sus manos, y deben llegar a todos por igual, cesando aquel abandono injusto y procurando suscitar los estímulos más elevados»¹⁶⁵.

Para conseguir estos fines, el decreto recogía tres tipos de actuaciones a realizar: el fomento de la cultura general, la orientación pedagógica de las escuelas y la educación ciudadana. Los medios eran escasos, pero poco a poco, la imaginación hizo que surgieran nuevas ideas para acercar la cultura y la educación a aquellos lugares perdidos de la geografía española. Desde un principio se contó con pocos elementos materiales, pero que causaban admiración entre los habitantes de aquellos pueblos, ya que era la primera vez que los veían. Llevaban un proyector de cine con una selecta colección de películas educativas y de recreo: documentales de paisajes, de monumentos, de usos y costumbres, tanto españolas como de otros países; bibliotecas para las escuelas de la comarca visitada; gramófonos con una selección de discos que también se dejan a los maestros de las escuelas. Además se realizaban distintas actividades como lecturas y conferencias sobre la estructura del Estado y sus poderes, audiciones de música coral y de discos seleccionados, exposiciones circulantes de arte, cursos

¹⁶⁵ El Decreto de las Misiones Pedagógicas se publicó en la *Gaceta* del día 30 de mayo de 1931. Sobre las Misiones Pedagógicas puede verse Varios Autores: *Las Misiones Pedagógicas, 1931-1936*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 2006. En la documentación recogida en este libro no aparece el nombre de Alonso Zamora Vicente como uno de los colaboradores en las Misiones Pedagógicas.

para maestros, proyecciones fijas y de cine, excursiones, etc. En años posteriores se sumó también el teatro ambulante y un guiñol.

La primera Misión se realizó en el pueblo segoviano de Ayllón y en su comarca, del 16 al 23 de diciembre de 1931, dirigida por los miembros de la comisión Central, Amparo Cebrián y Enrique Rioja. Con ellos fueron Elena Felipe y Guillermo Fernández, del Instituto Escuela, el abogado Abraham Vázquez, Carlos Velo como miembro de la FUE y el estudiante Antonio Belver.

Las Misiones las formaban misioneros expertos que eran inspectores de primera instancia, acompañados de escritores, pintores, profesores normalistas y profesores del lugar; también iban, como misioneros inexpertos, alumnos de las facultades y escuelas de Madrid. La presencia de los estudiantes universitarios era mayor en el grupo de teatro y en el coro.

La contribución personal, entusiasta y generosa, de una cincuentena de muchachos y muchachas, estudiantes de diversas Escuelas y Facultades, ha permitido la realización plena del proyecto y su continuidad sin lagunas ni desmayos. Coro y teatro forman un todo inseparable. Los estudiantes, actores y cantantes a la vez, flexiblemente disciplinados, no son servidores de una institución de cultura oficial. Tienen el teatro como suyo; intervienen en la elección del repertorio y en el reparto de papeles, representan sin preocupación profesionalista dentro de discretas normas amistosas, arman y desmontan el tablado, colaboran en los detalles de la organización¹⁶⁶.

Alonso Zamora participó en el Teatro y Coro del Pueblo. Dolores Nogués le animó a que hiciera una prueba para entrar en el coro, ya que necesitaban un

¹⁶⁶ Patronato de las Misiones Pedagógicas: *Memorias 1931-1933*, Madrid: 1934, pág. 95.

barítono. Zamora fue a la prueba¹⁶⁷, que se la hizo el director, Martínez Torner, a quien, a pesar de no satisfacerle como barítono, sí le pareció que tenía voz para unirla a la del resto de cantantes. También se unió al grupo de teatro, primero participó como mirón o ayudante en los montajes, sin llegar a actuar en la misiones que se hicieron, en 1934, por la zona de Sanabria, en pueblos como San Martín de Castañeda, Ribadelago o Galende, dirigidas por el entonces desconocido inspector de primera enseñanza Alejandro Rodríguez Álvarez, después más conocido como autor teatral con el nombre de Alejandro Casona, que era el director de la compañía teatral. En los años posteriores, 1935 y primeros meses de 1936, ya participó de forma más directa en el teatro y en el coro. De estos años no existen memorias del Patronato donde se recojan las actuaciones de las Misiones Pedagógicas, por lo que tenemos que recurrir a la memoria del propio Zamora para recordar los lugares en los que actuaron y las obras que representaron.

Estuvimos en Fuentidueña de Tajo, en Belmonte de Tajo y en otro pueblo que hay al lado. Había que trabajar mucho para montar el tablado, porque se hacía una representación por la mañana en un pueblo y por la tarde en otro; si el pueblo daba para más se hacían dos. Hicimos una escenificación de la cena de Sancho como gobernador de la ínsula¹⁶⁸, y yo era el médico, no tenía que decir nada, nada más que pasear dando vueltas alrededor de la mesa y cada vez que el pobre Sancho iba a coger algo de los platos, pollo, fruta (las comidas eran de cartón y a fuerza de representaciones estaba todo descascarillado), tenía que decir una frase en latín. Sacan a Sancho perdices escabechadas y yo tenía que dar con mi varita y decir «omnis

¹⁶⁷ «Tuvimos nuestro primer local —recuerda uno de los componentes del coro— para ensayos en el Museo Pedagógico, en la calle Daoíz, donde el maestro Torner formó el Coro, integrado por dos grupos de voces blancas, tiples primeras y segundas, dos de tenores primeros y segundos, uno de barítonos y otro de bajos, y un excepcional solista [...]. Más tarde pasaríamos a la Normal de Maestros en el paseo de la Castellana.» «El Teatro y el Coro del Pueblo en el recuerdo de José Marzoa y Leopoldo Fabra», en Varios Autores: *Las Misiones Pedagógicas, 1931-1936*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 2006, págs. 449-455.

¹⁶⁸ «Uno de nuestros mayores éxitos fue Juicio de Sancho Panza en su ínsula de Barataria», Juan José Plans: *Alejandro Casona. Juego biográfico dividido en una raíz y tres árboles*, Oviedo: Gráficas Summa, págs. 80-85.

saturatio mala, perdices autem pesima». Como a los médicos del tiempo, me pusieron un uniforme de médico: una gran bata con mangas perdidas, flotantes los picos y así tenía que andar dando vueltas a la mesa vigilando para que Sancho ni comiera ni bebiera. La bata aquella, se ve que el muerto había sido mucho más grande que yo, me la pisaba al andar cuando daba la vuelta por el lado del público. Había un pasito muy estrecho entre la mesa y el abismo por lo que a nada que tropezara me caía en medio de la gente. Salió¹⁶⁹.

Aprovechaban los fines de semana para ir a las zonas más próximas a Madrid, y se alejaban de la capital durante las vacaciones de Navidad o Semana Santa. Llegaban al pueblo y montaban el tablado, que transportaban en una furgoneta y era «armado por una docena de muchachos en una media hora»¹⁷⁰. Las obras eran elegidas entre los pasos y entremeses más famosos del repertorio clásico: una *Égloga* de Juan de la Encina; *La carátula*, *El convidado* y *Las aceitunas*, de Lope de Rueda; *Los alcaldes de Daganzo* y *El juez de los divorcios*, de Cervantes y *El dragoncillo*, de Calderón de la Barca. Después se añadieron partes del *Médico a palos* (en versión de Moratín); *Solico en el mundo*, de los hermanos Quintero; y se dramatizaron partes del *Quijote*. Junto con las representaciones teatrales se recitaban canciones populares, cantigas, romances, seguidillas, etc. Por las mañanas actuaban en un pueblo y rápidamente tenían que recoger todo para poder actuar en un pueblo cercano por la tarde.

Las Misiones Pedagógicas estaban consideradas algo más popular y modesto, mientras que La Barraca, dirigida por García Lorca, no estaba muy bien vista por los estudiantes, ya que era cosa de señoritos, algo más elitista. En la misma Facultad había alumnos que participaron en la primera, como Zamora y Noguer, mientras que otros compañeros lo hacían con la segunda, era el caso de Carmen García Lasgoiti. Pequeñas rencillas sin importancia si tenemos en cuenta

¹⁶⁹ Alonso Zamora Vicente: Entrevista a Alonso Zamora Vicente, Madrid: 2002-2004.

¹⁷⁰ Patronato de las Misiones Pedagógicas: *Memorias 1931-1933*, Madrid: 1934, pág. 94.

la importante labor que realizaron tanto una como otra en acercar la cultura a aquellos lugares más abandonados del país¹⁷¹.

Nosotros pretendíamos dar a conocer al pueblo, a los campesinos analfabetos, el teatro. La Barraca, creada por Federico García Lorca, iba a públicos más enterados¹⁷².

¹⁷¹ Cela, con su peculiar lenguaje, se hace eco de esta importante labor: «las Misiones Pedagógicas era más populares que La Barraca, algo más elitista, pero las dos agrupaciones contribuyeron no poco a desasnar al país». Camilo José Cela: *Memorias, entendimientos...*, pág. 119.

¹⁷² Juan José Plans: *Alejandro Casona...*, págs. 80-85.

IV. LA GUERRA CIVIL

1.- LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA

El sábado 18 de julio de 1936, Zamora Vicente se encontraba, junto con dos amigos, en la biblioteca del Centro de Estudios Históricos transcribiendo facsímiles medievales para preparar el examen de licenciatura. Uno de esos amigos era Eduardo Ródenas, director de la revista falangista *Haz*¹⁷³, razón por lo que apareció muerto a los pocos días en El Molar¹⁷⁴. Cuando salieron se encontraron con un par de jóvenes vestidos de soldados que les pidieron la documentación, ellos les enseñaron los carnés de estudiantes y les dejaron continuar su camino. Había estallado la guerra civil, sus suertes, al igual que la de todos los españoles, habían cambiado en aquel instante. Hasta aquel momento la vida de Zamora Vicente tenía un rumbo más o menos definido. Una vez finalizara su carrera iba a ser enviado, dentro del programa de pensiones de la Junta para la Ampliación de Estudios, a una universidad alemana para que completara sus estudios, al tiempo que trabajaría como lector. Pero a partir de aquella tarde su vida iba a dar un giro totalmente insospechado. Iba a cambiar las aulas de la universidad y las salas del Centro por los cuarteles y el campo de batalla.

Un día se cortó aquello, de un tajo fuerte, decidido, sin retroceso. Cuando ha vuelto a asomar la primavera por allá, los chopos que quedaron estrenaron su mejor salmo de

¹⁷³ La relación de Ródenas con el mundo falangista está recogida en el libro de Rafael García Serrano: «Para la lucha y para el amor nuestra Facultad era la mejor de todas. Nuestro SEU era reducido, pero con qué tres nombres: Eduardo Ródenas, José Antonio Pazuela y Alejandro Salazar, y solíamos necesitar ayudas». Rafael García Serrano: *Historia de una esquina*, Madrid: Editorial Nacional, 1961, pág. 157.

¹⁷⁴ Pedro Montoliu: *Madrid en la Guerra Civil. Los protagonistas*. Volumen II, Madrid: Sílex, 1999, pág. 476.

tristeza, heridos en su tronco estirado, encaramados a la busca del fondo de la sierra¹⁷⁵.

Ahora no era el tiempo de preocuparse por la filología, sino que había que sobrevivir y ayudar a los demás¹⁷⁶. La experiencia de estos tres años va a marcar su vida y su obra no tanto por lo perdido (familiares, amigos, instituciones...) y lo que va a encontrar después (un régimen basado en unas ideas que nada tenían que ver con aquellas en las que él se había formado), sino porque le va a provocar una sensibilidad por la gente anónima que sufrió aquella guerra y a los que va a convertir en protagonistas de sus cuentos y novelas.

Durante los meses anteriores se habían producido en Madrid y en toda España continuos altercados y asesinatos que demostraban la inestabilidad política en la que se encontraba el país. El punto culminante de estos asesinatos, (llevados a cabo por los seguidores de Falange, que perdidas las elecciones del mes de febrero radicalizaron sus posturas, y por los de las posiciones más extremas del Frente Popular), fueron los asesinatos del teniente de la guardia de asalto, José Castillo, y del diputado de Renovación Española, José Calvo Sotelo.

¹⁷⁵ Alonso Zamora Vicente: «*Ciudad...*», pág. 134.

¹⁷⁶ «Yo estaba en una Facultad maravillosa, con profesores con los que me entendía perfectamente y que me querían mucho, vamos, todos ellos han sido grandes amigos míos después, y los que viven aún lo siguen siendo, por encima de azares de diferencias y de geografías, y que, de pronto, en la época en que yo estaba mimadito y casi nombrado para irme de profesor a Alemania, a una universidad alemana, se hunde toda la estructura con la sacudida de la Guerra Civil, y nos llegan tres años en los que hay que hacer las cosas más increíbles, más absurdas. La primera, tener que vivir, claro, que ahí es nada, sí, ésa es la gran experiencia de mi existencia. Quiera que no, yo me tropiezo, estoy siempre condicionado para todas mis relaciones, mis opiniones, mis actividades con un fantasma, una voz que me avisa, una cautela, algo que está siempre detrás de mí, que se llama experiencia de la Guerra Civil. Eso es natural, que me ha hecho, pues, valorar, muchas cosas que antes no valoraba y desdeñar otras que antes valoraba. Me ha enseñado, por ejemplo que es mucho más importante la decencia que la ciencia, me ha enseñado que es mucho más importante el acercarse a la gente como la gente es, que no perderme en el maremagnum de las grandes estructuras culturales». H. A. Tenorio: «Entrevista con Alonso Zamora Vicente», en *Suplemento del Caribe*, Barranquilla, Colombia, 13 de agosto de 1978.

A la universidad también llegaron las diferencias ideológicas entre los estudiantes que provocaron algunos altercados que, aunque no fueron tan graves como los que se producían en las calles de la ciudad, sí que proporcionaron algún que otro susto a los profesores y alumnos. Rafael Lapesa, mientras explicaba en una de sus clases, sufrió uno de estos altercados, según recuerda:

Asaltantes de otras facultades entraron en la clase de un profesor ayudante, un modesto profesor ayudante, que era yo, y en vista de que me negaba a dejar la clase como no recibiera orden de mi decano, Morente, empezaron a desvencijar los asientos, y de ese modo impusieron el cese de la clase. Cuando salí, me enteré de que el mismo grupo de asaltantes habían derribado, a la entrada de la Facultad, a nuestro Decano¹⁷⁷.

El domingo 19, el pueblo de Madrid se manifestaba pidiendo armas a sus políticos y, al igual que los primeros días de la República, comenzaron a incendiar iglesias y conventos, ya que decían los republicanos que allí se escondían los seguidores de los sublevados¹⁷⁸ para disparar a la gente. Era lo que se conocía como los «pacos» en referencia a la onomatopeya que producían los rifles que se disparaban en la guerra de África. Una de las que ardió aquel día fue la de San Andrés, en la plaza de Moros. Por aquellos días, el Ayuntamiento estaba renovando el pavimento de la plaza de Moros, el de la Cebada, el de la Carrera de San Francisco y el de la calle de Toledo; se estaba colocando un pavimento a base de adoquín de granito cuadrado. Como había huelga de la construcción, las obras estaban abandonadas. La gente aprovechó aquellos adoquines para lanzarlos contra la iglesia, pero nadie les contestaba desde dentro. Después, la iglesia

¹⁷⁷ Rafael Lapesa Melgar: en «La Universidad», en Varios Autores: *La Universidad*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1969, pág. 33.

¹⁷⁸ Utilizo los términos «sublevados», «franquistas», «blancos», «fascistas» con el mismo valor semántico para referirme al ejército, y a sus seguidores, que se levantó contra el Gobierno de la República, en julio de 1936.

comenzó a arder. Desde los balcones de su casa, en la plaza de la Cebada, Zamora Vicente vio como se perdía una de las mejores cúpulas del barroco español.

En el barrio, Zamora tenía fama de socialista, ya que daba clases en un Centro Instructivo del Obrero del cual su padre había sido uno de los fundadores y que se encontraba en la avenida de San Francisco. Aunque se había educado en un ambiente familiar cristiano y de que su padre había sido militar, estaba muy influido por las ideas, muy cercanas a la República, que dominaban tanto en la Facultad como en el Centro. Gran parte de sus maestros apoyaban la República y algunos habían ocupado algún cargo importante dentro de ella¹⁷⁹. Cuando estalló la guerra había que tomar una postura y lo más sensato, de acuerdo con la forma de pensar, era defender al gobierno legal. Pero al igual que algunos de aquellos profesores, Zamora Vicente también se desengañó de la República debido al comportamiento que tuvieron muchos de sus seguidores los primeros días de la guerra. La quema de iglesias y conventos, con el tesoro artístico que albergaban, y

¹⁷⁹ En una carta de Pedro Salinas a Amado Alonso le explica lo que supuso la llegada de la República para los miembros del Centro de Estudios Históricos: «Sr. don Amado Alonso: ¡Si en efecto triunfamos, ciudadano de ultramar! Yo no sé si lo hemos hecho nosotros o quien, pero el caso es que por arte de birli-birloque somos República. Enseguida ha empezado la dispersión de intelectuales por esas Embajadas, antes de Dios y ahora del diablo. Alguno me parece muy bien que se lo lleven pero a la mayoría no; por ejemplo es sumamente sensible que Américo se vaya a Berlín a pesar de que allí lo hará muy bien. Pero ahora precisamente hacía mucha falta aquí para remover, trastornar y ordenar luego, por primera vez en la Historia pública de España, las cosas culturales y universitarias. Por lo demás todo va bien, la gente está contenta y se gobierna con tino y eficacia. Del peligro de restauración monárquica no hay ni que soñar; del otro, del comunista me parece que tampoco. Aunque existe un estado latente de predisposición social al comunismo en Andalucía, yo creo que si esta gente acude con medidas rápidas y certeras será conjurado inmediatamente. Ya sabe usted que yo no soy fanático de la República, pero de todos modos creo que España tiene ahora. Claro es, que esto aumenta nuestras responsabilidades pero hay que aceptarlas alegre y valerosamente. Por la casa, don Ramón contento pero no participante en la vida pública; Castro entusiasmadísimo y con verdadero fervor republicano. Dámaso sigue reacio por su especial postura de reserva frente a la República. Veremos ahora si nuestros maestros y amigos se deciden aprovechando la coyuntura de dar un buen empuje al Centro. Ya recuerda usted lo que hablamos hace mucho y creo que sería muy oportuna y eficaz una carta de usted a don Ramón indicando su ánimo hacia las grandes reformas con vistas al futuro de esta casa. Hágalo». Madrid, 6 de mayo de 1931. Esta carta la publiqué en la *Revista de Erudición y Crítica*, núm. 1, Madrid, octubre de 2006, págs. 123-124.

los asesinatos de curas y frailes, así como de cualquier sospechoso de apoyar el levantamiento militar, provocó que se apartara de las posiciones más radicales que había en los grupos que formaban el Frente Popular y que se acercaran a las más moderadas, que pudieran controlar esas barbaries que se estaban cometiendo. A esto debemos añadir la relación estrecha que aquellos días tenía con la que iba a ser su futura esposa. María Josefa Canellada había sido educada en un ambiente cristiano estricto basado en el amor al prójimo. Dicha educación la puso en práctica durante la guerra incorporándose a un hospital de sangre como enfermera, para ayudar a los soldados que llegaban heridos del frente. Era una postura muy cercana a la que defendían los que se habían levantado contra el Gobierno, como lo demuestra en una de las cartas que le envió a Alonso durante la guerra y que recoge en su diario:

Hoy cambiamos inquietudes: ¿entrarán? ¿no entrarán? Convinimos en que tenemos que estar forzosamente con los blancos, porque nuestra civilización es cristiana, porque tenemos un pasado, una cultura que es —querámoslo o no— cristiana y de la cual no podemos prescindir. Sería preciso que hubiera una solución de continuidad en la Historia, que se acabara por completo todo y que volviera a aparecer el hombre limpio de todo para poder llegar al Comunismo. Rusia sí lo pudo hacer, porque es una nación nueva, un pueblo reciente¹⁸⁰.

Para María Josefa resultaba muy difícil arrancar de repente, como pretendía la República, la base cristiana en la que se había formado, durante muchos siglos, el pueblo español. Porque esa cultura cristiana (nunca habla de católica, que fue a la que se aferraron los vencedores) estaba arraigada en la gente y quitársela con leyes precipitadas constituyó una de las causas que provocaron el estallido de la guerra. A partir de esos valores cristianos, por paradójico que parezca, era la única forma de llegar a un auténtico comunismo, según ella.

¹⁸⁰ Diario personal de María Josefa Canellada. Familia Zamora Canellada. A partir de ese diario, escribiría después la novela *Penal de Ocaña*.

Estas razones fueron las que le llevaron a apartarse de los comunistas vehementes y afiliarse a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). En aquellos días era imprescindible hacerse con una documentación que permitiera desplazarse libremente por la ciudad, pues cualquier sospecha podía ser la causa de aparecer muerto en algún descampado de las afueras de la ciudad. La CNT tuvo mucha importancia en Barcelona y, sobre todo, en Zaragoza; en Madrid su repercusión fue menor ya que la ciudad estaba dominada por la UGT. En la capital, los otros partidos políticos la acusaban de permitir la afiliación a fascistas, y es cierto que «aquello fue un refugio para mucha gente perdida o trastocada»¹⁸¹ a la que ayudaban a pasar al otro lado; al propio Alonso se lo propusieron. Un gran amigo suyo ocupaba un cargo importante dentro de la CNT y le animó a que se afiliara. Como miembro del sindicato, tuvo que dar clases en un instituto, por la zona de San Blas¹⁸². Los colegios e institutos que se encontraban lejos del frente continuaban su labor. En el que él enseñó estaban los hijos de los evacuados de Extremadura, que habían llegado a Madrid huyendo del ejército sublevado. También Rafael Lapesa tuvo que dar clases en un instituto durante el tiempo que estuvo en Madrid:

Desde fines de mayo estoy dando clase en un instituto de Madrid; hubo que abrir varios en vista de que la vida de la ciudad, no obstante los bombardeos de la artillería, algunos terribles, es normal. En nuestro instituto tenemos 700 chicos; doy clase a 350 con diecinueve horas de clase.

También tuvo que dar algunas charlas en el sindicato, cuya sede se encontraba en la plaza de Colón, concretamente una sobre San Pablo. Dedicaba el tiempo libre que le quedaba a traducir, junto a María Josefa, *Os Luisidas* de Camoes, lo que les ayudaba a olvidar la situación que los rodeaba.

¹⁸¹ Pedro Montoliu: *Madrid en la Guerra Civil...*, pág. 478.

¹⁸² Carta de Rafael Lapesa a Ramón Menéndez Pidal; Madrid, 8 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal.

Traduzco *Os Luísiadas* con Zamora. Voy temprano a su casa, antes de entrar en el hospital. Es un rato de escaparse de la guerra. Porque nos aislamos un poco de todo, pero sin dejar de oír en todo el tiempo los obuses y las explosiones de todos los calibres¹⁸³.

Durante algún tiempo también colaboró con el servicio de salvamento de bibliotecas que dirigía Antonio Rodríguez Moñino. En los últimos días del mes de julio de 1936 se creó la Junta de Incautación y Conservación del Patrimonio Artístico cuya misión era salvar las obras que tuvieran un valor artístico importante y guardarlas en un lugar seguro. De esta forma se salvaron gran cantidad de objetos de enorme valor artístico, que se guardaron en el convento de las Descalzas Reales, en los sótanos de la iglesia de San Francisco el Grande y en la Biblioteca Nacional convertidos en almacenes provisionales. Además de salvarse los cuadros más importantes del Museo del Prado mediante un meticuloso e impagable trabajo para transportar los cuadros a Valencia, primero, protegiéndolos de posibles bombardeos en las Torres de Serranos, y a Suiza, después. Tomás Navarro Tomás¹⁸⁴, presidente de la Comisión Gestora del Cuerpo

¹⁸³ Diario personal de María Josefa Canellada. Familia Zamora Canellada. Unas líneas más abajo escribe sobre el que sería su futuro esposo: «Creo que Zamora es uno de los pocos españoles que se escapan a los “veinte millones de idiotas” que dice Montesinos que formamos España».

¹⁸⁴ Navarro Tomás deja constancia del trabajo que se llevaba a cabo esta comisión en la famosa carta de contestación a la que Miguel Artigas había publicado en el *Heraldo de Aragón* el 5 de junio de 1937: «En un periódico de Zaragoza, el bibliotecario Miguel Artigas, se ha dirigido a los hispanistas del mundo, informándoles de la destrucción que, según él, han sufrido las bibliotecas, archivos y museos de todas las ciudades, villas y aldeas dominadas «por los rojos». En tonos patéticos acusa a los partidarios del Gobierno «rojo» de haber exterminado todas las fuentes históricas y de haber convertido los monumentos artísticos en montones de ruinas. Miguel Artigas no se hallaba en Madrid cuando ocurrió la rebelión militar. Se encontraba en uno de los lugares que cayeron bajo el dominio de Franco y no ha vuelto a tener comunicación con las provincias regidas por el Gobierno de la República ¿Cómo puede informar Artigas de lo que sucede en esta parte de España? ¿Qué testimonios puede alegar en apoyo de sus acusaciones? Están sus palabras tan lejos de la verdad, que no es posible dejarlas sin rectificación. Es lamentable que los hombres de estudio, haciéndose eco de falsedades apasionadas, pongan la autoridad de su nombre y sus relaciones de amistad al servicio de tales propagandas. No era de esperar que Artigas se lanzase tan ligeramente a hacer correr por el extranjero especies que tanto pueden perjudicar al prestigio de nuestro país. El perjuicio de esas injurias no alcanza solamente al adversario a quien se dirigen.

La ausencia de Artigas hizo que tuviera yo que ocupar su puesto al frente de la Biblioteca Nacional. Desde el mes de julio he venido interviniendo personalmente en todos los asuntos referentes a archivos, bibliotecas y museos. Estoy, evidentemente, mejor informado que Artigas, para poder hablar de lo ocurrido en la España leal con relación a esta materia. Los profesores Schevill, Espinosa, Fitz-Gerald, Cortes, Martineche, Thomas y otros a quienes Artigas se dirige, me conocen desde años. Espero que no teman que mis noticias encierren el propósito de ocultar o deformar la realidad. Tan pronto como la rebelión de los militares provocó la resuelta reacción del pueblo, en defensa de la legalidad del Gobierno del Frente Popular, el Ministerio de Instrucción Pública organizó la protección del tesoro artístico histórico y bibliográfico que pudiera encontrarse en centros religiosos o en residencias aristocráticas. Los archivos, bibliotecas y museos públicos no han necesitado ser defendidos. Han sido respetados en todo momento por las masas populares. Nuestros amigos extranjeros pueden estar seguros de que, de parte del pueblo, ningún peligro ha corrido ni el Museo del Prado, ni el Arqueológico, ni los de Osuna y Cerralbo, ni la Biblioteca Nacional, ni la del Palacio, ni, en fin, o de ningún centro de carácter científico o literario. Las Juntas de Protección e Incautación nombradas por el Ministerio y constituidas por archiveros, arqueólogos, profesores, artistas, arquitectos y críticos de arte, han tenido a su cargo especialmente la defensa y salvaguarda de las colecciones artísticas y bibliográficas de instituciones religiosas y palacios particulares. No es cierto que se hayan perdido ni hayan sido reducidas a cenizas, como dice Artigas, los archivos de catedrales e iglesias, ni las bibliotecas, archivos y museos de la nobleza. En intensas y activas jornadas, las juntas referidas auxiliadas espontáneamente por numerosos colaboradores, han recogido de los lugares de peligro enormes cantidades de legajos, libros, cuadros y objetos de arte que se conservan cuidadosamente en los depósitos prevenidos para este objeto. Mujeres y hombres, muchos de ellos compañeros de Artigas en sus trabajos profesionales, han contribuido con su esfuerzo a esta admirable labor, que será apreciada en toda su importancia cuando se conozca el orden con que se ha realizado y la multitud de materiales reunidos. Claro que los pueblos comprendidos en los frentes de lucha, donde las tropas ocuparon de improviso las iglesias, ayuntamientos y casas fuertes, como puntos de defensa, no ha sido posible evitar el perjuicio que hayan podido experimentar los documentos o libros que allí se encontrasen. En otros lugares en que las Juntas no lograron actuar con la rapidez necesaria, han podido ocurrir asimismo, daños lamentables. En todo caso, estos accidentes, sin dejar de ser dolorosos, no justifican el cuadro de desolación con que Artigas ha querido impresionar a nuestros enemigos extranjeros. Los daños más graves sufridos por los monumentos artísticos los ha producido el bombardeo de los aviones facciosos, a cuya cuenta hay que cargar, entre otros estragos, la destrucción del Palacio del Infantado, de Guadalajara, la de la tumba de Cisneros, de Alcalá de Henares, y la del Palacio de Liria, en Madrid. A mediados de noviembre, los ataques asoladores de estos aparatos se dirigieron contra el Museo del Prado y contra la Biblioteca Nacional. Numerosas bombas incendiarias fueron arrojadas sobre ambos edificios. Las precauciones oportunamente adoptadas evitaron la catástrofe que pudo ocasionar un atentado tan desmedido e inaudito que nos parecía increíble si no lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos. Nada queríamos tanto como ser visitados ahora por nuestros amigos hispanistas. Verían el cuidado que la República ha puesto en la defensa de su tesoro artístico, en contraste con la desolación y ruina que los aviones y cañones facciosos producen despiadadamente en monumentos, ciudades, palacios y museos. Verían las heridas que la artillería rebelde está señalando en estos mismos días en los muros de la Biblioteca Nacional, mientras Artigas proclama los fervores culturales del Estado de Franco. Al venir a Madrid no encontrarán saqueados ni empobrecidos los centros de estudio en que solían realizar sus investigaciones. Se sentirán, por el contrario, sorprendidos ante el enriquecimiento y desarrollo que estos centros han experimentado. Grandes colecciones bibliográficas, artísticas y documentales han venido a aumentar sus antiguos fondos. Obras de extremada rareza, manuscritos, inéditos e ignorados, importantes series históricas, cuyo paradero se desconocía,

de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos nombra, por un escrito de 9 de agosto, a Rodríguez Moñino «responsable de todos los asuntos relacionados con documentos y libros antiguos de interés histórico-artístico que se dirimen de la incautación de fondos documentales». Su misión era recuperar, en los palacios y casas particulares incautados por los partidos políticos o por los milicianos, aquellos documentos y libros antiguos que tuvieran un interés histórico artístico. Acompañado de un grupo de colaboradores, o bien precintaba el lugar para que nadie entrara en la biblioteca, o bien cargaban los libros en un camión y los trasladaban a la Biblioteca Nacional. De esta forma se salvaron las bibliotecas de palacios, como la del duque de Medinaceli, del duque de T'Serclaes, del conde de Villadiego; también las de los conventos de los Carmelitas, de los Franciscanos de El Pardo, de las Trinitarias; e incluso bibliotecas particulares que destacaban por la riqueza de los ejemplares que guardaban, era el caso de la del librero Antonio Garañón, la de Heredia Spínola, la del conde de Viñaza, la de Lázaro Galdiano, o la de Agustín González de Amezúa, entre otras. Sobre todas las salvadas destaca la de El Escorial¹⁸⁵. Zamora Vicente colaboró durante algún tiempo trasladando libros de bibliotecas particulares a la Biblioteca Nacional, pero rápidamente lo dejó porque «aquello olía a improvisación»¹⁸⁶. Finalizada la guerra, Rodríguez Moñino tuvo que hacer frente a un proceso en el que se le acusaba de la desaparición de dos códices de Bernal Díaz del Castillo, propiedad del Centro de Estudios Históricos y de la incautación de bibliotecas particulares.

archivos inexplorados de antiguos conventos y casas nobiliarias, han salido de su encierro para ofrecerse a la atención de los estudiosos. No son cenizas ni escombros lo que los hispanistas necesitarán estudiar, sino abundantes materiales vírgenes que no han tenido nunca ante la vista». «A message To American Teachers of Spanish» From Tomás Navarro Tomás. Published by Spanish Information Bureau. 110 East, 42nd Street, New York, 1937.

¹⁸⁵ Rafael Rodríguez-Moñino Soriano: *La vida y obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño don Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid: Ediciones Beturia, 2000.

¹⁸⁶ Pedro Montoliu: *Madrid en la Guerra Civil...*, pág. 478.

También hizo algún viaje a Valencia donde se encontraban los intelectuales republicanos. En uno de esos viajes acompañó a la comisión de expertos ingleses que vinieron a España para ver cómo se cuidaban las grandes obras de arte.

Pero veo con enorme lucidez la excursión a Valencia, acompañando a una comisión británica que llegó a Madrid a ver cómo se cuidaban las telas del Prado... He conservado, reproducido y regalado numerosas copias de la foto: aparecen *Las Meninas*, enteras (no se pudo arrollar el cuadro, estaban muy resacas y la capa de pintura se destruía), recién sacadas del refugio especial que se construyó para ellas en las Torres de Serrano. Un mecanismo análogo al de los telones de teatro las subía y bajaba, las sacaba para ventilarlas, etc... Don Tomás Navarro, uno de mis inolvidables maestros, dirigía la operación. Y allí está, encorbatado como los británicos, en lucha con el calor y la humedad, y con la amenaza de los bombardeos¹⁸⁷.

Fueron pasando los primeros días de la guerra entre las clases en el instituto (daba también algunas particulares para sacar algún dinero) y la ayuda a la salvación de bibliotecas. Vivía en su casa con su padre, su madrastra y sus dos hermanastros; uno de ellos murió de inanición. De vez en cuando, y debido al pasado militar del padre, se presentaban en la casa un grupo de milicianos para asegurarse de su lealtad a la República, lo que suponía un enorme susto, puesto que lo más fácil era acabar en una de las temidas checas que se habían creado en la ciudad, o en la cuneta de un camino que llevaba a alguno de los pueblos cercanos a Madrid. El resto de los hermanos habían tomado partido por un bando o por el otro, a excepción de Fernando, que continuaba con su trabajo en la oficina de seguros que estaba en la Gran Vía, y es que los bombardeos no habían conseguido paralizar la vida comercial de Madrid. Miguel, el hermano mayor, que trabajaba en el Ejército, luchó del lado de los sublevados, mientras que Paco,

¹⁸⁷ Alonso Zamora Vicente: «Discurso pronunciado con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. II, págs. 1163-1169.

el pequeño, que vivía en Albacete, fue nombrado comandante del Estado Mayor del Ejército republicano en una brigada de carabineros. En el mes de noviembre, cuando las tropas franquistas llegaron a la Casa de Campo, Miguel fue hecho prisionero por la brigada en la que se encontraba su hermano Paco. Esto le salvó la vida, pero a partir de ese momento la familia dejó de tener noticias de él. Alonso y Fernando lo buscaron por los depósitos de cadáveres, en la calle Santa Isabel, dando la vuelta a los muertos para ver si era o no su hermano. También tuvieron que ver muchas fotografías de difuntos, entre las que no reconocieron la de su hermano¹⁸⁸. Después se enteraron de que había sido trasladado a Valencia, donde fue juzgado y condenado a muerte, aunque tiempo después «fue canjeado por una hija del dirigente socialista y ministro Indalecio Prieto».

2.- INCORPORACIÓN A FILAS

En mayo de 1937 se incorporó a filas, poco tiempo antes de que le tocara, y lo hizo a la brigada mixta número 3, en la cual, su hermano Paco era uno de los mandos. Uno de los lugares de residencia de esta brigada, mientras estuvo en Madrid, era Valdelatas, allí, en las oficinas, trabajaba Alonso preparando las nóminas de los soldados. En julio de 1937, después de la derrota de Brunete se retiraron a varios pueblos de Guadalajara, Viana, Pareja, Azañón, para rehacerse¹⁸⁹. Desde ese momento empezó a realizar tareas de intendencia. Su misión era buscar alimentos para la brigada. Con un pequeño camión recorrían los pueblos castellanos en busca de pan, hortalizas, frutas o cualquier alimento que pudiesen encontrar. En

¹⁸⁸ Entre sus papeles he encontrado un discurso que escribió para participar en una mesa redonda sobre la guerra civil, según está escrito en la parte superior derecha, en el que dice: «Los que tuvimos que pasar largamente por los depósitos de cadáveres, o por los archivos fotográficos de la Dirección General de Seguridad, buscando algún familiar desaparecido, sabemos muy bien lo que fue aquello», f. 2.

¹⁸⁹ Carlos Engel: *Historia de las brigadas mixtas del Ejército popular de la República*, Madrid: Almena, 1999.

algunas de esas expediciones llegaron hasta Ocaña, donde se encontraba María Josefa Canellada. Ella, al poco de estallar la guerra tuvo que dejar su domicilio, de la casa situada en la iglesia de San Francisco el Grande, ya que era una de las zonas más bombardeadas. Se fue a vivir a la calle de Alcalá, cerca de la Puerta, donde unos tíos tenían una casa de comidas. Se apuntó, como enfermera, a colaborar en el hospital de sangre que se había instalado en el Casino. El hospital, con enfermos y todo, fue trasladado al Penal de Ocaña. María Josefa recoge su experiencia vital en aquel centro médico, mostrando un enorme amor al prójimo, en una espléndida novela, poco reconocida, titulada *Penal de Ocaña*. En ella nos habla de algún encuentro que María Eloína, *alter ego* de la escritora, tuvo con Miguel Ángel Arriola, nombre bajo el que se esconde Zamora Vicente:

Estaba en la ducha y sentí que me buscaban. Oí la voz de Juanillo fuera, que me llamaba

—Sal pronto, que te buscan aquí.

—Que espere quien sea. No puedo salir. ¿Qué pasa?

Pero salí a toda prisa, casi a medio vestir, con los pelos escasos pegados encima de las orejas...

Y me encontré las manos tendidas, la sonrisa ancha y la mirada cariñosa de Miguel Ángel Arriola. ¿Qué habrá dicho al verme así?

Era temprano. Tenía prisa. Iba de servicio con un camión de Intendencia y habían tenido una avería. (¿Desde cuándo los estudiantes de Filosofía y Letras se dedican a transportar melones tempraneros?)

Me traía de Madrid unas flores rojas “de parte de él y de su novia”.

Creo que no dije más que tonterías.

Antes de irme a dormir subo a mi sala cuarta. Necesito saber si el 53 sigue con los vómitos de ayer, y si al 31 le dieron la leche con la yema a su hora.¹⁹⁰

¹⁹⁰ María Josefa Canellada: *Penal de Ocaña*, Madrid: Espasa Calpe, 1985, págs. 130-131. La primera edición: María Josefa Canellada: *Penal de Ocaña*, Madrid: Editorial Bullón, 1965. Entre los papeles que ha dejado Zamora Vicente ha aparecido un diario de su mujer en el que cuenta su experiencia durante la guerra y que coincide con lo que después publicó como novela.

Por aquellas fechas su relación era bastante fuerte como lo demuestran las cartas que se mandaron durante el tiempo que duró la guerra, y que María Josefa transcribe en la novela:

María Eloína: Te agradezco mucho tus consejos. No te enfades con lo que voy a decirte. Mi gran fracaso sentimental es que yo no he tenido madre, María Eloína. Y no te enfades, pero en ti, en tu callado gigantismo, hay algo maternal, de bondad galilea, de qué sé yo. Tus reconvenciones me saben a tu silencio, bajo la lluvia gruesa de otoño, cuando íbamos a nuestra Facultad. No me alcanzarán los obuses. Ya me pondré más adelante la vacuna. Estoy leyendo a Keyserling. No tardes tanto en escribirme. Ando mucho, mucho. Es una plasmación heroica y dolorosa el ruido de mis pasos carretera adelante, frente a la sierra. Las nubes, dormidas en un olivar cercano, sonríen vanamente. Lejos, los cañonazos. He de llegar algún día a este olivar, y te mandaré unas hojitas en una carta. Me parece que la guerra ha terminado tan sólo porque me siento contento, comprensivo, adorador solitario de todo. Y arriba el sol aviva el espíritu, anegado en esta triste alegría mía¹⁹¹.

De Guadalajara, la brigada se trasladó a Huesca, al pueblo de Sesa. Alonso nunca estuvo cerca del frente, únicamente se acercaba a él una vez finalizada la batalla para recoger los casquillos o cualquier otra cosa que tuviera valor. Él mismo se lo dice a María Josefa en una carta para tranquilizarla:

Estoy bien. No tengas miedo por mí, que no voy a las líneas como un luchador más. Alguna que otra vez hago un viajecito al frente, cuando no hay peligro¹⁹².

Pero en una ocasión, cuando la retirada del frente de Aragón, los aviones franquistas bombardearon el pueblo, algunas bombas cayeron en la iglesia donde la compañía guardaba los alimentos que habían recogido por los pueblos de alrededor o que se los había dado el Gobierno. En aquel momento, Alonso se

¹⁹¹ *Ibidem*, págs. 124-125.

¹⁹² *Ibidem*, págs. 138.

encontraba en ella y tuvo que salir corriendo para escapar de las bombas. Cansados de correr, un compañero y él se apoyaron en un árbol, ya que las ametralladoras habían cesado de disparar. Hablaban y compartían algo de comida cuando una bala perdida acabó con la vida de aquel compañero que estaba apoyado al otro lado del árbol. Cualquiera de los dos podía haber muerto, pero aquella bala no eligió a Zamora, quien quedó muy marcado por aquel hecho.

De Huesca, la brigada marchó a Cataluña para reorganizarse de nuevo. Primero estuvieron en Vilanova de Segrià y más tarde en Balaguer y Maldà donde se quedaron una temporada. Después se asentaron en Barcelona y en Igualada. En Barcelona coincidió varias veces con Navarro Tomás, quien desde Valencia se había desplazado a la capital catalana, donde intentaba salvar los trabajos realizados en el Centro de Estudios Históricos, especialmente el Atlas¹⁹³.

Volví a ver a Navarro muchas veces, en la Barcelona desorbitada de la guerra. Estaba el Ministerio en la Plaza de la Bonanova, una casa alta, que parecía aún más alta por ser estrecha de fachada y estar rodeada de casas bajitas. Muchos nos preguntábamos qué demonios hacía aquel ministerio en tan duros momentos, con la movilización general, el desbarajuste al máximo y la vida civil al mínimo. Pero algo hacía. Había sacado, por ejemplo, de Madrid, los trabajos en marcha (Navarro se encargó personalmente del Atlas en elaboración) y quizá hizo otras cosas que yo no sé y que quizá tampoco sabían muy bien qué eran los mismos que las estaban haciendo¹⁹⁴.

¹⁹³ En el diario de María Josefa Canellada encontramos la siguiente nota del día en que se despidió de su maestro cuando partía para Valencia, y que demuestra la estrecha relación que existía entre los alumnos y los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras y del Centro: «"No, señor Navarro; yo debo quedarme aquí, en mi sitio" —. Traía una boina rara y un abrigo nuevo. Y su sonrisa y su voz más acogedora que nunca. Tenía que decirle muchas cosas que se me amontonaban en la garganta y no podían salir: "¿Y nuestras clases del aula chiquitita, frente a la Sierra? Yo tengo que hacer mi tesis doctoral con usted. Tengo que llenarle otro día de Santo Tomás por la mañana su mesa de flores blancas de almendro". Pero le miraba, le miraba sin decir nada, porque quería acordarme de todos sus detalles». Diario de María Josefa Canellada. Familia Zamora Canellada.

¹⁹⁴ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», págs. 425-426.

Dentro de las circunstancias especiales en las que se encontraba, una guerra civil, el recuerdo que Zamora tiene del tiempo pasado en Barcelona es bastante agradable. Allí se relacionó con el mundo catalán y conoció de cerca el catalanismo del que tanto se hablaba en Madrid. El Gobierno republicano trataba de transmitir al pueblo la sensación de no encontrarse en guerra para contrarrestar las continuas derrotas que estaba sufriendo su ejército. Después de que las tropas de Franco consiguieran llegar al Mediterráneo y con ello dividir el territorio republicano, los ánimos en este bando ya estaban muy decaídos. Juan Negrín, presidente del Gobierno de la República, seguía con su intención de transmitir optimismo tanto al ejército como a la retaguardia, con el fin de alargar la guerra al máximo, en espera de que estallara una guerra en toda Europa en contra del nazismo, lo cual sería un apoyo para su causa. Por otro lado, en el Ejército, junto con determinadas clases civiles, se estaba fraguando una postura de rendición, encabezada por el general Casado y el socialista moderado Julián Besteiro, que terminaría con la sublevación de parte del Ejército en Madrid, en marzo de 1939¹⁹⁵. Para transmitir dicho optimismo, Negrín trataba de que la vida en las ciudades de la retaguardia siguiera de forma cotidiana y para ello programaba varios actos sociales que intentaban dar a la ciudad una fingida apariencia de normalidad¹⁹⁶. Uno de ellos fue una serie de óperas en el teatro Liceo de Barcelona, en la primavera de 1938¹⁹⁷.

¹⁹⁵ Véase el libro de Ángel Bahamonde Magro y Javier Cervera Gil: *Así terminó la guerra de España*, Madrid: Marcial Pons, 1999.

¹⁹⁶ «En la primavera de 1938, ya debe ser jefe del Gobierno Juan Negrín, la administración republicana quiere ir cambiando la cara de la retaguardia. Se recomienda gubernativamente, discretas costumbres burguesas. Se aconseja a las señoras de los directores generales, de los altos mandos del ejército, de la política, etc., que hasta lleven sombrero a los actos oficiales. (¡Llevar sombrero, con las mudanzas de la moda en tres años de desdén y ausencia por sus normas! No les debió hacer mucha gracia aquella confesión de coquetería en la clandestinidad, con halos de naftalina). Para el gobierno, se trataba, diríamos hoy y no decíamos aún entonces, de *ir creando una imagen*. Una imagen que acerque algo la realidad revolucionaria y empobrecida a la realidad cómoda de algunos países que nos puedan mirar con recelos. Los ojos de los soldados y de la espantada gente de a pie de la retaguardia volvieron a ver, con un asombro indecible, entierros con cruz alzada por las encrucijadas de Barcelona. Había que demostrar que la libertad de cultos regía. Los periódicos, las películas, hasta cartelones por las calles gritaban las fotos oportunas,

Pues bien, en esa orientación, en ese camino de manipulación sociológica, el Ministerio organizó, y aún me sigo asombrando de que saliera adelante, una temporada de ópera en el Liceo, marzo-abril de 1938. Se trajo una compañía francesa, ya que no hubo manera de rehacer una española, dispersas las gentes por los frentes, separados por las luchas políticas, el destierro, las depuraciones... Se cantó *Sansón y Dalila*, de Saint Saëns. En uno de los palcos de proskenio está Tomás Navarro. Le acompaña su colega en la Real Academia Española, Enrique Díez Canedo, quien también morirá en el exilio, en Méjico, en 1944 [...]. Hablamos en uno de los largos entreactos. Ya no puedo recordar, claro es, la conversación. Además, para qué. La voz de Navarro suena ya con una sutil orla desengañada. Sigue afirmando su fe en la victoria final, pero se percibe que sus palabras no se corresponden con su pensamiento, o que ese final a que alude no está en geografía localizable. Sabe que la realidad va por otro lado, sospecha dolorosamente que toda aquella cáscara pseudoburguesa alertada por el gobierno es totalmente inútil. El Tomás Navarro que escuché aquella noche en las salas del Liceo barcelonés no era el profesor, ni el maestro, ni el amigo. Era el símbolo de una generación maltratada y de una situación en la que nos vimos envueltos todos sin comerlo ni beberlo; una espectacular duda, una inseguridad inabarcable, que pretendía gritarse a sí misma una fe, una meta clara para ir tirando. La representación se acabó como Dios quiso. Hacia la mitad, poco más o menos, el apagón, las sirenas de alarma, el zumbido de los motores, las explosiones que bordan el teatro, la multitud que canta en pie, con frenesí, *Els segadors*... Probablemente, no hubo, de todo aquello, más verdad que el tremendo, el desolador miedo de los cantantes franceses, a los que ni les iba ni les venía gran cosa

todo el mundo muy colocadito, serio y peripuesto. Me temo que ni siquiera el muerto, si es que lo había, creyera en tan forzada ortodoxia, pero... ». Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», págs. 426-427.

¹⁹⁷ Las óperas representadas fueron: «Y aquí viene lo importante: se preparó una minicampaña en el Liceo: *Sansón y Dalila*, *Manon Lescaut*, *Carmen*, *Louise*. Saint Saëns, Puccini, Bizet, Charpentier. Cuatro regresos a la nostalgia, ayudados por la guardarropía. Mientras Sansón, ciego, da vueltas al molino, alarma aérea. Las explosiones bordaron el teatro, temblaba todo, brotaban nubecillas de polvo de las molduras. Los cantantes, franceses, a los que nada se les había perdido en nuestra azacaneada convivencia, tiritaban su cangelo en el escenario, en el que unas velas encendidas disimulaban su pavor. La frontera entre la ficción (*Sansón* y su templo desplomado) y la verdad (el gruñido de las explosiones) se estuvo adelgazando un largo rato, interminable rato.» Alonso Zamora Vicente: «El teatro y el símbolo» en *Diario 16*, 11 de febrero de 1994.

en nuestras querellas, y que aguantaron en el escenario, a pie firme (hubo algún desmayo), una o dos velas encendidas en las candilejas, todo el tiempo de la alarma¹⁹⁸.

De Barcelona, una parte de la brigada se trasladó a una masía cerca de Igualada; Zamora se quedó al mando de la intendencia de esa compañía. A pesar de que el frente del Ebro se encontraba cerca, aquel fue un tiempo rico de lecturas (Stefan Zweig, Thomas Mann, biografías, historia, etc.)¹⁹⁹.

3.- EL FINAL DE LA GUERRA

Tras la derrota del ejército republicano en la batalla del Ebro y los ataques de los franquistas en Cataluña, comenzó la retirada hacia la frontera. Su compañía lo hizo por Figueras, en febrero de 1939, cuando la guerra aún no había terminado. Tardaron varios días en cruzar los Pirineos, entre el frío y la nieve. Él, para evitar que sus compañeros se perdieran, dibujó gran cantidad de mapas de la zona, habilidad que adquirió durante sus años en el colegio.

Son innumerables los mapas que he pinturrajeado. En nuestra guerra, nadie a mi alrededor iba sin mapa, mapa dibujado por mí, a veces en la altura de imaginaria nocturna²⁰⁰.

Ya en territorio francés los detuvieron unos soldados senegaleses que los llevaron a un pequeño pueblo llamado Amèlie-les-Bains; allí los metieron en un campo de concentración improvisado en la estación del pueblo. Entre los últimos

¹⁹⁸ Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás...», págs. 426-28.

¹⁹⁹ El tiempo pasado en esa masía lo recoge nuestro protagonista en una novela inédita que apareció entre sus papeles y que analizaremos más adelante.

²⁰⁰ Alonso Zamora Vicente: *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio Nebrija, pág. 215-216.

días del mes de enero y los primeros de febrero de 1939, el Gobierno francés abrió las fronteras para que pasaran los refugiados republicanos que huían del avance franquista en Cataluña. Se calcula que el número de personas que cruzaron la frontera en esos días fue de alrededor de las cuatrocientas mil. Ante tanta acumulación de gente, los franceses crearon unos campos de concentración, bastantes rudimentarios, en los que se agolpaban las masas de los españoles; pero también inició una política de repatriación, para que regresaran a España el mayor número de personas²⁰¹.

A uno de aquellos soldados senegaleses, Zamora Vicente le vendió un sello que le habían regalado sus hermanos cuando aprobó el bachillerato y que era de oro. Con ese dinero, además de comprarse unos plátanos —que llevaba tres años sin probarlos—, hizo un viaje en tren a París, ayudado por una persona que conocía en el comité de ayuda al combatiente. Este comité ayudaba económicamente a los soldados republicanos que querían desplazarse a alguna ciudad francesa, con la condición de saber de ellos en todo momento. En la capital francesa, se bajó en la estación Austerlitz y caminó por el centro de la ciudad en busca de algunos de los amigos de la Junta para la Ampliación de Estudios, pero no encontró a nadie que le abriera las puertas de su casa²⁰². Desolado regresó al

²⁰¹ El gobierno franquista muestra, en la prensa de la época, una actitud de acogida ante los derrotados: «La rápida victoria del glorioso Ejército español, ha permitido mostrar claramente sus preferencias a los que se vieron obligados a huir por el terror marxista. Consecuencia de ello, ha sido ese alud inacabable de hombres y mujeres de toda clase y condición que se agolpan ante los puestos fronterizos señalados para su entrada en la Patria [...]. Las llegadas a la frontera se multiplican rápidamente, siendo cada día mayor el ritmo de las entradas a la España nacional [...]. A su llegada, los refugiados son clasificados en dos grandes categorías: los que se hallan en edad de ser movilizados y que sirvieron en el ejército rojo, y los que siendo demasiado jóvenes o demasiado viejos para haber sido movilizados, no entran en la edad militar. Estos son clasificados en la misma categoría que las mujeres y niños. Los primeros son enviados a los campos de concentración para clasificarlos». *Solidaridad Nacional*, 14 de febrero de 1939.

²⁰² No es extraño que se encontrara las puertas de los viejos amigos cerradas, pues las precauciones que tomaban los exiliados en la capital francesa eran muchas para no comprometer su situación. José Ortega Spottorno recuerda las precauciones que su padre tenía para recoger en su casa de París a los republicanos que llegaban de España: «El piso, amueblado con cierto gusto francés, nos vino, al principio, sobrado para la familia pero pronto se fue llenando de refugiados

pequeño pueblo fronterizo y allí le ofrecieron continuar con la República, lo que suponía ser trasladado al campo de concentración de Argelès o San Cipriano, o regresar a la España de Franco. Zamora prefirió regresar a España.

En tren volvió a Irún y de allí, como se encontraba en edad militar y había luchado en el ejército republicano, fue enviado a un campo de concentración. Un barco le trasladó desde Pasajes de San Juan a Sevilla, al campo de concentración de San Juan de la Rinconada. El campo era una antigua fábrica de azúcar desde la que se veía la Giralda y se oían sus campanadas. Allí fue clasificado como un prisionero de tipo B, según la Orden General de Clasificación de 11 de marzo de 1937, lo que significaba que había sido voluntario en el ejército republicano, pero que no aparecía «afectado de otras responsabilidades de índoles social, política o común». Junto a ellos estaban los presos de tipo A, que eran los integrantes forzosos del Ejército Popular y a los que se les proponía para la libertad provisional; los de tipo C que eran los «dirigentes y destacados en partidos y actividades políticas o sociales, enemigos de la Patria y del Movimiento Nacional», y los de tipo D que eran los presuntos delincuentes comunes. A estos dos últimos se les instruía causa penal, y casi siempre terminaban en la tapia de un cementerio. A los presos de tipo B, entre los que se encontraba Zamora Vicente, se les mantenía presos «hasta que por el Gobierno Nacional o S. E. el Generalísimo no se disponga otra cosa». Quedaban encerrados en campos de concentración hasta que su situación se aclarase, lo que podía tardar días, meses o incluso años. Mientras tanto eran utilizados como mano de obra para realizar la reconstrucción del país o eran alquilados a las empresas constructoras que se encargaban de aquella reconstrucción. El prisionero, para conseguir su libertad,

que llegaban a París desde la zona republicana, unos familiares y otros, amigos [...]. Mi padre tenía buen cuidado en saber a quién recibía. No quiso hacer declaraciones; por eso los periodistas estaban excluidos de antemano. Y se negó también a recibir a gente que tuviera, en aquel momento, un puesto oficial en cualquiera de ambos bandos, aunque fueran amigos y estimados». José Ortega Spottorno: *Los Ortega*, Madrid: Taurus, 2002, págs. 381-382.

debía presentar los avales necesarios. Dichos avales consistían en firmas o documentos, expedidos por falangistas, curas, guardias civiles o autoridades militares, en los que constaban las actuaciones del prisionero antes de la guerra, sus inquietudes políticas y sociales, además de su potencial disidencia de la nueva España de Franco²⁰³.

Al poco tiempo de ingresar en el campo de concentración, Zamora Vicente consiguió unos avales que le envió un primo de su madre que vivía en Mérida y que tenía una relación estrecha con los políticos de la ciudad. Como no tenía dinero no pudo marchar a Madrid por lo se quedó allí hasta el mes de mayo de 1939. Durante este tiempo trabajó en la construcción de un hospital provisional, que una noche de tormenta se llevó por delante.

²⁰³ «En definitiva, lo que se pedía al prisionero para salvarle era que demostrase su beatitud, su amansamiento, sus ideas derechistas» Javier Rodrigo: *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid: Siete Mares, 2003, pág. 66.

V.- REGRESO A MADRID

En mayo de 1939, regresó a Madrid. A su casa de plaza de la Cebada también habían vuelto su padre, con su mujer y la hija. El Madrid al que regresó era muy diferente al que dejó dos años atrás. Gran parte de la ciudad estaba destrozada físicamente y toda ella anímicamente. Era el momento de volver a la vida después de haber vagado, durante tres años, por el infierno. Como se encontraba en edad militar fue llamado de nuevo al Ejército, en este caso, al de los vencedores. Primero estuvo destinado en Madrid, para ser trasladado después a Barcelona. Allí la grave enfermedad de bronquios que ha arrastrado durante toda su vida, empezó a mostrar sus síntomas. Después de varias revisiones le declararon inútil total. Regresó a su casa de Madrid; donde tenía que presentarse cada semana en una comisaría del barrio. Además tenía limitada la posibilidad de desplazarse dentro del país, para hacerlo necesitaba avales de personas conocidas.

Yo tenía que presentarme como soldado perdonado. Me volvieron a movilizar, me mandaron a los Pirineos, pero en Barcelona me puse malo, después de un viaje de dos días en vagones de mercancías. Parábamos a veces en estaciones pequeñas para lavarnos. En Barcelona fuimos a un cuartel, junto a la estación del norte, y una mañana tuve una hemotisis, creo que fue la segunda mañana, porque el primer día, con unos cuantos muchachos de por aquí que no conocían Barcelona, estuvimos andando hasta quedarnos sin fuerzas. Me mandaron al hospital, había allí un fulano con aire de sargento que me hizo una ficha de tipo personal, me pregunta por la religión y le respondo católico, apostólico, romano, levanta la cabeza, me mira y dice aquí no se guasea nadie; perdone usted pero la religión mía se llama así. Después fui al hospital, donde conocí a algunos muchachos simpáticos, agradables. Me dieron por inútil temporal, pero como era la segunda o la tercera vez era total; regresé a Madrid y tenía que ir todos los días a la calle Don Pedro a presentarme [...]. La depuración se la hacían a los ministros, o a los que habían sido algo con la República, pero yo tenía que hacerla por el ejército como vecino del Madrid rojo. En la comisaría que estaba en la calle de los Mancebos. Tenías que ir a presentarte, no era una oficina, era en el mismo portal, eran unas escuelas, uno de los viejos palacios de la calle don Pedro

convertido en escuelas, y no funcionaba porque no había maestros. Había un señor que era mutilado de guerra. Mi depuración era militar. Yo no podía ni moverme, para ir a Pozuelo, necesitaba un salvoconducto con la firma de dos personas conocidas, a mí me firmaba el carnicero y el mercero. Cuando obtengo la cátedra me dan un documento, un carné de funcionario y tengo libertad de movimiento²⁰⁴.

Empezó a buscarse la vida dando clases particulares para conseguir algo de dinero con el que poder ayudar a la familia. También regresó a la universidad para terminar su licenciatura que la guerra había interrumpido y a la calle Medinaceli, donde el Centro había desaparecido para dar paso a un Consejo Superior de Investigaciones Científicas que nada tenía que ver con el espíritu de la Junta.

1.- LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DURANTE LA GUERRA Y EN LA INMEDIATA POSGUERRA

En un artículo publicado en Buenos Aires cuando era director del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, titulado «Ciudad Universitaria, 1935», y al que nos hemos referido y nos referiremos varias veces a lo largo de la tesis, Zamora recuerda sus años universitarios en la Ciudad Universitaria durante

²⁰⁴ Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre 2002 y 2004. Con palabras muy parecidas recuerda cómo fue su depuración en un artículo: «Durante mucho tiempo, los que pertenecemos a la casta de los vencidos, teníamos que presentarnos periódicamente en improvisada oficina-registro, para certificar que el tedio o la desesperación no habían acabado con nosotros. Yo acudía a una oficinilla, colocada en un cuartucho ropero o almacén de algo, en la portería de uno de aquellos viejos palacios de la Calle Don Pedro, convertido en escuela pública después del éxodo de los linajudos propietarios hacia los barrios nuevos. Un mutilado aún joven, detrás de una mesa desvencijada, una radio en el borde del tablero lanzando sin cansancio cuplés flamencos, encendidos discursos arrebatados, loores a personajes del momento (ubi sunt...?), me miraba de arriba a abajo, chasqueaba la lengua, volvía a mirarme de reojo, chupaba con encono la punta de su lápiz y ponía una crucecita en un papel que escondía en una carpeta mugrienta. Y secamente: “Hasta otra”. Pues bien, aquello se acabó. El hecho de ser funcionario en activo, de tener una cartulina con foto y un sello ministerial me libraba de mi visita semanal a aquel huequecillo de la calle don Pedro». Alonso Zamora Vicente: «Un día extremeño...», pág. 193.

la República. La nostalgia le acerca, tras la guerra, a aquellos edificios recién estrenados y destruidos al poco tiempo, a los alumnos que se agolpaban en el bar de la Facultad y a los profesores que tanto le enseñaron; pero también a una época arrancada de cuajo y difícil de repetir:

Un día se cortó aquello de un tajo fuerte, decidido, sin retroceso. Cuando ha vuelto a asomar la primavera por allá, los chopos que quedaron estrenaron su mejor salmo de tristeza, herido en su tronco estirado, encaramado a la busca del fondo de la sierra. La casa se rehizo, los caminos han vuelto a cazar sus sorpresas, y los coches van dejando, a las horas mañaneras, cuando la escarcha está endurecida y adormilada aún, las cargas de gente madrugadora o en regazo. Pero allí, al lado de aquella máquina caída, estaba el recuerdo de antes, con sus horas transidas, veinteañeras, amputada la audacia de timonel de alguno, que — ¡ay! — no volvió²⁰⁵.

La universidad a la que regresa y con la que tendrá que convivir el resto de sus días, nada tenía que ver con aquella otra en la que se formó. Nada quedaba de la Facultad de Filosofía y Letras, únicamente los escombros y los restos de las batallas que en ella se habían disputado. La gran mayoría de los profesores tuvieron que abandonar el país y muchos de los alumnos habían muerto.

A pesar de los intentos que se hicieron en los primeros meses de la guerra, para que la universidad continuara con su normalidad, resultó imposible. Los bombardeos que la aviación franquista sometió a la capital durante el mes de noviembre de 1936 impidieron que dicha normalidad se consiguiera, y la Universidad de Madrid se tuvo que trasladar a Valencia.

Antes de dichos bombardeos, en el mes de octubre, se intentó reanudar la actividad académica en la Ciudad Universitaria. En la Facultad de Filosofía y Letras, su nuevo decano, Julián Besteiro, convocó a los profesores a una Junta

²⁰⁵ Alonso Zamora Vicente: *Ciudad Universitaria...*, págs. 133-134.

Extraordinaria para el día 21 de octubre. En aquella junta se tomaron una serie de acuerdos «relativos todos ellos al mantenimiento de una pretendida normalidad académica que imponía, a pesar de las bombas, la celebración regular de las clases»²⁰⁶. Se acordó organizar unos cursos de carácter teórico y continuar con las actividades que a juicio de la Junta se reputaron como de mayor importancia: catalogación, ordenación y sistematización de los fondos incautados de bibliotecas y archivos, de los nuevos fondos que llegaran para aumentar el patrimonio artístico nacional, la organización de cursillos de arte, la formación del magisterio e intervención de profesores en tareas propias de la enseñanza secundaria así como la lucha contra el analfabetismo, la colaboración en trabajos organizados por las Misiones Pedagógicas y la propaganda de la labor cultural patrocinada por el Estado. Cada profesor se decantó por aquella actividad en la que podía aportar mayor ayuda y se lo indicó al decano. En la lista de profesores que acudieron a aquella reunión y que intentaron mantener viva la universidad frente a los bombardeos franquistas, aparecen algunos de los nombres que son de clara ascendencia republicana, mientras que otros, con el paso del tiempo, se fueron acercando a los postulados de los sublevados y más tarde aparecerán en las aulas universitarias de la época franquista.

Los catedráticos que en octubre de 1936 estaban presentes en la Universidad de Madrid pertenecían mayoritariamente a la Facultad de Filosofía y Letras. Se trataba de Ramón Menéndez Pidal, Antonio García Bellido, Bernardo Alemany y Selfa, Emeterio Mazorriaga, Manuel Gómez Moreno, Emilio García Gómez, Agustín Millares, Andrés Ovejero, Armando Cotarelo Valledor, Julián Besteiro y

²⁰⁶ Nota de Julián Besteiro al rector José Gaos de la Universidad Central, 21 de octubre de 1936 (AGUM, Sección personal, Caja 217). Cito por la obra de Carolina Rodríguez López: *La Universidad de Madrid en el primer franquismo. Ruptura y continuidad (1939-1951)*, Madrid: Universidad Carlos III de Madrid, Editorial Dykinson, 2004.

José Gaos. Entre los profesores auxiliares y encargados de Facultad estaban Luis Sosa Pérez, Luis Morales, Tomás Navarro Tomás, Enrique Lafuente, entre otros. A esta reunión no asistieron algunos catedráticos y profesores destacados de la Facultad, unos porque ya habían tomado postura por el bando contrario, fue el caso de Miguel Asín Palacios, Ángel González Palencia, Eloy Bullón que sería el primer decano de la Facultad con Franco o Juan Hurtado, por citar algunos; otros como Américo Castro, Manuel García Morente, Ortega y Gasset, Zubiri, Pedro Salinas, etc., porque se desconocía su paradero.

Llama la atención la ausencia de Américo Castro en esta Junta. Don Américo salió de Madrid en dirección a San Sebastián el mismo día que se produjo el levantamiento militar. Zamora recuerda cómo el día anterior, cuando él se dirigía al Centro de Estudios Históricos, en la calle Medinaceli, se encontró con Castro en la plaza de las Cortes, quien le dijo que se iba a producir un levantamiento militar y que esta vez iba en serio y no sería uno de tantos levantamientos decimonónicos. De San Sebastián pasó a Zúrich y desde allí intentaba estar al corriente de lo que sucedía en España y de lo que hacían sus compañeros. Tomás Navarro Tomás le tenía al tanto de cómo se intentaba dar normalidad a la vida universitaria en unas circunstancias como las que estaban viviendo. Así se lo hace constar en una de aquellas cartas:

En mis cartas anteriores he limitado, como has visto, a darte noticias de la marcha de nuestros trabajos, sin hacer apreciación ni comentario alguno sobre tu situación personal²⁰⁷.

Pero don Américo quería saber qué se pensaba de él y de su actitud de marcharse²⁰⁸, a lo que Navarro Tomás le contesta con sinceridad:

²⁰⁷ Carta tomada del Archivo Zamora Vicente.

Para responder a las reiteradas invitaciones que me haces en este sentido, deseo decirte que no pienso, por mi parte ni creo que nadie piense aquí, que te halles en actitud contraria a la causa republicana y democrática que el pueblo español defiende. Se te considera sencillamente como uno de tantos izquierdistas y liberales que en el momento de la dificultad no se han encontrado con la suficiente fortaleza de ánimo y de carácter para defender sus ideas y mantenerse en sus puestos, arrojando los peligros que la situación en que España ha venido a encontrarse²⁰⁹.

y le reprocha «que no estés aquí ocupando tu lugar y prestando la ayuda que de un hombre de tus condiciones y significación cabía esperar»²¹⁰. Porque Navarro, que por aquellas fechas se había acercado a las posturas comunistas, considera que:

Hay que estar aquí, en medio de los peligros y dificultades, ayudando con el esfuerzo personal, con el ejemplo y con el consejo. Es aquí donde se necesita ahora el apoyo y la presencia de todos los buenos españoles que se sientan unidos por el mismo anhelo de salvar a España de la terrible situación en que se encuentra²¹¹. Salir al extranjero para dar testimonio de la continuidad de nuestras actividades y de nuestra lealtad al régimen republicano, es cosa conveniente si se hace legalmente con la autorización

²⁰⁸ En una carta escrita por Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal el 28 de enero de 1937, muestra estas sospechas que los demás tienen sobre su comportamiento: «A pesar de todo, y aun estando a ciegas y rodeado de incomprensiones, de un desconocimiento de mi actitud y de chismes idiotas, le escribo a V., porque cuando se tiene todo claro en el interior, no quiero tirar así sin más por la borda, su amistad de V.». En esa misma carta, Castro revela las acusaciones que le han hecho: «Yo le puedo enviar a V. unos pocos francos: pero estoy tan desorientado, que no sé qué debo y qué no debo hacer con mis amistades de siempre. El que algunos se hayan dejado llevar de chismes y de absurdos (por ejemplo que yo estuve en Hendaya tratando con delegados de Burgos!!!) me priva de tomar ninguna iniciativa.» Archivo Menéndez Pidal, citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero. Patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de historia*, Madrid: Archivo Ramón Menéndez Pidal, 2001, vol. I, págs. 188-189.

²⁰⁹ Carta tomada del Archivo Zamora Vicente.

²¹⁰ *Ibidem*.

²¹¹ Esta misma idea se la traslada Navarro Tomás a Rafael Lapesa en una carta de 3 de marzo de 1937: «También he tenido carta de Castro que está en Zurich. Me alegraría que viniera. No hay ningún motivo para que siga ausente. A él le satisfecería verse entre nosotros y todos le recibirían bien». Archivo Residencia de Estudiantes.

necesaria; pero no si uno se marcha por su propia iniciativa, dando lugar a que se le considere, no como representante, sino como fugitivo de su país²¹².

Conocemos parte de la respuesta de Américo Castro por medio de una carta que escribió a Amado Alonso el 14 de enero de 1938. De ella podemos deducir que las razones primordiales que le llevaron a abandonar España fueron de tipo familiar²¹³.

¿Qué puedo hacer teniendo esa familia? Figúrese cómo me gustaría ir a Barcelona, aunque fuera para pasar angustias terribles. Pero y Carmen y Luis. La familia es el sino, es decir, crearse afectos. Me escribe Bonfante que tuvo que salir de allá por necesidad absoluta. No hay alimentos. ¿Cómo perder allí a Carmen? ¿Cómo romperle la carrera brillante a Luis para que me lo aplasten en algún Teruel? ¿Y cómo romper violentamente con un Gobierno con el que me siento unido con toda el alma? Cualquier solución que tome sería malísima²¹⁴.

Estas razones no son para Navarro Tomás excepcionales, ya que muchos de los que se han quedado las han sufrido y han sabido superarlas:

²¹² Carta tomada del Archivo Zamora Vicente.

²¹³ En una carta anterior a don Ramón (28 de enero de 1937), Castro ya le anunciaba la existencia de esas razones, aunque no las explicitaba: «Si su silencio de V. [don Ramón no contestó a las cartas que le había escrito Américo anteriormente] ha sido impuesto por el ambiente aquel y no por otra causa (que no se me alcanza), entonces le escribiré con detalle y le escribiré por qué tuve que salir de Madrid, y en suma por qué tuve que aceptar ir a Hendaya, por qué luego no pude volver a Madrid, y en suma todo lo que a V. le parezca». Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 189.

²¹⁴ Madison, Wisconsin, 14 de enero de 1938. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes. También conocemos las razones por una carta que don Américo escribió a Ramón Menéndez Pidal a La Habana el 18 de marzo de 1938: «A mi juicio, Navarro está decidido a no salir (¿o es que no le dejan?), porque en su última [se refiere a la carta transcrita arriba] me incitaba a que me fuera con ellos, no obstante haberle explicado yo claro los chismes y absurdos que han armado en torno a mí (¿y en torno a quién no?) y que me habrían hecho vivir en continuo sobresalto. Y lo peor no es eso; de ser yo solo, casi seguramente me habría ido con Navarro, porque la verdad es que acaba por dar todo lo mismo, ante esta España rota y sin salida, y con mi carrera científica hecha trizas para siempre. ¿Pero qué hago con mi gente? No, habría sido una insensatez arrastrar a mi hijo a la lucha (que está sujeto por su madre y por mí), y sumir a toda la familia en las tinieblas. Me extraña que Nav[arro] no lo vea; y es que desde allí no hay percepción de lo que pasa». Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, págs. 189-190.

Las razones de carácter personal o familiar no significan nada ante un pleito como el que está disputando. A nadie puede convencer que tu familia no deba soportar las incomodidades y peligros que las demás familias soportan. ¿No sabes que hay aquí muchos que, habiendo podido marchar con sus familiares prefirieron quedarse para hacerse cargo de las obligaciones que otros dejaban abandonadas? Las dificultades económicas que tú has tratado de resolver en el extranjero las han resuelto otros sin salir de aquí y es muy probable que lo mismo habrías podido hacer tú si lo hubieras intentado²¹⁵.

A pesar de estas recriminaciones, Américo no dejó de hacer gestiones para conseguir sacar de España a sus antiguos compañeros, buscándoles puestos en distintas universidades americanas, según escribía a Ramón Menéndez Pidal:

Si su amistad y afecto se puede salvar en esta ruina abominable de sangre y brutalidad, sería para mí capital estar en relación con V. Pensaba en que, cuando pudiera ser, nos constituyéramos en grupo cooperativo, para prestarnos auxilio unos a otros, ahora veo que la salvagina hispánica es algo increíble. He hecho en Argentina lo inimaginable por cuatro o cinco personas, para que se vayan allí, o a Montevideo, o a Caracas, y estoy esperando la contestación o las gracias. Y eso que algunos me lo habían pedido con lágrimas o en cartas angustiadas. Últimamente escribí a Dámaso, y armé una complicada cosa con Spitzer (que me ha escrito muy cordialmente ofreciéndome un puesto en EE UU) para que inviten por la embajada de N. América a Dámaso, Montesinos, Navarro. No sé qué pasará²¹⁶.

²¹⁵ Archivo de la Biblioteca Zamora Vicente.

²¹⁶ Carta de Américo Castro a Ramón Menéndez Pidal; Zurich 28 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal. Citada también por Catalán, Diego: *El archivo del romancero...*, págs. 188-189. Vuelve a incidir en lo mismo en una carta de 18 de marzo de 1937: «Como inquietud más apremiante considero la de nuestras gentes de Valencia: he hecho cuanto pude por tirar de Navarro, Dámaso y los demás. He movido en EE UU a varios amigos, les he escrito en la forma que cabía hacerlo, pero a mi juicio, Navarro está decidido a no salir (¿o es que no le dejan?)». Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 189.

El tono grave y acusador que Navarro Tomás utilizaba en su correspondencia con Castro le afectó mucho. Según Amado Alonso, a Américo Castro «la guerra lo tiene destrozado, y más porque Navarro le escribe cartas muy crueles»²¹⁷. Finalmente, tras hacer una escala en Argentina se trasladó a los Estados Unidos donde enseñó en las universidades de Wisconsin (1937-1939), después en Texas (1939-1940) y finalmente en Princeton (1940-1953) en la que fue nombrado profesor emérito. A finales de 1938, Pedro Salinas se lo encontró en Nueva York y su impresión fue muy parecida a la que tenía Amado: «Américo ha tenido una suerte enorme. Le vi en Nueva York hace un mes: está deshecho, desorientado y desmoralizado»²¹⁸. A partir de ese momento la relación entre Navarro Tomás y Américo Castro se enfrió para siempre. A pesar de las diferencias políticas que les enfrentaron, siempre se tuvieron un gran afecto.

Américo Castro —le escribe Amado Alonso a Menéndez Pidal—, como siempre, me ha hablado de usted con gran afecto. No es amigo de Navarro ni de Onís. Navarro me dijo que, aunque pudiera tener discrepancias de criterio político con Castro y usted, su afecto para ustedes era invariable²¹⁹.

En el mes de noviembre de 1936, con la llegada de los primeros bombardeos a la capital y el cerco que pusieron las tropas sublevadas en la zona oeste de la ciudad, el Gobierno y gran parte de la administración del Estado se trasladó a Valencia. Muchos profesores marcharon a la ciudad levantina y lo mismo sucedería con la Universidad²²⁰. La Ciudad Universitaria se había convertido en

²¹⁷ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 10 de noviembre de 1937. Archivo Menéndez Pidal.

²¹⁸ Carta de Pedro Salinas a Amado Alonso; Wellesley, 25 de enero de 1939. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

²¹⁹ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 7 de enero de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

²²⁰ Sobre el traslado de la Universidad de Madrid a Valencia, véase el artículo de M^a Fernanda Mancebo: «Una universidad en guerra. La Federación Universitaria Escolar. Valencia, 1936-1939» en *La II República. Una experiencia frustrada*. Actas del congreso de Valencia Capital de la República (abril 1936), Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1987, págs. 293-319.

un campo de batalla, los sublevados y los leales a la República luchaban cuerpo a cuerpo por el campus y por las facultades. Ante esta situación se decidió trasladar la Universidad a Valencia. Por una Orden de 25 de enero de 1937 se establecía «que los alumnos de las facultades de Filosofía y Letras, Ciencias, Medicina, Derecho a quienes falte una, dos o tres asignaturas para terminar sus estudios, así como a los alumnos de la Facultad de Farmacia de las Universidades de Madrid Valencia y Murcia podrán solicitar en la Secretaría General de la Universidad de Valencia la admisión a las pruebas que se señalan para la convalidación de sus títulos, siempre que estuvieran al servicio del ejército de la República». A muchos alumnos que les faltaba el último año de carrera y que prestaban servicio a la República, ya sea en «hospitales de sangre o en batallones movilizados en los distintos frentes de combate»²²¹ se les concedía autorización para seguir un cursillo de habilitación profesional para fines de guerra en la Facultad de Medicina de Valencia. En el curso 1937-1938 se reanudaron las actividades universitarias en la Universidad de Valencia para los alumnos de Madrid, Valencia y Murcia. Las asignaturas de la Facultad de Filosofía y Letras se cursaban refundidas junto a las de Ciencias y Derecho en dicha universidad²²².

Finalizada la guerra en abril de 1939, se intentó reorganizar la vida universitaria en Madrid. La Ciudad Universitaria estaba destrozada ya que había sido el marco de algunos de los enfrentamientos más virulentos cuando el ejército franquista, en noviembre de 1936, quiso entrar en Madrid. Desde ese momento se fijó la línea del frente, por la zona oeste de la capital, en la Ciudad Universitaria. La idea de Franco de atacar la ciudad por la zona sudoeste, entrando por la Casa de Campo, hizo que las fuerzas republicanas tuvieran que retroceder hasta los edificios recién estrenados de la Universitaria. Las facultades de Medicina, Farmacia y Filosofía y Letras fueron ocupadas por el ejército leal a la República,

²²¹ Orden de 17-II-1937.

²²² Decreto 2- IX-1937.

mientras que el Hospital Clínico y las escuelas de Ingenieros Agrónomos y de Arquitectura, entre otras, por las tropas sublevadas. Los continuos bombardeos y la lucha cuerpo a cuerpo fueron destruyendo aquellos edificios que acababan de ser levantados. El mobiliario y los libros se utilizaron para hacer parapetos. Más de dos años con la primera línea de fuego situada en la Ciudad Universitaria provocó que muchas de las facultades quedaran seriamente afectadas, entre ellas la de Filosofía y Letras. El nuevo régimen, que rápidamente se sacudía las culpas de su destrucción, decidió reconstruir aquellos edificios.

Y si por alguno se olvidase, la Ciudad Universitaria hablará del sacrificio y de la gloria de nuestro ejército, nutrido en buena parte de estudiantes, con su dramática elocuencia muda. Por el volumen de sus escombros puede medirse la extensión del estrago. La magnífica institución, ya casi concluida cuando la revolución se produjo, era orgullo de España en el mundo. Ya funcionaba alguna de sus secciones, como la Facultad de Filosofía y Letras, en la que se había reunido una magnífica biblioteca. Todo fue hollado, pulverizado por los nuevos bárbaros. La biblioteca se dispersó, perdiéndose en su mayor y mejor parte. Ahora hay que rehacerlo todo: volver a alzar los muros, trazar otras aulas, adquirir nuevos libros y ordenar los que por casualidad se recobran. Nadie desmaya en este esfuerzo y, sin tardar mucho, la Ciudad Universitaria de Madrid será punto de reunión de las gentes laboriosas del mundo [...]. Así lo quiere la voluntad firme del caudillo, que se comunica a cuantos le rodean y secundan. Primer maestro de la nueva España, como fue su primer soldado, preside los destinos de la investigación literaria y científica²²³.

Pero mientras eso sucedía las clases regresaron al caserón de la calle San Bernardo²²⁴. Pío Zabala fue nombrado rector de la Universidad de Madrid y Eloy

²²³ *Revista de la Universidad de Madrid*, t. I fascículo I, Letras, Madrid, 1940, págs. 2-3.

²²⁴ El psiquiatra Carlos Castilla del Pino, que comenzó su carrera de medicina en aquellos años, recuerda el edificio: «La destrucción de la Ciudad Universitaria durante la guerra obligó a volver a este edificio, con las facultades de Filosofía y Derecho en la segunda planta y la de Ciencias en la primera. Al fondo de ésta, en un gran patio, en un pabellón con un aula y laboratorios, se impartían las clases de química y biología», Carlos Castilla del Pino: *Pretérito imperfecto*, Barcelona: Tusquets, 1997, pág. 285.

Bullón decano de la Facultad de Filosofía y Letras. La gran mayoría de los antiguos profesores de la Facultad habían sido depurados y destituidos de sus puestos²²⁵.

En San Bernardo, nos tocó un local oscuro, un verdadero exilio a las tinieblas, algo que se llamaba antecátedra del aula 9. Había pertenecido a la Facultad de Ciencias, y debía haber funcionado, en los últimos tiempos, como lavabo o rincón para guardar chismes, muebles, vestirse o desvestirse... Allí por lo visto había desarrollado antes su gran saber matemático Don José de Echegaray [...]. Los pasillos del viejo caserón estaban atestados de un alboroto permanente: cambio constante de facultades y de sus estudiantes, alteración cotidiana de horarios y contradictoria manifestación de pareceres y quejas en voz alta. Allí había científicos, juristas, farmacéuticos, quizá cursos iniciales y teóricos de medicina²²⁶.

Una de las primeras medidas tomadas por el régimen franquista fue declarar «nulos todos los exámenes y actos académicos realizados en las Facultades de Filosofía y Letras con posterioridad al 18 de julio de 1936»²²⁷, con lo que los exámenes de licenciatura que muchos alumnos habían realizado en Valencia no tenían valor ninguno. Tanto Alonso Zamora Vicente como María Josefa Canellada no se marcharon a Valencia a examinar, por lo que una vez finalizada la guerra ellos aún no se habían licenciado ya que les faltaba el examen de licenciatura que estaban preparando cuando estalló la contienda. Con la ayuda de la nueva universidad que se estaba formando, los alumnos que no se examinaron del curso de licenciatura como exigía el plan de 1931, intentaron organizar unos cursos con el fin de preparar dicho examen. Ante la falta de profesorado, se encargarían de explicar las asignaturas algunos de los estudiantes

²²⁵ Sobre la depuración del profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras puede verse: Luis Enrique Otero Carvajal: «La depuración de la Universidad de Madrid» en *La destrucción de la ciencia...*, págs. 125-131. También Jaime Claret Miranda: *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1939-1945*, Barcelona: Crítica, 2006.

²²⁶ Alonso Zamora Vicente: «Dámaso, ya un recuerdo» en *Dámaso Alonso...*, págs. 43-44.

²²⁷ Orden de 31 de agosto de 1939, BOE de 13 de septiembre.

del último curso. Zamora Vicente fue elegido por sus compañeros como uno de los profesores, pero fue acusado de haber tenido un cargo importante en el ejército republicano, al igual que Julián Marías. Gracias a la intervención de Uberto Pérez de la Osa, profesor de la Facultad al que Zamora había conocido en los años previos a la guerra (junto con un grupo de compañeros celebraban en su casa una tertulia literaria, a la que de vez en cuando se sumaba algún que otro profesor), declaró a su favor y evitó que le enviaran a la cárcel como le sucedió a Marías²²⁸. Bastante tiempo después Zamora Vicente recuerda aquel episodio de su vida:

²²⁸ En este punto me gustaría aclarar las supuestas acusaciones que Ian Gibson, en su biografía de Cela, realiza a Zamora Vicente de delator, puesto que si él fue algo, fue todo lo contrario: «Este no querer dar nombres es frecuente en el libro. En el episodio, por ejemplo, de Julián Marías, a quien Cela dice haber librado de una cárcel franquista después de la guerra. Marías, “quizás de los hombres más gratuitamente maltratados por el régimen de Franco”, había estado con Cela en la facultad de Filosofía y Letras de Madrid justo antes de la guerra, como vimos. El Noble comenta ahora que, en la lista que nos proporciona de sus otros compañeros de aquel año, figuran los nombres de los dos delatores que traicionaron al futuro filósofo. ¿Nos dirá quiénes son? No: “Aunque quizás se lo merecieran por ruines prefiero no señalar cuáles dos de los españoles dichos fueron los denunciadores”. Al no hacerlo, la sospecha puede caer sobre cualquiera de los nombrados, desde Luis Rosales hasta Alonso Zamora Vicente. Ian Gibson: *Cela, el hombre que quiso ganar*, Madrid: Aguilar, 2003, págs. 104-105. Si leemos atentamente esa página de las memorias de Cela, en la lista de compañeros de la Facultad, deja para el final dos nombres, aparte del de Luis Enrique Délano y Luis Rosales. Esos dos nombres, Carlos Alonso del Real y Darío Fernández Florez, tuvieron cargos representativos en el nuevo régimen gracias a los servicios prestados, y que son los mismos que, junto con otro, apunta como delatores Javier Marías en su novela *Tu rostro mañana. Fiebre y lanza*, Madrid: Alfaguara, 2002. Pero quien mejor puede aclarar esta situación es el propio Zamora Vicente en uno de los últimos artículos que escribió y que fue sobre su amigo Cela: «En la larga convivencia con Camilo solamente hemos tenido un ligero tropiezo. Un señor de esos más o menos nórdicos que se queda a disfrutar de Andalucía y confunde gravemente la seriedad española con la guasa o la tontorrería de los medios, escribió y publicó un libro sobre Camilo [...]. Recogía una cita de Camilo donde breve y certeramente recordaba algunos nombres del grupo de estudiantes donde estábamos diariamente. Quizá una ligereza al escribir le hizo recordar que de aquel grupo salieron dos que denunciaron a otro colega y amigo. El autor del libro sobre Camilo deseaba saber quiénes habían sido los malsines que intervinieron en el caso. Y Camilo me dijo que no se acordaba bien de uno de ellos... Pretendía que yo le dijera los nombres. Tuve que forcejear con él hasta la ribera del mal humor para que no se lo dijera al fogoso biógrafo. “No, Camilo, no. No debes arañar más en ese episodio. (Que yo sufrí lo mismo por otro lado de forma parecida, y quizá más grave, porque sabía perfectamente el interesado lo que había sido la vida de toda mi familia y de mí). Uno ya está muerto y el otro lo hemos perdido de vista del todo”. Estaba dispuesto a dar aquellos nombres. Fue una bendición de Dios que no se acordara de uno. La discusión duró varios días». Alonso Zamora Vicente: «Camilo José Cela» en *Camilo José Cela, fabulador: entre la memòria i la mirada*, Islas Baleares: Sa Nostra Caixa de Balears, 2006, págs. 26-31.

Intentamos rehacer la vida universitaria como pudimos, fue imposible. Estábamos Joaquín González Muela, María Josefa, Lola Franco, la mujer de Marías, entonces no mujer todavía, estaba M^a Luisa Oliveros, Maruja Braña, historiadora discípula de Sánchez Albornoz. Pedimos colaboración a algunos profesores, a Luis de Sosa, Uberto Pérez de la Osa. Hicimos, mejor dicho, lo planeamos, una especie de cursillo, para ayudar a los alumnos a prepararse el examen de licenciatura. Me pidieron que les diera algunas clases, eran alumnos del último curso, algunos eran compañeros míos. Pero se opusieron. Uno de los argumentos más grandes fue una denuncia contra Julián Marías (estos denunciaron a Julián Marías como enemigo del régimen o rojo; Julián se había distinguido porque había escrito páginas en el *ABC* rojo) y contra mí de unos colegas: dijeron que yo había sido comisario del ejército rojo. Esos dos mismos señores dijeron que yo había sido comisario del ejército rojo, por qué lo dijeron, no lo sé. Camilo decía que puede que era envidia. Además uno de ellos sabía cómo se había vivido en mi casa perfectamente porque vivía enfrente de mi tía. Las consecuencia que tuvo fue que no hubo cursillo, a nivel externo no tuvo ninguna repercusión y además como estalló la guerra mundial... Fueron acusaciones muy fuertes y quien las paró fue Uberto Pérez de la Osa, que se portó estupendamente conmigo y convenció a la junta que llevaba aquello (era ya jefe del Teatro Nacional), que era mentira, que él me había visto durante toda la guerra y había sido un soldado regular y que o se trataba de un error o de mala voluntad.

Debido a estos incidentes los cursos se suspendieron. El nuevo régimen organizó unos cursos abreviados con el fin de «conceder, también, beneficios análogos [a los de los estudiantes de bachillerato] a los excombatientes estudiantes universitarios que interrumpieron el curso de sus carreras y sacrificaron los mejores años de su juventud por la Causa Sagrada de Dios y de España»²²⁹. El plan consistía en la realización de unos cursillos de repaso, preparatorios para el examen final, que les permitiría finalizar el curso a los que le habían interrumpido por la contienda. El plazo para la realización de los mismos era desde el 15 de septiembre de 1939 hasta el 31 de enero de 1940 y a ellos se

²²⁹ Orden de 6 de junio de 1939. *BOE* de 11 de junio.

podían inscribir «los alumnos que estuvieron matriculados, o hubieren podido estarlo legalmente, en los Centros respectivos para el curso 1935-1936, 1936-1937, 1937-1938 y 1938-1939, siempre que hubieran prestado servicios militares en el Ejército o en las Milicias»²³⁰, por lo que a los jóvenes que habían luchado en el bando derrotado también se les admitía. Además estas clases era la forma única de enseñanza para todos aquellos alumnos que se encontrasen de segundo curso en adelante²³¹.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid se organizaron, en el mes de octubre de 1939, unos cursos sobre «Cultura española en el Siglo de Oro». Los profesores que daban aquellos cursos poco o nada tenían que ver con los que se encontraban en la misma Facultad antes de la guerra. Si antes enseñaban en ella Menéndez Pidal, Américo Castro, Agustín Millares, García Morente, Gómez Moreno, Pedro Salinas, Navarro Tomás, Rafael Lapesa, etc., ahora lo hacían algunos que se habían decantado desde el principio de la guerra por el bando de los sublevados, como Eloy Bullón, Armando Cotarelo, Juan Hurtado o González Palencia, pero el resto eran profesores que gracias al nuevo régimen llegaron a la universidad y que a partir de ese momento empezaron a ocupar cargos importantes dentro del mundo de la filología española del franquismo, me refiero a Joaquín Entrambasaguas, Rafael de Balbín o Luis Sosa²³². Los cursos fueron anunciados a través de Radio Nacional de España el 5 de octubre de 1939 por el decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Eloy Bullón, quien dejó claros los nuevos designios que iban a guiar el estudio de las humanidades y cuál iba a ser el modelo y el maestro a seguir.

²³⁰ *Ibidem*.

²³¹ Orden de 19 de octubre de 1939.

²³² Lo mismo sucedió en la Facultad de Medicina; las cátedras y los cargos de profesores fueron ocupados por personas afines al nuevo régimen, según cuenta Castilla del Pino en sus memorias.

Nadie ha superado en esta magna labor de restauración e interpretación de la tradición de España el más ilustre en el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, el glorioso maestro Menéndez y Pelayo. La luz inmortal de su espíritu egregio y cultísimo sigue hoy iluminando a nuestra facultad, compuesta en gran parte de discípulos suyos, formados en el estudio profundo de sus obras y algunos también en el trato frecuente e íntimo del maestro. Fieles a nuestra misión profesional y a la memoria sagrada de nuestro insigne maestro y compañero, nos proponemos emprender en seguida, además de nuestras acostumbradas tareas docentes, un amplio estudio de los valores de la hispanidad en el siglo de oro. Al efecto, la facultad prepara para la fecha próxima un ciclo de conferencias acerca de los principales aspectos de la cultura española en aquella época en que nuestra patria era la primera potencia intelectual de Europa, al mismo tiempo que la primera potencia política²³³.

Además de los cursos, se continuó con las excursiones, algo que paradójicamente se instauró en la época de la tan odiada Institución Libre de Enseñanza, y se hicieron viajes al Marruecos español para los alumnos de estudios de árabe; mientras que los de Literatura española e Historia del Arte hicieron varias excursiones a El Escorial, a Toledo, a Segovia, a Ávila, a Manzanares el Real, a El Páular y a Aranjuez. También se daban cursillos en el Museo del Prado; y conferencias a través de la radio para universidades de provincias, como Oviedo o Valencia.

Un elemento importante para la reconstrucción de la vida docente universitaria en Madrid era la recuperación de la biblioteca. En la Facultad de Filosofía y Letras, la biblioteca, al igual que el resto de la Facultad, ya se encontraba en la Ciudad Universitaria por lo que la mayoría de los libros y de las estanterías fueron utilizados para construir trincheras y parapetos. A partir de los libros recuperados se fue reconstruyendo una nueva.

²³³ *Revista de la Universidad de Madrid*, t. I fascículo I, Letras, Madrid, 1940, págs. 202-203.

Se han recuperado los fondos dispersos de esta Biblioteca [Filosofía y Letras] llevados al edificio de la Facultad en la Ciudad Universitaria desde la Biblioteca Nacional, Ayuntamiento de Madrid, Biblioteca de Derecho, Centro de Estudios Históricos y otros depósitos. Se han recuperado los restos de las estanterías metálicas y en ellas se han reinstalado los fondos de la Biblioteca. De las trincheras y del edificio se han recogido 155 sacos de fichas correspondientes a los catálogos decimal e inventario antiguo de la Biblioteca. Se han limpiado y alfabetizado estas fichas con el fin de reconstruir el catálogo²³⁴.

Finalizada la guerra, uno de los problemas que tuvo la nueva universidad fue la escasez de libros; para llenar las bibliotecas de las facultades de libros se creó la Junta de Adquisición de Libros que se encargaba de conseguir en el extranjero aquellos que los nuevos profesores solicitaban para sus clases. Para ello, tenían que cursar una carta con la lista de los libros que necesitaban, pero debido a «los problemas planteados por la guerra europea y la falta de divisas suficientes han dificultado la recepción de obras extranjeras»²³⁵. Se solventó este inconveniente gracias a una serie de gestiones con las embajadas de la Alemania amiga y de Francia para que les enviaran las tesis doctorales que se habían publicado en sus universidades. Alemania donó las tesis correspondientes a 1935 y se esperaban que llegaran las que van de 1936 a 1939, con lo que se formaba una biblioteca de más de 10.000 ejemplares. Lo primero que se hicieron con las tesis, una vez catalogadas, fue exponerlas en colaboración con el Archivo Histórico y con la Biblioteca y Museo Arqueológico Nacionales, ordenadas por universidades. También se realizó una exposición sobre Cisneros, figura representativa de la grandeza de la España imperial. Con tantos libros adquiridos, el problema que ahora se planeaba era el espacio donde colocarlos, ya que las salas dedicadas a la lectura en el caserón de los noviciados en San Bernardo apenas tenían capacidad para que los estudiantes matriculados pudiesen estudiar,

²³⁴ *Revista de la Universidad de Madrid*, 1940-1941, págs. 213-214.

²³⁵ *Ibidem*, pág. 214.

lo que suponía que «las salas han estado llenas constantemente y los estudiantes han tenido que esperar turno a la puerta para lograr sitio»²³⁶.

Alonso Zamora acudió a alguna clases de aquellos cursos, pero acostumbrado a las de Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás, etc. prefería prepararse el examen de licenciatura por libre antes de perder el tiempo en ellas escuchando a Hurtado o Entrambasaguas. A las que sí asistía era a las que daba Dámaso Alonso, único enlace que quedaba con la universidad en la que se había formado.

Pues bien, en tan acogedor lugar, a las cuatro de la tarde, hora increíble para nuestros hábitos, aparecía Dámaso a explicar Filología románica. Dámaso todavía no había sucedido a Menéndez Pidal en la cátedra (eran los tiempos de depuraciones, arreglos y desarreglos), pero lo veíamos prácticamente como su continuador y heredero [...]. Pero lo que sí recuerdo con enorme satisfacción es el inmenso respeto con que se le escuchaba, actitud que contrastaba escandalosamente con lo que ocurría en otras clases, encargadas a fantasmones o advenedizos, cuando no a rencorosos eruditos, clases que devenían fácilmente en discreto pitorreo. Y digo pitorreo para disimular²³⁷.

Finalmente hizo el examen de licenciatura. El tribunal estaba presidido por Armando Cotarelo y en él también se encontraba Dámaso Alonso, que, como hemos vistos, ya había regresado a Madrid de Valencia, donde le habían mandado en un principio por su cercanía a los republicanos durante la guerra; pero gracias a su amistad con Luis Ortiz, nuevo director general de enseñanza superior consiguió la cátedra de Menéndez Pidal en la Universidad de Madrid. En el examen había una parte escrita y otra oral; además, el alumno debía elegir lo que llamaban una materia potestativa, que consistía en un tema que él dominara y sobre el que el tribunal le hacía una serie de preguntas. Alonso Zamora eligió

²³⁶ *Ibidem*, pág. 214.

²³⁷ Alonso Zamora Vicente: «Dámaso, ya un recuerdo» en *Dámaso Alonso...*, pág. 43.

Historia del Arte y no le costó mucho superar el examen. Tuvo más problemas María Josefa, ya que su materia potestativa era la radiología aplicada a la fonética, materia que dominaba tanto por las clases de Navarro como por sus prácticas en la consulta de un médico, el padre de Lola Franco, donde ella trabajaba. Pero el tribunal desconocía el tema y no se lo admitió, por lo que tuvo que presentarse en otra convocatoria.

Además de los cursos abreviados se intentó normalizar la vida diaria de la Facultad de Filosofía y Letras con nuevos planes, aunque los alumnos que empezaron sus estudios por el plan de 1931 continuarían con ese mismo hasta licenciarse. El nuevo plan, aprobado por una Orden de 31 de agosto de 1939 decretaba que los estudios de Filosofía y Letras se organizaban «en dos periodos denominados Estudios comunes y Estudios especiales»²³⁸. En los primeros se estudiaba Lengua Latina, Lengua Griega o Árabe, Lengua y Literatura Españolas, Introducción a la Filosofía, Historia General e Historia de España, Historia del Arte, Lengua Francesa y Lengua Alemana, Italiana o Inglesa. Una vez superada esta etapa se realizaba un examen que comprendía pruebas orales y escritas. Pasado el examen cada alumno elegía su especialidad que podía ser Filosofía, Letras o Historia. Con el paso del tiempo las asignaturas que se enseñaban se fueron perfilando. Así, mediante una Orden de 30 de octubre de 1940, se concretan las asignaturas que formarán parte del primer curso de especialización en Filología Moderna; eran las siguientes: Lengua y Literatura Latinas, Lengua y Literatura Española, Historia de la Lengua Española, Paleografía, además de dos cursos monográficos establecidos por la propia Facultad.

²³⁸ Orden de 31 de agosto de 1939. *BOE* de 13 de septiembre.

2.- EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DURANTE LA GUERRA Y SU CONVERSIÓN EN EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Durante aquellos días en los que todo se estaba empezando a reconstruir, Zamora Vicente también se acercó al antiguo Centro de Estudios Históricos, ahora convertido en Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La presencia en él de alguno de los antiguos compañeros del viejo Centro, como Dámaso Alonso, fue lo que le llevó hasta sus puertas y allí colaboró, durante poco tiempo, como becario, al igual que María Josefa Canellada. Pero nos vamos a remontar a los primeros meses de la guerra, meses llenos de confusión en los que intentaban seguir una vida normal a pesar de lo que estaba sucediendo.

Sigo yendo al Centro por la tarde. Hay mucho desbarajuste en todas partes y muchas noticias contradictorias [...]. Hoy estuvo Zamora en el Centro. Me dijo que le enseñara este cuaderno de diario mío que estaba allí, encima de mi mesa. Es tonto ¿no dice que esto que yo escribo día a día para acordarme mañana de que he vivido es, en realidad, para que lo lea otro? Me habló de su casa, de muchas cosas. (Cuando estaba allí llegó Montesinos que no le conoce). Me dijo cosas que no entiendo. Y si pasara algo terrible —llama algo terrible si nos quisieran matar a todos, por ejemplo—, me llevaría a su casa. También Navarro me ha ofrecido la suya y le ha dicho a don Ramón que me encargue de otro trabajo que no sea el de Índice donde estoy sola. Éste me ha puesto a corregir pruebas de *i*. Hay que confrontar y sacar con signos raros lo que hay de común en unos pasajes de la Silense y la Tudense. Al principio me pareció algo muy complicado. Ahora creo que lo comprendo todo y que lo sabré hacer bien, pero es interesante ver cómo todo esto me preocupa menos, y cómo siento yo que mi casa es el hospital y que aquello me va llenando la vida²³⁹.

Aquellos primeros meses de la contienda resultaron bastante inciertos para el Centro. Una serie de profesores pertenecientes a los grupos políticos más radicales fueron a la casa de Castillejo y se lo llevaron a la sede del Centro, donde

²³⁹ Diario inédito de María Josefa Canellada. Octubre de 1936. Familia Zamora Canellada.

también se encontraban las oficinas de la Junta para la Ampliación de Estudios, para que les entregara las llaves y los documentos que allí se guardaban. La situación se solucionó gracias a la intervención del ministro Barnés y de Ramón Menéndez Pidal²⁴⁰. Castillejo pudo salir del país y marchar a Londres donde ya había mandado a su familia. En cambio, el conserje, Benito Almazán, no tuvo tanta suerte y le dieron el paseo, acusado de ayudar a un pariente suyo²⁴¹. En el mes de noviembre, y junto a los altos cargos de la República, se trasladaron a Valencia muchos de los miembros y colaboradores de la Junta para la Ampliación de Estudios y del Centro de Estudios Históricos²⁴². Durante varias semanas los locales de la calle de Medinaceli, 4 estuvieron abandonados, lo que podía facilitar que cualquiera pudiera entrar en ellos y llevarse el material que allí se encontraba, o que los bombardeos, que aquellos días sufría Madrid, acabaran con el edificio. Don Ramón Menéndez Pidal recuerda, en una carta enviada a Lapesa, el estado en el que se encontraba el Centro la última vez que lo visitó, en el mes de diciembre de 1936, antes de marchar a Francia:

Las últimas semanas que yo residí en Madrid el aspecto de Medinaceli, 4, no podía ser más triste, el 10 de diciembre, me parece, o el 11, fui allí por última vez; todo estaba cerrado al exterior y oscuro en el interior. La sombra del pobre Benito vagaba por aquellos pasillos sin luz. Con el ánimo abatido, como puede usted suponer, decidí irme a Burdeos, aprovechando las reiteradas invitaciones de Valencia para que saliera de Madrid²⁴³.

²⁴⁰ Rafael Lapesa: «Menéndez Pidal, creador de escuela: El Centro de Estudios Históricos», en *¡Alza la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979, págs. 43-81.

²⁴¹ Su muerte aparece recogida en la correspondencia que, durante esos días, mantiene Lapesa con don Ramón, o éste con Américo Castro; por lo que se demuestra que era un hombre muy querido en el Centro.

²⁴² Además de Navarro, en Valencia se encuentran, según informa Rafael Lapesa a Menéndez Pidal «Gili, Torner, Rodríguez Castellano, Vallelado, Montesinos, Dámaso, Santullano, Bonfante y Sánchez Barrado y algunos más». Carta de 19 de mayo de 1937. Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 188.

²⁴³ Carta de 17-VI-1937. Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 187.

Rafael Lapesa, que tuvo que quedarse en Madrid por motivos personales²⁴⁴, consiguió, a finales de diciembre de 1936 o principios de enero de 1937, que «a un grupo de colaboradores de la Junta y profesores del Instituto Escuela, movilizados todos para servicios auxiliares, se nos encomendase proteger los locales de Medinaceli, 4»²⁴⁵.

Desde mediados de diciembre la F.E.T.E montó un servicio de vigilancia y conservación en la Junta y Centro de Estudios Históricos. Uno de los organizadores fui yo; hasta ahora hemos trasladado a los sótanos los ficheros de la sección de Filología, y algo de la de Arte en la caja blindada del Archivo de la Palabra, llevada también abajo, he ido encerrando todos los originales y trabajos en preparación que he encontrado en los distintos despachos. Allí estaban las cajas de la Crónica de 1344, los materiales recogidos para Documentos lingüísticos del reino de León, originales de don Ramón sobre la épica y de vocabulario dialectales, etc. Para todo esto se necesita que haya una persona de la casa, pues no es cosa de abandonar tales misiones a extraños [...]. Si usted cree conveniente para el Centro el que yo siga en este servicio, mucho le agradeceré interponga su ayuda para evitar que el Ministerio me reclame para fuera de Madrid²⁴⁶.

Ayudado por este grupo de colaboradores y por algunos de los encuestadores del *ALPI*, Jacinto Vallelado y Rodríguez Castellano, Lapesa consiguió bajar a los sótanos los documentos más importantes para salvarlos de los bombardeos de la aviación. En un informe que Lapesa envió a don Ramón a La Habana el 19 de mayo de 1937 le dice:

²⁴⁴ Un familiar suyo estaba gravemente enfermo y no podía salir de la ciudad. «Lapesa —le escribe Navarro a don Ramón— no ha querido salir de Madrid por motivos familiares que le impiden moverse de allí. La FETE se ha encargado de la guardia y custodia del Centro.» Carta de Navarro Tomás a Menéndez Pidal; Valencia, 19 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal.

²⁴⁵ Rafael Lapesa: «Menéndez Pidal, creador de escuela...», pág. 76.

²⁴⁶ Carta de Rafael Lapesa a Navarro Tomás, 6 de enero de 1937. Archivo de la Residencia de Estudiantes.

Me permití entrar en el despacho de V. y sacar de los armarios de la estantería todos los materiales que V. tenía allí. Con lo que no me atreví fue con los libros y papeles que estaban sobre la mesa, en espera de hacerlo con quien V. indicara²⁴⁷.

Lapesa, que definitivamente se había encargado de la custodia del Centro, también informaba a Tomás Navarro de las actividades que se estaban realizando para salvar los ficheros del *Glosario* y *Corpus*²⁴⁸, los de la Sección de Arte y los aparatos de fonética, además de los papeles de don Ramón. En los primeros meses de 1937, el Centro fue retomando su actividad lentamente. Se estableció una estrecha relación entre Valencia, donde se encontraba Navarro Tomás, y Madrid, con el fin de continuar las publicaciones²⁴⁹, y de establecer una normalidad en los trabajos, que en muchos casos era más deseada que real.

En Valencia —le escribe Navarro Tomás a Homero Serís— el Centro está ganando de día en día mayor actividad. Trabajan en él Dámaso Alonso, Rodríguez Castellano, Moñino, Rosenbalt, Bonfante, Alarcos, Sánchez Barrado, Martínez Torner y algunos becarios auxiliares. Está instalado en la planta principal de la Casa de la Cultura, donde Rodríguez Castellano actúa como bibliotecario. Se están trayendo de Madrid los libros necesarios para que la biblioteca sea un buen instrumento de trabajo²⁵⁰.

²⁴⁷ Documento tomado de Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 183.

²⁴⁸ «Me dice [Lapesa] que ha bajado a los sótanos todos los manuscritos de usted, los ficheros del *Glosario* y *Corpus*, los ficheros de la sección de Arte y los aparatos de fonética» Le escribe Navarro a don Ramón. Carta de Navarro Tomás a Menéndez Pidal; Valencia, 19 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal. Desde Valencia, Navarro le pide a Lapesa que le mande unos papeles del Laboratorio de Fonética: «Desearía recibir unos papeles que quedaron en mi habitación, Laboratorio de Fonética. Eran unas estadísticas de frecuencia de sonidos en varios textos y autores. Estaban escritos en hojas grandes de papel cuadriculado. Se hallaban en el armario pequeño de corredera que estaba en el laboratorio a la izquierda de la puerta de entrada. Si usted recuerda donde se encuentran esos papeles y puede sacarlos fácilmente le agradeceré mucho que me los envíe». Valencia, 8 de septiembre de 1938. Archivo de la Residencia de Estudiantes.

²⁴⁹ Existe una prolija correspondencia en la Residencia de Estudiantes entre Lapesa y don Tomás durante los años de la guerra donde van tratando sobre el día a día del Centro de Estudios Históricos.

²⁵⁰ Valencia, 14 de octubre de 1937; Archivo de la Residencia de Estudiantes. Sobre el lugar donde se instalaron en Valencia, escribe Moreno Villa: «Nos albergaron en un edificio que había sido hotel, y que a la mañana siguiente de nuestra llegada lucía en sus balcones un gran lienzo

Se publicaron, durante esos meses, algunos números de la *Revista de Filología Española*²⁵¹, además de algunas publicaciones de otras secciones.

Vamos a publicar unos cuadernos con la colaboración de los que convivimos en la Casas de la Cultura. El título de la casa, aunque resulta pedante, hay que soportarlo. Los cuadernos, con trabajos tan dispares, no tendrán el carácter de una revista normal. Serán la expresión bibliográfica de las circunstancias extraordinarias que han reunido bajo un mismo techo a este grupo de gentes [...]. Hemos salvado el cuaderno de la *Revista de Filología Española* que había quedado en la encuadernación de la Imprenta Hernando. Vamos a hacer su reparto en estos días. Además estamos preparando otro cuaderno que se va a componer en Valencia. Están aquí Montesinos y Dámaso Alonso y, aún cuando carezcamos de muchos elementos, nos esforzaremos en mantener la continuidad de la *Revista*. La normalidad en Valencia es completa y se podría trabajar si tuviéramos aquí los materiales del Centro. Hemos traído también a Valencia a Bonfante para que se ocupe de la continuidad de *Emerita*²⁵².

A medida que la guerra avanzaba y la República iba perdiendo más territorio, la situación en Madrid se hacía más asfixiante. Rafael Lapesa fue movilizado y tuvo que abandonar la capital, aunque siempre que regresaba a ella, se pasaba por la calle Medinaceli.

blanco sosteniendo este rótulo: “Casa de la Cultura”. Título que me abochornaba un poco. Los valencianos le llamaban: “El casal dels sabuts de tota mena” (La casa de los sabios de todas clases)». José Moreno Villa: *Vida en claro*, México D.F.: El Colegio de México, 1944, pág. 227.

²⁵¹ Navarro Tomás, en una carta enviada a Ramón Menéndez Pidal el 21 de enero de 1937, le informa de cómo están sacando adelante los trabajos del Centro y sobre todo la *Revista*: «Hemos salvado el cuaderno de la *Revista de Filología Española* que había quedado en la encuadernación de la Imprenta Hernando. Vamos a hacer su reparto estos días. Además estamos preparando otro cuaderno que se va a componer de muchos elementos, nos esforzamos en mantener la continuidad de la *Revista*. La normalidad en Valencia es completa y se podría trabajar si tuviéramos aquí los materiales del Centro». Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...* pág. 186.

²⁵² Carta de Navarro Tomás a Menéndez Pidal; Valencia, 19 de enero de 1937. Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, págs. 186-187.

No sabe usted cuanto siento que tenga usted que abandonar el Centro de Estudios Históricos. La ausencia de usted es un motivo más para que decidamos imprimir la revista fuera de Madrid. Aún cabe la esperanza de que usted pueda hacer su servicio militar sin salir de esa capital. Aún en ese caso se comprende que las obligaciones de ese servicio le impedirán continuar ocupándose de los asuntos del Centro. Deseo tener noticias de usted tan pronto como sepa la clase de trabajo y de ocupaciones que va a tener en esta nueva situación. No hemos decidido hasta la fecha la persona que haya de sustituirle como encargado del Centro. Son ya tan pocos los compañeros que quedan y están tan recargados de trabajo que no sabe de quien echar mano. Espero que haya podido cumplir su deseo de terminar la Historia de la Lengua antes de ingresar en el servicio militar²⁵³.

Don Tomás tuvo que trasladarse, al igual que los altos cargos del gobierno republicano, de Valencia a Barcelona, para después marchar a Francia, acompañado siempre de los documentos recopilados para el *ALPI*. Ya no se podía hacer más de lo hecho; gracias a la labor de un grupo de hombres se consiguió salvar gran parte de los documentos que se encontraban en el Centro y que tantas horas de trabajo habían supuesto. Finalizada la contienda, aquel grupo de hombres que habían conseguido, en el Centro de Estudios Históricos, levantar la filología española hasta las elevadas cotas europeas, tenía que abandonar el país y buscar una nueva vida allí donde les permitieran seguir lo único que sabían hacer: investigación filológica. Amado Alonso, desde Buenos Aires, se pregunta por el destino que les espera a cada uno de ellos.

La guerra se acaba, quizá ya esté acabada cuando usted reciba esta carta. ¿Qué será de Navarro Tomás? Si no consigue salir lo llevarán a un campo de concentración o lo fusilarán. Dámaso podrá quedar tranquilo. No sé de Iglesias, Lapesa y demás jóvenes. Pero Américo, Montesinos, Onís, Salinas y yo, no podremos nunca más ni volver a España ni escribir para ella. (¿Qué será de Gili Gaya?) ¡Qué cataclismo! La

²⁵³ Carta de Navarro Tomás a Rafael Lapesa, Valencia, 1 de marzo de 1938. Archivo Residencia de Estudiantes.

RFE, como todo lo de la Junta, que cuenta con el odio explícito de los vencedores (¡Pedro Sainz Rodríguez!) no podrá seguir publicándose. Primero porque la prohibirán, y segundo, porque si no la prohíben nos prohibirán a los que la podríamos seguir haciendo²⁵⁴.

La zona nacional disolvió la Junta para la Ampliación de Estudios por un decreto de mayo de 1938 repartiéndose sus servicios entre las Universidades y el Instituto de España, y se anunciaba la organización de otro grupo de instituciones concernientes al estudio de las ciencias de la naturaleza y las matemáticas. Es la primicia de la fundación, en noviembre de 1939, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que se creó por una ley de 24 de noviembre de 1939. El odio que los vencedores sentían por la política cultural de la Junta para la Ampliación de Estudios, lo puso de manifiesto uno de ellos, Joaquín Entrambasaguas, quien en un libro lleno de rencor y de envidia dejó patente que había que acabar con todo lo que suponía el Centro de Estudios Históricos:

El Centro de Estudios Históricos, antro de «percebes fieles» [...] donde estrujando el desfosforado cerebro de los pobres famélicos principiantes y comprando miserablemente el trabajo de otros se erigían en prestigiosos y «sabios universales» o que a la «hora de todos» quevedesca quedaran sin ninguna de las obras que les dieran fama. Allí se gratificaba la cursilería sin igual de Américo Castro, el maniquí erudito [...], el inverecundo Sánchez Albornoz, la poesía presupuestaria de Pedro Salinas y otros poetas de lira estreñida, la adulación rastrera del repugnante Aguado Bleye y los gorgoritos fonéticos de Navarro Tomás, ya que no el cervantismo inefable

²⁵⁴ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal. Buenos Aires, 8 de marzo de 1939. Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 238. En otra carta anterior, Amado expresaba unas ideas muy parecidas: «Es un dolor ver cómo se desparrama por el mundo un puñado de hombres que tanto ha costado formar. ¿Cuándo se podrá juntar otra vez en España? ¿Y cuántos quedarán ya definitivamente fuera? Me temo que la ciencia sea donde más se sienta a la larga el desastre. Además, en mucha gente hay verdadero furor contra los intelectuales, sin distinguir entre los periodistas de talento llamados intelectuales, Maeztu, Araquistáin, etc., y los hombres de investigación que no se han metido jamás en política. Y cuando acabe la guerra ¿permitirán otra cosa que hacer ciencia al servicio del triunfador?» Buenos Aires 18 de mayo de 1937. Archivo Ramón Menéndez Pidal.

del inefable Homero Serís, verdadero tipo de vodevil francés, o las incontables, ilegibles y misteriosas, papeletas con que atiborraban los ingentes ficheros más por el qué dirán que por el afán de ciencia. Cuantos vividores, infelices y mamarrachos publicaban por allá para recibir el espaldarazo de la ciencia europea en edición institucionalista de bolillo y conseguir cátedras, academias, etc., o al menos para colaborar en la «Revista de Filología» que les permitía pasar la inmortalidad con entrada de paso²⁵⁵.

El triunfo del franquismo supuso una radical ruptura con la tradición cultural que había nacido en España en los últimos años del s. XIX y que había conseguido elevar al mundo científico y creativo a las cimas en las que se encontraba la cultura europea. Fue durante la República cuando esta tradición alcanzó su máximo apogeo. Debido a esta identificación entre la República y la vida intelectual, Franco quiso arrancar cualquier vestigio de aquella cultura con el fin de evitar que se introdujera en el nuevo manto cultural que los franquistas estaban tejiendo. Los hilos para coser dicho manto se encontraban en un pasado, para ellos glorioso: en la España del Imperio, en el s. XVI. Se recuperan autores de entonces, como Garcilaso, al que se le dedica una revista de poesía, también se imitan las formas poéticas y narrativas de aquella época. Para llevar a cabo la instauración de esta nueva cultura era necesario rehacer las instituciones anteriores, pero limpiándolas de todo resto republicano que quedase, y aquellos que iban a estar al frente de ellas debían asumir al completo los nuevos senderos por los que iba a transcurrir la vida científica. Con la guerra había quedado una

²⁵⁵ Joaquín Entrambasaguas: *Pérdida de la universidad española*, Bilbao: Editorial Libertad, 1938, págs. 50-51. Un nuevo ejemplo lo tenemos en lo que escribió otro de los vencedores, Ángel González Palencia: «En resumen, la obra del Centro de Estudios Históricos resultó cara y sectaria, como todo lo que lleva el sello de la Institución Libre de Enseñanza, y sirvió para encaramar a las alturas a ciertos personajes que se aprovecharon del esfuerzo de estudiantes y personas modestas, a quienes explotaban con la sordidez del más avaro editor, y a quienes a veces calificaban despectivamente, en lugar de agradecerles que, con dinero de la nación, les proporcionaban plumas para adornarse». Ángel González Palencia: «El Centro de Estudios Históricos» en *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián: Editora Española SA, 1940, págs. 191-196.

España derrotada a la que le habían quitado todo, pero también había nacido una nueva generación de vencedores que fue ocupando los cargos de responsabilidad política y cultural que habían arrebatado. Esta nueva generación intelectual con fuerte influencia del fascismo italiano, en el caso de Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, Rafael Sánchez Mazas, o del nazismo germánico en el de Pedro Laín Entralgo o Antonio Tovar, estaba inspirada en una profunda corriente católica. No había hueco para la disensión, por lo que aquellos que en algún momento de su pasado más reciente hubieran flirteado con el republicanismo, o bien se encontraban encarcelados, o bien en el exilio. Otros herederos de aquel pasado intelectual, por razones de encontrar una forma de vida en la nueva España, se subieron a la grupa de los nuevos dictados y se sometieron a humillantes depuraciones por las que renegaban de su época anterior, fueron los casos de Marañón, Pérez de Ayala, Benavente, entre otros, aunque algunos lo hicieron voluntariamente. Pero la gran mayoría de ellos, a los que no les quedó más remedio que aceptar tímidamente el nuevo régimen, transitaron por aquellos años intentando hacer el menor ruido posible. Ejemplo de ello son dos de las grandes figuras de la vida cultural española anterior a la guerra: Ortega y Gasset y Menéndez Pidal. Moreno Villa intenta dar una explicación a estos comportamientos:

Contra la voluntad de los despistados de entonces y los felones de entonces y de hoy, la Historia de España de ese periodo está hecha por los intelectuales, los modernistas, los juanramonianos, los «puros», los «alacres», los ultraístas, etc. Ellos son la Historia de ese periodo, con sus ideales y juegos sagrados. Ni falangistas ni cavernícolas podrán escribir de ese periodo una sola línea verdadera sin los nombres de los nuestros, no de ellos, nuestros. Porque don Santiago Ramón y Cajal era nuestro, y Costa, y Achúcarro, y Pío del Río-Hortega, y Blas Cabrera, y Bolívar, Don Ramón Menéndez Pidal, y Unamuno, y Picasso, y Azorín, y Baroja, y Ortega, y Valle-Inclán, y Pérez de Ayala. No importa que algunos de los recién citados estén hoy en la península. La vejez y mil circunstancias hacen guiñapos a los hombres y dejan de ser lo que fueron. Pero todos los citados contribuyeron a formar aquel ambiente

ateniense. Todos jugaron bien en su momento de plenitud. Algunos, además, nacieron apolíticos y no entienden otro juego que su trabajo. Ni otra política que su trabajo. Así explico los casos de Menéndez Pidal, Baroja, Azorín ¿Que esta explicación no es válida de la pura o neta política? Ya lo sé. Pero hay valores humanos que nos los borran ni las equivocaciones políticas. Y esos antiguos valores que fueron nuestros ya están en España seguirán haciendo su obra, pero sin ambiente propicio, casi en el vacío, asfixiados, aunque no lo digan²⁵⁶.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue un baluarte de la nueva cultura que se estaba creando²⁵⁷. Presidido por el ministro de Educación Nacional desde 1939 hasta 1951, José Ibáñez Martín —aunque el encargado de dirigirlo en sus primeros años fue José María Albareda Herrera²⁵⁸—, se creó con el fin de salvar la cultura española en un momento de cambio radical como el que se

²⁵⁶ José Moreno Villa: *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*, México: Colegio de México, 1951, págs. 51-52.

²⁵⁷ Según Gregorio Morán: «Dentro del complejo mundo de las distribuciones de cuotas de poder en el franquismo, el dictador asignó el CSIC a personalidades católicas, independientemente de sus inquietudes científicas, en muchos casos inexistentes, aunque influyentes en cuanto a lo religiosos. Con peso específico eclesial, mejor que intelectual». Gregorio Morán: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona: Tusquets, 1998, pág. 120.

²⁵⁸ Los dos no son sospechosos de estar alejados del mundo católico: «Como presidente [del CSIC] figuraba el ministro de educación José Ibáñez Martín, pero en realidad durante todo el periodo que abarca este libro, y aún más, el auténtico director sería el “secretario general” del Consejo, José María Albareda Herrera, un profesor de enseñanza media que había ingresado en el Opus Dei en plena guerra civil, gran parte de la cual la había pasado refugiado en la embajada de Chile, en el Madrid republicano. Detalle que compartía con quien luego sería su ministro, Ibáñez Martín, murciano, profesor también de enseñanza media, antiguo diputado de la CEDA y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). No es de extrañar que tan feliz asociación de un ministro de la ACNP y un secretario general del Opus Dei obtuvieran la felicitación del Papa Pío XII, en mayo de 1943, por la labor cristianísima del CSIC», Gregorio Morán: *El maestro en el erial...*, pág. 120. La misma idea muestra Antonio Tovar, que ocupó un cargo importante dentro de Falange y del mundo cultural de la época: «El ministro Ibáñez Martín incluyó en el nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que presidía el Obispo de Madrid-Alcalá y del que fue secretario desde entonces hasta su muerte el “opusista” Alvareda [sic], el antiguo Centro de Estudios Históricos, y los fundadores y creadores de él fueron relegados, en el mejor de los casos, a presidencias honoríficas, mientras eran nombrados nuevos directores bajo los cuales se pudieran utilizar los recursos oficiales para la empresa político religiosa del Opus Dei». Antonio Tovar: «Sobre la escuela de Menéndez Pidal» en *La Torre*, LXX-LXXI (Oct.-Dic. 1970 - Ene. Mar. 1971), pág. 79.

estaba viviendo, e imponer las nuevas directrices culturales que se estaban diseñando, según se recoge en el preámbulo de la ley:

En las coyunturas más decisivas de su Historia concentró la Hispanidad sus energías espirituales para crear una cultura universal. Esta ha de ser también la ambición más noble de la España del actual momento, que, frente a la pobreza y paralización pasadas, siente la voluntad de renovar su gloriosa tradición científica [...]. Hay que imponer, en suma, al orden de la cultura, las ideas esenciales que han inspirado nuestro Glorioso Movimiento, en las que se conjugan las lecciones más puras de la tradición universal y católica con las exigencias de la modernidad.

Lo cierto fue que este CSIC no tenía la intención de realizar una investigación de vanguardia y enviar a sus investigadores a prepararse al extranjero como hacía la Junta para la Ampliación de Estudios, sino crear una organización que cubriese todo el espectro académico, basado en la doctrina de la Iglesia católica ligada a las corrientes del Opus Dei, con lo que ésta asociación religiosa se convirtió en «tutora de la investigación en la España de la posguerra»²⁵⁹.

Con este nuevo Consejo se quiere evitar una de las acusaciones que se hacía a la Junta para la Ampliación de Estudios y era su capacidad totalizadora a la hora de abarcar el mundo científico del momento, sin dejar apenas espacio a otras instituciones como las universidades²⁶⁰.

²⁵⁹ Jordi García y Miguel Ángel Ruiz Carnicer: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid: Síntesis, 2004, pág. 177.

²⁶⁰ Esta opinión la muestra, nada más terminar la guerra, uno de los vencedores: «El punto neurálgico de la vida universitaria española desde 1910 acá ha sido el de las relaciones entre la Universidad y la Junta para la Ampliación de Estudios. La Junta, dirigida y gobernada realmente por la Institución, aunque se le procuraba dar apariencia de neutralidad, sustituyó de hecho a la Universidad en las funciones más augustas de la investigación pura. La Junta alegaba, para proceder así, que la Universidad no estaba capacitada para desarrollar esta misión. La Universidad contestaba que no la podía desarrollar por falta de medios materiales [...]. Los reacios a someterse a la férula de la Junta, que casi, casi siempre puede decirse que eran la de su

La ordenación de la investigación nacional ha de cristalizar en un órgano de nueva contextura, cuya misión sea exclusivamente coordinadora y estimulante, sin aspirar a mediatizar centros e instituciones que con vida propia se desarrollan. Debe conservar lo que cada uno ha sabido construir, y no disociar de la Universidad los centros investigadores.

Para evitarlo, en el artículo 3 de la ley se establece que formarán parte de del CSIC «representantes de la Universidad, de las Reales Academias, del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos, de las Escuelas de Ingenieros de Minas, Caminos, Agrónomos, de Montes, Industriales, Navales, de Arquitectura, Bellas Artes y Veterinaria, también formarán parte de él el ejército, las ciencias sagradas». Pero en realidad el CSIC se convirtió en una alternativa a la universidad, en un lugar donde se podía promocionar para acceder a las cátedras universitarias, como veremos más adelante, y una forma de conseguir una financiación inalcanzable para la universidad.

Se mantienen las pensiones, uno de los grandes avances que consiguió la Junta para equiparar a los investigadores españoles con los europeos.

La investigación requiere, como condición primordial, la comunicación e intercambio con los demás centros investigadores del mundo. La estancia de nuestros profesores y estudiantes en el extranjero y la estancia en España de profesores y estudiantes de otras naciones, así como la colaboración en Congresos científicos internacionales, exigen un sistema de pensiones, bolsas de viaje, residencias, propuestas e invitaciones.

secretario, se tenían que limitar a trabajos solos, sin laboratorio, sin biblioteca, sin dinero para publicar sus libros. Debe buscarse la forma de que la Junta para Ampliación de Estudios, con todos sus anejos dependientes, pase a la Universidad en la cual debieron crearse y de la cual no debieron jamás haberse divorciado. La ciencia y la investigación deben estar por encima de todo partidismo político». Ángel González Palencia: «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza» en *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián: Editorial Española SA, 1940, págs. 274-275.

El aislamiento internacional de España en aquellos momentos no permitía que fueran muchos los que pudieran ampliar sus conocimientos en universidades extranjeras. Únicamente la Alemania nazi y la fascista Italia podían acoger a los investigadores españoles, hasta que finalizó la Segunda Guerra Mundial.

Las funciones y la estructura del nuevo Consejo se establecen por medio de un Reglamento de 10 de febrero de 1940. Según este reglamento, el CSIC quedaba dividido en Patronatos, cada uno de ellos dedicado a una materia de investigación: Raimundo Lulio, dedicado a los estudios de Teología, Filosofía, Derecho y Economía; Marcelino Menéndez Pelayo, a las Humanidades; Alfonso el Sabio, donde se agrupaban las Matemáticas, la Física y la Química; Santiago Ramón y Cajal centrado en el estudio de las Ciencias Naturales y Biológicas, y Juan de la Cierva dedicado a estudios de Física Aplicada. Cada uno de estos Patronatos se dividía en Institutos donde se especializaba la materia de estudio. De la rama de Filología se encargaba el Instituto Antonio de Nebrija, que estaba encuadrado dentro del Patronato Marcelino Menéndez Pelayo, que equivaldría al antiguo Centro de Estudios Históricos, (aunque en 1947 se creó el Instituto Miguel de Cervantes, encargado de los estudios filológicos hispánicos, mientras que el Nebrija quedaba encargado de la Filología clásica) y dentro de él también estaban los siguientes Institutos: Benito Arias Montano, de Estudios Árabes y Hebraicos; Jerónimo Zurita, de Historia; Gonzalo Fernández de Oviedo, de Historia Hispanoamericana, Diego Velázquez, de Arte y Arqueología; Juan Sebastián Elcano²⁶¹, de Geografía.

Al frente de los institutos se colocó a catedráticos de ideología conservadora y partidarios de la derecha católica que no habían tenido notoriedad durante la

²⁶¹ Los nombres que se dieron a los Patronatos e Institutos pueden ayudar a hacernos una idea del pasado tradicional y conservador que se pretendía recuperar.

República y que habían colaborado en la guerra con el bando franquista²⁶². No interesaba tanto la capacidad intelectual de los hombres que iban a ocupar los cargos de responsabilidad cultural como su adhesión a las ideas conservadoras y católicas en las que se basaba el nuevo régimen. La generación de vencedores que durante los años de la República se encontraba en un muy escondido segundo plano debido a que la primera línea estaba ocupada por investigadores con una capacidad intelectual fuera de duda, se abalanzó hasta los puestos dominantes empuñando únicamente su sumisión al nuevo régimen²⁶³. Un ejemplo de ello se produce en el CSIC donde muchos de los institutos o secciones se van a crear para pagar las deudas adquiridas durante los años de la guerra²⁶⁴.

A don Ramón Menéndez Pidal se le quiso hacer partícipe de este juego, pero él se negó en redondo. A pesar de que en la memoria del CSIC de 1940 aparece como director del Instituto Antonio de Nebrija y en la de 1941 como director

²⁶² Únicamente José Casares Gil y Manuel Torres López (éste último dimitió rápidamente de su cargo) ocuparon cargos relevantes en la Junta, pero debido a su colaboración con los sublevados durante la guerra, quedaron exentos de depuración. Gonzalo Pasamar Alzuria: «Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la Universidad de la posguerra» en *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)* editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 1991, págs. 305-339.

²⁶³ «La posibilidad de obtener recomendaciones, puestos docentes eventuales, becas y otras remuneraciones, medios para salir al extranjero y participación en revistas era algo de tal modo accesible tan sólo a una minoría de estudiantes, profesores universitarios y de Bachillerato, que se convirtió en un poderoso instrumento de presión dentro de la propia universidad, de promoción profesional y de legitimación del Régimen. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas reunió todas estas características de un modo muy especial durante el primer franquismo: oligarquía y palanca de promoción universitaria, institución para la propaganda del Régimen, instrumento de la autarquía y plataforma para aglutinar grupos intelectuales con propuestas políticas». Gonzalo Pasamar Alzuria; «Oligarquías y clientelas en el mundo...», págs. 305-306.

²⁶⁴ «En los Patronatos Menéndez Pelayo y Raimundo Lulio el hecho tuvo que ver con varios factores: con una permanente voluntad de atender las necesidades y pretensiones de la jerarquía eclesiástica y los intereses de ciertos militares». Gonzalo Pasamar Alzuria; «Oligarquías y clientelas en el mundo...», pág. 337.

honorario, don Ramón rechazó el cargo. En una carta escrita a Miguel Herrero expresa las razones por las que no quiso dicho puesto²⁶⁵:

Fui Director [de la] Acad[emia] con Monarquía, Dictadura y República y ahora no puedo serlo; el “Centro de Estudios Históricos” que yo valoricé con mi esfuerzo y acredité la marca de Fábrica “Rev[ista de] Filol[ogía] Esp[añola]. Centro de Est[udios] Hist[óricos]” me lo quitan también... Cultivo la Humildad, pero la Humildad útil. Y recelado y desconsiderado no podría hacer labor útil. Ahora me ofrecían el oro y el moro, ¿pero luego? Carezco de apoyo y de consideración, no obtendría recursos para la labor²⁶⁶.

La desilusión que se llevó cuando regresó a España al percatarse del espíritu revanchista que dominaba en los vencedores, le hizo tomar la decisión de apartarse de la vida intelectual y dedicarse, en su casa de Chamartín, a trabajar en sus proyectos inacabados. Aunque desde fuera, sus antiguos compañeros no entendieron el regreso a España del maestro.

Lo de don Ramón es muy triste, como usted ve para todos los que le respetamos y queremos. Onís está furioso con él y a veces expresa su furor con demasiada violencia ¡Qué de engaños, de desilusiones y derrumbamientos! La única solución es abrazarse a las conmociones íntimas, creer en unos cuantos seres, y afirmar la resolución de lucha contra todo, y trabajar²⁶⁷.

Muchos no comprendieron la actitud conciliadora que don Ramón tomó después de la guerra. Cansado de los continuos enfrentamientos que los españoles habían tenido durante tanto tiempo, don Ramón piensa —según

²⁶⁵ Un tratamiento semejante de marginación protocolaria se dio a Manuel Gómez Moreno, a quien se nombró presidente honorario del Instituto Diego de Velázquez.

²⁶⁶ Carta del 28 de agosto de 1939. Archivo Menéndez Pidal. Citada por Diego Catalán: *El archivo del romancero...*, pág. 252.

²⁶⁷ Carta de Pedro Salinas a Amado Alonso; Welleslay, 25 de enero de 1939. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

explica en una carta a Amado Alonso —, desde la independencia política que debe tener la cultura, que ahora es el momento de no fomentar la revancha y que el tiempo que les va a tocar vivir cambiará. Don Ramón quería evitar que un grupo de excelentes investigadores que habían trabajado durante muchos años codo con codo se viera ahora enfrentado por discrepancias de tipo político, y sus palabras siempre trataron de animar la reconciliación de viejos camaradas.

Bien comprende usted la enorme amargura que es par mí ver al fin de mis días deshecho el hogar de trabajo que formamos con tanta dificultad. Es el recuerdo mortificador que martillea en todos los momentos de añoranza, y mi único pensamiento obsesionante es la pacificación espiritual, empezando por la neutralidad de la cultura que siempre defendimos en la Junta y que puede ser el primer paso para que los españoles dejemos en segundo término la división de derechas e izquierdas por la que tan desastrosa con infecundamente reñimos hace siglos, y nos unamos en abarcar, uno tras otro, los graves problemas concretos que el país necesita ir resolviendo penosamente. Usted me recuerda el odio explícito contra la Junta. Piense usted que los vientos que forman toda borrasca giran con regularidad en redondo y cambian completamente. Cambiaran estos. Habla usted herido como es natural por recientes sucesos; esos sucesos son naturales en el periodo de gran acritud presente; pasado algún tiempo serán incomprensibles. Yo agradecería infinito a usted, y a los demás amigos, si quieren no amargarme más de lo que estoy (como espero de su bondad que querrán) que no hagan nada que dificulte la pacificación ¿Qué se pierde con no estorbarla? ¿Y qué se gana con satisfacer la cólera o la indignación del momento? Ayude usted siempre a mi esperanza en vez de quebrantarlos y crea que algo se conseguirá²⁶⁸.

El ámbito de las humanidades iba a tener una importancia especial, debido a la sensibilidad que el ministro Ibáñez Martín sentía por ellas, pero entendidas de manera integrista y conservadora, lo que va a hacer que se conviertan en el motor ideológico de la institución, sobre todo la filosofía y la teología. En el ámbito de la

²⁶⁸ Carta de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso; París, 18 de marzo de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

filología, los trabajos realizados en el Instituto Antonio de Nebrija, nada tienen que ver con los importantes proyectos que esa rama de la ciencia realizó durante los años previos a la guerra y que hemos visto más arriba. La razón se debe, además de a los nuevos postulados que guían al Consejo, a que no queda rastro de los profesores y colaboradores formados en el Centro. Muchos habían elegido el exilio, es el caso de Navarro Tomás, Américo Castro, Amado Alonso, Montesinos, entre otros; los que habían decidido quedarse en España habían sido recluidos a institutos o universidades periféricas y alejados de los centros de investigación, como sucedió con Rafael Lapesa, Fernández Ramírez y Gili Gaya. A Dámaso, aunque en un principio se le envió a Valencia que era donde se encontraba la cátedra que poseía, al poco tiempo regresó a Madrid²⁶⁹. Ahora los puestos son ocupados, como ya hemos dicho, por hombres afines a las ideas del

²⁶⁹ Amado Alonso escribe a Menéndez Pidal preocupado por el destino de Dámaso, pidiéndole que le ayude en caso de que sea necesario: «Estoy seriamente preocupado por Dámaso Alonso. No he tenido la menor noticia de él desde que terminó la guerra. Mucho me temo que después de haber sido como prisionero de los unos, vaya también a ser perseguido por los otros. Estamos en una época de tantos terribles sufrimientos individuales que el hacer algo por el prójimo ya no es una obra de bien con que ganarse méritos de buenos, sino una obligación que no podemos eludir sin hacernos malos. Gracias a Dios usted sigue siendo quien siempre ha sido. Yo le ruego que gaste un poco de su preciado tiempo en interesarse por Dámaso, por vía oficial. ¡Pensar que por consejo mío volvió Dámaso a Madrid desde su Leipzig en el mismo mes de la guerra! Luego le conseguí una cátedra en la Universidad de Tucumán, se pidió el permiso, para más seguridad, por la embajada. La mala suerte de que en aquellos días habían firmado los intelectuales de Valencia una nueva adhesión [...]. De rebote, todo lo perdió Dámaso, porque Asúa, furioso, al pedir su permiso añadió una nota personal aconsejando que no se concediera, porque los profesores españoles no podían ser aquí buenos republicanos. El pobre Dámaso, tan católico y tan manso, ha estado durante todo este infierno de la guerra sospechado de derechismo y me temo que ahora resulte castigado por izquierdismo. Lo que haga usted por él, no sé cómo se lo pagará Dámaso, pero yo como si lo hiciera por mí». Buenos Aires, 17 de junio de 1939. Archivo Menéndez Pidal. A pesar de las preocupaciones de Amado, Dámaso se había sabido acomodar bien al nuevo régimen, aunque tuvo que pagar, al igual que todos, el peaje de la transición. Así se veía el propio Dámaso, en aquellos primeros años de la década de los cuarenta, en su famoso libro *Hijos de la ira*: «¿Oh, quitadme, alejadme esa pesadilla grotesca, esa broma soturna! / Sí, alejadme ese tristísimo pedagogo, más o menos ilustre, / ese ridículo y enlevitado señor, / subido sobre una tarima en la mañana de primavera, / con los dedos manchados de la más bella tiza, / ese monstruo, ese jayán pardo / vesánico estrujador de cerebros juveniles, / dedicado a atornillar purulentos fonemas / en las augustadas frentes imperforables / de adolescentes poetas, posados ante él, como estorninos en los alambres del telégrafo / y en las mejillas en flor de dulces muchachitas / como nubes rosadas / que leyeran a Pérez y Pérez» del poema «En el día de difuntos». Dámaso Alonso: *Hijos de la ira*, Madrid: Castalia, 1988, pág. 80.

régimen implantado. Los cargos de vicedirectores los ocuparon, aquellos primeros años del Consejo, José Manuel Pabón, y Pascual Galindo Romero, catedrático de la Universidad de Madrid, y el de secretario Antonio Tovar. En 1942, Pascual Galindo ocupa el puesto de Menéndez Pidal y es nombrado vicedirector Tovar; el puesto de secretario lo ocupa Rafael de Balbín.

Continuó implacable la «depuración» y deliberada y sistemáticamente se prescindió de los mejores, si estos parecían ser mínimamente sospechosos de liberalismo o republicanismo, o por si debajo de su nivel había candidatos a un tiempo derechistas y ambiciosos. Los ejemplos menudean y sangran. De dirigir la investigación filológico-románica no se encargó a Dámaso Alonso y a Rafael Lapesa —y por supuesto, tan pronto como volvió a España, a don Ramón Menéndez Pidal—, sino a Entrambasaguas y a Balbín²⁷⁰.

El Instituto se divide en tres secciones: Filología clásica, Lingüística española y Literatura española. Dentro de la primera se reanuda la publicación de la revista *Emerita*, gracias a Antonio Tovar y a Álvaro d'Ors, y se publican, en de la

²⁷⁰ De esta forma describe Pedro Laín Entralgo la nueva situación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y continúa: «Al frente del Instituto Cajal, nuestro más prestigioso centro científico, no se puso a Tello o Fernando de Castro, ambos discípulos directos de don Santiago y disponibles ambos en Madrid, sino —entre otros— al enólogo Marcilla, persona excelente y técnica muy competente en los suyos, pero tan alejado del trato con las cédulas de Purkinje, valga este ejemplo, como del cerebelo pueda estarlo el vino. El gobierno y la orientación de los estudios físicos no fueron encomendados a Julio Palacios, católico y monárquico, dicho sea en inciso y a Miguel Catalán, espectroscopista de renombre universal, sino a José María Otero Navascués, óptico muy estimable, desde luego, mas no comparable entonces con los dos maestros antes mencionados. Para la dirección de los estudios filosóficos, el P. Barbado fue preferido a Xabier Zubiri, e incluso a don Juan Zargüeta [...]. En Química-física, Molés y los suyos fueron totalmente eliminados a favor de Foz Gazulla, inteligente químico y buen amigo mío, pero fanático y neurótico. A costa de olvidar su propio pasado [...], don Pascual Galindo prevaleció resueltamente sobre José Vallejo y Antonio Tovar, ambos herederos de la naciente filología clásica del Centro de Estudios Históricos y demasiado sospechosos, por tanto, de «continuismo». Obermaier quedó oficialmente olvidado. En Barcelona, el enorme vacío creado por la ausencia de Augusto Pi y Suñer fue habitado por la incipiente y escasa fisiología de Jiménez Vargas, miembro del Opus Dei. ¿Para qué seguir? Salvo en los campos de trabajo regidos por hombres eminentes e inobjetables, como el arabismo, con la gloriosa figura de Asín Palacios en su cima, la decisión de partir desde cero o desde la más pura derecha se impuso implacablemente». Pedro Laín Entralgo: *Descargo de conciencia*, Barcelona: Barral Editores, 1979, págs. 283-285.

colección Clásicos Emerita, textos clásicos de autores griegos y latinos comentados. En la sección de Lingüística española, que pronto pasará a denominarse de Filología española, se continúa con la publicación de la *Revista de Filología Española*, se realizan trabajos para preparar un *Glosario de Dicciones de los siglos XVI y XVII*, y se inicia, con la tragicomedia de Gil Vicente *Don Duardos*, editada por Dámaso Alonso, una biblioteca hispano-lusa; junto a esta colección también se crea, a imitación de las ediciones anotadas que hicieron en el Centro de Estudios Históricos Menéndez Pidal, María Goyri, Américo Castro, Fernández Montesinos entre otros, la de «Teatro antiguo español» con la comedia de Lope de Vega *Santiago el Verde*, con prólogo y notas de Ruth Annelise Openheimer. La sección de Literatura española, dirigida por Joaquín Entrambasaguas, colabora en la publicación de la *Revista de Filología Española* y crea una nueva revista *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, que sería una continuación de *Índice Literario*, ya que se centra en las «manifestaciones literarias actuales»²⁷¹.

Durante esos primeros años del Consejo Superior de Investigaciones Científicas tanto Alonso Zamora Vicente como María Josefa Canellada no mantienen una relación muy estrecha con el instituto Antonio de Nebrija. Ella participa como becaria y publica un artículo en la *Revista de Filología Española* titulado «Notas de entonación extremeña»²⁷², en el que hace un estudio, utilizando quimogramas, sobre la entonación en el habla de varios pueblos extremeños. Él también publica varios artículos en la *REF*, y consigue una beca por mediación de Dámaso Alonso y Antonio Tovar. Su misión era ordenar el fichero del diccionario del *Tesoro* de Samuel Gili Gaya. Además, en la memoria del CSIC de 1940-1941 se anuncian los trabajos en los cuales ambos se encuentran realizando en ese momento y que son sus tesis doctorales: *El habla de Cabranes*, de

²⁷¹ Memoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1940, 1941 y 1942.

²⁷² María Josefa Canellada: «Notas de entonación extremeña», en *Revista de Filología Española*, Madrid: CSIC, 1941, págs. 79-91.

María Josefa y *El habla de Mérida y sus cercanías*, de Zamora Vicente. Ambas tesis fueron publicadas por el Instituto en la colección «Archivo de tradiciones populares»²⁷³.

²⁷³ *Memoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (1940-1941)*, pág. 139.

CAPÍTULO III

AÑOS CUARENTA: LA EDUCACIÓN EN LA POSGUERRA, INSTITUTO DE MÉRIDA, LAS UNIVERSIDADES DE SANTIAGO Y SALAMANCA, EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE BUENOS AIRES.

I.- EL SISTEMA EDUCATIVO EN LA INMEDIATA POSGUERRA

Finalizada la guerra, en España se crea un nuevo régimen basado en unos principios totalmente opuestos a aquellos en los que se apoyaba la República, ya que una de sus consignas, si no la principal, era acabar con cualquier resto de los ideales republicanos. Sería complicado, además de no ser el propósito de esta tesis, establecer cuáles fueron los principios políticos e ideológicos en los que se fundamentó Franco para crear el nuevo régimen. Únicamente nos interesan en cuanto que nos pueden ayudar a comprender mejor los actos y las decisiones de un joven filólogo que intenta crearse un camino profesional en el mundo universitario teniendo siempre presente la formación recibida en la República.

Durante la guerra, Franco tuvo la habilidad política de unir en su persona los distintos grupos que apoyaron la sublevación contra el Gobierno. Sus victorias sobre el ejército republicano hicieron que militares, monárquicos, carlistas, tradicionalistas e Iglesia católica confiaran el poder en él. Esa misma habilidad la utilizará el caudillo, una vez finalizada la contienda, para crear un ideario político en el que todas aquellas facciones se vean representadas, pero en el que ninguna se encuentre conforme. Franco utilizó un poco del discurso de cada una para

construir una nueva ideología política en la que basar su régimen durante casi cuarenta años: el franquismo²⁷⁴. En los primeros años de la dictadura, el discurso falangista va a tener una posición de dominio y sus militantes van a ocupar los sillones del poder; basado en sus ideales se crea un régimen totalitario, dirigido por un poder autoritario que defiende un nacionalismo a ultranza, con una exaltación de los valores militares y católicos, centralizado y aislacionista. Estos valores, que van a estar presentes durante todo el tiempo que dura la dictadura, fueron mucho más agudos en sus inicios, en los que su discurso ideológico presentaba una serie de principios fundamentales para ejercer el control sobre la ciudadanía, como eran la abnegación y el espíritu de sacrificio y servicio al Estado, la disciplina, la docilidad social y política y la conformidad con el nuevo orden. Todos estos principios se basaban en la supremacía del Estado, según dijo uno de los creadores de las JONS, Ramiro Ledesma: «El Nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él y sólo en él»²⁷⁵.

La Iglesia católica, que desde un principio defendió la guerra, a la que definió como una «verdadera Cruzada», también quería que su mensaje tuviera un lugar destacado en el nuevo régimen. De tal forma que durante todo el franquismo se produce una unión indisoluble entre catolicismo y patria, convirtiéndose aquél en el fundamento y la esencia de España. Los recelos que la

²⁷⁴ Así lo reconoce Dionisio Ridruejo en una carta que envió a Franco, aunque pone en duda el funcionamiento del régimen creado: «Durante mucho tiempo he pensado —junto con algunos de los servidores más inteligentes y leales, más exigentes y antipáticos quizá también, que ha tenido V. E.— que el Régimen presidido por V. E., a través de todas vicisitudes unificadoras, terminaría por ser al fin el instrumento del pueblo español y de la realización histórica unificadora que nosotros habíamos pensado. No ha resultado así y esto lleva camino de que no resulte ya nunca [...]. El Movimiento no puede ser un conglomerado de gentes unidas por ciertos puntos de vista comunes, sino una milicia fuerte, homogénea y decidida. Y sobre todo, ese Movimiento, con su jefe a la cabeza, debe poseer íntegramente el poder con todos sus resortes y el mando efectivo de toda la vida social en cuanto la sociedad es sociedad política», Dionisio Ridruejo: *Casi unas memorias*, Barcelona: Planeta, 1976, págs. 236-237.

²⁷⁵ Ramiro Ledesma: «La conquista del Estado» en *Doctrina e historia de la Revolución Nacional Española*, Barcelona: Editora Nacional, 1939, pág. 35.

Iglesia católica tenía del poder político de los falangistas en los inicios del franquismo fueron constantes, lo que provocó veladas disputas entre ambas fuerzas a la hora de hacerse con determinadas parcelas de poder. Una de ellas fue la educación, cuyo dominio e instrumentalización permitía inculcar a los ciudadanos, desde la infancia, los postulados del nuevo régimen, otorgando una posición de privilegio a aquellos que la controlasen. Las derrotas del nazismo alemán y del fascismo italiano en la Segunda Guerra Mundial van a situar en un segundo plano las ideas y a los seguidores del falangismo y supuso un alivio para la Iglesia que, a partir de ese momento, ya pudo respirar tranquila, puesto que su mayor enemigo descendía a las mazmorras del olvido²⁷⁶.

Con el camino ya libre, la Iglesia se hizo con el dominio de la educación. A partir de ese momento su influencia en la política educativa de la España de Franco fue muy poderosa, como lo atestiguan la gran cantidad de colegios religiosos que se crearon, el gran número de sacerdotes que ocuparon las cátedras en universidades e institutos y, sobre todo, el peso creciente de unos ministros de Educación Nacional, muy cercanos al mundo católico, entre los que destaca Ibáñez Martín, que ocupó el cargo en los años en los que se fraguó la ideología de la nueva España, desde 1939 hasta 1951. Él puso de manifiesto ese poder que la Iglesia había tomado en el sistema educativo en el acto de inauguración de las tareas docentes de la Universidad de Madrid:

La universidad inmortal ha vuelto [...]. Se impone, ante todo, la restauración de nuestra tradición universitaria. Radica aquí precisamente el fundamento posible de ese afán del Imperio que la Falange proclama [...]. En las aulas se restablecerá el espíritu cristiano. Más aún. Pensamos devolver a las ciencias sagradas el puesto de

²⁷⁶ De nuevo Ridruejo se queja al dictador de cómo se está apartando del poder a los falangistas: «Y lo cierto es que los falangistas no se sienten dirigidos como tales, no ocupan los resortes vitales del mando, pero, en cambio, lo ocupan en buena proporción sus enemigos manifiestos y otros disfrazados de amigos, amén de una buena cantidad de reaccionarios y de ineptos», Dionisio Ridruejo: *Casi unas memorias...*, págs. 237-240.

honor que les corresponde en la historia de nuestra cultura. El caudillo dijo ya en 1938: «no será necesaria ninguna universidad católica especial, pues todas las universidades lo serán» y tendrán una enseñanza religiosa especialmente filosófica. «Servicio, sacrificio, hermandad». He aquí la trilogía que el Jefe Supremo de nuestro Movimiento prescribe como lema de la juventud²⁷⁷.

La acentuada confesionalidad de la política educativa de Franco quedó ya en evidencia con la Ley de Enseñanza Media de 1938. Dicha ley fue aprobada bajo el ministerio de Pedro Sáinz Rodríguez, primer ministro de Educación Nacional de los gobiernos de Franco, cargo que ocupó desde febrero de 1938 hasta el 9 de agosto de 1939. Era un hombre católico, monárquico, miembro de Acción Española en los años treinta y de una vasta cultura, que admiraba a Menéndez Pelayo, de quien mandó editar sus obras completas. La ley, de 20 de septiembre de 1938, fue obra del propio ministro y de sus colaboradores más cercanos: García Valdecasas, subsecretario y José Pemartín, jefe del Servicio Nacional de Enseñanzas Superior y Media²⁷⁸. Los tres entendían la reforma educativa como un factor clave para lograr una nueva estructura social y erradicar cualquier atisbo del sistema educativo republicano, que era considerado como el semillero de los grandes males del país²⁷⁹. El control que la Institución Libre de Enseñanza había

²⁷⁷ *Revista de la Universidad de Madrid*, t. I fascículo I, Letras, Madrid, 1940, pág. 4. Más claro, si se puede ser, era Enrique Herrera Oria, quien escribió: «La vuelta a la tradición gloriosa de nuestros valores espirituales, cuando España ofrendó al mundo una Santa Teresa y una Isabel la Católica y un Cisneros, en Trento una pléyade de teólogos defensores del dogma [...], uno de los factores que más contribuyeron a cimentar ese imperio espiritualista español, fueron, sin duda, las Universidades españolas, cuya restauración, lo mismo en su régimen orgánico nacional y católico, que en su espíritu doctrinal, si queremos, [...], luchar también nosotros en el campo intelectual contra esa tradición antiespañola impuesta por los enemigos de la patria desde la segunda mitad del siglo XVIII, en la organización exótica de nuestro sistema universitario», en «Universidades en la España imperial y en la nueva España», en *Razón y Fe*, núm. de mayo y junio de 1939, págs. 242-243.

²⁷⁸ Una visión de la enseñanza en los primeros años del franquismo la encontramos en Alejandro Mayordomo: «La educación como “cruzada”. El modelo educativo en la España del Nacional-Catolicismo», en *Historia de la educación en España V. Nacional-Catolicismo y Educación en la España de la posguerra*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencias, 1990.

²⁷⁹ Llegados a este punto, no nos podemos negar a trasladar la siguiente cita, tomada del preámbulo de la ley, donde se expresa, con un lenguaje bastante explícito, el rechazo a la

ejercido, según los vencedores, sobre el sistema educativo español durante los años de la República supuso uno de los grandes males del país, que era necesario acabar con él cuanto antes. Ella había sido la culpable de los años de desestabilidad que sufrió España en el primer tercio del siglo XX debido al laicismo de su enseñanza, que acabó con la esencia católica que había caracterizado a nuestro país a lo largo de su historia.

La primitiva Institución Libre de Enseñanza [...] conservaba como un rito la enseñanza de vástagos de la más linajudas familias institucionalistas —los Gineres y sus múltiples derivaciones, los Ríos, los Zuluetas, los Barneses, los Bolívares, los Buenes, etc., etc., etc.— que los enseñaban allí para que cumplieran este deber casi religioso a la vez que les abrían paso por el camino oficial en los distintos centros institucionalistas creados con este fin. Así, el institucionalismo tenía para los suyos la primera enseñanza no sólo en la venerable Institución Libre de Enseñanza [...], sino también en las Escuelas adscritas a los Institutos Escuela; la segunda enseñanza en estos dañinos centros, de donde podían salir bachilleres, como podía salir cualquier cosa más o menos institucionalista [...]. Cumplido el Bachillerato, o lo que fuese aquel galimatías del Instituto Escuela [...], era el joven institucionalista acogido en la Universidad de Madrid, totalmente sometida a la secta, y especialmente en sus facultades de Letras y Ciencias [...] y allí, o en otro centro institucionalista más o menos, seguían la carrera hasta que, terminada, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Junta de Relaciones Culturales, el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Cajal, el Instituto Rockefeller, la Escuela de Criminología, el Museo de Ciencias Naturales, el Museo Pedagógico, la Escuela Superior de Magisterio, la Universidad de Verano, las Misiones Pedagógicas, el

educación republicana, a la que acusa de afeminar a la juventud española: «Formadas las jóvenes inteligencias con arreglo a estas normas, se habrá realizado, para plazo no muy lejano, una total transformación en las mentalidades de la nueva España y se habrá conseguido desterrar de nuestros medios intelectuales síntomas bien patentes de decadencia; la falta de instrucción fundamental y de formación doctrinal y moral, la deshumanización de la literatura y el arte, el fetichismo de la metáfora y el verbalismo sin contenido, características y matices de la desorientación y de la falta de vigor intelectual de muchos sectores sociales en estos últimos tiempos; todo ello en contradicción dolorosa con el viril heroísmo de la juventud en acción, que tan generosa sangre derrama en el frente por el rescate definitivo de la auténtica cultura española».

Consejo Superior de Investigaciones Científicas o Fundación Nacional de Ensayos, etc. y aun el teatro ambulante de «La Barraca» o la Expedición al Amazonas, y algunos de menor categoría para ir ayudándose, le proporcionaba el enchufe o enchufes definitivos sin el «atrasado» sistema de oposiciones. Y en fin, hasta la vida íntima en las distintas Residencias de Estudiantes, hallaba medio de moldeársele conforme a la secta [...]. Así pues, la Institución Libre de Enseñanza, creada por Giner de los Ríos frente al Estado, frente a lo oficial, vino a ser por su vaguedad idealista y su exactitud de ruta materializadora e interesada, la dueña y tirana del Ministerio de Instrucción Pública, directa o indirectamente [...], y por lo tanto de la cultura y educación nacionales, base del país, y de la mayoría del presupuesto público destinado a estos fines²⁸⁰.

Y para que ese sistema educativo no se hubiese instalado en España «hubiera entonces bastado con la pérdida de vidas de uno de los días actuales, para que el imperio de la ley y el respeto sagrado a las autoridades hubiesen sido hechos tangibles. Con unas cuantas docenas de penas capitales impuestas a los de arriba, y las necesarias deportaciones y expulsiones del territorio nacional, muchos de los energúmenos, agitadores y cobardes revolucionarios causantes de nuestras presentes desdichas hubiesen callado con silencio absoluto»²⁸¹. Tal era el odio que los vencedores sentían hacia el sistema educativo de la República²⁸². Una vez acabado con él, construye un nuevo sistema basado en los valores católicos y cristianos que propugnaba el nuevo régimen como reconocía el nuevo ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín en la inauguración del curso universitario del año cuarenta en Valladolid:

Habíamos de desmontar todo el tinglado de una falsa cultura que deformó el espíritu nacional con la división y la discordia y desraizarlo de la vida espiritual del país,

²⁸⁰ Joaquín Entrambasaguas: *Pérdida de la Universidad...*, págs. 40-42.

²⁸¹ Enrique Suñer: *Los intelectuales y la Tragedia española*, San Sebastián; Editorial Española, 1938, pág. 1938, pág. 37.

²⁸² Muchos son los ejemplos que podemos transcribir acerca de este odio, gran parte de ellos recogidos en el libro *La destrucción de la ciencia en España...*, págs. 58-72.

cortando sus tentáculos y anulando sus posibilidades de retoño. Sepultada la Institución Libre de Enseñanza y aniquilado su supremo reducto, la Junta para la Ampliación de Estudios, el Nuevo Estado acometió, bajo el impulso del Caudillo, la gran empresa de dotar a España de un gran instrumento que [...] fuera la base de una reestructuración tradicional de los valores universales de la cultura y, al propio tiempo, el medio más apto para crear una ciencia española al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Nación [...], era vital para nuestra cultura amputar con energía los miembros corruptos, segar con golpes certeros e implacables de guadaña la maleza, limpiar y purificar los elementos nocivos. Si alguna depuración exigía minuciosidad y entereza para no doblegarse con generosos miramientos a consideraciones falsamente humanas era la del profesorado²⁸³.

Era necesario reaccionar contra la filosofía liberal y laicista que había inspirado la política educativa de la República y contra el artífice de la misma, la Institución Libre de Enseñanza²⁸⁴, y la mejor forma de hacerlo era proponiendo el retorno a los ideales de catolicismo y espiritualidad que, según los nuevos dirigentes culturales, habían constituido el fundamento de la cultura y de la historia españolas²⁸⁵, y así se recoge en el preámbulo de la ley:

El Catolicismo es la médula de la Historia de España. Por eso es imprescindible una sólida instrucción religiosa que comprenda desde el Catecismo, el Evangelio y la Moral, hasta la Liturgia, la Historia de la Iglesia y una adecuada Apologética.

²⁸³ José Ibáñez Martín: «Hacia un nuevo orden universitario», Valladolid, 4 de noviembre de 1940, págs. 9-10.

²⁸⁴ «De la Institución Libre de Enseñanza, anti-Católica, anti-española, no ha de quedar piedra sobre piedra. Se ha de transformar en Centro de Españolismo. La Alta Enseñanza madrileña habrá de ser, inexorablemente, de aquí en adelante, Patriótica, Católica y Legal. O no ser», escribía José Permartín: *¿Que es «lo nuevo»?... Consideraciones sobre el momento español presente*, Santander: Cultura española, 1938, 3ª edición, Madrid: Espasa Calpe, 1940, pág. 113.

²⁸⁵ Según Sainz Rodríguez: «Es un deber del Estado nuevo, ya lo ha hecho, que no se conserve ni una brizna de posibilidad de que el laicismo vuelva a tener beligerancia doctrinal en el ámbito del pensamiento y la educación españoles. Para nosotros, el catolicismo, además de ser nuestra religión y la de la inmensa mayoría de los españoles, constituye la única posibilidad de poseer una clave para entender la historia de nuestra civilización y de nuestro pueblo y una norma para que pueda marchar nuestra nación por las rutas del porvenir». Pedro Sainz Rodríguez: *La Escuela y el nuevo Estado*, Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938, pág. 8.

Las dos características principales que van a definir esta ley son el apoyo a los centros privados de enseñanza, recogida en la base I de la misma, y de lo que se beneficiará principalmente la Iglesia; y la primacía de la enseñanza clásica y humanística: «La cultura clásica y humanística se han reconocido universalmente como la base insuperable y fecunda para el desarrollo de las jóvenes inteligencias», decía el preámbulo. Otra característica que debemos señalar es «la prueba de suficiencia final o examen de Estado del Bachillerato», que el alumno realizaba cuando finalizaba los cursos de bachillerato, requisito imprescindible para entrar en la universidad. Suprimidos los exámenes parciales, el alumno se jugaba en dicho examen el poder convertirse o no en universitario, lo que produjo gran cantidad de fracasos escolares y el vacío de las aulas universitarias.

El bachillerato estaba estructurado en siete cursos en los que se enseñaban las siguientes asignaturas: religión y filosofía, lenguas clásicas, lengua y literatura españolas, geografía e historia, matemáticas, lenguas modernas y cosmología. En la defensa que hacía la ley de una enseñanza basada en la cultura clásica y las humanidades, la lengua y la literatura españolas tenían una relevante posición, según se recoge en la ley:

Es nuestra lengua el sistema nervioso de nuestro Imperio espiritual y herencia real y tangible de nuestro imperio político-histórico. Como dijo Nebrija en ocasión memorable, fue siempre la lengua compañera inseparable del Imperio. Sólo un profundo estudio de nuestro idioma sobre sus textos clásicos y el aprendizaje de su empleo y de sus bellezas, puede darnos la seguridad de que el presente renacer de nuestro sentido nacional y patriótico, labrado a golpes de dolor y adversidad, no sea una exaltación pasajera, sino algo permanente y sustantivo en el espíritu de las generaciones venideras.

1.- OPOSICIONES A PROFESOR DE INSTITUTO

Uno de los profesores encargados de transmitir esos conocimientos sería el joven Alonso Zamora que, a los 24 años, y recién licenciado, se presentó a las oposiciones a catedrático de lengua y literatura de Instituto que se convocaron por una Orden de 24 de febrero de 1940. Se ofertaron diez plazas, cada una de una disciplina distinta, entre las que se encontraba la de Lengua y Literatura. En la convocatoria se establecía una serie de restricciones, ya que tenían preferencia para acceder a las cátedras los mutilados por la patria, los oficiales que hubieran alcanzado medalla de campaña, los ex cautivos por la causa nacional, los huérfanos u otras víctimas nacionales; en el caso de que quedaran plazas sin cubrir por alguno de los citados, podían acceder a ellas el resto de candidatos; en este grupo era en el que Alonso se encontraba. En el mes de junio de 1940 se llevaron a cabo los ejercicios de las oposiciones. Cuando se estaban celebrando, un incidente que sufrió el presidente del tribunal, José María Pemán, retrasó bastante su resolución.

José María Pemán, además de presidir el tribunal de oposiciones, era también, en ese momento, director de la Real Academia Española. De ambos cargos fue destituido por una Orden de 23 de julio de 1940, en medio de las oposiciones, por lo cual éstas fueron aplazadas. La causa de dicha destitución —según cuenta el propio Zamora²⁸⁶— fue la lección de clausura que pronunció Pemán en un ciclo de conferencias sobre José Calvo Sotelo, ministro durante la dictadura de Primo de Rivera y asesinado pocos días antes del inicio de la guerra civil, organizado por la Academia de Jurisprudencia y Legislación. El acto estaba presidido por Serrano Súñer y en él también estaba Miguel Primo de Rivera, hermano del fundador de Falange Española. En aquel acto se hallaban presentes

²⁸⁶ Alonso Zamora Vicente: *Historia de la Real Academia*, Madrid: Espasa Calpe, 1999, págs. 465-466.

posiciones políticas afines pero con ciertos matices que las diferenciaban. Durante el acto, Pemán manifestó su defensa de la restauración monárquica y valoró el caudillaje como una situación transitoria encaminada a reestablecer la figura del rey, opinión que no le gustó mucho al cuñado de Franco; también ensalzó la figura de Calvo Sotelo, a quien consideró como el gran ideólogo del movimiento, ensombreciendo, por tanto, a José Antonio. Emitir tales opiniones en un momento en el que los distintos grupos de apoyo al nuevo régimen estaban tomando posiciones fue algo temerario. Además de Serrano Súñer, también se ofendió mucho el hermano del Ausente, Miguel Primo de Rivera, quien, al día siguiente, envió una carta en la cual retaba a duelo al director de la Real Academia Española. El asunto se resolvió con la avenencia civilizada de ambas partes, dejando la anacrónica solución para tiempos remotos²⁸⁷. Todo esto le costó a Pemán, como ya hemos dicho, la destitución de sus cargos, ya que las aclaraciones no llegaron a tiempo al Ministerio de Educación Nacional. En la dirección de la Academia fue sustituido por Francisco Rodríguez Marín, y las oposiciones las presidió José Rogerio Sánchez, catedrático de lengua y literatura en el instituto San Isidro de Madrid y hombre muy vinculado al nuevo régimen.

No fue éste el único incidente que sucedió en las oposiciones. Se produjo otro durante uno de los ejercicios que el opositor debía hacer, que consistía en la exposición oral de un tema elegido por él de los tres propuestos. Zamora Vicente eligió la poesía de Gabriel y Galán a la que definió como una poesía correcta pero mediocre, que no se podía comparar, ni mucho menos, con la de Juan Ramón Jiménez. Cuando estaba realizando la exposición, en la sala se oyó una voz —según cuenta el propio Zamora—: era la de Gonzalo Torrente Ballester, rutilante falangista por entonces, que le interpelaba llamándole «rojo», por lo que estaba

²⁸⁷ Javier Tusell y Gonzalo Álvarez Chillida: *Pemán, un trayecto intelectual desde la extrema derecha hasta la democracia*, Barcelona: Planeta, 1998, págs. 66-71. También lo recuerda el protagonista, José María Pemán: *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona: Dopesa, 1975, págs. 199-207.

diciendo del poeta extremeño. El incidente no tuvo mayores consecuencias que la reprimenda que Dámaso Alonso echó a su alumno por el atrevimiento. En los años cincuenta, Zamora publicó un artículo sobre el dialectalismo en la obra de Gabriel y Galán²⁸⁸, en el que analiza los rasgos lingüísticos de su poesía y llega a la conclusión de que, más que rasgos dialectales, lo que aparece en la poesía del poeta extremeño son vulgarismos.

²⁸⁸ Alonso Zamora Vicente: «El dialectalismo de José María Gabriel y Galán» en *Filología*, II, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1950, págs. 113-175.

II.- MÉRIDA, PRIMERA EXPERIENCIA DOCENTE

Aprobadas las oposiciones, Zamora fue enviado al instituto de Mérida como catedrático de Lengua y Literatura. Mérida, al igual que el resto de España, se estaba empezando a recuperar de la guerra. Era un pueblo pequeño, pero con alguna importancia, ya que tenía las ruinas romanas, el teatro, el parador y algunos hoteles que acogían a los escasos turistas que iban a visitarla. Allí llegó Zamora Vicente en septiembre de 1940. En la ciudad emeritense vivía la familia de su primo Aurelio, quien le consiguió los avales necesarios para salir del campo de concentración. El instituto era «un viejo caserón destartado»²⁸⁹; en el patio, los chicos jugaban con las vacas del conserje, que libremente pacían en él. El joven catedrático explicaba lengua y literatura a los siete cursos que formaban la enseñanza secundaria, por la mañana los chicos y por las tardes las chicas.

En aquella Mérida de sol y melancolía, en un invierno excepcionalmente lluvioso seguido de un verano atroz, de calores exagerados, comencé mi vida de profesor²⁹⁰.

En sus clases, el estudio de la lengua y la literatura españolas se basaba en los textos clásicos, previamente seleccionados y con un contenido ideológico muy determinado, a los cuales se les sometía a profundos análisis, además de ejercicios de composición y de redacción, de acuerdo a las propuestas de ley²⁹¹. Los contenidos de la asignatura se establecieron por una Orden de 14 de abril de 1939, donde se recoge el Cuestionario de Lengua y Literatura españolas. En el primer curso se estudiaban conceptos generales sobre lenguaje y normas básicas para escribir correctamente. En este curso se recomendaba la lectura de «buenos

²⁸⁹ Alonso Zamora Vicente: *El habla de Mérida y sus cercanías*, Mérida: Ayuntamiento de Mérida, 1985, prólogo.

²⁹⁰ *Ibidem*.

²⁹¹ Para la enseñanza de lengua y literatura véase: Fernando Valls: *La enseñanza de la literatura en el franquismo*, Barcelona: Antoni Bosch editor, 1982.

autores contemporáneos, en prosa y en verso, cuentos, fábulas, fáciles romances históricos o legendarios, con tal de que sean educativos, morales, amenos y no representen dificultades de léxico o de sintaxis». En el segundo curso, se proponía un análisis gramatical sistemático y completo. Aumentaba la complejidad de las lecturas, que debían ir acompañadas de comentarios y análisis gramaticales; además, los alumnos tenían que hacer ejercicios de redacción basados en «temas de formación moral, religiosa y patriótica». En el curso siguiente se profundizaba en el estudio de la sintaxis y se comenzaba a ver temas relacionados con la métrica, las estrofas, el ritmo del lenguaje. En cuanto a las lecturas, se ampliaba el campo hasta autores y obras del s. XV, con una antología que recogía poetas desde esa época hasta la contemporánea. Además, el profesor debía comentar un fragmento de *El Quijote* o de una novela ejemplar; se recomendaba en el Cuestionario la lectura de una comedia del siglo de oro y de una novela del s. XIX, «escogida con tino», con lo que se estaba proponiendo a Valera, Alarcón, Pereda, Palacio Valdés, el Padre Coloma, al Galdós de los *Episodios Nacionales*, y se rechazaba a Clarín, Pardo Bazán, Blasco Ibáñez y las novelas de Galdós. En el cuarto curso se estudiaba la lengua en su «sentido histórico» y se comenzaban a ver las teorías literarias. En este curso el alumno se iniciaba en el estudio de la historia de la lengua y de los géneros literarios. Se aconsejaba la lectura de una antología, cuyos poemas tenían que analizar y comentar. Los alumnos de bachillerato de los primeros años de la década de los cuarenta manejaron tres antologías: la de Juan Boch Monegal, profesor del colegio de los Jesuitas del Sagrado Corazón, *Libro de lecturas españolas*²⁹²; la de Guillermo Díaz-Plaja, *Antología temática de la literatura española (siglos XVIII-XIX)*²⁹³ y la de José Rogerio Sánchez, la más afín al régimen de las tres, *Antología de textos castellanos, siglos XIII*

²⁹² Juan Boch Monegal: *Libro de lecturas españolas*, Barcelona: Rauter, 1944.

²⁹³ Guillermo Díaz Plaja: *Antología temática de la literatura española*, Valladolid: Imp. Castellana, 1940.

a XX²⁹⁴. Se obliga a la redacción, al menos dos veces al mes, de una composición literaria. Los textos que se proponían para leer y comentar eran: un drama romántico (Zorrilla, Espronceda, el duque de Rivas), un ciclo del romancero (el Cid, fronterizos, entre otros), una novela breve del siglo de oro (*El Abencerraje y la hermosa Jarifa*, el *Lazarillo* o una de Cervantes), una novela breve moderna (Fernán Caballero, Alarcón, Pereda), y una obra de teatro clásico o una comedia de Moratín. En el quinto curso se terminaba el segundo grado de bachillerato, por lo que era conveniente realizar un repaso de todo lo estudiado hasta el momento y conseguir que los alumnos obtuvieran una visión sintética de los grandes ciclos literarios, desde la literatura clásica griega y latina hasta los posrománticos. En cuanto a las lecturas, se proponía una selección de la *Odisea* o de la *Iliada*, fragmentos de la *Eneida*, poesías de Horacio, un canto de la *Divina Comedia*, un drama de Shakespeare, una comedia de Lope, de Tirso, de Alarcón o de Calderón, *El Quijote*, alguna leyenda del duque de Rivas o de Zorrilla y una selección de una novela española del s. XIX. En el sexto curso el alumno ya se encontraba en situación, tanto por edad como por conocimientos, de «lograr un claro panorama del desenvolvimiento histórico de la literatura española»; para conseguirlo, se planteaba un estudio profundo de la misma, desde sus orígenes hasta el s. XVII. En el séptimo y último curso, se concluía el estudio de la literatura española, que iba desde el s. XVII hasta Gabriel Miró y «otras manifestaciones interesantes en la literatura actual». Se exigía a los alumnos la realización de un mínimo de tres trabajos, basados en la lectura de tres obras que el debían elegir de las listas que le ofrecían, una con autores de la época áurea, otra con autores de los siglos XVIII y XIX y otra con autores contemporáneos (Rubén Darío, Valle Inclán, Gabriel Miró, Jacinto Benavente).

²⁹⁴ José Rogerio Sánchez: *Antología de textos castellanos, siglos XIII a XX*, Madrid: García Enciso, 1942.

El profesor no disfrutaba de total libertad a la hora de transmitir los conocimientos al alumno, ya que debía guiar sus lecturas teniendo siempre presentes a aquellos autores que más se adecuaban a la moral de la época, por ello, al final del Cuestionario se le hacía la siguiente advertencia:

Los profesores deberán tener cuidado siempre que tengan que dar a conocer el nombre o las obras de algún autor de gran mérito literario, pero de carácter moral reprochable o de tendencias ideológicas o religiosas erróneas, de señalarlo y subrayarlo así a sus alumnos, recomendándoles la evitación de sus lecturas y poniendo bien de manifiesto el carácter de sus errores o de su inmoralidad. Siempre, sobre todo en la Educación Media, se deberá, como regla general, huir de los autores que aunque tengan méritos literarios relevantes sean peligrosos para la buena formación moral y la integridad de la Fe Católica en los alumnos. Y se evitarán temas que, aunque no sean inmorales, resulten inadecuados para la edad de aquéllos.

El joven catedrático Alonso Zamora se introdujo en la rutina de la ciudad, con unos compañeros carentes de ilusiones pedagógicas que suplían con «una extendida vanidad»²⁹⁵. Pero aquel invierno en Mérida fue también un tiempo de libertad y de reconocimiento dentro de la estructura del régimen dictatorial; su condición de catedrático de instituto le otorgaba unos derechos que antes, al haber defendido al Gobierno de la República, carecía. El carné de funcionario le permitía desplazarse por el país con libertad, sin necesidad de los salvoconductos que expedían las comisarías, previas firmas avaladoras «de honrados vecinos de reconocida y moralísima conducta (el panadero, el mercero, el carnicero, el párroco, el sereno, el sacristán) y veinticinco pesetas de entonces por el papelito-pólizas, vejaciones y colas aparte»²⁹⁶.

²⁹⁵ Alonso Zamora Vicente: *El habla de Mérida...*, pág. 4.

²⁹⁶ Alonso Zamora Vicente: *El habla de Mérida...* En el prólogo de esta obra, recoge Zamora una anécdota que le sucedió la primera vez que viajó a Madrid de vacaciones: «Creo que todo el mundo comprenderá fácilmente con qué afán deseaba yo que apareciese en el tren el policía, la primera vez que, vacaciones al frente, regresaba a Madrid con mi carnet acabadito de hacer. Cómo lo acariciaba en el bolsillo, entreterriéndome... Pues no lo necesité, también fue cosa. A la altura de

1.- LA TESIS DOCTORAL

Una de las máximas que Zamora Vicente había aprendido de su maestro Menéndez Pidal era que allí donde se esté siempre hay un tema que estudiar. El alumno no echó en olvido aquel consejo y se puso a trabajar en su tesis doctoral, cuyo tema, no podía ser otro, trataría el habla de Mérida y la de los pueblos cercanos. Allí comenzó «el acopio de materiales para lo que iba a ser mi tesis doctoral. Fui de aquí para allá, con los escasísimos medios de que disponía, utilizando los transportes más variopintos e inseguros, preguntando, preguntando, llenando papeles de notas y dibujos»²⁹⁷. Antes, Alonso Zamora ya había publicado tres artículos sobre algunas peculiaridades del habla extremeña, «Leonismos en el extremeño de Mérida»²⁹⁸, «Nombres de río sin artículo»²⁹⁹ y «Sobre léxico dialectal»³⁰⁰, en la *Revista de Filología Española*.

Puertollano, subió al tren un grupo de gentes extrañas, mujeres pintarrajeadas, hombres muy encorbatados y ceremoniosos... Eran cómicos, volvían muy apesadumbrados, Benavente y sus rosas otoñales no habían despertado entusiasmo entre el público manchego-minero del momento. Y el policía que apareció enseguidita, quizá atraído por el reclamo de tanto viajero junto, también fue casualidad, se limitó a ojear desdeñosamente el salvoconducto colectivo de la compañía. Ni se dignó mirar hacia mí, ni darse cuenta de que yo tenía levantada la mano con mi carnet de catedrático, foto-estudio, ilustrísimo señor, veinticuatro años encima... Nada. Me incluyó en la mesnada teatral sin la menor vacilación. ¿Qué complejo o bobalicón personaje me asignaría, si es que entendía algo de teatro? ¿O me valoró como tramoyista o, aún lo había, apuntador? Señor, señor, mi carnet resplandeciente... Desde entonces, otro gesto más de mano levantada, levantada así, ya sabéis cómo, a la altura de la frente, para evitar bofetadas».

²⁹⁷ *Ibidem*. «Y también presentí desde el primer momento, que yo haría allí un estudio del habla local, páginas que pudiesen estar en sintonía con la investigación dialectal europea y me sirviesen de soporte para mi futuro de filólogo. Se trataba de buscar a Mérida en Mérida mismo, en el habla de sus gentes, de sus tradiciones, en su cara más viva, grave o sonriente, es decir, indagar en el alternado jugueteo de síes y de noes que constituye la base de la vida. Y todo a través de su hablar.» Alonso Zamora Vicente: «Un día extremeño...», pág. 193.

²⁹⁸ Alonso Zamora Vicente: «Leonesismos en el extremeño de Mérida», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 89-90.

²⁹⁹ Alonso Zamora Vicente: «Nombres de río sin artículo», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 90-91.

³⁰⁰ Alonso Zamora Vicente: «Sobre léxico dialectal», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 315-319.

En aquella década de los cuarenta, se pusieron de moda, como apunta Diego Catalán³⁰¹, las monografías dedicadas al estudio del habla o del dialecto de una comarca o localidad en las que se daba mucha importancia a la etnografía. Eran tesis a las que, según Rafael Lapesa, llamaban «tesis de qué verde era mi valle»³⁰². Antes de empezar la suya, Zamora le pide consejo y guía a don Ramón:

Querido maestro:

Teniendo en proyecto un trabajo de investigación dialectal, le agradecería me proporcionase la satisfacción de poder escuchar sus consejos, y hasta su dirección, para obtener un resultado positivo. Siempre que no sea molestarle a usted mucho, o apartarle demasiado de su quehacer, ¿podrá atenderme un instante?³⁰³

El título de la tesis fue *El habla de Mérida y sus cercanías*, y en ella se estudian las peculiaridades lingüísticas de una zona determinada de Extremadura cuyo centro geográfico y neurálgico es Mérida. Alrededor de esta ciudad, el filólogo estableció un radio de 18 kilómetros que comprende una serie de pueblos que también fueron objeto de su estudio: Aljucén, Carrascalejo, Esparragalejo, La Garrovilla, Arroyo de San Serván, Calamonte, Alange, Zarza de Alange, Villagonzalo, Don Álvaro, Valverde de Mérida, San Pedro de Mérida, Trujillanos y Mirandilla. La delimitación geográfica la hizo el autor teniendo en cuenta aspectos de tipo social y geográfico que daban a la comarca cierta peculiaridad lingüística. En cuanto a los primeros, la vida administrativa de todos los pueblos se hacía en Mérida, ya que es allí donde se encontraban las instituciones más representativas, con las que cualquier ciudadano se tenía que relacionar. Respecto a lo geográfico, toda la zona está atravesada de este a oeste por el río Guadiana, lo

³⁰¹ Catalán, Diego: *Lingüística ibero-románica. Crítica retrospectiva*, Madrid: Gredos, 1974, págs. 206-232.

³⁰² «[Dámaso Alonso] había logrado que pulularan aquellas tesis de dialectología que superaron el hiato de los años conflictivos, aunque algún malévolo las llamara tesis de “qué verde era mi valle”, título de una película famosa entonces.» Rafael Lapesa: «Recuerdos de mi amistad con Dámaso Alonso» en *Dámaso Alonso. In memoriam*, Madrid: Universidad Complutense, pág. 25.

³⁰³ Carta de 10 de junio de 1942; procede del Archivo Menéndez Pidal.

que convierte a los pueblos en más o menos ribereños del río y establece una cierta unificación en sus cultivos; tanto por el norte como por el sur estaban delimitados por pequeñas cordilleras de montañas: en el norte las sierras de Montánchez y San Pedro y en el sur las de San Serván y Peñas Blancas. También tuvo en cuenta las vías de comunicación, pues el contacto con el mundo exterior de casi todos estos pueblos pasaba previamente por la ciudad pacense. El estado de retraso y de primitivismo en el que se encontraban los habitantes de estos lugares fue otro aspecto en el que el autor basó su delimitación geográfica. A algunos de estos pueblos aún no había llegado la luz eléctrica, y las únicas industrias que existían era la de la extracción del carbón y la de preparación del corcho; además, los aperos de labranza que utilizaban eran tan primitivos como el arado romano con el que surcaban la tierra.

Para sus investigaciones utilizó un quimógrafo que hizo a mano, a imagen del que había visto en el laboratorio del Centro de Estudios Históricos. Con mucho ingenio y con rudimentarios elementos consiguió fabricar un aparato que le sirvió para detectar las diferencias de pronunciación que había entre los habitantes de la zona:

Pero volvamos a nuestro quimógrafo. Rudimentario y todo, equilibrista hábil de la frontera entre la caricatura y el esquema científico, funcionó con extremada precisión, aunque alguna vez se tomare un respirillo para perpetrar una especie de libertad de expresión caracterizada por el silencio. En estos casos, se paraba. Era fácil suprimirle el arrechucho. Yo creo que nos entendía [...]. Eso le pasaba a nuestro quimógrafo, diáfano ejemplo de la solidaridad entre sus variopintos componentes: las membranas que recogían las vibraciones de las cuerdas vocales por el exterior de la garganta, procedían de globos infantiles o de propaganda comercial, entonces muy frecuentes (*¡los jueves, globitos...!*, proclamaban los altavoces de los grandes almacenes); tan humilde y escurridizo material pasó a llamarse, con toda pompa y seriedad, *diafragma*; y lo era una vez colocado en el *disco*. Comprábamos los globos en el Retiro, o en otro jardín público, donde los tenderetes infantiles los vendían [...]. Las agujas

que transmitían las vibraciones al *cerro* (un aparato regulador de la fuerza centrífuga que también ascendió de puesto en el Diccionario), para desde allí ir el *cilindro* y dibujar en él las vibraciones, estaban hechas de películas, que también se vendían en los puestecillos infantiles. Recortábamos las películas con delicado esmero, hasta lograr unas agujas finísimas, y allí teníamos a Claudette Colbert, a Charlot, a Paulette Godard o a Jeannette MacDonald y Maurice Chevalier, u otras codiciadas *cabezas* (como llamábamos los niños a los primeros planos) [...]. Y estaban convertidas en agudas agujas de celuloide, trazando sobre el cilindro las vibraciones de las palatales extremeñas, rehiladas o no, o las porteñas, o la *s* asturiana, o las vocales desaparecidas en el español de Mesoamérica. Si la aguja salía decentita, servía para varias inscripciones, pero lo ortodoxo era cambiarlas con la mayor frecuencia posible: sin darnos cuenta, habíamos estrenado otro rasgo de nuestro tiempo: lo desechable. El *rodillo* se movía por un mecanismo de relojería, con cuerda, comprado en el Rastro, una mañana cualquiera de cualquier domingo. Sobre el *rodillo* (también atendía por *tambor*) se colocaba el papel satinado, que se ennegrecía con negro de humo procedente del cerillo de las sacristías; lo comprábamos en la galdosiana cerería religiosa de Santa Cruz, frente a la Iglesia de igual nombre y frente el Ministerio de Asuntos Exteriores [...]. Luego, la grabación se fijaba cuidadosamente con fijador de dibujantes, que también se fabricaba manualmente, en cada *sesión*... Pues con aquel quimógrafo novicio, que obedecía a nuestra voz más que a los supuestos físicos que le dieron vida, se hizo casi todo cuanto en materia fonética —que no ha sido poco— hemos ido haciendo y publicando. Para terminar con la resurrección de este aparatejo, recordaré la aportación estrictamente científica: las *bocinas* para la boca y las *olivas* de cristal para las inscripciones nasales. Las gomas transmisoras eran de las usadas por los practicantes para controlar la circulación sanguínea en la aplicación de inyecciones en vena. Las comprábamos (*bocinas, gomas, olivas, alcohol* para la desinfección elemental, el recipiente para fijar o hervir alguna cosilla sobre un pequeño fuego de alcohol) en una tienda de útiles médico-quirúrgicos, un local estrecho, en la calle de Carretas, local muy siglo XIX (aún existe: hoy vende sillas o carritos para impedidos, ¡pero con motor!)³⁰⁴.

³⁰⁴ Alonso Zamora Vicente: «Un día extremeño...», págs. 202-204.

En los pueblos estudiados se conservaban intactos gran cantidad de arcaísmos relacionados con el mundo de la agricultura y de la ganadería. Toda esta comarca tuvo una intensa latinización con Emerita Augusta como uno de los grandes centros monumentales de la vida romana; conquistada por los musulmanes, mantuvo su población mozárabe, que convivió, durante la reconquista, con los leoneses que la llevaron a cabo bajo el mando de Alfonso IX de León. Su proximidad a Andalucía hizo que los territorios andaluces reconquistados se incorporaran a los cristianos, quedando esta zona extremeña como frontera hacia el sur. Todos estos rasgos otorgaron cierta peculiaridad a su habla, en la que se fue produciendo un fuerte influjo de rasgos castellanos.

Gran parte del libro está dedicado al léxico donde aparecen los restos leoneses, aunque ya muy matizados por el castellano oficial³⁰⁵ y el andaluz, y que nos ofrece una muestra de la cultura y la industria de aquella comarca. Preceden al léxico, un estudio de la fonética, en el cual destacan dos rasgos: la existencia de una serie de aspiradas sonoras correspondientes a la aspiración de la *f* inicial latina, a la *j* moderna y a la aspiración de la *s* final de sílaba; y el rehilamiento de la *ll* o de la *y*. También realiza un estudio de la morfología y de la sintaxis en los que se ve un dominio castellano³⁰⁶.

Para llegar a estas conclusiones, además de utilizar los cuestionarios usados en las encuestas del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (aunque en el prólogo

³⁰⁵ Así lo atestigua Sever Pop en la reseña que hace del libro en *La dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistiques*, Louvain: Publications Univesitaires de Louvain, 1950: «Des enquêtes faites parmi les personnes appartenant à la classe supérieur lui ont permis de vérifier le degré de pénétration du castillan»; pág. 417.

³⁰⁶ Sobre *El habla de Mérida y sus cercanías*, pueden verse los artículos de: José María Valenzuela Martín: «El habla de Mérida y sus cercanías de Alonso Zamora, y la dialectología extremeña» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. II, Madrid: Castalia, 1989, págs. 207-214, y Antonio Viudas Camarasa «El Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y el dialectólogo Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 285-299.

reconoce que rebasó sus «moldes demasiados restringidos»), pone en práctica, también, los consejos que Navarro Tomás estableció para el *ALPI* a la hora de seleccionar a las personas que podían ser entrevistadas, es decir, que fueran naturales o hijos de naturales, que apenas hubieran salido de la localidad (por lo que no interesaban aquellos que habían cumplido el servicio militar), que no tuvieran ningún tipo de estudios y que se dedicaran a las labores del campo. Junto con las entrevistas, tanto a jóvenes como a viejos, que le sirvieron «para completar, aclarar o ratificar los datos», las investigaciones se basaban en la convivencia diaria durante más de un año con los habitantes de los lugares seleccionados, lo que da al trabajo una mayor naturalidad y espontaneidad. A algunos de aquellos informantes los recordó Zamora Vicente en el prólogo a una reedición que el Ayuntamiento de Mérida hizo del libro. La cita es larga, pero nos puede ayudar a conocer cómo tuvo que trabajar el joven profesor madrileño, en un momento en el que la guerra todavía estaba muy presente, para conseguir los materiales necesarios para su tesis doctoral:

Debo recordar aquí, muy señaladamente, a los que, siguiendo los métodos usuales entonces, fueron los sujetos especiales de mis encuestas. Sobre todos ellos pesaba, de una u otra forma, la guerra aún cercana y, en muchos, la represión. Quizá las charlas conmigo, sobre materias tan inocentes como el tránsito de las estaciones, los ritos humanos del paso sobre la vida, los ciclos de las cosechas, etc., quizá, digo, fueron para muchos una lustración apacible. Tardes en las eras de Trujillanos con Florencio García Higuero, locuaz, simpático, convencidísimo de que su interlocutor madrileño estaba majareta. Conversaciones con el párroco vasco, desterrado, que paseaba a grandes zancadas por los alrededores de San Pedro de Mérida y caía en el mutismo llamativo al rozar los motivos del transplante [...]. D. Pedro Redondo, bondadoso, fino, profesor de religión en el Instituto, [...]. Juntos atravesamos muchas veces los hondos campos del encinar, campos que a la noche se volvían amenazadores. (Una noche me extravié y fui detenido por la tropa que vigilaba los movimientos de los alzados, maquis había que decir, y fui detenido gracias a Dios: en mi desorientación atravesé pastizales con reses bravas, cosa que no sienta muy bien a un aprendiz de

filólogo) [...]. Tío Quico, Francisco García Aguilar, el lechero [...], compartíamos muchas veces el burranquino, en expediciones a los pueblos cercanos. Pareja cercana era el alfarero, del que apenas me queda otra imagen que algún pucherito desperdigado entre los libros. ¡Cuánto, cuánto aprendí de su experiencia! Dichos, sucedidos, anecdotario irrestañable, el desencanto total de la guerra y la conciencia clara de su bárbara utilidad... Cómo influían en su cháchara desengañada con asombrosa naturalidad. Y aún se me pone de pie en la memoria el interminable, cambiante charloteo múltiple de las tabernas pueblerinas, humo, palabrones, heroicidades de la guerra a troche y moche, tan enormes como falsas, siempre el erudito local malhumorado y próximo, acechando la ocasión de dejar en ridículo al advenedizo preguntón. Todavía me divierte la sorpresa de Alanje [...], [que] había sido el mismo sujeto que se utilizó para llenar los cuestionarios del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica.

Bajo la dirección de Dámaso Alonso, la tesis obtuvo la calificación de sobresaliente ante un tribunal formado por Armando Cotarelo, Ángel González Palencia, José Manuel Pabón, Dámaso Alonso y Joaquín Entrambasaguas, en marzo de 1943. No existía por aquellos años una ley de universidades que regulara el doctorado (la ley se aprobaría en 1944) por lo que todo lo concerniente al doctorado estaba regido por el Decreto de 1932, en el que únicamente se permitía realizar la tesis doctoral por la Universidad de Madrid. En dicho decreto se establecían los requisitos para obtener el título de doctor, que consistían en ser licenciado y «trabajar durante un curso completo, como mínimo, después de obtenida la licenciatura, bajo la dirección del catedrático que el alumno elija» y que debía ser solicitado a la Facultad. También se pedía, para obtener el título, una aprobación de la tesis por el director y el juicio de la Facultad que lo emitirían cinco catedráticos, o bien, tres, un profesor auxiliar y otro encargado de curso.

Pocos meses después, el Instituto Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas publicó la tesis de Zamora Vicente como anejo a la

*Revista de Filología Española*³⁰⁷. El libro fue bien recibido por la crítica dialectológica y reseñado por importantes autores, como Ángel Rosenblat, Fritz Krüger o Sever Pop, entre otros. Todos ellos reconocen la labor realizada por Zamora Vicente siguiendo los métodos aprendidos en el Centro de Estudios Históricos, dentro de las limitaciones que puede tener un joven de 24 años. Destaca la crítica que hizo el dialectólogo rumano Sever Pop en su libro *La dialectologie*, publicado en 1950, en el que recoge una visión histórica de la dialectología en las distintas lenguas romances; cuando llega al español, se ocupa del libro de Zamora y dice:

Parmi les travaux dialectologiques réalisés par les savants espagnols, il me semble que l'ouvrage d'Alonso Zamora Vicente, *El habla de Mérida y sus cercanías* mérite d'être considéré comme une monographie modèle³⁰⁸.

En aquel año de 1943, los mismos miembros del tribunal y el mismo director concedieron a María Josefa Canellada la calificación de sobresaliente por su tesis

³⁰⁷ Alonso Zamora Vicente: *El habla de Mérida y sus cercanías*, *Revista de Filología Española*, anejo XXIX, 1943. La publicación del libro tuvo, según cuenta Zamora Vicente, algunos problemas: «El flamante CSIC (se le solía añadir, sin sigla, y de los grandes expresos europeos) devanaba un épico esfuerzo cómo aparecer como seguidor consecuente de la extinta Junta para la Ampliación de Estudios. Entre sus recursos decidió editar lo que fue mi tesis doctoral *El habla de Mérida y sus cercanías*, libro que supuso, desde su modestia, la reanudación de los estudios filológicos en España, tras el doloroso hiato de la guerra civil. Estamos en 1943-44. Todavía tiene que pasar por la censura absolutamente todo. La organización está instalada en los opulentos desvanes del Ministerio de Educación, calle de Alcalá, edificio pomposo, obra de la gobernación de Primo de Rivera. Al ser una publicación oficial, el autor ni aparece: las cosas van arriba de pillo a pillo. La licencia se retrasa, se retrasa. Y mucho. La intranquilidad crece. Por fin, cosa rara llueven las explicaciones: el original ha sido robado. Figura en un lote dispuesto para ser enviado al bípodo depurador. Yo estaba seguro (creía estarlo) de que mi aportación al conocimiento dialectal del extremo sur del viejo leonés, con sus sonoras medievales más que caducas, su rehilamiento exagerado, su léxico enternecedor, etc., no podía despertar los anhelos posesivos de un ladrón científico. Aún no teníamos esa especie. Lateralmente llegó la aclaración: en el paquete desaparecido figuraba un amplio estudio sobre don Luis de Requesens y sus actividades en los Países Bajos. Una orden religiosa, postinera ella, temió quedar en situación poco airosa en las conclusiones de la investigación [...]. No creo ni que el dogma, ni la obediencia a Roma, ni siquiera la clientela estudiantil (si la Orden se dedicaba a la enseñanza) se tambaleara por lo que el dichoso Luisito, natural de... pudiera haber hecho o desecho en Flandes. Pero eso se nos dijo, eso sí, subrepticamente, confiando en el secreto, en nuestra cautela cuidadosa». Archivo Zamora Vicente.

³⁰⁸ Pop Sever: *La dialectologie...*, pág. 417.

doctoral *El bable de Cabranes*³⁰⁹. Finalizada la guerra, ella regresó de Ocaña a Madrid e intentó rehacer su vida trabajando en un restaurante de Auxilio Social y dando clases privadas. Aprobada la licenciatura en la segunda convocatoria, consiguió una beca como colaboradora en el Instituto Nebrija del CSIC, allí coincidió con Zamora. Aprovechaba las vacaciones para ir a su tierra, Asturias, concretamente a la zona de Cabranes, donde ella nació, para recopilar información para su tesis. En ella estudia el habla de esa zona central asturiana. Además de detenerse en el estudio de lo fonético, de lo gramatical y del léxico, la autora añade un capítulo dedicado a la entonación, partiendo de que el componente entonativo pertenece al nivel gramatical y no al fónico lo cual era una novedad en los estudios dialectológicos del momento. Su tesis supuso un importante avance en el conocimiento de los distintos bables asturianos. Con un viejo quimógrafo a cuestas, se recorrió las aldeas de la zona en busca de material para su tesis, hasta que la Guardia Civil —desconocía dicho aparato y, por tanto, sospechaba que fuera un peligroso artilugio que podía atentar contra el establecido régimen dictatorial— la detuvo y se lo requisó.

[María Josefa Canellada hacía su tesis] sobre el bable de Cabranes, que sus fatigas y complicaciones le había costado, porque, como manejaba un quimógrafo y andaba por los andurriales y estábamos en aquellas calendas, la detuvo la benemérita, que no tenía por qué saber de esas complicaciones aparatosas y de estos gustos interrogativos que nos caracterizan³¹⁰.

Durante estos años inmediatos de posguerra la relación entre ambos se fue haciendo más fuerte. Pero fue por los viejos e intransitables caminos de la zona de Mérida, de nuevo con un quimógrafo (el que ellos construyeron) cargado al

³⁰⁹ Canellada, María Josefa: *El bable de Cabranes*, Madrid: *Revista de Filología Española*, anejo XXXI, 1944.

³¹⁰ Emilio Alarcos Llorach: «Primer recuerdo de don Alonso, dialectólogo en “mi” menor», en *PSA*, núm. CCIX - CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 345-349.

hombro o en algún borrico, donde la relación se fue estrechando. En varias ocasiones, ella se trasladó a Mérida para visitar a su amigo, y aprovechaba el tiempo para estudiar la entonación de los lugareños; sus conclusiones las plasmará en un artículo publicado en la *Revista de Filología Española*. María Josefa apenas contaba con bibliografía para tratar un tema tan marginal entonces en España, no así en otras lenguas, como era la entonación de un dialecto. Ella partía de los esquemas entonativos que su maestro Navarro Tomás había publicado en el *Manual de pronunciación*, ya que no sería hasta tres años después cuando el propio Navarro publique el *Manual de entonación*.

2.- LAS PRIMERAS PUBLICACIONES

El paso de Zamora Vicente por Mérida también le sirvió para detenerse en el estudio de algunos escritores representativos de la zona, como el ilustrado Juan Pablo Forner. En aquellos primeros años de la década de los cuarenta, cuando la ideología cultural del nuevo régimen estaba empezando a tomar forma, publicar a Forner tenía un significado implícito que no se puede dejar pasar de largo. Uno de los grandes ideólogos en los que se asentó aquella cultura fue Marcelino Menéndez Pelayo. La opinión que don Marcelino tenía sobre nuestro siglo ilustrado no era muy halagadora y de ella se hicieron eco los nuevos valedores de la cultura franquista. Para él, la gran mayoría de los autores del neoclasicismo español eran unos traidores a su patria que se habían dejado fascinar por los conocimientos enciclopédicos franceses; de esta quema en lo más profundo del infierno, salva a unos pocos que supieron defender la patria y la religión de los ataques laicos galos. Uno de ellos, quizá el más representativo de todos, fue Juan Pablo Forner, quien arremetió duramente contra los ataques que procedían del otro lado de los Pirineos.

En un artículo de la *Encyclopédie Méthodique*, Masson Morvilliers llega a la conclusión de que España no ha aportado nada a la evolución científica y filosófica de la Europa contemporánea. Dolorido, Forner contesta al ilustrado francés en un libro publicado en 1784 bajo el largo título de *Oración apologética por la España y su mérito literario*. De la defensa que Menéndez Pelayo hizo de Forner³¹¹ se fue construyendo la parte más oscura del nacionalismo católico dominante en la España de los años cuarenta. Cuando Zamora Vicente edita la obra de Forner era ya un catedrático universitario en Santiago de Compostela y sabía perfectamente lo que significaba editar al autor extremeño en aquellos años.

Hoy, que la perspectiva histórica limpia los tonos oscuros de la polémica, esta defensa de una cultura católica realizada con absoluta devoción por Forner, cobra tintes heroicos³¹².

Ahora, con el paso del tiempo, nos resulta difícil conocer cuáles fueron las razones que le llevaron a hacerlo. Un par de años antes, cuando se encontraba en Mérida, descubrió su partida de nacimiento, que publicó, así como un artículo en la *Revista de Filología Española*³¹³, por esta razón el Centro de Estudios Extremeños le invitó a que hiciera una edición de la *Oración...* También es posible que aquel

³¹¹ Así lo defiende en la *Historia de los heterodoxos españoles*: «Prosista fecundo, vigoroso, contundente y desenfadado, cuyo desgarro nativo y de buena ley atrae y enamora [...], y finalmente, defensor y restaurador de la antigua cultura española y caudillo, predecesor y maestro de todos los que después hemos trabajado en la misma empresa [...]. Protesta sobre todo, contra las flores y los frutos de la Enciclopedia. Su mismo aislamiento, su pureza algo brutal en medio de aquella literatura desmalazada y tibia, le hacen interesante, ora resista, ora provoque. Es un gladiador literario de otros tiempos, extraviado en una sociedad de petimetres y de abates; un lógico de las antiguas aulas, recio de voz, de pulmones y de brazo, intemperante y procaz, propenso a abusar de su fuerza, como quien tiene conciencia de ella, y capaz de defender, de sol a sol, tesis y conclusiones públicas contra todo lo que se ponga delante». Marcelino Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, tomo II, págs. 828-830.

³¹² Juan Pablo Forner: *Oración apologética por la España y su mérito literario*, edición, notas y prólogo de Alonso Zamora Vicente, Badajoz: Diputación Provincial, Biblioteca del Centro de Estudios Extremeños, 1945.

³¹³ Alonso Zamora Vicente: «Sobre Juan Pablo Forner» en *RCEE*, 1940 págs. 293-300, y «La partida de nacimiento de Juan Pablo Forner» en *RFE*, XXV, 1941, págs. 111-112.

joven catedrático universitario, que cinco años antes había luchado en las trincheras del ejército republicano, necesitara hacer alguna pequeña concesión para conseguir un espacio vital donde sentirse cómodo y poder realizar su labor científica levantando las menores sospechas posibles sobre su aceptación del nuevo régimen. Lo cierto es que no quedó muy satisfecho del trabajo y que una vez publicado reconoce la inocencia del joven catedrático mal aconsejado; así se lo hace llegar a su maestro Menéndez Pidal:

Ahí le mando una cosa sin importancia, que han hecho en Badajoz. No es lo que yo planeaba, pues la han hecho apresuradamente, por una serie de razones internas. Mírela con benevolencia —al prologuillo me refiero— y considérelo como un trabajo de principiante mal orientado³¹⁴.

A otro escritor extremeño al que dedicó unas páginas, años después de salir de esas tierras, fue al poeta Luis Chamizo. Más arriba vimos cómo se detuvo en la poesía del también poeta extremeño José María Gabriel y Galán, a la que por su todavía inexperiencia filológica debido a la juventud le llevó a catalogar como una

³¹⁴ Carta de Zamora Vicente a Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal. En un acertado artículo, Antonio García Berrio dice: «Zamora comparecía en el debate histórico, de Forner a Menéndez y Pelayo, sobre la espinosa cuestión de una identidad nacional entre tensiones extremas, para decirlo con términos de entonces entre casticismo y modernidad [...]. Y quizás el planteamiento fino del problema y un intento de resolución atenta, de verdad, con los matices involucrados, la ilustra entre las mejores muestras el independiente magisterio, sin tópicos, de Zamora Vicente». Antonio García Berrio: «Zamora Vicente en la crítica de la modernidad española» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 51-60. Algo muy parecido expresa Darío Villanueva: «La estimación despectiva de Nicolás Masson de Morvilliers, redactor de la *Encyclopédie Méthodique*, hacia lo que se debía a España en este orden de lo intelectual y lo creativo no representaba un ejemplo aislado de menosprecio hacia nuestro país, sino que obedecía a un estado de opinión generalizada que acaso el joven Zamora Vicente, escribiendo en los oscuros años cincuenta, sentía peligrosamente actualizable en aquellos momentos —1940 a 1945— en que España aparecerá alineada con la barbarie histórica. Y para ello rescata la réplica a Masson de Morvilliers por parte del abate piemontés Carlos Denina y pondera a Forner como el “yengeur plus éloquent et plus instruit” que el botánico Antonio José de Cavanilles había demandado ya en su débil alegato parisino de 1784». Darío Villanueva: «Alonso Zamora Vicente y la crítica literaria» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 301-310.

poesía llena de vulgarismos. Pues bien, al analizar la de Chamizo, Zamora se retracta de aquel juicio.

Sí, es muy fácil ser injusto con estos poetas. Sometiéndolos a un criterio de sabiduría, de rigurosa exégesis, el crítico se siente crecido ante la indefensa criatura poética. De ahí —no me duele en prendas al confesarlo— mi añeja actitud condensada en expresiones como «barbarie lingüística», sacrificio del «dialecto a la rusticidad», etc., etc. Esas afirmaciones siguen siendo verdaderas pero hoy creo que han de ser matizadas³¹⁵.

Ahora ve que estos poetas, tal vez por su carácter de poetas populares o locales, como los considera, recogen en sus versos la lengua de la calle, la que oyen a sus conciudadanos y así es como tiene que valorarlos la crítica literaria.

La relación de Zamora con las tierras extremeñas ha sido fructífera, extendiéndose más allá del tiempo que el profesor ejerció allí su labor docente. Siempre mantuvo un trato especial con Extremadura que se vio ratificado con la cesión de su biblioteca a la ciudad de Cáceres, donde se encuentra la fundación que lleva su nombre. Pero en aquellos momentos, el joven catedrático esperaba crecer profesionalmente y para ello necesitaba una ciudad donde hubiese universidad, ya que su aspiración era convertirse en catedrático universitario. Pidió el traslado a un instituto de Alcalá de Henares, pero «me lo denegaron, ya que también lo solicitaron unas amigas del ministro Ibáñez Martín, y ya se sabe, que en este país la amistad manda a la hora de otorgar puestos de trabajo». El traslado se lo dieron a Santiago de Compostela.

³¹⁵ Alonso Zamora Vicente: «Luis Chamizo, visto por Alonso Zamora Vicente», Badajoz: Diputación Provincial, 1964, pág. 7.

III.- OPOSICIONES A CÁTEDRA UNIVERSITARIA

En octubre de 1942 llegó Zamora Vicente a Santiago de Compostela como catedrático del instituto Gelmírez. Ocupó este cargo durante escaso tiempo, ya que a los pocos meses lo llamaron de Madrid para que explicara Dialectología en la universidad. Hasta entonces no existía en la Facultad esta disciplina, ya que estaba unida a la Fonética Geográfica, por lo que resultaba difícil encontrar un profesor solvente para explicarla. El decano de la Facultad, Eloy Bullón, se acordó de un joven catedrático de instituto que acababa de leer su tesis doctoral sobre el habla de Mérida y que había publicado varios artículos sobre el de Albacete y la influencia del leonés en el habla extremeña. Contó con la aprobación de Luis Ortiz, director de Universidades en aquellos años, a quien habría hablado bien de este profesor su amigo Dámaso Alonso. Pero según Zamora Vicente su primera experiencia como profesor universitario se debió, principalmente, a la estrecha relación que un catedrático mantenía con sus sábanas.

Se inventó una disciplina ancilar, dos horas semanales, oficialmente pobre: Dialectología española. De esa asignatura flamante se encargó en Madrid, quizá la única Universidad que se dispuso a organizarla, a un catedrático de cierta edad, que no pudo dar las clases por imperativo científico máximo: la Facultad había hecho un horario donde esa disciplina figuraba a las doce de la mañana. Y el catedrático designado no podía, en manera alguna, levantarse antes de las doce. Fatal coincidencia. No sé qué tipo de sentencia le condenaba a permanecer entre las sábanas hasta esa hora y tan puntualmente. El caso es que, por esa razón, yo acabé en dialectólogo³¹⁶.

El catedrático en cuestión era Armando Cotarelo. No sabemos si fue ésta la causa por la que le llamaron a él o si fueron sus publicaciones sobre temas

³¹⁶ Zamora Vicente, Alonso: *Compostela años atrás*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1993, pág. 17.

dialectológicos, el caso es que, de nuevo, regresó a la universidad de la calle San Bernardo, esta vez como profesor³¹⁷. Uno de los alumnos que tuvo en aquel curso fue Emilio Alarcos, compañero después en la Real Academia. El joven Alarcos había llegado a Madrid, procedente de Valladolid, para estudiar Letras. Gracias a su padre, Emilio Alarcos García, conocía a Dámaso Alonso que «era —según él— por esos jodidos años cuarenta lo fetén de lo que quedaba después de lo de antes»³¹⁸, quien le presentó a María Josefa, «siempre callada y siempre expresiva, y —lo que es más raro— siempre eficiente o eficaz», que «era novia del apuesto garzón don Alonso, siempre repeinado y muy sonriente para cabreo de los sesudos omes de la sapiencia oficial»³¹⁹. Pues aquel galán repeinado fue su profesor de Dialectología.

Y hete aquí que un día, en la recién inaugurada facultad de Letras —rodeada todavía de eriales, cascotes y zanjas bélicas mal rellenas— [Alarcos confunde las fechas, ya que la Ciudad Universitaria se inaugura en octubre de 1943 y en esas fechas Zamora Vicente está en Santiago como profesor de universidad], el don Alonso, con bienintencionada y cachonda retracción de las comisuras labiales, con la insinuante y dulce tensión de sus cuerdas vocales y sus peripatéticos desplazamientos entre el estrado y pupitres, se nos puso a explicar Dialectología [...]. Fue una pena que el curso fuera sólo de un llamado cuatrimestre, porque no pudimos apenas pasar del leonés. Pero bastó para que algunos nos enterásemos de muchas cosas y de que detrás del amor por los sonidos variados, y de las palabras diversas, hubiese cosas que tocaban, se palpaban y que también desaparecían con el tiempo³²⁰.

³¹⁷ «El jovencillo catedrático del Instituto Gelmírez, de Santiago, se vio convertido, de la noche a la mañana en dialectólogo universitario. Es verdad que yo había publicado ya algunas cosillas de la materia, pero, la verdad, no era para tanto. Lo milagroso es que alguien las conociera» *Ibídem*, pág. 18.

³¹⁸ Emilio Alarcos Llorach: «Primer recuerdo de don Alonso...», pág. 346.

³¹⁹ *Ibídem*.

³²⁰ *Ibídem*. También Zamora Vicente, en el discurso de contestación al de entrada de Emilio Alarcos en la Real Academia, recuerda cómo fue aquella primera experiencia de profesor universitario: «Fue en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad que ahora llaman complutense en el lenguaje de la calle y que entonces sólo se llamaba así en los recónditos latines de los sellos y expedientes. Emilio Alarcos andaba dándole a los atosigantes trabajillos de licenciatura. Yo aparecí por allí como profesor muy novato, uno de esos desventurados de los que

Su labor docente se reducía a dos horas semanales, con lo que tenía bastante tiempo libre que aprovechó para preparar las oposiciones a cátedra de universidad que se convocaron para la primavera de 1943.

Y la obligada huida fue una bendición: aquel curso me sirvió para poner en orden lecturas y conocimientos, ayudado por la excelente biblioteca del antiguo Centro de Estudios Históricos, puesto otra vez en marcha tímidamente, nos sin recelos y descaradas vigilancias... Pude así hacer mis oposiciones universitarias: otra vez Santiago, 1943³²¹.

Ese mismo año se aprobó la Ley de Ordenación de la Universidad Española³²². Esta ley se inspiró en una concepción confesional y patriótica de la educación superior y con una finalidad evidente: acabar, al igual que en la enseñanza media, con cualquier atisbo republicano o liberal que pudiese quedar en la universidad española³²³.

Los dos grandes grupos o familias que apoyaron a Franco en la guerra, la Iglesia y los falangistas, dejaron su impronta y protagonismo en la redacción de la ley. El artículo 3 establecía la relación estrecha que existía entre la religión católica

se echa mano cuando hace falta salir de un aprieto. Me encargó la Facultad de explicar un curso de Dialectología Española, que, Dios mío, cómo debió ser, aunadas inexperiencia y municiencia. Allí, entre los sufridos escolares (los primeros que tuve en esa parcela filológica), se sentaba Emilio Alarcos, ya zumbón desde una seriedad casi rígida, ya consciente de ser, desde entonces, firme porvenir.» Alonso Zamora Vicente: «Contestación al discurso de entrada en la Real Academia de Emilio Alarcos», Madrid: Real Academia Española, 1973, págs. 131-132.

³²¹ Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, pág. 18.

³²² Ley de 29 de julio de 1943 sobre Ordenación de la Universidad Española, publicada en el BOE del 31 de julio.

³²³ De nuevo la pluma de Entrambasaguas nos sirve como ejemplo del odio que los vencedores sentían hacia la enseñanza republicana: «La Institución Libre de Enseñanza y una generación de ensayistas derivada de ésta: “la generación del 98” que arrastrando y extremando la triste herencia del siglo que los creó, se dedicaron, no al resurgimiento de la universidad hispánica, sino a acabar con España misma, convirtiendo el país en una masa informe, sin edades ni personalidad, extranjerizando y embruteciendo, que ha necesitado para salvarse del Movimiento Nacional, generoso de sangre y espléndido de vidas», *Pérdida de la Universidad...*, pág. 13.

y la educación universitaria: «La Universidad —decía la ley— inspirándose en el sentido católico consustancial a la tradición universitaria española, acomodará sus enseñanzas a las del dogma y de la moral católica y a las normas de Derecho canónico vigente». La pérdida de poder que Falange fue sufriendo paulatinamente en los primeros años del franquismo hizo que no se cumplieran dos de los logros que consiguió introducir en la ley y que consistían en que todos los rectores de la universidades fuesen militantes de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, según se recogía en su artículo 40, y que todos los alumnos estuvieran afiliados al Sindicato Español Universitario (SEU), artículo 34. Como ya dijimos más arriba, fue la Iglesia quien se hizo con el dominio de la educación en España, tanto de la secundaria como de la superior. Este dominio se materializó en la creación de universidades religiosas, en la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las universidades, que quedó regulada por un decreto de 26 de enero de 1944, y en el dominio de las cátedras.

Existía, por tanto, un control estricto por parte del régimen de las universidades, que se ponía de manifiesto en los programas docentes, los cuales estaban bajo la supervisión del rector, a través de los decanos de las facultades, mientras que el control político e ideológico de los catedráticos lo garantizaba el nombramiento por el ministro de los cinco miembros de los tribunales de oposición al cuerpo³²⁴. Esto, unido a la discrecionalidad en la creación de plazas, determinaba que fuera muy difícil, si no imposible, acceder a un puesto de catedrático a aquellas personas que no se mostrasen afines al régimen. Debemos

³²⁴ Para el estudio de la universidad española en los años cuarenta véase: M^a Encarna Nicolás Marín: «La universidad en los años cuarenta: por una cultura unitaria y tradicional» en *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991, págs. 341-370. Juan Pablo Fusí Aizpurúa: «Educación y cultura» en *Historia de España Menéndez Pidal. La época de Franco (1939-1975). Sociedad, vida y cultura*, tomo XLI, Madrid: Espasa Calpe, 2001, págs. 425-490. Varios Autores: *Historia general de España y América. La época de Franco*, tomo XIX-1, Madrid: Ediciones Rialp, 1992.

añadir también el control que ejercía el Consejo Superior de Investigaciones Científicas sobre las cátedras universitarias, que, en manos del Opus Dei, se convirtió, según Pasamar Alzuria³²⁵, en una «rampa de lanzamiento» para que muchos de sus investigadores, la mayoría seguidores de la obra, ocuparan las cátedras de las universidades españolas.

Si tenemos en cuenta este ambiente podremos comprender mejor las circunstancias en las que se desarrolló la oposición a cátedra de universidad a la que se presentó Zamora Vicente, y el esfuerzo necesario, no ya sólo intelectual, para luchar contra los meandros soterrados de la burocracia franquista. En una carta escrita a Amado Alonso le refiere dicho esfuerzo:

No sé si le habrán dicho algo de cómo se han ido fabricando catedráticos (y de todo) en estos últimos años, pero yo no debo mi cátedra a nadie, ni a nada y me da mucha pena tirarla de buenas a primeras por la ventana³²⁶.

Mediante una orden ministerial de 30 de octubre se convocaron las oposiciones a la cátedra de Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, que era una de las pocas universidades donde existía la sección de Filología Románica. Zamora, que empezaba ya a moldear su proyecto profesional y vital, encontró una oportunidad inmejorable para llevar a cabo dicho proyecto. En lo vital su boda con María Josefa era ya un hecho inminente y para llevar la vida juntos no había mejor lugar que la tierra de ella, Asturias; y en lo profesional conseguiría una de sus máximas aspiraciones: ser catedrático de universidad. A la convocatoria se apuntaron él y otro candidato, Rafael de Balbín, socio de la Asociación Católica

³²⁵ Gonzalo Pasamar Alzuria: *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1991.

³²⁶ Carta de Zamora Vicente a Amado Alonso, sin fecha (probablemente de 1947). Archivo Zamora Vicente.

Nacional de Propagandistas (ACNP), a quien se le había agradecido su lucha en el bando nacional nombrándole secretario del Instituto Nebrija perteneciente al CSIC y miembro del consejo permanente del mismo. La cátedra estaba pensada en un principio para él, pero la irrupción de un segundo candidato estropeó los planes programados desde el CSIC. Para evitar problemas, rápidamente se convocó una segunda cátedra, esta vez en la Universidad de Santiago de Compostela donde no existía la sección de Filología Románica.

Las oposiciones se celebraron en mayo de 1943. El tribunal estuvo compuesto por Ángel González Palencia, como presidente, Luis Morales Oliver, Francisco Sánchez-Castañer y Mena y José María Castro y Calvo, como vocales y Jaime Oliver Asín, en el cargo de secretario. Las pruebas tuvieron lugar en el pabellón Valdecilla del edificio de Noviciado, en la calle San Bernardo. Las oposiciones consistían en seis ejercicios: en el primero los candidatos debían exponer su labor docente y doctrinal; en el segundo explicar el concepto, el método y las fuentes del programa de la disciplina; en el tercero y cuarto debían desarrollar un tema de su programa; el quinto contaba con cinco partes en las que tenían que comentar un texto medieval, otro de los siglos de oro, un poema y un texto contemporáneo. Este último ejercicio se añadió a última hora, ya que no estaba programado, y consistía en que el tribunal colocaba dos libros de autores contemporáneos boca abajo, el candidato elegía uno y lo abría por una página, a partir de un pequeño esquema que se hiciera tenía que hablar del fragmento, situarlo en la obra y hablar del autor; a Balbín le tocó una *sonata* de Valle-Inclán, a Zamora *Años y leguas* de Gabriel Miró. Por último, los candidatos debían escribir sobre un tema del cuestionario oficial elegido al azar³²⁷.

³²⁷ Información obtenida del Archivo de la Administración Pública.

Rafael de Balbín, como era de esperar, obtuvo el número uno en las oposiciones y eligió la cátedra de la Universidad de Oviedo, mientras que Zamora Vicente se hubo de conformar con la de Santiago. En la *Revista de Educación Nacional* de diciembre de 1943 se felicita a Rafael Balbín por la cátedra conseguida: «recientemente fue votado por unanimidad y con el número uno para la Cátedra de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Oviedo», no se hacía lo mismo con Zamora Vicente.

Aunque no fuera felicitado por los organismos oficiales, sí lo fue por su gente más cercana; y la misma noche en que consiguió la cátedra, Zamora, junto con un grupo de amigos entre los que se encontraban Dámaso Alonso, Manuel Muñoz Cortés, Rosario Tovar, Luis Rosales, María Paz Blass, Francisco López Estrada, Joaquín González Muela y María Josefa Canellada, fue a celebrarlo a un restaurante de la calle Echegaray, por entonces muy concurrida de gente que buscaba un poco de diversión en aquellos años tan oscuros³²⁸. Los juegos literarios estuvieron muy presentes toda la noche; Dámaso regaló al nuevo catedrático la siguiente copla en la que, con sorna, expresa su sorpresa porque Balbín hubiera obtenido el número uno:

Zamora en Santiago
¡extraña geografía!
Balbín número uno
¡Válgame Santa María!

³²⁸ «En aquellos tiempos, la calle de Echegaray y sus inmediaciones, se convirtieron en el barrio juerguista y andalucero de Madrid: señoritos de pueblo, estudiantes, legionarios y prostitutas todavía con las caras famélicas que les dejó la guerra, eran la parroquia normal desde que caía la tarde», Francisco García Pavón: *Los nacionales*, Destino: Barcelona, 1995, pág. 125.

Entre viandas y buenos vinos, los comensales se entretuvieron en hacer un soneto, como si de poetas surrealistas se tratara, escribiendo cada uno de ellos un verso. El resultado fue el siguiente:

Dime, padre común, si ya difunto ³²⁹
ya Zamora a Santiago has enviado,
entre locusta, vino y mantecado,
con los votos que un día así presunto.

Un tribunal que vi a las doce en punto
sabe latín; y sabe excomulgado
un rumor a éstos los han untado
mas votan todos, y acabó el asunto.

Si crees que una cátedra le diste,
te equivocaste, porque fue martirio
y enlazaste despiste tras despiste

el Sánchez-Castañer llevaba un lirio
y el que me vista buena le hiciste
con Palencia y Balbín de lirio en lirio³³⁰.

En el soneto se hacen continuas referencias a las extrañas circunstancias en las que se celebró la oposición, con un tribunal presidido por González Palencia, junto con Joaquín Entrambasaguas, uno de los nuevos exponentes de la universidad franquista, que tenía que otorgar, no podía ser de otra forma, el número uno a Balbín.

³²⁹ Verso de Bartolomé Leonardo de Argensola «Dime padre común, pues eres justo...»

³³⁰ Estos dos poemas proceden del Archivo Zamora Vicente.

IV.- UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

En octubre de 1943, justo un año después, Alonso Zamora Vicente regresa a la ciudad gallega, esta vez como catedrático de universidad³³¹. Santiago era entonces una ciudad pequeña con el encanto de unos monumentos que la lluvia mantenía relucientes como la plata y con una comunión perfecta entre la vida de la ciudad y la de la Universidad³³².

La universidad española de los años cuarenta se hallaba diezmada en todos sus aspectos. Los profesores que durante las tres primeras décadas del siglo le habían otorgado una identidad científica y educativa, se encontraban ahora, salvo alguna excepción, en el exilio, o habían muerto en la guerra o, en el mejor de los casos, no podían acceder a cargos académicos debido a sus ideas. La labor científica que había caracterizado a la universidad anterior al conflicto ahora se veía sometida al control que ejercía sobre ella el ministerio. Los alumnos llenaban los pasillos de las facultades de uniformes falangistas y toda la vida académica se embriagó de los principios autoritarios y tradicionalistas que dominaban la vida española.

En una universidad de provincias, como la de Santiago de Compostela, este ambiente estaba más presente en sus aulas y patios. Era una universidad de paso para los catedráticos, y más para los de Lengua y Literatura que buscaban un destino donde existiera su sección. En Santiago había las facultades de Derecho,

³³¹ Su nombramiento se produjo por una Orden de 14 de junio de 1943 por la que se nombra catedrático de la Universidad de Santiago a don Alonso Zamora Vicente: «En virtud de oposición libre, este ministerio ha resuelto nombrar a don Alonso Zamora Vicente catedrático numerario de Lengua y Literatura españolas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Santiago de Compostela, con haber anual de entrada de doce mil pesetas y demás ventajas que le conceden las disposiciones vigentes» BOE de 12 de julio de 1943.

³³² Sobre la época que pasó Zamora Vicente en Santiago de Compostela puede verse, Mario Pedrazuela Fuentes: «Compostela cerca» en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, núm. 10, págs. 107-115.

Medicina, Ciencias y Filosofía y Letras, pero de esta última no existía la sección de Filología Románica; en cambio sí había la de Historia. Los profesores explicaban asignaturas en las clases comunes de los primeros años de otras facultades. Zamora Vicente ocupó la cátedra de Literatura Universal y daba clases de Lengua y Literatura Españolas en el primer curso de las clases comunes; de Literatura Universal en el segundo curso y de Historia del Arte a los alumnos de segundo de Historia. Muchas veces, junto con el decano («que era lo único que existía de la Facultad de Letras», como le gustaba recordar a Zamora Vicente, él era el vicedecano), Abelardo Moralejo Laso, intentó conseguir que se creara la sección de Filología Románica, pero la Administración franquista se encargaba de evaporar, con buenas palabras, la ilusión de estos profesores. Finalmente se consiguió, pues como tal aparece ya en la memoria de la Universidad de 1948-49.

En 1944 se aprobaron las competencias de la Facultad de Filosofía y Letras³³³. Según esta ley, la sección de Filología comprendía tres campos: Filología clásica, semítica y románica, y estaba enmarcada, junto con Filosofía, Historia, Historia de América y Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras. De las doce universidades que existían entonces en España, poseían dicha Facultad las de Madrid, Barcelona, Granada, La Laguna, Murcia, Oviedo, Salamanca, Sevilla, Valencia y Zaragoza. De ellas, la única que tenía todas las secciones era Madrid, el resto tenían una o dos; era el caso de Santiago de Compostela, en la que sólo existía la sección de Historia.

Según el preámbulo de la ley, la sección de Filología Románica «debía formar a alumnos que destacasen en las aportaciones de la literatura española a la universal y que utilizasen el preciado tesoro de la lengua castellana como vehículo privilegiado de afanes de imperio espiritual». La carrera se dividía en un

³³³ «Misión y funciones de la Facultad de Filosofía y Letras y valor profesional de sus títulos», BOE de 4 de agosto de 1944.

periodo de estudios comunes, que comprendía los dos primeros años, y otro de especialización que eran los tres restantes. Para obtener el título de licenciado era necesario realizar una prueba final que, en el caso de la sección de Filología Románica —que es la que más nos interesa y a la que nos ceñiremos—, consistía en un análisis lingüístico, crítico y literario de un texto; otra prueba oral en la que se comprobaba si el alumno había aprendido una de las lenguas románicas que se pedían (italiano, francés o portugués); y una tercera práctica que era la traducción de un texto románico.

La ley establecía, para Filología Románica, ocho cátedras: una de Gramática Histórica de la Lengua, dos de Historia de la Lengua, una de Literatura Española, una de Literatura Universal, una de Historia de las Literaturas Románicas, una de Gramática General y Crítica Literaria y una de Lingüística Románica y Filología Galaico-Portuguesa. Ya hemos indicado que la que Zamora Vicente consiguió fue la de Lengua y Literatura Española³³⁴. Su misión consistía en enseñar literatura a futuros historiadores y juristas en el curso preparatorio, donde esa asignatura era obligatoria.

Él [Abelardo Moralejo] estaba allí como estuve yo, apretado en aquellos dos cursos lastimosos a los que iban estudiantes de Derecho que antes de entrar en la Universidad ya empezaban a preparar un programa de notarías o de registros. Irles a esos con Horacio era matarlos, así que había que defenderse de ellos³³⁵.

La enseñanza de la lengua y la literatura en la universidad siempre ha sido un problema que no ha encontrado aún solución. En aquellos primeros años de la década de los cuarenta, cuando la universidad española estaba renaciendo, no de

³³⁴ Es nombrado catedrático de la Universidad de Santiago por una Orden de 14 de junio de 1943. Al poco tiempo fue nombrado catedrático de Literatura española y Literatura universal.

³³⁵ Ana María Platas Tasende: «Conversación con Alonso Zamora Vicente», en *Revista Galega do Ensino*, núm. 17, 1997, pág. 42.

sus cenizas, sino de otras importadas, aquel problema resultaba más agudo. En un artículo publicado en la *Revista Nacional de Educación*³³⁶, Zamora Vicente expuso su opinión sobre cómo debía ser dicha enseñanza. Él, partiendo de su experiencia, propone que los estudios lingüísticos se «desglosen» en lengua y literatura, algo que la corriente de entonces no hacía. Uno de los grandes defectos es la no existencia, en las facultades de letras, de la sección de filología moderna, la misma que él había estudiado en la universidad de la República y que la nueva ley no recoge; así se evitaría que catedráticos de lengua y literatura tuvieran que explicar la materia a alumnos a los que no les interesa nada, como le sucedía a él en Santiago de Compostela. La razón principal a la que se debe este desinterés del alumnado es la escasa preparación lingüística con la que llegan a la universidad desde el bachillerato. El problema no es del todo de ellos, sino que se debe en gran parte al profesorado, ya que los profesores de lengua y literatura del bachillerato no proceden de la sección de filología, sino de otras, como la de historia o la de filosofía.

Una vez ya en la universidad, y partiendo de la división inicial entre lengua y literatura, Alonso Zamora propone para la enseñanza de la primera que se conceda un mayor protagonismo a la gramática³³⁷, que se debe identificar «con el pensar, con la estructuración normal, corriente, enunciativa»; es partidario, por tanto, de una gramática descriptiva y no normativa. Considera también

³³⁶ Alonso Zamora Vicente: «Sobre la enseñanza de la lengua y literatura nacionales» en la *Revista Nacional de Educación*, Madrid: núm. 36, diciembre de 1943, págs. 83-100.

³³⁷ Zamora Vicente tiene muy presentes las ideas que Américo Castro había manifestado, en los años veinte, de una forma dura y vehemente, sobre la enseñanza de la lengua española. Uno de los grandes problemas que él encontraba era el de la enseñanza de la gramática, ya que los alumnos se aprendían los manuales de memoria, sin ningún sentido pedagógico y práctico. Otros problemas que preocupaban a Castro de las facultades de letras, fueron la ausencia de enseñanza de lenguas extranjeras vivas (él, junto con Morente, fue el encargado de que en la Universidad de Madrid se empezara a enseñar francés), y la escasa o nula práctica de escritura, hasta el punto que decía que: «Las Facultades de Letras son fundamentalmente ágrafas. Se puede salir de ellas con el título de doctor, escribiendo con los pies e incluso con faltas de ortografía». Américo Castro: *La enseñanza del español en España*, Madrid: Victoriano Suárez editor, 1922, pág. 236.

imprescindible el estudio histórico de la lengua, desde una doble vertiente: por un lado el estudio de la fonética y por otro del latín. Exige la creación de una cátedra de fonética y que se estudie en la universidad dialectología, asignatura que, como hemos visto, se estudia por primera vez en la Universidad de Madrid en el curso 1942-43 y que le tocó explicar a él. No concibe que salgan licenciados que no sepan apreciar las diferencias fonéticas, gramaticales o léxicas que existen entre los distintos territorios de la Península Ibérica. Se asombra de la paradoja que supone que en universidades europeas y americanas se realicen cursos sobre los dialectos españoles cuando en España se han olvidado de esa asignatura. Teniendo presente en el recuerdo a su gran maestro Tomás Navarro Tomás, piensa que la investigación dialectal proporciona al alumno un «maravilloso amor a la vida de los campos y de los hombres de España». Finaliza sus recomendaciones sobre la explicación de la lengua defendiendo el «método de estricta honradez, de infatigable laboriosidad investigadora» de su otro maestro, Ramón Menéndez Pidal, para conocer la evolución histórica de la lengua.

En cuanto a la enseñanza de la literatura, Zamora parte de la premisa de que a la hora de analizar un texto es necesario tener en cuenta el contexto histórico en el que se crea, pero el profesor debe intentar que el alumno busque «la percepción de la honda raíz última, de empuje artístico y creacional, que encierran los textos», ya que ahí se encuentra la esencia del texto literario. Teniendo siempre presente la universidad en la que él se formó, propone que la explicación de la literatura se realice a través de cursos generales y de cursos monográficos que se centren en un género o en un tema, por ejemplo. Una buena ayuda para que los estudiantes comprendan la historia de la literatura puede ser la teoría de las generaciones, de la que él es defensor. Por último, recomienda que se cambien los manuales de historia de literatura ya que los existentes están llenos de opiniones personales, de erudición superflua y crítica freudiana; y que se incorpore la enseñanza de literaturas extranjeras.

A pesar de todos los defectos que encuentra en la enseñanza de su materia, entre aquellos alumnos de la Universidad de Santiago de Compostela, con los recuerdos todavía recientes de la guerra, se encontraban algunos que después han sido catedráticos o profesores importantes de la universidad española, como José Luis Varela, que fue catedrático en la Complutense, José Luis Pensado, en Salamanca, José Manuel García de la Torre, en Amsterdam; otros que después destacaron en otras ramas, fue el caso de Presedo, arqueólogo en Sevilla, Bonet Correa, Otero Túñez y Manuel Lucas de Historia del Arte, el primero en Madrid, y los otros en Santiago.

En la ciudad gallega se instaló en la Residencia, donde compartía charla con otros profesores de la Universidad. Aquellas reuniones que tenían lugar en la sobremesa les permitían realizar una «excursión al mundo entero, a las apetencias y a las ausencias de todos, un grupo al que cohesionaba la situación generacional muy estrechamente. Y probablemente el más fuerte lazo entre ellos era su fe en la Universidad»³³⁸. De aquellos profesores, dos fueron con los que más amistad hizo Zamora: Ulpiano Villanueva, catedrático de Medicina y Ramón Prieto Bances que lo era de Historia del Derecho. Con el primero recorrió los pueblos gallegos acompañándole en sus visitas a los enfermos; con el segundo, que había llegado a Santiago sancionado por su pasado (había sido ministro de Educación en el gobierno republicano de Lerroux), paseó por las calles compostelanas recordando los tiempos del Centro de Estudios Históricos donde se conocieron. La compañía y la conversación de estos dos amigos hicieron que se acoplara bien a la ciudad y que se sintiera a gusto en ella.

Al poco tiempo de llegar, Zamora Vicente comenzó a colaborar en los periódicos locales, sobre todo en *El Correo Gallego*. En sus páginas escribía reseñas

³³⁸ Zamora Vicente, Alonso: *Compostela...*, pág. 24.

sobre libros que acababan de salir a los escaparates de las librerías tanto de autores españoles, (Julián Marías, Azorín, Blecua) como extranjeros (Chesterton, Paul Morand o Arnaldo Fratelli). Por aquellos días del mes de octubre, concretamente el día 12, coincidiendo con el Día de la Hispanidad o de la Raza, como era conocido entonces, Franco inauguró la nueva Ciudad Universitaria, que él había hecho reconstruir.

La casa se rehizo, los caminos han vuelto a cazar sus sorpresas, y los coches van dejando a las hora mañaneras, cuando la escarcha está endurecida y adormilada aún, las cargas de gente madrugadora o en regazo. Pero allí, al lado de aquella máquina caída, estaba el recuerdo de antes, con sus horas transidas, veinteañeras, amputada la audacia del timonel de alguno que -¡ay!- no volvió³³⁹.

En Madrid se celebró un acto lleno de desfiles y pomposidad para demostrar la importancia que el nuevo régimen concedía a la formación intelectual de sus ciudadanos. En Santiago de Compostela, Zamora Vicente se hacía eco de la inauguración y publicaba un artículo en *El Correo Gallego*, titulado «En torno a la Ciudad Universitaria»³⁴⁰, en el que, sin ocultar lo que antes habían sido aquellos edificios³⁴¹, confiaba en que los nuevos albergaran, otra vez, aquella ciencia cortada de raíz.

España encuentra de nuevo el camino. Las instituciones actuales son prueba de ello [...]. No nos queda más que esperar a que los frutos cumplidos empiecen a darse, quizá en fecha no muy lejana. Por lo pronto, hoy, la resurrección de la Ciudad Universitaria madrileña, abierta al campo del espíritu en este Día de la Raza española

³³⁹ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad...», pág. 134.

³⁴⁰ El artículo se publicó el 18 de octubre de 1943.

³⁴¹ «Donde meses antes había un campo de trigo, oíamos después la voz exacta de la ciencia. Llegaron los años de lucha y lo que había sido una existencia limitada al conocimiento de unos pocos, adquiere categoría histórica universal, la guerra pasó por encima de los flamantes edificios, no respetó sus pisos de colores, sus coqueterías técnicas, y el escombros era dueño del paisaje.» Alonso Zamora Vicente: «En torno a la ciudad universitaria», *El Correo Gallego*, 18 de octubre de 1943.

y la existencia de estos organismos [CSIC y Escuela de Estudios hispanoamericanos de Sevilla] unidos por un delicado y vigoroso lazo de historia y de cultura a los países hispanos son la más alta afirmación de tarea y de fe.

La voz del catedrático no quiere, aunque sea en un pequeño periódico de provincias, desafinar en el coro de silencios forzosos que existe en la España de aquellos años.

1.- LA POESÍA DE FRANCISCO DE LA TORRE

Con la satisfacción de la cátedra obtenida, Zamora puede dedicarse por completo a la enseñanza y a la investigación, editando autores y publicando artículos sobre distintos temas filológicos. El primer proyecto importante, aparte de sus estudios dialectales que ya hemos visto, va a ser la edición de las poesías de Francisco de la Torre, poeta del s. XVI cuya obra nos había llegado a través de una edición de Francisco de Quevedo, en 1631, y por una reimpresión hecha, en 1753, por el marqués de Valdeflores; desde entonces no existía ninguna publicación moderna de la obra de este poeta, lo que le animó a editar sus poesías acompañadas de un prólogo y de notas³⁴². La edición fue muy mal recibida por una parte de la crítica, concretamente por Joaquín Entrambasaguas, quien en una reseña que hizo al libro en la *Revista de Filología Española*³⁴³, arremetió duramente contra el editor:

Es de lamentar que con esta ocasión apropiadísima, su editor, AZV no se haya esforzado algo por hacer unos comentarios dignos de la resurrección de tan digno poeta.

³⁴² Alonso Zamora Vicente: Francisco de la Torre, *Poemas*, edición, prólogo y notas, Madrid: Espasa Calpe, 1944.

³⁴³ Joaquín Entrambasaguas: «Reseña a la edición de las *Poesías* de Francisco de la Torre hecha por Alonso Zamora Vicente», *Revista de Filología Española*, XXVIII, 1944, págs. 480-486.

Recordemos que Entrambasaguas, cuando se llevaron a cabo los cursos rápidos en la Universidad de Madrid, en 1939, para preparar el examen de licenciatura a aquellos alumnos que no lo pudieron hacer por causa de la guerra, explicaba la asignatura que antes enseñaba Menéndez Pidal, por lo que los alumnos, entre ellos Zamora, no asistían a sus clases, puesto que sabían de la materia tanto o más que él. Además, el propio Entrambasaguas fue la causa de los inconvenientes que surgieron a la hora de editar el libro dentro de una colección de poetas que preparaba el Consejo, problemas que se debieron a la carencia de papel. El papel de que disponía el CSIC estaba reservado para una edición de una obra de Lope de Vega que don Joaquín editó bastantes años después, por lo que el libro de Zamora tuvo que esperar algún tiempo hasta salir a la luz y lo hizo en la colección Clásicos Castellanos de la editorial Espasa Calpe³⁴⁴. Si no gustó el libro a determinada crítica, aquella que había surgido con el nuevo régimen, sí convenció a la vieja escuela filológica de Menéndez Pidal, quien en una carta le felicita por el trabajo realizado:

Sí que recibí su hermosa edición de Francisco de la Torre y leí con gran interés el prólogo, tan atractivo y tan certero en la crítica y en la expresión. Mucho se lo agradezco el envío y la dedicatoria, felicitándole a la vez por ese trabajo³⁴⁵.

³⁴⁴ El propio Zamora cuenta cómo sucedió todo: «También tiene su amenidad la edición de Francisco de la Torre en Clásicos Castellanos. El libro estaba preparado para una serie bastante diferente, planeada por el ya recordado CSIC. El problema se centró en el papel. La concesión del papel era rigurosa, el original a la vista, los cálculos casi infalibles. Quizá se acordara, según los casos, un pliego o dos más, para sustituir los inútiles, averías, etc. Papel concedido. Pasa un año largo y el libro, en el limbo: un destacado mandamás [Joaquín Entrambasaguas] ha decidido destinar el papel a un Lope suyo, un Lope gordezuelo. El papel fue insuficiente, todo se paró. Mi La Torre se llevo a otro lado, Calpe..., donde salió sin problemas. Lo pagué con una reseña humillante, que hoy agradezco. No le guardo rencor. Pasados los años, quizá con intentos de borrar el mal recuerdo, su conducta conmigo fue cordial, amable. Bien es verdad que para más no servía, pero su trabajillo debió costarle». Archivo Zamora Vicente.

³⁴⁵ Carta de Menéndez Pidal a Zamora Vicente de 15 de enero de 1945. Archivo Zamora Vicente.

La incursión en la poesía de los hombres del Renacimiento no terminó ahí. La última pregunta a que tuvo que responder en el examen de oposiciones a cátedra consistía en hablar sobre el paisaje en la poesía renacentista, lo que le dio pie a adentrarse en el estudio de la influencia del petrarquismo en la poesía española del siglo XVI, estudio que se materializó en el discurso de apertura del curso académico de 1945 en la Universidad de Santiago titulado «Sobre el petrarquismo»³⁴⁶. En él, Zamora traslada la teoría de las generaciones a la poesía española del XVI. En aquellos años cuarenta, la teoría germánica de las generaciones estaba de moda en la filología española; muchos filólogos leían con gran entusiasmo el libro de Julius Petersen *Die Wissenschaft von der Dichtung*, publicado en Berlín en 1939 en el que se recogían artículos anteriores siguiendo los estudios de sus compatriotas Ranke y Dilthey, que fueron los primeros que hablaron sobre esta teoría. Zamora ya tenía conocimiento de ella gracias a las explicaciones de Pedro Salinas en la Facultad, donde aplicó a la generación del 98 las conclusiones a las que llegó el estudioso alemán, y que después publicaría en la *Revista de Occidente*; también había oído a Ortega y Gasset exponer el tema en las lecciones que dio en 1933, en la cátedra Valdecilla, tituladas «En torno a Galileo». Pocos años después, concretamente en 1935, se celebró en Amsterdam el II Congreso de Historia Literaria, donde se profundizó en el tema y cuyas actas se publicaron en París en 1937. El aislamiento en el que se encontraba España, primero a causa de nuestra guerra y después de la europea, hizo que tardaran años en llegar estas conclusiones a nuestra filología. En los años cuarenta existía entre los filólogos españoles una disputa sobre la aplicación o no de esta teoría a la hora de explicar la historia de la literatura. Zamora Vicente era partidario de utilizarla, como expresó en el artículo publicado en la *Revista de Educación Nacional*, antes citado, en el que dice:

³⁴⁶ Alonso Zamora Vicente: «Sobre petrarquismo». Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1945 a 1946. Universidad de Santiago de Compostela.

Y aún hay otro recurso más para la exposición metódica de la vida literaria. El estudio por generaciones. Sabemos ya cómo hay generaciones acumulativas y generaciones combativas. Cómo lo esencial para la existencia de una generación histórica no es la igualdad de resultados, ni siquiera la igualdad de posturas ante la vida; no sobra, mejor dicho, es imprescindible para la existencia de la generación una igualdad estricta de problemas, de causas que la motiven, o bien una igualdad de resultados, o bien una desigualdad de ellos.

Otros no eran tan partidarios de esta teoría y defendían mantener un tradicionalismo en los estudios literarios.

Desde hace algún tiempo, en la crítica se ha puesto de moda una revisión sistemática de las definiciones tradicionales y de los esquemas a que era aficionada la crítica anterior y un afán muy loable de luchar contra los «lugares comunes» de la literatura. Después de haber destronado muchas de las clasificaciones que sirvieron a nuestros antepasados para intentar reglamentar en cierta manera la *ex lege* república de las letras, hace algún tiempo se nota un ataque concéntrico contra la concepción de escuela [...]. Otros críticos, principalmente germánicos, han intentado sustituir la tradicional agrupación de literatos con el denominador común de una escuela, con otros acercamientos en los cuales los calores psicológicos tuvieran más importancia para definir afinidades. Me refiero particularmente al concepto de generación literaria defendido por Ranke, Dilthey, Petersen, Pinder y otros y, entre los españoles, por José Ortega y Gasset y Pedro Laín Entralgo especialmente³⁴⁷.

En su artículo, Zamora revisa el panorama de la lírica española del s. XVI para sacarla del «tradicional casillero» de las escuelas (salmantina y sevillana) y enfocarla bajo los nuevos conceptos de generaciones literarias. Recalca la influencia que la poesía italiana tiene tanto en los temas como en los recursos expresivos de la castellana de aquellos años. Para superar la división de las dos

³⁴⁷ Carlo Consiglio: «Reseña a “Sobre el petrarquismo” de Alonso Zamora Vicente», en *Revista de Filología Española*, XXX, 1946, págs. 168-171.

escuelas, propone dos generaciones: una que tiene como guía a Petrarca y en la que se encuentran Sá de Miranda, Boscán, Garcilaso, Hurtado de Mendoza, Acuña, Camões, entre otros; y en la segunda, con Garcilaso como caudillo, en la que estarían Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, etc.

Cuando se encuentre en Buenos Aires incluirá este discurso junto con otro artículo titulado «Observaciones sobre el sentimiento de la naturaleza en la lírica del siglo XVI» en un libro de ensayos literarios titulado *De Garcilaso a Valle Inclán*³⁴⁸. Este segundo artículo se centra en la influencia del paisaje en la poesía española desde Gonzalo de Berceo hasta Garcilaso de la Vega, pasando por el marqués de Santillana, Gil Vicente y el entonces tan estudiado por él, Francisco de la Torre.

2.- EL POEMA DE FERNÁN GONZÁLEZ

La gran obra a la que se dedicó Alonso Zamora durante su estancia en Santiago de Compostela fue la edición del *Poema de Fernán González*: «Tarde tras tarde fui dando cuerpo a mi edición del *Poema de Fernán González*»³⁴⁹.

En 1943 se celebró el milenario de Castilla lo que supuso la realización de gran cantidad de trabajos relacionados con el tema, entre ellos se encuentra la citada edición que hizo del *Poema de Fernán González*. Hasta entonces sólo existía la defectuosa edición de Janer y la divulgativa del padre Luciano, ya que la que hizo el hispanista americano Carrol Marden en 1904 era inaccesible. En su trabajo,

³⁴⁸ Estos artículos están recogidos en el libro *De Garcilaso a Valle-Inclán*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1950.

³⁴⁹ Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, pág. 24.

Zamora partió del manuscrito del s. XV que se encuentra en la biblioteca del monasterio de San Lorenzo de El Escorial y la edición de Marden, a la que añadió las matizaciones hechas por Menéndez Pidal a la edición del hispanista en una reseña publicada en *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen*³⁵⁰. Alonso Zamora, ante las dudas que tiene sobre algunas expresiones del texto, escribe a don Ramón:

Mi querido maestro:

Como usted recordará, el día de nuestra última entrevista le hablé de que preparaba, para Clásicos Castellanos, una edición del Poema de Fernán González, sobre cuyo alcance y procedimiento hablamos. He tenido muy en cuenta la reseña que usted hizo al trabajo de Marden en *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen*. Tengo una pequeña duda que me atrevo a pedirle me aclare, siempre que le sea fácil aclarármela y no le cueste perder mucho tiempo. Se trata de la voz *boruca*, ocurre en el episodio del arcipreste. La infanta —corrige usted— *trauol a la boruca*. ¿Qué es exactamente este *boruca*? le agradecería extraordinariamente que me lo comunicara³⁵¹.

Don Ramón le responde de forma prolífica y detallada, como demuestra la siguiente carta:

Hace tiempo que persigo esa voz por que me pregunta, y aún no he hallado textos antiguos que precisen su significado primitivo. Aunque la Academia la da como de uso general ‘bulla algazora’ hasta ahora no he comprobado que tenga utilidad regular sino en Méjico, con las frases meter boruca, ‘meter bulla’, hacerse boruca ‘aturdirse’, el día del juicio, después de la boruca ‘el día del juicio por la tarde, nunca jamás’ A. Castro. Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz de 1857, en el vocabulario final, registra boruca gran enredo, promovido con vocería, pero he preguntado a muchos gaditanos sobre esta voz y la desconocen, o solo recuerdan alguna persona que la empleaba, debe pues estar desapareciendo del uso. Claro que esta acepción

³⁵⁰ Ramón Menéndez Pidal: «Reseña a la edición del Poema Fernán González hecha por Marden», *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen*, t. CXIV, 1905, págs. 243-256.

³⁵¹ Carta de Zamora Vicente a Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

actual de la voz no conviene al pasaje de la *Primera Crónica General* de 414 a 39: «travó dél a la bronca e diol una gran tirada contra sí». La voz es de origen vasco, o digamos mejor, ibérico. En vasco actual, *buruka* ‘lucha de animales, topetada, cabezada’ derivado de *burn* ‘cabeza’; etimología que nos lleva a pensar para el pasaje de la *Crónica* en una manera de lucha que tenga relación con la cabeza, y que pudiera ser ‘pelamera, pelazga’, en aragonés se dice acapizarse «asirse de las greñas riñendo, abalanzarse uno sobre otro riñendo» (Borao, Pardo Asso), recuérdese aragonés arcaico *capeza* por cabeza. También puede pensarse en agarrada o riña a los cabezones, según las frases anticuadas andar o llegar a los cabezones ‘luchar riñendo personas’ asir o llevar de los cabezones a uno, cualquiera de estas dos explicaciones viene bien al texto de la *Crónica* «e diol una grand tirada contra sí»³⁵².

En su edición³⁵³ incluye, al pie del texto, los pasajes de la *Primera Crónica General*, que permiten al lector establecer una comparación entre el texto histórico

³⁵² Carta de Menéndez Pidal a Zamora Vicente de 15 de enero de 1945. Archivo Zamora Vicente. Entre los papeles de don Ramón, encuentro lo siguiente sobre este término: «Boruca: Gran enredo promovido con vocería. También se llama así a un motín de poca importancia. Castro. *Diccionario de voces gaditanas*, 1857. Boruca entra en la 11ª (1869) como prov. Andal. bulla, algaraza; y en la 12ª (1884) se le quita la nota de prov. y se deja como gral». En otra nota, dice lo siguiente: «Partiendo del significado vasco, mejor ibéro de *burn* “cabeza”, lucha agarrando por los pelos, pelamesa, pelazga o mejor agarrada o mejor agarrada a los cabezones, andar a los cabezones, llegar a los cabezones, traer de los cabezones a uno. Arg. Acapizarse, asirse de las greñas, riñendo, abalanzarse sobre otro riñendo. En enero de 1945 escribo a Zamora Vicente que prepara edición de Fernán González y me pregunta sobre una reseña de Marden copla 649c. En vasco actual *boruka* “lucha de animales, topetada, cabezada” de *burn* “cabeza”, etimología que nos lleva a pensar para el pasaje de la *Crónica* en una manera de lucha que tenga relación con la cabeza y que pudiera ser “pelamesa, pelaza” modo que en aragonés se dice *acapizarse* “asirse las greñas riñendo, abalanzarse uno sobre otro riñendo” (Borao, Pardo Asso). También puede pensarse en agarrada o riña a los cabezones según las frases antic.: *andar o llegar a los cabezones con uno*, luchar reñir dos personas; asir o llevar de los cabezones a uno. Cualquiera de estas dos explicaciones vienen bien al texto de la *Crónica* “e diol una grand tirada contra sí” (parece preferible la segunda “le asió de los cabezones tirando contra sí”). Archivo Menéndez Pidal. Julio Casares le envía alguna información que ha encontrado sobre el término: «Respecto a la voz boruca, me contestan ahora de Cartagena que por allí se emplea una voz parecida, boruja, que significa bulla, y que, por otra parte nada nuevo le diré ahora porque está en el Diccionario». Carta de 11 de mayo de 1946. Varios años después de que Zamora Vicente planteara la duda a don Ramón respecto a la palabra *boruca*, parece que el maestro todavía seguía rondando dicho término, como podemos comprobar por otra carta que le envía Julio Casares: «Aprovecho la ocasión para enviarle una cita de *boruca*, con la que he topado al hojear los libros de Méjico que nos ha traído Rubén Romero». Madrid, 23 de octubre de 1950. Archivo Menéndez Pidal.

³⁵³ Alonso Zamora Vicente: *Poema de Fernán González*, edición y notas, Madrid: Espasa Calpe, 1946.

y el poema, lo que la convierte en una edición bastante aceptable del *Poema*. El libro, a pesar de recibir alguna crítica exigente y precisa, como la que hizo María Rosa Lida en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*³⁵⁴, supuso un texto definitivo —para la época— del *Poema* y así se lo reconoce su maestro, Menéndez Pidal, quien de nuevo le agradece el esfuerzo realizado:

Querido Zamora: Con el mayor interés recibo esta edición del Fernán González, que es sin duda, la mejor que se ha hecho de tan difícil texto. Todos los recursos críticos están aprovechados en forma acertada y la anotación es precisa y muy ilustrativa. Noto solamente que a veces las correcciones de Marden están aceptadas sin indicar la lección del manuscrito. Mucho hay que agradecer a usted esta publicación y yo soy el más satisfecho teniendo aquí reunidos tantos elementos de juicio³⁵⁵.

5.- ESTUDIOS DE DIALECTOLOGÍA GALLEGA

A pesar de que durante aquellos años en Santiago comienza a nacer en Zamora Vicente una inclinación hacia la crítica literaria, como hemos visto, no abandonará su dedicación lingüística y su contacto con la lengua gallega le hace revivir su vocación dialectal. Una de las características que identificaba a los filólogos que se formaron en la escuela de Menéndez Pidal era la de ser investigadores perfectamente asentados en su tiempo y en el entorno lingüístico y literario. Por eso, durante los tres años que pasó en aquellas tierras se dedicará a estudiar en dimensión sincrónica los fenómenos más característicos del gallego y de su distribución geográfica. El resultado fueron los artículos: «Geografía del seseo

³⁵⁴ María Rosa Lida: «El Poema de Fernán González de Alonso Zamora Vicente» en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1949, t. III, págs. 182-185.

³⁵⁵ Carta de Menéndez Pidal a Zamora Vicente de 16 de junio de 1946. Archivo Zamora Vicente.

gallego»³⁵⁶, «De geografía dialectal: -ao, -an en gallego»³⁵⁷, «Los grupos -uit-, -oit- en gallego moderno. Su repartición geográfica»³⁵⁸ y «La frontera de la geadá»³⁵⁹. Estos estudios fueron realizados en contacto directo con los lugareños, recorriendo los pueblos y aldeas donde les escuchaba y tomaba notas para sus trabajos.

Recorrí multitud de lugares de Galicia con Villanueva, a donde él era llamado para visitar a algún enfermo [...]. Mientras Villanueva estaba con el enfermo, dialogando, vertiendo ese rotundo mensaje de sosiego que el médico esperado transmite a la familia y al propio enfermo, yo buscaba mis datos del gallego hablado. Lo hacía en la taberna, en un barucho sucio, en la sombra amiga de una carballeira donde aún se pisoteaban los residuos de la última romería. Fui así llenando mi red de lugares, que pude completar más tarde, en el verano, o con diálogos con gente que acudía a Compostela por alguna razón³⁶⁰.

Completó el trabajo con hablantes naturales (alumnos, familiares de alumnos) de aquellos pueblos que no visitó y a los cuales trató en Santiago cuando se acercaban a la ciudad por cualquier razón. En sus estudios sobre la geadá, Zamora llega a una serie de conclusiones arriesgadas, como el propio autor reconoce. Establece que la geadá, fenómeno que consiste en la pronunciación sorda de la velar sonora *g*, como velar sorda fricativa, *gh*, *h*, entra en Galicia por los pueblos astures y su área geográfica coincide con la de la cultura de los castros. Navarro Tomás, desde Nueva York donde daba clases en la Columbia University, le felicitaba por lo acertado de sus investigaciones:

³⁵⁶ Publicado en la revista *Filología*, III, 1-2, 1951, págs. 84-95.

³⁵⁷ En Homenaje a Amado Alonso, *NRFH*, VII, 1953, págs. 73-80.

³⁵⁸ En *Boletín de Filología*, XXI, 1962-1963, págs. 57-68.

³⁵⁹ En *Homenaje a Fritz Krüger*, tomo I, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1952. Los cuatro artículos se publicaron de forma conjunta en el libro *Estudios de dialectología hispánica*, Anejo 25 de *Verba*, Santiago: Universidad de Santiago de Compostela, 1986.

³⁶⁰ Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, págs. 25-26. También en «Ulpiano Villanueva en el recuerdo», en el *Correo Gallego*, 9 de junio de 1985.

He visto con interés sus contribuciones a la geografía lingüística gallega: frontera de la gada y de -ao -an, después de la del seseo. Todo ello está muy elaborado. Muy sugestivas sus hipótesis de sustrato, que considero bien fundadas³⁶¹.

6.- LOS CURSOS DE VERANO PARA EXTRANJEROS DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

A pesar de no disponer en la Facultad de una sección de Filología Románica, Zamora Vicente junto con el decano, Moralejo, crearon unos cursos para extranjeros con la intención de enseñar la lengua, la historia y la cultura españolas a alumnos y profesores foráneos. Los cursos estaban inspirados en los que el Centro de Estudios Históricos había creado a principios de siglo.

Estaba nuestro curso muy lejos de aquéllos del Centro de Estudios Históricos que yo había conocido. Pero el espíritu era el mismo: nadie lo notó; quiero decir nadie a quien pudiera molestar³⁶².

Los cursos de vacaciones para extranjeros que ofrecía el Centro de Estudios Históricos, fueron creados por una Real Orden de 6 de marzo de 1912, que autorizaba a la Junta para Ampliación de Estudios a organizar «cursos de vacaciones, en los cuales hallen los extranjeros ocasión adecuada de conocer de un modo general nuestro país en sus principales aspectos y estudiar especialmente nuestra lengua y literatura»³⁶³. En aquellos años existía una gran demanda de profesores de español para extranjeros. Muchos de éstos venían a España en su época de vacaciones para perfeccionar su español y para conocer mejor la cultura

³⁶¹ Carta de Tomás Navarro Tomás a Alonso Zamora Vicente del 24 de febrero de 1954. Archivo Zamora Vicente.

³⁶² Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, pág. 42.

³⁶³ *Gaceta de Madrid* de 11 de marzo de 1912.

y la literatura españolas. La demanda existente era tal que incluso universidades extranjeras, sobre todo francesas, habían creado en ciudades como Madrid y Burgos unos cursos de español para los alumnos que querían estudiar la lengua y la literatura españolas. Ante tal demanda, la Junta, que era la institución encargada de llevar a cabo dichos cursos, puesto que ella había reforzado, con su política de pensiones, los lectorados de español en universidades extranjeras, debía tomar las medidas necesarias para poderla satisfacer, por lo que encargó al Centro la creación de unos cursos sobre lengua y literatura españolas y por extensión, sobre nuestro arte y vida cotidiana. Mediante ellos se ofrecía a los extranjeros que se dedicaban a la enseñanza del español o que simplemente se querían familiarizar con nuestra lengua, la oportunidad de completar sus estudios con unos cursos breves e intensos. Los cursos comprendían una serie de conferencias, que en un principio fueron sobre lengua, fonética y literatura españolas; una serie de trabajos prácticos sobre pronunciación, vocabulario y sintaxis; y charlas sueltas sobre historia de España, geografía, arte y otros aspectos de la cultura nacional. Se completaban con excursiones a las ciudades cercanas a Madrid (Toledo, Segovia, Salamanca, Ávila, Aranjuez, etc.), y con visitas a los museos y palacios de la ciudad dirigidas por un profesor.

Al frente de estas actividades estaba Ramón Menéndez Pidal y, hasta el estallido de la guerra civil, la mayoría de los colaboradores del Centro dieron clases en estos cursos. En aquellos cursos se estableció una relación estrecha entre profesores y alumnos hasta tal punto que algunas de esas amistades terminaron en matrimonio, como la de Amado Alonso con Joan Evans, una estudiante estadounidense, o la de Dámaso Alonso con Eulalia Galvarriato, profesora también de los cursos y colaboradora del Centro³⁶⁴, a las que debemos añadir el

³⁶⁴ Lapesa cuenta cómo fue el enamoramiento de Dámaso y Eulalia: «De ordinario era don Samuel Gili Gaya quien nos instruía en el comentario gramatical de los textos, por lo que llamábamos gaya ciencia a tales saberes; pero algún año tocó a Dámaso Alonso administrárnoslos,

matrimonio entre Rafael Lapesa y Pilar Lago, quien también trabajaba en el Centro. Ante lo cual escribe Américo Castro en una carta a Amado Alonso:

Oiga: Dámaso está novio de una chica Galvarriato, una de aquellas moninas que venían por mi clase, y el año pasado al Centro. Creo que deberían utilizarse los matrimonios Alonso (porque éste otro se casa más fijo que el Sol) para reforzar un poco la menguada reputación de la filología:

¡Oh niñas! venid al Centro
que unos donceles apuestos
estarán siempre dispuestos (siga usted)
para llevaros adentro³⁶⁵.

Los cursos se celebraban en la Residencia de Estudiantes, —la colina de los chopos, como la llamaba Juan Ramón Jiménez— y a la que Azorín, en un artículo publicado en Buenos Aires, define, con su descriptivo estilo, de la siguiente manera, para hacerla más sugestiva a los estudiantes extranjeros:

El edificio es cómodo, limpio y claro. Se halla en Madrid y fuera de Madrid, a la vez. Se encuentra en el borde de la ciudad en un montículo. Y desde sus ventanas podrá el alumno de estos cursos contemplar, en la lejanía, el perfil azul del Guadarrama: fondo de algunos cuadros de Velázquez y Goya. En primer término, acaso descubra también las líneas gráciles, enhiestas de cuatro o seis álamos, el árbol de Castilla. La atmósfera de serenidad, de estudio escrupuloso, de meticulosidad, que reina en el Centro de Estudios Históricos, acabará por envolver al extranjero. Y a la lección

y con tal motivo trabamos con él trato personal. En una ocasión ese trato llegó a ser decisivo para Dámaso, que preparando y dirigiendo las clases prácticas tuvo la suerte de aleccionar a Eulalia Galvarriato, con mutuo enamoramiento y consiguiente matrimonio». Rafael Lapesa: «Recuerdos de mi amistad...», págs. 19-20.

³⁶⁵ Carta de Américo Castro a Amado Alonso; Madrid, 9 de enero de 1929. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

espiritual de doctrina, se habrá juntado, dichosamente, la ejemplaridad de las personas³⁶⁶.

Pocos años después, en 1915, y debido a que la demanda fue creciendo, se crearon los cursos trimestrales para extranjeros que se desarrollaban en otoño, invierno y primavera.

Continuando con la estela de aquellos cursos, se crearon los de la Universidad de Santiago de Compostela. El primero se celebró en el verano de 1945; debido a la Segunda Guerra Mundial, fueron muy pocos los alumnos que se apuntaron.

En aquel curso del verano de 1945, el oficialmente desdeñado espíritu de la Institución Libre de Enseñanza y de sus consecuencias volvió a pasearse por una Universidad española. El interés por lo popular, el folklore, al que dimos especial atención en nuestras lecciones, la lectura amplia y sin prejuicios de los clásicos, todo a tentones, sí, pero metiendo cabeza poco a poco, persiguiendo una meta que aún se nos presentaba nebulosa³⁶⁷.

A aquel primer año, invitó como profesores a José María de Cossío, Dámaso Alonso y Torrente Ballester. No se publicaron memorias de la universidad de Santiago de esos años, por lo que no podemos describir cómo fue aquel primer año; sin embargo, en 1948 se reanudó la publicación de las memorias³⁶⁸ y en ella

³⁶⁶ Azorín en *La Prensa*, Buenos Aires, 13 de junio de 1926. Este texto se utilizaba como reclamo de alumnos extranjeros en los folletos explicativos del curso de 1928.

³⁶⁷ Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, pág. 43. «Sin embargo, logré implantar allí los Cursos de Verano, que tenían una enorme relación con los Cursos de extranjeros que yo había visto en el Centro, pero como nadie los conocía no hubo el menor obstáculo y se volvió a tratar de las cosas con los textos delante, sin censura, sin dilaciones. Fue una experiencia muy bonita» Ana María Platas Tasende: «Conversación con Alonso Zamora Vicente», en *Revista Galega do Ensino*, núm. 17, 1997, pág. 42.

³⁶⁸ «En cumplimiento de un deber reglamentario, presenta la Secretaría General esta Memoria del curso 1948-49. Interrumpida durante varios años la tradición de las memorias publicadas, adolece ésta de los defectos que son consecuentes», Universidad de Santiago de

aparece la información sobre los cursos para extranjeros, que no debían de ser muy diferentes a los que se dieron años atrás. Existían dos tipos: uno de lengua española dirigido a alumnos extranjeros, y otro común para extranjeros y españoles en el que además de lengua y literatura españolas también se explicaba historia, arte y folclore de España y de Galicia. El primero se dividía, a su vez, en un curso elemental en el que se explicaba Fonética y Pronunciación además de Gramática y comentario de textos; y otro superior que se dedicaba a la Gramática Histórica y que daba Abelardo Moralejo. Los cursos comunes para españoles y extranjeros eran más variados, y los alumnos podían elegir literatura medieval castellana y galaico portuguesa, literatura clásica española, el teatro y la novela, la literatura española contemporánea, arte español, arte compostelano, música española contemporánea, folclore gallego. Entre los profesores podemos encontrar a un joven Gonzalo Torrente Ballester, por entonces profesor de instituto, a García Blanco, compañero de Zamora Vicente en Salamanca, a José Filgueira Valverde director del Instituto de Pontevedra, entre otros.

En 1948 se apuntaron 36 alumnos, seis de ellos ingleses, que eran los más numerosos, cuatro portugueses, dos holandeses y dos polacos. Destaca la presencia de estudiantes de países del este de Europa (Ucrania, Croacia, Lituania, Eslovaquia), en un momento en el que las divisiones políticas eran tan marcadas. Los cursos se completaban con excursiones a Pontevedra, a la Toja a Villagarcía de Arosa y a La Coruña³⁶⁹.

Una enfermedad de bronquios, que Zamora Vicente arrastraba desde su infancia, se le agudizó en Santiago debido al clima húmedo de la ciudad, que le

Compostela, Secretaría General: Memoria del curso, 1948-49, Santiago: Imprenta del Seminario Conciliar, 1949.

³⁶⁹ Universidad de Santiago de Compostela, Secretaría General: Memoria del curso, 1948-49, Santiago: Imprenta del Seminario Conciliar, 1949.

tuvo apartado durante un año de la vida universitaria. El tiempo de convalecencia lo pasó primero en Santiago, donde fue a cuidarle María Josefa, quien ante su estado de salud le propuso un matrimonio en artículo mortis. Después estuvo en Madrid, donde pasó un año en su casa de la plaza de la Cebada, junto a su padre, que moriría ese mismo año de 1946, su madrastra y su hermanastra. Allí se recuperaba de la enfermedad sin salir de casa, como se lo dice a su maestro Menéndez Pidal:

Habría querido ir a visitarle estos días, pero estoy convaleciente de una congestión pulmonar que he pasado en Santiago, y no salgo a la calle, sobre todo con estas nieves. Si no quiere usted molestarse en ponerme unas letras, puede usted telefonar a la señorita Canellada, al Centro, y ella me lo transmitirá³⁷⁰.

La noticia de su enfermedad tuvo cierta repercusión en el mundo universitario, tanta que algunos colegas dieron su muerte como un hecho y enviaron a la familia las correspondientes condolencias.

Comenzaron a caer sobre mi casa, en aluvión desbocado, numerosos telegramas de pésame a mi familia: había corrido la noticia de mi muerte, creo que incluso se preparó un funeral en San Francisco. De esos telegramas, los primeros fueron de amigos compostelanos. Veinticinco años después, un periódico local volvió a recordar la muerte acaecida veinticinco años antes³⁷¹.

³⁷⁰ Carta a Ramón Menéndez Pidal, sin fecha. Archivo Menéndez Pidal.

³⁷¹ Alonso Zamora Vicente: *Compostela...*, pág. 49. En una carta a su amigo Fernández del Riego, aclara Zamora cómo surgió la confusión sobre su muerte: «Mucho le agradezco el tono sinceramente amistoso de su carta. No sé yo mismo cómo pude morirme. Parece que la noticia la inventó una antigua alumna mía de Santiago, que andaba por Madrid, algo rara. Quizá un malentendido. Corrieron noticias aproximadas (pero de otra gente: otro Alonso “ilustre”, enfermo seriamente de cáncer, la muerte de un tío carnal mío), y quizá el chisme inagotable de los chicos sobre los profesores. En fin, el primer asombrado fui yo. Mi mujer recibió la primera carta de pésame una mañana de frío endiablado, cuando estábamos todos juntos al calor de la estufa. Lo malo fue el susto que le dieron a mi pobre madre, ya viejecita y malucha. Todo se aclaró rápidamente». Carta de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego, Buenos Aires, 1951, en Xesús Alonso Montero: «Cartas de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego» en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, núm. 10, págs. 153-157.

Durante aquel año de recuperación en Madrid, Alonso y María Josefa se casaron en la iglesia de la Concepción, en el barrio de Salamanca de Madrid. Fue una ceremonia íntima a la que asistieron algunos familiares, pocos, pues la mayoría había muerto, y algunos amigos. Después del viaje de novios a Ávila, Alonso empezó a buscar soluciones para su futuro. Las lluvias continuas de Santiago de Compostela no eran lo más aconsejable para su enfermedad, por lo que buscó una plaza vacante en otra universidad situada en una ciudad cuyo clima fuera más seco y, por tanto, más apropiado para su salud; ese nuevo lugar fue la Universidad de Salamanca. Sin embargo, el recuerdo de la ciudad gallega siempre estuvo muy presente en él, y desde las tierras áridas de Castilla recordaba su Compostela:

Espero que los días de Santiago le hayan hecho bien. Yo tengo agravada su nostalgia de manera acuciante y permanente. ¡Tardes de la Quintana, al abrigo de la Iglesia! En estas largas, suaves, tardes de Castilla, yo evoco vivamente mi costumbre de Santiago, con don Ramón Prieto, cuesta de Bonaval arriba mientras se van cayendo las campanadas de la Catedral, o recorriendo la ciudad con Ulpiano Villanueva, en la visita a sus enfermos. En el silencio de mi biblioteca, resu[e]na dulcemente la calle enlosada, la lluvia terca, la queja de los mendigos. Santiago es un milagro vivo que no nos merecemos los españoles. Si yo fuera rico, me compraría uno de aquellos palacios, lo arreglaría por dentro para vivir y haría de su Universidad una de las mejores de Europa. Como no hay nada de eso, me conformo con soñarlo³⁷².

³⁷² Carta de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego, Salamanca, 7 de noviembre de 1947. Xesús Alonso Montero: «Cartas de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego» en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, núm. 10, págs. 153-157.

IV.- ASTURIAS Y LOS TEMAS PORTUGUESES

Antes de llegar al nuevo destino académico, nos vamos a detener en el noroeste de la Península. A lo largo de su vida, Zamora ha mantenido un vínculo intenso con las tierras de esa zona de España. Como acabamos de ver, su primera experiencia docente fue en Extremadura, después Santiago de Compostela y más tarde Salamanca. De ese vínculo surgirán innumerables artículos y estudios y sobre la lengua y la literatura de dicho territorio. Tal vez esto nos pueda ayudar a comprender que los dos escritores a los que más páginas ha dedicado en sus trabajos hayan sido dos escritores gallegos: Ramón del Valle-Inclán y Camilo José Cela. Otra parte de esa zona peninsular a la cual también dedicó varios estudios fue Asturias y a Portugal.

1.- EL LÉXICO RURAL ASTURIANO

Tras su matrimonio con María Josefa, los veranos los solían pasar en Libardón, cerca de la zona Infiesto, donde ella había nacido. Durante aquellos frescos veranos, Zamora se dedicaba a recorrer los pueblos de la zona: «Tierra de Asturias, verde, olorosa, al borde del camino. Un día gastado en viejas iglesias prerrománicas y, en lo que salga al pasar, sorprendente hallazgo de la infatigable curva de paisaje. Pueblos diminutos, agazapados tras la innumerable fronda»³⁷³. De esas excursiones nació un libro sobre el léxico de esa región de Asturias: «Los materiales que constituyen las presentes notas sobre la cultura popular de Libardón han sido recogidos durante el verano de 1952»³⁷⁴. Sobre el léxico de esa zona existía un libro de Braulio Vigón titulado *Vocabulario dialectológico del Concejo*

³⁷³ Alonso Zamora Vicente: «Tarde en Asturias», *La Nación* 19 de noviembre de 1958. Recogido también en *Libros, hombres, paisajes*.

³⁷⁴ Alonso Zamora Vicente: *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón (Colunga)*, Granada: Universidad de Granada, 1953, pág. 12.

de Colunga³⁷⁵ de 1896 y reeditado en 1955, además del de María Josefa sobre el léxico de concejo lindante de Cabranes, libros a los que tuvo que recurrir en bastantes ocasiones.

Zamora Vicente estudia el léxico que utiliza la gente del concejo de Colunga, más concretamente los que pertenecían a la parroquia de Santa María Magdalena de Libardón. Alrededor de ella había una serie de aldeas y caseríos, como Eslabayo, Grandiella, Carrandena, Los Toyos, Raicedo, Fano y El Pumerin, cuyo núcleo central era Libardón. En aquellos primeros años de la década de los cincuenta, esta zona asturiana se dedicaba principalmente al campo, a los prados donde pacía el ganado bovino y a la explotación de la leche que vendían a grandes compañías lecheras. Se encuentran aislados de la costa por el puerto del Sueve, que, aunque no es muy elevado, no facilita las comunicaciones entre ambas partes. Únicamente disponían de una carretera, la que une Infiesto con Colunga que recorre un autobús diario para acercar a los habitantes de la zona a Colunga, Infiesto o Villaviciosa, núcleos más poblados, para hacer sus compras en el mercado. Algunas de las aldeas no tenían luz en aquella época y el teléfono apenas se utilizaba. Todo esto hace que en esa zona de valles y praderas se mantenga una forma de hablar arcaizante. Para las encuestas, Zamora no utilizó cuestionario alguno, y debido a lo reducido de la población que habitaba la comarca «casi todo el mundo ha sido, en cierta forma, objeto de mi investigación». Todos ellos cumplían los requisitos necesarios para ser buenos informantes para un trabajo como el que se proponía el filólogo: apenas habían salido del lugar y tenían un nivel de estudios bajo.

En el libro se recoge un estudio minucioso de los términos relacionados con diferentes actividades de la vida rural de aquella época, que, como él dice no eran

³⁷⁵ Braulio Vigón: *Vocabulario dialectológico del Concejo de Colunga*, edición preparada por Ana María Vigón Sánchez, Madrid: 1955, Gráficas Benzal.

los más representativos, pero sí «los que yo tenía más a la mano en un largo periodo de descanso». Los objetos que estudió fueron: el molino, el yugo, el carro, el lagar y las madreñas. Los términos relacionados con estos cinco instrumentos los obtuvo gracias a «sucesivas y múltiples conversaciones ante los objetos descritos, y viendo, durante largo tiempo, su funcionamiento, su desarrollo o su fabricación». Cada uno de los objetos iba acompañado de una serie de dibujos y fotografías. Además de la labor lingüística, el libro tiene también un importante valor etnográfico³⁷⁶.

Años después, ya en la década de los setenta, cuando la modernización había llegado a los pueblos españoles, muchas de las actividades artesanales se habían perdido. Sin embargo, Zamora Vicente regresa de nuevo a la comarca asturiana para hacer un estudio sobre el léxico de la cestería, que todavía en aquellos años se mantenía firme, «a pesar del plástico, cada vez más amenazador»³⁷⁷.

2.-Y MÁS AL OESTE, PORTUGAL

A partir del contacto con el oeste español surgió el interés por lo que sucedía un poco más allá, en el país vecino, en Portugal³⁷⁸. No sabemos de dónde nace el interés por este país, tal vez por la fascinación que sufrió durante uno de los viajes

³⁷⁶ Entre las reseñas que se le hicieron cabe destacar la de Fritz Krüger en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. XI, 1957, págs. 205-211. En ella hace algunas puntuaciones en cuanto a términos referidos al molino y a las madreñas.

³⁷⁷ Alonso Zamora Vicente: «Más sobre Asturias. Léxico de la cestería popular» en *Estudios de dialectología hispánica*, en *Verba, Anuario Gallego de Filoloxia*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, Anexo 25, págs. 129-144. El artículo se había publicado con anterioridad en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, núm. XXXII, 1976. Homenaje a Vicente García de Diego, págs. 579-590.

³⁷⁸ Para la vinculación de Zamora Vicente con los temas portugueses, véase el artículo de Pilar Vázquez Cuesta: «Alonso Zamora Vicente y la cultura galaico-portuguesa», en *PSA*, t. LXX, 1973, págs. 337-343.

que hizo con la Facultad acompañado de don Elías Tormo en sus años de estudiante. Es cierto que en aquella época de estudiante los temas portugueses le atraían bastante y en el primer contacto que tuvo con Dámaso en el Centro, el aspirante a filólogo se presenta como «interesado en Portugal y en las cosas portuguesas»³⁷⁹; y durante la guerra, mientras Madrid es bombardeado, él y María Josefa se juntan para traducir *Las Luisidas*. Al poco de terminar la guerra, María Josefa Canellada, durante el tiempo que él estuvo en Mérida como profesor, pasó el curso de 1942 en la Universidad de Coimbra para especializarse en el Laboratorio de Fonética que dirigía Armando Lacerda. De esa estancia surgió la publicación, junto con el director del laboratorio, de un estudio sobre los comportamientos tonales vocálicos en español y portugués³⁸⁰. Tradujo también, durante el tiempo que estuvo en la ciudad portuguesa, un libro del poeta Miguel Torga titulado *Bichos*³⁸¹. La estancia en la Universidad de Coimbra influyó mucho en María Josefa, quien transmitiría esa pasión por los temas portugueses a su futuro marido.

Teniendo en cuenta estas razones como posible causa de su interés sobre Portugal, Zamora Vicente dedicó gran cantidad de artículos y estudios filológicos a la lengua y a la literatura portuguesa desde sus comienzos³⁸². En los años cuarenta, reseña varios libros de autores portugueses: en 1943, en la *Revista de Filología Española*³⁸³ escribe sobre un libro de Manuel de Paiva Boléo que se titula *Brasileirismo*; ese mismo año, en la revista *Escorial*³⁸⁴ traduce una antología de

³⁷⁹ Alonso Zamora Vicente: «Dámaso, ya...», pág. 42

³⁸⁰ María Josefa Canellada y Armando de Lacerda: *Comportamientos tonales vocálicos en español y portugués*. Anejo XXXII de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1945.

³⁸¹ Miguel Torga: *Bichos* (traducción de María Josefa Canellada). Madrid: *Ínsula*, 139, 1946.

³⁸² Para un estudio completo de la obra portuguesa de Zamora Vicente, véase María Josefa Postigo Aldeamil: «Alonso Zamora Vicente y los temas portugueses» en *Con Alonso Zamora Vicente*, t. I, Alicante; Universidad de Alicante, 2003, págs. 165-177.

³⁸³ Alonso Zamora Vicente: «Sobre M. de Paiva Boléo, *Brasileirismos*», en *RFE*, XXVII, 1943, págs. 466-467.

³⁸⁴ Alonso Zamora Vicente: «Campos de Figueiredo», *Antología y traducciones con nota*

poemas del poeta Campos de Figueiredo, pertenecientes a los libros *Reino de Deus* y de *Navio na montanha*. Años después, en 1948 traduce todos los poemas de *El reino de Dios*, libro que publica en *Ínsula*³⁸⁵. En esa revista recién creada (sobre cuyo nacimiento y primeros años —en los que Alonso Zamora estuvo muy vinculado— será objeto de estudio de esta tesis más adelante), aparecen varias reseñas de libros publicados en el país vecino. En 1946, en el número 7 reseña el libro de viajes del poeta Mario Beirao *Oiro e ceniza*; en ese mismo número también hace una reseña del libro del profesor Manuel de Paiva *Introdução ao Estudo da Filologia Portuguesa*. En el número 8, Zamora se detiene en una obra de Duarte Leite titulada *Os falsos precursores de Álvares Cabral*, también en los trabajos de Osvaldo Orico *Homens da America* y *Jóias da poesia hispanoamericana* (núm. 9 y 10); estudia el realismo de Eça de Queiros en el número 10. Y el libro de Karl Jaberg, *Géographie linguistique et expressivisme phonétique: les noms de la balançoire en portugais*, en el 15. También dio cuenta del nacimiento, en 1947, de la *Revista Portuguesa de Filologia*, fundada y dirigida por Manuel de Paiva Boléo. Como suplemento de dicha revista, su director publicó en 1951 un libro titulado *Os estudos de linguística românica. Na Europa e na América. Desde 1939 a 1948*³⁸⁶, para lo cual contó con la colaboración de varios especialistas pertenecientes a las distintas lenguas románicas que se encargaron de realizar una exposición de los trabajos más relevantes que durante la década de los cuarenta se habían publicado en el campo de la lingüística en cada uno de sus respectivos países. El apartado de la lingüística española, Paiva Boléo se lo encargó a Zamora Vicente quien hace un recorrido por las publicaciones más interesantes entre los años 1939 a 1947 en el

previa, en *Escorial*, 29, Madrid, marzo de 1943.

³⁸⁵ Alonso Zamora Vicente: *El reino de Dios* (Traducción y notas). Madrid-Coimbra, Madrid: *Ínsula*, 1948.

³⁸⁶ Manuel de Paiva Boléo: *Os estudos de linguística românica. Na Europa e na América. Desde 1939 a 1948*, Coimbra: *Revista Portuguesa de Filologia*, 1951.

campo de la dialectología, fonética, lexicología, historia de la lengua y estilística³⁸⁷.

En 1949 participa en la redacción del *Diccionario de literatura española* que, a semejanza del inglés *The Oxford Companion of English Literature* o del francés *Larousse*, pretendía recopilar «los conceptos, autores y obras anónimas más importantes de la literatura escrita en castellano»³⁸⁸. Los coordinadores del proyecto fueron Julián Marías y Germán Bleiberg quienes contaron con la colaboración, además de Zamora Vicente y de María Josefa Canellada, de Samuel Gili Gaya, Rafael Lapesa, Jorge Campos, José Manuel Blecua, Salvador Fernández Ramírez, entre otros para redactar cada una de las entradas. De los autores sobre los Zamora Vicente escribió, destacan tres muy vinculados con Portugal, bien porque son autores que, aunque escribieron algunas de sus obras en castellano, nacieron en el país vecino, como es el caso de Gil Vicente y de Luís Camões, o bien porque en sus obras los temas portugueses estuvieron muy presentes, es el caso de Tirso de Molina. Los tres son autores fronterizos, que se balancean entre la cultura y la escritura castella y portuguesa.

Con motivo de la celebración del tercer centenario de la muerte de Tirso de Molina, la editorial Espasa Calpe inició, en 1947, una edición de las comedias del autor, en su colección Clásicos Castellanos. En el primer volumen se publicaron *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla* o *El convidado de piedra*, con notas e introducción de Américo Castro, quien revisó la edición ya realizada en 1922; en el segundo *El amor médico* y *Averígüelo Vargas*, con notas e introducción de Zamora Vicente y de su mujer María Josefa Canellada. En el estudio introductorio

³⁸⁷ Alonso Zamora Vicente: «Bibliografía lingüística española (1939-1942)», en *Os estudos de lingüística românica. Na Europa e na América. Desde 1939 a 1948*, Coimbra: *Revista Portuguesa de Filología*, 1951, págs. 226-247.

³⁸⁸ Julián Marías y Germán Bleiberg: *Diccionario de literatura española*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1949, pág. XI. Hay una segunda edición aumentada de 1953.

a las dos comedias, las cuales se desarrollan en Portugal, el matrimonio Zamora-Canellada pone de manifiesto la estrecha relación que el poeta español tenía con aquel país.

Tirso sintió un indudable afecto por el país vecino, en el que colocó varias de sus comedias, aparte de recuerdos existentes en otras. Su visión de Portugal no es una visión primeriza y superficial. Conoce su historia y su lengua, y entresaca de aquella personajes que pasaron por el mundo rodeados de un nimbo de tragedia, de fuerte poesía³⁸⁹.

Esta visión de la influencia de Portugal en el teatro de Tirso de Molina, la explicará con más detalle en el un artículo publicado en la revista *Biblos* de Coimbra, titulado «Portugal en el teatro de Tirso de Molina»³⁹⁰. En este artículo analiza el uso que hace de la historia portuguesa en sus obras que se centran principalmente en el origen de la nacionalidad (en *Las quinas de Portugal*), en la generación del rey don Juan I, con la historia de Pedro de Portugal, duque de Coimbra, que aparece en *El vergonzoso en palacio* y en *Averígualo Vargas* y en el episodio de Inés de Castro en *Siempre ayuda la verdad*. Después analiza los lugares de Portugal en los que Tirso sitúa algunas de sus comedias. Otro aspecto importante que caracterizaba a los portugueses del siglo XVII era la pasión amorosa, así como su valentía, que Tirso tan bien recoge en sus obras. No podía faltar el enfrentamiento entre lo castellano y lo portugués en una época en la que compartían nación; continuos rencores que el autor mercedario ofrece a su público en muchas de sus comedias. Por último, Zamora Vicente analiza el léxico portugués utilizado por el escritor español. Cuarenta años después, en la década de los ochenta, volverá la mirada sobre la influencia de lo portugués en Tirso de

³⁸⁹ Tirso de Molina: Comedias II: *El amor médico* y *Averígualo Vargas*, edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, Madrid; Espasa Calpe, 1948, págs. IX-X.

³⁹⁰ Alonso Zamora Vicente: «Portugal en el teatro de Tirso» en *Biblos*, Coimbra, 1948, t. I, vol. XXIV págs. 1-41. El artículo también fue recogido en el libro *De Garcilaso a Valle-Inclán*.

Molina en el artículo «Una mirada a las Quinas de Portugal». En este artículo, recogido en las actas del coloquio que sobre Tirso se celebró en Copenhague en 1984, Zamora dice que se trata de una comedia «rabiosamente portuguesa. Todo allí, desde principio al fin, está dedicado a Portugal. No ocurre como en otras tantas, donde Portugal comparte su presencia con otras presencias, puede ser, sin más, un aire de fondo. Aquí está Portugal mismo, la esencia misma de su ser, de su origen»³⁹¹.

En el lado contrario se situaba otro de sus autores favoritos, Camões. Al igual que Tirso, el poeta lusitano une las dos culturas, la castellana y la portuguesa, en sus obras.

Ese rasgo que une las bases de la sociedad en las dos colectividades. Pues igualmente orgullosa de su peripecia histórica, por la parte literaria escogida, superior, es Camões, quien se encarga de realizar esa función. Tanto Tirso como Camões desempeñan esa función de acercamiento con espontaneidad, espontaneidad muy firme, que no creo que haga falta poner en relación con la violencia política³⁹².

Camões es un escritor al que Zamora se acerca en la última etapa de su vida. Le atrae especialmente su teatro, un teatro con una fuerte presencia de lo popular que había bebido en los grandes autores de los siglos XV y XVI.

Vemos, pues, que estamos ante un teatro decididamente tradicional. Gil Vicente, los salmantinos, la máquina de Lope de Rueda, bien conocida a través de la letra impresa³⁹³.

³⁹¹ Alonso Zamora Vicente: «Las quinas de Portugal», en *Tirsiana*. Actas del coloquio sobre Tirso de Molina, edición de Berta Pallares y John Kuhlmann Madsen, Madrid: Castalia, 1984, pág. 264.

³⁹² *Ibíd.*, pág. 264.

³⁹³ Alonso Zamora Vicente: «Relaciones literarias hispano-portuguesas» en *Cuatro lecciones sobre Camoes*, Madrid: Fundación Juan March, 1981, pág. 29.

El último autor fronterizo entre Castilla y Portugal al que dedicó algún que otro estudio fue a Gil Vicente. A parte del librito para estudiantes publicado en México en 1963 *Gil Vicente. Obra teatral y poética*³⁹⁴, donde recoge un par de comedias y una selección de poemas, pero sin un estudio introductorio, el gran acercamiento a la obra del escritor portugués fue la edición de *La comedia del viudo*³⁹⁵.

³⁹⁴ Gil Vicente: *Obra teatral y poética* (Selección de Alonso Zamora Vicente), México, 1963. Colección literaria Servet.

³⁹⁵ Gil Vicente: *Comedia del viudo* (Edic., prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente), Lisboa: Instituto de Alta Cultura, 1962, Col. Publicações do Centro de Estudos Filológicos. Parte de ese estudio lo publicó también el homenaje a Dámaso Alonso. Alonso Zamora Vicente: «Una introducción a la "Comedia do viudo"», en *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid: Gredos, t. III, 1963.

V.- LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Alonso Zamora Vicente encontró en la Universidad de Salamanca aquella vacante que buscaba, y pidió el traslado a la ciudad castellana³⁹⁶. La de Salamanca era la más antigua de España y, por tanto, gozaba de un prestigio indudable en todo el país. Siempre había tenido fama de ser una universidad conservadora y tradicionalista, y en aquellos años, debido al régimen franquista, esa fama era aún mayor.

En un artículo publicado en *Ínsula*, Zamora había expresado su defensa de las ciudades universitarias, es decir, de aquellas ciudades pequeñas en las que la universidad supone un núcleo económico y social. Su experiencia en Santiago le había demostrado que en poblaciones como aquella, o en otras semejantes, pensaba en Alcalá de Henares o en la propia Salamanca, se produce una comunión perfecta entre la universidad y la ciudad, lo cual es beneficioso tanto para la una como para la otra.

Pensemos, en cambio, en una de esas viejas plazas universitarias españolas: la de la Quintana de Compostela o el Patio de Escuelas de Salamanca. En ellas se siente inmediatamente la personalidad, el vago, impreciso fluir de la Historia. Tenemos el sentimiento de estar encajados en una tradición de laborar por algo firme,

³⁹⁶ En las actas de la Junta de Gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, podemos leer el día 22 de marzo de 1947 «La Junta conoció el expediente del concurso de traslado para la provisión de la cátedra de Lingüística Románica y Filología Portuguesa solicitado por el catedrático de Lengua y Literatura Española don Alonso Zamora Vicente, y remitido a informe de esta Facultad en virtud de lo que dispone el apartado A) del artículo 8 de la Ley de 29 de julio de 1943 ha acordado la Junta informar favorablemente la petición del referido catedrático don Alonso Zamora Vicente». El traslado se lo concedieron por una Orden de 14 de abril de 1947 «por la que se nombra catedrático de la Universidad de Salamanca a don Alonso Zamora Vicente. En virtud del concurso de traslado y cumplidos los trámites a que se refiere el apartado a) del artículo 58 de la Ley de 29 de julio de 1943, este Ministerio ha resuelto nombrar para el desempeño de la cátedra de Lingüística románica y Filología portuguesa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, al catedrático de Lengua y Literatura españolas y Literatura universal en la de Santiago don Alonso Zamora Vicente, con el mismo sueldo que actualmente disfruta». BOE de 27 de abril de 1947.

permanente. En estas ciudades es donde debieran de surgir grandes ciudades universitarias. Santiago de Compostela y Salamanca, perdida Alcalá definitivamente, son las predestinadas, las que, por lo menos disponen de un derecho indiscutible³⁹⁷.

I.- LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA EN LOS AÑOS CUARENTA

Hasta el s. XIX, la Universidad de Salamanca había sido el modelo de Universidad del Antiguo Régimen, gracias a los continuos privilegios que le otorgaba la monarquía católica. Sin embargo, con la Ley Moyano de 1857, se convierte en una universidad más, de distrito menor frente a la importancia que había tomado la de Madrid, debido a la centralización universitaria y al control gubernativo de las universidades que proponía dicha ley. A partir de ese momento los poderes públicos y locales van a adquirir un protagonismo esencial dentro de la Universidad de Salamanca ya que van a ser los encargados de nutrir su débil economía y con ello permitir su expansión social. Se produce entonces una estrecha relación entre los altos cargos universitarios y la administración local, que continuará durante gran parte del s. XX. Las autoridades locales velarán, dependiendo de sus intereses, por el avance de la Universidad.

En los primeros años del s. XX, la Universidad de Salamanca era una universidad «pequeña y pobre», según las palabras que en 1917 pronunció su rector Enrique Esperabé³⁹⁸. En aquellos años, únicamente la figura de Miguel de

³⁹⁷ Alonso Zamora Vicente: «Ciudades universitarias» en *Ínsula*, núm. 22, 1957, pág. 2.

³⁹⁸ Tomás Pérez Delgado: «Control e intervencionismo, 1936-1970» en *Historia de la Universidad de Salamanca. Tomo I. Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002, págs. 313-332. Para conocer mejor esta época de la Universidad de Salamanca también se puede consultar el artículo de Miguel Ángel Perfecto García: «Los poderes en la Universidad (1923-1979)» en *Historia de la Universidad de Salamanca. Tomo II. Estructura y flujos*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002, págs. 244-283. Enrique De Sena: «Guerra, censura y urbanismo: recuerdos de un periodista» en *Historia de Salamanca, siglo veinte*, tomo V, coordinado por Ricardo

Unamuno y de algún otro catedrático le otorgaban cierto prestigio. Durante la guerra, por una Orden de 5 de septiembre de 1936, la Universidad suspendió las clases, al igual que hicieron todas las universidades que se encontraban bajo el dominio de los rebeldes, ya que se entendía que los buenos estudiantes se encontraban luchando en el bando «nacional». Durante los años de la contienda, la universidad salmantina otorgó su apoyo incondicional a los sublevados cediendo gran parte de sus edificios³⁹⁹. Don Miguel de Unamuno —entonces rector—, ante el caos al que había llevado al país el Gobierno del Frente Popular, defendió a los militares rebeldes a fin de que ellos fueran capaces de otorgar serenidad a la situación, y fue nombrado concejal del Ayuntamiento de la ciudad. Este apoyo fue utilizado por la propaganda de los franquistas en un momento en el que los medios republicanos desacreditaban internacionalmente a los rebeldes. La defensa del rector de la universidad más histórica de España supuso un fuerte impulso para la causa fascista a nivel exterior. Pero rápidamente don Miguel se fue desengañando y se rebeló contra los militares en el famoso incidente del Paraninfo del 12 de octubre de 1936, por el que fue cesado de sus cargos y recluido en su casa hasta su muerte.

Ocupó entonces el cargo de rector Esteban Madruga, bajo cuyo rectorado se creó, en el Paraninfo de la Universidad, el 6 de enero de 1938, el Instituto de España. Este organismo, ideado por Eugenio D'Ors a partir de la organización cultural de la Italia de Mussolini, agrupaba a la Academia de la Lengua Española, a la de la Historia, a la de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, a la de Ciencias Morales y Políticas, a la de Bellas Artes de San Fernando y a la de Medicina en

Robledo, Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001, págs. 325-394. También el capítulo que dedica a la Universidad de Salamanca Jaume Claret Miranda: *El atroz desmoche...*, págs. 85-112.

³⁹⁹ Antonio Fuentes Labrador, María de los Ángeles Sampedro, Florencia Corrionero y María Jesús Velasco: «Apoyo institucional en un centro de poder: la Universidad de Salamanca durante la guerra civil. Un modelo de comportamiento» en *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991, págs. 257-282.

una única institución. Su propósito era ejercer un control sobre ellas, y de esta forma, la nueva institución se convirtió en una pieza clave en la administración de la política cultural durante todos los años de la dictadura franquista. El Instituto de España estaba formado por un consejo o corte suprema integrada por los más relevantes académicos que dictaría normas y controlaría los actos de las distintas academias que la formaban. Aquella mañana fría del invierno salmantino acudieron a la creación del Instituto de España un número considerable de nuevos académicos: Pío Zabala, José Yanguas Messía, Felipe Clemente de Diego, Pedro Cifuentes, entre otros. De todos ellos destaca la presencia de Pío Baroja, que suponía un reconocimiento por parte del escritor vasco del régimen franquista, a pesar de los artículos que escribía desde París⁴⁰⁰.

En 1940, la Universidad, que entonces se llamaba Universidad Literaria de Salamanca, reanuda sus clases y su ritmo normal de vida, y lo hace con cerca de dos mil alumnos repartidos en cuatro facultades: Filosofía y Letras, Derecho, Ciencias y Medicina. En 1942 se crean las secciones de Filología Clásica, Románica y Literatura. Después de la depuración a la que se sometió al profesorado, quedaron en la Facultad de Filosofía y Letras sólo algunos, como el ex rector José María Ramos Loscertales, César Real de la Riva o Manuel García Blanco y llegaron otros nuevos: fue el caso de Antonio Tovar, una vez finalizado el trabajo como subsecretario de Prensa y Propaganda. En esos años la Universidad de Salamanca pretende abrir sus puertas al exterior, concretamente Hispanoamérica, y para ello creó la Asociación Cultural Iberoamericana. Su misión era facilitar la llegada de alumnos extranjeros a estudiar en la Universidad, especialmente hispanoamericanos, y que intelectuales del otro lado del océano dictaran

⁴⁰⁰ Jordi Gracia: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona: Anagrama, 2004. En el libro nos habla de los apoyos que tuvo entre los intelectuales la creación de dicha institución.

conferencias y cursos a fin de huir del aislamiento internacional en el que se encontraba España en general y la Universidad en particular.

Durante la década de los cuarenta, la simbiosis entre los poderes políticos locales y la Universidad se hace más evidente, pasando aquéllos a ejercer un control y dominio absoluto sobre ella⁴⁰¹. Por tanto, las políticas conservadoras y afines al régimen que dominan en la ciudad tienen su reflejo inmediato en la Universidad. Salamanca fue durante la guerra civil uno de los centros de poder, junto con Burgos, de los generales fascistas. Su posición geográfica hizo de ella, además, un punto neurálgico de comunicaciones entre la España del norte y la del sur, controladas por los sublevados, y también con el frente de Madrid. Muchos de sus edificios fueron ocupados por el ejército —en el palacio del Obispo, Franco fijó, durante gran parte de la guerra, su residencia familiar— y en sus calles se comenzaron a respirar inmediatamente los aires tradicionalistas y católicos en los que se iba a inspirar la dictadura. Durante esos años, Salamanca se iba a convertir en un baluarte del franquismo, con desfiles militares, arengas desde el Ayuntamiento y banderas y pendones que colgaban de las ventanas. La ciudad, cuartel general del caudillo, se convirtió en el espejo en el que se iba a reflejar la nueva España que naciese de la victoria de los militares sublevados. Para ello, Franco va a contar, desde el principio, con el apoyo de las autoridades y con el de las elites locales. Fueron ellas las que pusieron a su servicio la universidad salmantina, de ahí que, una vez llegada la victoria, quisieran obtener el fruto de aquel apoyo dirigiendo, dichas autoridades, la política de la Universidad.

⁴⁰¹ A pesar de ser la universidad más antigua de España, su fama, entre los estudiantes, no era muy buena, como lo atestigua en sus memorias Castilla del Pino: «Dehesa sufrió una grave humillación como catedrático en Salamanca, cuya universidad era entonces el gran coladero nacional y recogía alumnos hasta de Canarias. Nunca se había caracterizado por su dureza en la calificación de los exámenes, pero en Salamanca el nivel era tan bajo que suspendió a la mayoría. El alcalde de la ciudad y una colección de padres temerosos de que desapareciera una gran fuente de ingresos en la ciudad si la universidad dejaba de ser atractiva para toda la basura estudiantil de España y archipiélagos, montaron en cólera y le obligaron a repetir los exámenes, pero orales y con el inspector al lado», Castilla del Pino, Carlos: *Pretérito imperfecto...*, pág. 336.

El entorno reaccionario y conservador caló profundamente en la población, y durante los años de la posguerra era el que se iba respirar por toda la ciudad. Al igual que en el resto de capitales españolas, en aquellos primeros años de la década de los cuarenta, la gente intentaba pasar lo más desapercibida posible para evitar sospechas que pudieran terminar en absurdas delaciones. La mejor forma de conseguirlo era cumplir con las manifestaciones religiosas, con los saludos reglamentarios en cualquier acto, no llamar la atención con la vestimenta, portar la chapa correspondiente de Auxilio Social o el yugo y las flechas que estaban omnipresentes, participar en los desfiles, mostrar entusiasmo a la hora de cumplir con los ritos formales en todos los ámbitos de la vida. Con ello el régimen eliminaba cualquier afán diferenciador que pudiera existir en la población, sometiéndola a la causa vencedora, a lo que aquélla accedía con cierta aquiescencia, puesto que, al fin y al cabo, la supervivencia era el único objetivo de la dura posguerra.

En Salamanca esta situación fue mucho más acentuada; el fondo místico de sus calles se puebla del tono rural de muchas de sus gentes. Las iglesias de la ciudad se llenan de silenciosas beatas, la plaza Mayor de hombres que la recorren siguiendo el sentido de las agujas del reloj abrigados en sus capas castellanas, y en los cafés, como el Novelty, se hacen tertulias literarias, así como en las casas donde las mujeres se reúnen alrededor de la mesa camilla.

A este ambiente que dominaba en la ciudad castellana llega, en el curso 1946-47, Alonso Zamora a la capital castellana como catedrático de Lingüística Románica y Filología galaico-portuguesa.

Se ha incorporado a nuestra Universidad el catedrático don Alonso Zamora Vicente, titular de Lingüística Románica y Filología Galaico-Portuguesa en la Facultad de Filosofía y Letras, al quedar vacante esta disciplina, por pase de su anterior titular,

don César Real de la Riva, a la de Lengua y Literatura Españolas en la misma Facultad. Sea bien venido el nuevo compañero al claustro salmantino en el que le deseamos larga permanencia⁴⁰².

En la Facultad de Letras, que desde 1931 había regresado al palacio de Anaya⁴⁰³, y en la que se había creado en 1942 la sección de Filología Clásica, Románica y Literatura Española, explicaba Filología Románica, Historia de las Literaturas Románicas y Comentarios estilísticos de textos clásicos y modernos, también dio un curso de Provenzal Antiguo. Aquel nuevo catedrático madrileño no encajaba ni en la ciudad, ni en la Universidad. Acostumbrado a la vida en la capital de la preguerra repleta de cines, teatros, conferencias, la ciudad de provincias se le hacía un poco pequeña y más en unos años donde el ambiente rural era el que se respiraba en ella⁴⁰⁴. Su afabilidad y acercamiento a los alumnos le creó envidias entre los colegas, quienes mantenían la figura del profesor distante hacia el alumno. Por el contrario, su talante abierto y accesible, en una ciudad en la que a un catedrático se le veía como a un sabio intocable, hizo que se ganara rápidamente las simpatías de sus estudiantes. Uno de ellos, Carmen Martín Gaité, a quien Zamora dirigió su tesis sobre *Los usos amorosos del s. XVIII*, recuerda a su maestro con las siguientes palabras:

[Que] sea tan poco formal como lo es él, que acompañe a los doctorandos, cuya tesis ha dirigido y supervisado con todo esmero y meticulosidad, silbando cancioncillas populares para darles ánimos, que bromee con sus alumnos y colaboradores, que

⁴⁰² *Memoria de la Universidad Literaria de Salamanca, 1946-1947*, pág. 35. Es nombrado catedrático de Lingüística románica y Filología portuguesa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca por Orden de 14 de abril de 1947.

⁴⁰³ Durante la guerra se convirtió en la sede de la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda bajo la dirección del general José Millán Astray. Allí se creó Radio Nacional de España que empezó a emitir el 19 de enero de 1937.

⁴⁰⁴ Rafael Lapesa, que después de la guerra le depuraron enviándole a Salamanca como catedrático de Instituto, conocía bien el ambiente de la ciudad, y le escribe a Amado Alonso: «¿No será mejor marcharse a Salamanca? Allí está Manolo García Blanco y Alonso Zamora. Claro está, fuera de las clases, la vida intelectual salmantina es ferozmente pobre». Madrid, 26 de diciembre de 1947. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

diga refranes, que lleve jersey de cuello alto, que acoja y trate a todo el mundo con llaneza, sin que ello redunde en perjuicio de la seriedad y solidez de sus trabajos ni de su saber⁴⁰⁵.

Otro alumno destacado que tuvo Zamora Vicente en su primer año en Salamanca fue Manuel Alvar, quien se convirtió en su ayudante en la Universidad. En la casa que el matrimonio Zamora-Canellada había alquilado en la ciudad salmantina, Alvar preparaba entonces su tesis doctoral.

Se estaba bien en Milicias Nacionales, 2. María Josefa tenía miedo de que me enfriara [...] y siempre me daba consejos [...]. Zamora me enseñaba a manejar el quimógrafo, a medir con el tonómetro, y hablábamos. Bueno, yo no hablaba [...]. Desde la Facultad, rúa Mayor arriba, calle Zamora adelante, hasta la rotonda de San Marcos. Acompañábamos a Ramos Loscertales, nuestro Decano. Todas las cosas de que entonces se hablaba me hacían salir del limbo. El Padre Portillo, don Miguel, la guerra, lo que necesitábamos, lo que no tendríamos, España⁴⁰⁶.

Con ellos, con sus alumnos, en el Seminario Románico de la Universidad, Zamora Vicente editó la comedia de Tirso de Molina *Por el sótano y el torno*, que salió publicado en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires cuando él lo dirigía.

⁴⁰⁵ Carmen Martín Gaité: «Brindis por Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 411-413.

⁴⁰⁶ Manuel Alvar: «Don Alonso, Don Alonso...», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, pág. 352. En aquellos años salmantinos la relación de Alvar con Zamora Vicente fue muy estrecha: «En la primavera de 1947 apareció por aquí Zamora Vicente. Lo había conocido en Madrid un año antes, el día en que me doctoré. Fuimos amigos. Me cuidaba: estudias mucho, tómate estas vitaminas. Acompañábamos a Ramos hasta San Marcos y Zamora le cantaba tangos. Ramos hilarado no podía decir sino don Alonso, don Alonso... Y los días pasaban. Me descubría una historia de España endolorida y unos nombres que sentían el amargo destino. Yo debía ser muy pedante y bastante ingrato; me decía, tú llegarás a académico. Zamora era aprensivo y procuraba que no me alcanzara la gripe de aquel año, que no se mojara el calzado, que cuidara mis comidas». Manuel Alvar: *Discurso de investidura de doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988, pág. 57.

La edición de *Por el sótano y el torno* que viene detrás responde a una antigua debilidad. La preparé ya hace bastantes años. Pretendía, al hacerla, que el centenario de Tirso de Molina, en 1948, no fuera solamente el acostumbrado despilfarro de discursos vacíos y vientres repletos. En el Seminario románico de la Universidad de Salamanca, con unos cuantos alumnos, voluntariamente unidos, fuimos buscando autoridades para justificar la anotación léxica; compulsamos las ediciones anteriores para fijar el texto; sopesamos variantes y aclaraciones⁴⁰⁷.

2.- ÍNSULA

A diferencia de lo que había sucedido en Santiago de Compostela, Zamora no se adaptó a la ciudad y por tanto apenas colaboró en los periódicos locales como había hecho en Galicia. Sí que lo hizo, en cambio, con una nueva revista literaria que surgió en Madrid en 1946. Se trata de *Ínsula*. Su fundador fue Enrique Canito, antiguo discípulo de Pedro Salinas en la Universidad de Sevilla y secretario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, a quien Zamora conocía de los años pasados en el Centro de Estudios Históricos. Anteriormente, en 1943, abrió en la madrileña calle del Carmen, una pequeña librería en la que se reunían un grupo de amigos para hablar de literatura. De estas conversaciones con Guerrero Zamora y con José Luis Cano, que sería el secretario de la revista, y de la necesidad que Canito veía de acompañar a la librería con algo más, nació la

⁴⁰⁷ Tirso de Molina: *Por el sótano y el torno*, edición de Alonso Zamora Vicente, Madrid: Ed. Castalia y Comunidad de Madrid, 1995, pág. 15. Su acercamiento a Tirso no finaliza con la edición de estas comedias, en 1990, editó otra más: *Don Gil de las calzas verdes*, Madrid: Castalia, 1990. En un documento mecanografiado que apareció entre sus papeles y en el que habla sobre la publicación de sus libros, dice: «Otro tipo de dificultades sufrió la edición de *Por el sótano y el torno*. Era el centenario de la muerte del mercedario dramaturgo, y pensé que, lejos de la fanfarria oficial, era un acierto editar algunas de sus comedias. Un grupo de alumnos salmantinos me ayudó en la solución de numerosas intrínfulis. Recuerdo que Carmita Martín Gaite, la novelista recién desaparecida, se encargó de cotejar algunas ediciones con el facsímil de la primera, en la Biblioteca Nacional de Madrid. Llegaba la hora de la impresión, no pudo hacerse en España: el dinero se había ido en fiestecitas, alguna representación, conferencias ocasionales y muchos banquetes. Nuestra edición salió en Buenos Aires».

revista *Ínsula*. Su primer número fue el de enero de 1946, y desde entonces se convirtió en una pequeña mirilla por la que se podía asomar a la cultura que había desaparecido con la guerra. La tolerancia que el régimen daba a las revistas especializadas⁴⁰⁸ permitió que *Ínsula* se fuera un sendero por el cual la España interior se acercaba a la del exilio⁴⁰⁹.

Las colaboraciones de Alonso Zamora Vicente con *Ínsula* se inician en el número cinco de la revista, en mayo de 1946, y hasta su marcha a Buenos Aires, en 1948, serán constantes. Su primera colaboración fue una reseña al libro de Ramón Menéndez Pidal, *Castilla, la tradición, el idioma*; después seguiría publicando reseñas y artículos largos, especializándose, sobre todo, en literatura portuguesa, ya analizados más arriba. También se detiene en las obras de compañeros profesores; así reseña libros de Fray Justo Pérez de Urbel *Historia del condado de Castilla* (núm. 12). En el número 15 de la revista aparecen cuatro reseñas suyas, la primera sobre el que fuera su maestro en la universidad Manuel Gómez Moreno de quien reseña *El panteón real de las Huelgas de Burgos*; después se centra en un compañero de generación, Julio Caro Baroja y su obra *La vida rural en Vera de Bidasoa*; de nuevo Menéndez Pidal y *La epopeya castellana a través de la*

⁴⁰⁸ Dicha tolerancia nunca fue del todo real, ya que siempre se tuvieron que enfrentar a la censura del régimen, como reconoce el propio José Luis Cano: «Pecamos de ingenuos al creer que una revista estrictamente literaria no tendría problemas. Pero pronto comenzaron las mutilaciones y prohibiciones. Curiosamente, el primer número de la revista, que yo mismo llevé personalmente a la censura –enero de 1946– para que le dieran el visto bueno, no tuvo obstáculos, gracias a que el censor de las revistas era Camilo José Cela, amigo mío, que naturalmente aprobó todo el número sin dificultad. Pero cuando Camilo salió de la censura, era raro el número que no sufría cortes. Hasta la palabra seno en un poema amoroso de Aleixandre fue prohibida, y tuvimos que sustituirla por pecho». José Luis Cano: «Breve historia de *Ínsula*», en *Ínsula*, núms. 499-500, junio-julio-agosto de 1988, pág. 1.

⁴⁰⁹ Algunos estudios sobre *Ínsula* aparecen en: José-Carlos Mainer: *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica, 2003. Manuel L. Abellán: «Los diez primeros años de *Ínsula*» en *Síntesis*, 66, 1985, págs. 105-115. Jordi Gracia: *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1996. También, véase los números de *Ínsula* 284-285 (julio-agosto de 1970) y 400-401 (marzo-abril, 1980).

literatura española; y por último otro compañero generacional, Antonio Tovar y su *Gramática histórica latina. Sintaxis*. En el número siguiente se ocupa del libro de Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*. Participó en el homenaje que la revista rindió en 1947 a Miguel de Cervantes con motivo de la celebración del cuarto centenario de su nacimiento con un artículo titulado «Epístola a Mateo Vázquez». Aunque para él, su primer artículo publicado en *Ínsula*, aparte de las reseña de libros, fue uno sobre Tirso de Molina: «Así evoco el nacimiento de mi primera colaboración, “Tirso de Molina, poeta”, que fue primera página en un número de los iniciales, ya no recuerdo cuál»⁴¹⁰. Cuando regresó de Argentina, las apariciones en *Ínsula* se fueron haciendo más esporádicas puesto que siguió publicando en los periódicos y revistas argentinas, como *La Nación*, *Azul* y *Buenos Aires Literaria*, en las que había empezado a escribir cuando estuvo allí. A partir de entonces, además de publicar notas sobre libros y artículos, también empezará a publicar cuentos en la sección *Un cuento cada mes*. En *Ínsula* saldrán publicados *Anita* (núm. 108), *Apiguaytay* (núm. 113), *Tren de cercanías* (núm. 124), entre otros.

En 1970, con motivo del 25 aniversario de la revista, Zamora Vicente escribió unas letras dirigidas a Enrique Canito en un número especial que conmemoraba tal aniversario. En ese artículo, habla de la importancia que supuso *Ínsula* en aquellos años oscuros del franquismo; la bocanada de aire fresco que trajo para muchos jóvenes que tenían un verdadero interés por la literatura.

¡Cuántos, cuántos jóvenes españoles se habrán asomado al mundo literario a través de *Ínsula*, cuántos! Porque el mundo estaba ahí, por mucho que se le quisiera escamotear o empequeñecer, siempre dispuesto a irrumpir, irrestañablemente, a borbotones... Algo de manantial milagroso tenía aquella *Ínsula*... La *Ínsula* del

⁴¹⁰ Alonso Zamora Vicente: «Enrique Canito, editor, librero, amigo» en *Ínsula*, núm. 554-555, 1993, pág. I. En realidad, el artículo al que se refiere se titula «Los valores poéticos en el teatro de Tirso», y fue publicado en el número 28, en 1948 y efectivamente estaba en la página 1.

gasógeno y el pan amarillo [...]. Una de las cosas que aprendimos en aquellos años difíciles fue que no hay nada tan decisivo como el no dejar pasar un solo día sin unas líneas, sin dar testimonio de que es día se estaba vivo y alerta⁴¹¹.

3.- LOS FILÓLOGOS Y LOS DUROS AÑOS CUARENTA

Ínsula era un pequeño oasis (o manantial como dice el propio Zamora Vicente) dentro del desierto en el que se había convertido la vida cultural y educativa de la España de los años cuarenta. En aquella España, encontramos, en primer lugar, a los que defendían a capa y espada al nuevo régimen dictatorial. Formaban parte de este grupo convencidos falangistas que defendieron desde el principio el levantamiento y que ahora eran recompensados con relevantes cargos, a los cuales, quizá, con su capacidad intelectual, nunca habrían accedido; y por jóvenes que se habían sumado al carro de los triunfadores a fin de encontrar estabilidad profesional y de poder ascender socialmente. Unos y otros ocupaban, en esos años, las cátedras en las universidades, dirigían los institutos de investigación, publicaban en las revistas afines al régimen, etc. En segundo lugar, estarían los que habían apoyado la sublevación e incluso la habían dotado de un contenido intelectual del que carecía. Ahora, desengañados porque sus sueños falangistas habían sido superados por un catolicismo a ultranza, se alejaban de los triunfadores; aunque respetados aún en sus cargos, intentaban introducir en la vida cultural española un suave viento de libertad, puesto que se habían dado cuenta de la España que existía antes de la guerra. Eran Dionisio Ridruejo, apartado desde su regreso de Rusia, Laín Entralgo y Antonio Tovar, por citar a los más destacados. Desde sus cargos y desde el respeto que tenían dentro del régimen fueron los que más pudieron hacer por recuperar aquella España

⁴¹¹ Alonso Zamora Vicente: «Carta a Enrique Canito», en *Ínsula*, núms. 284-285, julio-agosto de 1970, pág. 6.

derrotada y perdida. En tierra de nadie, se encontraban, por último, aquellos derrotados que no habían podido o no habían querido marcharse de su país. Hombres que se habían formado en los años de la República y que ahora, ante la nueva situación, intentaban, tímidamente, continuar la labor que sus viejos maestros —muchos exiliados, algunos muertos— les habían inculcado. Ellos eran el débil puente entre dos abismos: una España pionera en el campo científico y otra encorsetada en unos principios anacrónicos que la reducían a la nada, empeñados en recuperar el árido panorama cultural de la España de Fernando VII. En ellos estaba depositada la confianza para evitar que la llama de la cultura, en la que se habían formado, prendida por la Institución Libre de Enseñanza y continuada por la Junta para Ampliación de Estudios, se apagara definitivamente.

El silencio se intentó ahogar con una vuelta empeñosa en valores caducos, oropeles patrioterros, altisonancia castelarina. Asistimos al florecimiento de la ranciedad, con su consiguiente olor a cadaverina, a descomposición. Esto duró bastante, no hay duda [...]. Pero volvamos a aquellos veinteañeros: todos pensamos en que había que poner todo en marcha otra vez. Hicimos cursillos aquí y allá; ninguno acabó de muerte natural, siempre hubo manos encargadas de anularlos. Buscamos a los viejos colegas por campos de concentración, cárceles, entidades de amparo en el extranjero... Total: en muy poco tiempo se volvió a hablar de una producción que salía de España, producción naturalmente modestísima, pero que enseñaba su anhelo de añadirse con la brillante situación anterior a la guerra. Y eso se hizo con hombres que les son familiares a todos ustedes: Julio Caro cayó en el campo de la Antropología y la Etnografía, [...]. Julián Marías muy prontito se destacó con sus ensayos, su Ortega y su Unamuno al hombro. Antonio Tovar volvió a poner en marcha los estudios clásicos, incorporándolos a la institución heredada del antiguo Centro de Estudios Históricos, y pronto tuvo su cátedra en Salamanca. Buero Vallejo recayó en el teatro, y Blas de Otero llenó con su voz un clima de poesía viva, que supo mirar a la realidad próxima. (Muy poco detrás vendrá José Hierro.) En el campo de lo filológico, tengo, y pido perdón, que colocarme. No estuve solo: María Josefa Canellada pudo llenar la ausencia de Navarro Tomás, en el maestro que nunca volvió

a España. En la literatura, creo que nadie discutirá el valor que Pascual Duarte tuvo en estos momentos⁴¹².

Muchos de aquellos hombres lucharon defendiendo al gobierno de la República durante la guerra y después de fuertes depuraciones habían conseguido hacerse, silenciosamente, un pequeño hueco en la vida cultural del país, siempre y cuando no molestasen o se interpusieran en el camino o en los intereses de alguno de los vencedores, que como eran conscientes de sus límites, recurrían a cualquier triquiñuela a fin de quitárselos de en medio. Para sobrevivir en tal ambiente —muchas veces hostil ya que la marca de rojo comunista aparecía cuando menos se lo esperaban y se encontraban con la puerta en sus narices— debían acercarse a las nuevas posturas y aceptar situaciones que podían marcar la vida personal e intelectual de muchos de ellos, pero no debemos olvidar que el recorrido vital de una persona, en la gran mayoría de las ocasiones, se encuentra marcado por las circunstancias que lo rodean. En aquellos años inmediatos a la guerra, para poder encontrar un espacio donde poder trabajar silenciosamente, era necesario ceder en muchas ocasiones a fin de pasar lo más desapercibido posible. En este grupo, y dentro del mundo de la filología, que es al que nos estamos ciñendo⁴¹³, se encontraban Rafael Lapesa, profesor de la Universidad

⁴¹² Alonso Zamora Vicente: «Camilo José Cela, cincuenta años después», en *Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, núm. 9, primavera de 1997, págs. 13-14. Esa misma opinión expresa parte de la crítica: «La 'zurrada quinta' de Zamora, y Zamora en ella, han hecho posible una España más rica, más tolerante, más culta. Una España mejor. Pero no de buenas a primeras. Lo han hecho con esfuerzo y con no pocas privaciones. Y sí quisiera subrayar una idea que siento con mucha fuerza: Zamora pertenece a la última generación de maestros, de gente respetada por su trabajo, por su ejemplo», Santos Sainz Villanueva: «La generación de Alonso Zamora y su lugar en la literatura» en *Al traspasar de un mago del idioma*, Madrid: Universidad Antonio de Nebrija, 2002, págs. 98-99.

⁴¹³ «Creo que el campo de la Filología, pese a la insustituible ausencia de Américo Castro, Tomás Navarro, Amado Alonso y otras notables figuras, fue tal vez el menos perjudicado por la diáspora que provocó nuestra guerra civil. Y ello por dos razones: la permanencia en España de unos maestros que optaron por dos riesgos: uno, el de sanciones más o menos encubiertas, y otro eventual, el de ser tildados de "colaboracionistas" por algún exiliado, víctimas por tanto de los dos fuegos. Y fue así como nuestra filología contó con el maestro de todos, don Ramón, y varios de sus más preclaros discípulos: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, S. Fernández Ramírez, S. Gili Gaya, etc.»

Central antes de la guerra y después de un instituto de Salamanca, hasta que regresó, en 1947, a la Universidad de Madrid⁴¹⁴. En 1948, gracias a Américo Castro, le surgió la posibilidad de marchar a los Estados Unidos a enseñar un curso en la Universidad de Princeton. Lapesa aceptó la oferta, pero deja claro a su amigo Amado Alonso que su lugar está en España.

Con toda sinceridad contesto a su pregunta: no pienso quedarme en América. Mi proyecto es estar ahí hasta septiembre de 1949 todo lo más. Hace dos años, cuando todas las puertas se me cerraban aquí, pensé en marchar tal vez para siempre. Ahora tengo en la Universidad de Madrid un puesto que no quiero perder. Podré vivir con él, podré tener a mano libros y datos; además será donde pueda hacer una labor más útil: Dámaso necesita quien le ayude en la tarea de orientar a los filólogos en ciernes. Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos [...]. Pero el viaje a América es una experiencia necesaria: yo no he conocido la universidad alemana y, aparte de algunas visitas a París, no he estado fuera de España; necesito, aunque sea a mis cuarenta años, ese asomarme a otros horizontes. ¡Además, he de aprender tantas cosas con usted y Castro! Y sobre todo me atrae pensar en año y medio de estar con los maestros y amigos de siempre⁴¹⁵.

Emilio Lorenzo; «Dámaso Alonso (valiente, íntegro, generoso, esencialmente bueno)», en *Dámaso Alonso. In memoriam*, Madrid: Universidad Complutense, 1991, pág. 30.

⁴¹⁴ «Todas estas cualidades las vimos crecer y servirle de máximo soporte vital en los momentos amargos que, como a tantos otros, le tocaron tras lo que se llamaba la paz, cuando un ventarrón de ficticias purezas oficiales se derramó sobre la vida universitaria. Rafael Lapesa buscó el refugio pertinente: gravedad sin concesiones, aislamiento cálido en el trabajo callado y poco remunerador, confianza alegre en la página bien hecha.» Alonso Zamora Vicente: «En los ochenta años de Rafael Lapesa», en *BRAE*, LXVIII, enero-abril 1988, págs. 51-54.

⁴¹⁵ Carta de Rafael Lapesa a Amado Alonso. Madrid, 10 de diciembre de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes. También recuerda Lapesa, en un homenaje que se hizo a Dámaso Alonso, cómo fue la labor de éste durante los años oscuros para recuperar la filología española: «En 1947, cuando entré en ella [Universidad de Madrid] como catedrático, Dámaso había hecho ya el milagro de conseguir que la escuela filológica inaugurada por Menéndez Pidal continuara atrayendo adeptos tras la interrupción acarreada por la guerra; había logrado que pulularan aquellas tesis de dialectología que superaron el hiato de los años conflictivos, aunque algún malévolo las llamara tesis de “qué verde era mi valle”, título de una película famosa entonces.» Rafael Lapesa: «Recuerdos de mi amistad con Dámaso Alonso» en *Dámaso Alonso. In memoriam*, Madrid: Universidad Complutense, 1991, pág. 25.

Menéndez Pidal sabía de la importante labor que Rafael Lapesa estaba desarrollando dentro de la universidad española para mantener en la filología el espíritu del Centro, y temía que su estancia en los Estados Unidos se alargara más de lo debido: «De Lapesa lamento que prolongue ahí su estancia porque no sabe usted lo necesitada que está la Facultad de Madrid de su presencia» le escribe a Amado Alonso⁴¹⁶.

Otro que sufrió el silencio fue Samuel Gili Gaya, que antes de la guerra trabajaba en el *Tesoro Lexicográfico* y que después fue enviado a un instituto de Torrelavega. Sin embargo, en 1947, el CSIC quiere recuperar el proyecto del *Tesoro* y llama para ello a Gili Gaya. Menéndez Pidal informa entusiasmado a Américo Castro sobre la reincorporación de Gili Gaya al Consejo: «Gili podrá hacer algo bueno. Al fin le han admitido en el trabajo del Consejo Superior y reanudará su Diccionario de Dictionaries. Iba a jubilarse antes de tiempo abrumado de su confinamiento en el Instituto de Torrelavega, cuando de pronto le incorporaron a Madrid»⁴¹⁷. Pero su traslado a Madrid no supuso el final del proyecto, como esperaba don Ramón:

El primer fascículo del *Tesoro* vio la luz en 1947 y los siguientes alcanzaron hasta el final de la letra E. No se continuó la empresa a consecuencia de una nueva preterición: Gili Gaya había solicitado una cátedra vacante en un instituto de Madrid, pero se vio pospuesto por otro candidato de menor antigüedad y no superiores méritos; y como en la propuesta tuvo papel decisivo la representación del Centro, don Samuel consideró cuestión de dignidad no seguir colaborando con él. Así se

⁴¹⁶ Carta de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso. Linares, Ribadesella, 18 de agosto de 1948. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes. Esa insistencia también se la hacía llegar don Ramón al propio Lapesa: «Hoy hemos tenido una carta muy afectuosa de don Ramón, que nunca deja pasar una oportunidad de tirar de nosotros hacia España y siempre nos pone, escrita de su mano, alguna frase sobre lo excesivamente larga que es nuestra estancia aquí». Carta de Rafael Lapesa a Amado Alonso. Baltimore, 28 de noviembre de 1948. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁴¹⁷ Carta de Menéndez Pidal a Américo Castro de 11 de marzo de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

perdió la ocasión de completar un valioso corpus de la lexicografía española de los Siglos de Oro⁴¹⁸.

Otros que sufrieron el exilio interior fueron Manuel Sanchis Guarner que tuvo que purgar su apoyo al bando republicano en una cárcel, —él fue el único de los colaboradores del Centro que obtuvo un rango dentro del ejército⁴¹⁹—; Rodríguez Castellano que también fue colaborador del *ALPI*; o el propio Zamora Vicente, que si por su edad no ocupaba cargo alguno antes de la guerra, cuando finaliza sí sufre el aislamiento del nuevo régimen. El psiquiatra Carlos Castilla del Pino, en sus memorias, cita a alguno más que se encontraba en la misma situación:

Aquellos años eran aún de un franquismo duro, y, como en sus escritos, Lafuente parecía querer desvanecerse. Era una actitud que había observado en muchos de los vencidos, como Lapesa, Zamora Vicente, Dupenier, García Valdeavellano y tantos más, nada dotados para el medro y el empujón, incapaces de acomodarse, y que permanecían donde menos se les notara, pero sin dejar de trabajar, reducidos al silencio como manera de sobrevivir tras la arrolladora aparición de los vencedores⁴²⁰.

Ante esta situación, Zamora Vicente decide marchar a una universidad extranjera, ya que el ambiente que le toca vivir en España y más concretamente en Salamanca se hace cada vez más irrespirable. Después de un año en la localidad charra, no consigue aclimatarse ni a la ciudad ni a la universidad. En la primera domina el aire provinciano y muy devoto del franquismo, que llega hasta la segunda, donde los profesores, casi todos pertenecientes a las familias más

⁴¹⁸ Rafael Lapesa: *Samuel Gili...*, pág. 199.

⁴¹⁹ «Enhorabuena muy expresiva —le felicita Navarro Tomás— por ascenso a capitán. Va a ser usted el militar de carrera más brillante entre los colaboradores del Centro», en Santi Cortés, *Manuel Sanchis Guarner (1911-1981). Una vida per al diàleg*, València/Barecelona: Biblioteca Sanchis Guarner, 2002, pág. 104.

⁴²⁰ Carlos Castilla del Pino: *Casa del olivo. Autobiografía (1949-2003)*, Barcelona: Tusquets, 2004, pág. 221.

acomodadas de la ciudad, hacen de ella su feudo particular. A pesar de que él encontró una cierta libertad de movimiento dentro del régimen, sabe que en aquella España franquista cada vez resulta más difícil mantener una línea correcta de actuación y que en cualquier momento se puede acceder a las tentaciones que el régimen va ofreciendo. Ante esta situación, se siente asfixiado y necesita salir cuanto antes del país, según confiesa a Amado Alonso en una carta, con una sinceridad dolorosa:

Tengo que andar con cuidado, pero es tan urgente, aguda, en ocasiones inaplazable, esta necesidad de salida de tantas cosas de España... Piense detrás de esto lo que quiera. Pero empiezo a pensar que llegará un día en que, a pesar de los esfuerzos por mantenerme dentro de una línea de honradez de espíritu y de procedimientos, se quebrará. Y lo que se rompe ante uno mismo, ante nuestra propia conciencia, eso ya no se remedia nunca, lo roto. *Por esto quiero marcharme* [el subrayado es suyo]⁴²¹.

⁴²¹ Carta de Alonso Zamora a Amado Alonso, septiembre de 1947. Archivo Zamora Vicente.

VI.- INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

La primera oferta que le llega de una universidad extranjera es la de la ciudad argentina de Tucumán, gracias a la intermediación de don Ramón Menéndez Pidal.

Querido Zamora Vicente: Acabo de recibir carta de Clemente Hernando Balmori, enviándome, con el ruego de que lo transmita a usted, el contrato para trasladarse a Tucumán como director de Instituto de Filología. Verá usted que le informa detalladamente de las condiciones en que ha de desarrollarse su trabajo y de las facilidades que ha de encontrar en aquella universidad. Estoy seguro de que su labor allá ha de ser muy eficaz y apreciada⁴²².

Aunque en un principio estuvo dispuesto a marcharse⁴²³, aquella ciudad del noroeste de Argentina, debido a su humedad, no era el lugar más apropiado para su enfermedad de los pulmones; además, los consejos que le daban colegas que se encontraban por tierras argentinas, como Antonio Tovar, que por esos años se encontraba dando unas conferencias en la Universidad de Buenos Aires y en la de Mendoza, o Amado Alonso, que había vivido durante veinte años en Buenos Aires y conocía bien el país, le hicieron rechazar la oferta que le había hecho su maestro.

Mi querido don Ramón: he recibido su carta y la de Balmori en cama con un trastorno bronquial que me hace temer mucho por mi antigua enfermedad. Las noticias que se

⁴²² Carta de Ramón Menéndez Pidal a Alonso Zamora de 30 de noviembre de 1947. Archivo Zamora Vicente. No he encontrado ni en el Archivo Menéndez Pidal ni en el de Zamora Vicente la carta de Hernando Balmori en la cual se hace referencia a dicho contrato.

⁴²³ En una carta a Amado Alonso, Rafael Lapesa le informa de los proyectos de Zamora Vicente: «Alonso Zamora es padre de un Alonsito y está con la idea de marchar a Tucumán, no sé si hace una locura, por el clima y lo que no es el clima». Madrid, 18 de octubre de 1947. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

me han ido proporcionando sobre el clima y mi probable reacción no son de lo más animador. Me cuesta muchísimo trabajo, pero me veo obligado a no aceptar el encargo de Tucumán. Me duele profundamente, pues usted sabe muy bien que yo veía en eso casi una liberación de muchas cosas. Pero me da miedo. Amado Alonso me ha escrito varias veces. La última llegó el mismo día que su carta de usted. Y me aconseja no ir. Tovar también se ha traído informes análogos. Ya veremos; en principio creo que es temerario⁴²⁴.

Junto a la posibilidad de marchar a Tucumán surgió otra de sustituir a Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires⁴²⁵, un puesto, por lo que representaba dicho Instituto para la filología hispánica, y a pesar de cómo había tenido que salir Amado Alonso de él, como veremos, bastante apetitoso para un catedrático que empieza a construir su carrera.

Amado me decía en una carta —le adjunto a usted dos de ellas— que Buenos Aires sería mejor. Y he aquí que a Tovar le piden que vaya a sustituir a Amado. Me dice que le ha dado mi nombre. Creo que, en vista de los informes de Amado, sería mejor mi tarea allí y, desde luego, mejor para mí⁴²⁶.

⁴²⁴ Carta sin fecha de Alonso Zamora a Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal. La misma opinión le da a su amigo Francisco Fernández del Riego en una carta de 7 de noviembre de 1947: «Mi casa americana era la Dirección del Instituto de Filología de la Universidad Nacional de Tucumán. Era -es- una Institución muy buena, que puso en marcha Benvenuto Terracini, ilustre filólogo italiano que pasó allí los años de furia fascista. Ahora se ha vuelto a Italia, a su cátedra de Turín. Y entre él y mi maestro Menéndez Pidal me animan a que vaya a continuar su esfuerzo. Dos años, contrato renovable, buena, muy buena ayuda económica. Pero me para el clima. Mi cosa pulmonar está curada, sí, pero muy cerca todavía. Y Tucumán es ciudad subtropical, que tendrá calores intensísimos». Xesús Alonso Montero: «Cartas de Alonso Zamora Vicente...», págs. 153-157.

⁴²⁵ Previamente, Amado Alonso le había hecho llegar una oferta de la Universidad de Bogotá, a través de Manuel García Blanco, compañero de Zamora Vicente en la Universidad de Salamanca: «Transmití a Zamora su anuncio sobre la posible invitación a Bogotá. Mientras tanto ha recibido otras de Buenos Aires, pero de ésta le informará él mismo», Salamanca, 16 de noviembre de 1948. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁴²⁶ Carta sin fecha de Alonso Zamora a Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

Antonio Tovar, además de dar conferencias por varias universidades argentinas, también aprovechó el viaje por el país americano en 1947 para lograr el objetivo al que realmente le había enviado la Junta de Relaciones Culturales. Tovar debía conseguir que el puesto vacante que quedaba después de que Amado Alonso fuera expulsado del Instituto de Filología fuera ocupado por un español.

En el mes de agosto pasado recibí invitación de la Asociación Cultural Española de Buenos Aires, cursada a través de la Embajada de España en aquella capital, y sometida a la Junta de Relaciones Culturales. Interesaba a dicha institución cultural española, que hace veinte años había intervenido en la creación del Instituto de Filología Española de la Universidad de Buenos Aires, que este Instituto continuara laborando, y que en él se mantuviera la orientación española, ya que fue creado en la dependencia del grupo de filólogos españoles dirigido por don Ramón Menéndez Pidal. Dicho Instituto de Buenos Aires atravesaba una crisis, a consecuencia de que por razones políticas, el director del mismo, español de nacimiento, nacionalizado argentino, profesor Amado Alonso, había sido declarado cesante de su cargo y cátedra. Existiendo en Buenos Aires el problema de la sustitución del profesor Amado Alonso, tuve también conversaciones sobre este punto con el interventor de aquella Facultad de Filosofía y Letras, doctor E. François y tengo la satisfacción de que ha sido ya invitado para ir por algún tiempo a la Argentina a enseñar Historia de la Lengua española el catedrático de esta Universidad de Salamanca doctor Zamora Vicente, encontrándose en trámites para llegar a un acuerdo que para mí representa la mayor satisfacción, pues se había conseguido la finalidad de mi viaje: hacer que este puesto, el más alto de la enseñanza de nuestra lengua en la Argentina, no saliera de manos españolas⁴²⁷.

⁴²⁷ Nota sobre el viaje a Buenos Aires del profesor Antonio Tovar, presentada a la Junta de Relaciones Culturales. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Un informe muy parecido le envía a Carlos Cañal, director general de Relaciones Culturales: «El otro asunto de que quería darte cuenta es el de que la Junta de Relaciones Culturales me envió a Buenos Aires principalmente para atender la situación creada en Buenos Aires por la eliminación de su cátedra de Amado Alonso. Éste, español y formado en la escuela de Menéndez Pidal, naturalizado ya argentino, pues lleva veinte años de residencia en el país y se había casado allá, había hecho una provechosa labor en la cuestión, para España tan importante, de la enseñanza de nuestro idioma, en el que había logrado él la máxima autoridad. Mezclado desgraciadamente en la política antiperonista, dejó el país, fue separado de su cátedra, y se encuentra en una de las mejores

De tal forma que Tovar había propuesto a su colega de la Universidad de Salamanca para que dirigiera el Instituto. Zamora Vicente desconfía que su nombramiento se lleve a cabo, ya que tiene que ver con el régimen, con las cosas de «ahora», como le dice a Amado en una carta.

No he vuelto a tener noticia alguna de lo de Buenos Aires. Lo de Tucumán fue cosa de don Ramón, y claro, así iba camino de granar. Lo de Buenos Aires es cosa de Tovar, es decir, algo ligado, siquiera sea directamente, con las cosas de “ahora”. Así que no creo que logre resultados⁴²⁸.

A pesar de sus dudas, las gestiones de Antonio Tovar dieron sus frutos y Zamora Vicente fue nombrado director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y contó con el beneplácito en España de la Junta de Relaciones Culturales.

En adición al telegrama postal de este Ministerio número 770 de 20 de mayo próximo pasado, relativo al proyectado viaje a la Argentina de los profesores españoles que deben desarrollar cursos de lengua griega e historia de la lengua española en la Universidad de Buenos Aires, me complazco en manifestar a V.I. de orden comunicado por el señor Ministro de Asuntos Exteriores que, consultados los extremos que se refieren al profesor designado para el aludido curso de historia de la lengua española, ha sido designado el catedrático don Alonso Zamora Vicente, según se consignó inicialmente en el telegrama postal de este departamento 753 ⁴²⁹.

universidades norteamericanas. Se trataba de que a ser posible fuera un español el encargado de sustituirle. Con este fin fui enviado yo, no precisamente a sustituirle, pues mi especialidad no es el español, sino las lenguas clásicas, sino a realzar el prestigio de los filólogos españoles en Buenos Aires. Si me permites ser inmodesto, te diré que este fin se logró, pues el decano de Buenos Aires me ha escrito pidiéndome nombres de profesores españoles para invitarlos aquella universidad con un contrato por algún tiempo», Salamanca, 28 de diciembre de 1947. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁴²⁸ Carta de Alonso Zamora a Amado Alonso, sin fecha. Archivo Zamora Vicente.

⁴²⁹ Carta del director general de Relaciones Culturales al subsecretario de Educación Nacional. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El propio Antonio Tovar también fue invitado por la Universidad de Buenos Aires para dar un curso sobre lengua griega.

Ayer recibí tu carta fechada 8 del pasado sobre la cuestión del profesor de historia de la lengua y filología románica para la Universidad de Buenos Aires. En realidad no recibí encargo de ocuparme de dicho profesor directamente, ni de someter la cuestión a la Junta de Relaciones Culturales u otra autoridad española. Me pidieron informes personales sobre una serie de profesores y ya el decano de la Facultad de Filosofía y Letras se ha entendido directamente con mi colega de esta Universidad de Salamanca, con Alonso Zamora Vicente, quien creo ha debido ya firmar el contrato para unos dos o tres años. Ya te dije que me invitaban a mí también. Intenté yo reducir la cosa a estancias de tres meses durante nuestras vacaciones de verano, pero han insistido tanto, que iré un año. Aún no he recibido el contrato ni pedido el oportuno permiso del Ministerio, y ya te tendré al corriente de la marcha de esto. He aceptado, entre otras razones, porque corría el peligro de que llamaran a un profesor no español⁴³⁰.

El nombramiento de estos dos profesores fue bien recibido por el nuevo Gobierno argentino —principalmente el de Zamora Vicente, sobre el que existían dudas debido a su pasado republicano—, pues si iban avalados por el Gobierno español suponía que no iba a tratarse de personas problemáticas como había pasado con Amado Alonso.

Tengo la honra de poner en conocimiento de VE que el profesor François, decano y delegado de la Facultad de Letras de la Universidad de Buenos Aires, me ha comunicado que ha cursado invitaciones a los profesores de Salamanca doctor Antonio Tovar y don Alonso Zamora Vicente acompañadas de los contratos pertinentes, para que los citados profesores puedan desarrollar cursos de lengua griega e historia de la lengua española, respectivamente, en esta universidad [...].

⁴³⁰ Carta de Antonio Tovar a Carlos Cañal, director general de Relaciones Culturales. Salamanca, 6 de mayo de 1948. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Como creo de gran interés el que puedan los mencionados profesores españoles tomar parte, con su reconocida competencia, en la nueva etapa de la universidad argentina y contrabalancear asimismo la influencia que elementos universitarios desafectos al régimen, como la que Álvaro Sánchez de Albornoz y Amado Alonso, hayan podido ejercer sobre elementos universitarios y alumnado argentino, me permite unir mi ruego al del doctor François a fin de que ese Departamento haga todo lo posible para que simplifiquen, en Educación Nacional, los trámites que los profesores españoles deben cumplir⁴³¹.

Zamora aceptó el nombramiento, pero no quería romper todos sus lazos con España, por lo que piensa en marcharse de forma temporal, como ya le había dicho a Amado. Y es que la cátedra que posee en Salamanca, a pesar de la ciudad, es «por razones de clima y de cercanía a Madrid, e incluso por las condiciones de la facultad, no hay cosa mejor en España», le escribe de nuevo a Amado. Además, don Ramón, en sus cartas, siempre le insiste en que su labor también es necesaria en la España de aquellos momentos.

La Universidad de Salamanca no le puso muchos reparos para que ocupara el nuevo cargo en Buenos Aires, ya que su marcha «supone no sólo una distinción personal que en definitiva redunda en prestigio de esta Universidad de Salamanca, sino que pone en manos competentes y expertas la disciplina de la Lengua Española siempre interesante en aquellas latitudes»⁴³². Antes de salir para el país americano, le escribe a don Ramón:

⁴³¹ Carta de José María Areilza, embajador de España en Argentina, al Ministro de Educación Nacional. Buenos Aires, 27 de abril de 1948. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁴³² Expediente personal de Alonso Zamora Vicente en la Universidad de Salamanca. Fol. 13. En la memoria de la Universidad de Salamanca del año 1947-48 se anuncia la marcha de Antonio Tovar y Zamora Vicente a Argentina: «Personalmente han sido invitados por la Universidad de Buenos Aires para profesar en la Facultad de Filosofía y Letras, durante uno y dos cursos, respectivamente, los catedráticos de la de Salamanca, don Antonio Tovar Llorente y don Alonso Zamora Vicente».

Mi querido don Ramón: por fin parece que se va a realizar nuestro viaje a América [...]. Voy al mismo Buenos Aires, a suceder a Amado Alonso. Estoy en contacto con Amado y creo que esto me allanará muchas dificultades allá. Buena voluntad no falta. Sin embargo me gustaría recibir indicaciones y consejos de usted, a fin de andar con el paso más seguro posible. Ya veremos cómo se desarrolla todo. Allí, lo mismo que aquí, puede disponer enteramente de mí. Si le queda un rato libre, no deje de ponerme algunas palabras de orientación. Sabe que cuenta, en cambio, con nuestra veneración y nuestro afecto⁴³³.

1.- NACIMIENTO DEL INSTITUTO DE FILOLOGÍA

En el otoño de 1948 llegó a Buenos Aires Alonso Zamora para hacerse cargo del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. El Instituto se creó en 1923 gracias a la intervención de Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y de Ramón Menéndez Pidal⁴³⁴. Con su creación se pretendía inaugurar un centro de investigación sobre la lengua castellana y, en especial, sobre las peculiaridades de la lengua argentina. Se dividió, para ello, en cuatro secciones: Filología general, Filología romance, Filología americana y Filología indígena. Al frente del Instituto estaría un especialista, avalado tanto por su experiencia como por su conocimiento, por lo que se decidió que fuera extranjero, concretamente español, ya que el prestigio de la escuela de Menéndez Pidal había cruzado el Atlántico. Por eso, a pesar de su nacionalismo, Ricardo Rojas reconoce, en el discurso de inauguración del Instituto, la necesidad de un director extranjero, puesto que la tarea que tenía que realizar era nueva en Argentina.

⁴³³ Carta de Alonso Zamora Vicente a Ramón Menéndez Pidal, Salamanca, 17 de agosto de 1948, Archivo Menéndez Pidal.

⁴³⁴ Sobre la creación del Instituto de Filología puede verse: Mario Pedrazuela Fuentes: «Amado Alonso y Alonso Zamora al frente del Instituto de Filología de Buenos Aires», en *Filología XXXIV-XXXV*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», 2002-2003, págs. 199-215.

Quiere ello decir que si necesitamos traer del extranjero especialistas de una ciencia que aquí no se cultiva o se cultiva por métodos equivocados, debemos traerlos; y que si España ha formado una escuela filológica moderna, aunque ella se haya iniciado bajo el magisterio de la ciencia alemana, es lógico preferir un filólogo español, porque éste posee, con el genio del idioma común, la llave mágica para entrar en el secreto de nuestros propios corazones⁴³⁵.

Ricardo Rojas pretendía que el director se quedara en la capital argentina al menos tres años para que diera continuidad a los trabajos iniciados y que además diera algunas clases en la Facultad, según le hace llegar a Menéndez Pidal:

El consejo de la Facultad me autorizó a fundar el Instituto y a contratar por tres años (renovables) a un especialista europeo que será su director y a la vez se encargaría de dos lecciones semanales sobre filología española o gramática histórica para los alumnos de la Facultad⁴³⁶.

Don Ramón no era partidario de dejar que alguno de sus colaboradores se marchara tanto tiempo fuera de España, ya que en el Centro tenían muchos proyectos que realizar, por lo que propuso una fórmula que consistía en que mandaría a sus mejores alumnos a la dirección del Instituto, pero no más de un año, a cambio él se comprometía a asumir, de forma compartida con Ricardo Rojas, la dirección honoraria con lo que daba unidad al proyecto, puesto que los posibles directores saldrían del Centro y tendrían unas inquietudes intelectuales semejantes.

⁴³⁵ Ricardo Rojas: *Discurso de inauguración del Instituto de Filología*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1923, pág. 10.

⁴³⁶ Carta de Ricardo Rojas a Ramón Menéndez Pidal, de 3 de abril de 1923. Archivo Menéndez Pidal.

La Universidad de Buenos Aires ha creado un Instituto de Filología encargando a D. Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Letras de dicha Universidad, el contrato de un profesor extranjero para dirigir los trabajos del citado Instituto. El señor Rojas escribe al señor D. Ramón Menéndez Pidal pidiéndole que designe a alguno de sus discípulos para que, durante tres años, estuviese al frente del Instituto de Filología de Buenos Aires orientando las enseñanzas de este Instituto en aquella dirección que el mismo señor Menéndez Pidal señalara. Era esta la primera vez que una universidad hispanoamericana se dirigía a nosotros, y no a Alemania ni Francia, buscando un especialista en estas materia, y era, además, un caso que merecía especial interés por venir la invitación de una universidad tan importante como la de Buenos Aires, lo cual podía servir de base para establecer entre unos y otros, dentro de una amplia colaboración, más estrechas relaciones y más interés comunes en el desarrollo de estos estudios. El señor Menéndez Pidal pensó que podía ser propuesto para ocupar dicho cargo el señor Castro o el Sr. Navarro Tomás; pero había que tener en cuenta que estos son hoy los dos principales elementos de colaboración con el señor Menéndez Pidal en la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, de tal modo que prescindir de cualquiera de ellos por un plazo de tres años no podría menos de ocasionar una perturbación y un perjuicio importante en la marcha de los trabajos de esta Sección. Para reducir esta dificultad se propuso a D. Ricardo Rojas que el profesor que enviásemos no tuviese que comprometer por tres años, como pedía, sino que pudiese regresar después de haber pasado allí un curso completo, siendo reemplazado en los cursos siguientes por otros profesores que nosotros mismos designáramos y que dentro de un mismo método y orientación podrían llevar al Instituto el interés y el estímulo de sus diferentes trabajos y de sus peculiares estudios y actividades. Aceptada por el consejo universitario de Buenos Aires esta modificación, fue designado el Sr. Castro para encargarse de la organización de dicho Instituto durante el presente año, para ser sustituido en el venidero por el Sr. Navarro Tomás⁴³⁷.

Esta solución no le pareció mal a Rojas:

⁴³⁷ Documento de 20 de junio de 1923 firmado por Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

Como su fórmula número uno excluye la posibilidad de un contrato de tres años, he convocado al consejo para obtener la modificación de este artículo. Daré en compensación la dirección honoraria que usted me ofrece y que yo la deseaba. Con esa mitad de su dirección de usted creo que hasta puede resultar ventajoso el cambio de director local⁴³⁸.

En esa misma carta, Rojas expresa al director del Centro Estudios Históricos cuál es su deseo sobre cómo tiene que ser el funcionamiento del Instituto, dando prioridad a los temas referidos a la lengua americana en general y a la argentina en particular.

El Instituto será de lingüística general en el nombre, pero, prácticamente y por hoy, creo que debemos reducirnos a la filología española en todos sus aspectos, incluyendo los fenómenos locales de interés para nosotros (leyendas de indígenas, dialectalismo, fonética regional, lexicografía, etc. El director tendrá plena libertad en el plan de trabajo). Desde ya le digo que tengo plena fe en esta empresa de alto interés cívico y científico para ustedes y para nosotros.

El director, además, ocuparía la cátedra de Filología Románica de la Facultad de Filosofía y Letras, de reciente creación. Américo Castro, uno de los primeros colaboradores de Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, fue el primer director. Ocupó el cargo durante un año y fue sustituido por Agustín Millares Carlo con quien apareció la primera publicación del Instituto, *Cuadernos*, en los que colaboraron Menéndez Pidal y Navarro Tomás. Durante el año en que Millares estuvo en Buenos Aires, y debido a su formación, el Instituto se centró en investigaciones sobre la historia del español antiguo. En el curso siguiente ocupó el cargo Manuel Montoliú que se dedicó principalmente a realizar los trabajos preparatorios del *Diccionario del habla popular argentina*.

⁴³⁸ Carta de Ricardo Rojas a Ramón Menéndez Pidal, de 3 de abril de 1923. Archivo Menéndez Pidal.

Uno de los principales problemas que preocupaba, ya desde sus orígenes —como hemos visto—, a la Facultad de Filosofía y Letras respecto a su recién creado Instituto de Filología era que, debido al escaso tiempo que sus directores estaban a su mando —un año—, los proyectos no cuajaban por falta de continuidad. Cada director, a pesar de proceder de la misma escuela filológica, tenía unas inquietudes intelectuales distintas a las que dedicaba su esfuerzo y el del Instituto, quedando truncados los proyectos iniciados por su antecesor. A este problema, debemos añadir las duras críticas que, desde ciertos sectores de la sociedad argentina, se hacían a que los directores fueran filólogos españoles. Se creía que se movían por sus intereses profesionales y por los de la escuela filológica de la que procedían, y que no eran capaces de entender la verdadera identidad del pueblo argentino.

Ahora bien: como el gnosticismo, también el cientificismo es de naturaleza sectarista, está dividido en círculos que, al parecer independientes, son en realidad las diversas logias de una misma masonería, constituidas para ayudarse entre ellas [...]. De ahí la camaradería, la relación personal, la asociación interesada que en estos tiempos vincula a los docentes de nuestras universidades con sus colegas en las instituciones científicas americanas y europeas, especialmente con las de España. De ahí que la universidad bonaerense, al resolver hace tres años la creación del Instituto de Filología, confiara su organización al Centro de Estudios Históricos de Madrid, escuela científicista y sectarista que tiende a germanizar en España, fundándolo en el análisis estructural microscópico, el estudio científico del castellano. No obstante el germanismo, el sectarismo y el cientificismo de esta escuela, cuyas características resultan no tanto de la labor personal de Menéndez Pidal como de la obra de sus acólitos en la Revista y en la Biblioteca de Filología Española, la acción de ella entre nosotros habría dado algún fruto, si como ha sucedido antes de ahora en otras ramas de la enseñanza, el catedrático extranjero hubiera empezado por estudiar nuestra índole para concluir por adaptar sus métodos a ella. Pero el Centro de Estudios Históricos envió acá catedráticos golondrinas, aves de paso que no podían detenerse a ver que, en nuestro medio estudiantil, refutario al estudio desinteresado, afecto al título profesional y no al diploma académico, era necesario recurrir a estímulos

especiales para despertar, fomentar y desarrollar en él la desconocida vocación filológica; menos aún podían ver que los argentinos somos substancialmente antitradicionalistas, y rechazamos por eso muchas cosas de otros tiempos, entre ellas el principio de autoridad que en España es todavía la columna vertebral del maestro, del profesor y del catedrático⁴³⁹.

Por estas razones volvieron a proponer a Menéndez Pidal su vieja reivindicación de que el próximo director estuviera un plazo de tiempo más largo, al menos tres años, lo que permitiría, además de que los proyectos se fueran

⁴³⁹ Esta dura acusación la lanzó Arturo Costa Álvarez en la revista *Síntesis*, 1926, pág. 9-10. A ellas contestó Amado Alonso con un par de artículos publicados en la misma revista «La filología del señor Costa Álvarez y la filología» *Síntesis* II, 23/1929, págs. 125-141; y «Sobre el difunto Costa Álvarez», *Síntesis* III, 26/1929, págs. 175-178. En el primero de ellos explica de dónde procede el enfado del señor Costa Álvarez: «Durante la permanencia de Américo Castro en Buenos Aires, el señor Costa Álvarez, encantado de que ¡por fin!, se estableciera esa cátedra en la Universidad, fue un frecuentador cortés y más que cortés del profesor extranjero inaugurante. Hasta le presentó a su aprobación, ya al final del curso, un estudio que Costa Álvarez llamaba de filología, pero que era simplemente gramatical. El señor A. Castro se creyó en la obligación de ser sincero en sus juicios, y desde entonces C. Álvarez inició contra todo lo relacionado con el Instituto de Filología y con la nación de origen del señor A. Castro, una campaña sistemática y violenta». págs. 125-126. En una carta a Ramón Menéndez Pidal, Amado Alonso explica cómo fue la polémica con Costa Álvarez: «La cosa está terminando pero hay que reconocer que el desprecio con que Castro, Millares y Montoliú (los ataques groseros también iban contra usted y García de Diego) silenciaron a C.A. le dieron alas, y sobre todo, formó en Buenos Aires cierto ambiente de que muy bien podía tener razón. Ciertamente la gente se permitía dudar de si en las opiniones filológicas que C.A. mantenía frente a Castro, M. Pidal y demás españoles tenían o no razón. Nunca sospechaban que C.A. no se había interesado por la filología, y que sus ataques eran personales. En una palabra: creían que lo de C.A. era la filología, y que en ese terreno, como en todos, es inevitable la discrepancia (empezando por Ricardo Rojas). Entonces, sabiendo lo que se me venía encima publiqué un largo artículo: “La filología del Sr. C.A. y la Filología. Tuvo bastante éxito entre los incontables enemigos de C.A. Procuré ser ecuánime, sereno y siempre correcto. Pero déjeme claro que C.A. no sabía lo que era esta ciencia. C.A. mandó una réplica a “Nosotros” que se la publicaron sin solidarizarse con él. Pero valiéndose de su puesto en “La Prensa” publicó un artículo suelto sin firma [...]. En ese suelto se dejaba a un lado a Castro, a Millares, a Montoliú y a usted, y se me atacaba personalmente [...]. El artículo causó consternación. Rojas, días después, me dijo que también a él le había atacado alguna vez por traer españoles. Recibí muestras de consideración de todos los profesores y autoridades de aquí y de La Plata. Fue una reacción que C.A. no esperaba. Por mi parte publiqué un segundo artículo “Sobre el difunto C.A.” en la misma revista “Síntesis”. Como ve por el título, era irónico desde la primera hasta la última palabra. Sin consideración, y justamente indignado le hice el ataque más violento posible [...]. Y aquí lo gordo. Antes de un mes C.A. se muere de repente. Yo quedé consternado. Empecé a tener remordimientos y a pensar si C.A. había muerto de rabia». Carta de 5 de agosto de 1929. Archivo Ramón Menéndez Pidal.

asentando y cuajando, dotar al Instituto de una infraestructura necesaria para llevarlos a cabo y para atraer a colaboradores y formarlos.

2.- AMADO ALONSO Y EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA

Don Ramón pensó que Amado Alonso podría ser la persona indicada para llevar a cabo dicha tarea. Una de las grandes preocupaciones de Menéndez Pidal era la de colocar a sus discípulos en lugares clave de la enseñanza y de la investigación con el fin de que continuaran la labor investigadora profundizando y modernizando los métodos, también los de la enseñanza, lo que dio a la escuela filológica de española una apertura de mente que no existía en el momento. Frida Weber comenta que fue Américo Castro, que ya conocía el ambiente del Instituto, «el que decidió que Amado fuera el nuevo director del Instituto, ya que pensaba que con su capacidad y entusiasmo impulsaría la labor del nuevo centro de estudios filológicos»⁴⁴⁰. Puede que fueran estas las razones por las que el joven Amado Alonso marchó a Argentina, aunque Zamora Vicente apunta a otras de tipo más prosaico.

Sé que, por gentes de muy diversa orientación y en varias ocasiones, se ha planteado la pregunta: ¿por qué vino Amado Alonso al Plata? ¿Por qué Pidal envió al primer discípulo que tenía en esa situación al aparentemente dorado aparcamiento de la Plata? Y se han dado muchas razones: capacidad, afecto personal, interés del propio elegido. Todas coadyuvaban al trasplante. Pero, creo, y hoy, después de prolongadas experiencias sobre las rigideces de la administración española, que hubo una razón mucho más sencilla y gris, sin orillas heroicas o conflictivas. Que después de todo haya coincidido en espléndido resultado, es ya la parte que corresponde al esfuerzo

⁴⁴⁰ Frida Weber: «Para la historia del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”» en *Homenaje al instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”*. En su cincuentenario 1923-1973, Buenos Aires, 1975.

personal de Alonso. Pero la realidad, los prejuicios aún decimonónicos sobre la seguridad en el trabajo, la condición de funcionario del catedrático español, etc., pesaba mucho en la vida de las generaciones jóvenes. Y la autonomía universitaria, que ya se estaba gestando, no parecía llegar nunca⁴⁴¹.

Como apunta Zamora las razones son de tipo pragmático. En aquellos años veinte no existía en la universidad española una cátedra de filología a la que pudiera optar Amado Alonso.

Lo cierto es que no había lugar —administrativo lugar— para su personalidad en la Universidad española. En 1925, 26, 27, en España hay solamente once universidades (frente a la inundación que hoy existe, seanlo o no) y cátedras de simple filología, dos o tres. La de Filología Románica, que desempeñaba don Ramón, y la de Gramática Histórica, que estaba en manos de Castro⁴⁴².

Amado llega a un Buenos Aires en todo su esplendor. Es una ciudad próspera, con una intensa vida cultural; se había convertido en el París de América. Allí estrenan los grandes dramaturgos, como Pirandello o García Lorca, allí establecen su residencia escritores, como Tagore, Neruda, Alfonso Reyes, etc. Se crea la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo rodeada de sus colaboradores, entre los que se encuentra Borges; sobre su primer libro, *Historia universal de la infamia*, publicó un artículo Amado. La facilidad que tenía Amado para relacionarse con los demás le permitió incorporarse plenamente a la ciudad y a su vida cultural con rapidez.

⁴⁴¹ Alonso Zamora Vicente: «Para Amado Alonso, ausente» en *Boletín de la Academia Argentina de las Letras*, tomo LXI, julio-diciembre de 1996, Buenos Aires: 1997, pág. 254. Esta misma idea la expresa Navarro Tomás en una carta que le escribe al propio Amado Alonso: «En cualquier parte ganará usted más dinero que aquí. Aquí no hay más camino que el estrecho y pobre camino de cátedras o archivos. La colocación en Madrid en una oficina eventual es insegura y no resuelve la cuestión. El conseguir la creación de un puesto nuevo, especial, en la universidad o en Centro con la dotación necesaria para que usted lo desempeñe no es ni remotamente probable». Madrid, 2 de marzo de 1929. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁴⁴² Alonso Zamora Vicente: «Para Amado Alonso...», pág. 255.

Sí, es cierto que Pidal supo escoger a la persona más adecuada para dirigir el Instituto de Filología y trasladar a él el ambiente de estudio y trabajo del Centro de Estudios Históricos, convirtiéndolo en una prolongación del mismo. Cuando Amado Alonso llegó, en la primavera de 1927, a Buenos Aires, era un joven filólogo, con una enorme preparación, con grandes cualidades humanas, lleno de entusiasmo y de ganas de trabajar, y afín a las apetencias y a los fines del Centro. En él había trabajado junto con Navarro Tomás, quien siempre intentó que volviera⁴⁴³, al Laboratorio de Fonética, además de haber estado dos años como lector en la Universidad de Hamburgo. Por lo que se planteó su labor como si el Instituto fuese una extensión del Centro. Para ello partió de los dos grandes pilares en los que se fundamentó Menéndez Pidal para crear el Centro: rodearse de un grupo de colaboradores competentes y trabajadores, y proyectar trabajos de cierta identidad dentro de la filología hispánica.

En el discurso de inauguración del Instituto, Ricardo Rojas ya anunció que el futuro del Instituto se encontraba en los colaboradores: «Claro es que los resultados del Instituto dependen de un largo porvenir o sea de sus futuros colaboradores»⁴⁴⁴. Ellos serían los encargados de, con su trabajo diario, otorgar al Instituto la entidad que la Facultad deseaba. Amado sabía muy bien cuál era la importancia de los colaboradores en un proyecto como éste, pues él lo había

⁴⁴³ «Me satisface mucho saber que está usted rodeado de consideraciones y ganando mucho dinero, pero siento interiormente la inquietud de que no vuelva usted a reincorporarse a nuestro Centro. Me doy cuenta de que tampoco usted es indiferente a esa preocupación [...]. Pero estar aquí y sentirse entre nosotros y gozar del reconocimiento menos ruidoso, pero más íntimo y cordial de las gentes que nos rodean.» Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso; Madrid, 2 de marzo de 1929. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes. Y de nuevo insiste: «Pensamos que han de venir ustedes alguna vez Dámaso, Montesinos y usted. Tratamos para esto que la Junta pueda autorizar unos sueldos especiales para colaboradores que no reciban sueldo del Estado. Este sueldo sería como el que se tiene para investigar en la universidad. Claro es que con 6.000 pesetas no se puede vivir aquí, pero es ya una ayuda para el presupuesto familiar. La universidad intenta crear nuevas cátedras, pero no tiene plan fijo ni saben bien qué quieren hacer». Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso; Madrid, 4 de mayo de 1932. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁴⁴⁴ Ricardo Rojas: *Discurso de inauguración...*, pág. 9.

vivido en el Centro. Por eso, al poco de llegar, llamó a Pedro Henríquez Ureña, para que se sumara al proyecto y junto con él pasaron a formar parte, por periodos más o menos largos, un grupo de jóvenes y entusiastas filólogos que fueron los encargados de dar la impronta al Instituto: Eleuterio F. Tiscornia, Raimundo y María Rosa Lida, Ángel Rosenblat, Marcos A Morínigio, Raúl Moglia, Berta Elena Vidal de Battini, Enrique Anderson-Imbert, Guillermo Domblide, a los que se unieron más tarde Julio Caillet-Bois, José F. Gatti, Ana M^a Barrenechea, María Elena Suárez Bengoechea, Ernesto Krebs, Frida Weber, Juan Bautista Avalle-Arce, Celina Sabor, muchos de los cuales han ocupado cargos importantes en universidades europeas y americanas.

El otro pilar era el de las grandes publicaciones. Amado buscó proyectos de una cierta identidad, sobre los que existiese un vacío en la filología hispánica, que tuviesen continuidad y que estuviesen dedicados al campo específico de la lingüística en la América hispana, es decir, al estudio de las variedades dialectales del español americano. Así fue como surgió la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* en la que se publicaron, reunidos en volúmenes, aquellos trabajos sobre el español que se habían realizado fuera de España. Con esta Biblioteca pretendía Amado compendiar los trabajos ya hechos sobre la dialectología americana con el fin de sentar las premisas en las que se tenía que basar la investigación posterior y que consistía en que las variedades americanas tenían que estudiarse dentro del marco de la dialectología española, teniendo en cuenta todas las variedades de la lengua española (la cultivada, la vulgar, la común, la dialectal, la antigua, la moderna, etc.). El editor, a veces también traductor, añadía notas, corregía posibles errores y ponía al día aquello que se hubiese quedado atrasado⁴⁴⁵. En una carta a Menéndez Pidal, el director del Instituto explica en qué va a consistir esta nueva colección:

⁴⁴⁵ Cuando Amado Alonso envía a su maestro Navarro Tomás la traducción que ha realizado de los trabajos de Vossler, Spitzer y Hatzfeld sobre Estilística romance, el maestro le felicita por la colección iniciada: «Me parece un acierto la publicación de esta colección de estudios

Hoy entregamos a la imprenta el primer original, tomo I de los Estudios Dialectales Hispanoamericanos. Lo de Espinosa, pero con reelaboración mía adjunta. Es decir, que traducimos y luego estudiamos a parte los problemas que cada capítulo suscita. Además van notas al pie de página⁴⁴⁶.

La otra gran publicación que acometió el Instituto de Filología durante los años que Amado Alonso estuvo como director fue la *Colección de Estudios Estilísticos*. Dentro de la escuela de Menéndez Pidal surgió el interés por hacer de la estilística una ciencia de la lingüística, que sirviera de unión entre ésta y la literatura. A través de ella se podía interpretar la literatura haciendo de la lengua el instrumento de análisis capaz de explicar el embrión de la creación literaria. Ya Dámaso Alonso, con sus estudios sobre las *Soledades* o *La lengua poética de Góngora*, estudia la obra del poeta cordobés a través del léxico que utiliza. Como dice Diego Catalán, «fue, sin duda, Amado Alonso, en Buenos Aires, quien incorporó a la filología española, de modo más consciente y decidido, esta nueva rama de la investigación»⁴⁴⁷. Para él, que conocía la obra de Charles Bally, la estilística era la ciencia de la lingüística que permite llegar al conocimiento último de una obra literaria o de un creador de literatura por el estudio de su estilo⁴⁴⁸. Con esta idea fue con la que inició el proyecto de la *Colección de Estudios Estilísticos*; Amado Alonso quería, mediante traducciones, a las que se añadía un prólogo y notas, acercar a la filología hispánica los trabajos más representativos de la estilística

estilísticos. Puede contribuir mucho a estimular y orientar en nuestra lengua esta clase de trabajos que, con tantos puntos de vista nuevos, viene a ensanchar y enriquecer el campo de la lingüística. El libro está presentado además en forma muy agradable, por su tamaño y su confección tipográfica. Mi felicitación entusiasta a usted y a su colaborador don Raimundo Lida». Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso; Madrid, 16 de junio de 1932. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁴⁴⁶ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal, sin fecha. Archivo Ramón Menéndez Pidal.

⁴⁴⁷ Diego Catalán: *Lingüística ibero-románica...*, pág. 104.

⁴⁴⁸ Para la estilística de Amado Alonso, véase Juan Carlos Gómez Alonso: *La estilística de Amado Alonso como una teoría del lenguaje literario*, Murcia: Universidad de Murcia, 2002.

romance. Las traducciones las hacía él mismo, como el *Curso de lingüística general*, de Saussure, o bien sus colaboradores en el Instituto.

Junto con estos dos proyectos, al margen de los trabajos individuales que cada colaborador llevaba a cabo, surgió, en 1939, la *Revista de Filología Hispánica*. En ese año, con la guerra civil española ya finalizada, y con el nuevo régimen repartiéndose los cargos de poder, no se sabía todavía muy bien qué iba a suceder con la *Revista de Filología Española*. Cuando la guerra está a punto de terminar, Amado Alonso escribe a don Ramón ofreciéndole su Instituto de Filología como un lugar donde se pudiera seguir editando, junto con el Instituto de las Españas de Nueva York dirigido por Federico de Onís.

Pienso, don Ramón, en que bien podría, objetivamente hablando, salvarse la *Revista de Filología Española* publicándose fuera: Buenos Aires – Nueva York. Desde luego, nada de dar a su publicación ninguna significación antisituacional. Sólo seguir nuestra labor científica. Los de Onís harían la bibliografía, que desde aquí no podemos hacer con seguridad por falta de muchas revistas. Nosotros la costearíamos. Las colaboraciones las pediríamos unos y otros. Espero en mi alma que no sea (o fuere) ningún peligro para usted seguir siendo su director. Suponiendo que pronto volverá usted a su casa de Chamartín. Un punto delicado, importantísimo y cada día más difícil de resolver (si es a favor) es éste: ¿podría la RFE de Buenos Aires – Nueva York contar con la lista de suscriptores de la RFE de Madrid para ofrecerles la continuación? ¿Cómo obtener —en caso afirmativo— esa lista?⁴⁴⁹

Amado Alonso llevaba ya tiempo dando vueltas a la idea de crear una revista con el núcleo sólido de investigadores que le rodeaban en su Instituto. «Hace varios años —le escribe a Menéndez Pidal—, desde antes de la guerra, que nos estamos sintiendo ya maduros en el Instituto de Filología para sacar una publicación periódica. La dificultad de confeccionar la bibliografía desde este

⁴⁴⁹ Carta desde Buenos Aires, de 8 de marzo de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

rincón del mundo es lo que nos detenía»⁴⁵⁰, y por ello se ofreció a su maestro para continuar en Buenos Aires la labor de la *Revista de Filología Española*, pero este ofrecimiento fue mal visto por algún colaborador del Centro de Estudios Históricos, que veían en él una intención de Amado de adueñarse de la revista; don Ramón no veía con buenos ojos esa publicación: «Castro me escribe [...] que están ustedes ya lanzados a la *Revista Hispánica de Filología*. Mi esperanza se desvanece del todo. Creo que se precipitan ustedes un poco»⁴⁵¹. Ante esta respuesta, Amado cesa en su idea de trasladar a Buenos Aires la Revista del Centro.

Como yo le escribí a usted, creí ver en las actuales circunstancias la publicación y oportunidad de que la nueva revista fuese la continuación de nuestra *Revista de Filología Española*, de ningún modo lo hacía yo como un gesto de rebeldía, sino, al revés, como una demostración de piedad, de respeto y de cariño para el Centro. Con la respuesta de usted, es claro que desistí en seguida de esta idea, pero no de la publicación de nuestra necesaria publicación periódica⁴⁵².

En cambio sí continuó con su idea de sacar adelante una revista que complementaría a la *RFE* (en el caso de que ésta se siguiera publicando una vez acabada la guerra), pues se centraría principalmente en temas hispanoamericanos y para la cual era necesario buscar un nombre que la diferenciara de la de Madrid.

Justamente por eso desistí, y convencí a Navarro y Onís de que desistieran del título *Revista de Filología Hispánica*, porque con su orden de palabras parecía un ligero

⁴⁵⁰ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal desde Buenos Aires el 30 de junio de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁵¹ Carta de Menéndez Pidal a Amado Alonso, en relación con la nueva revista. París, 17 de junio de 1939. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁴⁵² Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal desde Buenos Aires el 30 de junio de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

disfraz del título consagrado *RFE*. La revista se llamara *RHF*⁴⁵³ haciendo juego con *RHM*. Ya le decía a usted en mi segunda carta que esto no alteraba lo más mínimo mi actitud para la *RFE*, y que si algún día logra usted hacerla continuar cuente usted con mi más entusiasta y efectiva colaboración. También creo haberle dicho que, si este caso llega, mi revista se dedicará especialmente a los temas americanos, siendo, pues, no una inconcebible rival, sino un complemento de la *RFE*. Vea usted, don Ramón, en esta revista mía la continuación de su propia obra y no un testimonio de disenso⁴⁵⁴.

Finalmente la *Revista de Filología Española* continuó, pero en manos muy diferentes a las que la crearon. De su consejo de redacción desaparecieron Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás, Amado Alonso y Homero Serís, y sus lugares fueron ocupados por Miguel Artigas, Francisco Rodríguez Marín, Ángel González Palencia y Joaquín Entrambasaguas, lo que provocó que la revista perdiera gran parte del prestigio que tenía a nivel internacional. Debido a ello, la *Revista de Filología Hispánica* se convirtió en un punto de unión de todos aquellos antiguos colaboradores del Centro que habían tenido que salir de España. A partir de aquel momento, con un Consejo Superior de Investigaciones Científicas dominado por curas y falangistas, el Instituto de Filología pasó de ser una extensión del Centro de Estudios Históricos y a desempeñar las funciones que aquél realizaba, convirtiéndose en el punto neurálgico de la filología

⁴⁵³ «Había recibido usted —en trozos— la Revista. Después de lo que yo le dije sobre el título, resulta que el Consejo de la Facultad resolvió que *Hispánica* fuera en tercer lugar, pues hispánica es la filología, “pero la revista es argentina” o “revista hispanoamericana”. Trabajamos todos con entusiasmo y creo que saldremos adelante. Le repito don Ramón, lo que le escribí: ojalá reaparezca pronto la venerable *RFE*, con toda el alma querría yo colaborar con usted en ella. Entonces nos dedicaríamos nosotros más (aunque no exclusivamente) a lo americano y nos sentiríamos honrados con ser un hijuelo de ella». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 25 de noviembre de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁵⁴ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal desde Buenos Aires el 30 de junio de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

hispanica. En las páginas de su revista encontraron muchos filólogos españoles un espacio para publicar sus trabajos e investigaciones⁴⁵⁵.

La vida de la *Revista de Filología Hispánica* fue breve, ocho volúmenes. Su final llegó con la marcha de Amado Alonso de Argentina. Tras el golpe de Estado de 1943, Argentina entró en una época de convulsiones políticas constantes. Tres años después, en 1946, Perón fue nombrado presidente de la República. Su política populista entendía que la labor que estaban realizando determinadas instituciones públicas era demasiado elitista y no tenía repercusión en el pueblo, según Amado Alonso:

La consigna es perseguir sin descanso, pero por resquicios de los reglamentos, para hacerlo con apariencia de legalidad. Los más tremendamente odiados somos: a) jueces, b) médicos, c) profesores⁴⁵⁶.

La situación provocó que muchos profesores de la Universidad perdieran su posición y tuvieran que salir del país. Fue el caso de Amado Alonso, quien desde

⁴⁵⁵ La *RFH* junto con el resto de proyectos del Instituto lo situaron al frente de la ciencia argentina: «De Estados Unidos me vienen proposiciones tentadoras, pero yo no puedo dejar la obra que aquí tengo en marcha. Cada vez tengo a mi alrededor más colaboradores y discípulos capaces, y todos se sienten conmigo discípulos de usted. El Congreso argentino nos da una fuerte subvención anual, además del presupuesto ordinario, y creo que será para usted una satisfacción paternal el saber que tanto dentro de la Argentina como en el resto de las dos Américas, se tiene un respeto creciente por la labor del Instituto. En un artículo de los Estados Unidos, publicado hace poco en *La Nación*, se daban como representantes de la ciencia argentina, muy estimada allí, los nombres del fisiólogo Bernardo Houssay, de R. Parker y el mío. Los bacteriólogos, capitaneados por Alfredo Sordelli, van diciendo también que lo mejor de la Universidad es lo que se hace en el Instituto de Filología [...]. Obra de usted, don Ramón, a quien una vez más doy las gracias». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 8 de marzo de 1940. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁵⁶ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston (Massachusetts), 29 de octubre de 1946. Archivo Menéndez Pidal.

el principio se había mostrado contrario al régimen peronista, y que aceptó una invitación de la Universidad de Harvard para dar clases allí durante un año⁴⁵⁷.

Nuestra vida es triste —escribe Amado Alonso a Menéndez Pidal— los triunfadores están dispuestos a perdonar a todos menos a la Universidad. Dos consecuencias prácticas va a tener esta situación [...], segunda, que me voy a Harvard⁴⁵⁸.

Aprovechando que Amado se encontraba en los Estados Unidos enseñando un curso en la Universidad de Harvard (donde le fue concedido el doctorado *honoris causa*⁴⁵⁹), fue destituido de su cátedra y de la dirección del Instituto de Filología⁴⁶⁰.

Después de mi cesantía «por haber demostrado desapego a la cultura argentina al aceptar la invitación a Harvard» un día recibieron todos los del Instituto la

⁴⁵⁷ Amado había recibido varias ofertas de la Universidad de Harvard para que enseñara allí, pero su compromiso con el Instituto, a pesar de que las condiciones eran peores, le obligaba a quedarse en la capital argentina: «He recibido un serio ofrecimiento de Harvard para suceder a Ford: 10000 dólares y confianza de que puedo aspirar a 12000. Pero me siento demasiado obligado con el Instituto de Filología para abandonarlo [...]; pero va pudiendo más en mí el sentido de la responsabilidad para con la obra del Instituto, y aunque aquí no tenga la seguridad, ni la consideración científica que Harvard me ofrece, creo que por esta vez no me separaré del Instituto de Filología, que sería “como la uña de la carne”». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 11 de marzo de 1944. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁵⁸ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 1 de julio de 1946. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁵⁹ Según cuenta Rafael Lapesa: «Amado fue detenido como oponente, y su viaje a los Estados Unidos para recibir un doctorado “honoris causa” sirvió de pretexto para su destitución de la cátedra y de la dirección del Instituto de Filología», Rafael Lapesa: *Recuerdo y legado...*, pág. 21.

⁴⁶⁰ En una carta a don Ramón, Amado ofrece más información sobre el final del Instituto y de su llegada a Harvard: «Don Ramón nuestras perspectivas para el Instituto de Filología son tristes. En el mejor de los casos le pasará lo que al Centro. Yo he venido invitado por un año [a Harvard] y me invitarán a otro, todo quemando hasta el último cartucho por ver si puedo continuar con el Instituto [...]. A su tiempo pedí la licencia correspondiente; me la dieron como profesor de la Universidad. Al cabo de dos semanas recibí inesperadamente otro comunicado negándome la licencia como director del Instituto porque el contrato decía que me comprometía a residir en el país hasta 1947, fin. Es que cuando vine en 1927 se redactó así el contrato porque obedecía a la idea de que las breves permanencias de los otros directores no habían dado sus frutos». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston, 29 de octubre de 1946. Archivo Menéndez Pidal.

notificación («tengo el gusto de notificar a usted que...») de que el 28 de febrero quedaban cesantes. Así, pues, nuestro Instituto ha dejado de existir⁴⁶¹.

La Universidad de Harvard no desaprovechó la ocasión y lo sumó a su claustro de profesores. Desde allí intentó unir esfuerzos para que el Instituto continuara con su labor, pero era una tarea prácticamente imposible. Como veremos más adelante, la estructura del Instituto había cambiado y eran otros, afines al nuevo régimen político, los que habían pasado a ocupar los cargos que ellos habían dejado vacíos. Un final muy parecido al del Centro de Estudios Históricos, como Amado Alonso comenta a don Ramón:

Si yo me quedo aquí [en Harvard] haré todo lo posible por que los del Instituto de Filología sigan trabajando y siga saliendo la *Revista de Filología Hispánica*, aunque será inevitable que en gran parte será una publicación de aficionados, como ha pasado a la *Revista de Filología Española*. Puede ser que a mí también me caiga esa antigua cortesía de “Fundador”. Ya me doy cuenta de que estoy poniéndome en paralelo con usted y a mi Instituto con su Centro. Pero no lo digo por la obra, sino por la historia bastante similar «como la uña de la carne» me separo de mi pequeño Instituto ¡Qué habrá sido para usted el arrancarse de aquel Centro Histórico! Ya sé que sigue teniendo usted melancolía por sus colaboradores dispersos⁴⁶².

Carta a la que le contesta el viejo maestro recordando aquellos dolorosos años en los que tuvo que desprenderse de su querido Centro:

Puede usted suponer el gran disgusto que siento por la desastrosa suerte del Instituto de Buenos Aires. Sé por mi triste experiencia lo que es ver la destrucción de la obra a que uno consagró sus trabajos, sus ilusiones y sus esperanzas. Y, sin embargo, me consolaba de la ruina del Centro mirando en el Instituto de usted la continuación de

⁴⁶¹ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 1 de julio de 1946. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁶² Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston (Massachusetts), 29 de octubre de 1946. Archivo Menéndez Pidal.

la obra selectiva que tan necesaria es en todas las empresas de nuestra cultura, siempre propensa al abandono, a la vulgaridad y al decaimiento. Veía que el bajón dado por la Revista de Filología de acá se remediaba con el vuelo tomado por la de allá. Pero ahora todo resbala por la misma pendiente y allá lo mismo que acá la caída obedece a las mismas vicisitudes políticas hijas de estos tiempos desdichados que atravesamos⁴⁶³.

Por mucho empeño que pusiera Amado, el final del Instituto era algo evidente: su director expulsado, sus colaboradores dispersos por distintos lugares⁴⁶⁴, y ocupado por personas ajenas al espíritu con el que nació en los años veinte. Su fundador, Ricardo Rojas, lamenta profundamente en lo que se ha convertido su vieja idea:

Yo estoy ya fuera de la Universidad —escribe a Menéndez Pidal— cuya atmósfera se ha tornado irrespirable. Aquel Instituto de Filología que fundé durante mi decanato y con su colaboración de usted ha quedado destituido bajo la pisada de los bárbaros⁴⁶⁵.

En los Estados Unidos, Amado intentó reagrupar a sus colaboradores en torno al Colegio de Méjico y continuar con la revista, aunque fuera con un nuevo nombre: *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Pero también dedicó, las escasas fuerzas que la grave enfermedad le dejó, a realizar su último gran proyecto: sus trabajos sobre la pronunciación del español. Un cáncer le impidió acabar el trabajo iniciado, y pocos días antes de morir encargó a Rafael Lapesa que hiciera la redacción definitiva de la obra y que se encargara de su publicación. El primer

⁴⁶³ Carta de Ramón Menéndez Pidal a Amado Alonso. Madrid 23 de diciembre de 1946. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁴⁶⁴ Las expulsiones también afectaron a otros institutos, como le informa Raimundo Lida a Amado Alonso: «En el Instituto de Historia echaron a dos empleados: Amalia y Otero (el fotógrafo), Ravigna ni renunció a su dirección honoraria y retiró del Instituto sus libros personales, bajo la vigilancia de Becker» Carta de 5 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁴⁶⁵ Carta de Ricardo Rojas a Ramón Menéndez Pidal, del 26 de agosto de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

volumen *De la pronunciación medieval a la moderna en español* se publicó, gracias al trabajo de Lapesa⁴⁶⁶, en 1955.

Tras la muerte del pobre Amado, ocurrida a los dos días de llegar nosotros a su casa, dediqué un mes a ordenar sus papeles y disponer para la imprenta la parte hecha de su Historia de la pronunciación, con los retoques y adiciones que me encargó. Dejé casi ultimado el primer tomo y reservo para el segundo —donde hay varios capítulos sin redactar— el cuatrimestre septiembre-enero que pasaré enseñando en Harvard⁴⁶⁷.

Finalmente, el segundo tomo no salió hasta 1969, gracias al trabajo de María Josefa Canellada, como agradece Lapesa:

El segundo se retrasó por nuevos desplazamientos míos a los EE UU, Puerto Rico, Argentina, México; pero gracias a la sabia y eficaz colaboración de María Josefa Canellada, excelente fonetista y dialectóloga, se publicó en 1969. Con este segundo tomo se había dado a conocer todo lo que Amado redactó, ya de manera definitiva, ya en borrador, puesto al día por María Josefa y por mí⁴⁶⁸.

3.- ALONSO ZAMORA Y EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA

Con la marcha de Amado Alonso, el Instituto de Filología perdió su independencia y su identidad. En aquellos años peronistas se produjo un cambio en sus estructuras y sobre todo en el personal. La Facultad de Filosofía y Letras se reorganizó y se crearon varios institutos dependientes de ella: antropología,

⁴⁶⁶ «Me esforcé por acomodarme a sus hábitos expositivos y conformar mi criterio con el suyo en todas mis adiciones y enmiendas, que señalé con jalones especiales para que no se atribuyeran a Amado mis posibles yerros; y entregué a la editorial Gredos el original del primer tomo que salió a la luz en 1955», Rafael Lapesa: «Recuerdo y legado de Amado Alonso» en *Lexis*, Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú, vol. XX, n° 1-2, 1996, págs. 11-30.

⁴⁶⁷ Carta de Rafael Lapesa a Ramón Menéndez Pidal. Middlebury, 20 de julio de 1952. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁶⁸ Rafael Lapesa: : «Recuerdo y legado...», pág. 15.

didáctica, filosofía, literatura, investigaciones históricas y filología. En esta nueva organización el Instituto de Filología estaba compuesto por dos secciones: clásica, bajo cuya dirección se encuentra el Instituto, y románica, dependiente de la anterior. Aunque Amado mantuviera todavía la esperanza de que Battistessa fuese el nuevo director, sabía que ese cargo se lo había dado a sí mismo Enrique François, catedrático de lenguas clásicas y por entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras e interventor del Instituto⁴⁶⁹.

De tres se habla para la dirección: 1º Carlos Obligado [...]; 2º Irineo Cruz [...]; 3º Battistessa. Ésta por ahora, será la solución. Battistessa es una persona decentísima, es muy bueno y comprensivo. Tuve una conversación con él para decirle que si lo ponían, por Dios, que aceptara [...]. Battistessa es muy culto, muy lector, fino y sensible, sólo que ni Castro ni yo le hemos podido inculcar el rigor del oficio [...]. Pero ahora me doy cuenta de que le tengo a usted [Menéndez Pidal] en un error: Battistessa será mi sucesor si yo me quedo en Harvard, pero ahora mi sucesor es François, se ha nombrado a sí mismo ⁴⁷⁰.

Cuando en septiembre de 1948 Zamora Vicente llega a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires lo hace como director de la sección de románicas del Instituto de Filología, además de catedrático de Historia de la Lengua y de Filología Románica de la Facultad. Ante el panorama que se encuentra, lo primero que intenta hacer es reorganizar el Instituto y para ello

⁴⁶⁹ «Desgraciadamente por una serie de razones personales y políticas, el Instituto de Filología ha sido menoscabado en su independencia, y queda sometido a la dirección del interventor doctor François, que es catedrático de lenguas clásicas y estaba celoso de la personalidad del profesor Amado Alonso.» Nota sobre el viaje a Buenos Aires del profesor Antonio Tovar, presentado a la Junta de Relaciones Culturales. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁴⁷⁰ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston (Massachusetts), 29 de octubre de 1946. Archivo Menéndez Pidal. Le escribe Raimundo Lida a Amado sobre la posibilidad de que sea Battistessa su sucesor al frente del Instituto: «Battistessa reemplazará la vieja silla de usted por otra tapizada: la filología es dura. La orden general es no tocar nada, no empezar cosas nuevas, no alterar la paz de la Facultad» Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; México D.C. 5 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

necesita principalmente dos cosas: dotarlo de la independencia de que antes disponía y recuperar a los colaboradores que trabajaron con Amado Alonso y que ahora se encontraban dispersos, con los que poder comenzar nuevos proyectos y publicar una nueva revista. Con estas ideas llega a Buenos Aires y así se lo hace saber a su maestro Menéndez Pidal:

He hecho un gran esfuerzo a fin de coordinar de nuevo a los elementos que trabajaron con Amado Alonso, que estaban totalmente dispersados, y creo que será posible la publicación de una revistita o algo parecido⁴⁷¹.

Para conseguir estos objetivos deberá luchar contra el «Mal francés», como Amado Alonso llamaba a Enrique François, que intentaba controlar el Instituto y evitar que se llenara de nuevo de personas contrarias a la política de Perón.

Me alegra mucho de que ya le hayan visitado mis antiguos colaboradores. Ya les he escrito yo varias veces y me contestaron que se pondrían a su disposición. El inconveniente va a ser el Mal francés (a veces erróneamente llamado el mal Francés) no va a permitir que ninguno de los que fueron mis colaboradores tengan participación en el ex instituto⁴⁷².

Otro inconveniente con el que tenía que luchar Zamora era el de sustituir al gran maestro que fue Amado Alonso, ante quien sus colaboradores sentían tanta admiración que no veían con buenos ojos que nadie llegara para reemplazarlo. Además, la persona que ocupara el cargo de director en unas circunstancias políticas como las que se estaban viviendo en Argentina durante aquellos años, sería visto por ellos como un peronista que accedía a un cargo que no le pertenecía. Y por último, si esa persona venía de la España franquista, muy difícil

⁴⁷¹ Carta a Menéndez Pidal, de 30 de marzo de 1949. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁷² Carta de Amado Alonso a Alonso Zamora de 19 de noviembre de 1949. Archivo Zamora Vicente.

iba a ser contar con su colaboración⁴⁷³. A pesar de ello, Zamora se empeñó en llamarlos y convencerlos para que volvieran al Instituto, para ello contó con la ayuda de su antecesor, quien les escribió pidiéndoles que colaboraran en todo lo que pudieran con el nuevo director⁴⁷⁴.

Hay otro punto en su carta que me veo obligado a comentar: dice usted cómo abre las puertas del Instituto a mis antiguos colaboradores. Eso está bien, pero creo que se le escapa a usted dónde está la verdadera importancia del asunto, que es en que mis antiguos colaboradores han entrado y le están ayudando a usted. Yo tengo en ello alguna responsabilidad, pues cuando usted me anunció su viaje a la Argentina, yo les escribí a todos con mucho encarecimiento para que le prestaran a usted todo el auxilio y asistencia que a mí querrían prestar, y sé que así lo han hecho. Permítame que le señale que lo que para usted debiera ser motivo de alegría es de tener tal ayuda y tales ayudantes. Pues desde luego ya ha visto usted que casi todos ellos tienen más edad que usted y una formación filológica más larga y más rigurosa que la que han podido dar a usted su envidiable juventud y los años difíciles de España que le han tocado a usted⁴⁷⁵.

Algunos de ellos, cuando recibieron la llamada del nuevo director y, aconsejados por su antiguo maestro, decidieron regresar al Instituto y colaborar

⁴⁷³ «Lo cierto es que, cuando penetré por vez primera en aquel viejo palacete donde estaba el Instituto, no sabía que iba a encargarme de muchas cosas que necesitaban seguir viviendo y que, probablemente por mi inexperiencia, no atinaba por donde empezar. Encontré, eso sí, muchas voces amigas, aunque con algunos recelos también, que de todo hay en la viña del Señor... (Ya sabe, este jovencillo español, qué ideas se traerá por dentro...). Todos acabaron, lo expreso con gratitud renovada, ayudándome generosamente.» Alonso Zamora Vicente: «Carta a Ángel J. Battistessa», en *Homenaje a Ángel J. Battistessa en su octogésimo aniversario*, en la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, VI-VII, diciembre de 1982, abril de 1983, pág. 23.

⁴⁷⁴ «Hablé largamente con Amado Alonso en Madrid, cuando ya estaba en negociaciones mi posible venida a Buenos Aires. Me explicó ce por be los rasgos, capacidades, anhelos de todos sus colaboradores. Vi que los conocía no solo de página o de contactos en la cátedra, sino de hondas horas convividas. Recuerdo que no hablamos de otra cosa en un largo día madrileño. Me anunció, espontáneamente, que escribiría a sus alumnos para que cerraran filas a mi lado, y sé que lo hizo», Alonso Zamora Vicente: «Para Amado Alonso...», pág. 260.

⁴⁷⁵ Carta de Amado Alonso a Alonso Zamora de 19 de noviembre de 1949. Archivo Zamora Vicente.

con él⁴⁷⁶, fue el caso de Berta Elena Vidal de Battini, Frida Weber, Raúl Moglia, José F. Gatti, Ana María Barrenechea, Enriqueta Terzano de Gatti, entre otros. A ellos se les unieron nuevos alumnos, como Daniel Devoto, Oreste Frattoni, Narciso Bruzzi, Guillermo Guitarte, Ángela Dellepiane, Enma Speratti, y alguno más. Todos ellos con una gran preparación filológica, se reunieron bajo la dirección de Zamora, a quien algunos superaban en edad, con la finalidad de devolver al Instituto una identidad perdida. Uno de aquellos colaboradores, Daniel Devoto, recuerda cómo fue aquel reagrupamiento:

El nuevo «catedrático de prima» (como que daba clase a las tres de la tarde) empezó por llamar a su «Sección» a todo lo que aún andaba vivo y coleante del viejo Instituto (Don Pedro Henríquez Ureña había muerto; Rosenblat y los Lida estaban ya lejos). Nos llamó, y nos engañó a todos. Hasta engañó a Paul Bénichou, también colaborador de la *Revista de Filología Hispánica*, que me dijo un día: «Ese hombre está loco», aludiendo precisamente a ese deseo de volver a estrechar filas. Quería decir que solamente un despistado era capaz de intentarlo, en pleno régimen de «regeneración» del profesorado, alumnado y otros malos hados. Por eso puedo decir que nos engañó: todos lo creímos un despistado, y era, por el contrario, nada menos que un frío calculador, que reunió en torno suyo a todo lo poco que quedaba en pie —si éramos pocos y menos brillantes que los otros, no fue culpa del recién llegado sino de nosotros— sacó una nueva revista, que aún vive, y no paró hasta volver a dar a la «Sección» su vieja categoría de Instituto independiente, que lleva hoy el nombre de Amado Alonso, pero que el nuevo profesor reconstruyó teja por teja⁴⁷⁷.

Junto con este grupo de colaboradores directos, el nuevo director quiso unir al Instituto a profesores de otras universidades argentinas a los que les podía

⁴⁷⁶ Una de esas colaboradoras Elena Vidal de Battini así se lo hace saber a su maestro: «Me enteré por sus noticias de la probable llegada de Vicente Zamora [sic] al Instituto y tomé en cuenta su pedido de que le tratemos bien. Si usted lo aconseja, así se hará, pero nuestro propósito era no estar allí con nadie que no fuera el Dr. Alonso ¿Cree usted que debemos trabajar con él? Desde luego que si esto ocurre seremos leales y le diremos la verdad de nuestra determinación». Buenos Aires, 14 de abril de 1948. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁴⁷⁷ Daniel Devoto: «Que hasta tuvo un hijo criollo» en *PSA*, tomo LXX, núms. CCIX-CCX, Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 359-362.

interesar la labor que en él se realizaba, fue el caso de Fritz Krüger, que se encontraba en Mendoza después de la derrota nazi; de Emilio Carilla y C. Hernando Balmori, que eran profesores en la Universidad de Tucumán; de G. Moldenhauer, en Rosario; también contaron con la colaboración del profesor Dimitri Grăzaduru⁴⁷⁸. Con el equipo de trabajo rehecho, Zamora se propuso llevar a cabo otro de los objetivos principales con los que había salido de España, como había reconocido a Menéndez Pidal al poco de llegar a la capital argentina: publicar una nueva revista de filología.

Creo que a pesar de las dificultades que la marcha de Amado Alonso ha planteado, podré hacer alguna cosa. Pienso publicar una revista, o unos Cuadernos, lo que se pueda y me gustaría publicar algo de usted⁴⁷⁹.

La revista se llamó *Filología* y salió a la luz en la primavera de 1949. En el editorial del primer número el fundador establece las directrices por las que se va a guiar tanto la nueva etapa de la sección de románicas: («La Sección, que cuenta con los caudales del antiguo Instituto de Filología, se propone continuar sus esfuerzos en logro de un mayor conocimiento de los problemas del español hablado»⁴⁸⁰) como la nueva revista:

⁴⁷⁸ Alonso Zamora Vicente: «Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires» en *Orbis*, tomo I, núm. 1, Louvain: 1953, págs. 223-227. En este artículo, el director recuerda a sus colaboradores y los proyectos que llevaron a cabo conjuntamente durante los años que estuvo al frente del Instituto. Revela también cuál era el grupo que llevaba adelante el día a día del Instituto: Devoto, Speratti, Dellepiane, Barrenechea y Bruzzi, además de la colaboración del bibliotecario Andrés Ramón Vázquez.

⁴⁷⁹ Carta de Alonso Zamora a Menéndez Pidal de 11 de noviembre de 1948. Archivo Menéndez Pidal.

⁴⁸⁰ *Filología*: Buenos Aires, Instituto de Filología, n. 1, mayo-agosto de 1949. La revista, con distintos avatares, se ha mantenido a lo largo del tiempo: «El Instituto fue varias veces reestructurado (Weber de Kurlat, 8-10). Refloreó bajo la conducción de Alonso Zamora Vicente entre 1949 y 1952 y después de un lapso difícil volvió a resurgir en 1956 dirigido por Marcos Morínigo y, sucesivamente por Ana Barrenechea y Frida Weber de Kurlat: Bajo la dirección de Zamora Vicente comenzó a editarse, en 1949, *Filología* donde se recuperó el nivel de las publicaciones anteriores, pero esta revista fue suspendida durante el tercer gobierno peronista,

Filología, digámoslo de una vez, no pretende continuar revista alguna anterior (en clara referencia a la *Revista de Filología Hispánica*), ni, muchísimo menos, suplantarla. No. Su afán es la comunidad del esfuerzo generoso por un laborar común, en este caso el idioma, y la carga, la maravillosa carga espiritual de que es portador⁴⁸¹.

En ella se otorgará gran importancia a los temas relacionados con la filología hispánica, que era la idea primitiva con la que se creó el Instituto en los primeros años de la década de los años veinte.

No dejaremos fuera tampoco lo que sin ser decididamente hispánico, pueda encerrar un interés románico colectivo, pero, como es de esperar, nuestra preferencia irá por lo específicamente americano, y, con mayor morosidad, por lo argentino⁴⁸².

No podía faltar en este número inaugural una referencia y un apoyo incondicional a don Ramón Menéndez Pidal ya que gracias a su intervención se creó el instituto.

Por último queremos dejar aquí manifiesto un recuerdo de lealtad inalienable. En este año de 1949, en que *Filología* se asoma a la vida del trabajo, cumple sus ochenta años Ramón Menéndez Pidal, el maestro reconocido y admirado, bajo cuyos auspicios nació este Instituto en 1923. E, irremediabilmente, inesquívamente, nuestra mirada se detiene allá, en el olivar de Chamartín, donde el maestro labora sin fatiga, y nos sentimos obligados, por deuda impagable, a continuar, en la escasa dimensión de nuestras fuerzas, las exigencias de su legado, bien llena de vocación⁴⁸³.

reanudó su aparición con un número suelto en 1976 y aparece con regularidad desde 1972», Emilia de Zuleta: «El hispanismo de Hispanoamérica» en *Hispania*, vol. 75, octubre de 1992, págs. 950-965.

⁴⁸¹ *Filología*: Buenos Aires, Instituto de Filología, núm. 1, mayo-agosto de 1949, presentación.

⁴⁸² *Ibidem*.

⁴⁸³ *Ibidem*.

Zamora Vicente quiso que en la revista participaran sus maestros. Escribió varias veces a Menéndez Pidal pidiéndole un artículo, que se lo envió para el número 3. También escribió a Américo Castro, quien desechó la invitación.

Le agradezco su invitación de escribir en su revista. No se trata de escrúpulos funerales, como dice; es que yo no escribo en revistas, ni en general me importan mucho las revistas. Creo hay sobreabundancia de ellas, y casi no leo ninguna. Mando algunas cosas a la *Nueva Revista de Filología Hispánica* para redondear mis libros, anticipar trozos de ellos y nada más. Cada vez me repugna más el estar «contributing to scholong journal», la erudición y sus aledaños. Hice que quitaran mi nombre del «board of editors» de la *Hispanic Review*. Vea que no es nada contra su *Filología*. Usted no se da cuenta de que estoy muy viejo ya para empezar cosas. La recepción que mi libro ha tenido entre filólogos, me hace tal vez sentir que yo he dejado de serlo⁴⁸⁴.

La revista se abría con un artículo de su director sobre el rehilamiento porteño. Al igual que había hecho cuando llegó a Mérida o a Santiago de Compostela el primer tema sobre el que se puso a trabajar es sobre las peculiaridades lingüísticas de la zona donde se encuentra. En este artículo estudia el yeísmo bonaerense, que está basado —según el autor— en el predominio de una articulación fricativa sorda *s*, frente a la africada sonora *z*; debido a que este tipo de pronunciación es más frecuente entre las clases altas y cultivadas, y por extensión se ha trasladado al resto de las capas sociales⁴⁸⁵. Con esta afirmación, Zamora contradice algunas de las conclusiones a las que llegaron Amado Alonso y Ángel Rosenblat en las notas que añadieron a la edición en la *Biblioteca de*

⁴⁸⁴ Carta de Américo Castro a Zamora Vicente desde Princeton el 27 de diciembre de 1949. Pero por mucho que se excusara el señor Castro ante Alonso Zamora, las verdaderas razones por las que no colabora en la revista se las expone a Amado Alonso: «A propósito de filólogos, el señor Zamora Vicente me ha instado dos veces a colaborar en su revista *Filología*, y le he dicho que no, claro ¿Quién creará la gente que es uno? Le he dado buenas excusas, para no perderme el respeto a mí mismo, como se dice en inglés. El mismo señor habla de *España en su historia* como una obra “documentada”, vamos, con notas al pie». Carta de Américo Castro a Amado Alonso de enero de 1950. Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁴⁸⁵ Antonio Quilis en el artículo «La obra fonética de Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 187-203, analiza este trabajo.

Dialectología Hispanoamericana al texto de Espinosa, español de Nuevo México⁴⁸⁶, en las que decían que la presencia de la sorda se debía a circunstancias de tipo enfático⁴⁸⁷. Aparecieron también artículos de Gazadàru, Frida Weber, Antonio Tovar, José F. Gatti, entre otros.

Ese primer número fue muy bien acogida por su maestro Ramón Menéndez Pidal, que una vez recibida escribe a su alumno felicitándole por la publicación:

Querido Zamora Vicente: En primer lugar quiero felicitar a usted muy cordialmente por la aparición de la revista *Filología* cuyo primer número acabo de recibir, y darle nuevo las gracias por el recuerdo que en ella me dedica. Que la nueva revista se mantenga en el alto nivel que usted sabrá darle y que su vida sea larga y fructífera. Veo con el mayor interés el contacto que usted ha tomado con la tierra y el habla porteña. Número todo él muy variado. Por mi parte recojo la nota de Tovar sobre el vasco iberismo esperando hablar aquí con él cuando regrese⁴⁸⁸.

Además de la revista, que fue una de las causas principales para que desde de Madrid le prorrogaran su estancia en el país americano un año más⁴⁸⁹, durante

⁴⁸⁶ Aurelio M. Espinosa: *Estudios sobre el español de Nuevo México*, traducción y reelaboración con notas por Amado Alonso y Ángel Rosenblat, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1930.

⁴⁸⁷ En una carta de 21 de enero de 1950, Amado contesta a Zamora: «Ha sacado usted demasiado jugo de la frase de Rosenblat y mía, de que la africada y la sorda “son variantes enfáticas”. En dos pasajes, y con más palabras que nosotros, y sin embargo con poca fidelidad. La frase nuestra es verdadera para la fricada, y solo a medias para la sorda: había que haber añadido que, además del énfasis, otras causas la determinan, y entre ellas la contraria del relajamiento, tono bajo, etc. Pero que muchos argentinos pronuncian sorda su *y-ll* cuando lo hacen con especial energía, es cierto. Rosenblat, Ureña, Lida yo lo hemos comprobado mil veces». Archivo Zamora Vicente.

⁴⁸⁸ Carta de Ramón Menéndez Pidal a Alonso Zamora Vicente; Chamartín, 27 de diciembre de 1949. Archivo Zamora Vicente.

⁴⁸⁹ «Remito adjunto a V.E. un pliego que contiene la solicitud de don Alonso Zamora Vicente para que se le prorrogue por un año más, en las condiciones actuales, el permiso que ese ministerio le concedió para desempeñar en Buenos Aires una cátedra análoga a la que dicta en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca. Según me informa el agregado cultural, la labor del profesor Zamora Vicente es beneficiosa para España y convendría autorizarlo a que prosiguiera la obra emprendida sobre todo por las siguientes razones: primera, que es actualmente el único profesor español adicto a nuestro régimen en la Facultad de Filosofía y Letras

el tiempo que Zamora estuvo en el Instituto se llevaron a cabo otras publicaciones que dieron continuidad a la línea iniciada por Amado Alonso. Hizo de puente entre una época y otra la publicación del libro de Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis*, tomo VII de la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, que se realizó bajo la dirección de Amado Alonso y Ángel Rosenblat, en la época anterior del Instituto, pero que se editó con el nuevo director. También se publicaron las tesis doctorales de Ángela Dellepiane, *América en el teatro de Tirso de Molina*, y la de Daniel Devoto *Sobre la transmisión tradicional* donde estudia el romancero español desde el punto de vista del folclore y de la transmisión oral del romance. Se reanudó una colección de textos clásicos, que quedó parada en 1927 con una edición de un texto de Alfonso X, y se hizo con una edición de la comedia de Tirso de Molina *Por el sótano y el torno*⁴⁹⁰ realizada por Zamora Vicente y por María Josefa Canellada. La edición contaba con un extenso prólogo en el que se analiza la figura y el teatro de Tirso: su excelencias líricas, el Madrid por el que transcurren sus obras, la cercanía que sus escenas tienen con lo cinematográfico, y la influencia del léxico portugués. También se continuó con la *Colección de Estudios Estilísticos* iniciada por Amado Alonso. Dentro de ella, Zamora publicó, en el número cuatro de dicha colección, un estudio sobre las *Sonatas* de Valle-Inclán.

Zamora Vicente intentó que los años dorados que había disfrutado el Instituto de Filología durante la dirección de Amado Alonso no se acabaran para siempre, a pesar de las constantes trabas políticas que tuvo que sortear para ello.

de la Universidad de Buenos Aires y segunda que a él se debe la fundación de la revista de *Filología*, de contenido eminentemente hispánico, que difícilmente podría continuar en ausencia de nuestro compatriota. De esta revista empiezan a llegar del extranjero impresiones muy laudatorias. Todo ello me induce a recomendar que en lo posible y en atención a los intereses españoles en esta república se acceda a lo solicitado por el doctor Zamora Vicente.» Carta de Emilio Navasquies, embajador de España en Argentina, dirigida al Ministro de Asuntos Exteriores. Buenos Aires, 15 de mayo de 1950. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁴⁹⁰ Tirso de Molina: *Por el sótano y el torno* (Edic., prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada), Buenos Aires: Instituto de Filología, 1949.

Desde enero me tendrá V. otra vez en Salamanca. En aquella casa donde me esperan mis libros y mis cuadros, y un pino pequeño que mi mujer cuidaba con regalo. Dios proveerá. Aquí ya no se puede hacer prácticamente gran cosa. Me voy contento de mi tarea, pero apenado por lo que podría haber hecho y no hice, a causa de lo que V. adivina⁴⁹¹.

Quiso que sus pasillos se llenaran de las mismas caras que los habían recorrido en la época anterior y que regresara el mismo espíritu de trabajo. Amado, desde Estados Unidos, le agradecía el empeño y el esfuerzo que estaba realizando para devolver al Instituto la identidad perdida: «Usted está haciendo una labor excelente y con toda mi alma deseo que siga usted haciéndola, junto con mis antiguos amigos»⁴⁹². También desde España fue reconocido por sus compañeros el trabajo realizado en el Instituto.

Durante cuatro años, 1948 a 1952, dirigió el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires en circunstancias de excepcional dificultad. La tensión política había lanzado fuera del país al anterior director, Amado Alonso, y a casi todos sus discípulos y colaboradores. Zamora, de acuerdo con Amado, fue a Buenos Aires con el propósito de salvar del naufragio cuanto fuera posible. Pese a su juventud, a los celos y a las presiones de toda índole, consiguió infundir aliento a los investigadores que aún quedaban, formar otros nuevos y lanzar, venciendo innumerables obstáculos, una excelente revista, *Filología*⁴⁹³.

⁴⁹¹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego desde Buenos Aires, 28 de noviembre de 1951. Xesús Alonso Montero: «Cartas de Alonso Zamora Vicente...», págs. 153-157.

⁴⁹² Carta de Amado Alonso a Zamora Vicente. Massachusetts, 6 de julio de 1950. Ese agradecimiento ya se lo había hecho llegar en otra carta de 23 de abril de 1950: «Precisamente en estos días me ha escrito (espontáneamente) Andrés [Vázquez], diciéndome cuán admirablemente, con verdadera cordialidad se ha portado usted con mis antiguos colaboradores del Instituto, especialmente con Frida, a la que ha defendido usted triunfalmente». Archivo Zamora Vicente.

⁴⁹³ Rafael Lapesa: «Contestación al discurso de ingreso de Zamora Vicente en la Real Academia Española», 27 de mayo de 1967, Madrid: Real Academia Española, 1967, págs. 128-129.

Mario Pedrazuela Fuentes

Alonso Zamora Vicente: vida y filología

CAPÍTULO IV

AÑOS CINCUENTA: ARGENTINA, CAMBIOS EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA, LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EL MUNDO LITERARIO.

I.- LOS AÑOS ARGENTINOS

1.- PUBLICACIONES EN ARGENTINA

La estancia en Buenos Aires va a resultar muy productiva para Zamora Vicente; además de enderezar el rumbo del Instituto de Filología y de crear la revista *Filología*, va a publicar tres libros y varios artículos, así como a iniciar una colaboración con el suplemento literario del periódico bonaerense *La Nación*, además dar clases en la universidad y varias conferencias.

El primero de esos libros fue *Las "Sonatas" de Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*⁴⁹⁴, que, como ya hemos dicho, se publicó dentro de la Colección de Estudios Estilísticos. A lo largo de su labor filológica van a ser constantes los acercamientos a la obra y a la vida del autor gallego, siendo, tal vez, el momento en el que dicha relación se hace más intensa, la lectura del discurso de ingreso en la Real Academia Española en el que habló sobre la realidad esperpéntica. Alonso Zamora descubrió a Valle-Inclán en sus años de bachiller. La

⁴⁹⁴ Alonso Zamora Vicente: *Las sonatas de Ramón del Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1951.

lengua armoniosa y evocadora del autor gallego construía en la mente del joven, acostumbrada al realismo inalterable de los novelistas del diecinueve, paraísos lejanos y hermosos, palacios decadentes en los que vivían pálidas y enfermas princesas, por lo que gastaba sus horas de estudio leyendo sus novelas «casi a hurtadillas, entre las fórmulas y los problemas de Química del bachillerato, entre la broza densísima de los programas de Literatura»⁴⁹⁵. La relación con el autor gallego surgió en la década de los cuarenta. Al poco tiempo de llegar a Santiago de Compostela, Zamora publicó en el periódico local *El Correo Gallego*⁴⁹⁶ un artículo en el que analizaba el gallegismo de Valle-Inclán. Por esos años, en el *Boletín de la Real Academia Española*⁴⁹⁷, hizo un primer acercamiento a la *Sonata de primavera*. Ya en Buenos Aires, en el diario *La Nación*, deja claro que para él no existe la diferencia, tan evidente para la crítica del momento, entre el Valle modernista y el Valle esperpéntico, puesto que el uno es continuación lógica del otro.

La princesa Gaeti —dorada, esbelta, de suaves rosas en las mejillas, manos señoriales— se ha detenido asomada a la puerta de una ferretería, y se ha convertido en la reina Castiza —pelo de azafrán, repolluda, manchones de almagre en los carrillos repletos, manos locas de abanico—. Y aquí está la base de toda la técnica del esperpento⁴⁹⁸.

Pero el trabajo más relevante sobre Valle en aquellos años fue su libro sobre el modernismo en las sonatas. Con anterioridad, en 1928, su predecesor en la dirección del Instituto de Filología, Amado Alonso, había publicado un artículo sobre el lenguaje de Valle-Inclán en *Las sonatas*. En su libro, Zamora se propone

⁴⁹⁵ Alonso Zamora Vicente: *Las sonatas de Ramón del Valle-Inclán...* págs. 10-11.

⁴⁹⁶ Alonso Zamora Vicente: «Valle-Inclán en Galicia», en *El Correo Gallego*, Santiago de Compostela, 3 de junio de 1944.

⁴⁹⁷ Alonso Zamora Vicente: «El modernismo en la *Sonata de primavera*» en BRAE, 1946, CXX, págs. 27-62. El artículo después se publicó en el libro *De Garcilaso a Valle-Inclán*.

⁴⁹⁸ Alonso Zamora Vicente: «Evocación del esperpento», *La Nación*, 28 de mayo de 1949.

descubrir los elementos característicos del modernismo valleinclanesco. Para ello, parte de la novedad que supusieron estos textos con respecto a los que se escribían a finales del s. XIX. En el año 1902 se publicó una serie de novelas, entre las que se encontraba *Amor y pedagogía* de Unamuno, *Camino de perfección* de Baroja, *La voluntad* de Azorín y *Sonata de otoño* de Valle-Inclán que cambiaron el panorama de la novela española. Según Zamora Vicente, fue la obra de Valle la de mayor novedad, sobre todo en lo que se refiere a la lengua, puesto que la prosa modernista supuso una renovación del idioma, demasiado rígido y encorsetado en las novelas realistas, necesitado de un nuevo impulso para recuperar toda su potencialidad expresiva.

Para el filólogo, la novedad de estos libros se encuentra en la estructura e incluso en el título. Se trata de un libro de memorias, unas memorias fragmentarias, mutiladas intencionadamente, que evocan cuatro episodios concretos de la vida del marqués de Bradomín, con cierto tono elegíaco y con una prosa llena de musicalidad que la acerca a las riberas de la prosa poética francesa del diecinueve. Son novelas en las que se evita cualquier referencia a un ambiente vulgar y, por el contrario, aparecen continuamente elementos llenos de elitismo decadente, con palacios, nobleza, princesas, jardines, héroes... El protagonista, hilo de unión entre las cuatro historias, es un don Juan «feo, católico y sentimental» que trata, en los últimos años de su vida, de conquistar a hermosas doncellas con una mezcla de cristianismo y paganismo, de piedad y perversión. Las novelas están ambientadas en un espacio concreto —Galicia, Navarra, México, Italia— pero, a diferencia de las de sus coetáneos, sin un contexto histórico temporal que ocupe un primer plano en la narración, lo que hace de las novelas en particular, y del modernismo en general, un intento por conseguir el arte en estado puro. Porque Valle-Inclán no busca la realidad, de la cual trata de huir, sino el arte, y por eso evita un paisaje concreto y real, y se refugia en uno idealizado, creado por la pintura y la literatura. Todos estos elementos son los que

Zamora analiza en su libro sobre las sonatas para descubrirnos las características peculiares del modernismo valleincalesco⁴⁹⁹.

Nos encontramos, pues, con un Zamora Vicente bastante joven, unos 35 años, que aborda la obra de uno de los grandes autores españoles contemporáneos (hacia 15 años que había muerto Valle-Inclán). No debemos olvidar lo que significaba su figura en aquella España de los años cuarenta y cincuenta. Desde el mundo académico, nadie se atrevía a acercarse al extravagante escritor gallego. Que sea un joven catedrático el que se aventure a desentrañar los textos de Valle y que lo haga mostrando una visión llena de modernidad, supuso una clara muestra del camino elegido por nuestro protagonista, apartado de las corrientes oficiales⁵⁰⁰. Así, Zamora se decanta por un tipo de crítica arriesgada y progresista, y por autores comprometidos para la época, como lo demuestra el acercamiento a un Cela que ya empezaba a ser molesto para el régimen, o sus clases sobre la obra de César Vallejo y Borges, o el apoyo a las conversaciones de cine que se celebraron en Salamanca, entre otros.

Alonso Zamora Vicente [hacía] una evocación de compromiso intelectual que no se reducía a su estricto entorno universitario o especializado sino que aspiraba a calar a fondo en la formación de su lector. No sé si lo creía, pero actuaba como si creyese que

⁴⁹⁹ En una reseña al libro de Zamora, Antonio Beneyto dice: «Y a través de este ensayo, y también de la lectura anterior de las cuatro novelas cortas, anotamos que hemos podido comprobar que Ramón Valle-Inclán no es el desgarrado, sobrio y españolísimo creador de *Tirano Banderas*, de los esperpentos, y de tantas otras construcciones inolvidables del “feo, católico y sentimental” Marqués de Bradomín», Antoni Beneyto: «*Las sonatas de Valle-Inclán* de Alonso Zamora Vicente» en *Papeles de Son Armadans*, nº CXXX, enero de 1967, pág. 120.

⁵⁰⁰ «Lo que viene a constatar, para nuestro cometido en esta hora, el acierto de entrada de Zamora Vicente, en su temprana orientación crítica hacia la figura y la obra general de Valle-Inclán como una de las más originales (y sólidas por tanto) garantías del progreso artístico de la literatura española, resolviendo brillante, fascinadoramente por sectores, a lo largo del siglo XX el balance de cortocircuitada identidad moderna.» Antonio García Berrio: «Zamora Vicente en la crítica...», pág. 56.

esponjaría la rigidez mental del entorno político en el que vivía enseñando a leer bien a Valle Inclán o a Cela⁵⁰¹.

Los otros dos trabajos que publicó en Argentina fueron recopilaciones de ensayos o artículos críticos. Con ellos Zamora comienza a publicar una serie de libros misceláneos dedicados al ensayo y a la crítica literaria, en los que parte de las concepciones de la estilística que habían llegado a la escuela filológica hispánica. En las primeras décadas del siglo XX surgen, frente al historicismo positivista que aún estaba vigente, los estudios estilísticos que buscan el rigor científico en el análisis de los textos literarios, con la finalidad de evitar la mera especulación intuitiva; para ello se proponen encontrar el núcleo del texto a partir del aspecto lingüístico. El crítico, para descubrir la esencia de un autor y de su obra, debe analizar las palabras, su materia prima, y fijarse tanto en su sentido lógico racional como en el afectivo con carga psicológica. Los datos biográficos, la referencia a las circunstancias exteriores han quedado recluidos para dar paso a una crítica literaria que se detiene en la construcción de las palabras y en el uso del lenguaje. Como ya hemos dicho, fue Amado Alonso, desde Argentina, el que introdujo a la escuela filológica española en las nuevas concepciones de la estilística. Con anterioridad, Ramón Menéndez Pidal, que siempre estuvo abierto a las novedades que llegaban de Europa, mantuvo en su producción un equilibrio entre lo histórico y lo estético, y concedió el mismo valor a la erudición científica y a la valoración interpretativa⁵⁰². Los estudios de Amado sobre Pablo Neruda,

⁵⁰¹ Jordi Gracia: «Proceso evolutivo o “crisis de conversiones”: los años cincuenta y el viejo falangismo», en *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid: Taurus: 2006, pág. 335.

⁵⁰² Como dice Coseriu: «Pertenecer a la escuela de Menéndez Pidal no sólo constituye un título de honor y una garantía de seriedad científica, sino que, al mismo tiempo, implica una orientación teórica y metodológica móvil y viva, en la que lo viejo y lo nuevo se combinan armónicamente, sin sacudidas violentas, en las que el anquilosamiento en posiciones superadas es cosa desconocida y en la que toda ideología nueva se absorbe y fructifica sin desvirtuarse y sin desvirtuar la base en la que se injerta [...]. En segundo lugar, la escuela de Menéndez Pidal es la única que ha mantenido y mantiene firme —y no sólo en la teoría— el principio de la unidad de las ciencias filológicas, la única en la que la Lingüística se sigue cultivando conjuntamente con la historia político-social y con la historia y críticas literarias: por eso los lingüistas españoles suelen

Lope de Vega, Jorge Guillén, etc., así como los de Dámaso Alonso sobre Góngora fueron el punto de partida de la estilística española, que seguía la corriente idealista, iniciada por Vossler y continuada por Croce y Spitzer. Esta corriente buscaba el origen de la creación literaria a través de postulados filosóficos estéticos, con una preocupación por la creación verbal artística. Alonso Zamora en sus estudios sobre Lope de Vega, Valle-Inclán o Camilo José Cela, continúa las líneas marcadas por la estilística de Amado y de Dámaso. Es partidario de una crítica hecha con pasión verdadera, que tenga la erudición necesaria para comprender el texto, y que sea ejemplar en el sentido pedagógico, ya que su misión es guiar y orientar al lector. Por ello, en su labor crítica siempre ha intentado convivir con el escritor, «consumir juntos los largos vericuetos de la circunstancia y cuanto pudo ayudar al logro de la criatura artística, y recorrerlos con entusiasmo, plenamente»⁵⁰³. En la crítica de Zamora Vicente se conjugan los dos elementos característicos de su persona: por un lado está el filólogo y por otro el creador, y ambos aparecen a la hora de desentrañar a un autor o una obra. De ahí que la rigurosidad del filólogo se acompañe de la sensibilidad y de la intuición del creador, lo que hace que no podamos situar a Zamora como un fiel seguidor de la metodología, en lo que a la estilística se refiere, de la escuela pidaliana; en cambio podemos percibir claramente la influencia de Américo Castro, quien se dejaba llevar por la sensibilidad lectora y por el conocimiento histórico artístico, que daba como resultado una crítica creativa⁵⁰⁴.

Pero quise, no justificarme, sino hacer ver la incapacidad propia para acercarme a cosas mejores, y, a la vez, destacar lo ya conocido: que hacer crítica leal, honrada,

conciliar la erudición con las agudezas y, ya por su formación, son al mismo tiempo historiadores y críticos literarios». Eugenio Coseriu: «Amado Alonso (1896-1952)», en *Lexis, Revista de lingüística y literatura* (Homenaje a Amado Alonso), Universidad Católica de Perú, vol. XX, núms. 1-2, págs. 32-33.

⁵⁰³ Alonso Zamora Vicente: *Voz de la letra*, Madrid: Austral, 1958, pág. 10.

⁵⁰⁴ Sobre la labor crítica de Zamora Vicente, véase Emilia de Zuleta: *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid: Gredos, 1974, 2ª edición, págs. 371-375.

intentando buscar todas las resonancias propias, es una forma nobilísima de creación.

De re-creación, al menos⁵⁰⁵.

El primero de los dos libros mencionados, *De Garcilaso a Valle-Inclán*, se publicó en la editorial Sudamericana, fundada en 1939 por Julián Urgoiti, hijo de Nicolás Urgoiti, que dirigía por esos años Espasa Calpe en Argentina, y Antonio López Llausás. En ella se publicaron libros de autores exiliados españoles, como Salvador de Madariaga, José Ferrater Mora, Claudio Sánchez Albornoz, Francisco Ayala, Ramón Gómez de la Serna, entre otros. El libro de Zamora recoge varios artículos a algunos de los cuales ya nos hemos referido con anterioridad: «Sobre el petrarquismo», «Observaciones sobre el sentimiento de la naturaleza en la lírica del siglo XVI», «Portugal en el teatro de Tirso de Molina», «La Oración apologética de Juan Pablo Forner» y «El mecanismo en la *Sonata de primavera*». Como dice en el prólogo del libro, la unión de estos textos se debe a que «todos ellos, sin excepción, incluso aquellos que en este acotado paisaje de la ciencia han sido excepcionalmente bien recibidos, todos, digo, llevaron, al nacer, un escondido azezar de fe y de voluntad buenas, decididas, ciegamente empeñadas en ser, en sobrer, y fueron manifestaciones claras de una ruta a seguir, estrenada con ahínco»⁵⁰⁶.

El otro libro, *Presencia de los clásicos*⁵⁰⁷, fue el primero que publicó en la colección Austral de Espasa Calpe. La filología española estuvo muy unida a una serie de editoriales, entre ellas Espasa. La editorial se creó en 1925 con la unión de Espasa y de la Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones

⁵⁰⁵ Alonso Zamora Vicente: *De Garcilaso a Valle-Inclán*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1950, pág. 10.

⁵⁰⁶ *Ibidem*, págs. 7-8.

⁵⁰⁷ Alonso Zamora Vicente: *Presencia de los clásicos*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1951.

(Calpe)⁵⁰⁸. Desde que se creó Calpe en 1918, tuvo como asesores a José Ortega y Gasset, Manuel Bartolomé Cossío, Dantín Cerceda, Santiago Ramón y Cajal y Manuel García Morente, director de la colección Universal en la que habían publicado Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Unamuno, Baroja y los Machado. Durante la guerra, la editorial decidió fortalecer la sucursal que tenía en Argentina y en la que se encontraban Gonzalo Losada y Julián Urgoiti, con el fin de dotarla de mayor independencia y de centralizar las publicaciones americanas, ante la imposibilidad de hacerlo desde España debido a la guerra. Una de las primeras decisiones que tomó la editorial argentina, que seguía contando con la colaboración de Ortega y Gasset a pesar de su exilio en París, fue la de crear la colección Austral, que se alimentaría de títulos publicados en la colección Universal. El 30 de septiembre de 1937 salió a la luz en Buenos Aires el primer título: *La rebelión de las masas* de Ortega, que ya había sido editado en 1930.

La gran novedad de esta editorial era que ponía al alcance del público libros de bolsillo de 11,5 x 18 cm, a un bajo precio y contenidos muy variados. El color era lo que diferenciaba un género de otro: novelas y cuentos (azul), biografías (naranja), viajes y reportajes (negro), política y documentos de actualidad (amarillo), teatro y poesía (violeta), clásicos (gris), novelas policíacas y de aventuras (rojo), y ensayos y filosofía (verde). Además de suponer un impulso importante para el acercamiento de la lectura al público en su sentido más amplio, esta colección también lo fue para los trabajos filológicos, ya que les permitió salir de su ostracismo y llegar a un mayor número de lectores. Además, supuso, en aquellos años tan duros de la guerra y de la posguerra española, una fuente de ingresos importante para los filólogos españoles que comenzaron a reunir sus artículos y ensayos en libros que después publicaron en dicha

⁵⁰⁸ Véase Manuel Durán Blázquez y Juan Miguel Sánchez Vigil: «En vanguardia de la cultura: apuntes para una historia de Austral» en *Ínsula*, núm. 622, octubre 1998, págs. 6-11. También Emilia de Zuleta: *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Ediciones Atril, 1999.

colección. El primero en hacerlo fue Ramón Menéndez Pidal, con sus *Estudios literarios*⁵⁰⁹, en cuya portada se hubo de ocultar la información referida al Centro de Estudios Históricos⁵¹⁰. Hasta la salida de Gonzalo Losada para fundar la editorial Losada, Amado Alonso fue consejero de Espasa Calpe, aunque después se marchó a la nueva editorial en la que también se encontraba Henríquez Ureña. Desde allí desempeñó un papel importante para que muchos escritores y filólogos amigos comenzaran a publicar sus libros en Losada⁵¹¹.

El libro de Zamora Vicente, *Presencia de los clásicos*, primero suyo en Austral, se editó en Buenos Aires; anteriormente ya había publicado en la colección Clásicos Castellanos de la misma editorial las poesías de Francisco de la Torre, gracias a la intervención de su amigo José María de Cossío.

Cuando ya andaba por América, Cossío trabajaba en la editorial Espasa Calpe, en aquel despachito de la calle de Ríos Rosas, presidido por el retrato que le había hecho Ignacio Zuloaga. Allí, por su intervención directa se publicó mi primer volumen en la colección de Clásicos Castellanos⁵¹².

Posteriormente publicará, también en Austral, *Voz en la letra*, *Desorganización* y *Suplemento literario*, así como la segunda edición de *Primeras hojas*. En *Presencia de los clásicos* se recogen tres ensayos sobre obras y autores clásicos, que, como dice el autor en el prólogo, son «ratos de soledad con los

⁵⁰⁹ Ramón Menéndez Pidal: *Estudios literarios*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1938.

⁵¹⁰ Sobre la relación entre Menéndez Pidal y la editorial Espasa Calpe durante los años de la guerra, véase Diego Catalán: «Náufragos de la cultura: el lanzamiento de la colección Austral, visto a la luz de documentos del Archivo Menéndez Pidal» en *Ínsula*, núm. 622, octubre 1998, págs. 29-33.

⁵¹¹ «La Calpe, obligada a hacer la guerra ha caído en colapso —le informa Amado Alonso a Menéndez Pidal—. No anuncian su España del Cid. Un antiguo español, gerente de Calpe, Losada, ha formado una editorial que tiene un éxito inconcebible. En ella está Pedro Henríquez Ureña y yo». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Buenos Aires, 14 de enero de 1939. Archivo Menéndez Pidal.

⁵¹² Alonso Zamora Vicente: «José María de Cossío, un recuerdo», en *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1988, págs. 237.

hombres de ayer, que vivieron y penaron como nosotros». La influencia de Azorín es marcada, no solamente en el título, sino también en el estilo y la forma de acercarse a estas obras. Según advierte José Carlos Mainer⁵¹³, en el primero de los artículos, Zamora se pone en la piel de un lector de novelas español de la primera mitad del siglo XVI y analiza cómo serían sus reacciones ante novelas de fuerte influencia europea, como fueron *Cárcel de amor*, *Amadís*, la *Diana* o el *Abencerraje* y la hermosa *Jarifa*. Ese lector del dieciséis tiene que esperar a 1554, que es cuando se publica el *Lazarillo de Tormes*, para descubrir la originalidad de la novela española. Ya no tiene que desplazar su imaginación a lugares exóticos y países lejanos, no tiene que admirarse ante héroes y bellas doncellas, ahora la novela transcurre en pueblos y ciudades españolas, con personajes de la sociedad hispánica del siglo XVI. El siguiente ensayo está dedicado a Tirso de Molina y ya fue publicado como prólogo a la edición que hizo a la comedia *Por el sótano y el torno* con sus alumnos de la Universidad de Salamanca y a la que ya nos hemos referido más arriba. El último ensayo se detiene en estudiar la novela de Vicente Espinel *Marcos de Obregón*. En él, Zamora defiende que no se trata de únicamente de una pieza picaresca, sino que es una novela con un fuerte contenido biográfico, ya que a menudo, el lector puede encontrar al autor entre las páginas; destaca además la llaneza expresiva de Vicente Espinel y el canto a la naturaleza que hace a lo largo de todo el libro.

También, durante su etapa argentina —a pesar de que estaba escrito con anterioridad—, publicó, junto a su mujer, María Josefa Canellada y a Dámaso Alonso un artículo sobre las vocales andaluzas, en la *Nueva Revista de Filología*

⁵¹³ José Carlos Mainer: «Tácticas de seducción: las misceláneas de ensayos breves de Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 119-129. Publicado también en *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica, 2003, págs. 137-149.

*Hispánica*⁵¹⁴, dirigida por Amado Alonso. Parten de los estudios realizados por Navarro Tomás y publicados en el primer número de la *Revista de Filología Hispánica*⁵¹⁵, quien ya señaló la existencia en el habla andaluza de vocales que transforman su timbre notoriamente en el plural, y que se pierden por la aspiración de la -s final. Para ellos, lo que sucede es que se cambia el timbre vocálico ante la pérdida de la -s final; este fenómeno provoca que surja una serie de vocales que tienen el valor fonológico de marca del plural. En su trabajo identifican ocho vocales diferentes en esa zona de la Península, tres más que las normales del castellano. Estudiaron el fenómeno en la zona oriental del andaluz, más concretamente en la zona de Granada, y lo observaron en personas cultas, incluso algunos licenciados en Filosofía y Letras, por lo que llegan a la conclusión de que se trata de un fenómeno que hace un recorrido inverso, parte de las clases populares y llega a las elevadas. Las observaciones las hicieron primero desde Madrid, entrevistando a granadinos residentes en la capital, y después las complementaron con varios viajes a la zona⁵¹⁶.

⁵¹⁴ Dámaso Alonso, Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, «Vocales andaluzas. Contribución al estudio de la fonología peninsular», en *NRFH*, IV, 1950, págs. 209-230.

⁵¹⁵ Tomás Navarro Tomás: «Dédoublment de phonèmes dans le dialecte andalou» en *Études Phonologiques Dédiées à la Mémoire de M. le Prince N. S. Trubetzkoy*, vol. 16, núm. 3, , 1940, y en «Desdoblamiento de fonemas vocálicos» en *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, Nueva York, 1939, núm. 1, págs. 165-167.

⁵¹⁶ Sobre este artículo, véase Francisco Martos: «Alonso Zamora Vicente y la dialectología andaluza», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 141-146. Alonso Zamora escribió desde Argentina a Sanchis Guarnier informándole sobre las dificultades que estaban teniendo para publicar el artículo: «Has tenido más suerte que yo. Todavía no he visto el andaluz dichoso. Claro que espero que no tardaré en verlo. No corregí pruebas, no sé si se arregló o no algún extremo de la redacción, porque la distancia y el no haber tenido apenas contacto con Dámaso ha impedido que yo vigilase su preparación en imprenta. De todos modos creo que es un trabajo importante. Si me llegan separatas te mandaré una. Aunque más fácil te sería que te diera una Dámaso. De todos modos yo te la mandaré». Buenos Aires, 10 de febrero de 1951. Archivo Sanchis Guarnier.

Hubo en este artículo una curiosa coincidencia con otro que publicó Lorenzo Rodríguez-Castellano⁵¹⁷ junto a Adela Palacio sobre el habla de Cabra, como avisan en una nota al final del artículo:

Realmente no deja de ser curiosísima la identidad de resultado y observaciones que en el trabajo de Rodríguez-Palacio encontramos con respecto al nuestro.

Tal vez una carta escrita por Dámaso Alonso a Amado Alonso, y que transcribimos a pesar de su extensión, nos pueda ayudar a conocer mejor qué pasó y a qué se debió tal coincidencia:

He tenido un disgusto que te contaré: El año 1942 empecé a observar en la pronunciación de mis amigos granadinos (Luis Rosales, etc.) una diferenciación en las vocales del singular y plural. En el año 45 comuniqué esto a Zamora Vicente y María Josefa, pero no teníamos sujeto bueno a mano (Rosales, etc., habían vivido muchos años en Madrid). En el otoño del 46 llegó una granadina, María Jesús, para hacer su tesis conmigo. Aprovechamos la oportunidad y empezamos a trabajar con ella. Trabajamos a puerta abierta y fueron docenas los que se enteraron de nuestro trabajo. En la primavera del 47 fuimos Alonso Zamora y yo (independientemente) a Granada y repetimos las observaciones con estudiantes de la Facultad de Granada: fueron también docenas los que se enteraron. En el otoño del 47 estuve en Córdoba y prediqué las observaciones. En el verano del 47 vi a Rodríguez Castellano en Oviedo y me comunicó que había estudiado las vocales en Cabra (acababa de hacerlo) y que había encontrado una diferencia entre el singular y el plural. Yo le dije que había trabajado desde hace años sobre lo mismo y últimamente en colaboración con Alonso Zamora y María Josefa y que habíamos encontrado lo mismo. Y ahora veo que Rodríguez Castellano publica un artículo de tal naturaleza que inutiliza, se puede decir, nuestro trabajo (está allí todo lo que habíamos descubierto). Podía ser casualidad, una enorme casualidad. Pero es rarísimo. Este hombre recorrió toda la Andalucía Occidental hace años y en su artículo de la *RFE* se ve bien que el fenómeno

⁵¹⁷ L. Rodríguez-Castellano y Adela Palacio: «El habla de Cabra», en *RDTP*, IV, 1948, pág. 387.

(que es evidente, aun para un oído poco enterado) se le escapó. Y ahora, cuando en los ambientes que se interesan por estas cosas, es perfectamente conocido nuestro hallazgo, se precipita y publica rápidamente el resultado de sus recientísimas observaciones [...]. Y bien se ve la mala fe, porque por lo menos, una nota debía decir: Dámaso Alonso me comunica que él ha trabajado con Alonso Zamora y María Josefa Canellada con sujetos granadinos y ha llegado a las mismas conclusiones. O cosa así [...]. A mí, como comprenderás, me importa un bledo la prioridad en publicar este descubrimiento (aunque creo que es uno de los descubrimientos más interesantes y novedosos en la filología española) lo que me fastidia es ver que haya bichejos tan miserables. Porque yo a ese individuo le he favorecido todo lo que he podido y he tenido con él atenciones a las que no corresponde. El artículo se lo vamos a enviar a la *NRFH* y te agradeceré que lo publiques pronto. Además, Alonso Zamora me escribe que él personalmente habló con Castellano y le comunicó nuestras observaciones⁵¹⁸.

2.- LA VIDA INTELECTUAL EN EL BUENOS AIRES DE LOS AÑOS CINCUENTA

Los años argentinos, además de ser una época productiva en las labores intelectuales de Zamora Vicente, también lo fueron desde el punto de vista social. Con varios de los colaboradores que tuvo en el Instituto de Filología, y algunos otros que se sumaban, se formó un grupo de amigos entre los que estaban Daniel Devoto, Alberto Salas, Pepita Sabor, Bruzzi y algunos más. A ellos se unía, de vez en cuando, Julio Cortázar, que era amigo de Devoto⁵¹⁹, quien en 1949, le había publicado el cuento «Los Reyes» en la colección «Gulab y Aldabahar» dentro de la

⁵¹⁸ Carta de Dámaso Alonso a Amado Alonso (sin fecha). Archivo Amado Alonso, Residencia de Estudiantes.

⁵¹⁹ Según Emilia de Zuleta: «Ambos [Julio Cortázar y Daniel Devoto] integraron el comité de redacción de *Buenos Aires literaria* —revista donde colaboró Zamora Vicente—, junto a otros escritores y profesores: Josefa Sabor, Alberto Salas, Andrés Ramón Vázquez, Enrique Anderson Imbert y Ana María Barrenechea. Allí apareció, en diciembre de 1952, *Axolotl*, de Julio Cortázar, uno de sus más notables cuentos fantásticos». Emilia de Zuleta: «Reconstrucción de un mundo por el lenguaje (Zamora Vicente narrador)», en *Revista de Filología Románica*, 7, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990, pág. 258.

revista *Nueve reinas* que había creado el año anterior junto con el pintor Emilio Pettoruti y el musicólogo Juan Carlos Paz.

La cultura porteña, que mantenía su tradición de máxima apertura y universalidad registrables en la actividad editorial, publicaciones periódicas y traducciones, se concentraba a la vez, durante esa etapa peronista, en el intercambio amistoso e intelectual de pequeños grupos de espíritus afines. Daniel Devoto y Julio Cortázar, que en 1951 había publicado su *Bestiario*, estuvieron muy próximos a Zamora Vicente por entonces⁵²⁰.

Muchos de los colaboradores que tuvo Zamora a su cargo en el Instituto procedían de la Universidad de Cuyo, en Mendoza, en la que habían trabajado con anterioridad. Además de la relación profesional que mantenían durante las horas de trabajo, una vez finalizada la jornada laboral, y aprovechando que tanto el director como los colaboradores tenían una edad muy parecida, acudían a conciertos o se reunían en la casa de alguno de ellos⁵²¹.

Este grupo de muchachos del que te estoy hablando, que eran de mi edad, año más año menos, habían estado todos juntos en Mendoza, en aquella universidad...; y cuando Perón llegó la clausuró y todos volvieron a Buenos Aires [...]. En este grupo de chicos y de chicas estaba Dora Bernecheuski, un apellido de origen azkenazi, que era soprano e íbamos a los pueblos de cerca de la ciudad a oírla cantar. Era una mujer maravillosa, estaba casada con un leonés, Arias de apellido, pelirrojo. Íbamos todo el grupo a verla cantar, en las estaciones, al regreso, que ya los trenes menudean, armábamos un poco de escándalo. Los enseñé a jugar al moscardón. Cortázar vino sólo una o dos veces, porque era muy serio y lo que hacía era ahorrar para venirse a

⁵²⁰ Emilia de Zuleta: «Reconstrucciones de un mundo por el lenguaje...», pág. 258.

⁵²¹ Estos años de Julio Cortázar y del resto del grupo se recuerdan en las páginas de Eduardo Montés-Bradley: *Cortázar sin barba*, Barcelona: Debate, 2005; y Mario Goloboff: *Julio Cortázar, la biografía*, Buenos Aires: Seix Barral, 1998.

Europa. Después lo vi en París casado con Aurora Bernárdez, que era hermana de un poeta famoso⁵²².

Cuando Zamora regresó a Europa mantuvo relación con muchos de ellos y consiguió becas para que fueran a Francia o a España a estudiar. Con el que tuvo una relación más intensa fue con Daniel Devoto, con sus altibajos como en toda amistad, a quien dedicó el libro *Presencia de los clásicos*. Cuando Devoto se instaló en París y se casó con Mariquiña Valle-Inclán, la relación con el matrimonio Zamora-Canellada fue constante y siempre que pasaban por Madrid se detenían en su casa. Otro con el que mantuvo una estrecha relación fue con Narciso Bruzzi, quien estuvo en Salamanca haciendo su tesis doctoral con él. Julio Cortázar pasó también por Salamanca, según recuerda don Alonso:

Estuvieron [se refiere a Cortázar y a su mujer de entonces, Aurora] en Salamanca, en casa, porque uno de ellos había agarrado algo en la garganta, y era ese prurito o hipocondria. Yo les llevé al otorrino de la Facultad, que era un hijo de Tapia, el otorrino eminente de Madrid, los miró, pero no era nada⁵²³.

En un artículo que publicó en la revista *Quaderni Ibero-Americani*⁵²⁴, Zamora vislumbró el nivel literario de los cuentos de Cortázar, quien ya había publicado *Los Reyes* (1949) y *Bestiario* (1951), y de quien destaca, como rasgo común de su forma de escribir, «una diafanidad lejana que se va acercando gradualmente, lechosa aurora inicial primero, doloroso estallido de luz al final». Lo mismo dice de la sensibilidad de Daniel Devoto como musicólogo y como poeta —en 1950 había publicado *Canciones de verano*—, y de la labor de investigación histórica que estaba empezando a realizar Alberto Salas, al lado de su faceta de novelista en su

⁵²² Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre los años 2003 y 2004.

⁵²³ En una fotografía se los puede ver a los tres en el patio de los irlandeses de la ciudad salmantina.

⁵²⁴ Alonso Zamora Vicente: «Tres nombres argentinos (Julio Cortázar, Daniel Devoto y Alberto Salas)», en *Quaderni Ibero-Americani*, 1953, págs. 321-323.

libro *El llamador*. Para Zamora, ellos son los exponentes de una generación de jóvenes escritores e investigadores que están surgiendo en Argentina para «poner en claro muchas cosas, llenar de luz el propio horizonte, cada cual a su manera, es lo que los tres persiguen».

Aparte del grupo de estudiantes y colaboradores, Zamora también participó de la vida social e intelectual de la capital argentina. Acudía a conciertos, tertulias y conferencias. Durante aquellos años últimos de la década de los cuarenta y primeros de los cincuenta, Buenos Aires todavía guardaba algo del esplendor cultural que tuvo en años anteriores, cuando era conocida como el París de América, aunque la dictadura había sido más reticente a una vida cultural viva.

¿Recuerda aquel Buenos Aires de 1948, 1949, querido Battistessa? Los cines comenzaban a soltar poquito a poco las películas de Vittorio de Sica —*El ladrón de bicicletas*, tan directo—, se reiniciaba la invasión del cine norteamericano (inolvidable Olivia de Havilland en *Nido de víboras*) y en un local de la plaza Once, no sé cómo se llamaba, se estrenó *Hamlet*, de Laurence Olivier. La sociedad wagneriana daba sus ciclos de conciertos, nuestra llorada Frida siempre fiel a ellos, y el Colón se adormilaba en su nostalgia burguesa, quebrantada por el devenir histórico. Aún había profesores que empleaban el barco de la carrera para dar lecciones en Montevideo, y cada domingo el suplemento de *La Nación* nos agrupaba en sus páginas sepia, capitaneadas por Eduardo Mallea. Attilio Rossi y Alberti y Borges sacaban adelante *Buenos Aires en tinta china*, y Guillermo de Torre revolvía sus innumerables apuntes en su despacho de Losada, y Paco Ayala preparaba su marcha a los Estados Unidos, y Victoria Ocampo, siempre vigilante, descubría cosas y quisicosas en *Sur*, y se podía curiosear telas de Picasso y de Portinari en la galería Velázquez, calle Florida, cerca de Santa Fe⁵²⁵.

⁵²⁵ Alonso Zamora Vicente: «Carta a Ángel J. Battistessa», en Homenaje a Ángel J. Battistessa en su octogésimo aniversario, en la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, VI-VII, diciembre de 1982, abril de 1983, págs. 23-25.

En aquel Buenos Aires intelectual tenía una presencia muy grande la figura de Jorge Luis Borges. Zamora Vicente coincidió varias veces con el autor de *El Aleph* en algunas de las conferencias que daba. A partir de ahí surgió una amistad que se iría renovando con los viajes que Borges hizo a España⁵²⁶.

Cuando yo llegué a Argentina, Borges era un territorio de unos cuantos elegidos. El escritor se movía entre las editoriales más importantes y los centros culturales donde, muy a la europea, había cotidianas conferencias. Escuché a Borges una sobre Martín Fierro y los problemas de la lengua porteña. La verdad es que deslumbraba la maravilla de su léxico y de su sintaxis, de su lengua no exquisita, sino de un nivel mantenido, sin agresivas cumbres y sin fosa alguna [...]. Le vi algunas veces en *Sur*, donde Victoria Ocampo salía y entraba rápida para observar de reojo a los visitantes, catalogándolos, y donde Pepe Bianco escuchaba amable a intrusos e invitados. Alguna vez, Guillermo de Torre asomaba por allí⁵²⁷.

⁵²⁶ «Me encontré de nuevo con Borges en su venida a España el invierno de mil novecientos sesenta y algo. Hablamos en uno de los apartes que tanto le gustaba hacer, donde, si encontraba oídos propicios, salían al retortero colegas famosos, a los que urdía mentirosa biografía, envuelta en zumbona bondad, un prodigio menor literario. La reunión fue en casa de Pablo Serrano, en una casa de la Castellana alta. (Una inesperada nevada estuvo a punto de convertir en encierro lo que fue agradable tertulia.) Se quejaba Borges de que quizá sus libros preferidos eran los menos divulgados [...]. Le extrañaba que *Evaristo Carriego* fuese más leído que otros que él estimaba más (*La historia de la eternidad*, por ejemplo, o *Ficciones*.) Alonso Zamora Vicente: «Borges, esa ficción», en *Ínsula*, núm. 479, septiembre de 1986, pág. 6. En ese mismo viaje sucedió una curiosa anécdota que Zamora Vicente me contó en alguna que otra ocasión. Hicieron una excursión varios escritores, entre los que se contaba José Manuel Caballero Bonald que recoge la historia en su autobiografía (*La costumbre de vivir*, Madrid: Alfaguara, 2001, págs. 475-478), a Alcalá de Henares para conocer la ciudad cervantina junto con el escritor argentino. En la plaza alcalaína, Borges quiso hacerse una fotografía al lado de la estatua del autor de *El Quijote*. Una vez hecha la fotografía, mientras el resto de compañeros de viaje estaban tomando una bebida en una terraza, el autor ciego quedó solo durante unos minutos a los pies del escritor manco.

⁵²⁷ Alonso Zamora Vicente: «Borges, esa ficción», en *Ínsula*, núm. 479, septiembre de 1986, págs. 5 y 6. Años después, cuando ya se encuentre en España, en enero de 1954, Zamora Vicente publicará en la revista de Victoria Ocampo, *Sur*, un ensayo titulado «Una novela de 1902 (notas a una lectura apresurada)», en el número 226. Emilia de Zuleta: *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1983, pág. 142.

Fueron los años en los que Borges criticó duramente a Américo Castro por su libro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*⁵²⁸: «Salvo el lunfardo (módico esbozo carcelario que nadie sueña en parangonar con el exuberante caló de los españoles), no hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan»⁵²⁹, contestaba Borges enfadado a don Américo. En una de esas conferencias a las que asistió Zamora Vicente, Borges criticaba el libro de don Américo («Borges aparecía disfrazado de indignación ante las sugerencias que Américo Castro había vertido en su libro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*»⁵³⁰). Para el alumno de Castro, el gran escritor argentino no vio «exactamente las razones últimas del filólogo español. Pero Castro ponía en discusión su Buenos Aires querido, sacaba a relucir el final regusto del tango y la milonga y la discutible pesantez de la inmigración, y Borges no supo ver lo que había detrás de esas palabras»⁵³¹.

En ese Buenos Aires coincidió también con bastantes escritores e intelectuales españoles exiliados después de la guerra: Francisco Ayala, Ricardo

⁵²⁸ Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires: Losada, 1941.

⁵²⁹ Una clara alusión al Instituto de Filología que Américo Castro dirigió. Jorge Luis Borges: «Las alarmas del doctor Américo Castro», en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: EMC, 1960. En este artículo, Borges se siente herido en su orgullo patrio y contesta airado a don Américo: «He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla, he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos recuerdos de estos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda) [...]. El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo: tal vez porque les turban las atracciones del catalán, del bable, del mallorquín, del galaico, del vascuence y del valenciano; tal vez por un error de vanidad; tal vez por cierta rudeza verbal (confunden acusativo con dativo, dicen *le mató*, por *lo mató*, suelen ser incapaz de pronunciar *Atlántico* o *Madrid*, piensan que un libro puede sobrellevar ese cacofónico título: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*)». Sobre la polémica entre Borges y Castro puede verse Ángela Di Tullio: «Borges vs. Castro: una cuestión de nacionalismos e instituciones», en *Filología* XXXIV-XXXV, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», 2002-2003, págs. 21-40.

⁵³⁰ Alonso Zamora Vicente: «Borges... », pág. 6.

⁵³¹ Alonso Zamora Vicente: *Ibidem*, pág. 6.

Baeza, Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Claudio Sánchez Albornoz, Guillermo de Torre son algunos ejemplos⁵³². Con ellos tuvo Zamora Vicente un trato en algunos casos de amistad, y en otros de cordialidad. Fue con Sánchez Albornoz con quien mantuvo una relación más estrecha. Él, al igual que Alonso Zamora, era profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en el departamento de Historia. Don Claudio, que con anterioridad estuvo en Toulouse, había llegado a la capital bonaerense desde Mendoza donde fue profesor en la Universidad de Cuyo. Cuando el nuevo director del Instituto de Filología se instaló en la capital argentina, el que fuera presidente de la República en el exilio le pidió que le llevara los papeles de su hijo Nicolás, quien había estudiado en la Universidad de Salamanca, según recuerda Zamora:

Lo conocí porque le llevé los papeles de su hijo. El hijo estaba preso en el Valle de los Caídos, fue uno de los que se escapó. Ha triunfado la versión de una periodista americana que dice que le ayudó a escapar, pero lo cierto es que parece que intervino Giménez Caballero, fue en su calidad de hombre grande de la Falange, porque si no, no se escapa uno de los Caídos tan fácil. El hijo estaba en Argentina, pero ya estaba mal con la madrastra que no le aceptaba. Yo le llevé todos los papeles, los certificados de estudios; le hicimos bachiller en Salamanca, y después estudió dos años de Letras. Todos esos papeles los llevé a Argentina en mi cartera. Tenían que ser legalizados, en estos casos, además de serlo por los notarios españoles, tienen que ser legalizados en la embajada del país a donde vas y la Embajada de Argentina no quería hacer nada. Entonces recurrieron las tías, unas hermanas casadas con militares importantes en Madrid, a Ramos Loscertales en Salamanca. Ramos me llamó un día a su casa y me encargó que los llevara. Allí los tenía que haber legalizado nuestro embajador y no le habría costado nada poner su firma y unos sellos y una diligencia que se añade al expediente. El embajador quería que fuera don Claudio a la Embajada como corderito pidiéndole por compasión los papeles de su hijo, y don Claudio respondió con un

⁵³² Sobre la situación de los exiliados españoles en Argentina pueden verse, entre otros, los libros de Emilia de Zuleta: *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Ediciones Atril, 1999; y Dora Schwarzstein: *Entre Perón y Franco. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001.

corte de mangas. ¡La cantidad de veces que fui de uno a otro con puñeterías! Los dos sabían muy bien lo que pasaba.

A partir de entonces la relación entre ambos se estrechó. Cuando salían de la Facultad se encaminaban a la cercana librería Verbum, donde, junto a otros españoles, tenían una tertulia, a la que asistían, de vez en cuando, «Guillermo de Torre, Alberti, Raúl Vázquez, y algunos que iban conmigo, un señor Carpineti, que era profesor en varios sitios, los hermanos Romero, el filósofo y esas gentes, iba el cura Fernando Onite, el asesor religioso de la Fundación Eva Perón. Nos reuníamos todos los días, alguno fallaba pero eran todos los días. Hablábamos de todo, dependiendo de las personas, cada una tenía un tema preferido»⁵³³. El tema de España siempre estaba presente, a veces, incluso, desde el silencio, ya que tenían que tener cuidado con los informadores que Perón colocaba por todas partes.

Al finalizar la tarea en los institutos universitarios de Buenos Aires (¡caserón / es de Viamonte y Reconquista...!) nos reuníamos en la librería Verbum, frontera de la Facultad, unos cuantos profesores y algunos amigos. La conversación se prolonga, arropada por el dueño de la librería, Raúl Vázquez, un emprendedor emigrante gallego, que logra depositar en sus estantes volúmenes de toda la Tierra, seguro de excitar nuestra curiosidad. En la tertulia, una sombra, España, se recuesta, terca, sobre las conversaciones. Raúl amenaza con bajar el cierre, y es menester salir a la noche húmeda de la Plata. Cotidianamente, salimos juntos, identidad de ruta, don Claudio Sánchez Albornoz y yo. Y alguna vez ha caído por allí Rafael Alberti. Hay que avanzar calle Florida adentro, hasta la Plaza de Mayo, donde nos sumergimos en las diversas líneas de metro. Don Claudio, elocuencia brillante y gestera, lleva la batuta. Don Claudio dice tres, cuatro palabras y se para. Y así, así y así... Tantos altos en el andar hacen el camino extraordinariamente largo [...]. Y por encima de las

⁵³³ Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre los años 2003 y 2004.

variantes coloquiales, siempre se acaba hablando de España, del regreso, del esquivo futuro⁵³⁴.

Rafael Alberti se pasaba de forma esporádica por la tertulia, y cuando lo hacía «siempre decía que Franco estaba a punto de morir, o de perder el poder y que podíamos volver a España». El trato de Zamora con Alberti fue cordial durante el tiempo que coincidieron en Buenos Aires. Al regreso a España del poeta gaditano, Alonso fue su padrino cuando la Universidad Complutense lo nombró doctor honoris causa. Una relación similar mantuvo con Francisco Ayala, quien había salido de España tras la guerra y se había instalado en la capital argentina. Allí coincidió con Zamora Vicente a quien le preguntaba por la patria perdida:

Pocas semanas antes había tenido yo una conversación con un joven catedrático español, Alonso Zamora Vicente, que había llegado a Buenos Aires para hacerse cargo del Instituto de Filología Española cuya dirección dejaba Amado Alonso al pasar a Harvard; conversación a partir de la cual arranca nuestra actual amistad⁵³⁵.

En 1948, invitado por la sociedad Los Anales de Buenos Aires, Juan Ramón Jiménez llega a la capital argentina para dar un ciclo de conferencias y recitales; Alberti, en su *Arboleda perdida*, lo anuncia:

El Andalúz Universal, con su bello rostro de árabe notable, llega a Buenos Aires para pronunciar conferencias y recitales en uno de los teatros —el Polierma— más prestigiosos, y a la moda, de la calle Corrientes. Éxito grande ante la ya no tan *pequeña*

⁵³⁴ Discurso de Alonso Zamora Vicente, como padrino de Rafael Alberti, en su investidura de doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid en 1993.

⁵³⁵ Francisco Ayala: *Recuerdos y olvidos*, Madrid: Alianza Editorial, 1988, pág. 351. Con el escritor granadino mantuvo la amistad durante el tiempo que estuvieron juntos en la Real Academia Española.

minoría. Aplausos y besos de las más lindas muchachas argentinas al más excelso y barbado poeta moro de toda Andalucía⁵³⁶.

Zamora Vicente se acerca al teatro a verlo y oírlo («¡Qué maravillosa unidad, constante frenesí de la palabra vibrante, el encuentro con Juan Ramón en 1949 [sic] en Buenos Aires!»⁵³⁷). Después del recital, ya en la habitación del hotel, habla con el admirado poeta, quien, al saber que acaba de llegar de su querida España, le pregunta por los vecinos y amigos, gente común que se había quedado allí sufriendo la guerra, y a los que el filólogo no conocía de nada.

Estamos en el Buenos Aires aún opulento de 1948 [...]. Qué vivo está en mi memoria aquel atardecer de octubre en el hotel Alvear, tan lujoso y burgués, tan detonante, con regusto de años pasados, grandes ventanales sobre el jardín de la plaza de Francia, el caballo del general San Martín sin acabar de lanzarse al galope, las campanadas de la Torre de los Ingleses en los escasos silencios. Gente que va y viene, llamadas de un lado y de otro, trajín, firmas, telegramas, pataleo de teléfonos... Era muy difícil encontrar un hueco para hablar, para dejar un respiro tan siquiera a la curiosidad. Juan Ramón desea hablar, y no es por mí, sino porque yo estoy recién llegado de España, cosa atrayente, claro es. Las preguntas se le amontonaban en la boca, con miedo casi de que la contestación pudiese ser desagradable. Personas (muchas de ellas nombres absolutamente desconocidos para mí), gentes, calles, casas, escaparates, la luz de una esquina... Por todo preguntaba, sin esperar respuesta, a veces dejando entrever que le gustaría tanto volver, que le habían prometido tanto y cuanto... Juan Ramón va y da, encomienda algún quehacer, alguna gestión. Zenobia ha salido a la calle, a comprar alguna menudencia casera, quizá a la peluquería, volverá llena de flores, todo rebosa flores en la habitación [...]. Y, por fin el aparte, la pregunta por la calle Velázquez... ¿Es verdad qué...? ¿Han tirado la casa de...? Ahora el Retiro estará dorado con ese amarillo mágico del poniente de octubre [...]. Juan Ramón va a dar una lectura en la Sala de la Asociación de Escritores, en la calle Florida, a la hora del

⁵³⁶ Rafael Alberti: *La arboleda perdida*, vol. II, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003, págs. 166-167.

⁵³⁷ Alonso Zamora Vicente: «Juan Ramón Jiménez en mi recuerdo», en *Monterrey*, núm. 4, 1957; después se recogió en el libro *Voz en la letra*, Madrid: Austral, 1958, págs. 56-61.

paseo sosegado del porteño, luces volcándose sobre el bullicio transitorio de la calle comercial, llamativa, gentío, pasajero fulgor de tranvías cruzando... Juan Ramón está cansado [...], pronuncia lentamente, paladeando hacia adentro los sonidos, la emoción posible. Anuncia que su lectura va a ser algo mezclada: poemas del libro *Dios deseante y deseado*, que va a salir enseguida⁵³⁸.

La implicación de Zamora en la vida social y cultural bonaerense le llevó, al igual que había hecho en otras ciudades en las que había estado, a colaborar en la prensa local. Animado por Eduardo Mallea, director del suplemento literario del periódico *La Nación*, empezó a publicar artículos en dicho suplemento que salía a la calle los domingos.

Fue una invitación de Eduardo Mallea que era el que llevaba el suplemento literario en *La Nación*. Eran muy suspicaces y ellos se informaban por su cuenta de cómo eras, cómo habías tratado a los de antes. *La Nación* era un periódico sensato, fino, que argumentaba. Me propusieron que escribiera artículos de tipo literario, escribí mucho; los pesos que me daban era el suplemento necesario para no tocar el sueldo del Instituto⁵³⁹.

La Nación era un periódico de prestigio en Argentina, allí habían escrito algunos de los exiliados españoles, y también los grandes escritores argentinos. Empezó publicando artículos sobre literatura y lengua, pero después, cuando se

⁵³⁸ Alonso Zamora Vicente: «Lección inaugural y ponencias» del Congreso Juan Ramón Jiménez, Huelva: Excma. Diputación Provincial de Huelva e Instituto de Estudios Onubenses, 1983, págs. 9-10. También recogió esta anécdota en Alonso Zamora Vicente: «Juan Ramón Jiménez...», pág. 60: «No, no era en Velázquez, en Madrid, sino en una habitación de un hotel, en Buenos Aires, la gloria pensativa de la tarde adormeciéndose sobre el estuario, brillando el sol sobre los gómeros de la plaza de Francia, un lejano forcejeo de sirenas cruzando los silencios. No sabemos si viven ya o no los antiguos vecinos, momentáneamente resurrectoros por el nombre, y definitivamente en sombra por la interrogación. ¡Tantos como murieron, vecindad última de tránsito! Era su mejor hablar anunciando ya *Animal de fondo*, preguntando por caras y acciones, paisajes, luces, encrucijadas, olvido momentáneo, indecisa vigilia, una múltiple presencia de horizontes henchidos de magia. Veo a Juan Ramón firmando la portada de un libro, en un rincón, súbito silencio, nostalgia al ver la firma, de aquellas entregas de *Sucesión*, años y penas por en medio».

⁵³⁹ Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre los años 2002 y 2004.

encontró de nuevo en España, se fueron convirtiendo en evocaciones de un pasado que estaba empezando a quedar bastante lejos, dando lugar a pequeñas narraciones. Como veremos más adelante, fue en las páginas de *La Nación* donde Alonso comenzó a experimentar su vena creadora. Las colaboraciones con el diario bonaerense duraron veinte años, desde 1949 hasta 1969. Gran parte de los artículos publicados en este diario los recogió después en dos libros: *Suplemento literario* y *Libros, hombres, paisajes*⁵⁴⁰. También colaboró en revistas, como *Buenos Aires Literaria* y *Azul*, que se publicaba en Montevideo.

Después de tres años en la capital argentina, Zamora Vicente empieza a plantearse el regreso a su cátedra. Desde su partida había pensado no estar fuera de Salamanca más de dos o tres años, ya que «por razones de clima y de cercanía a Madrid, e incluso por las condiciones de la Facultad, no hay cosa mejor en España»⁵⁴¹. Además, Franco, por aquellos primeros años de la década de los cincuenta, planeaba cambios en su gobierno en el que se vislumbran ciertos aires aperturistas en el Ministerio de Educación, lo que hace que sea un buen momento para regresar. Con la nueva década, Zamora pensaba que se había «incorporado a la vida nacional una buena porción de gente joven que lleve dentro indiscutible bondad, lo que unido a la probable hartura material —esperémosla— de los otros, hará que España se reencuentre un poco. Se lo pido a Dios en cada momento»⁵⁴². Al igual que había hecho con Rafael Lapesa cuando marchó a los Estados Unidos, Ramón Menéndez Pidal, en sus cartas, le pide en repetidas ocasiones que regrese a España, ante el páramo que existía en esos momentos en los estudios filológicos.

⁵⁴⁰ Alonso Zamora Vicente: *Suplemento literario*, Madrid: Austral, 1984; y *Libros, hombres, paisajes*, Madrid: Editorial Coloquio, 1986.

⁵⁴¹ Carta de Alonso Zamora a Amado Alonso; Salamanca, abril de 1948. Archivo Zamora Vicente.

⁵⁴² Carta de Alonso Zamora a Amado Alonso; Salamanca, septiembre de 1947. Archivo Zamora Vicente.

En fin, si por una parte es muy de desear que continúe usted ahí su buena labor, también aquí se ha de echar esa labor de menos. Me alegro que piense usted en su regreso a España, aunque por otra parte es muy sensible que no continúe usted ahí, donde presta un servicio que no sé cómo se suplirá⁵⁴³.

⁵⁴³ Carta de Menéndez Pidal a Zamora Vicente; San Rafael, 13 de enero de 1950. Archivo Menéndez Pidal. La Institución de Cultura Española le ofreció una cena de despedida, a ella acudió Emilio Navasqüés, embajador de España en Argentina, con quien Zamora Vicente tuvo una estrecha amistad que le serviría en el futuro para conseguir ciertas becas de viajes a universidades extranjeras: «Antes de abandonar aquel país fue obsequiado con un homenaje consistente en un almuerzo que le fue ofrecido por la Institución Cultural Española, al que asistieron el embajador de España en aquel país, el rector de la Universidad bonaerense y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras». *Memoria de la Universidad Literaria de Salamanca*, 1952.

II.- AIRES DE CAMBIO LLEGAN A LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA

A principios de 1952, Alonso Zamora Vicente regresa a España, a su cátedra de la Universidad de Salamanca. Ese mismo año se produce una serie de cambios en el gobierno de Franco que afectan también al Ministerio de Educación Nacional. Después de doce años, Ibáñez Martín deja el ministerio para pasar al Consejo Superior de Investigaciones Científicas que él creó junto a Albareda. Fue sustituido por Joaquín Ruiz-Giménez, a quien se le reconocía con este nombramiento la labor desempeñada como embajador de España en el Vaticano y sus esfuerzos en la firma del Concordato con la Santa Sede, que tendría lugar en 1953.

Ruiz-Giménez, un católico convencido, va a iniciar un periodo de cierta apertura dentro del ámbito de la educación. Para su proyecto cuenta con algunos de los falangistas desengañados y desilusionados por el régimen de Franco y que estaban muy cercanos a las posturas críticas de Dionisio Ridruejo. Pedro Laín Entralgo, a quien en un principio ofrece el cargo de subsecretario de educación, que rechaza, pero ante la insistencia del ministro acepta el de rector de la Universidad de Madrid; Antonio Tovar, que ocupará el mismo cargo en la de Salamanca, y Joaquín Pérez Villanueva, por entonces gobernador civil en Salamanca, y nuevo director general de Enseñanza Universitaria. Todos ellos practicaban un «falangismo liberal y aperturista»⁵⁴⁴, que aspiraba a una nueva España a la que se incorporaran los grandes pensadores e intelectuales de la España derrotada.

En ese remodelamiento del gobierno franquista, el nuevo Ministerio de Educación Nacional vio cómo se mermaban sus competencias, sobre todo en lo

⁵⁴⁴ En palabras de Carlos París: *La universidad española actual. Posibilidades y frustraciones*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974, pág. 60.

referente a la prensa, el libro y los actos culturales que, junto con el Ateneo, pasaban a las manos del recientemente creado Ministerio de Información y Turismo, cuya titularidad se había dado a Gabriel Arias Salgado. También el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se desvinculaba de la universidad y del ministerio.

Desde el principio, el nuevo ministro, debido a su posicionamiento político, se ganó una serie de enemigos dentro del régimen y del propio Gobierno, que iban a poner todas las trabas posibles a las medidas aperturistas que pudiera tomar. Por un lado la jerarquía católica, y sobre todo el Opus Dei, desde la revista del CSIC *Arbor* lanzó duros ataques a la nueva política que se estaba haciendo en educación; por otro, los sectores más duros del franquismo. La gestión del nuevo ministro, en palabras de Carlos París, intentaba hacer un cambio importante para reorganizar el sistema educativo heredado del anterior ministro:

La política ministerial aspira a un replanteamiento del problema educativo de España, consciente de las insuficiencias que acusan tanto una enseñanza media desmesuradamente privatizada —en que los Institutos han sufrido un total desplazamiento— como una universidad cerrada y encajada en el autoritarismo de la Ley de Ordenación Universitaria. Es muy típico que todo este replanteamiento se hace de cara a la opinión pública, con una voluntad de diálogo abierta e incluso a veces excesivamente ingenua. Es una época en este sentido, de intensas polémicas⁵⁴⁵.

El nuevo ministro propuso una reforma de la educación que afectó a cada uno de sus distintos ciclos. Por una ley de febrero de 1953 se reorganizaron la enseñanza primaria y la secundaria. El Estado pasó a tener un mayor control sobre ellas en detrimento de la Iglesia y se trazó un nuevo plan de estudios que atendiese a las preferencias vocacionales de los alumnos. Con este nuevo plan,

⁵⁴⁵ Carlos París: *La universidad...*, págs. 61-62.

que estuvo vigente hasta 1970, se dividió el bachillerato en dos grados, uno elemental —de cuatro cursos— y otro superior —de dos—, y a su vez, éste último, se dividía en ciencias o letras, según la vocación del alumno, lo que descargaba a los estudiantes del estudio de materias no relacionadas con su especialización futura. Además, había un curso preuniversitario, necesario para acceder a la universidad.

En lo que se refiere a la enseñanza universitaria, se convocó en Salamanca una Asamblea de Universidades en julio de 1953, que supuso una toma de conciencia de los problemas que tenía la universidad española. Después de cinco días de reunión, los rectores hicieron un análisis de los males de la enseñanza y realizaron una serie de propuestas, muchas de las cuales no pudieron llevarse a cabo. Señalaron la necesidad de variar la composición y forma de selección de los tribunales de cátedra, con el fin de acabar con la arbitrariedad en el nombramiento de los miembros del tribunal; de que los cargos de decano y de vicedecano adquirieran carácter electivo, carácter que no llegó al rector como proponía la Asamblea de Universidades; de que se elaborase un reglamento de disciplina académica que diese un marco legal a las insuficiencias del profesorado y que pusiera en marcha un sistema para que los catedráticos tuvieran dedicación plena a la universidad, con lo que se evitaba que fueran constantemente sustituidos por sus ayudantes —los cuales, debido a la escasez de su sueldo, debían buscarse la vida con clases privadas, muchas veces a los mismos alumnos que tenían en la universidad—. Además se amplió el número de representantes de las universidades en el Consejo Nacional de Educación, y, sobre todo, se aprobó la modificación de los planes de estudio de algunas carreras. El de la Facultad de Filosofía y Letras fue aprobado el 11 de agosto de 1953⁵⁴⁶.

⁵⁴⁶ Decreto de 11 de agosto de 1953, por el que se modifican los planes de estudio de algunas facultades.

Con la reforma, la Facultad de Filosofía y Letras quedaba dividida en varias secciones: Historia, Filosofía, Filología Clásica, Filología Semítica, Historia de América, Pedagogía y Filología Románica. Los estudios, a su vez, estaban divididos en cinco cursos, de los cuales los dos primeros eran comunes y los tres restantes de licenciatura especializada según las distintas secciones. En Filología Románica, las materias básicas eran: Historia del Español, Filología Románica, Dialectología Hispánica, Paleografía, Literatura Española, Literaturas Románicas, Literatura Hispanoamericana, Gramática General, Crítica Literaria, además de una lengua fundamental y otra auxiliar. El alumno debía realizar un examen intermedio al finalizar los estudios comunes —este examen fue suprimido al poco tiempo⁵⁴⁷—, y otro al finalizar la carrera. La prueba de licenciatura consistía en el desarrollo por escrito de un tema que la Facultad señalaba y que el alumno defendía oralmente ante un tribunal.

El paso de Joaquín Ruiz-Giménez por el Ministerio de Educación estuvo marcado por las continuas revueltas estudiantiles, provocadas, en algunos casos, por los sectores más radicales del falangismo, que veían cómo la política aperturista del ministro y de sus colaboradores les podía relegar a un segundo plano dentro del mundo universitario. Los primeros enfrentamientos a tener en consideración tuvieron lugar en 1954. A principios de dicho año, la reina Isabel de Inglaterra decidió visitar Gibraltar. Indignado, Franco escribió, bajo seudónimo, varios artículos en el periódico *Arriba*, y aleccionó a sus jóvenes del SEU para que se manifestaran ante la embajada británica. El 25 de enero los manifestantes marcharon al Ministerio de Asuntos Exteriores donde fueron recibidos por el ministro; de allí se dirigieron a la embajada inglesa. Sin aviso previo la policía que rodeaba el edificio cargó contra la gente, lo que provocó una indignación general

⁵⁴⁷ Por una Orden de 20 de enero de 1960, ya que se entendía que «la experiencia ha demostrado que dicho examen intermedio ha quedado reducido a una prueba de eficacia discutible que no ha cumplido la finalidad que presidió».

entre los estudiantes, ya que la recompensa que recibían por manifestarse en favor de una causa patriótica fue una brutal paliza. Al día siguiente tomaron la Facultad de Derecho, situada en la calle de San Bernardo, como forma de protesta contra el SEU. Mientras Jorge Jordana de Pozas, jefe del sindicato de estudiantes unificado, se protegía, ya que la justificación que daba de la actuación del Gobierno no convencía a los jóvenes, Ramón Tamames, entonces estudiante de Derecho, dirigió una arenga a sus compañeros que marcharon en manifestación a la Puerta del Sol. Por la tarde, alguno de ellos se refugiaron en el caserón de San Bernardo, por lo que la Policía cercó el edificio. Se oyeron disparos y fue necesaria la actuación de Laín que, tras parlamentar con el comandante de la Policía, consiguió que los estudiantes pudieran salir en grupos sin ser detenidos. Era la primera vez, desde la guerra civil, que hubo una toma de conciencia y de actividad política contra el régimen dictatorial de Franco.

Pero los hechos más graves, y que provocarían la destitución del ministro de educación Ruiz-Giménez sucedieron dos años después. A finales de 1954, se gestó la idea, entre algunos estudiantes, Julián Marcos y Jesús López Pacheco fueron los principales cabecillas, a los que se sumaría rápidamente Enrique Múgica, de celebrar un congreso de jóvenes escritores. El rector, Laín Entralgo, les dio su apoyo dotando a la organización con una cantidad de dinero y un despacho para que pudiese trabajar. La secretaría del congreso se convirtió en un medio de captación de miembros del Partido Comunista y por ella pasó un número importante de estudiantes que después tendrían ciertos problemas con la policía. Aunque el congreso no se celebró, debido a las presiones que se realizaron desde el SEU, que desde un principio se vio apartado del proyecto, se creó dentro de la universidad una célula comunista importante. Enrique Múgica, Ramón Tamames y Javier Pradera que eran quienes dirigían dicho grupo de forma oficiosa, decidieron, a principios de 1956, la celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes, que mantuviera las siglas del SEU, pero que lo convirtiera en un

sindicato democrático. Para ello contactaron con algunos miembros del propio SEU, Gárate Murillo y Gabriel Elorriaga, así como con personas ajenas a la universidad, fue el caso de Dionisio Ridruejo y Miguel Sánchez Mazas. El 1 de febrero redactaron un manifiesto en el que planteaban el fracaso evidente a nivel intelectual, sobre todo, que existía en la universidad española en comparación con la europea. Para solucionar tal problema era urgente la celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes en el que debían estar representados todos los alumnos de centros superiores por medio de sus representantes elegidos libremente. El manifiesto corrió por diversas facultades. El 7 de febrero, un grupo de cien hombres vestidos con camisa azul entraron en la Facultad de Derecho y se enfrentaron a los estudiantes que estaban por los pasillos. En la refriega voló un retrato de José Antonio y una de las flechas de madera que formaba parte del emblema de la Falange que se encontraba en las escaleras de la Facultad. Todo un sacrilegio y una profanación para el espíritu de la época. Esa misma tarde el ministro de Gobernación, Blas Pérez González, se reunió con el vicesecretario general del Movimiento, con el jefe nacional del SEU y con el delegado nacional del Frente de Juventudes y acordaron que los falangistas entraran en la universidad al día siguiente para poner orden. Debían ser universitarios para que se viera cómo una mayoría del sindicato restablecía el orden sin la intervención de la Policía; pero los que realmente entraron fueron miembros de centurias falangistas no universitarias. El día 8, como se había acordado, se produjo la toma de la universidad, cuyo edificio rectoral y algunas facultades se encontraban en el caserón de la calle San Bernardo. También asaltaron el Instituto Internacional y el Colegio Estudio —dirigido por la hija de Ramón Menéndez Pidal y María Goiri, Jimena—, situado en la calle Miguel Ángel número 8, y destrozaron varios enseres, lo que era una clara acusación hacia la institución y hacia su directora. Al día siguiente, un grupo de estudiantes que consiguió salir del edificio de San Bernardo se dirigió en manifestación hacia la calle Alberto Aguilera y a la altura de Guzmán el Bueno se encontró con un grupo de falangistas que venía de

conmemorar, como cada 9 de febrero, el día del estudiante caído, en recuerdo de Matías Montero. En medio del enfrentamiento entre ambos grupos sonó un disparo y cayó herido Miguel Ángel Álvarez Pérez, un falangista no universitario. Nunca se supo quién disparó, pero según los informes médicos parece que la bala le llegó al herido por la parte de atrás, donde se encontraban sus compañeros. Como consecuencia de estos actos se suspendieron las clases, así como, parcialmente, el Fuero de los Españoles; y fueron detenidos, entre otros, Dionisio Ridruejo, Miguel Sánchez Mazas, Rafael Sánchez Ferlosio, José María Ruiz Gallardón, Gabriel Elorriaga, Enrique Múgica, Javier Pradera, Ramón Tamames, Julián Marcos y Jesús López Pacheco⁵⁴⁸. Aquel 9 de febrero, el ministro de Educación Nacional se encontraba en Salamanca celebrando el día del estudiante caído, donde al día siguiente se produjeron algunos incidentes que fueron controlados rápidamente. Cinco días después de los disturbios, el día 14, Franco destituye a Ruiz-Giménez de su cargo de ministro, para quien «los incidentes de febrero de 1956, que me hicieron salir del Gobierno, se debieron a que yo había autorizado un congreso de escritores jóvenes que se iba a celebrar bajo la guía del para nosotros inolvidable Dionisio Ridruejo»⁵⁴⁹.

También Pedro Laín Entralgo tuvo que dejar su cargo de rector de la Universidad de Madrid. Su labor al frente de la misma fue un reflejo de la gestión de Ruiz-Giménez en el ministerio. Laín, cuando es nombrado rector se encuentra en los últimos coletazos de la disputa mantenida con Rafael Calvo Serer. En 1949, publicó un libro de ensayos bajo el título de *España como problema*, libro que fue

⁵⁴⁸ Para conocer mejor dichos sucesos, ya que no es la intención de esta tesis detenerse en ellos, véase, entre otros, los libros de: Pedro Laín Entralgo: *Descargo...*; Roberto Mesa: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1982; Pablo Lizcano: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona: Grijalbo, 1981; José Álvarez Cobelas: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid: Siglo Veintiuno, 2004. Ricardo Montoro Romero: *La universidad en la España de Franco (1939-1970). Un análisis sociológico*, Madrid: CSIC, 1981.

⁵⁴⁹ Joaquín Ruiz-Giménez: Entrevista concedida a *El País*, 11 de diciembre de 1977.

rápida y furibundamente contestado por Calvo Serer con el libro *España sin problema*. Lo que se disputaba, más que un contenido intelectual, era la hegemonía de la ideología del Estado. El enfrentamiento supuso la fragmentación definitiva de la intelectualidad franquista en dos facciones: por un lado, y encabezados por Pedro Laín y Antonio Tovar, los falangistas desencantados que habían mirado con admiración a la Alemania nazi y que tras su derrota habían vuelto sus ojos a una España reciente y derrotada a la que trataban de recuperar; y por otro los católicos reacios a cualquier novedad que pudiera llegar al régimen y que se agrupaban en torno al *Opus Dei*, entre los que destaca, junto con Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, directores ambos de la nueva revista creada en el CSIC, *Arbor*.

Laín se encontró con una universidad que en su mayor parte aún permanecía en el caserón de San Bernardo, sin medios, habituada a las prácticas y modos del anterior ministro Ibáñez Martín. Como rector, se propuso un cambio sistemático y progresivo de la vida universitaria y para ello exigió rigor y profesionalidad en la enseñanza, propuso una revisión de la educación política y religiosa, y apoyó la investigación universitaria con acuerdos con el CSIC. En esa regeneración que proponía desempeñaba un papel importante la recuperación de la memoria colectiva, con homenajes a viejos profesores universitarios, a pesar de que lo hubiesen sido con la República, como fueron los casos de Casares Gil, Gómez Moreno, Gascón y Marín, y Hernández Pacheco; dentro de aquel acercamiento a un pasado inmediato se celebraron las conmemoraciones centenarias de Ramón y Cajal, y de Menéndez Pelayo. Se crearon escuelas interfacultativas (Estadística, Psicología, Bromatología), nuevos seminarios (en Derecho), nuevos laboratorios (en Ciencias), nuevos edificios (Hospital Clínico sobre las ruinas del anterior). A pesar de todas estas propuestas se encontró con una falta de apoyo casi total entre el estamento docente, sobre todo por parte de los catedráticos, que mostraban todo tipo de impedimentos, falta de colaboración

y pasividad ante sus propuestas, lo que hacía imposible toda transformación. La indiferencia del profesorado hacia la gestión de Laín se acentuó a partir de los sucesos de 1954, que supusieron unos desórdenes en la universidad como no se conocían desde la época de la República, rompiendo la paz que tanto había costado conseguir. Esos mismos hechos fueron los que le hicieron perder la aureola de independiente y liberal que tenía entre los estudiantes⁵⁵⁰.

⁵⁵⁰ En palabras de Pablo Lizcano, podemos definir la gestión de Laín al frente de la Universidad de Madrid, de la siguiente manera: «Otras iniciativas de parecido signo conciliador obtuvieron, como era de recibo, una entusiasta palmadita y luego el más oscuro de los olvidos. Falto del respaldo del poder, Laín se vio en la falsa situación de tenerse que colocar a remolque y prestar su apoyo a las iniciativas estudiantiles, de ser utilizado por ellos y, a la postre, no encontrarse, en la hora de su cese, con otro bagaje que ofrecer que el de haber realizado una gestión honesta en la medida de lo posible, lo que por entonces no constituía el menor mérito político.» Pablo Lizcano: *La generación del 56...*, págs. 80-81.

III.- SALAMANCA, OTRA VEZ

El cambio en la dirección del Ministerio de Educación Nacional también se notó en la Universidad de Salamanca. El nuevo ministro nombró como rector de dicha universidad a Antonio Tovar⁵⁵¹. El rector recién nombrado se había formado en el Centro de Estudios Históricos en la rama de clásicas; y cuando estalló la guerra fue uno de los que, junto a Ridruejo y Laín, formaron en Burgos el centro de actuación cultural de los falangistas. Terminada la guerra y su trabajo en la sección de propaganda, así como en el recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, marcha a Salamanca donde es nombrado catedrático. Poco a poco, y al igual que sus compañeros de generación y de grupo, se va desencantando con el régimen franquista y se acerca a posturas más abiertas, aunque no tanto como Ridruejo.

El nombramiento de Tovar como rector de la Universidad de Salamanca trajo una época de aperturismo para ésta, dentro de los límites que la situación política del momento permitía⁵⁵². Durante su rectorado se llevó a cabo la Asamblea de Universidades de 1954, uno de los propósitos reformadores más evidentes del nuevo ministro de Educación. En dicha asamblea se proyectó una ley para otorgar a la Universidad de Salamanca, la más antigua de todas las universidades españolas, de forma excepcional, un estatuto de amplia autonomía en todos los órdenes, con facultades para ensayar nuevos planes de estudio, nuevas pautas pedagógicas y nuevos procedimientos de selección del profesorado y de diálogo con los estudiantes. El proyecto no salió adelante porque el Consejo

⁵⁵¹ «El 6 de octubre, con motivo de la inauguración del curso, y con la presencia del Ministro de Educación Nacional, don Joaquín Ruiz-Jiménez, es nombrado rector de la Universidad de Salamanca don Antonio Tovar» *Memoria de la Universidad de Salamanca (1951-1952)*.

⁵⁵² Sobre el rectorado de Antonio Tovar en la Universidad de Salamanca puede verse la tesis doctoral de María Isabel Ramos Ruiz: *La Universidad de Salamanca durante el rectorado de Antonio Tovar Llorente (1951-1956)*, Universidad de Salamanca, 2006.

de Ministros no lo aprobó, debido, en gran parte, a los sucesos de febrero de 1956⁵⁵³.

1.- VII CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Durante el tiempo en el que Antonio Tovar estuvo al frente de la Universidad de Salamanca, se celebró su VII Centenario. Los actos se iniciaron con la Asamblea de Universidades Hispánicas que tuvo lugar en Madrid del 3 al 8 de octubre de 1953. El mismo día 8, representantes de ciento veintitrés universidades pertenecientes a cuarenta y cuatro países —lo cual, en un momento en el que España se encontraba cerrada al mundo exterior era un acto de apertura— acudieron a Salamanca para conmemorar el aniversario de los *Studii Salmantini*. La celebración se extendió desde el día 8 al 12. Durante esos cuatro días se realizaron distintos actos: izado de banderas de los países asistentes en la plaza de Anaya, conferencias en el aula de fray Luis de León y en el paraninfo, representaciones teatrales: *Don Gil de las calzas verdes* de Tirso de Molina, de Lope de Vega *La discreta enamorada* y el auto que escribió en 1618 para la Universidad de Salamanca *La limpieza no manchada*, así como la obra de Calderón de la Barca *La vida es sueño*. Pero la fecha más relevante, ya que coincidía con el Día de la Raza, fue el 12 de octubre; ese día se celebró un cortejo académico del que formaron parte los representantes de las universidades concurrentes. Todos ellos vestían sus respectivos trajes académicos y, colocados en orden de antigüedad inversa por su fecha de fundación, se dirigieron desde el Ayuntamiento al edificio antiguo de la Universidad. Allí, en el paraninfo, escucharon una cantata del maestro Joaquín Rodrigo que la Universidad le encargó para tal acto, titulada

⁵⁵³ Joaquín Ruiz-Giménez: «7 respuestas sobre la universidad», en *Cuadernos para el Diálogo*, t. IV, extr. V, mayo de 1967, págs. 94-95, y en *El camino para la democracia. Escritos en «Cuadernos para el Diálogo» (1963-1976)*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985, págs. 233-239.

Músicas para un códice salmantino, creada a partir de varias estrofas de la *Oda a Salamanca* de Miguel de Unamuno.

Con motivo de la conmemoración del centenario, al año siguiente, concretamente el 8 de mayo de 1954 la universidad salmantina otorgó el doctorado honoris causa al Jefe del Estado, Francisco Franco⁵⁵⁴. Setecientos años antes, el 8 de mayo de 1254, el rey de Castilla y León, Alfonso X el Sabio, firmó en Toledo la Real Cédula por la que ampliaba y establecía definitivamente la vieja Universidad de Salamanca que fundó su abuelo Alfonso IX de León en 1218 y que confirmó el hijo de éste, Fernando III el Santo, en 1243. La votación del nombramiento del nuevo doctor tuvo lugar en un claustro que se celebró el 9 de junio de 1948; como catedrático que era de la universidad, Zamora Vicente participó en aquella votación. La propuesta fue avalada por 25 catedráticos, la mayoría del claustro salmantino; únicamente dos se opusieron a tal nombramiento. El día comenzó con una misa en la catedral. Después, el cortejo se dirigió al edificio de la Universidad; allí, en el paraninfo, se celebró el acto de investidura del doctorado honoris causa por la Facultad de Derecho al caudillo Francisco Franco. Leídos los discursos, se inauguró una nueva sala de lectura en la biblioteca de la universidad y una exposición con los primeros quinientos códices y manuscritos de los antiguos colegios universitarios de Salamanca, que por decisión del caudillo se reintegraron a la Universidad después de haber permanecido más de siglo y medio en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid por orden del rey Carlos IV⁵⁵⁵. También fue nombrado, ese mismo día, doctor honoris

⁵⁵⁴ La Universidad de Salamanca ya tenía experiencia en nombrar a dictadores doctor honoris causa, pues en 1926, con el rector Miguel de Unamuno destituido y deportado, fue nombrado aquel que le había deportado, Miguel Primo de Rivera.

⁵⁵⁵ Mucho se ha especulado si tal nombramiento tuvo como justificación dicha devolución. «Accediendo a un ruego que la Universidad formuló a S. E. el Jefe del Estado, D. Francisco Franco Bahamonde, con ocasión del VII Centenario de ella, mediante un Decreto de la Presidencia del Gobierno, han sido devueltos e incorporados a la Biblioteca Universitaria casi un millar de manuscritos pertenecientes a los Colegios Mayores de San Bartolomé, Cuenca y Oviedo, que

causa en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia. Un espectador de aquel acto fue Enrique Tierno Galván, quien se había incorporado como catedrático de Derecho a la Universidad de Salamanca por aquellos años.

Ataviado con el traje de doctor asistí a los actos principales y observé, con la natural curiosidad, el ceremonial por sí mismo llamativo, tanto más cuando aproximaba y en cierto modo mezclaba el brillo académico con la opacidad del Jefe de Estado y de la Dictadura que representaba. Era algo semejante a la luz mezclándose con la sombra y dando un tono gris permanente [...]. La ceremonia se produjo con el mayor ritual, leyéndole al general por el decano de Derecho, pues fueron las insignias de Derecho las que se le impusieron, un largo párrafo en latín del cual sospecho que el entonces jefe del Estado no entendió absolutamente nada [...]. Tovar, por su parte, leyó un discurso sumamente sencillo, procurando evitar toda teatralidad y sin ninguna adulación [...]. Acabada la ceremonia se visitó la Universidad y algunos de sus lugares más importantes. Íbamos mezclados profesores con policías y militares⁵⁵⁶.

A tales actos también acudió Alonso Zamora Vicente, que, como ya se ha dicho, regresó a su cátedra en la Universidad de Salamanca en los primeros días de 1952:

Desde los primeros días de enero de este año (1952) se encuentra de nuevo entre nosotros el Catedrático Dr. Alonso Zamora Vicente, que se ha reintegrado a la

formaban parte de la Biblioteca Real desde que a fines del s. XVIII el rey Carlos IV dispuso le fueran entregados al ser extinguidos dichos centros». *Memoria de la Universidad de Salamanca*, 1953. Para los actos de celebración del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, véase: Jerónimo Hernández de Castro «Protocolo y ceremonia en la Universidad de Salamanca», en *Miscelánea Alfonso XI*, 2003, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2004, págs. 184-185.

⁵⁵⁶ Enrique Tierno Galván: *Cabos sueltos*, Barcelona: Bruguera, 1982, págs. 180-183. Unas páginas más adelante Tierno Galván expone su visión sobre el porqué del doctorado honoris causa a Franco: «Pasado algún tiempo me informó, quien estaba más al tanto que yo de las intrigas y preocupaciones de la minoría dominante, que al general Franco le traía sin cuidado el doctorado honoris causa. Quizá le impresionase en aquellos momentos y puede que el aparato académico llegara a deslumbrarle en algún instante, pero no le preocupaba. Parece ser que la cuestión fundamental [...] estaba en el empeño del dictador de que la Universidad se rindiera y fuese símbolo público y explícito de que entre la clase dirigente salmantina y el poder absoluto encarnado por él, no existía animosidad ni querella. Pretendía en general evidenciar que el acuerdo profundo entre la Dictadura y los intelectuales burgueses se mantenía», pág. 193.

enseñanza de Lingüística Románica, que profesa en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, después de haber permanecido como profesor de la Universidad de Buenos Aires y Director del Instituto de Filología Románica de la misma durante más de tres años. Celebremos el regreso de nuestro querido compañero una vez terminada la misión docente que le llevó a Argentina⁵⁵⁷.

Cuando Zamora Vicente regresó, la Universidad de Salamanca había cambiado con respecto a cuatro años antes, cuando llegó por primera vez. Se habían incorporado a la Facultad de Filosofía y Letras algunos profesores jóvenes, Fernando Lázaro Carreter, Martín Sánchez Ruipérez, Laínez Alcalá Agustín García Calvo y José Luis Rúa (como adjuntos), etc., que se añadían a los que ya estaban anteriormente: Ramos Loscertales, Manuel García Blanco, César Real de la Riva, Ramón Bermejo, Antonio Llorente, entre otros.

En 1953 [...] ya no era, en manera alguna, la Salamanca de mis días iniciales. Se había arrinconado, con vergüenza casi, el clima rural tan tibio y verdadero, quizá ya no alborotaban las esquilas bajo los carteles pregoneros del cordel. La Universidad vivía con plenitud su vocación científica y humanística⁵⁵⁸.

También se incorporó a dicha Facultad un grupo de alumnos que no había vivido la guerra y que llegaba con nuevas inquietudes y ganas de conocimiento: José María Gutiérrez, Berta Pallares, Luciano Sánchez Egido, Basilio Martín Patino, Raúl Morodo, etc.⁵⁵⁹ y algunos hispanoamericanos que iban a Salamanca a

⁵⁵⁷ *Memoria de la Universidad de Salamanca (1951-1952)*. García Blanco informa a Amado Alonso del regreso de Alonso Zamora a la Universidad de Salamanca: «También quiero daros noticias de por estas tierras. Regresó de tierras argentinas Alonso Zamora, con su mujer y los dos niños, el segundo argentino. Ya le tenemos en la facultad al frente de sus clases. Se encuentra aquí muy a gusto», noviembre de 1951. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁵⁵⁸ Alonso Zamora Vicente: *Discurso de investidura de doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989, pág. 97.

⁵⁵⁹ Una idea de cómo era aquella Facultad nos la ofrece el antiguo alumno y ahora director de cine Basilio Martín Patino: «Ya de estudiante de filosofía y letras vino a coincidir el estar la facultad casi allí mismo, al otro lado de las catedrales [...]. Con solo cruzar los jardines y tras subir las escalinatas externas e internas, por delante del busto de Unamuno, estaba ya en la clase de

hacer sus tesis, como el caso de Mario Vargas Llosa o de Luis Alberto Ratto a quienes Zamora Vicente se las dirigió. Algunos de ellos formaron un grupo en torno al catedrático recién regresado, quien por primera vez en el aula de una universidad española les hablaba de *España, aparta de mí este cáliz* de César Vallejo⁵⁶⁰, o *La historia universal de la infamia* de Borges.

Hablábamos, preguntábamos, oíamos, escuchábamos, meditábamos y siempre estaba el Maestro con nosotros... Luciano, siempre adusto entre dócil y hostil... Manolo, generoso, impulsivo y de vivaz gracejo, impagable amistad la de Manolo, Jiello... Pepet, sus reservas desde su oscuro desamparo... José María, dibujos palabras, intuiciones, silencios, sensatez e insensatez, crueldad y ternura... Zaubizarreta, Zubi, siempre polémico y como ardiendo y siempre del brazo de Unamuno, «tras sus huellas», como urgido de no sé qué prisa atormentada... Lucho Loayza y Luis Alberto Ratto, serenos, señoriales como hidalgos... Mario Vargas Llosa de gesto adusto y presencia confortable, aparente la adustez desmentida al instante por su amplia sonrisa total y generosa. Puñado de gente en torno al Maestro [...]. Mañanas de

Historia del mítico Ramos Loscertales, que era una de las pocas que nunca quise perderme. Además de excelente catedrático, tenía la aureola de haber sido amigo, y vicerrector, creo, de Unamuno. Parece que estoy viéndole explicar la construcción de la Vía Lata por los romanos, a los que yo imaginaba entrando por nuestro puente y subiendo por la Puerta del Río. Hierático y lejano, indiferente. Fuera de algunas asignaturas como aquellos inolvidables comentarios de Lázaro Carreter sobre la picaresca, y las queridas clases de Zamora Vicente, o la filosofía de Miguel Cruz, y el griego con Martín Ruipérez... Debí ser un estudiante pésimo. Me veo en la última fila de aquellas magníficas aulas altas, con el balcón abierto como un escaparate sobre la plaza, en las mañanas de otoño o de primavera, frente a todo el panorama de la catedral rodeado de amigos [...]. Me eran igualmente familiares los nombres de los catedráticos Apráiz, Bermejo, Boiza, Alvar, Alarcos, Maldonado Guevara, García Blanco, Real de la Riva...». Basilio Martín Patino: «Volver a Salamanca» en *Visiones salmantinas (1898/1998)*, Conrad Kent y María Dolores de la Calle (editores), Salamanca: Universidad de Salamanca y Ohio Wesleyan University, 1998, pág. 167. También nos podemos hacer una idea de cómo era aquella Facultad de Filosofía y Letras y la Universidad de Salamanca en general por los años cincuenta en el libro del profesor de la Universidad de Puerto Rico, R. Garzaro: *Colegio Mayor*, Salamanca: 1969.

⁵⁶⁰ En esos años cincuenta publicó un artículo sobre el poeta peruano, si bien es cierto que no en España, donde que un catedrático hablara de un poeta que había apoyado de forma tan clara la República todavía no se permitía. Alonso Zamora Vicente: «Considerando, comprendiendo (Notas a un poema de César Vallejo)», en *Cultura Universitaria*, 60, Caracas, marzo-abril de 1957, págs. 80-87. «¡Aquellas lecturas comentadas, poco menos que clandestinas, de César Vallejo, la primera vez, segurísimo, que del gran poeta se hablaba en la Universidad española!», Alonso Zamora Vicente: «Retrato», en *Hispanismen omkring Sven Skydsgaard*, Copenhague: Romansk Institut, 1981, págs. 533-540.

domingo de vuelta del Cine Club, aprendiendo a mirar. Tardes de trabajo y de recalada inevitable en Milicias Nacionales, 2. Allí, en silencio casi siempre, María Josefa nos preparaba café⁵⁶¹.

También hacían las reuniones en alguno de los cafés de la ciudad; al que más solían acudir era a Edelweis, en la misma plaza de Anaya, cerca de la Facultad. Allí se juntaba con ese grupo de alumnos para continuar las clases alrededor de un cafetito caliente.

Fernando Lázaro y Alonso Zamora eran ya dos competentes filólogos y críticos literarios: ambos, además, fervorosos tertulianos, pero en distintos lugares y separadamente. Con Alonso Zamora y un estudiante, muy amigo suyo, José María Gutiérrez, tomábamos café en un bar situado enfrente de la Facultad de Derecho y muy próximo, por tanto, a la Facultad de Letras, llamado Edelweis. Lo regía una señora alemana gorda, rubia y exuberante, con un marido enfermizo y un cuñado muy descuidado. Alonso Zamora, muy versado en Valle-Inclán, me daría claves para entender bien al gran maestro gallego de las Rías Bajas, al que había leído de adolescente y sigo releendo. Utilizaba Zamora una fina ironía, nos llamaba "puñeteros" y le gustaba definir socarronamente a los personajes de nuestro entorno universitario, sin llegar a la crueldad: eran tertulias matutinas y divertidas, saltándonos clases aburridas. En Madrid, ya apenas lo trato, y lo siento: su talante liberal, con cierto escepticismo, le hacía describir personas y situaciones con un distanciamiento instructivo⁵⁶².

⁵⁶¹ Berta Pallares: «Oír... escuchar... meditar», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, 1973, págs. 379-380. Otra de aquellas alumnas, Ángela Abos Ballarín, recuerda al maestro: «Primavera de 1953. Por el amplio espacio de la balconada que rodeaba los arcos de la primera planta del palacio de Anaya de Salamanca, a la sazón Facultad de Letras, camina con gesto levemente cansado el profesor Zamora Vicente; jersey oscuro, bufanda antigua y pantalón de pana. Va sonriendo sin despegar los labios, como siempre. Viene de ayudarnos a interpretar a Gil Vicente o de encandilarnos con la misteriosa significación de las figuras literarias de Facundo Quiroga, de Arturo Cova, de Rosendo Maqui, de doña Bárbara, de Segundo Sombra; recién llegado de Argentina, predice para nosotros, mucho antes del boom, la trascendencia que para la literatura española va a tener la narrativa hispanoamericana», *El País*, edición de Andalucía, 23 de marzo de 2006.

⁵⁶² Raúl Morodo: *Atando Cabos. Memorias de un conspirador moderado* (I), Madrid: Taurus, 2001, págs. 111-112.

A pesar de que la ciudad mantenía el clima rural de los años cuarenta y de que el ambiente religioso dominaba en sus calles y en sus gentes, en la Universidad se celebraron una serie de actos que, tal vez llevados por el aire algo más liberal que transmitía el nuevo rector, trataban de devolverla el prestigio perdido.

Frente a todo ese mundo que, barajado, daba interminables vueltas a la Plaza Mayor, dos veces al día, la Facultad de Letras había reunido un nutrido plantel de jóvenes profesores animosos, con mucho más horizonte, que, bajo la discreta batuta de José María Ramos Loscertales, gran historiador de derecho, y la orientación de un filólogo ilustre, Antonio Tovar, se destacó muy pronto, alejándose de la atonía general del país⁵⁶³.

En la Facultad de Filosofía y Letras se creó, en 1952 un Curso Superior de Filología. El curso, cuyo director era Fernando Lázaro Carreter, estaba dirigido a alumnos extranjeros. Se organizaban dos tipos de cursos: uno elemental, destinado a profesores de español de países no hispanohablantes y otro, más especializado, dirigido a estudiantes de Filosofía y Letras que pretendían profundizar en el campo de la Filología Románica para dar clases en el extranjero. Se celebraban entre los meses de febrero y mayo. Estaban agrupados en clases regulares y monográficas.

Era el invierno, el duro invierno salmantino de 1957, febrero arriba. Van a comenzar las clases del Curso Superior de Filología Hispánica. Los estudiantes extranjeros van y vienen, asombrados, curiosos, pasando frío, mucho frío, a la vez que ensayan un inédito vivir, acorde con las campanas de la catedral. Todo es muy diferente para ellos, muy extraño y lejano [...]. Entre los alumnos, ocurre siempre, los hay muy diversos y variopintos. Orientales (que ya comenzaban a asomarse por estos

⁵⁶³ Alonso Zamora Vicente: «Retrato», en *Hispanismen omkring Sven Skydsgaard*, Copenhague: Romansk Institut, 1981, págs. 533-540.

finisterres); italianos, norteamericanos, franceses, alemanes, ingleses... También varios hispanoamericanos (argentinos, colombianos, peruanos) y algunos árabes. Y están los alumnos de dentro, los de casa, abundantes en número y diversos en estímulos. La clase es en el Colegio de San Bartolomé o de Anaya⁵⁶⁴.

El primer año, los cursos regulares fueron de Historia de la Lengua Española, Gramática Descriptiva, Historia de la Literatura Española, Fonética y Dialectología Hispánicas, Historia de la Literatura Española e Historia del Arte, a cargo de los catedráticos de la Facultad, García Blanco, Lázaro Carreter, Zamora Vicente, Real de la Riva y Láinez Alcalá. Los cursos monográficos versaron sobre Historia Contemporánea de España (Ramos Loscertales), Lenguas Prelatinas de la Península (Tovar), Arte Antiguo Español (Maluquer de Motes), El Humanismo Español (Sánchez Ruipérez) y El Pensamiento Español Contemporáneo (Cruz Hernández); además también daban cursos profesores invitados de otras universidades, como Dámaso Alonso, José Manuel Blecua, Manuel Alvar, Camilo José Cela, Francisco Induráin, etc. Las clases se complementaban con visitas a los monumentos de la ciudad y excursiones a Ávila, Zamora, Ciudad Rodrigo. En 1952, la lección de clausura la pronunció Ramón Menéndez Pidal. En el curso 1955-56, debido a la gran cantidad de alumnos que se apuntaron, se distribuyeron por países y María Josefa Canellada fue nombrada directora de alumnos⁵⁶⁵.

2.- OTROS ACTOS CON MOTIVO DEL VII CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

Dentro de los actos de conmemorativos del VII Centenario de la Universidad, se celebraron, del 29 de junio al 3 de julio de 1953, unas Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericanas. Con estas jornadas se pretendía unificar, bajo el

⁵⁶⁴ *Ibidem*, pág. 534

⁵⁶⁵ María Isabel Ramos Ruiz: *La universidad de Salamanca durante...*, pág. 398.

techo de la universidad más representativa del hispanismo, a todos los países que estaban unidos por una lengua común y, ante los que España quería ejercer su papel de madre patria. La convocatoria la hizo el rector de la Universidad mediante una carta que envió al resto de universidades hispanoamericanas:

Se hace preciso cuanto antes reanudar el interrumpido y fértil diálogo de nuestros pueblos; confrontar críticamente sus creaciones espirituales y hacer un balance común y justo de nuestro presente. Precisamente con este objetivo, la Universidad de Salamanca, patria de la lengua, universal hogar de nuestras letras y renaciente maravilla de la hispánica tradición literaria, al festejar solemnemente el séptimo centenario de su creación, convoca a los universitarios hispanoamericanos y españoles, y por modo singular a los que practican la enseñanza y la cátedra de nuestra cultura literaria, a una reunión familiar, viva y directa, fraterna y obradora, que a todos sirva de ocasión y de esperanza para un nuevo diálogo⁵⁶⁶.

Las jornadas las organizaban la Universidad de Salamanca y el Instituto de Cultura Hispánica y sus secretarios fueron Alonso Zamora Vicente⁵⁶⁷ y Leopoldo Panero. Debido a la gran cantidad de ponentes —entre los que podemos destacar a Gonzalo Zaldumbide (Ecuador), Adrián Recinos (Guatemala), José Campos de Figueiredo (Portugal), Ungaretti (Italia), entre otros—, y de las comunicaciones presentadas, fueron designadas cinco comisiones diferentes para debatir acerca de la literatura y de la lengua: «Letras coloniales: la literatura de la Independencia y el Romanticismo»; «La poesía americana actual. Lo gauchesco»; «Modernismo. La novela indigenista. La novelística actual»; «Proyección de las letras hispanoamericanas en los países hispánicos»; «Interpretación y valoración de las letras hispanoamericanas. Varios». Como actos complementarios se ofrecieron

⁵⁶⁶ *Memoria de la Universidad Literaria de Salamanca, 1952-1953*, pág. 69.

⁵⁶⁷ «La Asamblea se celebrará en Salamanca, en el mes de julio, y el Secretario general de la misma será Don Alonso Zamora Vicente, catedrático de aquella Universidad, quien proporcionará a usted cuanta información precise respecto a los temas y ponencias que serán tratados y lista de las personalidades invitadas». *Memoria de la Universidad...*, pág. 70.

recepciones en la Universidad, Ayuntamiento y en la Diputación Provincial; excursiones a Alba de Tormes y a Ciudad Rodrigo; una fiesta campera en la provincia; visitas a los monumentos de la ciudad; un recital de la poesía del poeta colombiano Víctor Mallarino y una exhibición de cine a cargo de Ernesto Giménez Caballero⁵⁶⁸.

Tras el rechazo del gobierno franquista a que la Academia Española acudiera a la primera Asamblea de Academias celebrada en México en 1951, (sobre el que nos detendremos en el capítulo dedicado a la Corporación) y las consecuencias que tuvo esa decisión, las autoridades del régimen quisieron actuar con rapidez para que España no perdiera el papel de liderazgo y de «madre patria» que la historia le había dado respecto a los países hispanoamericanos. De ahí que aquellas jornadas supusieron un primer punto de encuentro entre países con una lengua común, bajo la tutela española.

En un ambiente donde las limitaciones y el encarecimiento eran el pan nuestro de cada día, más de un centenar de escritores de todas las partes se reunieron en Salamanca (incluso exiliados españoles) y, sin declaraciones altisonantes, demostraron que la voz de nuestra lengua es inequívoca y que todos perseguían la misma meta y con idénticos esfuerzos⁵⁶⁹.

En el prólogo a las actas⁵⁷⁰, Zamora Vicente afirma que la intención de las mismas, ya que como sucede «en estos casos, mucho de lo que ahora se publica ha envejecido», es dar «tan solo fe de vida de unos días excepcionales en la historia de nuestra Universidad, transidos de una dimensión verdaderamente universal. De tales Jornadas las actas siguientes son testigo».

⁵⁶⁸ *Memoria...*, pág. 72

⁵⁶⁹ Alonso Zamora Vicente: *Discurso de investidura...*, pág. 97.

⁵⁷⁰ Se publicaron unas actas: *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y ponencias*, Salamanca: Facultad de Filosofía y Letras, 1956.

Inmediatamente después de las Jornadas de Literatura Hispanoamericana, se celebró, dentro del programa de actos del VII Centenario de la Universidad, el II Congreso de Poesía. Del 5 al 10 de julio de 1953 se reunieron en Salamanca un número importante de poetas. No asistieron tantos como el año anterior habían participado en el primer congreso que se celebró en Segovia, ni se respiró el aire de protesta contra el régimen franquista que se vivió en la ciudad del Acueducto. En el encuentro de Salamanca todo estaba mucho más institucionalizado y dirigido desde la Universidad. En el acto inaugural en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras —presidido por el rector, Antonio Tovar, el director de Educación Universitaria, Joaquín Pérez Villanueva, y el catedrático de la Facultad Manuel García Blanco—, se leyó un mensaje de Azorín, y se rindió un homenaje a Unamuno ante su tumba. Las sesiones tuvieron lugar en la Universidad, en el aula Fray Luis de León, también en la Peña de Francia, Ciudad Rodrigo, en el Huerto de Fray Luis de León, en la Flecha. Entre los poetas españoles que asistieron estaba José María Valverde, Dámaso Alonso, Gerardo Diego; de los italianos destaca Ungaretti; entre los franceses, Estrang; el sudafricano Roy Campell; y de los cubanos, Dulce María Loinaz. Una de las sesiones se dedicó a la poesía catalana en representación de la cual asistieron J.V. Foix, Clementina Arderíu, Tomás Garcés, Joaquín Permanyer, Juan Teixidor, Juan Perucho y Carlos Riba.

La actividad más innovadora que se llevó a cabo durante esos años fue la celebración del I Curso de Estudios Universitarios de Cine, que tuvo lugar en la Universidad en los días 21 al 28 de marzo de 1954. El Cine Club Universitario del SEU fue el encargado de la organización; y cada uno de los días que duró se alternaron las conferencias con la presentación de distintas películas en un local público de la ciudad. Las jornadas las inauguró Gonzalo Menéndez Pidal, con una charla titulada *El cine y la historia*; esa misma noche se presentó la película de Juan Antonio Bardem, *Cómicos*. Otros conferenciantes fueron Manuel Villegas López,

Luis Gómez Mesa, José María Forqué, Enrique Herreros, Vicente Antonio Pineda, Carlos Fernández Cuenca, entre otros. La conferencia de clausura la pronunció Enrique Tierno Galván, entonces catedrático de la Facultad de Derecho. Junto con la película *Cómicos*, también se proyectaron *Los desastres de la guerra*, *En algún lugar de Europa*, *La kermesse heroica*, entre otras⁵⁷¹.

Estos cursos, además de suponer la creación de un cineclub del SEU, dirigido por Basilio Martín Patino, fueron el germen para que al año siguiente se celebraran, en la Universidad de Salamanca, las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales.

3.- LAS CONVERSACIONES DE CINE DE SALAMANCA

Un grupo de estudiantes, dirigidos por Martín Patino, entre los que se encontraban los universitarios Joaquín de Prada, que actuaba como secretario, José Luis Hernández Marcos, José María Gutiérrez, Manuel Bermejo, Gabriel Rosado, José María Lomo y alguno más, se pusieron en contacto con los nombres más conocidos del momento dentro del mundo del cine (Luis García Berlanga, José Antonio Bardem, Ricardo Muñoz Suay, José María Escudero, Eduardo Ducay, José María Pérez Lorenzo, etc.) con la intención de que hablaran en Salamanca acerca de la situación del cine español en aquel momento. Para que se llevaran a cabo dichas conversaciones fueron necesarias muchas reuniones para conciliar posturas contrapuestas y para obtener los perceptivos permisos.

En los años cincuenta de la larga posguerra, con el veneno del cine ya dentro, me vi precisado, junto a algunos otros compañeros, a inventarnos recursos con los que suplir las carencias propias de una actividad tenida entonces aún por extravagante o

⁵⁷¹ *Memoria de la Universidad Literaria de Salamanca, 1953-1954*, pág. 70-71.

rara: un cineclub, conferencias, semanas culturales, una revista, las comentadas Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales. Nos movíamos hábilmente, con una entrega que todavía me asombra. La ciudad respondió increíblemente bien. Acertábamos a relacionarnos, creo, con la gente del país entonces más lúcida cinematográficamente, o al menos con la más destacada, de la que nos valíamos, y que nos orientaba. Estábamos convencidos de que valía la pena intentar transformar la mentalidad del cine español, enlazando con aquel espíritu de los mejores intelectuales del cine de la República, que idealizábamos, recuperar su conciencia social⁵⁷².

Previamente a las conversaciones, editaron una revista, *Cinema Universitario*. En el primer número aparece un llamamiento en el que dejan claro que lo que pretenden principalmente con aquella reunión es hablar sobre cine. El propósito es regenerar el cine español a partir de la recuperación, por medio del séptimo arte, de los clásicos de nuestra literatura, y buscar un acercamiento, mediante el realismo, a la sociedad reflejando en las películas su vida cotidiana⁵⁷³.

⁵⁷² Basilio Martín Patino: «Volver a Salamanca»..., págs. 172-173.

⁵⁷³ El llamamiento decía así: «El cine español vive aislado. Aislado no sólo del mundo sino de nuestra propia realidad. Cuando el cine de todos los países concentra su interés en los problemas que la realidad plantea cada día, sirviendo así a una esencial misión de testimonio, el cinema español continúa cultivando tópicos conocidos y que en nada responden a nuestra personalidad nacional. El cine español sigue siendo un cine de muñecas pintadas. El problema del cine español es que no tiene problemas, que no es testigo de nuestro tiempo, que nuestro tiempo exige a toda creación humana. El cine sin ideas es un cine informe. Apelamos a la mejor tradición de nuestras artes y nuestras letras como solución a los males de nuestro cine. Tenemos un pasado plástico realista, tenemos un genuino espíritu nacional en nuestras formas de expresión literaria. De ahí debe arrancar nuestro cinema. Hay que dar expresión contemporánea a un nuevo arte, mediante un contenido que existe en nuestra más antigua tradición humanística. Y la clave, al fin de cuentas, es el hombre, pues de todos los caudales preciosos que existen en el mundo él es el más precioso y decisivo. Dotar de contenido a este cuerpo deshabitado del cine español tiene que ser nuestro propósito. Contenido que debe inspirarse en nuestra tradición genuina (pintura, teatro, novela). He aquí con llaneza un programa para el cine español. Con él puede salvarse su alma, vendida hoy a cualquier pobre diablo [...]. Este desprecio del intelectual español acentúa la angustiosa soledad de nuestro cine, alejado del mundo, de la realidad y del pensamiento. La autoridad de estos intelectuales, que en tantos campos debemos acatar, nos negamos a reconocerla aquí. Creemos que el intelectual está comprometido con su propio país, fuente inagotable de creación artística. Sólo atendiendo a la realidad de nuestro pueblo, dando de ella fe notarial, los intelectuales y hombres de letras pueden satisfacer este compromiso. Ninguna ocasión mejor que esta ofrecida por la Universidad de Salamanca, alma de la cultura española, para lanzar desde ella nuestra voz de alarma. Movidos por la urgencia de una situación cada vez más acentuada

Las conversaciones se celebraron entre el 14 y el 19 de mayo de 1955. Algunas de las ponencias más interesantes fueron las de Bardem («Informe sobre la situación actual de nuestra cinematografía»), García Escudero («Los problemas económicos del cine español»), Pérez Lozano («Necesidad de una crítica»), Muñoz Suay («Caracteres del cine español»), Fernán Gómez («El actor de cine español»). También intervinieron Martín Patino, promotor y secretario de las conversaciones, y varios de los nombres significativos del cine español de entonces, como Berlanga, Sáinz de Heredia, Antonio del Amo, López Clemente o Carlos Saura. Participaron algunas personalidades del mundo de la universidad, aunque muy pocas —pues se entendía que el mundo académico no podía ocuparse del cine, al que no le consideraban ni un arte ni, mucho menos, una ciencia—, entre los que estaban Alonso Zamora Vicente, Fernando Lázaro Carreter y Antonio Tovar⁵⁷⁴.

Resulta curiosa la presencia de catedráticos universitarios en estas conversaciones, puesto que las relaciones entre universidad y cine no fueron muy amables en la España de la posguerra, cuando el séptimo arte ya estaba asentado en la sociedad. El temor que el mundo académico tenía a que el cine acabara con el libro impreso, y el miedo aún mayor del régimen franquista a que a través del

queremos reunir en unas Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales a profesionales y jóvenes universitarios, a escritores, periodistas y críticos a fin de discutir y analizar los problemas del cine español, planteando con ellos unas conclusiones. El cine español ha muerto. ¡Viva el cine español! Salamanca, febrero de 1955 (Basilio Martín Patino, Joaquín de Prada, Juan Antonio Bardem, Eduardo Duca, Marcelo Arroita-Jáuregui, José M^a Pérez Lozano, Paulino Garagorri, Manuel Rabanal Taylor)». «Llamamiento» en *Boletín de las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales*, Salamanca: Secretaría General de las Conversaciones: Cine-Club del SEU de Salamanca, 1955.

⁵⁷⁴ Sobre las Conversaciones de Salamanca se ha escrito mucho; algunos de los textos consultados son: Juan Antonio Pérez Millán: «Las Conversaciones de Salamanca (1955), un hito en la historia del cine español», en *Salamanca en el siglo XX*, coord. Conrad Kent, Salamanca: Ohio Wesleyan University / Librería Cervantes, 1997, págs. 169-184. Ignacio Francia: «Antes de Salamanca, en Salamanca, después de Salamanca. Crónica de las Conversaciones», en *El cine español, desde Salamanca (1955/1995)*, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1995, págs. 59-84; en este mismo libro encontramos el interesante artículo de Basilio Martín Patino «Carta a Juan Antonio Pérez Millán sobre aquello de Salamanca y otras reflexiones subyacentes», págs. 55-58.

cine entraran ideas que perturbaran la tranquilidad del país, provocaron una indiferencia de la universidad respecto al mundo del celuloide. En 1932, uno de los primeros entusiastas del cine en España, Gonzalo Menéndez Pidal, presentó, en la Facultad de Letras de Madrid, su tesis doctoral sobre «Elementos expresivos del cinema», con proyecciones, que causó estupefacción en los asistentes. Ese mismo año se celebró en la Universidad de Barcelona un curso de cine en el que participaron varios catedráticos. Después de la guerra civil, se volvió a hablar de cine en la universidad española en un cursillo que se organizó en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en el que intervinieron Ernesto Giménez Caballero, Joaquín de Entrambasaguas, José Camón Aznar y alguno más. Pero no fue hasta 1955 con las Conversaciones de Salamanca, cuando se empezó a hablar en serio de cine en la universidad española. Allí se trató el cine como un arte al mismo nivel que la pintura o la literatura, y que, al igual que ellos, también tiene un mensaje que transmitir, una técnica para llevarlo a cabo y, por tanto, puede ser objeto de estudio y de debate en la universidad. En 1954, Antonio Tovar tuvo que dejar claro que la relación entre cine y universidad no es tirante porque «no creemos que haya ninguna contradicción entre estos términos de Universidad y cinema», y vaticinaba, aunque lo fiaba a muy largo tiempo, que el cine se estudiaría en la universidad sin que ello causase ningún tipo de extrañeza: «es posible que dentro de unos siglos se extrañen de que en nuestros planes universitarios falte ahora el cine, como nosotros nos extrañaríamos de que en el quinientos la literatura en lengua vulgar estuviera casi totalmente fuera de las aulas»⁵⁷⁵.

La fascinación que sentía Zamora Vicente por el mundo del cine le venía de su infancia, cuando, acompañado por sus hermanos mayores, acudía a las sesiones continuas de alguno de los cines cercanos a su casa en el barrio de La Latina. Esta pasión le llevó a ser de los primeros catedráticos universitarios en

⁵⁷⁵ Cita tomada de José María García Escudero, *Cine español*, Madrid: Ediciones Rialp, 1962.

publicar en España algún artículo sobre cine. Poco antes de que se celebraran las Conversaciones, en la revista *Cinema Universitario*, Zamora escribió un artículo sobre la película de Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem *Bienvenido, mister Marshall*. En ese artículo habla sin miedo del cine como arte «cine arte — arte, sí —»⁵⁷⁶. Que un catedrático escribiera sobre lo que ahora conocemos como el séptimo arte, creó estupefacción entre los redactores de la revista, y así lo hicieron saber en la misma:

Llevados del afán de implicar en el cine nacional a nuestros universitarios de sensibilidad e inteligencia clara, nos hemos dirigido esta vez a don Alonso Zamora Vicente, más como escritor y buen conocedor de España, que como entrañable catedrático de Filosofía y Letras. Y el señor Zamora Vicente, en medio de su filología, de sus escritos literarios, de la corrección de sus libros ha accedido a ocuparse por una vez de ese cine que sin duda —«el arte (sí el arte)»— ama y siente por encima de nuestras circunstancias, un tanto dolido de que «no pueda enseñar a todo el mundo lo mejor de nosotros, nuestra carne más viva», pero acogido en salvaguardia a «la cabal inocencia del hombre que paga entrada y no está satisfecho del cine de su país». Su posición y hasta su grata sorpresa ante el hallazgo de una excepción son válidas posiblemente para todos los españoles de letras. El quehacer cinematográfico ha venido a ser en España coto cerrado de los «entendidos» (?) o de quienes de una forma u otra toparon con él. Pero no es poco ya que en esos mismos españoles haya un anhelo tan sincero como este del Sr. Zamora Vicente: «que en nuestro cine nos veamos siempre y cada vez más y mejor». Todo un programa para el cine español,

⁵⁷⁶ «En las Conversaciones de Salamanca intervino un catedrático, el señor Lázaro Carreter, sobre el tema del cine y los intelectuales. Pero todavía muy poco antes de las Conversaciones, con motivo de un artículo de otro catedrático, el señor Zamora Vicente, sobre *Bienvenido, mister Marshall* (“que nos quita —decía— una parte de nuestra indiferencia, de nuestra incapacidad de enjuiciar cine”, e insistía: “cine, arte —arte, sí—”), que publicó *Cinema Universitario*, la Redacción de la revista expresaba su “grata sorpresa ante el hallazgo de una excepción”, porque, “desgraciadamente, el quehacer cinematográfico ha venido a ser en España coto cerrado de los entendidos o de quienes de una forma u otra toparon con él”; que en España un catedrático tome su pluma para ponerse a escribir sobre cine, raya casi el escándalo», José María García Escudero, *Cine español...* págs. 195-196.

sepultado entre los profanos. El único auténtico a la hora de ese «clasicismo para el que habrá que contar con el cine»⁵⁷⁷.

En ese primer número también aparecen artículos de Antonio Tovar y de Enrique Tierno Galván. Zamora continuó colaborando con la revista y publicó varios artículos sobre cine. En el primer número, además de la citada «Carta sobre una película española», también publicó «Tarde de cine»; después vendrían «Pues, entonces... (Desahogo sobre *Novio a la vista*)» (número 2, 1956), «Nueva expedición a la España verdadera: *Calabuch*» (4, 1956), «Monólogo en torno a *Calle Mayor*» (5, 1957), y «Los jueves milagro» (7, 1958). La crítica cinematográfica en aquellos años cincuenta todavía estaba en pañales en España. Como ya hemos visto eran muy pocos los que se tomaban en serio este nuevo arte y mucho menos en el mundo académico. Sin embargo, el catedrático salmantino se acercaba con entusiasmo a las salas oscuras a ver el cine que se hacía durante esos años, para después escribir sobre él. En la mayoría de los artículos, se centró en el estudio de las películas que dirigieron al alimón o por separado Juan Antonio Bardem y Luis García Berlanga, que eran los que proponían una visión más moderna y europea del cine y en cuyas películas siempre aparecía una crítica más o menos soterrada del régimen franquista⁵⁷⁸. El catedrático madrileño animaba a los directores a continuar con esa labor de desenmascarar aquella España anquilosada en un pasado que muchas veces no llegaba a comprender, a la vez que descubría a los

⁵⁷⁷ *Cinema Universitario*, núm. 1, pág. 26.

⁵⁷⁸ Ese era el cine que le interesaba, frente al «oficial» que era el que triunfaba en las salas españolas: «Atestaban los cines las películas históricas de Aurora Bautista, Ana Mariscal, Lucía, Juan de Orduña... Mucha Juana la Loca, mucha Princesa de los Ursinos aguada y conversa al patriotismo carpetovetónico, mucha América inaugural, creciente a golpes de Evangelio. Algunos actores viejos, “de antes de la guerra” (Rafael Rivelles, Juan de Landa, Miguel Ligeró) y cantantes de idéntica cronología (Antoñita Colomé, Conchita Piquer, Juanita Reina) prolongaban la vena folklórica, de una gracia bobiquinteriana, o se devanaban los sesos por hacernos tragables argumentos decimonónicos (*El clavo*, *Boy*, *El escándalo*, *El milagro del Cristo de la Vega*... ¡Cómo se agiganta hoy, ya en su sitio, el hallazgo de *Bienvenido, Mister Marshall!*)». Alonso Zamora Vicente: «Retrato»..., pág. 538.

lectores las nuevas posibilidades plásticas y expresivas que el «nuevo» arte ofrecía.

Se ve claro el intento de hacer, vamos a llamarlo de alguna manera, una llamada, un aldabonazo de atención sobre la estructura social. Muy bien. Lo considero excelente y creo que todo cuanto se haga por eliminar el tonticomio nacional es poco y siempre será ocupación loable. Pero ¿por qué empeñarnos en ver sólo el lado negativo y amargo de nuestro vivir de pueblo contradictorio y zigzagante? [...]. Lo demuestra, sobre todo la procesión. Nunca hemos visto nada en el cine nacional: riqueza plástica, vigor expresivo, emotividad digna y contenida... Ese torpe y desgranado desfile de la banda militar, el paso cansino y sin contornos, los pitirrazos violentos, el brillo innumerable de las luces, la imagen solanesca, las viejas devotas, prematuras viejas del pueblo español, piel reseca y ojos alucinados [...], todo el tumultuoso agobio de una procesión española, en la noche creciente de tibieza, y en Semana Santa y dolorosamente acompañándonos⁵⁷⁹.

4.- CARGOS QUE OCUPÓ ZAMORA VICENTE EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. LOS CURSOS DE VERANO DE LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL MENÉNDEZ PELAYO.

Además de todas estas actividades, el rectorado de Antonio Tovar también supuso una serie de avances de tipo administrativo que otorgaron mayor independencia a la universidad respecto al centralismo de la capital española.

Uno de los grandes progresos que se consiguieron en aquellos años fue que los estudiantes pudieran leer sus tesis doctorales en la propia universidad salmantina, sin necesidad de trasladarse a Madrid o Barcelona, que eran las únicas en las que se podía estudiar el doctorado en aquella época. Mediante una Orden del Ministerio de Educación Nacional de 20 de junio de 1948, se permitía a

⁵⁷⁹ Alonso Zamora Vicente: «Monólogo en torno a *Calle Mayor*» en *Cinema Universitario*, V, Salamanca: abril de 1957, págs. 34-35.

los estudiantes la posibilidad de obtener el doctorado en sus universidades; si bien la tesis doctoral aún debía leerse en Madrid. La Junta de Gobierno de la Facultad de Filología y Letras de Salamanca, ante el número cada vez más creciente de tesis doctorales que hacían los alumnos, veía necesario exigir al ministerio que se concediera a la Facultad la capacidad para otorgar el título de doctor, y por tanto que los alumnos las pudieran defender en su propia universidad, sin necesidad de trasladarse a la capital:

Se acuerda la necesidad de gestionar de la Superioridad que la Facultad pueda otorgar el título de doctor, visto que por lo completo de los cuadros docentes y el número de tesis que en los últimos años han sido dirigidas por catedráticos de la Facultad y han sido publicadas, puede solicitarse según las normas establecidas por la vigente Ley de Enseñanzas Universitarias⁵⁸⁰.

El problema se solucionó mediante un Decreto de 6 de noviembre de 1953⁵⁸¹ por el que se permitió a todas las universidades del país otorgar el título de doctor a partir del curso 1954-55.

En la década de los cincuenta, la Universidad de Salamanca cuenta con cuatro facultades: la de Filosofía y Letras, la de Ciencias, la de Medicina y la de Derecho; además se creó un Instituto de Idiomas. La Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca constaba de las secciones de Filología Románica y Clásica. En 1953 se creó la sección de Filología Moderna. La cátedra de Zamora Vicente era la de Lingüística Románica y Filología Galaico Portuguesa, nombre demasiado largo al que él expuso su oposición en una reunión de la Junta de Gobierno de la Facultad para que elevase una solicitud de cambio del nombre a las autoridades

⁵⁸⁰ Actas de la Junta de Gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, 28 de noviembre de 1950. Se vuelve a insistir en el mismo sentido en la Junta de 7 de febrero de 1952.

⁵⁸¹ BOE de 29 de noviembre de 1953.

universitarias, ya que la filología galaico portuguesa se encontraba dentro de la filología románica.

El doctor Zamora expone ciertas dificultades existentes por falta de precisión de algunos extremos en el nombramiento de vocales automáticos de los tribunales de oposición. Concretamente desea hacer constar que la cátedra de Lingüística Románica y Filología Galaico Portuguesa, es de la misma cátedra que en el nombre de Filología Románica existe en otras universidades. El secretario estima que es importante expresarlo así a la Superioridad alegando otros casos en que una gestión de este tipo dio positivos resultados. La Junta estima por unanimidad que en efecto conviene manifiestamente así lo que se acuerda⁵⁸².

En aquella universidad salmantina de los años cincuenta, Zamora Vicente ocupó el cargo de vicedecano⁵⁸³. También dirigió la sección de publicaciones⁵⁸⁴ y el Colegio Mayor Hernán Cortés⁵⁸⁵.

Durante los meses de julio y agosto de los años cincuenta era también habitual en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Así lo encontramos, una vez que ha regresado a España, dando clases en

⁵⁸² Actas de la Junta de Gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca de 2 de octubre de 1956. Don Alonso, con su humor característico, lo explicaba diciendo que era como pedir en un restaurante arroz y paella.

⁵⁸³ En las *Actas de la Junta de Gobierno de la Facultad* podemos leer que fue propuesto el 7 de febrero de 1952: «Da cuenta el secretario de que la vacante del Vicedecanato de la Facultad [...]. Ha propuesto para dicho cargo al Dr. Alonso Zamora Vicente»; y que renuncia al cargo el 11 de noviembre de 1954 «El Sr. Decano da cuenta de la necesidad de poner nuevo vicedecano por la renuncia de don Alonso Zamora Vicente, sugiriendo el nombre de Sánchez Ruipérez que es acordado por unanimidad».

⁵⁸⁴ En las actas de la Junta de Gobierno de la Facultad se nos informa de que Alonso Zamora Vicente dirigió el Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico desde enero de 1958 hasta el año siguiente en el que cesó. Para ese trabajo contó con la ayuda de Berta Pallares, alumna suya por entonces.

⁵⁸⁵ «El 16 de enero [1957] se reunió la Junta de Patronato bajo la presidencia del magnífico rector de la Universidad. Se entregó la dirección del Colegio Mayor Hernán Cortés al catedrático Alonso Zamora Vicente», *Actas de la Junta de Gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca*, 16 de enero de 1957. El nombramiento se había hecho efectivo en diciembre de 1956. Cesa del cargo en octubre de 1958, según consta en su expediente de la Universidad de Salamanca.

los cursos para extranjeros y en el curso superior de filología de los años 1955, 1956 y 1957. En este último año habló sobre «El interés actual de la investigación dialectológica»⁵⁸⁶. Ya no lo volveremos a encontrar hasta 1968, ocasión en la que intervino no como profesor sino como novelista, en la II Reunión de Novelistas y Críticos, junto a otros escritores de la época, entre los que se encontraban Camilo José Cela, Francisco Ayala, Ramón J. Sender, Álvaro Cunqueiro, Miguel Delibes, Francisco Umbral, Francisco García Pavón, Manuel Arce, etc. En la charla que dio Zamora Vicente, titulada «Yo escribo los domingos»⁵⁸⁷ —ya que ese es el día de la semana que dedicaba a la escritura creativa— comentó sus comienzos como escritor, remontándose a sus años argentinos y a sus primeros artículos en la prensa de Buenos Aires. A continuación habló de los libros publicados hasta ese momento, principalmente *Primeras hojas* y *Smith y Ramírez S.A.* Zamora se sentía fuera de lugar en aquellas conversaciones y en general en el mundo de la creación, ya que por los escritores era considerado más que un colega un catedrático universitario que de vez en cuando escribía y los que realmente eran sus compañeros querían verle de una vez, según él, como escritor y lejos de las aulas universitarias.

Es verdad que escribo, sí, pero, para los ángulos diferentes en que me muevo, no falta nunca el deseo del empujón —cuesta abajo— definitivo. Unos dicen: ¿Por qué no se dedica a la crítica de una vez? (Esto los creadores.) Otros: ¿Por qué no se aplica a escribir de una vez? (Esto los críticos y profesores.) En fin, hay para todos los gustos, puesto que, como era de esperar, hay bastantes soluciones intermedias, más o menos piadosas. Y en España nos preocupamos mucho por las circunstancias y de la conducta de los demás⁵⁸⁸.

⁵⁸⁶ Antonio Lago Carballo: *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Crónica de treinta años (1938-1968)*; Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1999.

⁵⁸⁷ Alonso Zamora Vicente: «Yo escribo los domingos», en *Prosa novelesca actual*, Santander: Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, 1968, págs. 277-285.

⁵⁸⁸ *Ibidem*, pág. 279.

Después volvió alguna que otra vez por la Menéndez Pelayo para dar algunas charlas invitado por antiguos alumnos. Así lo encontramos en el curso de 1974 en el que dio cinco conferencias sobre «Dialectología del español», y en el de 1976 en el que participó en el Curso para Extranjeros con una conferencia titulada «Principios de dialectología española». En esos cursos también intervino su mujer María Josefa Canellada⁵⁸⁹. En 1986, con motivo del centenario de Valle Inclán, Zamora Vicente ofreció una serie de conferencias para conmemorar dicho aniversario⁵⁹⁰. En esos años ochenta, dirigió durante algún tiempo los cursos para extranjeros.

No sabemos a qué se debió la ausencia de Zamora Vicente durante la década de los sesenta de los cursos de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo⁵⁹¹. Una de las razones pudo ser su salida de la Universidad de Salamanca, propiciada, entre otras circunstancias, por el escaso apoyo que recibió de los colegas de claustro para llevar a cabo un interesante proyecto dentro de la Facultad de Filosofía y Letras. Entre esos compañeros se encontraba Manuel García Blanco que era, a su vez, director de los cursos para extranjeros de la universidad santanderina, en el año 1958.

⁵⁸⁹ Antonio Lago Carballo: *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Crónica de dos rectorados (1969-1979)*; Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2000.

⁵⁹⁰ José-Carlos Mainer: «La literatura y la crítica literaria» en *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo en la historia intelectual del s. XX*, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2003, pág. 215.

⁵⁹¹ «Han decidido eliminarme de Santander el verano que se acerca. ¿Tendré, el año que viene, que mendigar un sitio en cualquier lado?» Carta de Alonso Zamora Vicente a Manuel Alvar, Madrid, 18 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente.

5.- EL PROYECTO DEL LABORATORIO DE FONÉTICA. SALIDA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

El proyecto al que nos referimos, el más ambicioso durante el tiempo que estuvo en la universidad castellana, fue la creación de un laboratorio de fonética similar a aquél del Centro de Estudios Históricos que había creado Navarro Tomás. Propuso a las autoridades universitarias⁵⁹² su creación ya que, según él, era necesario para llevar a cabo los estudios en dialectología y fonética que estaban realizando tanto profesores como alumnos en aquella universidad. La Facultad debía equiparse con el material necesario para poder llevar a cabo las investigaciones fonéticas. Para Zamora Vicente, según un documento en el que describía el proyecto, la creación del laboratorio colocaría a la Universidad de Salamanca a la altura de las más modernas de Europa.

El Laboratorio de Fonética experimental es elemento imprescindible de trabajo en una Facultad de Filología. Amplios campos de la Dialectología, de la Lingüística, de la Métrica, etc., exigen modernamente una rigurosa disección experimental. Todavía se trabaja en España (y meritoriamente, sin embargo) de puro oído. Un Laboratorio de Fonética en la Universidad de Salamanca, además de reanudar una brillante tradición desgraciadamente interrumpida en estos estudios, serviría de lugar de formación de múltiples investigadores que en la actualidad trabajan de forma dispersa y de pura afición, con notorio retraso sobre sus colegas europeos. Todo esto sin contar el lado práctico del problema, en lo que se refiere a la enseñanza para extranjeros, etc. Todas las grandes facultades de Filosofía y Letras de Europa (grandes ya por su propio impulso, ya por su simple tradición) poseen como entidad viva y cariñosamente cuidada por las autoridades académicas un Laboratorio de Fonética experimental. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

⁵⁹² El director general de Educación Universitaria, escribe al rector el 30 de diciembre de 1953 autorizando la creación de un Instituto de Fonética dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras. Archivo de la Universidad de Salamanca. Rectorado. Documentación de la Facultad de Filosofía y Letras. Año 1954 (16, enero, 1954 -31, diciembre, 1954) A.C. D 1 (7) 407 /25, f. 5, 22 de diciembre de 1953. Dato tomado de María Isabel Ramos Ruiz: *La universidad de Salamanca durante...*, pág. 518 (en nota).

Salamanca, cuyos maestros y alumnos vienen dedicándose, notoriamente algunos, a este tipo de estudios, se halla en plena madurez para poseer un Laboratorio. Así se llenaría la más grave laguna en la estructura de sus tres facultades lingüísticas. La creación de un laboratorio de fonética pondría por añadidura a la secular Universidad al ritmo de las más modernas Universidades del mundo⁵⁹³.

Para llevar a cabo el proyecto, Zamora se puso en contacto con su maestro Tomás Navarro Tomás para que le diera su opinión y le informara de la situación en la que se encontraban los laboratorios europeos y americanos, y de cuáles creía él que eran los instrumentos imprescindibles de que debía disponer el nuevo laboratorio. Don Tomás, desde Nueva York, le contesta:

Me alegro de esos buenos propósitos de instalación del laboratorio. En mi opinión el quimógrafo sigue siendo insustituible. Hoy se debe añadir como usted ha pensado el oscilógrafo. Otro aparato del que se está haciendo uso en los últimos trabajos es el espectógrafo. Proporciona gráficos semejantes a los del oscilógrafo, pero de manera más concentrada y manejable. Conviene disponer también de un buen typerecorder, el cual sustituye con ventaja al wire-recorder de los años de la segunda guerra. Es indispensable para recoger con facilidad los materiales que después pueden estudiarse con el espectógrafo. Me parece que esto es lo principal en el momento presente. Creo que los laboratorios están algo paralizados, tanto aquí como en Europa. Parece que el de Hamburgo sigue en actividad. Antes fue el mejor de todos. Hace tiempo que el de París está muy callado. En Hamburgo sigue el doctor Panconcelli-Calzia que dirigió el laboratorio durante muchos años. He enviado algo para un homenaje que se le va a hacer. En realidad no puedo dar información a usted útil sobre este punto⁵⁹⁴.

Durante la década de los cincuenta, gracias a la intervención de algunas personas conocidas en la Dirección General de Relaciones Culturales, consiguió

⁵⁹³ Documento sin fecha perteneciente al Archivo Zamora Vicente.

⁵⁹⁴ Carta de Tomás Navarro Tomás a Alonso Zamora Vicente desde Nueva York el 24 de febrero de 1954. Archivo Zamora Vicente.

ayudas económicas que le permitieron viajar por diferentes países europeos para estudiar en directo cómo eran los laboratorios que había en las universidades. Así en 1952 se desplaza a París y a Roma.

Ahora el profesor Alonso Zamora Vicente desea realizar los estudios que entonces no pudo hacer. Para ello, desearía conseguir una pensión, que podría consistir en un mes en París (laboratorio de la Sorbona) y otro mes en Italia (Seminario laboratorio de Roma y de Milán, respectivamente)⁵⁹⁵.

En los meses de abril y mayo⁵⁹⁶ se desplazó a las dos capitales europeas para informarse sobre el funcionamiento de los laboratorios de fonética. El viaje se amplió debido a una invitación de las universidades de Heidelberg y Munich para dar diferentes conferencias⁵⁹⁷.

Dos letras para comunicarle que realicé mi viaje por Europa de la manera que habíamos previsto. Pude aprovechar el viaje bien en París y no tanto en Italia, donde el dinero se volatilizaba rápidamente y donde tropecé con ciertas dificultades en la

⁵⁹⁵ Le escribe Emilio Navasqués, embajador de España en Argentina primero y en Italia, después, y valedor de Zamora Vicente para conseguir estas ayudas de viaje, a Ramón Sedo, entonces director de la Dirección General de Relaciones Culturales. Buenos Aires, 20 de agosto de 1951. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. En esa carta se refiere a una ayuda de viaje que le concedieron en 1947, pero que por falta de divisas no pudo disfrutar: «Don Enrique Valera y Ramírez de Saavedra, marqués de Aviñón, director general de Relaciones Culturales, certifico que don Alonso Zamora Vicente, catedrático de la Universidad de Santiago, ha sido pensionado por la Junta de Relaciones Culturales a propuesta del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, para realizar estudios de perfección de conocimientos de fonética experimental y sus técnicas de investigación dialectal, a petición del interesado. Expedido el presente en Madrid, a 28 de junio de 1947». Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁵⁹⁶ «Cumpliendo lo acordado en nuestra última entrevista en Madrid, le escribo para notificarle que pienso aprovechar la beca en los meses de abril y mayo. Pienso salir de aquí los primeros días de abril, hacia París, desde donde ya organizaré distintos viajes. Los primeros días de mayo procuraré estar en Italia.» Carta de Zamora Vicente a Ramón Sedo, director general de Relaciones Culturales, Salamanca, 20 de febrero de 1952. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁵⁹⁷ «Con motivo de tener que pronunciar diversas conferencias en universidades extranjeras, este Ministerio ha resuelto autorizar al Ilmo. Sr. Don Alonso Zamora Vicente, vicedecano y catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, para trasladarse a Alemania, Italia y Bélgica desde el día 20 de abril al 20 de mayo próximos.» Madrid, 2 de abril de 1952. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Universidad Católica para ver lo que quería (lo logré al fin). Pronuncié conferencias en las universidades de Roma y Florencia y, en parte, en Turín. Renuncié a otras que me impedían libertad de movimientos para mis planes. Además de estar en París, pronuncié conferencias en Heidelberg y Munich, invitado por esas universidades. He sido invitado por la Universidad de Heidelberg para explicar durante el semestre de verano del año 53⁵⁹⁸.

En 1954 solicita una nueva ayuda para conocer los laboratorios de fonética de otras universidades europeas, con el fin de «ultimar preparativos para la instalación en esta Universidad de un Laboratorio de Fonética»⁵⁹⁹:

Deseando conocer la organización y funcionamiento de los laboratorios de Fonética Experimental existentes en las facultades de Filosofía y Letras de Francia (Estrasburgo, Toulouse, Grenoble) y de Suiza (Zurich). Suplica a V.E. se digne concederle una beca o pensión para los referidos países, la cual podría ser empleada el próximo verano⁶⁰⁰.

Mientras la ayuda para el viaje se tramitaba, el profesor Schalk, director del Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Colonia, invitó al catedrático de Salamanca para que diera un curso en su universidad durante un semestre.

Tengo la honra de poner en conocimiento de V.E. que el Director del Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Colonia, profesor Schalk, en carta del 4 de

⁵⁹⁸ Carta de Alonso Zamora Vicente a Ramón Sedó. Madrid, 1 de julio de 1952. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. En las *Memorias de la Universidad de Salamanca* se nos informa de estos viajes: «En la primavera última, el doctor Zamora Vicente pronunció varias conferencias, especialmente invitado en diversas universidades italianas y en la de París». También podemos seguir todos estos viajes por las cartas que diariamente, a veces hasta tres postales diferentes, a María Josefa.

⁵⁹⁹ Carta de Zamora Vicente al director general de Relaciones Culturales. Sin fecha. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁶⁰⁰ Carta de Zamora Vicente al director general de Relaciones Culturales. Salamanca, 25 de enero de 1954. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

los corriente me dice textualmente: «Con propósito de aumentar las relaciones con las universidades españolas e incrementar los estudios hispánicos en este Seminario, he invitado al profesor Alonso Zamora Vicente (Salamanca) para dictar varios cursos sobre literatura española durante el próximo semestre de verano⁶⁰¹.

Al igual que hizo su maestro Navarro Tomás cuando recorrió los grandes laboratorios de fonética europeos para crear uno propio en el Centro de Estudios Históricos, Zamora Vicente, cuarenta años después, recorre muchos de aquellos mismos laboratorios que, aunque ya no se encontraban los grandes profesores de entonces, aún mantenían su hegemonía en la materia, para construir un nuevo laboratorio de fonética en España. De sus visitas se trajo una lista de los instrumentos imprescindibles para el buen funcionamiento del laboratorio.

Acabo de estar con el doctor Von Essen, catedrático de Fonética y director del Instituto de Fonética de esta Universidad y paso a detallarle a continuación los elementos esenciales de que dispone el referido Instituto. No necesito decirle que el profesor Von Essen se pone, por conducto mío, a la entera disposición de usted para cuanto usted necesite de él⁶⁰².

⁶⁰¹ Carta de Antonio María Aguirre, embajador de España en Alemania, al Ministro de Asuntos Exteriores. Bonn, 6 de marzo de 1954. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. En *las Actas de la Junta de Gobierno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca*, 1953-54, también se nos informa de este viaje: «El doctor Zamora Vicente, catedrático también de la Facultad de Filosofía y Letras fue invitado durante los meses de mayo a julio para explicar un curso en la universidad alemana de Colonia».

Podemos conocer cuál fue la labor que realizó en la universidad alemana por el informe que desde la embajada española enviaron a Guillermo Nadal, entonces director general de Relaciones Culturales: «El profesor Zamora Vicente fue invitado por el profesor Schalk a desempeñar durante el semestre de verano de 1954, es decir, de mayo a julio, ambos incluidos, una cátedra de Filología románica en el Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Colonia. El profesor Zamora Vicente dedicó dos horas semanales, durante todo el semestre, a conferenciar sobre “La novela picaresca española”, dirigiendo además un seminario de dos horas semanales sobre Cervantes y otro de una hora semanal acerca del teatro de Tirso de Molina». Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁶⁰² Carta de 23 de febrero de 1954 desde Hamburgo. No se reconoce la firma. Archivo Zamora Vicente.

Con toda la información obtenida, Zamora presentó un documento a las autoridades universitarias salmantinas en el que especificaba cuáles eran los instrumentos necesarios para poder tener un laboratorio de fonética decente: un quimógrafo, otro asociado a un magnetofón, un tonómetro, un oscilógrafo de dos rayos como mínimo, un voltímetro tubular y un generador de frecuencia de sonido, además de material auxiliar, como bandas, ceras, paladares artificiales, diapasones, resonadores, etc. En un futuro, cuando el laboratorio se consolidara, debería también adquirir, a fin de perfeccionarse, un pneumógrafo, un analizador de sonidos, un micrófono de contacto, un espectógrafo y material de fotografía para analizar in situ los oscilogramas. El personal que debía trabajar en el laboratorio estaría compuesto por un director (al que propondría la Universidad), un colaborador técnico docente con dedicación a los estudios fonéticos, un ayudante y un técnico electricista. Para poner en marcha todo esto era necesaria una cantidad importante de dinero, tal vez demasiado alta para que la Universidad la pudiera asumir.

La instauración del Laboratorio requiere un desembolso inicial elevado. Y la buena marcha de sus actividades exigirá después una consignación eficaz. Calculamos que el arranque y compras iniciales necesitarán un mínimo de 200.000 pesetas. En lo sucesivo, el Laboratorio podrá tener una consignación fija mensual o trimestral, liberada por los procedimientos habituales⁶⁰³.

En ese mismo documento, Zamora Vicente exponía una de las cuestiones más espinosas, que, junto con el elevado coste del proyecto y otras razones de tipo político que veremos más adelante, sería la causa que hizo que el laboratorio de fonética no se llevara a cabo. Para él, la utilización del laboratorio debía ser estrictamente lingüística, aunque también se podía utilizar «de manera adjetiva y circunstancial» por otro tipo de investigaciones. Además, para su buena marcha,

⁶⁰³ Documento sin fecha. Archivo Zamora Vicente.

una condición fundamental era «la relativa independencia de medios de vida que tal entidad tenga. No se le puede crear sometién­dole de antemano a una rutina administrativa o a una estructura calcada de organizaciones disímiles». El catedrático de Filología Románica era partidario de que la Universidad debía de tomar las decisiones importantes en el Laboratorio, pero éste no debía estar sometido a la inoperante burocracia universitaria de aquella época.

Con la dimisión de Antonio Tovar, el gran apoyo que tenía Alonso Zamora, como rector de la Universidad en 1956, la creación del laboratorio se paralizó, ya que al nuevo rector no le interesaba mucho el proyecto. Tovar dejó el rectorado cuando Ruiz-Giménez salió del Ministerio. Su salida supuso, como vimos al principio de este capítulo, la paralización del gran proyecto que existía sobre la Universidad de Salamanca: la concesión de un estatuto especial de autonomía con la finalidad de realizar una experiencia de renovación pedagógica. Sobre este proyecto, comentó posteriormente el ex ministro:

El reflejo de nuestros sinceros propósitos reformadores —ampliamente compartidos por un prestigioso sector de profesores y alumnos— está vivo en el recuerdo de la Asamblea de Universidades Civil de Salamanca, a título experimental, un estatuto de amplia autonomía en todos los órdenes, con facultades de ensayar nuevos planes de estudio, nuevas pautas pedagógicas y nuevos procedimientos de selección del profesorado y de diálogo con los estudiantes⁶⁰⁴.

Aunque en un principio la salida de Ruiz-Giménez del Ministerio de Educación pareciera el triunfo de los falangistas sobre los católicos dentro del aparato del régimen, lo cierto es que entre el alumnado universitario apenas existían ya falangistas y sí proliferaban, en cambio, los miembros de la Asociación

⁶⁰⁴ Joaquín Ruiz-Giménez: «7 respuestas sobre...»

Católica Nacional de Propagandistas, que fue sustituida paulatinamente por el *Opus Dei* y su modelo tecnocrático⁶⁰⁵.

Por lo que respecta a Salamanca, el cargo de rector pasa a ser ocupado por José Beltrán de Heredia, miembro de la ACNP, con lo que se inicia en la ciudad castellana la extensión del *Opus*. Y ello gracias sobre todo a la labor de Alfonso Balcells Gorina, catedrático de medicina además de miembro supernumerario de la Obra, que fue nombrado rector en sustitución de José Beltrán a los pocos meses de su nombramiento. El autoritarismo conservador impregnará toda la gestión de Balcells, frente al aperturismo de Tovar. A pesar de este ambiente, empiezan a aparecer en la Universidad de Salamanca claros signos de rebeldía, tanto entre los estudiantes como entre los profesores, rebeldía que incluso llegó hasta el propio claustro universitario. En 1959, cuando, con ocasión de la recomendación gubernamental para que la Universidad de Salamanca concediera el título de doctor honoris causa al presidente del Instituto de Alta Cultura portuguesa, un notable salacista, se alzaron voces en el claustro de la universidad pidiendo el doctorado para Menéndez Pidal y Gómez Moreno; el rector, que recibía noticias desde arriba —el Ministerio no veían con buenos ojos dicha concesión—, se opuso. Finalmente concederían el doctorado honoris causa a don Ramón en 1963, tras su aprobación en claustro de 21 de marzo de ese mismo año.

La negativa que recibió para llevar a cabo el proyecto del laboratorio de fonética y el cambio de rector, y con él de forma de gobernar la universidad salmantina, fueron las causas que llevaron a Alonso Zamora a abandonar la ciudad castellana, pero esta vez con la intención de no regresar. Así se lo transmite a quien fuera uno de sus alumnos predilectos, Manuel Alvar:

⁶⁰⁵ Sobre el cambio que sufre la universidad española en esos años, pueden verse, entre otros, los trabajos de Manuel de Puelles Benítez: *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid: Técnos, 1999. Antoliano Peña «Veinticinco años de luchas estudiantiles», en *Horizonte español 1966*, París: Ruedo Ibérico, 1966, t. II, pág. 179 y ss.

Pienso dejar la universidad pronto. Y no me digas como tantos otros qué haré, cómo me las voy a arreglar, cómo sacaré esos dinerazos que la gente cree que me da la universidad, etc. Se trata de algo más profundo, que no tolera frívolos comentarios. Es muy serio llegar a los cuarenta y pico de años y ver que es inútil mantenerse dentro de un cuerpo que no funciona sanamente, que no te da un mínimo de satisfacciones espirituales. Es volver a empezar, ya lo sé acoplando el propio entusiasmo a algo. Aunque no sea más que a la propia fe, que aún la tengo, y que no quiero ver maltrecha en un punto muerto. Dios proveerá. No se trata de explicaciones simplistas. Creo que todos los que vais llegando ahora a los 35, 36 años, es decir, los formados después de la guerra civil, tenéis una visión distinta de las cosas, un mundo en el que quizá no quepan los que, como yo, podemos ser testimonios de otras actitudes (y de éstas). Algo así como una imprecisa voz de la conciencia, que se acalla mientras se puede con leves caramelitos. Yo no quiero más dulces⁶⁰⁶.

Uno de los lastres, y lo llamamos lastre porque dificultó enormemente (imaginamos que también tuvo mucho que ver su carácter) su incorporación a la vida oficial del régimen franquista, fue la educación que recibió antes de la guerra, primero en el instituto, con los dictados de la Institución Libre de Enseñanza muy presentes, y después en la universidad, ya bajo el gobierno republicano. En aquel sistema educativo, se proyectaban una serie de valores en los que el alumno era el principal elemento de todo el sistema. La base de aquella educación estaba en el trabajo, único medio de poder conseguir los fines que cada uno se proponía.

Voy reduciendo al mínimo mis caprichos y mis apetencias, y he descubierto lo falaz de muchas cosas —aún externamente valiosas— en cuanto se las toma metafísicamente: el trabajo, por ejemplo⁶⁰⁷.

⁶⁰⁶ Carta de Alonso Zamora Vicente a Manuel Alvar; Madrid, 18 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente.

⁶⁰⁷ Carta de Alonso Zamora Vicente a Manuel Alvar; Madrid, 18 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente.

Ese modelo chocaba totalmente con el oscurantismo burocrático que triunfaba en aquella universidad de la posguerra, en donde lo que menos importaban eran los alumnos y lo que se les enseñaba; y en donde, por el contrario, se valoraba la aceptación de unas normas y de una disciplina muy ligada al régimen dominante. Él sabía que esta actitud le iba a causar ciertos problemas para poder seguir trabajando dentro de la universidad española.

Sé que me voy a quedar bastante solo, es verdad, pero en nuestro país, hoy, la soledad es la forma primera de la dignidad. Y también la más sólida⁶⁰⁸.

A todo esto debemos añadir el ambiente de la ciudad. A pesar de que Salamanca había avanzado respecto a la década de los cuarenta, todavía se mantenía un mundo muy rural y conservador al que Zamora Vicente le costaba mucho adaptarse.

Se me hace muy difícil volver ahora a la Salamanca de los años cincuenta y tantos [...]. Una universidad incómoda, donde la bobería ministerial encontraba un sólido refugio a la hora de inventar planes, discutir distribuciones de enseñanzas, hacer infinitos proyectos... La ciudad estaba sumida aún en un oscuro letargo, un letargo de siglos y estulticia, donde los primeros pantalones femeninos (llevados por extranjeras, naturalmente) causaban pavor y alguna persona de raza negra que por allí apareció tuvo que andar poco menos que escondiéndose [...]. Aún pululaban por aquellas calendas las procesiones frecuentes y las misiones a voz en grito, atronando plazuelas y encrucijadas con la amenaza rimbombante de los daños infernales⁶⁰⁹.

⁶⁰⁸ *Ibidem*.

⁶⁰⁹ Alonso Zamora Vicente: «Retrato»..., págs. 533-540. Esta opinión sobre la ciudad del Tormes, la expresa también una antigua compañera de la facultad de Zamora, María Rosa Alonso: «Salamanca desgrana su provinciana vida con esa lentitud que cobra el tiempo en los pueblos castellanos, pero no es toda ella vida arqueológica o vida gris del vulgo amorfo y adocenado; el grupo universitario salmantino en el que están algunos antiguos compañeros y amigos —los catedráticos Antonio Tovar, Alonso Zamora—, o el catedrático García Blanco [...], y otros compañeros suyos trabajan en Salamanca en silencio y con afán por la cultura española». María

Para preparar la salida de la universidad, su familia se trasladó a vivir a Madrid⁶¹⁰ a mediados de la década de los cincuenta, y él viajaba cada semana de una ciudad a otra⁶¹¹. En 1959 solicitó una excedencia por un año que fue prorrogando a medida que pasaba el tiempo, y empezó a buscar nuevos destinos, principalmente en el extranjero. Antes de salir de la universidad, le propusieron para ocupar el cargo de director adjunto del Departamento de Actividades Culturales de la Unesco.

En cumplimiento de la Orden de V.E. nº 84 de 20 de mayo actual, tengo la honra de poner en conocimiento de V.E. que esta delegación ha entregado al director general de la Unesco el currículum vitae redactado en el formulario típico de la organización, de don Alonso Zamora Vicente, cuya candidatura ya fue presentada por esta delegación permanente, para el puesto de Director Adjunto del Departamento de Actividades Culturales⁶¹².

Rosa Alonso: *Pulso del tiempo...* pág. 81.

⁶¹⁰ «Ya no tenemos el rinconcillo de Milicias Nacionales, a donde usted escribió alguna vez. Nos resultaba demasiado rincón, y decidimos poner casa en Madrid. Por lo menos, en Madrid, cada cual vive como le da la gana» Carta de Zamora Vicente a Max Aub, Madrid, 25 de mayo de 1958. Fundación Max Aub. También le informa a su amigo Camilo José Cela del cambio de domicilio: «Hemos puesto un cacho de casa en Madrid (se trataba, ante todo, de llevar a los críos a un sitio decente para el desasnamiento). Vivimos en Amado Nervo, 3, 5ª (Barrio del Niño Jesús)». Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 15 de diciembre de 1958. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶¹¹ «Repito hoy el viaje, una vez más, de Salamanca a Madrid, una luz extraña en el aire, transparencia creciente, afilándose sobre la sierra lejana, azul y blanca, meciéndose sobre los trigos altos [...]. Ya hace mucho tiempo que no he hecho el viaje en uno de estos coches de línea, lentos, quejicones, una ortografía de tristeza en cada parada. Salamanca-Madrid por Arévalo, carreteras desviadas, olvidadas entre los pueblos de mucha historia y muchas calamidades, polvorientos.» Alonso Zamora Vicente: «Castilla adentro», en *La Nación*, 1 de diciembre de 1957. También recogido en *Libros, hombres, paisajes*, Madrid: Editorial Coloquio, 1985, pág. 151.

⁶¹² París, 24 de mayo de 1957. Federico Díez, delegado permanente de España ante la Unesco. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

IV.- ZAMORA VICENTE Y LA VIDA LITERARIA EN LA ESPAÑA DE LOS CINCUENTA

1.- LOS PRIMEROS LIBROS DE CUENTOS

En la década de los cincuenta, Zamora Vicente publica sus dos primeros libros de cuentos: *Primeras hojas* en 1955, y *Smith y Ramírez S.A.* en 1957. Como ya hemos dicho más arriba, fue durante los años que estuvo en Argentina cuando empezó a publicar artículos de creación en revistas y periódicos de la capital bonaerense.

Creo que, aparte de esos ensayitos deliciosamente inocentes de la adolescencia (a mí no me da reparo alguno hablar con lugares comunes), empecé realmente, en realidad de verdad, el día que, siendo profesor extraordinario de la Universidad de Buenos Aires, recibí una amable invitación de Eduardo Mallea para colaborar en el suplemento literario de *La Nación* (Mallea era entonces el director de esa sección)⁶¹³.

Eran artículos sobre temas literarios, en los que iba introduciendo elementos pertenecientes o bien a la ficción o bien a un pasado lejano. Con el paso del tiempo, los autores o los libros sobre los que escribía dejaron de ser objeto de estudio para convertirse en personajes ya no del artículo y sí del cuento. La imaginación y el recuerdo, animados por las lecturas de juventud (Marcel Proust, John Dos Passos y sobre todo James Joyce), se fueron apoderando de la erudición y el contenido didáctico fue dejando su espacio a la ficción. Y así fue como se lo dijo Eduardo Mallea:

Yo escribía en *La Nación* artículos de cosas, solía salir uno cada quince días, escribía en el suplemento literario del periódico, y de pronto salió alguno que Mallea me dijo «no se da usted cuenta de que esto es un cuento precioso»⁶¹⁴.

⁶¹³ Alonso Zamora Vicente: «Yo escribo los domingos»..., pág. 276

⁶¹⁴ Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre 2002 y 2004.

Antes de llegar a Argentina, Zamora Vicente ya había escrito, en los años de universidad, algún relato que publicó en una revista *Horizontes*, editada por el Colegio de Médicos, que administraba un amigo suyo de la Facultad, Miguel Cuesta, quien ocupaba un pequeño cargo en una sección socialista. Eran escritos en los que, como él solía decir, «no era yo el que escribía, era Azorín», tanto se nota la influencia del escritor alicantino en esos artículos de juventud. En ellos, el estudiante de filología cuenta las impresiones que le habían causado los cuadros de El Greco *El caballero de la mano en el pecho* y *El entierro del Conde de Orgaz*, en una de las visitas que hizo con la Facultad al Museo del Prado y a la ciudad toledana⁶¹⁵.

Antes de la guerra había escrito algo en revistas de la Facultad. Era prosa. Recuerdo que una se publicó en una revista que se llamaba *Horizontes*, creo que era del Colegio de Médicos, que administraba un gran amigo mío, Miguel Cuesta, que estudiaba en la Facultad y era jefecillo de una sección socialista. Se casó a los quince días de estallar la guerra con una chica que se llamaba Carmen Maestre. Miguel trabajaba en cosas del Colegio de Médicos. A las veinticuatro horas de armarse el jaleo me mandó a casa un aval para que pudiera andar por la calle sin ningún problema, era un aval del Colegio de Médicos.

⁶¹⁵ Alonso Zamora Vicente: «El caballero de la mano en el pecho» en *Horizontes: revista mensual de juventud*, Madrid: Antiguos Alumnos del Colegio de Huérfanos de Médicos, núm. 7, diciembre de 1934, págs. 3-4. «Los caballeros del entierro del Conde Orgaz», en *Horizontes: revista mensual de juventud*, Madrid: Antiguos Alumnos del Colegio de Huérfanos de Médicos, núm. 7, febrero de 1934, págs. 5-6.

2.- UNA NOVELA INÉDITA

En aquellos años de juventud, también escribió una novela breve sobre la Guerra Civil.

También escribí un relato sobre la Guerra Civil. Estaba muy bien encuadernado, en cuartillas de las que empleábamos para tomar los apuntes, hasta un real valía el centenar en la Unión Bolsera. María Josefa las guardó. Lo escribí ya acabándose la guerra. Desde entonces no escribí nada de ficción hasta que llegué a Argentina⁶¹⁶.

Recientemente, tras su fallecimiento, he encontrado entre sus papeles una novela breve sobre ese tema. Parece ser que en los años cincuenta regresó sobre la novela con intención de rehacerla, como le dice a Max Aub en una carta:

Bien, en cambio yo creo que escribiría con gusto muchos de los cuentos que usted recoge en *Cuentos ciertos*: todo el material de la guerra española, de los campos, de la retirada de Cataluña, están dentro de mi experiencia. Precisamente ando ahora escribiendo, o intentando escribir una novelita con esas experiencias. A veces, me gana el desaliento, porque sé que no se podrá publicar en España⁶¹⁷.

Se trata de un texto mecanografiado, lleno de correcciones manuscritas, de unas cincuenta páginas. Bajo la fina capa de la ficción podemos encontrar, a poco que rasquemos, los recuerdos todavía cercanos de la guerra que a Zamora Vicente le tocó vivir, y que de vez en cuando, los que nos acercamos a él conseguimos que nos contara, con un gesto de dolor y de rechazo por no conseguir olvidarlos para siempre.

⁶¹⁶ Entrevista mantenida con Alonso Zamora Vicente entre 2002 y 2004.

⁶¹⁷ Carta de Zamora Vicente a Max Aub, Libardón, 5 de agosto de 1958. Fundación Max Aub.

La novela narra los años de la guerra de un joven, que tiene muchas coincidencias vitales con el autor. El protagonista es «Antonio San Miguel, estudiante de Filología y Letras, veinte años, último vástago de familia tradicionalista y burguesita, rápidamente empobrecida, sólo rica de presunción y de recuerdos» (fol. 44). Datos todos ellos que coinciden con los de Zamora Vicente, por lo que podemos sospechar sin miedo a equivocarnos que tras este personaje se esconde el autor. La historia transcurre en su mayor parte en una masía situada entre Igualada y Manresa, donde un pequeño batallón se refugia durante la batalla del Ebro: «Agosto, 1938. La lejanía hacia el frente del Ebro se la ve cambiar de perfil al cesar las humaredas: es el bombardeo atroz, intensísimo. Poniendo el oído en la tierra, llega un zumbido sordo, estremecedor» (fol. 18). Allí Antonio se dedica a la intendencia: «En el Forn del Agustí se ha instalado un pequeño depósito de la Intendencia de la Brigada. Antonio y tres soldados más lo cuidan» (fol. 14). En el capítulo dedicado a los años de la guerra, vimos como don Alonso pasó gran parte de la misma en una masía que se encontraba en la misma zona en la que transcurre la novela, y su labor en el batallón fue la de intendencia. Los soldados conviven con la familia dueña, una familia llena de desgracias y de odios que explotan cuando el padre, ya muy mayor, muere. Durante el tiempo que pasa en ese lugar, el estudiante de filología aprovecha para leer todo lo que puede: «Del Casino Obrero de Igualada se pueden sacar algunos libros. Hay una biblioteca modesta, interesante: clásicos, libros de técnica, las traducciones de novela que hacen los editores barceloneses, muchos libros de teoría socialista y comunista [...]. Libros para acompañar la soledad: Shakespeare, Tito Livio, Thomas Mann, Dostoievsky, Proust. Todo Unamuno, Rousseau, Pascal. Y muchas novelas francesas: Martin du Gard, Mauriac, Gide. Antonio lee ávidamente, mezcladamente, tumultuosamente» (fol. 36). Los recuerdos del pasado y la preocupación por los seres queridos afloran a lo largo de toda la novela. Antonio (Alonso) se acuerda de la muerte de su madre, «cuando se murió su madre, él niño todavía, en un Hospital de Carabanchel, apenas se la dejaron ver, le

volvieron a casa en un taxi, sería un taxi, porque entonces...» (fol. 30). Recordemos que su madre murió en el hospital de Carabanchel cuando él era niño. También se acuerda de su hermano y de cómo tuvo que buscarlo los primeros meses de la guerra por los depósitos de cadáveres de Madrid: «Y se acordaba de las fotografías de fusilados que tuvo que ver por centenares, hasta no poder más por el asco, cuando buscaba a su hermano Federico, preso en el frente, juzgado y condenado a muerte, largo tiempo sin saber de él» (fol. 30-31). Los amigos de la Facultad que fueron asesinados en los primeros días de la guerra: «Y de Eduardo Rodríguez (bajo ese nombre se esconde Eduardo Ródenas, director entonces de la revista falangista *Haz*, que apareció muerto en El Molar), y de Miguel Cuesta (como acabamos de ver, él fue el que invitó a Zamora Vicente a publicar en la revista del Colegio de Médicos), y de tantos otros compañeros de Facultad que habían muerto, en el frente o asesinados en la retaguardia» (fol. 31).

Con el ejército republicano derrotado en la batalla del Ebro, las tropas franquistas avanzan hacia Cataluña. Antonio, junto con su brigada, tiene que huir y salir corriendo bajo la metralla que disparan los aviones de los sublevados. En ese momento se produce un hecho que a Zamora Vicente le tocó vivir, y que me impresionó bastante cuando me lo contó, pues es una muestra evidente de lo azarosa que es la muerte en la guerra. En plena huida Antonio y un compañero se refugian entre los árboles..., pero, como nosotros ya hemos contado esta anécdota más arriba, dejemos que sea el protagonista quien nos lo narre: «Aviones, siempre aviones. El grupo busca refugio bajo unos olivos. Vuela muy bajo, ametrallando. Se oye el silbido de los proyectiles mezclado al tableteo de la ametralladora. Se palpa, se siente el peso del avión cuando su sombra se acerca. No se siente el frío. Antonio y el andaluz están refugiados junto al tronco de un olivo. Charlan con esa vaga indiferencia que da el hábito del peligro [...]. Un silbido. Silencio. Antonio se vuelve a mirar a su compañero. Ya no es. La sonrisa parada, la boca comenzando su última mueca» (fol. 49-50).

En medio de la historia se intercalan recuerdos de Madrid, de los primeros días de la guerra: «Antonio buscó el cobijo del portal más cercano, y desde allí pudo ver el repentino silencio luminoso de aquel 19 de julio» (fol. 42). Eran unos momentos en los que no se sabía qué era lo que iba a pasar, si la vida continuaría su rutina diaria («Al mes de comenzar el lío, nada estaba claro. Todavía se podía pensar en que, al llegar octubre, todo lo más noviembre, se podía volver a la Facultad», fol. 44), o si se encontraban en una guerra: «La guerra —ya se hablaba de guerra civil», (fol. 44) les iba a truncar sus esperanzas vitales. Aquel 19 de julio, Antonio se iba a encontrar con Lolita: «Hacía calor. En aquella esquina de Princesa y Rodríguez San Pedro, donde solía esperar todas las tardes a Lolita para dar el paseo de costumbre» (fol. 42). No nos puede resultar extraño que quien se esconda detrás de Lolita sea María Josefa; en la novela que ella escribió, *Penal de Ocaña*, Zamora Vicente aparece oculto bajo el personaje de Miguel Ángel Arriola.

Desconocemos las razones por las que no llegó a publicar la novela, en la carta que le escribió a Aub dice que «a veces, me gana el desaliento, porque sé que no se podrá publicar en España». Siempre que hablaba de ella, decía que se trataba de un ejercicio de escritura que hizo durante su juventud. Tal vez también se tratase de un ejercicio de depuración interna, por la necesidad de arrancarse unos atormentadores recuerdos. Parece que pasados los años, ya a mediados de los cincuenta, cuando se encuentra en Salamanca como catedrático piensa en la novela y en una posible publicación. El ejemplar que nos ha llegado se encuentra perfectamente mecanografiado, ordenado, foliado y encuadernado en una vieja carpeta, como si estuviese dispuesto para ser enviado a alguna editorial. En algunos de los folios aparece el sello de la universidad salmantina. También encontramos avisos en palabras o frases que pueden tener problemas con una posible censura. Zamora Vicente se autocensura a sí mismo antes de que la novela, en el caso de que la llegase a publicar, tuviese que pasar por la censura del régimen. Así encontramos, en el folio 36, redondeado y con una llamada lo siguiente «los libros de la edición del combatiente».

No sabemos si ahora es una buena ocasión para publicar este texto, o si a alguien le puede interesar, pero sí es cierto que junto con la novela de María Josefa Canellada, *Penal de Ocaña*, es una muestra de cómo vivieron ambos los duros años de la guerra civil.

3.- SMITH Y RAMÍREZ, S.A.

En el capítulo que abre esta tesis hemos analizado el primer libro de cuentos de Zamora Vicente, *Primeras hojas*. Junto con *Examen de ingreso* (al que también nos hemos referido ya), forma un conjunto de recuerdos de infancia. *Smith y Ramírez, S.A.*⁶¹⁸ se publicó en 1957 en la editorial Castalia que dirigía su amigo y compañero de tertulia Antonio Rodríguez Moñino. Salió publicado en la colección «Prosistas contemporáneos. Colección de escritores españoles de hoy» que, según decía en los créditos, «aspira a poner en manos del lector las páginas más selectas de diez escritores españoles de nuestros días». Otros escritores que publicaron en esa colección fueron Camilo José Cela, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos y Jorge Campos, entre otros.

El volumen está formado por siete cuentos de los cuales tres fueron publicados con antelación en *Ínsula*⁶¹⁹. *Smith y Ramírez, S.A.* resulta un tanto extraño dentro de la obra creativa de Zamora Vicente, ya que tanto por el contenido como por la forma de narrar se asemeja poco a sus textos posteriores. Mucha de la crítica de entonces vio en él una obra de literatura fantástica y absurda. El mundo absurdo en el que quedan encerrados los personajes ha

⁶¹⁸ Alonso Zamora Vicente: *Smith y Ramírez S.A.*, Valencia: Castalia, 1957.

⁶¹⁹ «Anita», *Ínsula*, 108, Madrid, diciembre de 1954, pág. 12. «Apiguaytay» en *Ínsula*, 113, Madrid, mayo de 1955, pág. 10 y «Tren de cercanías», *Ínsula*, 124, marzo de 1957.

llevado a alguno de los críticos a relacionar el libro con los cuentos y novelas del genial escritor checo Frank Kafka⁶²⁰. Para otros críticos, la literatura que se estaba escribiendo en Argentina durante el tiempo que él estuvo allí, sobre todo los cuentos fantásticos del primer Julio Cortázar, influyeron mucho en su segunda experiencia literaria⁶²¹. Las nuevas técnicas de expresión y la prioridad que Zamora Vicente otorga a la fantasía en estos cuentos fue toda una novedad en la literatura española de los años cincuenta adormecida como estaba en el realismo costumbrista.

Zamora Vicente ofrece una gran originalidad creadora en la presentación de sus universos fantásticos. En *Smith y Ramírez, S.A.* rompió ya en los cincuenta los esquemas de la década en tres frentes: opuso fantasía frente a realismo, experimentó técnicas revolucionarias en el discurso narrativo, como el estilo directo libre, el fluir de la consciencia, el fluir de la vida, etc.; y adoptó el cuento fantástico-alegoría, estilo

⁶²⁰ «El cuentista Zamora Vicente se beneficia con el Zamora Vicente filólogo y crítico. Los procedimientos de estilo y de composición de sus narraciones implican un atento estudio de los experimentos literarios del pasado y también de las posibilidades expresivas de la lengua. Hay estudiosos que, al escribir ficciones, suelen endurecerlas con maneras expresivamente inadecuadas, académicas y tradicionales. No Zamora Vicente. La educación filológica y literaria le ha servido precisamente para desnudar su prosa y hacerla mover con gracia y libertad. No se ha distraído tampoco para los caleidoscopios de la prosa contemporánea. Tienen los cuentos de Zamora Vicente, algo de James Joyce (el uso del monólogo interior directo) y algo de Frank Kafka (el uso de incidentes pesadillescos), aunque todo con un sello muy hispánico.» Enrique Anderson-Imbert: *El cuento español*, Buenos Aires: Editorial Columba, 1959, pág. 45. Este mismo crítico seleccionó el cuento «Anita» para la antología *Veinte cuentos españoles del siglo XX* (Edited with Introduction, Notes, an Vocabulary, by Enrique Anderson-Imbert and Lawrence B. Kiddle), New York: Appleton-Century-Crofts, Inc, 1961. Otros escritores que aparecen en esa antología son: Blasco Ibáñez, Unamuno, Baroja, Azorín, Cela, Delibes, Ignacio Aldecoa, Ana María Matute, entre otros. Para Rafael Lapesa, la atmósfera de pesadilla y absurdo que caracteriza a los cuentos de este libro está en estrecha relación con el libro de Kafka *El proceso*, en cambio, para Zuleta tiene más que ver con *El castillo*.

⁶²¹ Así lo ve Emilia de Zuleta: «Esta segunda dirección de su obra narrativa —lo fantástico y la atmósfera de lo absurdo kafkiano de las grandes ciudades, dentro de un cauce expresivo liberado—, tampoco era ajena al clima intelectual de Buenos Aires entre 1948 y 1952, época de su permanencia allí. La cultura porteña, que mantenía su tradición de máxima apertura y universalidad registrables en la actividad editorial, publicaciones periódicas y traducciones, se concentraba a la vez, durante esa etapa peronista, en el intercambio amistoso e intelectual de pequeños grupos de espíritus afines. Daniel Devoto y Julio Cortázar, que en 1951 había publicado su *Bestiario*, estuvieron muy próximos a Zamora Vicente por entonces», Emilia de Zuleta: «Reconstrucciones de un mundo por el lenguaje (Zamora Vicente narrador)», en *Revista de Filología Románica*, núm. 7, Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990, pág. 258.

Kafka, para expresar su reacción al tiempo en que vivía, presentándonos a más de quince años de distancia, una atmósfera perfectamente lograda, en este género; se convierte en una «rara avis» de la literatura española, ya que aparece en 1957, con todos los elementos que presenta esta modalidad [...], constituyendo un claro precedente y un modelo en su género de todas las creaciones que han aparecido con posterioridad en España⁶²².

Pero el libro, además de tener todas esas vertientes que atinadamente fueron descubriendo los diferentes críticos, también esconde una fuerte crítica a la España triunfante en la que vivía un derrotado como lo era el autor. La muerte, la desaparición y el cambio de identidad son elementos comunes que aparecen en cada uno de los siete cuentos. Enmascaradas en situaciones normales de la vida, que debido a la tragedia que esconden se pueden clasificar de absurdas, el novelista muestra esas tres circunstancias que fueron las que le tocó vivir a él y a muchos compatriotas tras la guerra civil.

La muerte la encontramos en «Anita», la mujer que lleva ya varios años muerta, pero que se aparece a un hombre para bailar con él en la sala de fiestas, como si nada hubiera ocurrido y se pudiera recuperar el tiempo perdido. Eso era lo que muchos soñaban en aquella España, recuperar un tiempo perdido. También en «Pasado mañana», la mujer que pierde a su futuro marido el día antes de la boda y que se encierra en sí misma para no creer que sea verdad lo que ha pasado. Es lo mismo que les sucedió a los españoles, que se encontraron con una guerra que, de un día para otro, truncó todos sus planes de futuro. Por último encontramos la muerte en «Tren de cercanías»; la protagonista que viaja en el tren y va sacando cosas de su bolso, que le traen recuerdos de un pasado agradable, hasta sacar la pistola con la que se suicida. La gente que está a su alrededor, en

⁶²² Flor Salazar: «Procedimientos expresivos y teoría de la literatura fantástica: *Smith y Ramírez*, S.A. de Alonso Zamora Vicente» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, Madrid: Universidad Complutense, editorial Castalia, 1996, pág. 230.

una reacción absurda, muestra una gran indiferencia ante el suicidio y sólo se preocupa de la mala educación de la señora por suicidarse delante de los niños o de que haya dejado todo tan sucio con las cosas que ha sacado del bolso. Es la indiferencia ante la muerte que tuvieron que aprender los españoles durante la guerra.

El cambio de identidad fue otra de las heridas que provocó la guerra en muchos españoles. Sus vidas tenían hasta entonces unos determinados derroteros que cambiaron radicalmente con la llegada de la guerra. Tuvieron que inventarse un nuevo devenir con unas circunstancias muy diferentes a las anteriores. Eso es lo que le sucede al hombre que pierde la mano en «De segunda mano», que tiene que probar otras que se adecuen a él, pero es él el que termina acoplándose a la nueva. Algo parecido les ocurre a los protagonistas de «Apiguaytay» y de «Un pobre hombre», que ven como sus identidades son ocupadas por otros. Como ellos, muchos españoles tuvieron que buscar después de la guerra una nueva identidad y adaptarse, de la misma manera que el protagonista de «De segunda mano» a su nueva mano, a las nuevas circunstancias que el régimen de Franco impuso en la vida española.

La última consecuencia de la guerra que Zamora Vicente quiere resaltar en este libro es la desaparición. Lo hace en la novela corta que da título al libro «Smith y Ramírez, S.A.» que es nombre de unos grandes almacenes situados en una gran ciudad cualquiera. Allí se pierde una niña, Ketita, que iba acompañada de su aya, Anna Falk. Los grandes almacenes se convierten en un campo de concentración, como los que vivió el propio autor después de la guerra, del que es imposible salir. Muchos fueron los españoles que desaparecieron durante el conflicto y después de él, y muchos más eran los que se encontraban «perdidos» en el nuevo régimen. Los niños encerrados en esos almacenes llevan la misma vida que los presos, aunque de puertas para afuera todo es bonito y agradable. En

este cuento, Zamora homenajea al *Diario de Ana Frank*, desde el nombre de una de las protagonistas, Anna Falk, hasta la estructura, que empieza con un narrador en tercera persona, continúa con la forma epistolar y termina con un diario que escribe la niña, ya mujer, perdida en los grandes almacenes⁶²³. El propio Zamora, en los últimos años de su vida, se acercó de nuevo al libro para revelarnos lo que realmente quería contar:

Harto de no ver más que redacciones más o menos atinadas, me introduje, sin darme cuenta clara, en la literatura fantástica. Quizá era una tonalidad kafkiana. Inevitablemente, se me desenvolvía, por todas partes, un manto simulador que derivaba a sutil alegoría. La historia de un hombre que cambia su personalidad por la de otro, lo que acaece en circunstancias especiales, en un paisaje cercano, con sus colores y sus ruidos, para mí ocultaba el desdichado trueque de la vida después de la guerra: los que dejaron de ser lo que eran para convertirse en otros, con nuevas apetencias, con diferentes ocupaciones, sí, pero unidos por el ansia de seguir viviendo [...]. Llamó la atención el librito por ser fantástico y salir en una España en la que no se hacía nada de esas características. Estábamos sometidos a una narración de corte barojiano, sin la crítica abrupta de Baroja, la que llenó muchos premios Nadal. Los que ocupamos una parcela social desterrada de los grupos dirigentes, los tolerados y marginales, teníamos que procurar evadirnos del ambiente, tercamente hostil. La irrealidad ofrecía excelente refugio. *Smith y Ramírez, S.A.*, cuenta la vida en el Departamento de Niños Perdidos, en unos grandes almacenes comerciales de hoy, donde se vende de todo [...]. Nuestra sociedad era un monumental departamento de extravíos, un gigantesco encierro aliñado de piedades, donde el Estado providente, con zurda sabiduría y arrogante pedancia, creía solucionar nuestras necesidades. Este libro fue, en sus días, una autobiografía más ajustada que la deducible de los fríos

⁶²³ Como acertadamente vio José Antonio Cáceres en su artículo «Lo fantástico y lo absurdo en *Smith y Ramírez SA*» en *Papeles de Son Armadans*, núm. CCIX-CCX, t. LXX, agosto-septiembre de 1973, págs. 225-246. En ese mismo número de la revista, también escribió sobre este libro Emilia de Zuleta en un artículo titulado «La narrativa de Alonso Zamora Vicente», págs. 182-217. Se ocupó también de este libro Jesús Sánchez Lobato: «En trono a *Smith y Ramírez, S.A.*, de Alonso Zamora Vicente» en *Lucanor*, núm. 3, Pamplona, mayo de 1989, págs. 55-70; y José Luis Cano en *Ínsula*, núm. 134, enero de 1958, pág. 8.

documentos. El libro gustó en la Europa que conoció los campos de concentración y el desprecio por la condición humana⁶²⁴.

Ya hemos dicho que los textos que forman el volumen tienen una clara influencia del cuento fantástico e incluso gótico, según han advertido algunos estudiosos. En el caso del cuento que lo abre, titulado «Anita», lo fantástico se une a la leyenda urbana moderna. Narra la historia de un hombre que, una noche, en una discoteca, conoce a una hermosa joven a la que invita a cenar y a bailar. Era una noche de invierno y ella únicamente llevaba un débil vestido que apenas la protegía del frío. Él, caballeroso, le prestó su abrigo. Después de pasar la noche juntos, él quiere acompañarla a su casa, a lo que la joven se opone. Al día siguiente busca su dirección y se acerca a la casa para verla de nuevo con la excusa de recuperar su abrigo. Le abre la puerta una señora mayor, madre de la joven, quien le informa de que su hija murió hace diez años. Él no se lo puede creer, pues el día anterior había estado bailando con ella. La mujer lo invita a que la acompañe al cementerio para que lo vea con sus propios ojos. Allí, junto a la tumba de la joven, encuentra su abrigo colgado. Sobre esta misma historia escribió un cuento Max Aub titulado «La gabardina»⁶²⁵.

⁶²⁴ Alonso Zamora Vicente: «Caminando, la meta enfrente. Autobiografía de Zamora Vicente», en *Ideas/Imágenes*, suplemento cultural de *La nueva provincia* (Bahía Blanca), 31 de agosto de 2000. En ese mismo artículo nos cuenta: «También he recordado, más de una vez, que la historia de Ketita, la niña acogida en el Departamento de Niños Perdidos, cosa frecuente en el barullo de las rebajas, fue muy bien entendida en la Europa que conoció los campos de concentración. Todos vieron en el vivir enclaustrado y dirigido del Departamento una visión de nuestra sociedad. Me gusta recordar lo que un eminente crítico nacional me dijo, sin atreverse a escribir nada sobre el libro: “Pero, hombre de Dios, ¿qué te ha hecho el Sepu...?”. Sepu era (Sociedad Española de Precios Únicos, creo), en versión modestita, lo que teníamos semejante a los grandes almacenes europeos (La Samaritaine, Bon Marche, Harrod’s). Me costó trabajo convencer al ilustre comentarista de que yo no tenía absolutamente prejuicio alguno contra Sepu. Al revés: compraba allí mis cuartillas de estudiante...».

⁶²⁵ Recordemos que Zamora Vicente antes de recoger el cuento en el libro, lo publicó en *Ínsula* en diciembre de 1954. Max Aub publicó su cuento primero en la revista *Letras de México*, 132, México, marzo de 1947, págs. 76-81; después lo publicó en la revista *Temas*, 31, Nueva York, mayo de 1953. También lo recogió en el libro *Ciertos cuentos*, México: Antigua Librería Robredo, 1955. También el escritor mejicano Guillermo Jiménez publicó en uno de sus libros esta historia.

Recibí *Smith y Ramírez S.A.*, que pese a mis deseos no he podido leer hasta ahora. ¡Y con qué gusto! Con el placer de encontrar una persona inteligente, más inteligente todavía de lo que uno suponía. ¡Qué bien! ¡Qué gracia en los asuntos, qué estilo tan precioso! No crea que todo va por usted, porque, entre otras cosas, hace doce años que escribí «Anita». Con otro título: «La gabardina». No me duele en prendas, y menos esta, para declarar que su cuento es mejor que el mío⁶²⁶.

Son muchas las coincidencias que existen entre los dos cuentos. Ambos presentan una estructura muy similar: primero hay una presentación de los protagonistas; después el encuentro con la mujer; a continuación nos describen el local; los dos van dando pistas a los lectores sobre el extraño comportamiento de la mujer; la despedida y la resistencia de ella a ser acompañada; la búsqueda de la casa y el encuentro con el familiar; la fotografía como elemento desvelador y por último el cementerio y el abrigo. Pero también son muchas las diferencias como ha señalado Ignacio Soldevila⁶²⁷. Como muy bien cuenta el estudioso de la obra de Max Aub, la historia de la mujer que aparece del más allá y que, una noche, seduce a un hombre, quien al día siguiente descubre que la mujer está muerta y recupera la prenda —casi siempre un abrigo— que es la prueba real de que se encontró con la dama y de que no fue una pesadilla, es una historia popular. José Manuel Pedrosa, en el prólogo de su libro *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas*⁶²⁸ recoge más de una treintena de versiones diferentes, tanto españolas como del resto del mundo, de esta historia. Como tal leyenda urbana se ha ido transmitiendo de unas personas a otras. Así fue como llegó a los oídos de Max

⁶²⁶ Carta de Max Aub a Zamora Vicente, de 29 de julio de 1958. Fundación Max Aub. En otra carta de 13 de agosto de 1958 le dice: «Lo que no sabe usted es que un escritor mexicano, actualmente ministro en Viena, Guillermo Jiménez, también escribió “Anita”». Fundación Max Aub.

⁶²⁷ Ignacio Soldevila Duarte: «Varios cuentos distintos y una sola historia ¿verdadera?» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 377-382.

⁶²⁸ José Manuel Pedrosa: *La autoestopista fantasma y otras leyendas*, Madrid: Páginas de Espuma, 2004.

Aub. En la misma carta, el escritor valenciano le explica a Zamora cómo llegó a él la historia:

En 1946, al arribo aquí de mi mujer, me contó el asunto como cuento que iba corriendo, entonces, por España. Es mucho más viejo⁶²⁹.

El filólogo le contesta explicándole cómo leyó la noticia en un periódico madrileño; suceso que había ocurrido en Buenos Aires y que no pudo corroborar cuando estuvo en la capital bonaerense⁶³⁰.

⁶²⁹ Carta de Max Aub a Zamora Vicente, de 29 de julio de 1958. Fundación Max Aub. Ignacio Soldevila, en el artículo antes citado, recoge el fragmento de una carta que le escribió Max Aub el 15 de abril de 1970 en la que le cuenta quién le había transmitido la historia a partir de la cual creó el cuento: «Lo que me contó Peua [era el nombre familiar de su mujer] (de pe a pa) fue “La gabardina”. Es un cuento que corría por Valencia, sobre todo por la canción, hacia 1945. Y al llegar aquí en 1946, me lo contó. Lo escribí, añadiendo exclusivamente la escena final. Es un cuento folclórico del que existía una versión mexicana que, según me enteré después, había recogido un escritor de segundo orden, ya muerto, Guillermo Jiménez. Ignoro en qué libro, si fue libro, o si publicó el relato en una revista. Era amigo mío y nos sorprendió la coincidencia». Ignacio Soldevila Duarte: «Varios cuentos distintos...», pág. 378. En la reedición del libro *Ciertos cuentos* llevada a cabo por la Fundación Max Aub y la Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana en 2001, en el estudio introductorio del cuento «La gabardina» cuentan que en el texto manuscrito del cuento encontraron una nota tachada que dice: «Según me dicen, Guillermo Jiménez publicó, hace tiempo, un relato sobre el mismo tema. Lo que aquí he contado fue oído por mí en boca de un español recién desembarcado de allá, hace unos meses». Esto desmiente la cita que aparece en el cuento que dice: «A mi novia, que me lo contó».

⁶³⁰ A pesar de que Zamora Vicente no encontró ecos de la noticia en Buenos Aires, Emilia de Zuleta cuenta que la historia era muy famosa en el Buenos Aires de los años cuarenta y cincuenta, cuando el escritor se encontraba allí dirigiendo el Instituto de Filología: «“Anita” pertenece a una de las formas más tradicionales del relato fantástico. Su tema deriva de uno de los grandes “universales fantásticos” de que habla Tzvetan Todorov en su *Introducción a la littérature fantastique*, y clasifica Roger Caillois en el prólogo a su *Antología del cuento fantástico* (1967); la mujer fantasma, seductora y mortal, que viene del más allá. Tiene en este ejemplo concreto de Alonso Zamora Vicente, una flexión tradicional o legendaria perfectamente reconocible porque la historia, tal como se cuenta, tuvo amplia difusión oral en Buenos Aires, en la década del cuarenta, atribuida a un conocido actor argentino». Emilia de Zuleta: «La narrativa de Alonso...», pág. 192. Durante la exposición del profesor Ignacio Soldevila en el congreso celebrado en marzo de 2001 en la Universidad de Alicante sobre Alonso Zamora Vicente, la profesora Emilia de Zuleta se encontraba entre el público escuchando al profesor Soldevila hablar sobre este tema y ayudó a aclararlo un poco más, como después recogió el propio conferenciante en las actas del congreso: «Durante la exposición de este texto, tuve la fortuna de contar entre mis oyentes a la Dra. Emilia de Zuleta, que recordaba perfectamente la anécdota que circulaba por Buenos Aires, y que daba como hecho realmente acaecido a un conocido actor de cine, Arturo García Martín, y cuyo desenlace había tenido lugar en el cementerio bonaerense de la Recoleta. Comentaba la Dra.

Le escribo a usted desde Libardón, un pueblecito asturiano donde pasamos la furia del calor. Hasta aquí me ha llegado su carta del 29 de julio, que le agradezco de veras. Precisamente en este mismo retiro he comenzado el descanso leyendo por vez primera su «Gabardina». Me mandó sus cuentos Manuel Alcalá, quizá también amigo de usted, y actual director de la Biblioteca Nacional de México. Me quedé de una pieza cuando leí el cuentecillo. Naturalmente, adiviné que los dos habíamos bebido de la misma fuente. Aún me acuerdo cómo me enteré yo del asunto. Venía en un ángulo (en el superior de la derecha) en un periódico de Madrid, la escueta noticia. La cosa había ocurrido en Buenos Aires. Cuando después he andado por Buenos Aires, yo pregunté a tirios y troyanos por la cosa, que a mí no me parecía fácil de ser olvidada. Y nadie tenía la menor idea. Por fin lo escribí en el 53. En el 54 salió en *Ínsula*. Y ahí lo tiene usted ahora⁶³¹.

4.- TERTULIA DEL CAFÉ LYÓN

Smith y Ramírez S.A. se publicó en la editorial Castalia, gracias a la intervención de su amigo Antonio Rodríguez-Moñino. Durante la década de los cincuenta, cada vez que Zamora se acercaba a Madrid, lo que solía ser habitual, pues su familia ya se había instalado en la capital mientras él continuaba con sus clases en Salamanca, se pasaba por la tertulia del café Lyón que dirigía Rodríguez Moñino. En el Madrid de la posguerra, las tertulias, tan habituales en la época de la preguerra, se mantenían, y los escritores, pintores, actores y demás artistas se reunían en distintos cafés de la capital: el Levante y el Universal en la Puerta del

Zuleta que ese actor conoció un definitivo eclipse en su carrera. Esto nos hace sospechar que podría haber sucedido de otra manera. Para justificar esa decadencia, se habría utilizado el tradicional tema de la mujer fantasma, tal y como lo cataloga Todorov, con la secuela de desgracia para quien es víctima de tal encuentro, según el tema tradicional. Probablemente don Alonso recaló en Buenos Aires cuando la anécdota ya había periclitado, y no tuvo la suerte de apelar a la excelente memoria de la Dra. Zuleta» Ignacio Soldevila Duarte: «Varios cuentos distintos...», pág. 379, nota.

⁶³¹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Max Aub, Libardón, 5 de agosto de 1958. Fundación Max Aub.

Sol; el Gijón y el Teide en el paseo de Recoletos; en la glorieta de Bilbao, el Comercial; de gran importancia fue la tertulia en la librería de Enrique Canito en la calle del Carmen donde nació la revista *Ínsula* y por la que también se pasaba de vez en cuando Zamora Vicente ⁶³²; o el café Lyon, en la calle Alcalá, en el tramo que va desde la Puerta de Alcalá a la plaza de Cibeles, enfrente del palacio de Comunicaciones.

En un principio la tertulia era en el café Gijón, donde Rodríguez-Moñino, que no se quería mantener al margen de los movimientos literarios de la década de los cuarenta y cincuenta, se reunía con un grupo de jóvenes escritores, entre los que estaban Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre y Rafael Sánchez Ferlosio. Con ellos creó la *Revista Española*, en la que estos jóvenes escritores empezaron a publicar sus primeros textos. Pero el café Gijón no convenía mucho a don Antonio, debido a que siempre había mucho ruido. Buscó entonces otro lugar con mayor tranquilidad y lo encontró en el café Lyon. Además de Rodríguez-Moñino, acudían diariamente a la tertulia, el padre López del Toro, José Gutiérrez Ballesteros —conde de Colombí—, Gaya Nuño, el periodista Ricardo García que utilizaba el pseudónimo de K-Hito, el arquitecto Luis Cervera y Vera, el conde de Canilleros, Felipe Maldonado, Joaquín del Val, el pintor Ortega Muñoz, Javier Lasso de la Vega, el marqués de Saltillo, Emiliano Aguado, Alonso Zamora Vicente y José María de Cossío que, junto con Moñino, dirigía la tertulia.

Durante muchos años, Cossío dirigía, con sus enormes dotes de conversador ameno y variopinto, la tertulia literaria del café Lion, acompañado por Antonio Rodríguez Moñino. No ha habido seguramente, desde las grandes tertulias del Romanticismo, o

⁶³² «Y todas esas relaciones maduraban en la tertulia de *Ínsula*, donde recalaba toda persona con curiosidad intelectual que remanecía por Madrid. Curioso vaivén que tenía al otro extremo la tertulia de Rodríguez Moñino y José María de Cossío, en el Lyon, ir y venir de Cibeles al pasaje del Carmen... Ese vaivén fue, durante unos años, una prolongación de un estilo de vida cultural, caracterizado por su espíritu limpio, su trabajo riguroso, su calidad literaria», Alonso Zamora Vicente: «Enrique Canito,...», pág. II.

desde las academias literarias del Siglo de Oro, un lugar más fácil y discreto para la convivencia. Por allí pasaban todos los eruditos o escritores extranjeros que llegaban a Madrid, nos enterábamos de las primicias editoriales de muchos lugares y en general del mundo universitario. Allí por vez primera vimos o tuvimos la noticia inicial de libros o artículos de la máxima importancia para la cultura hispánica, trabajos vedados por la cultura oficial. Creo que no habrá hispanista, en cualquier lugar del mundo donde esté anclado, que no evoque con vivo, cariñoso despertar aquellas tardes del Lion⁶³³.

Como dice Zamora Vicente, por aquella tertulia se pasaban muchos hispanistas que llegaban a Madrid para completar sus investigaciones. Después de visitar la Biblioteca Nacional o los archivos de la ciudad⁶³⁴, se acercaban al café Lyon para consultar a Rodríguez-Moñino cualquier duda bibliográfica que tuvieran. Allí acudían Keinston, Sicroff, Raymond Mac Curdy, Raimundo Lida, Norton, Dowling, Wilson, Glendining, Ian Michael, etc.⁶³⁵.

Hay otro lugar donde es fácil, también, encontrar a nuestros amigos los hispanistas, aunque no van allí a trabajar, sino a charlar en grata reunión: es el café Lyon [...] donde tiene su sede una tertulia que ya se ha hecho famosa y que rige, desde hace muchos años, Antonio Rodríguez Moñino [...] a quien el ilustre Marcel Bataillon acaba de llamar «príncipe de los bibliófilos». La fabulosa erudición de Rodríguez-Moñino, y su asombrosa memoria para recordar el dato preciso, tiene fama en todo el

⁶³³ Alonso Zamora Vicente: «José María de Cossío, un recuerdo», en *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1988, págs. 234-235.

⁶³⁴ «Acuden cada día, puntualmente, al Archivo Histórico Nacional, a la Biblioteca Nacional —aunque se quejan del rígido horario ¿por qué no está abierta también por las tardes en verano hasta las nueve o las diez de la noche?, a esa admirable Hemeroteca Municipal [...], al Archivo de Protocolos, a la Biblioteca de la Academia de la Historia y a otros muchos centros y bibliotecas, adonde persiguen la huella de un manuscrito de Quevedo o de Moratín, un dato biográfico de Góngora o de Espronceda, una comedia desconocida de Lope o de Calderón», José Luis Cano: «El verano madrileño de los hispanistas», *ABC*, 19 de agosto de 1966.

⁶³⁵ Según Ramón Solís: «La tertulia de Rodríguez-Moñino en el Lyon», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968, pág. 212. En ese mismo libro, la condesa de Romanones y Quintanilla recuerda también aquella tertulia, «Mi amigo Antonio Rodríguez-Moñino», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968, págs. 171-175.

ancho ámbito del hispanismo, y esa fama atrae a la tertulia del café Lyón a cientos de hispanistas que por ella desfilan cada día⁶³⁶.

También pasaban por ella profesores españoles que, con cierta frecuencia, se acercaban a Madrid procedentes de otras ciudades donde ejercían, es el caso de Antonio Vilanova, Blecuá, Díaz Plaja, Emilio Alarcos, Evaristo Correa Calderón, Fradejas, Eugenio Asensio, Clavería, Lázaro Carreter, Francisco García Lorca, Guillermo de Torre, López Estrada, Sito Alba, etc.

5.- EDITORIAL CASTALIA

Antonio Rodríguez-Moñino, además de dirigir la tertulia del café Lyón, también dirigió durante mucho tiempo varias colecciones de la editorial Castalia. Una de las más representativas fue la colección Clásicos Castalia que él creó en 1969 junto a Amparo Soler directora de la editorial y que durante bastantes años también dirigió Zamora Vicente.

Castalia surgió a partir de la imprenta valenciana Gráficas Soler que dirigía Vicente Soler. Durante la guerra civil, esta imprenta, bajo el nombre de Tipografía

⁶³⁶ José Luis Cano: «El verano madrileño de los hispanistas», *ABC*, 19 de agosto de 1966 y «Reuniones y tertulias», *El País*, 21 de agosto de 1985. Uno de aquellos profesores hispanistas, Elías R. Rivers, cuenta cómo acudía a la tertulia a pedir información bibliográfica a don Antonio: «Se señala todos estos detalles, no por ningún interés intrínseco que pudiera tener, sino por ejemplificar concretamente la ayuda científica y material que ha prestado don Antonio desde entonces a muchísimos hispanistas extranjeros, sobre todo norteamericanos que han pasado por Madrid. Trasladada su tertulia diaria al Café León, Rodríguez-Moñino hacía lo que no hacía ningún organismo oficial: daba una importante orientación bibliográfica, histórica y personal a los investigadores que venían a estudiar la literatura española. A algunos amigos españoles les molestaba la cantidad de extranjeros que predominaba en esa tertulia; pero Rodríguez-Moñino se daba perfecta cuenta de la importancia de la ayuda que él podía darnos a los pobres despistados, que a veces íbamos a descubrir algo significativo». Elías R. Rivers: «Rodríguez-Moñino y el hispanismo norteamericano», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968, págs. 196-197.

moderna y en la que trabajaba Manuel Soler, padre de Vicente y Amparo, había sacado impresos gran cantidad de libros, folletos, revistas —hay que destacar *Hora de España*— que durante la contienda salieron a la luz en la zona republicana.

Con el tiempo también empezó a publicar algún que otro libro; uno de ellos fue una edición en francés y en inglés de la novela ejemplar cervantina *El celoso extremeño*, en la que el bibliófilo también participaba: «Tengo el gusto de contestar a su carta última, acusándole recibo, al mismo tiempo, del prólogo puesto a la versión francesa del *Celoso extremeño* y del proyecto de propaganda que me incluye»⁶³⁷. Ahí es donde surge la relación entre la editorial y don Antonio. En aquellos primeros contactos con la editorial, Rodríguez-Moñino aclara al nuevo editor su nombre, ante el lío que éste se hacía con sus apellidos al escribirle, «mi nombre y primer apellido es: Antonio Rodríguez-Moñino. Se lo digo porque veo que en el sobre de las cartas y en el prospecto viene incompleto»⁶³⁸. A partir de este momento el bibliófilo se convirtió en el asesor literario de la nueva editorial y empezó a dar ideas sobre posibles colecciones. Una de las primeras propuestas fue la de publicar una selección de escritores de los siglos XIX y XX que abarcaran diferentes géneros.

El proyecto de usted en su carta del 7 me parece bien en principio. No se me ocurren títulos, al menos todos lo que quisiera. Vea usted algunos: Crítica: Azorín, *Lecturas españolas*. Poesía: García Lorca, *Romancero gitano*. Novela: P Luis Coloma, *Boy*. Poesía: Bécquer, *Rimas*. Teatro: Zorrilla, *Tenorio*. Novela: D'Ors, *La bien plantada*. Ensayo: Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*. Cuentos: Baroja, *Cuentos*. Esto es solo para poder seleccionar al principio entre los siglos XIX y XX⁶³⁹.

⁶³⁷ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Vicente Soler; Madrid, 15 de marzo de 1945. Archivo Editorial Castalia.

⁶³⁸ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Vicente Soler; Madrid, 16 de marzo de 1945. Archivo Editorial Castalia.

⁶³⁹ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Vicente Soler; Madrid, 16 de julio de 1947. Archivo Editorial Castalia.

Otra de las colecciones importantes que se puso en marcha fue la de Prosistas Contemporáneos en la que se publicaba novelas o cuentos de autores jóvenes que empezaban a destacar en el mundo literario de la época. La colección se inició con un libro de Camilo José Cela.

Para Prosistas modernos [sic] hay también material. Aguardo a que Díaz Cabañete me devuelva las pruebas con el prólogo de Cossío. Creo que en una semana y media tendré otro original⁶⁴⁰.

Pero sobre todo fueron colecciones relacionadas con la bibliografía y el romancero, temas en los que don Antonio era un gran experto, en las que más se centró la editorial. En la serie bibliográfica publicaron recopilaciones y estudios sobre libros españoles de todas épocas, y en la Colección Romancero de los Siglos de Oro varios volúmenes raros de la poesía de los siglos XVI y XVII. Otras fueron la de Autores Valencianos o la de Erudición y Crítica.

La editorial iba creciendo y buscaba una colección que le permitiera asentarse y consolidarse de forma definitiva. Amparo Soler, hermana de Vicente, se había hecho cargo de la editorial, que se había trasladado a Madrid⁶⁴¹, mientras que su hermano se encargaba de la imprenta en Valencia. Para conseguir la ansiada consolidación pensaron en la edición de obras de autores clásicos precedidas de una introducción y de notas hechas por algún especialista. Ya existía dentro de la editorial un proyecto parecido con la colección Odres Nuevos, que dirigía María Brey, esposa de Rodríguez-Moñino, en la que adaptaban al

⁶⁴⁰ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Vicente Soler; Madrid, 27 de mayo de 1952. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴¹ «Novedades: Instalación de máquina de ofset. Compra de un despacho en la calle Zurbano y muchas ganas de trabajar.» Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino; Madrid, 13 de abril de 1961. Archivo Editorial Castalia.

castellano actual, las obras más representativas de la literatura medieval. La colección funcionaba bien, desde punto de vista de las ventas, y la directora quería reforzarla o modificarla para aprovechar el tirón comercial que tenía⁶⁴².

Ideas sobre Castalia: Para irme formando una idea de lo que la Editorial pueda llegar a ser, yo necesitaría que usted me dijese qué piensa que sigamos haciendo con las colecciones que usted dirige, pues de algunas de ellas se han publicado muy pocos títulos y yo supongo que se podrían publicar muchos más. Sobre todo pienso que la colección Biblioteca de Erudición y Crítica es la que está llamada a desarrollarse más, especialmente ahora que usted se encuentra en contacto con los profesores especialistas en estas materias. La idea de hacer una colección de clásicos me parece magnífica. Creo que una de las cosas importantes sería encontrarle un nombre sonoro y comercial. Pero como la colección Odres Nuevos ha tenido tanto éxito y su nombre ha caldo tanto en la opinión, yo quisiera saber si valdría la pena que esta colección nueva de clásicos fuese una continuación de Odres Nuevos, ya que el subtítulo de «Clásicos Medievales en castellano actual» pondríamos transformarlo en otro que estuviese en consonancia con el carácter de los nuevos títulos que publicásemos. En una palabra, quiero decirle que Odres Nuevos podría tener dos series, una de Clásicos Medievales y otra de lo que usted determinase. En caso de que usted creyese conveniente darle un título nuevo a la colección, sería también el momento de estudiarle un formato y una presentación que fuesen realmente atractivos. Si usted ha

⁶⁴² «Me es penoso insistir tantas veces en la conveniencia de seguir publicando nuevos títulos dentro de la colección Odres Nuevos, pero son muchas las razones que tengo para ello y espero que ustedes las comprendan y disculpen mi pesadez. En primer lugar son los libreros quienes me hablan de ello ante la favorable acogida que ha tenido entre el público y los deseos de éste de ver editadas nuevas obras dentro de la colección. Incluso me apuntan generalmente los títulos que echan en falta, pero yo no quiero influir para nada en la decisión de María que es la directora de la colección puesto que ella y usted son los entendidos en la materia. Pero como la colección está lanzada y se vende sin esfuerzo, me estoy dando cuenta de que Odres Nuevos, si la cuidásemos y engordásemos, podría ser la base del sustento de Editorial Castalia. Desde el punto de vista comercial creo que tengo la obligación de insistir tantas veces, pues empiezo por tener la necesidad de producir y vender más para sostener una nómina de cuatro personas, sin contar me yo, al servicio de la editorial y luego quiero desarrollarla para poderle entregar a Federico una cosa hecha y en marcha tan pronto como termine su carrera [...]. La renovación de Odres Nuevos quisiera que fuese también externa. Vicente me ha hecho unas pruebas de estampado sobre papel de tela para encuadernar todos los tomos, suprimir la camisa y renunciar a la rústica. Se las mando por correo aparte para que las vean María y usted y me digan cuál le gusta más.» Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino; Madrid, 7 de diciembre de 1963. Archivo Editorial Castalia.

visto alguna colección de la que le gustaría que tomásemos modelo para imitar, dígamelo con objeto de que yo procure ver algunos de estos libros en Madrid. Lo verdaderamente importante para el éxito de la colección, para que viesan que Castalia renace con nuevos bríos y también para dar trabajo a la imprenta cuyas posibilidades han aumentado tanto, sería que los originales se comprometiesen con los autores de forma que pudiésemos programar una producción periódica a base de que cada 15 días apareciese un nuevo libro en el mercado⁶⁴³.

En los años sesenta, con el crecimiento económico que se estaba produciendo en España, la venta de libros aumenta de forma considerable⁶⁴⁴, lo cual es una buena oportunidad para lanzar al mercado una nueva colección de obras clásicas, con buenos estudios introductorios que acerquen estas obras a un público universitario cada vez más creciente.

Clásicos Castalia. Prefiero este título. Habrá que hacerlos en papel corriente, aunque no malo, cortados los márgenes, en rústica, cubierta de cartulina sólida, glaseada. Volúmenes de 250 a 300 páginas. Tiradas de 3.000 ejemplares por lo menos con objeto de que resultasen a precio económico, porque están destinados, en principio, a estudiantes. Habría que dar al autor 25 ejemplares y una remuneración equivalente al 10% del precio del ejemplar⁶⁴⁵.

Don Antonio, a pesar de ofertas que tuvo de otras editoriales para crear una colección similar⁶⁴⁶, se puso a trabajar duramente en la nueva colección, («No

⁶⁴³ Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino; Madrid, 1 de junio de 1963. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴⁴ «Antonio, el momento editorial en España es muy favorable para hacer cosas buenas. La gente va comprando algo más de libros y en el exterior el mercado se agranda cada vez más. Espero con impaciencia su regreso a Madrid para hablar de muchas cosas de la Editorial y que sin usted no puedo hacerlas.» Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino; Madrid, 18 de abril de 1964. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴⁵ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Amparo Soler; New York, 8 de julio de 1963. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴⁶ «Clásicos Castalia: La Editorial Esfinge de México, me tiene encargado el estudio de una serie similar: ha venido a verme el Director y hemos cambiado impresiones. Dejemos por ahora este proyecto, sin perjuicio de retomarlo dentro de un par de meses.» Carta de Antonio Rodríguez-

puedo más. Estoy escribiendo cartas —¡los malditos Clásicos Castalia!— desde las cinco de la mañana»⁶⁴⁷), para trazar un plan de actuación. Rodríguez-Moñino quiere aprovechar su estancia en los Estados Unidos —había sido nombrado vicepresidente de la Hispanic Society, y profesor en la Universidad de Berkeley— para implicar en el proyecto editorial a los especialistas en literatura española, españoles y extranjeros, con los que había tenido contacto en las distintas universidades americanas.

Vamos con Clásicos Castalia. Ya tengo todo el plan de los libros publicables y la lista de colaboradores principales. Adjunto: 1.- Lista de colaboradores. Envíeme dos copias a máquina y completen la dirección de cada uno, que pueden sacar del fichero que hay ahí, de los que han colaborado en mi Homenaje, etc. Yo completaré las que ustedes no tengan. 2.- Carta mía a los futuros colaboradores. Hay que poner en unas el párrafo que va marcado uno en rojo y en otras el que marcado dos. Envíeme dos copias a máquina de cada una. 3.- Carta de la Editorial a los colaboradores. Corrijan ustedes los detalles que estime pertinentes. Como la propiedad de los prólogos, etc., ha de quedar nuestra, quizá fuera bueno pagar algo más. Yo he puesto una cifra caprichosa. Mándeme también dos copias a máquina. Nada más por hoy. ¡A trabajar!⁶⁴⁸

La idea de la editorial era sacar al mercado varios libros a la vez, por lo que debían esperar a recibir las propuestas que los profesores con los que se habían

Moñino a Amparo Soler; Berkeley, 5 de enero de 1964. Archivo Editorial Castalia. Amparo Soler contesta, enfadada, a don Antonio: «Clásicos Castalia: No puedo forzarle a preparar esta colección inmediatamente como sería mi gusto, pero es tan importante publicarla que le ruego no deje pasar mucho tiempo sin volver a ello. Desde luego si usted prepara esta colección no será jamás para la Editorial Esfinge de México, sino para la Editorial Castalia. ¡No faltaba más!». Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino. Madrid, 18 de enero de 1964. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴⁷ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Amparo Soler; Berkeley, 6 de febrero de 1967. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁴⁸ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Amparo Soler; Berkeley, 12 de diciembre de 1966. Archivo Editorial Castalia.

puesto en contacto les hacían⁶⁴⁹. En 1968 empezaron a llegar los primeros libros y estudios introductorios.

Hemos recibido los siguientes originales para Clásicos Castalia: Prof. Correas Calderón; *Agudeza y arte de ingenio* de Baltasar Gracián; D. José Luis Cano: *Poesías completas* de Nicasio A. de Cienfuegos; Prof. Inman Fox: *La voluntad* de Azorín; Prof. Damiani: *La lozana andaluza* de Francisco Delicado; Prof. Penna: *El corbacho* del Arcipreste de Talavera; Srta. Ciplijauskaitė: *Sonetos completos* de Luis de Góngora; Prof. Rivers: *Poesías completas* de Garcilaso de la Vega; Prof. Jareño: *Poesías líricas* de Tirso de Molina; Sr. Ebersole: *La verdad sospechosa y el tejedor de Segovia* de Juan Ruiz de Alarcón; Prof. Dowling: *La comedia nueva* de Leandro F. de Moratín; Prof. González Muela: *Poesías* de Pedro Salinas; Prof. B. Place: *Casa de placer honesto* de Salas Barbadillo⁶⁵⁰.

Como muy bien había previsto Amparo Soler, la colección llegó a las librerías en 1969. El primer volumen fue *Sonetos completos* de Góngora a cargo de la profesora Biruté Ciplijauskaitė, y el segundo *Poesías* de Pedro Salinas, con introducción y notas de Joaquín González Muela. La publicación de estos dos volúmenes nos puede dar una idea de la intención editorial de esta colección, en la que se mezclaban los clásicos con los autores contemporáneos, que es la línea que todavía hoy se mantiene. Los volúmenes fueron muy bien recibidos por el público y pronto se convirtieron en el estandarte de la editorial⁶⁵¹.

⁶⁴⁹ «Estoy contenta de como van los Clásicos y estoy completamente de acuerdo con usted en que antes del 69 no podremos empezarla. Tengo la prisa justa para no lanzar una cosa mal hecha así que no se preocupe por mí.» Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino. Madrid, 5 de abril de 1967. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵⁰ Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino. Madrid, 9 de mayo de 1968. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵¹ Sobre la colección, dijo Amparo Soler en una entrevista poco antes de morir: «Fundamos la colección en 1968, ya que al morir mi padre la imprenta Soler quedó a cargo de mi hermano y Castalia me corresponde a mí, por deseo de mi padre. Es entonces cuando Castalia pasa a ser una editorial independiente de la imprenta Soler. Don Antonio proyecta esa colección de clásicos que, en el mejor estilo de una universidad moderna, no solamente edita a los famosos de los siglos pasados sino también introduce a autores contemporáneos. Por cierto, el primer autor contemporáneo fue Buero Vallejo. Don Antonio Rodríguez-Moñino hizo el plan perfecto para

La venta de libros va aumentando y cada vez felicitan más a la Editorial por la magnífica colección de Clásicos Castalia. Afortunadamente los libreros han tomado cariño a esta nueva colección y no faltan en las librerías. Lo importante es no dejar de publicar y que aparezcan con bastante asiduidad, pues de lo contrario, como usted sabe muy bien, pueden cansarse⁶⁵².

Don Antonio sabe que la única forma de mantener la colección es publicar varios libros al año, para que el público se familiarice con ellos y los tenga como punto de referencia a la hora de leer los clásicos de la literatura española, principalmente el público universitario que era al que iba dedicado la colección; sin embargo, como profesor también es consciente de que hay que tener paciencia con los especialistas debido a la gran cantidad de trabajo que tienen con sus clases e investigaciones.

Clásicos Castalia: He recibido hasta ahora los volúmenes 1-9. No vamos mal. Si en el resto del año sale media docena más, iremos magníficamente bien. Hay que tener muchísima paciencia con los autores porque todos estamos sobrecargados de trabajo y no puede abandonarse lo que hay en manos para acudir a Clásicos Castalia. Eso sí, recordarles, con toda suavidad, los plazos y no dejarles de la mano⁶⁵³.

Ante la cantidad de trabajo que daba la nueva colección, entró a colaborar en la editorial Elena Catena que se encargaba de revisar los originales que llegaban.

unos libros de lectura universitarios: introdujo biografía y crítica del autor editado, presentación del libro y una bibliografía selecta sobre el autor y la obra. Además, cada texto editado llevaba a pie de página notas sobre vocabulario, historia o circunstancias de la prosa, poesía o teatro según fuera cada tomo» «Amparo Soler conversa con Elena Catena» en *Conversaciones con editores. En primera persona*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006, pág. 26.

⁶⁵² Carta de Amparo Soler a Rodríguez-Moñino. Madrid, 3 de octubre de 1969. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵³ Carta de Antonio Rodríguez-Moñino a Amparo Soler; Berkeley, 12 de octubre de 1969. Archivo Editorial Castalia.

Ella hacía informes que después enviaba a Rodríguez-Moñino⁶⁵⁴. El ritmo de trabajo se acabó al poco tiempo, en 1970, con la muerte de don Antonio. Ante el fallecimiento de quien había sido su asesor literario durante 25 años, Castalia se quedó huérfana.

¿Qué puedo decirle del dolor que nos aflige por la muerte de Don Antonio? He sido de los insensatos que hasta no conocer la noticia, que me llegó telefónicamente por deseo de María Brey, no creí en ningún momento que Don Antonio se nos iba. No vi la llama hasta que no sentí la quemadura. ¿Y ahora? Pues no sé; intento imaginarme cómo querría él que marchara todo, y, por lo pronto, me limito a conducir a buen puerto lo que ya está en marcha. Y es mucho: unos ochenta contratos firmados para Clásicos Castalia y unos pocos más para las otras colecciones de Castalia⁶⁵⁵.

Así le escribe Amparo Soler a José Fernández Montesinos al poco de recibir la noticia de la muerte del gran bibliófilo. Como dice la directora, la editorial tiene que seguir avanzando y para ello necesita a alguien que continúe el trabajo iniciado por don Antonio. Amparo Soler piensa en José F. Montesinos como sustituto; él había sido un colaborador habitual de la editorial con la publicación de sus libros sobre Galdós, Valera o la *Introducción a una historia de la novela en el s. XIX*, y que por esos años estaba preparando una edición de *Lo prohibido* para la colección de clásicos.

Queridísima Amparo: por la propaganda de los Clásicos que me enviaste veo que te has obstinado en poner mi nombre en vedette. Lo siento, porque tendrás que quitarlo

⁶⁵⁴ En una carta a José F. Montesinos, Elena Catena explica cómo era el método de trabajo que tenía con Rodríguez-Moñino: «Se reciben con cierta frecuencia nuevas ofertas. En este caso yo escribía a don Antonio para que diera su visto bueno. Esto lo hacía únicamente cuando me parecía digno de consideración el nombre del ofertante o en el caso de que se tratara de un profesor extranjero del que yo no tenía ninguna noticia. Si el profesor era conocido, de solvencia, lo aceptaba y, después lo comunicaba a don Antonio». Carta de Elena Catena a José F. Montesinos; Madrid, 14 de abril de 1971. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵⁵ Carta de Amparo Soler a José Fernández Montesinos, Madrid, 29 de julio de 1970. Archivo Editorial Castalia.

cuando te convenzas de que yo no puedo servirte de gran cosa, incapacitado de estudiar los manuscritos y de juzgarlos de antemano por no conocer a casi nadie. Os habéis empeñado en llamar modestia el que yo me haga cargo de mis limitaciones y hacéis muy mal⁶⁵⁶.

A pesar de esta modestia, Montesinos se puso a trabajar y pronto mandó una lista de obras y las ideas que él tenía sobre la colección:

Yo tengo una lista de cosas, libros o autores, que hay que editar por fuerza. Algunos de los grandes clásicos lo han sido tanto, que tenéis la competencia de una porción de editoriales —me refiero a libros como *La Celestina*, *El Lazarillo*, *Las novelas ejemplares*, cosa así—. Las ediciones que se hagan de ellos deben ser de primer orden, pues es la única manera de batir al competidor. Y el problema será el de buscar a quién las haga⁶⁵⁷.

La labor de Montesinos al frente de la colección fue breve, ya que al poco de hacerse cargo de ella falleció. Después de una estancia en España, para dar unos cursos en la Universidad Central y Autónoma de Barcelona a finales de 1971⁶⁵⁸,

⁶⁵⁶ Carta de José F. Montesinos a Amparo Soler. Berkeley, 25 de febrero de 1971. Archivo Editorial Castalia. Elena Catena se alegra mucho de que sea él quien se encargue de la colección: «Cuando supe, con satisfacción y alegría, que usted se hacía cargo de la dirección de Clásicos Castalia [...]. Le ruego, que me dé instrucciones, directrices y normas sobre cómo desea usted que continúe la colección». Carta de Elena Catena a José F. Montesinos; Madrid, 14 de abril de 1971. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵⁷ Carta de José F. Montesinos a Amparo Soler. Berkeley, 25 de febrero de 1971. Archivo Editorial Castalia. En una carta a Elena Catena, matiza más su idea sobre los clásicos: «Creo que debemos tener un criterio un poco menos anárquico sobre lo que hay que publicar. Moñino, muy romántico en esto y en otras muchas cosas, propendía a creer en aquello de los clásicos olvidados, que inventó su amigo Sáinz Rodríguez, sin hacerse cargo de que este terminacho es una *contradictio in adjecto* —“clásico”, “olvidado”— se excluyen, pues si está olvidado, un autor no puede ser llamado clásico, es decir, modelo de algo. Yo no niego que en un país tan poco dado a leer y tan dado a olvidar como España, los descubrimientos sorprendentes puedan ocurrir cuando menos en la lírica tradicional de los siglos XV-XVI, el romancero nuevo...; en una nación así, nada puede maravillarnos». Carta de José F. Montesinos a Elena Catena, Berkeley, 27 de abril de 1971. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵⁸ «En España lo único que responde —que me responde, quiero decir; que me hace algún caso— es Barcelona. Daré un cursillo en la Central y otro en la Autónoma entre octubre y

regresó a California donde su estado de salud empeoró; su carácter no era el de un enfermo que siguiera a raja tabla las indicaciones de los médicos.

He llegado a Berkeley con todos los pronunciamientos desfavorables: cada día me siento peor, cada noche toso más, apenas puedo moverme, y como yo no sirvo para sillita de ruedas ni la nurse permanente, va a ser menester buscar una salida decente a todo esto. Creo que con volver a la media botella de whisky cada día estaría pronto libre de todas estas gaitas⁶⁵⁹.

En julio de 1972 José F. Montesinos murió; durante su dirección se publicaron en la colección diez volúmenes, muchos de ellos ya contratados de la época de Rodríguez-Moñino. El primero que salió fue *Los entremeses* de Cervantes —el número 29— y el último la *Obra poética* de Juan de Arguijo —número 39.

Lo substituyó al frente de la colección Fernando Lázaro Carreter, catedrático de la Universidad de Salamanca, que acaba de trasladarse a la Universidad de Madrid. Dirigió los Clásicos Castalia hasta 1978; durante estos seis años, el número de libros que salieron a las librerías por año disminuyó de forma considerable, tal vez debido a los compromisos que el catedrático tenía con otras editoriales, como Santillana donde publicaba los libros de lengua y literatura para estudiantes de EGB y de BUP. En los seis años se publicaron unos 40 volúmenes, unos siete por año, que no llegaba a los diez o doce que proponía Rodríguez-Moñino. El primero fue *El Quijote* de Fernández de Avellaneda. En estos años, se publicaron en dos tomos *El Quijote* de Cervantes —números 77 y 78— con estudio de Luis Andrés Murillo; el número siguiente fue una bibliografía fundamental sobre la obra del autor de Alcalá de Henares, hecha por el mismo crítico.

noviembre.» Carta de José F. Montesinos a Amparo Soler. Berkeley, 21 de mayo de 1971. Archivo Editorial Castalia.

⁶⁵⁹ Carta de José F. Montesinos a Amparo Soler. Berkeley, 10 de febrero de 1972. Archivo Editorial Castalia.

Alonso Zamora Vicente se hizo cargo de la colección Clásicos Castellanos en 1978. No tenemos muchos documentos que nos ayuden a estudiar cómo fue su época de director ya que el método de trabajo era a través del teléfono y con reuniones semanales con Amparo Soler y con su hijo Federico Ibáñez, según nos informa éste último. Fue con Federico, que se había hecho cargo de la editorial debido a la edad de su madre, con quien Zamora Vicente trabajó de forma más estrecha para sacar la colección adelante.

Llevamos algún tiempo juntos, dándole cuerda a una colección de clásicos, de clásicos modernos. Federico alberga el deseo de hacer la colección de nuestro tiempo, como otros tiempos han tenido la suya, ya desde las colecciones dieciochescas⁶⁶⁰.

Durante su dirección, y partiendo de la idea que tenía el nuevo director de la editorial de publicar a clásicos modernos, destaca la importancia que dio a la literatura contemporánea, de la que se publicaron más de 60 ejemplares. Para ello, Zamora contó con muchos compañeros de generación y de la Academia. Fue el caso de Dámaso Alonso, Camilo José Cela, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Carlos Bousoño, Claudio Rodríguez, Francisco Ayala, entre otros. También se centró mucho en la literatura hispanoamericana de los siglos XIX y XX, con autores, como Ricardo Güiraldes, Bioy Casares, Horacio Quiroga, Leopoldo Marechal, Nicanor Parra, Gabriela Mistral, Martín Luis Guzmán, y su debilidad poética, César Vallejo, etc. Otra labor importante que realizó en esta colección fue la de recopilar en antologías de distintos géneros algunas épocas de la literatura española e hispanoamericana. De las que salieron a la luz, destacamos una antología de la poesía española desde el siglo XV hasta el siglo XX, con un tomo dedicado al Renacimiento, otro al Barroco, otro al siglo XVIII, dos al XX; otra en la

⁶⁶⁰ Alonso Zamora Vicente: «Discurso de presentación del primer tomo del *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*», Madrid: 1988.

que se recopilaba el cuento español del siglo XX; y en tres tomos se hizo una muestra del cuento hispanoamericano del pasado siglo⁶⁶¹.

Dirigió la colección hasta su muerte en 2006; durante estos 18 años se publicaron 205 volúmenes, una media de algo más de diez por año. El primero que salió fue *El bandolero* de Tirso de Molina, y el último una antología poética de Vicente Gaos. En los últimos años de su vida, debido a su estado de salud, fue dejando la dirección de los Clásicos Castalia a su discípulo Pablo Jauralde, que hoy se encarga de ella y que con anterioridad dirigía en la misma editorial la Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica.

Con motivo de su jubilación académica un grupo de antiguos alumnos, Pedro Peira, Jesús Sánchez Lobato, Jorge Urrutia y Pablo Jauralde con el apoyo de la editorial Castalia, promovieron un homenaje a su maestro que se plasmó en seis volúmenes⁶⁶². La convocatoria del homenaje fue firmada por Emilio Alarcos,

⁶⁶¹ Amparo Soler, en una entrevista, hace una breve semblanza de los cuatro directores de la colección de clásicos: «Ya he hablado de don Antonio Rodríguez-Moñino, al que sucedió don José Fernández Montesinos, sabio, simpático, encantador [...]. Don Fernando Lázaro Carreter amplió nuestra colección de clásicos hasta que fue elegido director de la RAE. Ahora tenemos a otro gran profesor de la universidad, como es don Alonso Zamora Vicente. Nuestro catálogo verá que sigue un recorrido por las letras españolas, los grandes del 98, los grandes del 27 y los más contemporáneos. Recuerdo a nuestros directores con admiración y agradecimiento» en «Amparo Soler conversa con...», pág. 27.

⁶⁶² En la nota que la comisión organizadora puso en el primer tomo, deja clara cuál es la intención de este homenaje: «El Homenaje a Alonso Zamora Vicente surgió a raíz de su jubilación universitaria [...]. Va a tener todo el aire de un homenaje profesional, resuelto en colaboraciones filológicas venidas de muchos rincones del mundo, donde Alonso Zamora Vicente estuvo, trabajó, vivió, dejó en definitiva su cálida huella de profesor, escritor, investigador... El lector quizá no perciba —y es lo que hay que subrayar— cómo hacia estas páginas sobre dialectología, lengua, literatura, se ha vertido el cariño, el respeto y el agradecimiento de muchísimas cosas más, a veces harto distantes de la posible frialdad del objetivismo científico o crítico; la paciencia afable con que nos ha escuchado —sonrisa suave al fondo— tantas veces; la sencillez con que nos ha empujado a mirar en torno con profundidad y a aprender a deducir de las aristas confusas de nuestro mundo la pauta de trabajo, el juicio exacto, el lugar desde donde recoger la emoción estética. Le devolveremos con este trabajo conjunto las veces que nos ha dejado llegar a la intimidad de su lectura y, casi como sin darle importancia, ha mostrado —en su trato, en sus trabajos, en sus escritos— los resortes de su enorme capacidad receptiva, transmutada en juicio crítico para el

Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José Manuel Blecua, Camilo José Cela, Constantino García, Rafael Lapesa y Amparo Soler. Castalia ya tenía experiencia en editar homenajes a ilustres profesores, en su catálogo podemos encontrar los que se hicieron a Rodríguez-Moñino, Sherman H. Eoff, William Fichter, López Morillas y Ana María Barrenechea; con posterioridad al de Zamora, se han hecho homenajes a Claudio Guillén, Elías L. Rivers, Georgina Sabat-Rivers, Elena Catena, Agustín Redondo e Isaías Lerner. Sin embargo, el que se hizo a Zamora Vicente, debido a su voluminosidad, tenía unas características diferentes. Contaron con la colaboración de casi trescientos profesores y sus artículos se repartieron en seis tomos dedicados a distintos aspectos de la lengua y la literatura sobre los que el homenajeado había trabajado. El primero, que salió en 1988, estaba dedicado a la historia de la lengua y al español contemporáneo; el segundo a la dialectología y a estudios sobre el romancero; en el tercero, en dos tomos, se estudiaba, en el primero la literatura medieval y a la de los siglos XV a XVII, y en el segundo la de los siglos XVI y XVII; el cuarto, la literatura de los siglos XIX y XX; y el último, que vio la luz en 1996, estaba dedicado a la hispanoamericana y a la obra filológica y creativa del homenajeado. En este volumen se recogieron poemas de Benito de Lucas, Carlos Bousoño, José Luis Cano, Alfonso Canales, entre otros, dedicados al profesor retirado.

6.- EDITORIAL ALFAGUARA

Antes de dirigir la colección de Clásicos Castellanos de Castalia, Alonso Zamora había dirigido una colección similar en Alfaguara. La editorial la creó en 1964 Camilo José Cela junto con sus hermanos Juan Carlos y Jorge. Para el proyecto, Cela contó con los hermanos Huarte, Juan y Jesús, bibliófilos y coleccionistas de

estudioso o en creación literaria para el lector». Varios Autores: *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Castalia, 1988.

arte que se encargaron de la financiación del proyecto. La idea del autor de *La Colmena* era editar en buenos libros, muy cuidados, literatura interesante apoyando a los jóvenes escritores españoles y traduciendo las obras más representativas de los autores europeos que no habían llegado a nuestro país. El primer libro que publicaron fue *Viaje al Pirineo de Lérida*, del propio Camilo, con el que también se inauguraba la colección «La bota de siete leguas». Otros escritores que publicaron en la editorial fueron Francisco Umbral, Jesús Torbado, Manuel Vicent, Luis Berenguer o Daniel Sueiro, entre otros.

Dos de mis hermanos —Juan Carlos y Jorge, a quienes quizás conozca usted de los veraneos en San Rafael— han fundado en Madrid las Ediciones Alfaguara cuyo primer libro, que estará en la calle hacia la Navidad, será mi *Viaje al Pirineo de Lérida*, con el que también se abre la colección Las botas de siete leguas, de viajes por España. Mis hermanos aspiran a dar a sus nacientes ediciones un tono de seriedad y solvencia del que jamás piensan apartarse y en esto, como es lógico, tienen mi incondicional respaldo⁶⁶³.

La editorial tenía su sede en Madrid y en Barcelona, aunque su ritmo diario con continuas cartas, se llevaba desde Mallorca. El premio Nobel, además de publicar el primer libro de la editorial, publicó también alguna novela posterior, entre las que destaca *San Camilo* 36. Pero para lo que utilizó la editorial fue para publicar sus proyectos lexicográficos. El primero fue el *Diccionario secreto* en el que recoge términos escatológicos del español peninsular y del de América y que fue un éxito editorial. Junto con los diccionarios, se fomentó la edición de clásicos que

⁶⁶³ Carta de Camilo José Cela a Ramón Menéndez Pidal; Palma de Mallorca, 13 de noviembre de 1964. Archivo Fundación Camilo José Cela. «Recibo su carta comunicándome la decisión de sus hermanos de fundar la Editorial Alfaguara a la cual deseo el gran éxito que es de esperar comenzando con el Viaje pirenaico de usted», le responde don Ramón, el 16 de noviembre de 1964. Archivo Fundación Camilo José Cela.

se inició con una edición facsímil de *El Quijote* en colaboración con la Hispanic Society of America⁶⁶⁴.

Otra de las colecciones que se crearon fue la de Estudios de Literatura Contemporánea, que dirigía Zamora Vicente. En la colección se publicaron estudios sobre obras y autores que, si en un principio iban ser únicamente pertenecientes a la literatura española, con el tiempo se fueron ampliando también a la extranjera.

Hoy te escribo para una pregunta. ¿Crees que podríamos meter en nuestra colección de Estudios de Literatura Contemporánea, algo —o algos— de literatura no española? No recuerdo si tu idea era que fuese exclusivamente de temas nacionales o, por lo menos, de cosas en español. Pero quizá se podría ensanchar rápidamente con algunas cosas valiosas. Ya cuidaríamos de que no hubiese desproporción. En fin, piénsalo. Es solamente una muy modesta sugerencia⁶⁶⁵.

También el término «contemporáneo» ponía demasiados límites a la colección, por lo que el director de la misma entendía que «somos contemporáneos todos lo que vivimos, en cierta forma, de la Revolución francesa»⁶⁶⁶, de esta forma podía publicar un estudios de autores y obras de épocas anteriores. Los primeros volúmenes de la colección salieron en 1969. Se inauguró con un estudio de Concha de Zuleta sobre Navarro Ledesma, y el segundo fue *El último Juan Ramón* de Ricardo Gullón. No tuvo muchos años de vida la colección. Los problemas económicos que la editorial arrastraba y que

⁶⁶⁴ Sobre Alfaguara puede verse: Gabriel Ferrater y Fernando González: *Cela en Mallorca*, Palma de Mallorca: Consell Insular de Mallorca, 1989.

⁶⁶⁵ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 22 de febrero de 1969. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁶⁶ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 21 de marzo de 1969. Archivo Fundación Camilo José Cela. «Dentro de poco tendremos un libro bueno sobre César Vallejo, y quizá algo más. También otro sobre los inicios de Larra. Creo que no habrá inconveniente en que arranquemos del XIX. Somos contemporáneos todos lo que vivimos, en cierta forma, de la Revolución francesa, qué le vamos a hacer.»

terminaron con su existencia en 1974, fueron la causa de que la colección desapareciera dos años antes.

Me preocupa mucho lo que ocurre en Alfaguara con mi colección. Los autores me hacen pasar malos ratos, y no sé qué decirles ya. He pensado, y para eso pido tu consejo, en recabar un poco mi libertad. Si no va a continuar, habría que hablarles claro. Ya sabes que puedes contar conmigo, y que nuestra vieja amistad, leal y sincera, está por encima de eso [...]. Tenemos varios originales detenidos hace mucho, ya un largo tiempo sin salir nada, gente acosando... Piénsalo y dame tu consejo y parecer⁶⁶⁷.

La idea de publicar libros interesantes y bien hechos en la mayoría de las ocasiones está reñida con el éxito comercial y por tanto económico. Las ventas, que no funcionaban, y el sistema de distribución, problema que sufren todos los editores, fueron las causas por las que don Camilo se fue apartando de Alfaguara, hacia 1972.

De mí para ti —le escribe a Zamora Vicente— y con el ruego de que no divulgues: me he apartado de Alfaguara y lo que viene ocurriendo con tu colección es una de las causas, tampoco la única, de mi disgusto y de mi alejamiento⁶⁶⁸.

Con la renuncia de quien había sido su valedor en la editorial, Zamora Vicente dimite de su cargo al frente de la colección y así se lo hace llegar a Jorge Cela, uno de directores de la editorial.

Mi querido amigo, veo con verdadera pena que la colección «Estudios literarios» de esa editorial [Alfaguara], y dirigida por mí, ha entrado en un muy prolongado silencio. Hace ya dos años largos que no sale libro alguno. Y hay varios títulos hace

⁶⁶⁷ Le escribe Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 30 de enero de 1972. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁶⁸ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 31 de enero de 1972.

mucho tiempo esperando. Los autores apremian y nuestro buen nombre anda en entredicho. Ante esta situación, le ruego me considere desligado de mi compromiso con ustedes. Así se lo haré saber a los autores cuyos títulos he leído e informado, y con los que tuve contactos a ese respecto⁶⁶⁹.

7.- PAPELES DE SON ARMADANS

Más vida tuvo el otro gran proyecto editorial en el que se embarcó el escritor gallego, y en el que desde su origen participó también Zamora Vicente: *Papeles de Son Armadans*. En 1954, Camilo José Cela llega a Palma de Mallorca en busca de silencio y tranquilidad para escribir *La catira*. La novela no fue tan voluntaria como Zamora Vicente dice en la crítica que la hizo, ya que durante el viaje que había hecho por algunos países americanos en 1952, el Gobierno de Venezuela le encargó el libro, a cambio de una importante cantidad de dinero, para promocionar el país en el extranjero.

He leído con verdadero afán tu último libro, querido Camilo José Cela, llevado de mi interés por lo americano o lo que pueda rozarlo [...]. Y *La catira*, he de decirlo de antemano, no me ha defraudado. Al revés: me admira en el libro, hasta el gozo más limpio, esa artesanía, ese perpetuo forjeceo, del principio al fin con el idioma [...]. Pero esta vez has querido voluntariamente hablar la lengua de una de las provincias idiomáticas del español: Venezuela⁶⁷⁰.

Dos años después, y con el dinero conseguido con la publicación de esa novela, Cela fundó *Papeles de Son Armadans*, una de las revistas literarias más representativas de la época franquista. El nombre de la revista se debe a que en

⁶⁶⁹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Jorge Cela; Madrid, 7 de marzo de 1972. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁷⁰ Alonso Zamora Vicente: «Ventura y azar de *La catira*. (Hablando con Camilo J. Cela)», en *Ínsula*, núm. 115, 1955, pág. 3. Recogido también en *La voz de la letra*, págs. 117 a 121.

aquellos años, vivía en el barrio de Son Armadans, en Palma de Mallorca, y su casa, en la calle Bosque I⁶⁷¹, era la sede de la revista, como explica el propio director en las páginas iniciales del primer número. Se imprimía en la imprenta artesanal de Mossèn Alcover, en donde se compuso a mano durante dieciséis años, hasta que por razones de tipo económico tuvo que cambiar de imprenta. Para poder sacar la revista adelante, el escritor gallego necesitaba, sobre todo en los primeros números, la ayuda de sus amigos que escribieran desinteresadamente en ella. Se proponía hacer una revista apartada del manto oficial, periférica, lejos del control centralista⁶⁷². Uno de esos amigos a los que el futuro nobel pidió colaboración fue Alonso Zamora, a quien explica en una carta en qué consiste su proyecto:

Creo que ya conoces mi idea de sacar adelante una revista literaria «Papeles de Son Armadans» cuyo primer número espero que vea la luz el próximo marzo. Ni que decir tiene que sus páginas están a tu entera disposición. Mis «Papeles de Son Armadans», son exactamente míos, mejor dicho, de mis amigos y míos. Para su

⁶⁷¹ Allí encontró la tranquilidad que Madrid no le proporcionaba: «No volveré pronto por Madrid, pueblo que me agobia y en el que, entre unos y otros, no me dejan trabajar. Me quedaré en Palma dándole a la pluma [...]. Además tengo mucha tela que cortar y en Palma, ya te digo, estoy tranquilo para poder hacer mi labor. Si no bien, sí, al menos, lo mejor que sepa y poniendo mis cinco sentidos. Mi dirección palmesana, a partir del 1 de octubre, es calle del Bosque 1, departamento de Son Armadans, Palma de Mallorca, claro. Hasta entonces seguiré en Puerto Pollensana». Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Puerto Pollensana, 6 de septiembre de 1955. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁷² Así lo dice en el número I: «*Papeles de Son Armadans* ha querido venirse a nacer a Mallorca, rodeado de agua por todas partes... En todo caso, no olvide, quien leyere, ni el sosiego insular, ni la perspectiva de la distancia, ni la desintoxicación de las miasmas literarias que producen, al alimón, el aire libre y la luz», Camilo José Cela: «Algunas inevitables palabras», *PSA*, núm. I, 1954, pág. 10. De nuevo vuelve sobre esta idea en el artículo «Pequeña fiesta» en *PSA*, XVII, núm. 50, págs. 156-157: «*Papeles de Son Armadans* es —quiere ser— una revista de provincias, una empresa que sin menosprecio de corte, tampoco cargue sobre sí con el rígido y constreñidor tabú cortesano. El meridiano de España —pensamos en *Papeles de Son Armadans*— no pasa por Madrid o, mejor dicho, no pasa tan sólo por Madrid, sino por todas aquellas lindes, por remotas que fueren, en las que el español respire y piense». Aunque también es cierto que en las portadas ponía como lugares de edición Palma de Mallorca y Madrid. En el último número, Cela da una relación detallada de las diferentes ayudas económicas particulares que ha recibido para sacar adelante la revista con el fin de que quede clara la ausencia de ayuda estatal que tuvo en el proyecto. Camilo José Cela: «Breves palabras de despedida» en *PSA*, t. XCII, 1979, págs. 3-5.

financiación, aparté unas pesetas —tampoco muchas—, y tengo esperanza en poder mantenerlos con mis entusiasmos, con las suscripciones y tal vez con algo de seleccionada publicidad. Los «Papeles de Son Armadans» no tienen —ni quieren— subvención oficial ni particular. La colaboración —por lo menos estos primeros números— no he de pagarla por la sólida razón de que no puedo. Pienso, eso sí, corresponder a la confianza que mis amigos podáis depositar en mí, cuidando hasta el límite la dignidad —interna y externas— de la revista y confío en que no me han de faltar las ayudas que mejor estimo: la tuya, por ejemplo⁶⁷³.

Como director de la revista figuraba el propio Cela, pero debido a sus ausencias de Palma, cada vez más continuadas y largas, se encargaba de llevarla adelante el secretario, cargo que fue ocupado primeramente por José Manuel Caballero Bonald, que ya hacía las veces de secretario del escritor antes de llegar a la isla; después lo fueron Josep María Llompart, Jorge Cela Trulock —hermano del director—, Sergio Vilar, Antonio Fernández Molina, Juan Benito Argüelles, Fernando Corugedo y su hijo, Camilo Cela Conde⁶⁷⁴. El primer número salió en abril de 1956, y en él colaboraron, además de Zamora Vicente, Gregorio Marañón, José María Castellet, José María Moreno Galván y Ricardo Gullón; también había poemas de Dámaso Alonso y Carle Riba, y un relato breve de Rafael Sánchez Ferlosio. Alonso Zamora publicó un ensayo como le había pedido el director de la revista:

¿Podría contar con un ensayo tuyo —de la extensión que juzgues necesaria— para darlo inmediatamente en mis «Papeles»? Ya tú sabes la ilusión que me haría. Y piensa que, mientras antes lo tenga, no mayor —ciertamente— pero sí más inmediato será mi agradecimiento⁶⁷⁵.

⁶⁷³ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 17 de febrero de 1956. Archivo Zamora Vicente.

⁶⁷⁴ Camilo José Cela Conde recuerda la época de *Papeles de Son Armadans* en el libro *Cela mi padre*, Madrid: Temas de Hoy, 1989, págs. 115-143.

⁶⁷⁵ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 17 de febrero de 1956. Archivo Zamora Vicente.

El ensayo se lo envió a los pocos días y resultó del agrado del director de la revista.

Recibo ahora tu ensayo, que acabo de leer. No sólo me parece bien, sino que lo daré inmediatamente en los «Papeles» [...]. Te repito sin reservas, que lo encuentro francamente acertado y sumamente interesante. Mil gracias. Confío en seguir recibiendo cosas tuyas. La revista marcha y pronto podrás verla. Creo que te gustará⁶⁷⁶.

Bajo el título «Vaivén de la literatura», Zamora Vicente hace un recorrido por la historia de la literatura española y la convivencia en cada una de las épocas de corrientes literarias opuestas. Cuando Garcilaso escribe sus endecasílabos italianizantes, Cristóbal Castillejo sigue publicando sus poemas tradicionales. Lo mismo sucedía en el Madrid del siglo dieciséis en el que la gente podía leer las *Soledades* de Góngora, al tiempo que un ya viejo Lope de Vega se refugiaba en poemas pastoriles como «Amarilis» o «A Filis». Después pasa al teatro del siglo XIX; el público puede asistir a las obras románticas de Zorrilla o el Duque de Rivas, pero también a las obras moratinianas de Bretón de los Herreros o de Manuel Eduardo Gorostiza. Lo mismo sucede con la poesía romántica tardía de Bécquer que convive con los poemas de Campoamor y de Núñez de Arce. Ya en el siglo veinte, esta lucha entre una literatura que quiere avanzar y otra que sigue buscando expresiones en el pasado es más manifiesta. Junto a las novelas realistas de Galdós, Bazán, Palacio Valdés, aparecen los textos con un contenido europeo al tiempo que profundamente nacional de Azorín, Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Miró. En definitiva, la literatura es una lucha, un vaivén, entre fuerzas que tiran

⁶⁷⁶ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 8 de marzo de 1956. Archivo Zamora Vicente.

hacia el pasado y otras que quieren avanzar en busca de nuevas formas y contenidos.

La revista, desde su primer número, tenía una estructura determinada que apenas varió con el tiempo, aunque se irían añadiendo nuevas secciones. Se abría con unas páginas editoriales, casi siempre escritas por el fundador, en donde se manifestaba una opinión acerca de un tema de actualidad literaria; a continuación había distintas secciones, todas ellas con nombres de claras referencias literarias: «El taller de los razonamientos» para los ensayos; «Plazuela del conde Lucanor», para los relatos en prosa; en «El hondero», se recogía la poesía; «Botas de siete leguas», dedicada a los viajes, y en «Tribunal del viento» la miscelánea literaria. A estas secciones habituales se les añadían de vez en cuando otras, como «La atalaya y el mapa», que recogía textos de autores extranjeros; «Corral de comediantes», dedicado al teatro; «El reloj de epístolas», en la que se publicaban cartas entre distintos artistas, y «Yunque de tinta fresca», que se dedicaba a la crítica de libros más recientes, además de algunas otras de efímera vida. En la revista se publicaron 26 números monográficos, algunos dedicados a artistas plásticos, Solana, Picasso, Miró, Gaudí, Tàpies; otros a escritores e intelectuales, como Ramón Menéndez Pidal, Valle-Inclán, Rubén Darío, Gregorio Marañón, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Ortega y Gasset, el propio Cela, etc.⁶⁷⁷

Uno de estos monográficos estuvo dedicado a Zamora Vicente; salió en agosto y septiembre de 1973 y le dedicaron los números CCIX y CCX. Fue, junto al

⁶⁷⁷ Sobre los números-homenaje de *PSA*, Cela le dice a Américo Castro: «Pero, mi querido don Américo, no olvide usted que en nuestro desdichado país, estos números homenaje que voy ofreciendo (el del pintor Miró; el de Vicente Aleixandre, Federico García Lorca y Dámaso Alonso, que nace precisamente hoy; los de don Ramón y de Picasso, que preparo, etc.) son como una válvula de escape hacia mejores y, para nosotros los españoles, imposibles mundos. Póngase en mi pellejo y verá cómo me da la razón». Carta de Camilo José Cela a Américo Castro; Palma de Mallorca, 23 de enero de 1959. Archivo Fundación Camilo José Cela.

de Menéndez Pidal⁶⁷⁸ y al de Américo Castro, uno de los pocos dedicados a un filólogo.

En buen lío te has metido con ese homenajito. ¡Si a mí no me conoce nadie, hombre de Dios! La verdad es que no me he atrevido a decirte nada porque me daba vergüenza. Y muy gorda, qué le vamos a hacer. Por lo menos servirá, eso sí, para dar fe de una cosa valiosa: el afecto y la amistad de unos cuantos, cosa de bien útil para manejarse en este endiablado país⁶⁷⁹.

El homenaje se abría con un retrato de Zamora hecho por el pintor Martínez Novillo y con un artículo de Camilo José Cela en el que recordaba su amistad desde la juventud con Alonso Zamora. Fueron muchas las colaboraciones que recibió el homenaje, tantas que tuvo que hacerse un número doble.

Jorge Urrutia me entregó todo el material para el número en tu homenaje. Es magnífico, aunque me temo que vaya a salir un número triple. Mejor que mejor, porque yo, desde luego, no voy a quitar nada. El dibujo de tu cabeza de Martínez Novillo es muy bueno, aunque quizá no nos sirva para la portada [...]. Para completar el número no nos falta más que nuestra conversación, que figurará en las páginas iniciales; vete pensando algunas preguntas y respuestas por el acreditado

⁶⁷⁸ «La conmemoración de mis 90 años en los Papeles no le puedo decir cuanto me obliga al agradecimiento. Desde la primera página hasta la última del Tribunal del viento, todo rebosa en afecto y bondad impagables. Veo ahí reunidos los para mí tan gratos trabajos de Castro, Lapesa, Marías, Corominas y Sánchez [sic] Guarnier. Los versos de Gerardo Diego y de María Josefa. Leo con especial agrado El espejo, díptico donde se reflejan los momentos de Madrid y de Palma, recuerdos para mí de emoción y gratitud muy hondas. Las horas que usted me preparó en Mallorca créame que son de las más notables y gratas que he pasado en mis viajes. Y claro es que saboreo ahora con particular gusto el final del Cantar primero de Mio Cid, que, sin pizca de lisonja lo digo, continúa ofreciéndonos los más ágiles octosílabos que se ha hecho sobre los anisosílabos versos primitivos, tarea difícil, en la que usted sabe ocultar el gran trabajo que ella supone.» Carta de Ramón Menéndez Pidal a Camilo José Cela; Madrid, 27 de julio de 1959. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁷⁹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 12 de junio de 1973. Archivo Fundación Camilo José Cela.

procedimiento del P. Astete (o del P. Ripalda, que tampoco era manco), que a mí ya se me ocurrirán otras⁶⁸⁰.

En la sección «El taller de los razonamientos», Dámaso Alonso, Navarro Tomás, Francisco Indurain, Marcel Bataillon, Emilia de Zuleta, María Josefa Canellada entre otros, analizan su obra filológica y creativa. Después los poetas Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, José García Nieto, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis y el portugués Ruy Belo le dedican cada uno un poema en la sección «El hondero». Por último, en la sección titulada «Los días sobre la tierra», algunos compañeros de profesión, como Rafael Lapesa, Fernando Lázaro Carreter, Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Frida Weber de Kurlat, y alumnos Daniel Devoto, Horst Baader, Berta Pallares, Ian Michael, Elias L. Rivers, Manuel Bermejo Marcos, Pilar Vázquez Cuesta y Carmen Martín Gaité recordaban la figura del homenajeado.

Dos letras apresuradas y sin [no se entiende...]. He leído ya, enterito, el tomo de PSA-ZV. Estoy verdaderamente pasmado. ¡Cuántas cosas! ¡Qué bonitas algunas! Naturalmente, mis primeras líneas de gratitud son para ti, para tu empeño. Gracias por el afecto por el resultado y por esa extraña vergüenza que siento al leer lo que allí viene⁶⁸¹.

Otro de los homenajes que dedicó la revista fue a Américo Castro —profesor de Cela y de Zamora Vicente durante sus años universitarios— con motivo de su ochenta cumpleaños, y en el que el director de *Papeles* reunió a sus alumnos más queridos para que recuperaran al maestro del olvido en el que se encontraba en

⁶⁸⁰ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 9 de junio de 1973. Archivo Fundación Camilo José Cela. «Tú número de PSA, que es un mamotreto impresionante (tanto que, a pesar de ser un número doble, tendremos que dejar la bibliografía para un tercero), está a punto de salir». Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 24 de septiembre de 1973. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁸¹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 22 de octubre de 1973. Archivo Fundación Camilo José Cela.

su país⁶⁸². Bajo el título «Breve encuesta española. Doce españoles hablan de Américo Castro» aparecen artículos de Dámaso Alonso, Lapesa, Laín, Gili Gaya, Tovar, Marías y Zamora Vicente, por citar algunos.

Para el número en marcha de *Papeles de Son Armadans* (el del mes de mayo) preparo, en homenaje de los 80 años de Américo Castro, una breve antología de opiniones sobre su figura y su obra, a la que titularía «Encuesta española». Me dirijo a los siguientes amigos: Dámaso Alonso, José Luis Aranguren, Julio Caro Baroja, Salvador Fernández Rodríguez, Samuel Gili Gaya, Pedro Laín Entralgo, Rafael Lapesa, Julián Marías y tú. ¿Querrías mandarme una cuartilla o media cuartilla, sobre nuestro viejo profesor? Mucho te lo agradecería porque pienso que el viejo don Américo bien se lo merece. Lo único que te encarecería es cierta urgencia, ya que el número está en marcha, como te digo⁶⁸³.

Además de colaborar en el primer número, Zamora Vicente fue un asiduo de las páginas de la revista y en ella publicó varios artículos de erudición y algunos de sus cuentos: «Donde mejor o peor se fundó España», núm. XVI; «La historia viva de Américo Castro», núm. XXXIV; «¡Este tiempesito!», LXXXIX; «Una cuartilla sobre Américo Castro», núm. CX; «Otra siesta más», núm. CXIII; «En busca de editor», núm. CXLII; «Desorganización», núm. CLVII; «Goyito, tirador de pecho», núm. CLVIII; «Con la mejor voluntad», núm. CLXXII; «Soltero, soltero», núm. CLXXXIII; «Hablando solo», núm. CCVI; «Ligera de equipaje», núm. CCXXI-II; «Tute

⁶⁸² «Me llena de gozo —le escribe Camilo José Cela a Américo Castro— [...], el saber que nuestro modesto homenaje haya podido servir para hacer presente nuestro recuerdo, nuestro respeto, nuestra admiración y nuestra lealtad [...]. Y usted [...] es el español a quien más y mejor se debe recordar y seguir, respetar y seguir, admirar y seguir, y brindar lealtad. Y más claro el agua, mi queridísimo viejo cascarrabias». Carta de Cela a Castro, Palma de Mallorca, 27 de mayo de 1965. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁶⁸³ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 9 de abril de 1965. Archivo Zamora Vicente.

de difuntos», CCLVII-VIII⁶⁸⁴. Cela, de vez en cuando, escribía a su amigo de universidad para que le enviara nuevos artículos para la revista:

En «Papeles de Son Armadans» te echo de menos al no verte con la asiduidad, que yo —y conmigo y sin duda alguna todos los lectores— desearía. ¿Por qué no me envías algo, en la certeza de que enseguida lo daría? No me olvides⁶⁸⁵.

Uno de los grandes proyectos de *Papeles de Son Armadans* fue el de publicación de libros dentro de la colección Ediciones de Papeles de Son Armadans. Se dedicó principalmente a la publicación de poesía con libros de Gerardo Diego, Luis Felipe Vivanco, Gabriel Celaya, Jorge Guillén, etc. Pero tal vez, el libro más representativo de esa colección fue *Gavilla de fábulas sin amor* con dibujos de Pablo Picasso y texto del propio Camilo José Cela. La reseña del libro para *Papeles de Son Armadans*, se la encargó el escritor gallego a Zamora Vicente, aunque no se llegó a hacer⁶⁸⁶:

Puesto que no me lo dices, te lo digo: ¿querrías ser tú el comentarista de *Gavilla de fábulas sin amor* en los *Papeles*? La estúpida prohibición que pesaba sobre el libro ha cesado y puede hablarse ya de él con entera libertad. Y con entera libertad —que

⁶⁸⁴ También María Josefa Canellada publicó varios artículos en *Papeles de Son Armadans*: «Penal de Ocaña», núm. XIX, pág. 71; «Chamartín», núm. XXXIX, pág. 263; «Como en Lucas Fernández», núm. CCIX-X, pág. 37; «Carta abierta a Dámaso Alonso», núm. CCLXVIII, pág. 89. Véase Ángel Raimundo Fernández (compilador): *Índices de la revista «Papeles de Son Armadans»*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra, 1986.

⁶⁸⁵ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 13 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente. No era la primera vez que Cela pedía colaboraciones a Zamora para su revista: «En *Papeles de Son Armadans* esperamos nuevas cosas tuyas. Ya sabes que tienes las puertas abiertas de la revista y que esto se te dice de veras y no por mera fórmula. Envíanos también notas —de libros o no de libros— para la sección “Tribunal del viento”». Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente, Palma de Mallorca, 29 de abril de 1956. Archivo Zamora Vicente.

⁶⁸⁶ Para la génesis de este libro, véase Camilo José Cela Conde: *Cela...*

nuestra amistad queda muy por encima de la anécdota —, decide si tienes ganas, o no, de escribir las páginas que te pido⁶⁸⁷.

Si en esta «gavilla» no llegó a intervenir nuestro biografiado, tampoco lo hizo en otra (parece que el nombre le gustó al Premio Nobel), en la «gavilla de doce comedias celestinescas de los siglos XVI y XVII», aunque también se propuso el nombre de «La baraja de Trotaconventos». Se trata de un proyecto que ideó Cela durante los años cincuenta (años en los que su actividad editorial fue febril), para publicar una serie de comedias clásicas de la literatura española, con un prólogo y notas de filólogos expertos. A Zamora Vicente, le encargó la obra de Torres Naharro titulada *Comedia llamada Seraphina*:

Otra cosa quisiera decirte. Preparo la edición —creo que muy bella— de una colección a la que pienso titular «La baraja de Trotaconventos o gavilla de doce comedias celestinescas de los siglos XVI y XVII». Puede ser una empresa noble y bonita si logro llevarla hasta el fin. En esta baraja o gavilla a ti te habría asignado la *Comedia llamada Seraphina*. Quisiera de ti un prólogo crítico-erudito, un texto bien fijado, las notas pertinentes y, en su día, la escrupulosa corrección de las pruebas⁶⁸⁸.

Después de doscientos setenta y seis números, en 1979, la revista finalizó su trayectoria. La lista de los colaboradores en *Papeles de Son Armadans* es muy larga, tanto de escritores ya consagrados como de jóvenes que estaban empezando, y sus nombres nos puede ayudar a conocer mejor el mundo intelectual español de los cincuenta en adelante. Entre sus páginas encontraremos a autores consagrados como Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Emilio Prados, Blas de Otero, Gabriel Celaya; otros que estaban empezando a publicar, fue el caso de

⁶⁸⁷ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 6 de noviembre de 1962. Archivo Zamora Vicente. Al igual que sucedió con la reseña del *Alpi* que Navarro Tomás le pidió que la hiciera a Zamora Vicente, ésta tampoco llegó a realizarse.

⁶⁸⁸ Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente. Palma de Mallorca, 13 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente. Entre los papeles de don Alonso encontramos una edición de la obra de Torres Naharro preparada para la edición.

Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, José Ángel Valente, Pepe Hierro, Rafael Sánchez Ferlosio, José Manuel Caballero Bonald, Juan Goytisolo, etc.; también tuvieron su espacio eruditos de la relevancia de José Luis Aranguren, Pedro Laín Entralgo, Alonso Zamora Vicente, entre otros. Una de las facetas más destacadas de la revista fue de acoger en sus páginas a los españoles exiliados, como Américo Castro, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Max Aub, Francisco Ayala, María Zambrano, etc.; así como autores extranjeros difíciles de leer en la España de aquella época, entre los que podemos destacar a Jean Genet, Alain Robbe-Grillet, Cesare Pavese; y a escritores hispanoamericanos de la importancia de Miguel Ángel Asturias, Octavio Paz, Uslar Prieti, Cabrera Infante, etc.

Junto con *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans* supuso un pequeño espacio de libertad y entrada de aire fresco en el mundo literario e intelectual en general, de la España franquista. Con ella, su director quiso apartarse de un régimen dictatorial con el que en sus primeros años había estado más identificado, al tiempo que se acercaba a unas posturas más liberales y a un contacto con la intelectualidad del exilio, así como a lo que se estaba creando en el resto del mundo⁶⁸⁹.

Dentro de España, *Papeles de Son Armadans*, la revista mensual que, desde 1956, edita y dirige Camilo José Cela en Palma de Mallorca, donde habitualmente vive, se ha convertido en poco tiempo en clara bandera del aliento intelectual español de más puras calidades. Día a día, mes a mes, desde su Revista, Camilo José Cela aparece en

⁶⁸⁹ Véase José Miguel Oltra: «Significación de una aventura celiana: *Los Papeles de Son Armadans* entre 1956 y 1966», en *Hispania XX*, Université de Bourgogne, 1991, págs. 175 – 215. En la misma revista, también se puede leer el artículo de Darío Villanueva: «*Papeles de Son Armadans* en la obra de C.J. Cela» en *Hispania XX*, Université de Bourgogne, 1991, págs. 217 a 228.

la vanguardia del pensar hispánico, multiforme fe de vida de un país que aún tiene mucho que decir, qué duda cabe, en el conglomerado literario europeo⁶⁹⁰.

Como hemos visto, el propio Alonso Zamora fue uno de los colaboradores más asiduos de esta importante revista para las letras españolas:

Salvadas las colaboraciones de los hermanos Cela (Camilo y José, que son las más numerosas), destacan los diez relatos de Zamora Vicente y otros tantos de A. Molina⁶⁹¹.

También fue un asiduo colaborador en el último proyecto editorial que puso en marcha el escritor gallego en su tierra natal, cuando salió de Palma de Mallorca: se trata de *El Extramundi y Los papeles de Iria Flavia*. La revista, creada en 1994 y editada por la Fundación Camilo José Cela, es una continuación de los *Papeles de Son Armadans*. Con un diseño muy similar, se publica cada trimestre y también está dividida en varias secciones que acogen ensayo, poesía, teatro, creación. En sus páginas, Zamora Vicente encontró un pequeño rincón donde publicar los cuentos que escribió en los últimos años de su vida⁶⁹².

⁶⁹⁰ Alonso Zamora Vicente: *Camilo José Cela. Acercamiento a un escritor*, Madrid: Gredos, 1962, págs. 19-20.

⁶⁹¹ Ángel Raimundo Fernández: «Papeles de Son Armadans», en *Ínsula*, núms. 518-519, febrero-marzo de 1990, pág. 22.

⁶⁹² Algunos de los artículos que publicó en esta revista son: «Planificación familiar», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. II, 1995; «Buen muerto, mejor epitafio», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. VI, 1996; «Camilo José Cela, cincuenta años después», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. IX, 1997; «Negociar; sí, señor, negociar», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. X, 1997; «Tuvo tardes gloriosas», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XIV, 1998; «De obligado cumplimiento», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XVIII, 1999; «Telegrama emotivo» *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XXI, 2000; «Cumpleaños feliz», en *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XXIV, 2000; «Por fin algo tiene que ver conmigo», *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XXVI, 2001; «La colmena, medio siglo a cuestas» *El extramundi y Los papeles de Iria Flavia*, núm. XXIX, 2002.

CAPÍTULO V

AÑOS SESENTA: EL COLEGIO DE MÉXICO, UNA DÉCADA PRODUCTIVA, LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

I.- EL COLEGIO DE MÉXICO

En 1959, Zamora Vicente pidió una excedencia por un tiempo de diez años⁶⁹³ de su cargo de catedrático de la Universidad de Salamanca. Nos hemos acercado con anterioridad a las razones que le llevaron a tomar tal decisión. Al igual que le sucediera a finales de la década de los cuarenta, don Alonso tiene que empezar a buscar su futuro lejos de su tierra, ya que en ella, en la España de la autocracia y del desarrollismo de los años sesenta, él se consideraba testigo «de otras actitudes»⁶⁹⁴ bajo las cuales se había formado.

Empezaron a llegarle algunas ofertas de diversas universidades americanas y europeas: «Acabo de renunciar a dos cosas bastante buenas. Una en Inglaterra y otra en Colombia. Con la negativa a Venezuela, ya son tres este año»⁶⁹⁵. Se presentó, también a un puesto de profesor que había quedado vacante en el

⁶⁹³ Por una Orden de 18 de diciembre de 1959 se concede la excedencia activa a don Alonso Zamora Vicente, catedrático de la Universidad de Salamanca: «Este ministerio de conformidad con lo acordado en el Consejo de Ministros ha resuelto conceder la excedencia activa por un plazo máximo de diez años y con la reserva de cátedra durante uno a don Alonso Zamora Vicente, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca», BOE de 14 de enero de 1960.

⁶⁹⁴ Así lo expresaba a Manuel Alvar en una carta antes citada. Madrid, 18 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente.

⁶⁹⁵ *Ibidem*.

Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de la Sorbona de París, tras la muerte de su titular, Aurelio Viñas.

Me escribe Alonso Zamora Vicente, catedrático de lenguas de Salamanca y creo que rector del Colegio Mayor Hernán Cortés de esa ciudad, para decirme que ha presentado su candidatura a un puesto de profesor de español en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona. Es la vacante Viñas, recientemente fallecido. Te escribo sobre el particular con marcado interés porque conozco al candidato y su actuación en la Argentina me hizo cobrar la mejor opinión de él. Allí llevó el Seminario de Filología de Buenos Aires y te aseguro que resultó un profesor que supo ganarse el respeto de todo el mundo, además de la consideración que merece por sus condiciones intelectuales, creo que es un auténtico especialista en la materia. Así que con independencia de la amistad que tengo con él y en obsequio de la cual te agradecería la carta del caso, objetivamente te lo señalo por si no hay otro mejor y puedes hacer algo en su obsequio⁶⁹⁶.

A ese mismo cargo también pretendió acceder Carlos Clavería⁶⁹⁷, con quien hubo una pequeña disputa para conseguir el puesto. Finalmente se eligió a Zamora Vicente⁶⁹⁸, pero en ese momento el Colegio de México le invitó a dirigir su Centro de Estudios Filológicos.

Creo sinceramente que usted puede hacer mucho más aquí que en París —le escribe Antonio Alatorre desde México—. El estudio del español vivo de México tendrá que

⁶⁹⁶ Carta del embajador de España en Roma a José Miguel Ruiz Morales, director general de Relaciones Culturales. Roma, 21 de julio de 1958. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁶⁹⁷ «Quiero hoy traer de nuevo este asunto a colación porque puedo darte alguna precisión que juzgo de interés y además para ver si avanza esta pequeña “guerra de sucesión” que si nos descuidamos va a durar trece años como la española. Abstracción hecha de otros factores y servidumbres, creo que el candidato mejor —fuera de serie— es Clavería», le escribe José Luis Messía, embajador de España en Francia, a José María Ruiz Morales. París, 21 de marzo de 1959. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

⁶⁹⁸ En una nota manuscrita que hay en el expediente de Zamora Vicente del Ministerio de Asuntos Exteriores dice: «Se ha aceptado la propuesta de la Sorbona. Dentro de unos meses, hacia mayo, vendrá la propuesta de la Sorbona. Subvenciona lo que se daba a Viñas». Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

interesarle mucho, y la técnica de estudios dialectológicos que tienen usted y su mujer podrá aplicarse aquí a un terreno muy poco explotado⁶⁹⁹.

En 1959 Antonio Alatorre, como director del Seminario de Filología del Colegio de México, lo invita para que le sustituya en el cargo, ya que él, junto con su mujer, Margit French, iba a pasar una temporada en los Estados Unidos.

Nos han llegado rumores de que a usted le gustaría venir a México. El Colegio de México está dispuesto a invitarlo (todo lo oficialmente que usted guste). Se trata de que usted oriente a un grupo pequeño de jóvenes en el campo de la filología hispánica. Usted vendría como jefe de seminario o director de cursos: el nombre es lo de menos; el hecho es que su trabajo no será ciertamente pesado; supongo que podría limitarse a un seminario de dos horas por semana, a lo cual se añadiría la tarea de seguir de cerca sus trabajos, aconsejarlos, orientarlos, etc.⁷⁰⁰

Unos meses después le llegó la oferta del director del Colegio de México, Daniel Cosío Villegas, que había sustituido en el cargo a Alfonso Reyes; en su carta también le ofrecía una beca a María Josefa para que siguiera con sus investigaciones dialectales.

Como director de El Colegio de México, tengo el honor y el placer de invitarlo a dirigir, en esta institución, el Seminario de Filología Hispánica. El Colegio de México, institución privada, es un centro de investigaciones especializadas. El Seminario de Filología Hispánica está constituido por un grupo pequeño de estudiantes interesados en la investigación lingüística y literaria; en su mayoría, estudian o han estudiado en la Universidad. Usted, que ha publicado excelentes estudios dialectológicos sobre el español peninsular y sobre el español de América, como

⁶⁹⁹ Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 18 de agosto de 1959. Archivo Zamora Vicente. En esa misma carta, al final le dice: «Una última e importantísima cosa: ¿Podría usted, con esto, renunciar a la Sorbona y venir aquí? Si sí, ¿cuál podría ser la fecha más temprana para su viaje?».

⁷⁰⁰ Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 13 de agosto de 1959. Archivo Zamora Vicente.

también valiosos trabajos de crítica literaria, podrá dirigir muy atinadamente, sin duda alguna, las investigaciones de estos jóvenes en el campo de nuestra lengua común y en el de la literatura española e hispanoamericana. En caso de que usted acepte, debería estar con nosotros, en principio durante dos años, o sea desde los primeros días del año próximo (o antes si es posible) hasta enero de 1962. Sin embargo, de común acuerdo, su permanencia podría prolongarse aún más. El Colegio de México le pagará a usted y a su familia los gastos del viaje, tanto a su venida como a su regreso, y le dará un sueldo mensual suficiente para vivir decorosamente en esta ciudad. Por otra parte no absorberá todo su tiempo; al contrario, es seguro que usted podrá dedicarse en México no solo a sus tareas personales, sino incluso a trabajos académicos ajenos al Colegio (aunque naturalmente, el centro principal de sus actividades será siempre El Colegio de México). Tengo noticias, asimismo, de las tareas lingüísticas y literarias de su señora esposa. Si ella encuentra aquí la posibilidad de disponer de algún tiempo para proseguir esas tareas, El Colegio de México podrá concederle una beca investigadora. Esté usted seguro de que esta experiencia mexicana que le propongo será grata y fructuosa para usted, tal como yo estoy seguro de que su permanencia en El Colegio de México lo será para nosotros⁷⁰¹.

Carta a la que rápidamente contesta Zamora Vicente aceptando la proposición:

Me llega su amable carta del 17 de este mes, en la que gentilmente me invita a colaborar en las tareas del Colegio de México. Mucho le agradezco tal distinción y acepto encantado. Deseo vivamente que el resultado de este acuerdo sea fructífero para todos y pondré, por mi parte, todo lo que sea necesario para lograrlo. Tengo avanzadas las gestiones oficiales ante los ministerios españoles para obtener mi permiso y poder salir del país. En estos momentos tramito lo referente a los estudios de mis hijos⁷⁰².

⁷⁰¹ Carta de Daniel Cosío Villegas, México, D.F., 17 de octubre de 1959. Archivo de la Residencia de Estudiantes.

⁷⁰² Carta de Alonso Zamora Vicente a Daniel Cosío Villegas, Madrid, 29 de octubre de 1959. Archivo de la Residencia de Estudiantes.

El Colegio de México representaba en aquellos años la continuación de la obra del Centro de Estudios Históricos, primero, y del Instituto de Filología de Buenos Aires, después. Cuando éste último fue desvencijado, a pesar de la importante labor que en él desarrolló Zamora Vicente, por los peronistas, el Colegio y más concretamente su Centro de Estudios Filológicos se convirtió en el punto de unión de la filología hispánica. El Colegio nació a partir de la Casa de España, creada en 1938 en la capital mexicana para acoger a los intelectuales españoles que se habían mantenido fieles a la República. Daniel Cosío Villegas fue uno de los grandes ideólogos del proyecto, que contó con el apoyo del Gobierno de Lázaro Cárdenas. Con la Casa de España se quiso facilitar que un grupo de profesores españoles continuaran con su labor en la universidad mexicana mientras durase la guerra civil, aprovechando así sus conocimientos y capacidad intelectual. Al proyecto se sumó Alfonso Reyes en 1939 que fue nombrado presidente de la misma. Un año después, en octubre de 1940, se creó el Colegio de México que mantenía a Reyes en el cargo de presidente y a Cosío Villegas como secretario. La experiencia que Alfonso Reyes había adquirido durante su estancia en España entre 1914 y 1924, donde trabajó en el Centro de Estudios Históricos junto a don Ramón Menéndez Pidal, resultaría muy importante para definir las tareas de la nueva institución. Muchos de los que fueron sus compañeros en el Centro madrileño, serían en ese momento acogidos por el Colegio, lo que les permitiría continuar sus investigaciones. Lo mismo sucederá, a mediados de la década de los cuarenta, cuando al llegar los peronistas al poder muchos de los que trabajaban en el Instituto de Filología de Buenos Aires hubieron de salir de él, encontrando refugio en el Colegio de México.

Desde su creación, el Colegio contó con la ayuda, principalmente de tipo económico, del Gobierno de Lázaro Cárdenas, pero esta ayuda duraría muy poco, ya que a los pocos meses de su puesta en funcionamiento, a finales de 1940,

Cárdenas fue sustituido en la presidencia por Miguel Ávila Camacho, quien redujo considerablemente la cantidad que el Gobierno aportaba a esta institución.

En el acta constitutiva se establecían las funciones que desarrollaría el Colegio, las cuales coincidían en sus líneas maestras con las que inspiraron la creación del Centro de Estudios Históricos de Madrid: fomentar los trabajos de investigación, becar a profesores y estudiantes, contratar a profesores e investigadores extranjeros, publicar los trabajos de investigación y colaborar con las instituciones culturales y educativas⁷⁰³. Los tres núcleos principales en los que se estructuraba el Colegio eran: el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección del historiador mexicano Silvio Zabala (quien también estuvo trabajando en el Centro de Madrid); el Centro de Estudios Sociales, que empezó dirigiendo el jurista y político español José Medina Echevarría, y el Centro de Estudios Filológicos que fue al que llegó Alonso Zamora Vicente. Junto con estos centros, también se creó el Seminario de Pensamiento en Lengua Española, que dirigía José Gaos, y el Seminario de Historia Moderna de México.

Debido a su vinculación con el mundo de las letras, Alfonso Reyes tuvo la idea de crear un centro dedicado a los estudios filológicos y literarios. Desde un principio, ya en la Casa de España, se contó con algunos literatos españoles exiliados, como Moreno Villa, Enrique Díaz-Canedo y Agustín Millares Carlo. Pero el proyecto tardó en cuajar. Además de su estancia en Madrid, donde mantendría una gran relación con el Centro de Estudios Históricos, Alfonso Reyes pasó también, como consecuencia de su labor diplomática, por Buenos Aires. Allí establecería una estrecha relación con el Instituto de Filología y con Amado

⁷⁰³ Gran parte de la información sobre el Colegio de México aquí recogida procede de los siguientes libros: Clara E. Lida y José A. Matesanz: *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México: El Colegio de México, 1990; Clara E. Lida: *La Casa de España en México*, México: El Colegio de México, 1988; y Clara E. Lida, José Antonio Matesanz y Josefina Zoraida Vázquez: *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria, 1938-2000*, México: El Colegio de México, 2000.

Alonso, Pedro Henríquez Ureña y demás colaboradores del Instituto, entre los que destacaban los hermanos Lida, Raimundo y María Rosa. Por ello no sería de extrañar que Reyes pensara en Henríquez Ureña para dirigir el Centro de Estudios Literarios que quería crear en el Colegio de México. Para su creación, llegó a un acuerdo con la Fundación Rockefeller, que se encargaría de apoyar económicamente el proyecto en sus primeros años. La temprana muerte de Henríquez Ureña, en 1946, no fue obstáculo para que la idea siguiera adelante. La desintegración del Instituto de Filología de Buenos Aires con la llegada al gobierno de Perón supuso un fuerte impulso para el proyecto. Como ya hemos visto, su director, Amado Alonso, y muchos de sus colaboradores tuvieron que marcharse de Argentina y buscar otros lugares donde desarrollar su labor. Algunos de ellos terminaron en universidades estadounidenses, fue el caso de Marcos A Morínigo, que fue a la Universidad de Southern California; Enrique Anderson-Imbert, a la de Michigan; María Rosa Lida, a la de Harvard, donde ya estaba Amado Alonso. Otros terminaron en universidades americanas, como Ángel Rosenblat que fue a la de Caracas o Raimundo Lida que pasaría al Colegio de México.

Ángel Rosenblat va a Caracas (Instituto Pedagógico Nacional) [...]. Morínigo (despedido de Tucumán como todos menos uno, digo del grupo bueno) viene primero a Colombia y Yale con una beca de la Fundación Guggenheim [...]. Raimundo Lida vendrá en seguida para México [...]. Frida Weber [...] se quedará. También se quedarán la Sra. María Elena Vidal (en la imprenta dos tomos sobre el dialecto de San Luis), Rafael Moglia, ya próximo a la jubilación, Anita Barrenechea y otros ayudantes y colaboradores⁷⁰⁴

Ante el cierre del Instituto de Filología bonaerense, Alfonso Reyes se puso rápidamente manos a la obra y escribió a su amigo Amado Alonso para conseguir

⁷⁰⁴ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 7 de enero de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

que llegaran a la capital mejicana algunos de los profesores expulsados de la ciudad del Plata:

Queremos echar un cable a los compañeros argentinos (y sobre todo, los del Instituto de usted, los Lida, acaso Anderson-Imbert, etc.) que podamos traer a México. Pero hay que agilizarlo todo, pues aquí entre el nuevo gobierno, el 1º de diciembre de 1946, y una institución autónoma como El Colegio de México tenemos que tomar medidas preventivas [...]. Pero esta carta es sólo un anuncio de la correspondencia que van a emprender con usted desde ahora mismo, para tratar desde luego de todos los extremos que se ofrece, Daniel Cosío Villegas y Daniel Rubín de la Borbolla ambos secretarios del Colegio de México⁷⁰⁵.

La idea que tenía Amado Alonso —que cuenta en una carta a Menéndez Pidal— era continuar en el Colegio de México la labor que se estaba llevando a cabo en el Instituto de Filología de Buenos Aires:

Rehacemos dentro del Colegio de México el destartado Instituto de Filología con Lida y Moríngio como núcleo inicial, y con el intento de entrenar mexicanos. Lida vendrá en seguida (Rockefeller da el dinero) y en seguida reiniciamos la *RFH* que se llamará *RHF*. Lida dará cursos de Filología. El nuevo instituto publicará los libros que Lida, Frida Weber, Moglia, Rosenblat y yo tenemos en marcha. Hereda mi proyecto de publicar con estudio los cinco o seis libros capitales de la filología española [...]. Américo, Onís, Navarro y demás dan su apoyo. Lo hacemos así porque creo necesario tener un instituto de estudios españoles en tierra de habla española. Claro que no es salvar el árbol de Gernica, pero sí plantar un retoño del árbol tronchado [...]. En México, Alfonso Reyes será el director del Instituto⁷⁰⁶.

Alfonso Reyes quería a toda costa que Raimundo Lida fuera al Colegio para dirigir el Centro de Estudios Filológicos; su labor previa en el Instituto al lado de

⁷⁰⁵ Carta de Alfonso Reyes a Amado Alonso; México 26 de octubre de 1946. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁷⁰⁶ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Cambridge, 7 de enero de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

Amado Alonso le convertía en la persona más adecuada para ocupar el puesto. El filólogo argentino, ante la situación en la que se encontraba su país, aceptó el cargo sin vacilar:

¡Pero claro que acepto! En ese sentido contesté ya hace mucho, por telegrama a don Alfonso y, según lo convenido, esperaba a mi vez otro telegrama definitivo de él. ¿Debo darlo por recibido? De todos modos, ya están en marcha mis documentos⁷⁰⁷.

Lida llegó a la capital mexicana en 1947. Una vez allí, su esfuerzo se dirigió principalmente en dos direcciones. Por un lado a continuar con la *Revista de Filología Hispánica*, y por otro a dotar al Centro de Estudios Literarios de una identidad y de unos contenidos semejantes a los que tenía el Instituto bonaerense. La última entrega de la *Revista de Filología Hispánica* había salido en junio de 1946⁷⁰⁸, y se quería que esa continuidad fuera inmediata, que no pasara mucho

⁷⁰⁷ Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso; Buenos Aires, 9 de marzo de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes. Daniel Rubín de la Borbolla, secretario del Colegio, en una carta a Héctor Pérez Martínez, de la secretaría de Gobernación de México D.F., explica las razones por las que Lida llega al Colegio de México: «El Colegio de México ha decidido ensanchar sus actividades científicas en el campo de la filología española aprovechando algunos recursos económicos que ha obtenido y la dispersión del personal del Instituto de Filología de Buenos Aires. Como usted estará enterado, algunos de los más distinguidos hombres de ciencias de este instituto argentino, han tenido que refugiarse en algunos países de América. La familia del Dr. Pedro Henríquez de Ureña se encuentra naturalmente en México; el Dr. Amado Alonso y su familia se encuentran en los Estados Unidos y otros investigadores se han acogido al asilo que les brindan instituciones o países de América española. El Colegio de México, que desde hace algún tiempo había proyectado traer a 2 ó 3 de los más distinguidos filólogos, ha decidido contratar los servicios científicos del Sr. Don Raimundo Lida, argentino de nacimiento y filólogo distinguido para que se haga cargo durante dos años de la investigación filológica del Colegio de México, e imparta, a la vez, cursos del seminario de posgrado. Como al salir don Amado Alonso de la Argentina, el señor Lida quedó encargado de la revista de filología y como la serie argentina se ha cerrado con el último número de 1946, El Colegio editará una nueva serie, en la cual colaborará don Raimundo Lida aprovechando su experiencia editorial, hasta que encontremos una persona de nuestra confianza para que se haga cargo del trabajo». México D.F., 7 de abril de 1947. Archivo del Colegio de México. Residencia de Estudiantes.

⁷⁰⁸ «La *RFH* se sigue haciendo sin la intervención de Battistessa. Yo dejé cuatro números listos, y la sigo dirigiendo desde aquí con largas cartas semanales a Lida, que es el secretario [...]. Si yo me quedo aquí, haré todo lo posible para que los del Instituto sigan trabajando y siga saliendo la *RFH*, aunque será inevitable que en gran parte será una publicación de aficionados, como le pasó a la *RFE*» Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal; Boston, 29 de octubre

tiempo entre la publicación del último número en Buenos Aires y del primero en México. Dos fueron los problemas que se tuvieron a la hora de dar la citada continuidad. Uno de ellos fue el del nombre: muchos fueron los que se manejaron hasta dar con el definitivo de *Nueva Revista de Filología Hispánica*.

Nombre de la revista. A mí me parece bien RHF —le escribe Raimundo Lida a Amado Alonso—, pero a los dos directores les suena mucho peor que a Albertini, y proponen con grandísimo empeño *Revista Americana de Filología Hispánica*. No es muy gracioso el título, pero contrapesa la hispanidad con la americanidad, que es lo que aquí se busca. No les sonará mal a los norteamericanos; dice exactamente lo que la revista es, y hace juego con esta Biblioteca Americana=«hispanoamericana» proyectada por don Pedro y ya en marcha en el Fondo de Cultura [...]. Si usted propone otro nombre, había que someterlo al arbitraje de Alfonso. Benichon y Monner Sans me decían que por qué no se llamaba *Nueva RFH* como la *Nouvelle Revue Française* o la *Nova Antología*. Pero no me convence mucho a mí, y nada a los Danieles, que no quieren ninguna vinculación formal con la antigua revista. A lo sumo, como atención a los lectores, hacer un índice del último tomo (incompleto) de RFH y distribuirlo con la primera entrega de la revista nueva⁷⁰⁹.

El otro problema era el de quién debía aparecer como director de la revista, si Amado Alonso en solitario, o acompañado de Alfonso Reyes. Lida le da al maestro su visión del asunto y le indica que a Reyes no le interesa aparecer como director:

Director de la *NRFH*: Lo de su dirección exclusiva, sin Don Alfonso, delo usted por cosa hecha. Él no quiere aparecer porque: 1º no se siente director, y porque 2º a) ante

de 1946. Archivo Menéndez Pidal. No pudieron sacar mucho más números desde Buenos Aires, según le informa Lida a Amado Alonso: «No parece que podamos sacar aquí ningún otro número. Battistessa insiste en demorarnos éste. No voy a intentar hablarle a Battistessa de RHF & RFH, él dirá que RFH va a continuar aquí. Los materiales me los llevo a Méjico, naturalmente, aunque Batt tiene en su poder el artículo de Bataillon y será difícil recobrarlo». Buenos Aires, 8 de enero de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁷⁰⁹ Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso. México D.F., 5 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

los mejicanos no estaría bien que aparezca en segundo término, siendo presidente del Colegio y b) ante los filólogos del mundo entero sería disparate que apareciese en primer término y con presunciones infantiles que él no tiene⁷¹⁰.

El director del Colegio de México entendió que no debía aparecer como codirector de la revista y así se lo hizo llegar a Amado Alonso:

La dirección se resuelve que la lleve usted solo sin añadir mi nombre, pues ello desvirtuaría mi propósito. Lo cual no significa para nada que yo me desentienda de ella. Aquí estoy para tirar del carro con usted, como dos buenos hermanos que siempre somos. YA NO LO DISCUTA [las mayúsculas son del autor] por favor. Está resuelto⁷¹¹.

Finalmente todos estos problemas se resolvieron y los puntos más polémicos de la nueva revista quedaron fijados, como informa Lida a Amado Alonso:

Don Alfonso me autoriza a asegurar a usted que en definitiva: 1º La revista se llamará *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 2º Será trimestral. 3º Saldrá este año, Dios mediante, en julio-septiembre y octubre-diciembre. (Mi deseo es que no hubiese un año de pausa entre la vieja y la nueva RFH. Tenía esperanzas de que pudiéramos ponernos al día enlazando en julio de 1946, si trabajamos heroicamente varios meses como en 1939). 4º Podría llevar en pie de imprenta: El Colegio de México – Columbia University. Ya le escribo a Onís. 5º No está todavía previsto el apoyo económico para los anejos. Pero don Alfonso me promete que se va a resolver sin tardanza y que el primer anejo, por lo menos, podría salir este año⁷¹².

⁷¹⁰ Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso. México D.F., 10 de octubre de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁷¹¹ Carta de Alfonso Reyes a Amado Alonso. México D.F., 6 de octubre de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

⁷¹² Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso. México D.F., 19 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

Al margen de la revista, Lida hubo de dotar al Centro de una estructura sólida con el fin de formar a jóvenes filólogos tal como se había hecho en el Instituto de la capital argentina. Para ello se creó una serie de cursos monográficos que habían de fomentar las investigaciones de los distintos colaboradores.

He estado con los dos Danieles (Cosío Villegas y Rubín de la Borbolla): muy acordes – cantos lentos. Otra cosa es Alfonso, entiende que lo principal es RHF e investigación, y sabe lo que es trabajar con pasión y sin muchas formalidades. Cosío y Barbolla son hombres de orden, me regatean un poquito los colaboradores, insisten en que los muchachos disponibles (becados por el Colegio) tienen sus estudios obligatorios y en que no hay que contar con los estudiantes de Filosofía y Letras⁷¹³.

Uno de los primeros colaboradores fue Antonio Alatorre, quien sustituyó a Raimundo Lida en la dirección del Centro cuando éste marchó a Harvard, en 1953, para sustituir, a su vez, a Amado Alonso tras su fallecimiento. Un año antes, en 1952, se terminó la ayuda económica que la Fundación Rockefeller asignó al Centro para que comenzara sus labores, lo que provocó que la institución entrara en una grave crisis que duraría hasta su transformación en 1963 en el Centro de Estudios Literarios y Lingüísticos que es como todavía hoy se la conoce. Durante ese tiempo, bajo el mando de Antonio Alatorre, se siguió editando la *NRFH* y se intentó desarrollar una serie de cursos que no llegaron a dar frutos.

Así fue como se encontró Zamora Vicente a su llegada el Centro de Estudios Históricos que él iba a dirigir. Alatorre, cansado de la dirección y de las rencillas internas, buscaba alguien que le sustituyera en la dirección, y según cuenta hubo en tres «ocasiones» posibles sustitutos. El primero fue Antonio Tovar, pero

⁷¹³ Carta de Raimundo Lida a Amado Alonso. México D.F., 5 de junio de 1947. Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes.

debido a su pasado falangista se le desechó; el segundo fue el romanista suizo Arnald Steiger⁷¹⁴, pero la opción tampoco llegó a cuajar.

Tercera ocasión: me escribe Alonso Zamora Vicente, activo filólogo español, autor de estudios lingüísticos y de estudios literarios, desde Buenos Aires (donde había sucedido a Amado Alonso): quiere venirse a México, etc. A Lida le parece bien. ¡Y esta vez sí sucedió! Zamora Vicente, y su mujer, la lingüista María Josefa Canellada, fueron miembros del Colegio desde fines de 1959 hasta fines de 1960⁷¹⁵.

Además, Alfonso Reyes, que fue quien, según el propio Zamora, había avalado su llegada al Colegio, ya que se habían conocido en alguno de los viajes que Reyes hizo a Madrid y durante su paso por el Centro de Estudios Históricos, falleció poco antes de que él llegara, en diciembre de 1959, siendo sustituido en la presidencia por Daniel Villegas Cosío.

Sí, mucho le debemos [a Alfonso Reyes]. Su mano y su consejo se perciben aún en las empresas que puso en marcha. Mi propia ida a México, a dirigir unos cursos en el Colegio, aún se planeó bajo su vigilancia. Desgracia mía fue su muerte cuando los enredadísimos papeleos para entrar en el país estaban a punto de terminar⁷¹⁶.

⁷¹⁴ «Está en marcha desde hace meses un plan de estudios de filología para el cual se necesita un profesor responsable, un jefe o director de seminario. Arnald Steiger se ofreció a venir, y presentó su candidatura con gran apercibimiento de cartas de recomendación. El Colegio aceptó su candidatura; pero, por angas y por mangas, Steiger fue demorando de tal manera su viaje, que al fin hemos renunciado a tenerlo entre nosotros. De no haber sido por eso, la presente invitación le hubiera llegado a usted hace mucho tiempo.» Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 24 de julio de 1959. Archivo Zamora Vicente.

⁷¹⁵ Clara E. Lida: *El Colegio de México...*, pág. 280.

⁷¹⁶ Alonso Zamora Vicente: «Alfonso Reyes en sus dos riberas», en *El Independiente*, 25 de marzo de 1990. En realidad en aquellos años finales de su vida, la función de Alfonso Reyes en el Colegio de México era más testimonial que efectiva, como le dice Antonio Alatorre a Zamora Vicente en varias cartas: «Ayer en la tarde se la mostré [la carta] a don Daniel Cosío Villegas, presidente del Colegio (don Alfonso Reyes sigue siendo el presidente de la junta de gobierno, pero no administra ya las cosas del Colegio)» Carta de 18 de agosto de 1959. Archivo Zamora Vicente.

Zamora Vicente llega a México en los primeros meses de 1960 y una de las primeras personas con las que intenta ponerse en contacto es con Max Aub, con el que mantenía una relación epistolar desde hacía años:

Querido Max Aub: Llevo en México unos quince días. Me han traído los del Colegio de México para colaborar, por algún tiempo, en su tarea filológica. Excuso decirle cuánto me gustaría charlar con usted⁷¹⁷.

Desde los Estados Unidos, Navarro Tomás felicita a su antiguo alumno por el nuevo cargo y le pregunta por los propósitos e ideas que quiere llevar a cabo:

Supongo que su incorporación al Colegio de México no será meramente temporal sino por un periodo indefinido. Deseo que se encuentren ustedes a gusto en las tareas del Colegio y en el ambiente de la ciudad. Ha sido una lamentable desgracia el fallecimiento de Reyes antes de que ustedes hubieran podido tener ocasión de establecerse y recoger de él directamente sus orientaciones. Tengo muy buena impresión de los amigos Alatorre con quienes sin duda compartirán ustedes el trabajo. Es evidente que Alatorre necesita ayuda para mantener y desarrollar las actividades del Colegio. Sólomente la publicación de la *Revista de Filología Hispánica* basta para absorber todo el tiempo del que la tenga a su cargo. Me gustaría saber los propósitos que usted trae y las obligaciones que tiene que desempeñar⁷¹⁸.

Como director del Seminario de Filología Hispánica, que después se pasó a denominar Centro de Estudios Filológicos, Zamora tenía que dirigir los trabajos del grupo de investigadores. Antonio Alatorre le detalla cuáles serán sus funciones⁷¹⁹:

⁷¹⁷ Carta de Alonso Zamora Vicente a Max Aub, México, 8 de marzo de 1960. Fundación Max Aub.

⁷¹⁸ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente, Northampton, 11 de marzo de 1960. Archivo Zamora Vicente.

⁷¹⁹ «El grupo de "filólogos" que usted dirigiría es muy reducido, unos ocho o diez; no son una maravilla, pero son buena materia prima. Su tarea no es complicada; consistirá sobre todo en

Usted dirigiría la marcha de unas cuantas investigaciones sobre temas literarios o lingüísticos. El Colegio de México es sin duda una de las instituciones menos burocratizadas del mundo. Reconozco que no todo son ventajas en esta situación, y que a veces nuestra manera de trabajar puede parecer anárquica y desorganizada; pero la verdad es que trabajamos con la mayor comodidad. De todos modos, no nos vendría mal un poco más de disciplina. Por eso le hablaba yo de «carta blanca», expresión que ha objetado (y con razón) el señor Cosío Villegas. Trataré de ser un poco más preciso. Pienso que usted podría consagrar las mañanas al Colegio. Un día a la semana habría un seminario de unas dos horas, para discutir cuestiones generales, de método, etc., y otro día una conferencia de usted, de índole más pedagógica. Esto podría cambiarse; pero, sea como sea, creo que sería necesario que usted se reuniera con los chicos del seminario dos veces a la semana; usted verá sus necesidades, o ellos le harán sugerencias. Las otras mañanas podrá dedicarlas al estudio. Nuestra biblioteca no es tan mala, y hay algún dinerillo para mejorarla. Usted podría conseguir alguna clase en la Universidad, o conferencias (por ejemplo en los cursos de invierno de Monterrey o de San Luis Potosí); estoy seguro de que sobrarán las maneras de que usted aumente sus ingresos⁷²⁰.

Al igual que le sucediera con el Instituto de Filología de Buenos Aires, Alonso Zamora Vicente se encuentra al frente de una de las instituciones más representativas de la filología hispánica, pero su dirección coincide con una época de cambios y de reajustes. Problemas muy parecidos a los que se encontró en Buenos Aires los va a tener ahora en México, D.F. Como hemos visto, el Centro perdió el esplendor del que gozara en los años en los que lo dirigió Raimundo Lida. Durante la dirección de Antonio Alatorre, en la década de los cincuenta, llegaron como colaboradores al Centro Emma Susana Speratti y María Barranechea que habían ya trabajado con Zamora Vicente en el Instituto de Filología. Otro de los colaboradores llegado en los años cincuenta, concretamente en 1954, fue el español Juan Lope Blanch que había ido becado a México para

inspirarles entusiasmo y amor y método para el estudio de la lengua y la literatura.» Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 24 de julio de 1959. Archivo Zamora Vicente.

⁷²⁰ Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 18 de agosto de 1959. Archivo Zamora Vicente.

hacer su tesis doctoral y que mantenía una estrecha relación con Rafael de Balbín que en aquellos años era director del Instituto Cervantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en España, a quien informaba puntualmente de todo lo que se iba haciendo en el Colegio de México.

Me comunica D. Francisco López, que ha habido un cambio en la organización de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, y que es usted el encargado en adelante, del intercambio de publicaciones del Colegio de México. Me alegro mucho que así sea, porque veo que cada vez se valora mejor su preparación y sus dotes directivas, y porque con eso, nuestra colaboración con el Colegio de México, contará desde ahora con un mediador amigo⁷²¹.

Las razones por las que Zamora Vicente dirigió el Centro de Estudios Filológicos durante un año solamente, de febrero de 1960 a diciembre de ese mismo año, son varias. Una de ellas, tal vez la más importante, fue la falta de compromiso de los becarios y de los investigadores que no respetaban la disciplina del Colegio ya que se centraban más en sus trabajos en otras instituciones que en los del Centro, con lo que no cumplían con el horario laboral exigido⁷²². Otra fue el difícil carácter de alguno de esos investigadores, en especial

⁷²¹ Carta de Rafael de Balbín a Juan Miguel Lope Blanch, 9 de julio de 1960. Archivo de Humanidades del CSIC. Tiempo después, Lope Blanch sigue ofreciéndose como buen intermediario entre una institución y otra: «Bien sabe usted que tanto ahora, aquí en Washington, como normalmente en México, sigo a su disposición para cualquier cosa en que pueda ayudarle». Carta de Lope Blanch a Rafael de Balbín de 20 de octubre de 1965. Archivo de Humanidades del CSIC. Alonso Zamora Vicente, en las entrevistas que mantuve con él, siempre decía que Lope Blanch informaba al CSIC de las actividades que él estaba haciendo en México: «Sabían antes en España que en México cada uno de los pasos que yo daba durante el tiempo que estuve en el Colegio».

⁷²² Así lo expresa Daniel Cosío Villegas, quien cansado de este comportamiento decidió expulsar a muchos de ellos, en una carta que envía a uno de los becarios: «La experiencia de varios años, pero especialmente de los dos últimos, ha convencido a las autoridades del Colegio que la asociación de los becarios a las tareas de enseñanza e investigación del Seminario de Estudios Lingüísticos no puede ser fecunda a menos que se dedique una jornada de trabajo mínima y continua que esas mismas autoridades estiman de cinco horas diarias (de 9 AM a 2 PM) y de cinco días a la semana (de lunes a viernes inclusive)». Carta a Huberto Batis de 23 de diciembre de 1960. Tomada de Clara E. Lida: *El Colegio de México...* pág. 285.

de Emma Speratti⁷²³, que Zamora ya conocía de los años argentinos. La última razón se encuentra en las tensas relaciones mantenidas con Lope Blanch. Cuando Antonio Alatorre dejó la dirección, Lope Blanch quedó como encargado de la *NRFH*, con lo cual las funciones del director no estaban muy definidas, ya que tampoco existían cursos en esos momentos en el Centro. Así nos cuenta Clara E. Lida las tensiones entre los dos españoles:

Por una parte, Alatorre dejó a Lope a cargo de la *NRFH* y otros menesteres. Por otra, Zamora Vicente, el nuevo director, se encontró con un Centro desconocido, sin tener bien definidas ni en sus manos todas las funciones directivas, y como colaborador un compatriota que no estaba demasiado dispuesto a ayudarle a tomar las riendas. En justicia, habría que decir que Zamora recibió un centro sin orientación clara, unos estudiantes que estaban desilusionados y un grupo de becarios e investigadores cuyas funciones en el Centro no se habían precisado claramente. A pesar de todo esto, después de evaluar la formación de los becarios y concluir que era muy desigual, Zamora se lanzó a una revisión bibliográfica y crítica de la literatura española para intentar llenar lagunas y, dada su formación como lingüista, hizo lo mismo con la fonética. Por su parte, Lope Blanch pasó a hacer lo mismo, pero a la inversa: discutir textos literarios además de proseguir con los temas de lexicología dialectal. Esta situación se percibió como una competencia tácita entre Lope y Zamora, y generó tensiones que repercutieron sobre los becarios y los demás investigadores, que sintieron aún más el desconcierto del programa y del Centro⁷²⁴.

De algunas de las dificultades que iba a encontrar, debidas principalmente a los recelos que los mexicanos tenían hacia los españoles refugiados, ya le avisaba Navarro Tomás en una carta:

⁷²³ En su libro, Clara E. Lida dice: «Caso extremo parece el de Emma Susana Speratti Piñero, investigadora productiva y crítica literaria de primera, que hubiera podido reforzar bien el programa docente del Centro. Pero tal vez su personalidad desbordante y espíritu crítico no compaginó con la introversión y quietismo que mantenía Alatorre», *El Colegio de México...*, pág. 274.

⁷²⁴ Clara E. Lida: *El Colegio de México...*, págs. 284-285.

Debe estar usted bastante ocupado en el Colegio. He sabido que Alatorre estaba por aquí desde hace unos meses. En mis visitas a México pude ver que había tensión y reservas entre los españoles gachupines y los refugiados. Supongo que las ocupaciones de usted serán una defensa para no mezclarse en desavenencias⁷²⁵.

Zamora Vicente intentó hacer en el Colegio de México lo mismo que hizo en el Instituto de Filología, rehacerlo a partir de la nada en una época llena de dificultades, como le había pedido que hiciera Antonio Alatorre:

Y usted podría ser (tiene que ser) lo que fue Amado Alonso en Buenos Aires, lo que usted mismo pudo haber sido en Buenos Aires si no fuera por las circunstancias adversas. Por fortuna aquí no hay que temer esas cosas⁷²⁶.

Aunque no se encontró con las dificultades políticas de Argentina, sí lo hizo con problemas de otro tipo, sobre todo institucionales y relacionados con la personalidad de sus colaboradores. Para intentar encontrar soluciones, se reunió con el director del Colegio, Cosío Villegas, para exponerle cuáles eran a su entender los problemas existentes: la ausencia de unos objetivos precisos y la indeterminación de las responsabilidades que cada uno debía asumir. Pero cuando se tomaron las medidas él ya no se encontraba en el Colegio: Antonio Alatorre y su mujer, Margit French, habían regresado para ponerse otra vez al mando del Centro.

⁷²⁵ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente; Northampton, 15 de agosto de 1960. Archivo Zamora Vicente.

⁷²⁶ Carta de Antonio Alatorre a Zamora Vicente de 24 de julio de 1959. Archivo Zamora Vicente.

1.- VOCALES CADUCAS EN EL ESPAÑOL MEXICANO

Además de su trabajo en el Colegio, Zamora dio también clases en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en donde ocupó la Cátedra Jiménez Rueda, compaginando estos trabajos con sus estudios dialectales. Al igual que hizo en otros lugares en los que estuvo (Extremadura, Galicia, Buenos Aires), don Alonso se dedicó a estudiar algunas de las peculiaridades lingüísticas de la zona. En este caso lo que estudió, junto con su mujer, fue la pérdida de algunas vocales en el habla de México.

Las investigaciones las llevaron a cabo durante «los meses de febrero a diciembre de 1960»⁷²⁷ y analizaron el fenómeno a partir de las conversaciones espontáneas mantenidas en la convivencia diaria con diferentes personas pertenecientes a distintos estratos sociales y que tenían una formación cultural muy variada. Cualquier informante era válido, y así reunieron un corpus lingüístico en el que se incluían las variantes utilizadas «en el mercado, en la Universidad, en el Colegio de México, en los taxis, en los grandes almacenes, en el tranvía, en los discursos oficiales, en las emisiones de radio, sermones religiosos, reuniones familiares, etc.»⁷²⁸. En su artículo, que está dedicado «a Don Tomás Navarro Tomás, amigo y maestro», la pareja parte de los estudios que Aurelio M. Espinosa, Henríquez Ureña, Josph Matluck, Estrella Cortichs de Mora, Peter Boyd-Bowman y Amado Alonso hicieron sobre este fenómeno. Al igual que habían observado todos estos investigadores en sus publicaciones, el matrimonio Zamora Canellada comprueba cómo existe una pérdida de la vocal inicial, sobre todo cuando está trabada por *s*; de la protónica, principalmente cuando va seguida también de *s*; de la postónica, que es el rasgo más común del español

⁷²⁷ María Josefa Canellada, Alonso Zamora Vicente: «Vocales caducas en el español mexicano», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. XIV, núms. 3-4 (1960), pág. 225.

⁷²⁸ *Ibidem*.

mexicano; también de la final, principalmente en las zonas altas e incluso de los nexos consonánticos y de algunos diptongos. Pero su aportación, que no había sido estudiada hasta el momento, es la pérdida de las vocales tónicas⁷²⁹, que, aunque es un fenómeno menos habitual y frecuente que la pérdida de las átonas, también se puede percibir en todas las clases sociales. La *i* es la vocal que más se pierde seguida de la *e*, siempre de acuerdo a su estudio.

⁷²⁹ «A nuestro entender, lo más interesante del presente trabajo consiste precisamente en poder dar fe de esa asombrosa facilidad del hablante mexicano para eliminar hasta la vocal tónica», *Ibíd.*, págs. 240-241.

II.- LA PRODUCTIVA DÉCADA DE LOS SESENTA

La década de los sesenta va a ser muy productiva para Zamora Vicente. En esos años publica varios estudios tanto de dialectología como de crítica literaria. El primero fue la *Dialectología española*, a la que seguirá, en 1961 una biografía de Lope de Vega, autor del que editará cuatro comedias en 1963. Mientras, también da a la imprenta un estudio sobre la obra narrativa de Camilo José Cela, así como dos libros de ensayos y un estudio sobre la novela picaresca. La década se cerrará con su ingreso en la Real Academia Española y su estudio sobre el esperpento de Valle-Inclán que llegó a las librerías en 1969.

1.- DIALECTOLOGÍA ESPAÑOLA

Para hablar de la dialectología de Zamora Vicente hemos de retroceder a los primeros años de la década de los cuarenta cuando fue llamado para dar clases de esa especialidad en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Emilio Alarcos, uno de sus alumnos, recordaba de esta manera aquellas clases:

Y hete aquí que un día, en la recién inaugurada facultad de Letras —rodeada todavía de eriales, cascotes y zanjas bélicas mal rellenas—, el don Alonso, con bienintencionada y cachonda retracción de las comisuras labiales, con la insinuante y dulce tensión de sus cuerdas vocales y sus peripatéticos desplazamientos entre el estrado y pupitres, se nos puso a explicar Dialectología. Seguro que entonces no pensaba escribir el libro ese gordo que tienen que estudiar los estudiantes de ahora y que dice todo lo que hay que decir⁷³⁰.

⁷³⁰ Emilio Alarcos Llorach: «Primer recuerdo de don Alonso...», pág. 346.

Tal vez, Alonso Zamora no tuviera en mente, en aquel lejano 1942, escribir el celebrado manual, pero a partir de aquel curso sí se dio cuenta de la necesidad de un libro en el que se reunieran todos los avances que sobre la dialectología peninsular existían hasta el momento, para facilitar su estudio y comprensión. Pocos años después, en 1948, le escribe a Amado Alonso una carta en la que le dice que está pensando en escribir ese libro:

Tengo material acarreado para elaborar un Manual de Dialectología que no sea tan malucho como el de D. Vicente [García de Diego]. Pero me da miedo meterme con él⁷³¹.

En Argentina ya estaba trabajando en el manual, recopilando todo el material posible, para lo que escribía a amigos pidiéndoles alguna publicación que había salido en España.

He visto en una bibliografía que los Anales de Cultura Valenciana han publicado algunos articulitos de materia dialectal, ¿podrías tú proporcionármelos o hacer que me los mandaran? En algo ha de notarse que eres un valenciano importante⁷³².

Diez años después, en 1958, el libro se encuentra muy avanzado. Ya tiene recopilados una gran cantidad de materiales y se encuentra dándoles forma⁷³³.

Veo que trabajas —le escribe a Manuel Alvar—. Yo también. Le doy firme a la Dialectología. Todo lo que me dejan las clases y el Colegio. Quiero acabarla este año. Estoy un poco desorientado. Es muy difícil poner orden y economía en esto⁷³⁴.

⁷³¹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Amado Alonso, Salamanca, 1948. Archivo Zamora Vicente.

⁷³² Carta de Alonso Zamora Vicente a Manuel Sanchis Guarner; Buenos Aires, 17 de febrero de 1950. Archivo Sanchis Guarner.

⁷³³ «Su exhaustivo acopio bibliográfico, cerrado a fines de 1958, aparece utilizado con escrupuloso examen», Tomás Navarro Tomás: «Reseña a *Dialectología española* de Alonso Zamora Vicente», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1960, t. XIV, núms. 3-4, págs. 341-342.

En 1960 se publica el libro en Gredos. La editorial fue creada en 1944 por Julio Calonge, Valentín García Yedra e Hipólito Escolar a los que se une al poco tiempo José Oliveira Bugallo. Comenzó publicando textos clásicos y latinos traducidos y con notas, en las colecciones «Textos clásicos anotados» y «Colección Gredos bilingües». En 1950, la editorial, por medio de José Oliveira propone a Dámaso Alonso la creación de una nueva colección dedicada a obras relacionadas con la filología románica; así se creó la «Biblioteca Románica Hispánica», inaugurada con *Poesía española* del propio Dámaso Alonso. Dentro de la colección se crearon varias secciones: «Tratados y monografías», «Estudios y ensayos», «Manuales», «Textos», «Diccionarios», «Antología hispánica», «Campo abierto» y «Facsimiles». En la sección de «Manuales» fue donde apareció *Dialectología española*⁷³⁵ de Zamora Vicente⁷³⁶.

En España, el campo de la dialectología tradicional y el muy próximo de la geografía lingüística se inauguran con el estudio de Menéndez Pidal sobre el leonés en 1906 y llega a su máximo esplendor, antes de la guerra, con las encuestas del ALPI. En ese tiempo hay que tener en cuenta los estudios etnográficos y fonéticos que Fritz Krüger hizo en varias zonas de la Península. Después de la guerra, en la década de los cuarenta y de los cincuenta, se hacen

⁷³⁴ Carta de Alonso Zamora Vicente a Manuel Alvar; Madrid, 18 de marzo de 1958. Archivo Zamora Vicente.

⁷³⁵ Alonso Zamora Vicente: *Dialectología española*, Madrid: Gredos, 1960.

⁷³⁶ Años antes, el autor se había puesto en contacto con los directores de la editorial para anunciarles el libro: «De paso quería decirte que por fin trabajo decididamente en mi Dialectología, por si os parece bien anunciarla entre los chismecitos de doble estrellita. Yo calculo que de poder seguir con el ritmo de ahora, dentro de un año o año y medio estará terminada. De paso, me atrevo a preguntarte unas cosas. Caso de que me la hagáis vosotros, como pienso, ¿tenéis quien haga mapas, o tendré que hacérmelos yo a puñetazos?». Carta de Zamora Vicente a Julio Calonge; Salamanca, 20 de enero de 1956. Archivo editorial Gredos. Con el tiempo, el entusiasmo del autor se desvanece: «Sí, mi Dialectología marcha, aunque no al paso que yo quisiera, pero va. Puedes anunciarla, si te parece como Dialectología española». Le escribe Zamora Vicente a Julio Calonge; Salamanca, 7 de marzo de 1956. Archivo editorial Gredos.

una serie de estudios parciales sobre determinados lugares, entre los que se encuentra *El habla de Mérida* de nuestro biografiado, que tienen un carácter descriptivo. Pero no existe un volumen que recoja los estudios dialectológicos existentes hasta que en 1946, Vicente García de Diego publicó su *Manual de dialectología española*⁷³⁷ en el que recopilaba algunos de ellos⁷³⁸. En los años cuarenta y cincuenta, como apunta Diego Catalán, las obras al respecto «tienen una grave deficiencia: falta en ellas una concepción clara y coherente del objeto que tratan de estudiar. Los dialectólogos no conciben el dialecto como una lengua de uso comarcal, con una estructura fonológica, gramatical y léxica propia, sino como un conjunto de divergencias respecto a la lengua común»⁷³⁹.

Con su libro, Zamora Vicente⁷⁴⁰ ofrece una recopilación bien organizada y descriptiva de las aportaciones realizadas hasta el momento en la investigación dialectológica, a lo que hay que unir, como dice Navarro Tomás en la reseña que hizo al libro, la experiencia directa que el propio autor ha tenido en los distintos lugares de la Península por los que ha estado, plasmada en diferentes artículos. En el prólogo, el autor dice que ha querido hacer «una guía para el interesado en dialectología española» y reconoce las posibles deficiencias que pueda tener el libro y que en un futuro se pueden ir enmendando: «Sale a luz consciente de su

⁷³⁷ Vicente García de Diego: *Manual de dialectología española*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1946.

⁷³⁸ Francisco Gimeno Menéndez: *Dialectología y sociolingüística españolas*, Alicante: Universidad de Alicante, 1990. También se puede ver el artículo del mismo autor «Historia de la dialectología y sociolingüística españolas», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 61-84.

⁷³⁹ Diego Catalán: *Lingüística...*, pág. 229. En esta línea ve Catalán el libro de Zamora: «Aunque excelente en su género, esta útil y cuidadosa compilación pone de manifiesto las limitaciones y la inconsistencia de la dialectología comparativa, que solo interesa en inventariar los rasgos “aberrantes” de los dialectos y que no se preocupa ni de describir la estructura y funcionamiento de los dialectos estudiados, ni de precisar las relaciones (sincrónicas y diacrónicas) de los variados dialectos entre sí, y con la lengua patrón», pág. 306.

⁷⁴⁰ «Desde su primera edición, la síntesis de Zamora superó en organización y claridad a la *Dialectología española* de V. García de Diego. Esta obra anterior conserva su interés por tratar con detenimiento de las otras lenguas hispánicas (gallego, catalán, vasco), que Zamora decidió excluir de su *Dialectología*», Diego Catalán: *Lingüística...*, pág. 307.

imperfección, y lleno del buen deseo de ir rellenando sus lagunas y enmendando sus errores [...]. Sale, pues, esta dialectología española, más bien como “ensayo”, que espera, para ir madurando, toda colaboración bien intencionada que venga de fuera».

Por lo que respecta a su contenido, en el manual se parte del estudio de los rasgos diferenciadores de algunas de las lenguas que se hablaron en la Península, concretamente el mozárabe, el leonés y el aragonés, que fueron prácticamente absorbidas por el castellano, quedando fuera de la investigación el catalán y el gallego-portugués. Se pasa después al estudio de aquellas variantes del castellano que más se apartan de la norma estándar como es el caso del andaluz, al que dedica un gran número de páginas, el extremeño, el riojano, el murciano y el canario. Termina el libro con un acercamiento al judeo-español y al español de América. Todo ello se acompaña de numerosos mapas que ilustran la localización de los fenómenos estudiados. En 1966 publicó, en la misma editorial, una segunda edición muy aumentada que mantiene la estructura de la primera, pero ampliando cada uno de los capítulos, sobre todo el dedicado al español de América. También se añade uno dedicado al español de Filipinas.

La estructura del libro coincide con la que Rafael Lapesa dio al último capítulo de la *Historia de la lengua española*⁷⁴¹, donde de forma breve estudia aspectos de algunos dialectos, como el leonés, el aragonés y los «dialectos del mediodía» en donde agrupa el andaluz, el extremeño y el murciano. Lapesa también se detiene brevemente en el judeo-español y en el español de América. Don Rafael, en la contestación al discurso de ingreso en la Real Academia de Zamora Vicente, manifiesta lo siguiente sobre el libro de su colega:

⁷⁴¹ Rafael Lapesa: *Historia de la lengua española*, Madrid: Ecliser, S. L., 1942.

Las aportaciones de Zamora en estos campos de la investigación culminan con su *Dialectología española*, excelente obra de conjunto que se publicó en 1960 y cuya segunda edición está ya en prensa. Intento muy difícil era el de presentar en visión panorámica las variedades geográficas de nuestro idioma y caracterizar a la vez la fisonomía de cada una con puntual acopio de pormenores representativos. Zamora ha salido airoso gracias a su completísimo conocimiento de la bibliografía previa y gracias también a su excepcional información directa, que le permite dar noticias de primera mano. Ningún otro lingüista de ahora hubiera podido, por ejemplo, ofrecer información tan rica y personalmente vivida sobre el habla hispanoamericana. Este libro de Zamora es manual imprescindible para quien se inicia en la dialectología hispánica; pero es también obra de necesaria consulta para los ya iniciados, pues no sólo les da referencia exacta y al día sobre el estado actual de los estudios en cada punto, sino que les reserva continuas sorpresas con su caudal de noticias nuevas e inteligentemente interpretadas. Es, en suma, a pesar de su fecha reciente, una de las obras ya clásicas de la lingüística española⁷⁴².

Cuando el manual salió a las librerías él ya se encontraba en México, a donde le escribía Navarro Tomás, que esperaba que el libro le llegase pronto a los Estados Unidos: «Espero con cierto interés esa *Dialectología* que ha dejado en España a punto de salir. Sin duda será más clara, atractiva y digestible que la de García de Diego»⁷⁴³. Después de leerla, don Tomás echó algunas cosas en falta, que señalaba para su inclusión en futuras ediciones:

Va adjunta la reseña sobre la *Dialectología*. Me alegraría que fuera de su gusto. He querido expresar mi opinión sobre el carácter y valor del libro sin entrar en cuestiones de detalle. Y a la vez he aprovechado la ocasión para aludir al descuido de

⁷⁴² Rafael Lapesa: «Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia Española de Alonso Zamora Vicente», Madrid: Real Academia Española, pág. 132.

⁷⁴³ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente; Northampton, 11 de marzo de 1960. Archivo Zamora Vicente. Don Tomás hizo una reseña al libro para la *NRFH*: «Estoy dedicando algunos ratos a leer su *Dialectología*. Confirмо la buena impresión del primer momento. Acojo con gusto su indicación respecto a dedicarle una reseña. No le doy palabra segura, pero si me es posible la escribiré. Desde luego tendría que ser cosa breve, sin duda menos completa que el libro merece». Carta de 15 de agosto de 1960. Archivo Zamora Vicente.

los trabajos que siguen apareciendo sin apenas atender a la pronunciación. No puede decirse que haya sido muy eficaz el propósito de estimular el estudio ceñido y metódico con que publiqué el *Cuestionario Lingüístico* que por cierto no va incluido en su bibliografía. Una antología de textos dialectales sería excelente complemento de su libro⁷⁴⁴.

Ya al final de su vida, Alonso Zamora hizo una reflexión pública sobre su libro y el sentido que tenía dentro de los estudios dialectológicos del momento. Fue en el discurso de su nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad de Alicante, en 2001. Allí definió su obra como un testimonio de la forma de hablar en la Península en una época concreta, por lo que ya no merecía la pena retocarla. Lo mejor, según él, era dejarla como estaba, pues su valor radica en reflejar las variantes existentes en un momento de la lengua aún no homogeneizada por los medios de comunicación.

Y esto acarrea la confesión de que hablé. Voces amigas (y otras no tan amigas) con frecuencia me han reprochado que no retoque mi *Dialectología* ni la reedite ampliándola. Y es verdad que así la concebí. Diré ahora, claro y alto, que no la tocaré nunca. El contenido de ese libro es testimonial. Desenvuelve un mapa de un pasado aún no lejano, pero pasado. Fue así. Seréis felices si vais encontrando relictos como los hechos que saco allí en primera línea de la comunicación. Lo demás ya ha perdido vigencia. En la escuela pidaliana, hemos hecho una dialectología, levantando toda una construcción riquísima, eso sí, y verdadera, con el rigor de una ciencia exacta, con criterios documentales y muy depurados. Era siempre un tropezar con la Historia, con las luchas, y sus herencias políticas, discutidas y fugaces. Mi libro nos dice tan sólo una verdad inesquivable: «Esto fue así». Y añadido hoy, y descargo mi conciencia: «Y ya no es». Quedan reliquias aquí y allá, entre las gentes de edad, pero la vida es otra. Ya antes de la Guerra Civil, podíamos apreciar anchas lagunas pero reconocíamos sus rasgos en la taberna del pueblo, en las faenas del campo, en los ritos de paso, al cantar, vagamente emocionados, las viejas canciones, tantas

⁷⁴⁴ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente; Northampton, 29 de noviembre de 1960. Archivo Zamora Vicente.

emparentadas con la música renacentista. Pero ya la radio comenzaba a seriar el habla, y la gente sustituyó «Las tres morillas» o «Triste estaba el Rey David», por los anuncios y sus musiquillas enaltecedoras de portentos y comodidades [...]. Y después de nuestra guerra, ha habido emigraciones interiores que han obligado a hablar de otra forma. Incluso como defensa rápida se cambió o se evitó hasta la entonación patrimonial, para disimular un origen, una posible revisión de un pasado próximo, con su acompañamiento de malquerencias, delaciones, un baño de espanto de temerosas venganzas... Más tarde, la técnica moderna, las comunicaciones fáciles, el intercambio generalizado, hicieron lo demás. No, no tocaré mi libro. En su base está el hecho, un tanto ingenuo, de pensar que, resonante aún el eco de las legiones romanas en retirada, allí aparecía el filologuillo madrileño, a ver qué habían dejado los fugitivos. Cuando he vuelto, otras invasiones y huidas habían dejado paso a una sociedad diferente a la que ya no podemos aplicar los supuestos heredados de la filología historicista o idealista [...]. Hay que mirar, pues, mi *Dialectología* como una excavación, en territorio fértil, para toparnos con el hecho diferenciador (aparte de que hoy sabemos muchísimo más de algunos extremos, sobre todo del español americano). Ayudará, durante mucho más tiempo aún (quizá más del que pensamos) a valorar y enjuiciar relictos, usos semánticos ajenos a la lengua general. Pero habrá que pensar en modificar las causas de muchas fronteras. ¡Qué asombro al ver, en algunas hablas, fronteras viejísimas, prerromanas, mientras que las medievales han sido absorbidas...!⁷⁴⁵

⁷⁴⁵ Alonso Zamora Vicente: «Discurso pronunciado con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. II, págs. 1163-1169.

2.- LOPE DE VEGA

En 1961⁷⁴⁶, con motivo de los preparativos de la conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega (1562-1635), Zamora Vicente publicó en la editorial Gredos, dentro de la sección «Campo abierto» —que se inauguraba con este libro—, una biografía del Fénix de las letras españolas⁷⁴⁷. La obra iba dirigida a estudiantes de bachillerato, ya que la intención de la nueva colección era acercar a un público juvenil y no experto los grandes autores y obras de la literatura española. Escrito de una forma sencilla y amena, no es un estudio en profundidad de la vida del gran escritor español.

Este nuevo Lope de Vega con que nos regala Zamora Vicente nos da una impresión de cuadro fresco y sugestivo, de fina y matizada pintura. No olvidemos que en Zamora Vicente se da esa rara mezcla de crítico y erudito sensible con el escritor —el creador— de lograda expresividad. Esta sutil alianza ha dado como fruto este libro fresco, delicioso, que ha inaugurado con fortuna el cuarto centenario del nacimiento del gran Lope⁷⁴⁸.

La biografía comienza con un breve capítulo que sirve para situar al lector en la España de la época de Lope; después viene lo que podríamos llamar la biografía propiamente dicha, que se organiza siguiendo a las distintas mujeres a las que el Fénix estuvo unido sentimentalmente. La última parte la dedica a estudiar su obra atendiendo a la vieja división de Menéndez Pelayo en obras no dramáticas y obras dramáticas. El autor no quedó muy contento de cómo salió a la luz la primera edición, ya que debido a las prisas del centenario y a su marcha a

⁷⁴⁶ «1962. Cuatro siglos de Lope de Vega, figura excepcional en el quehacer literario, sin parangón posible en parte alguna [...]. 1962, año lleno de Lope. Por todas partes, sus comedias volverán a llenar los carteles de los teatros [...]. En Madrid, París, Buenos Aires, Moscú o Nueva York, sonarán otra vez los versos de *El caballero de Olmedo*, de *Fuenteovejuna*, de *Peribáñez*», Alonso Zamora Vicente: «Envés de Lope», en *Lengua, literatura, intimidad (Entre Lope de Vega y Azorín)*, Madrid: Taurus, 1966, pág. 11. En este libro recoge dos artículos más dedicados a Lope de Vega: «Calle Francos, n.º 11», págs. 23-31, y «Francisco A. De Icaza y Lope de Vega», págs. 33-38.

⁷⁴⁷ Alonso Zamora Vicente: *Lope de Vega*, Madrid: Gredos, 1961.

⁷⁴⁸ José Luis Cano: «Una imagen de Lope», en *Ínsula*, núm. 182, pág. 8-9.

tierras americanas no le dio tiempo a dar un repaso a la obra para remediar una serie de errores que no escaparían a una parte de la crítica⁷⁴⁹.

La primera edición de este libro apareció en 1961, a causa de una apremiante urgencia. Con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega, el Ministerio de Educación Nacional, con muy buen acuerdo, impuso, en el tránsito de la enseñanza media a superior, un curso dedicado al Fénix, para todos los estudiantes españoles de esa coyuntura. Esa fue la perentoria razón que provocó el nacimiento de *Lope de Vega*⁷⁵⁰. Al escribirlo, yo pretendía tan solo dar al joven español de diecisiete, dieciocho años [...] una pauta de lo que debía conocer de uno de sus más egregios compatriotas. Ni más, ni menos. Remontando el verano de 1961 pude dar fin a estas páginas, escritas, en realidad, de recuerdos. Una salida también perentoria al extranjero me impidió, ya entonces, revisar el original con el ocio necesario, someterle a ese pulimento siempre penúltimo⁷⁵¹.

Con las ascuas del centenario todavía ardiendo, Zamora Vicente editó, en 1963, cuatro obras de Lope de Vega en la colección «Clásicos Castellanos» de Espasa Calpe: *El villano en su rincón* y *Las bazarrias de Belisa*, por un lado, y *Peribáñez y el comendador de Ocaña* y *La dama boba*⁷⁵², por otro. Lope de Vega, junto

⁷⁴⁹ Véase la que le hizo Gonzalo Sobejano: «*Lope de Vega* de Alonso Zamora Vicente» en *PSA*, 1962, t. LXXXIX, pág. 88.

⁷⁵⁰ Sobre las actividades que se realizaron con motivo del centenario de Lope de Vega, véase el artículo de Enrique Luis-Fornells: «Se inició la preparación del Cuatricentenario en 1961 al disponer el Ministerio de Educación Nacional que el tema obligatorio para todos los alumnos del Curso de Preuniversitario fuera el de *Lope de Vega y su tiempo. Estudio especial de "El villano en su rincón"*. Otra segunda disposición adoptada por el mismo Ministerio estableció una Junta Nacional del Centenario de Lope de Vega, encargada de organizar y coordinar el programa de actos (BOE 5 de agosto de 1961 y 3 de febrero de 1962). Estas dos medidas abrieron el camino a todas las actividades que casi a diario se celebraron durante los doce meses del año». Enrique Luis-Fornells: «El centenario del nacimiento de Lope de Vega en España (1562-1635)», en *Hispania*, vol. 46, núm. 3 (1963), pág. 563.

⁷⁵¹ Alonso Zamora Vicente: *Lope de Vega*, Madrid: Gredos, 2ª edición, 1969, págs. 7-8. «Ahora, este *Lope de Vega* que ahora sale, no es más que el de hace unos años, el de 1961, limpiado de algunos fallos de memoria, de algún que otro desliz», pág. 8.

⁷⁵² Lope de Vega: *El villano en su rincón* y *Las bazarrias de Belisa* (edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente), Madrid: Espasa Calpe, 1963. Lope de Vega: *Peribáñez y el comendador de Ocaña* y *La dama boba* (edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente), Madrid: Espasa Calpe, 1963. Sobre la labor del filólogo como editor de los clásicos, puede verse el artículo de Berta

con Valle-Inclán y Cela, es el autor al que más páginas dedicó el filólogo madrileño. En sus estudios lopescos destaca un elemento por encima de los demás: la influencia de la literatura popular. Para él, Lope supo como nadie dramatizar hechos normales de la vida cotidiana en el campo o en la ciudad.

Herencia de sabiduría popular, con lejanas raíces medievales; la exaltación de la naturaleza y de sus representaciones, por el conjunto del Renacimiento; un refrancillo asomándose, taimado, en la vuelta de cada verso. Y Lope, nuestro Lope que hace carne y vida y alma y pasión de todo eso, encrucijada total, donde todo lo que llega de fuera se hace persona viva, gesticulante y apasionada, es decir, drama⁷⁵³.

Don Alonso siempre incidió en la importancia de la literatura popular como cuna en la que nace la literatura española clásica⁷⁵⁴. Los autores más representativos del periodo han bebido de la lengua y la cultura popular para crear sus obras, y en Lope de Vega se produce una comunión casi perfecta entre el autor culto y la cultura del pueblo, porque él se encuentra «en la cumbre de una corriente que viene de muy atrás, de Juan de la Encina, de Lucas Fernández, de Lope de Rueda, del Camoes de los autos»⁷⁵⁵. Junto a esta influencia de lo popular, que además de materializarse en escenas aparece escondida en muchos de los

Pallares: «Don Alonso Zamora Vicente y la edición de textos clásicos», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 143-164.

⁷⁵³ Lope de Vega: *El villano...*, pág. XXXVI.

⁷⁵⁴ «La literatura española es, de todas las literaturas de los pueblos modernos, la más identificada con las gentes de su lengua. En ninguna parte podremos encontrar un cuerpo de poesía tan colectivo y nacional como el Romancero, ni tan dotado de delgadísimos matices como el Cancionero tradicional, ni un teatro nacional, sangre y voz del pueblo que lo vive, como el de Lope de Vega.» Alonso Zamora Vicente: «Nivelación artística del idioma», en *Presente y futuro de la lengua española*, tomo II, Madrid: OFINES, 1964, págs. 39-49. También recogido en *Lengua, literatura...*, págs. 41-62.

⁷⁵⁵ Alonso Zamora Vicente: «Una mirada a lo popular en el teatro de Lope de Vega», en *«El castigo sin venganza» y el teatro de Lope de Vega*, Madrid: Cátedra/Teatro Español, 1986, pág. 26. En este artículo hace un estudio detallado sobre la influencia de lo popular en el teatro de Lope de Vega.

versos de sus obras⁷⁵⁶, también está el Lope culto y erudito, formado en la universidad de Alcalá o de Salamanca y que conoce a la perfección la literatura clásica. Sin embargo, no es una erudición complicada la que quiere transmitir en sus textos. Al contrario, Lope busca la sencillez, la claridad y se enfrenta abiertamente a aquellos poetas que se refugian en el oscurantismo de sus versos: «Las frecuentes citas y ataques de *Las bizzarrias* producen al lector de hoy la impresión de un monólogo. Lope habla en voz alta contra esa nueva corriente, como lo había hecho hacía ya varios años, de una manera fácil, burlona, sin gran profundidad ni concretar los ataques. Los cultos, los cultos...»⁷⁵⁷.

Al catedrático de Salamanca⁷⁵⁸ le apasiona el Lope que siembra sus comedias y poemas de continuas referencias populares que ha oído en la calle, porque ésa fue la forma de estudiar la literatura en la que él se formó: primero con el sistema pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza donde el contacto con el campo era continuo; después, en los años universitarios, con aquellos filólogos del Centro de Estudios Históricos, Menéndez Pidal a la cabeza, que buscaban por los pueblos de España los rescoldos de una literatura popular que en aquellas primeras décadas del siglo pasado todavía se podían oír por los pueblos de España, muy parecida a la que Lope oyó tres siglos antes⁷⁵⁹. Después, cuando el escritor triunfa sobre el filólogo, sus cuentos y novelas se llenan de referencias populares que en su infancia y en su primera juventud había ido absorbiendo en su barrio de aquel Madrid pueblerino, con unas costumbres y una lengua muy

⁷⁵⁶ «*Las bizzarrias* no podían faltar a esa cita con la poesía de aire tradicional, es poesía donde Lope, contento y ancho de gesto, devuelve a su auditorio lo mejor que de él ha recibido, centuplicándolo». Lope de Vega: *El villano...*, pág. CX.

⁷⁵⁷ *Ibidem*, pág. CVI.

⁷⁵⁸ Sobre lo popular en Zamora Vicente, puede verse el artículo de Leonardo Romero Tobar: «Alonso Zamora Vicente y la tradición popular», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, t. I, págs. 215-222.

⁷⁵⁹ «Pueblo creador en el trasfondo de la tradición lírica o épica, tan admirablemente estudiada por Menéndez Pidal», Alonso Zamora Vicente: «Solana pintor, Solana escritor», en *Lengua, literatura...*, págs. 100-101.

asentadas en una sociedad poco industrializada. En aquellas calles del centro de la capital, el niño Zamora Vicente se mezclaba con las gentes que llegaban del pueblo y les oía hablar y les veía actuar. También cuando iba con su familia al pueblo albaceteño se impregnaba de ese mundo popular.

Pero para el filólogo, no sólo la obra de Lope está basada en lo popular, también en la de algunos autores contemporáneos podemos encontrar su influencia: «Y al pueblo volvieron las mentes alerta de la época, y aún se sigue mirando ese pueblo, la verdad de la intrahistoria, por muy diversos caminos. Pueblo en Baroja, en Azorín, en las *Comedias bárbaras* de Valle-Inclán. [...]. Y pueblo, más pueblo en la literatura de Solana»⁷⁶⁰.

Finalmente, donde él encuentra la expresión más evidente de esa cultura popular que todavía quiere asomar por nuestros modernos hogares («los salones aburguesados de algunos intelectuales»⁷⁶¹, nos dice) es en la cerámica popular. Zamora Vicente fue un apasionado de este tipo de cerámica y por cualquier pueblo que pasaba siempre sabía donde podía encontrar un alfarero que hiciera piezas similares a las que sus antepasados crearan siglos atrás. Para él, en esos auténticos talleres donde manos anónimas trabajaban el barro tal y como lo hicieran sus antecesores era donde se encontraba «la manifestación más valiosa del arte popular. La más sana, la mejor conservada, y a la vez, la más capaz de modificaciones y adaptaciones, de evolucionar, sin perder los valores tradicionales, inherentes y destacables por encima de cualquier otro en lo que en materia de popularismo se refiere»⁷⁶².

⁷⁶⁰ Alonso Zamora Vicente: «Solana pintor, Solana escritor», en *Lengua, literatura...*, págs. 100-101.

⁷⁶¹ Alonso Zamora Vicente: «La cerámica popular» en *Los Cuadernos del Norte*, 3, agosto-septiembre de 1980, págs. 11-20.

⁷⁶² *Ibídem*.

En la literatura la tradición popular se convierte en un bumerang que regresa, pero de modo diferente. Ya no son los mismos poemas, sino que vuelven bajo nuevas expresiones.

Es el caso de la poesía popularizante de Lope de Vega o de García Lorca, o el neopopularismo de los hombres del 27. Una poesía falazmente popular, que devuelve al pueblo lo que de él recibió, enriqueciéndolo con nuevos ángulos, nuevos hallazgos expresivos⁷⁶³.

Sin embargo, el alfarero mantiene intactas las influencias que recibió, puesto «que puede seguir haciendo, insensiblemente casi, al borde de lo biológico, las formas y colores heredados»⁷⁶⁴.

3.- DOS LIBROS DE ENSAYOS

La publicación de libros misceláneos de ensayos fue una constante a lo largo de la vida de Zamora Vicente. En los años sesenta vieron la luz *Voz de la letra*⁷⁶⁵ y *Lengua, literatura, intimidad*⁷⁶⁶. Se trata de recopilaciones de artículos que siguen la estela de los libros *De Garcilaso a Valle-Inclán* y *Presencia de los clásicos*, que ya hemos señalado más arriba. Destacan estos libros porque junto a los estudios sobre los clásicos, a los que la filología española volvía una y otra vez la mirada, incluyen una serie de artículos sobre autores vivos, que se encuentran en plena madurez creativa, caso de Cela o del mexicano Carlos Fuentes. También hay estudios de otros, cuya obra ya va en declive, pero que todavía siguen publicando, como Azorín, junto a aquellos —César Vallejo o Gabriel Miró— que,

⁷⁶³ *Ibíd.*

⁷⁶⁴ *Ibíd.*

⁷⁶⁵ Alonso Zamora Vicente: *Voz de la letra*, Madrid: Espasa Calpe, 1958.

⁷⁶⁶ Alonso Zamora Vicente: *Lengua, literatura, intimidad*, Madrid: Taurus: 1966.

aunque ya fallecidos, apenas se estudiaban en España por razones de cerrazón política. Autores todos ellos a los que el mundo universitario y filológico español había dado la espalda, porque entendía que su obra todavía no merecía el detenimiento y el estudio que un catedrático le pudiera dedicar. No así Zamora Vicente, quien desde sus inicios —recordemos la crítica que hizo en 1942 al libro de Torrente Ballester *República barataria*⁷⁶⁷—, se sintió atraído por obras y autores que podríamos considerar contemporáneos.

El primero de los libros que nos ocupa se publicó en 1958 en la editorial Espasa Calpe, y, como en los anteriores, su título resulta bastante significativo: *Voz de la letra*. Voz silenciosa que nos llega a través de la letra, recordando a Quevedo: «vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos». A Zamora Vicente una de las cosas que más le atraía de su profesión era la posibilidad de leer; fue un gran lector, un hombre que supo escuchar la voz de los clásicos, pero también la de los contemporáneos y que después supo plasmar en sus artículos: «porque lecturas compartidas, nada más, nada menos, es lo que viene en este librito». La crítica literaria se basa en la lectura reposada de los textos, en un esfuerzo de comprensión, que en ese momento no existía en España, tal como don Alonso dice en el prólogo: «Creo, y también lo ha dicho mucha gente, que es por falta de una crítica sagaz. Sí, no tenemos crítica». Para él, el crítico debe sentir una pasión hacia lo que lee, una «pasión de verdad, de deslumbramiento», que le lleve a «convivir, compadecer, consumir juntos los largos vericuetos de la circunstancia y de cuanto pudo ayudar al logro de la criatura artística y recorrerlos con entusiasmo plenamente». Además, el crítico debe descubrir los silencios de la obra de arte, esos silencios que muchas veces son los que más dicen. En definitiva, para Zamora Vicente, «un crítico no puede

⁷⁶⁷ Alonso Zamora Vicente: «*República Barataria*. *Teomaquia en tres actos*, de Torrente Ballester», en CLitC, 3-4, 1942, pág. 183.

ser nunca otra cosa que una modesta melodía, muy modesta, que se pone detrás de la producción del escritor, intentando, con la mejor fe del mundo, repetir los plurales caminos que han dado fin en la obra escrita. Todo ello requiere esfuerzo, información, disciplina. Anudadas, conducen a la obra artística»⁷⁶⁸.

En esta recopilación, nuestro autor recoge una serie de «¿ensayos, monólogos apresurados?» que tienen como rasgo común «la cercanía temporal de los temas tratados», aunque también se asoman a sus páginas los clásicos, «pero de los clásicos siempre queda viva su actual proximidad». Muchos de los textos fueron publicados previamente en el periódico argentino *La Nación*. Entre los autores y obras contemporáneos encontramos a Azorín y su novela *La voluntad*, quizá de las cuatro novelas de su grupo generacional publicadas en 1902 — *Amor y pedagogía* de Unamuno, *Camino de perfección* de Baroja y *Sonata de otoño* de Valle — la que mejor muestra las esencias de lo que después fue la generación del 98, según opinión del propio Azorín en sus famosos artículos publicados en el diario *ABC*. Aparece además el recuerdo de Baroja en su fallecimiento, y el de Unamuno, ya algo más lejano, con el relato de los diferentes encuentros que el crítico tuvo con el rector de la Universidad de Salamanca antes de la guerra. También Juan Ramón es evocado desde la distancia, tanto a través de las lecturas de juventud, cuando descubrió al poeta de Moguer, como cuando se encontró con

⁷⁶⁸ Alonso Zamora Vicente: «Las narraciones de Camilo José Cela», en la *Novela actual*, Madrid: Fundación Juan March, 1975, pág. 237. Sobre la obra crítica de Alonso Zamora Vicente, pueden verse los artículos de José Carlos Mainer: «Tácticas de seducción...», ya citado, y de Darío Villanueva: «Alonso Zamora Vicente y la crítica literaria», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 301-310.

José Luis Cano, en la reseña que hizo del libro en *Ínsula*, describe perfectamente cómo es la crítica literaria de don Alonso: «Zamora Vicente, que no es un frío erudito sino un creador —ahí están sus varios volúmenes narrativos— nos muestra en este libro una vez más su sensibilidad de crítico que mira a la literatura —la de ayer y la de hoy— con amor y contemplación gustosa, pero nunca como una cosa estática, sino como un cuerpo vivo, dinámico. Hay siempre un temblor humano en sus páginas, hallazgos muy sutiles en la correlación —eterna correlación— literatura-vida. Su sensibilidad crítica no se ha anquilosado con el amor a los clásicos, sino que está viva, en afinidad perfecta, con la literatura de hoy, cuya aventura comparte». José Luis Cano: «Voz de la letra de Alonso Zamora Vicente», en *Ínsula*, núm. 149, 1959, pág. 9.

él en Buenos Aires. Una parte destacada del libro la ocupa Camilo José Cela del que analiza dos de sus obras recientes: el libro de viajes *Judíos, moros y cristianos* y *La catira*. El artículo sobre la novela americana de Cela se encuentra en un apartado dedicado a Hispanoamérica, donde aparece también un estudio sobre el poema de César Vallejo «Considerando en frío...», y otro sobre la lengua en *Tirano Banderas*. En estos tres artículos se propone resaltar la diferencia léxica del español americano con el español peninsular, incluso cuando los libros son escritos por autores españoles o por uno americano que vivió mucho tiempo en España. En su mirada a los clásicos, Zamora se detiene en el *Lazarillo*, en el carácter cinematográfico de las comedias de Tirso de Molina y en el tiempo que Vicente Espinel pasó en Salamanca como estudiante. Termina el libro con el artículo sobre los recuerdos universitarios anteriores a la guerra que tanto hemos utilizado a lo largo de esta tesis.

El segundo libro que vamos a estudiar también tiene, al igual que el anterior, un título significativo: *Lengua, literatura, intimidad*. Esa enumeración azoriniana que tanto le gustaba usar a Alonso Zamora, encierra la esencia de la crítica literaria según la entendía el filólogo madrileño. La lectura reposada, íntima, reclamada por el filólogo para la crítica y que también buscaba el autor de la *Epístola moral a Fabio*: «Un ángulo me basta entre mis lares / un libro y un amigo, un sueño breve, / que no perturbe deudas y pesares», para buscar en ella las zonas más profundas del escritor. Comienza el libro con unos estudios sobre Lope de Vega, en los que defiende la sinceridad de sus sentimientos por muy encontrados que fueran; y en los que se recoge el retiro de los últimos años de su vida, en su casa madrileña de la calle Francos, en busca de una tranquilidad que no había encontrado hasta entonces y que en ese hogar tampoco pudo disfrutar. La segunda parte está dedicada a la lengua. Comienza con un artículo que, aunque creado hace cincuenta años, debido a la lentitud de los cambios lingüísticos, podría haber sido escrito en pleno siglo veintiuno. Se titula

«Reflexiones sobre la nivelación artística del idioma»⁷⁶⁹, y en él Zamora Vicente habla —recordemos que estamos en los años sesenta— del espléndido porvenir que le espera a la lengua española en un futuro cercano.

No es disparatado predecir para este idioma, que hablan tantos millones de hombres a un lado y otro del Atlántico, un porvenir en el que desempeñe un puesto de primer orden en el mundo. Y éste en un futuro no muy lejano. El español es, en este aspecto, la lengua de la esperanza⁷⁷⁰.

Este esperanzador alegato, lo basa el filólogo en dos razones: una de tipo comercial o económico —ilusión vana como el tiempo ha demostrado—, relacionada con el importante papel que deben desempeñar en el futuro los países hispanos, llenos de recursos naturales todavía sin explotar. Según el filólogo, ese posible desarrollo provocará el uso de términos españoles para el mundo de las finanzas y de la industria, como sucedió con el inglés y el francés en siglos pasados cuando eran los estandartes en estos campos. La otra razón de ese éxito será la tradición, pues «nos encontramos ante una lengua con un nobilísimo acervo vital, transmitido, tradicional» (pág. 54). Además, la lengua española, a diferencia de lo que se pensaba en los años de la independencia de los países hispánicos, se ha unido más, y tiende a la nivelación. Mantiene sus localismos y particularidades, pero aquellos encargados de transmitirla, es decir, los escritores o los medios de comunicación, junto a esos localismos, tienden a usar una lengua común para llegar al mayor número de personas. Se trata de una «nivelación artística que supone depuración, adelgazamiento, nueva toma de conciencia, irrefrenable selección de habla y de pensamiento» (págs. 57-58).

⁷⁶⁹ Alonso Zamora Vicente: «Nivelación artística del idioma», en *Presente y futuro de la lengua española*, tomo II, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1964, págs. 39-49.

⁷⁷⁰ Alonso Zamora Vicente: «Reflexiones sobre la nivelación...», pág. 45.

La nivelación del idioma español peninsular y el español americano era un tema que a Zamora Vicente le preocupó bastante y sobre el que siempre fue partidario de una equiparación entre los dos españoles. Por esos mismos años había publicado otro artículo en el que defendía dicha unidad, que, debido a los avances que se estaban produciendo en los medios de comunicación y editoriales por esa época, se veía reforzada, después de la fractura que pudieron sufrir en los tiempos de la independencia.

La radio, el libro, el cine, etc., la fácil y frecuente comunicación material, etc., y sobre todo la intensa vida editorial de las tres grandes ciudades, Madrid, Buenos Aires, México, unida al ideal artístico de la lengua, cada vez más operante y acatado, están produciendo una nivelación idiomática muy rápida. El español europeo se está hispanoamericanizando en muchos aspectos y el español de América se está rehispanizando⁷⁷¹.

En este artículo, publicado en Estrasburgo en 1962, hace un estudio de distintos fenómenos lingüísticos característicos del español americano, que también se producen en el peninsular o europeo, según demuestra a partir, en muchos casos, de textos literarios. Primero se detiene en fenómenos de tipo fonético, después en alguno de tipo morfológico (haciendo un análisis detenido del voseo y de la influencia española en la utilización de este fenómeno). También estudia el léxico, que tal vez sea la zona de la lengua con mayores diferencias debido principalmente al alejamiento que las colonias buscaron de la madre patria en la época de la independencia, pero que después de la guerra civil, debido a la emigración española y a la letra impresa se ha ido igualando. En relación con este campo, analiza dos expresiones que se utilizan en Argentina, «de

⁷⁷¹ Alonso Zamora Vicente: «Algunos aspectos generales del español americano», en *Actes du X Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes (Strasbourg, 1962)*, París: Publiés par Georges Straka, tomo III, 1965, pág. 1348.

arriba» y «tener sangre en el ojo» con su correspondencia en el español europeo⁷⁷².

También cabe destacar otra reflexión sobre la lengua recogida en el libro que estamos analizando. Se trata del artículo titulado «Una mirada al hablar madrileño» en el que recoge una serie de diferencias sintácticas, morfológicas y, sobre todo, léxicas del habla de la capital. Y es de destacar este artículo, porque en él aparecen muchas de las expresiones que después Zamora Vicente recogerá en sus cuentos, que empezará a publicar, como veremos más adelante, en la década siguiente. Desde la publicación de *Smith y Ramírez S.A.* hasta su siguiente libro, *A traque barraque*, pasan quince años, y el paso del tiempo se nota en su forma de escribir. El habla madrileña, sobre el que reflexiona en este artículo, va a poblar las conversaciones de los personajes, esa habla sobre la que ahora reflexiona. Para él, la forma de hablar de los habitantes de la capital se caracteriza por «un léxico no muy rico, sino restringido, como ocurre por lo general con el vocabulario urbano, matizado aún por un retintín de prosapia teatral, de los sainetes y del género chico, traspasado de gitanismos y de afortunadas creaciones momentáneas en las que volvemos de nuevo a tropezarnos con el aire meridional»⁷⁷³.

En la última parte del libro estudia una serie de autores que escribieron sus obras entre finales del siglo XIX y principios del XX. Son, por tanto, autores no muy lejanos en el tiempo, sobre los que el catedrático detiene su mirada y su estudio detallado. Reflexiona sobre el Madrid que Galdós muestra en su obra, principalmente en *Fortunata y Jacinta*. Se acerca a la obra literaria del pintor Solana (como ya hizo Cela en su discurso de entrada en la Real Academia) y llega a la

⁷⁷² Ya las había analizado con anterioridad estas dos expresiones en un artículo: Alonso Zamora Vicente: «Tres expresiones argentinas», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, tomo V, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954, págs. 141-147.

⁷⁷³ Alonso Zamora Vicente: «Una mirada al hablar madrileño», en *Lengua, literatura, intimidad (Entre Lope de Vega y Azorín)*, Madrid: Taurus, 1966, págs. 63-73.

conclusión de que evidentemente comparte muchos rasgos con los autores de la generación del 98, pero su vertiente de pintor hace que en sus escritos muestre las cosas tal y como las ve, de una forma más plástica, sin una meditación o una reflexión al respecto como hacen sus coetáneos. Gabriel Miró, uno de sus escritores preferidos, también es objeto de su atención y establece las conexiones que su libro *El obispo leproso* tiene con el esperpento valleinclanesco y la relación estrecha que, en algunos pasajes de la novela, se pueden observar con *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca. Cierra el volumen un largo ensayo sobre Azorín —otro de sus narradores favoritos y quizá uno de los que más influyó en su forma de escribir— en el que muestra lo evidente que se muestra el pensamiento y el sentimiento del autor en su forma de expresarse. Todo ello por medio del análisis de los recursos expresivos utilizados, gracias a los que muestra cómo el escritor alicantino evidencia mejor su sentimiento.

En los años ochenta y noventa, época que queda lejos de los límites temporales de esta tesis, Zamora Vicente publica otros tres libros de ensayos: *Libros, hombres, paisajes*, *Al trasluz de la lengua actual* y *La otra esquina de la lengua*⁷⁷⁴. En estos libros recoge su visión, ya retirado del mundo académico, de los cambios que se producen en la lengua, los recuerdos de los compañeros que han ido desapareciendo y las lecturas que disfruta desde su jubilación.

⁷⁷⁴ Alonso Zamora Vicente: *Libros, hombres, paisajes*, Madrid: Editorial Coloquio, 1986; *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense, 1988; *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio Nebrija, 1995.

4.- CAMILO JOSÉ CELA

A finales de la década de los cincuenta, el regente de la librería Clan de Madrid, José Antonio Llardent, propuso a Zamora Vicente escribir un libro sobre Camilo José Cela, dentro de una colección sobre autores contemporáneos que pretendía editar desde su librería. Al filólogo la idea le entusiasma y escribe a su amigo contándole el proyecto:

El librito lo editará, creo que ya te lo dije la última mañana que estuve en tu casa, la librería Clan. Se llama José Antonio Llardent, y seguramente le conoces. Se trata de una colección que piensa llamar de Grandes escritores, destinada a un público amplísimo. En el fondo, divulgación, pero divulgación sensata y que pueda valer también para el iniciado [...]. El libro lleva una breve nota biográfica, un cuerpo central de unas 150 páginas, sobre tu obra en prosa, y una nota bibliográfica [...]. He escrito algunas páginas que no sé si te gustarán, pero por lo menos te interesarán. Lástima que todo vaya un poco apresurado. Quiero creer que este libro será, en realidad, la base para que yo mismo me pueda acercar a tu trabajo bien. Ah, y desde luego, van hechas con muy buena voluntad. Voluntad de atender. La que se merece tu dedicación, aparte del mucho afecto⁷⁷⁵.

Después de diversos problemas⁷⁷⁶, el libro salió publicado en la editorial Gredos, en 1962, en la misma sección, «Campo abierto», que Zamora había inaugurado con el estudio biográfico sobre Lope de Vega.

⁷⁷⁵ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 4 de febrero de 1960. Archivo Fundación Camilo José Cela. Previamente, el escritor se mostraba entusiasmado, también por el proyecto: «Me hace una gran ilusión que seas tú quien haga ese proyectado libro sobre mí y te agradezco mucho tu inicial entusiasmo. Naturalmente que me tienes a tu completa disposición para cuantos datos biobibliográficos y de toda índole que puedas necesitar». Palma de Mallorca, 15 de julio de 1959. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁷⁷⁶ Los problemas los resume el propio Zamora de la siguiente manera: «Y eso que aquel librito que le dediqué, cuya vida editorial fue también muy accidentada, y nadie creería hoy de dónde provinieron los azares que le fueron retrasando y cómo se eternizó en editoriales, despachos, etc..., de gente que, ansiosa de vivir como cualquier hijo de vecino, tenía miedo a que alguien pudiera descubrir las tremendas maquinaciones que de páginas como las de *Judíos, moros*

He recuperado mi libertad de acción en lo que al librito sobre Camilo José Cela se refiere. Lo va a publicar Gredos y creo que muy pronto [...]. No te puedes figurar el lento forcejeo que he tenido que llevar adelante hasta lograr mi independencia, sujeta por un contrato a aquel buen Llardent. La verdad es que ha estado en buen plan, pero era casi imposible dar con él, hablarle, etc. A ver si ahora hay más suertecilla. Parece que saldrá en la misma colección que mi Lope de Vega, que te mandé por correo hace algún tiempo⁷⁷⁷.

Sobre Camilo José Cela, que se encontraba entonces en una época de apogeo y madurez creadora, existían un par de estudios hechos por autores extranjeros, uno por Olga Prjevalinsky⁷⁷⁸ y el otro por Paul Ilie⁷⁷⁹, éste último salió publicado en la misma editorial y casi en la misma fecha que el de Zamora. De las obras que existían hasta entonces sobre el autor gallego, el libro de su compañero de Facultad, «por el cuidado analítico y la templada lealtad estudiosa —equilibrio raro de sabiduría y sensibilidad nativa— [...], es la mejor que sobre Cela pueda consultarse hasta ahora, y, como tal, presentará buen servicio a quien busque información y comprensión relativa de autor tan discutido»⁷⁸⁰.

Zamora comienza el libro con un estudio detenido de *La familia de Pascual Duarte*, *La colmena* y *La catira*, que son las que él considera novelas «mayores» porque se trata de las «obras hasta ahora de más empeño y trascendencia [...], las que han legitimado su condición de excelente escritor». De la primera, después de intentar comprender el comportamiento del protagonista, destaca la clara

y cristianos podrían sobrevivir al régimen reinante». Alonso Zamora Vicente: «Camilo José Cela, cincuenta años después», en *El extramundi y los papeles de Iría Flavia*, núm. IX (1997).

⁷⁷⁷ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 7 de abril de 1962. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁷⁷⁸ Olga Prjevalinsky: *El sistema estético de Camilo José Cela. Expresividad y estructura*, Valencia: Castalia, 1960.

⁷⁷⁹ Paul Ilie: *La novelística de Camilo José Cela*, Madrid: Gredos, 1963.

⁷⁸⁰ Gonzalo Sobejano: «Camilo José Cela (acercamiento a un escritor) de Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, núm. LXXXII, 1963, págs. 99-100.

influencia de Baroja en su creación, sobre todo del Baroja de *La busca*. *La colmena* es para el crítico una novela donde se ve reflejada realmente la gente, esa gente que sobrevivía en el Madrid de la posguerra. De *La catira*, a la que sitúa en la estela de otra novela sobre el mundo americano, como *Tirano Banderas*, se fija en la utilización del rico léxico del español hispanoamericano, y en que por toda la novela, al igual que en la de Valle, se respira América. Brevemente pasa en el siguiente capítulo por las novelas «menores» entre las que reseña *Las nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*, *Pabellón de reposo* y *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. Después se detiene en los libros de viajes: *Viaje a la Alcarria*, *Del Miño al Bidasoa*, *Judíos, moros y cristianos* y *Primer viaje andaluz* donde insiste en el retrato de las gentes que habitan los pueblos de España. En el capítulo siguiente estudia lo que Cela llama apuntes carpetovetónicos, que son impresiones de la vida cotidiana que ni llegan a ser cuentos ni tampoco artículos pero que tienen un poco de uno y de otro, y que recoge bajo el título de *El gallego y su cuadrilla*. Termina el libro con un estudio sobre el estilo del autor, que le sitúa en la corriente de los escritores del noventay ocho, también por los temas que aparecen en los libros analizados. Pero a diferencia de los noventayochistas, como recordará mucho tiempo después, en un artículo publicado en 1997, Cela sí supo encontrar al pueblo, ese pueblo que los hombres del 98 «a fuerza de ir y venir al pueblo y de hablar de él en todos los tonos, no le encontraron»⁷⁸¹. Además el autor gallego propone nuevas vías de la expresividad literaria, pues trata en cada una de sus novelas de buscar formas diferentes y, a veces, opuestas, de acercarse al público.

Ya en los años noventa, vuelve a escribir, junto a Juan Cueto, otro libro sobre el último nobel español⁷⁸². En él, Zamora Vicente hace un recorrido por su vida y

⁷⁸¹ Alonso Zamora Vicente: «Camilo José Cela, cincuenta años después», en *El extramundi y los papeles de Iría Flavia*, núm. IX, 1997.

⁷⁸² Alonso Zamora Vicente y Juan Cueto: *Retrato de Camilo José Cela*, Barcelona: Círculo de lectores, 1990, (la 2ª ed. en Barcelona: Círculo de Lectores, 1995).

su obra, acompañado de gran cantidad de fotografías. Y todo ello aparte de prólogos, artículos y otros escritos en los que de una u otra manera el filólogo y amigo se detuvo a recordar la figura del escritor gallego⁷⁸³.

6.- PRIMERA NOVELA: *UN BALCÓN A LA PLAZA*

Además de dirigir una colección en la editorial Alfaguara, don Alonso también publicó en ella, en 1965, una novela dentro de la colección «La Novela Popular», que dirigía Jorge Cela Trulok. Esta colección comenzó a publicarse en 1965, con un libro de Francisco Ayala, y se mantuvo hasta 1967. Salía a la calle cada quince días y trataba de publicar novelas inéditas de autores contemporáneos españoles, tanto consagrados como noveles⁷⁸⁴.

El libro de Zamora Vicente, *Un balcón a la plaza*⁷⁸⁵, es una novela de situación en la que aparentemente no pasa nada, y que cuenta la historia de una tertulia de café que un grupo de seis mujeres celebra en la casa de una ellas. En la narrativa del escritor madrileño, la mujer desempeña un papel principal, muy en especial en este caso en el que las protagonistas son ellas, como también lo serán en

⁷⁸³ Algunos de estos artículos son: «Camilo José Cela y su Pascual Duarte», prólogo a la edición de Camilo José Cela, *La Familia de Pascual Duarte*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1985; «Cristo versus Arizona, el último Camilo», *El Mundo*, 24 de octubre de 1989; «Un Nobel oportuno», en *El Mundo*, 9 de diciembre de 1989; «Aquellos años cuarenta», en *El Cultural*, suplemento del diario *El Mundo*, número extra, 19 enero, 2002, págs. 8-9; «Muerte de Camilo José Cela», en *Babelia*, suplemento de *El País*, 17 de enero 2002; «La colmena, medio siglo a cuestas...», en *El extramundi y los papes de Iría Flavia*, núm. XXIX (2002). De hecho, el último artículo que escribió, publicado poco después de su fallecimiento, también estaba dedicado a su amigo, «Camilo José Cela», en *Camilo José Cela, fabulador: entre la memòria i la mirada*, Palma de Mallorca: Fundació Camilo José Ceta, Govern de les Illes Balears, Fundació Sanostra, Marzo de 2006.

⁷⁸⁴ Sobre esta colección véase Miguel Ángel Lozano Marco: «Alonso Zamora Vicente en “La Novela Popular”. *Un balcón a la plaza*», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, t. I, 2003, págs. 109-118.

⁷⁸⁵ Alonso Zamora Vicente: *Un balcón a la plaza*, Madrid: Alfaguara, 1965.

muchos de sus cuentos posteriores. Se trata de una mujer, que al igual que la sociedad, se va modernizando lentamente y va abandonando la posición sumisa que le ha tocado vivir en un pasado todavía muy próximo, para reclamar los mismos derechos que el hombre.

La casa donde transcurre la acción está situada en la plaza Mayor de una ciudad de provincias bajo la que no resulta difícil reconocer la Salamanca que él vivió. Por ese balcón entra la vida de la ciudad. Las mujeres, pertenecientes a la clase social alta, se reúnen para dar rienda suelta a la palabrería banal, airear sus prejuicios, sus rutinas, sus hipocresías, su forma de pensar, sus falsedades... Pero también aparece la nostalgia, sus recuerdos de un pasado más auténtico y las esperanzas que se truncaron en el camino. En este libro empezamos a ver ya a un Zamora crítico y burlón con la sociedad que le rodea, realizando una crítica social y moral que será más punzante en sus siguientes libros. Aparece también la caricatura de los personajes, debajo de la cual cualquiera se puede reconocer, y el humor basado en las zonas más absurdas de la realidad que pasan desapercibidas para el resto de los ciudadanos.

Como bien apuntó Manuel Ariza⁷⁸⁶, se trata de una novela de transición en la narrativa de Zamora Vicente. Con ella empieza a abandonar el subjetivismo poético de *Primeras hojas* y lo fantástico y absurdo de *Smith y Ramírez S.A* para introducirse en el mundo de la gente cotidiana, de personas normales y corrientes que no ofrecen nada de extraordinario. También hay un cambio lingüístico; Zamora abandona el lenguaje poético de sus primeros libros para plasmar la lengua de la calle, la que él oye a sus conciudadanos, el habla coloquial que ya no abandonará en sus siguientes libros. Pero tal vez el cambio más relevante es la utilización de un recurso, que ya había utilizado en sus primeros libros, y al que

⁷⁸⁶ Manuel Ariza: «*Un balcón a la plaza*: un cuento de transición», en *PSA*, t. LXX, 1973, págs. 247-252.

se mantendrá fiel a lo largo de su obra: el monólogo interior. En este caso, en la narración en tercera persona se intercalan algunas reflexiones de las protagonistas, que nos ofrecen su parte más real en el mundo de apariencias en el que se mueven. Sobre este libro, escribe el autor al final de su vida:

Un balcón a la plaza se leyó con el proclamado juergueo. Nadie se paró a pensar en lo que decía aquel corro de vejstorios, convocado para cultivar el más inane cotorreo. Guardo gran cariño a aquellas mujeres, que me limpiaron de muchos recuerdos de infancia, análogos, que llenaban mi memoria de bodas, bautizos, visitas estúpidas, condolencias, felicitaciones... Muy viejo todo, pero en la ciudad provinciana, regida por el reloj catedralicio, esos hábitos vivían y eran muy considerados⁷⁸⁷.

Posteriormente, en los años ochenta, publicará otras dos novelas. La primera fue *Mesa, sobremesa*⁷⁸⁸, premio de Novela de 1980 y que es una dura crítica al mundo intelectual y de la erudición. La acción transcurre en un salón de banquetes en el que se celebra una comida homenaje a un gerifalte de la sociedad madrileña que se ha granjeado su posición social durante el franquismo, pero que no ha sabido desentonar con la llegada de los cambios democráticos. El relato se divide en cada uno de los platos que se van sirviendo en el banquete, desde el aperitivo hasta la salida de los comensales. Destaca en la novela la utilización de un rasgo tipográfico que llama inmediatamente la atención del lector y es división de la página en dos planos. En el superior, y con letra en redonda, se recoge el argumento narrativo, en el que se describe la superficialidad del homenajeado y del grupo de aduladores que le rodean. En el inferior, y en cursiva, con mayor libertad expresiva, el escritor nos muestra mediante el soliloquio lo que realmente piensan los personajes; de esta forma podemos descubrir el gran contraste entre su forma de actuar y la de pensar, el desacuerdo entre el mundo de las

⁷⁸⁷ Documento inédito de Zamora Vicente.

⁷⁸⁸ Alonso Zamora Vicente: *Mesa, sobremesa*, Madrid: Editorial Magisterio Español, S.A., 1980.

convicciones y apariencias con la realidad interna de cada uno de los comensales que sacan a relucir su miseria humana llena de envidias, hipocresías y mezquindades.

La otra novela fue *Vegas Bajas*⁷⁸⁹, una compleja y gruesa novela que nos cuenta la vida de un pueblo castellano a lo largo del siglo XX. El protagonista es el pueblo de San Miguel de las Vegas Bajas, pero por extensión podemos decir que el protagonista es la España del presente en el que se escribe la novela, la del pasado que vivió la dictadura y la de la transición. En la novela las historias se entrecruzan para mostrar de forma simbólica realidades mayores. Pero también tiene un gran contenido metanovelesco, en que las historias son cuentos que forman la novela, creando así una «novela de cuentos», como la llama Ángel L. Prieto de Paula⁷⁹⁰.

⁷⁸⁹ Alonso Zamora Vicente: *Vegas bajas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1987.

⁷⁹⁰ Ángel L. Prieto de Paula: «Alonso Zamora Vicente, novelista», en *Con Alonso Zamora Vicente*, t. I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 179-185.

III.- UNIVERSIDADES DE LOS ESTADOS UNIDOS

A su salida del Colegio de México, Zamora Vicente decidió permanecer en el continente americano y pasó a los Estados Unidos para dar clases en Vermont, en el estado de Nueva Inglaterra. Allí explicó, durante el curso 1960-1961, en uno de sus más afamados centros, el Darmouth College.

Vermont es un estado de New England, al norte de Massachussets. Los dos son vecinos, pero son grandes, más que seis provincias españolas. La facilidad de encontrarnos dependerá del lugar de Vermont adonde vengán. Quiero advertirles que Vermont es una de las regiones más frías de este país y que en febrero estará probablemente cubierto de nieve y a algunos grados bajo cero. No tiene tan buenas comunicaciones como otros estados. Supongo que tendrán que servirse de autobuses que es el medio de comunicación más frecuente. Tomen precauciones para asegurarse de su itinerario y para defenderse del frío⁷⁹¹.

De esta forma advertía Navarro Tomás al matrimonio Zamora-Canellada sobre el lugar donde iba a residir. Aprovechando que se encontraban cerca de donde vivía su antiguo maestro, y a pesar de las malas comunicaciones que tenían en su nueva residencia, decidieron acercarse para verle después de tantos años.

Hemos llegado a 1959. Dos de los antiguos discípulos de Tomás Navarro son ahora el matrimonio Zamora-Canellada, y este matrimonio ha seguido recibiendo de lejos el estímulo y el afecto del maestro. En los años americanos tuvimos frecuente y fuerte eco de su voz amistosa. En 1960 recalamos en Nueva Inglaterra, invitados por Darmouth College. Tomás Navarro se había jubilado ya en Columbia University, en Nueva York, y vivía en un lugar pequeño, casi campesino, Joaquina es chairman del Departamento de español en Smith College. Su vida se ha ido reduciendo físicamente con los años, las enfermedades. Ha de hacer paseos reglamentados, trabajar de

⁷⁹¹ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente, 29 de noviembre de 1960. Archivo Zamora Vicente.

cuando en cuando de acuerdo con una dura disciplina [...]. Llegamos a la estación de Northampton a las seis y media de la mañana. Parece imposible que la nieve se decida a dejarnos bajar del tren. Y allí, en el andén, a aquella hora y con aquella temperatura, está Navarro Tomás esperándonos, acompañado de su hija. Don Tomás lleva boina, una gruesa bufanda debajo del cuello del abrigo y se apoya en un bastón que, nos dirá, alguien le ha traído de La Roda... No hace falta hablar. Hay, en ese instante preciso, a nuestro lado, un puente de más de veinte años de luz en su arco y una cercanía sin dimensiones. Mejor es no hablar de la intensidad del reencuentro...⁷⁹²

En aquella ocasión se encontraron con un Navarro Tomás que está «algo más encorvado, que habla más despacio y necesita tomar aliento, que los pies vacilan muchas veces antes de decidirse a dar un paso», pero a pesar de ello pudieron hablar de todo y recordar los años pasados: «cuantas cosas en la conversación, en el paseo sin descanso, en el anudamiento de tanto cabo suelto. Quería saberlo todo, enterarse de todo, revivirlo todo. Fue una incursión en una auténtica ciencia, la ciencia del vivir, con sus riesgos y sus triunfos». En esa conversación, y a pesar del paso del tiempo, no se perdió «el usted del Centro, que ya en 1960 no sé bien qué distancias marcaba».

Volvieron a encontrarse con el maestro varios años después, en 1966; aquel año, Zamora Vicente fue a dar un curso de verano a Middlebury College, también cerca de donde residía Navarro Tomás.

Volvimos otra vez a verle a Northampton, esta vez en verano. Enseñábamos en Middlebury College, en Vermont, en la frontera de Canadá. Un largo fin de semana bajamos de nuevo a Massachussets a ver a Tomás Navarro Tomás. Don Tomás, estamos ya en 1966, no sale apenas. Hace algunos ejercicios metódicos. Manejar la segadora del jardín le hace mucho bien⁷⁹³.

⁷⁹² Alonso Zamora Vicente: «Tomás Navarro Tomás (1884-1979)», en *BRAE*, t. LIX, c. CCXVIII, Sept.-Dic. 1979.

⁷⁹³ *Ibidem*.

Tras el breve paso por Dartmoth, Zamora Vicente pensó en quedarse en alguna universidad estadounidense. Navarro Tomás le informa de un puesto en Ohio University:

Por si entrara en sus planes quedarse por algún tiempo en los Estados Unidos le quiero informar de una plaza que va a quedar vacante al terminar este curso. Se trata de la cátedra de literatura española de Ohio University, Columbus, Ohio. La desempeña Juan B. Avalué Arce, argentino a quien usted tal vez conozca. Él deja aquel sitio para venir a Smith College, en Northampton. Tendrán que buscarle sustituto para el curso de 1961-62. Se empezarán a ocupar muy pronto de ello para poder asegurar la sustitución cuando se hacen los nuevos nombramientos que suele ser a principios de año. Avalué-Arce ha colaborado en la *NRFH* y tal vez se ha comunicado con usted. No sé si él tendrá ya pensado dar algún nombre para ocupar su vacante. Si le interesa a usted, podría escribirle para que le informara de la situación⁷⁹⁴.

No le interesó el puesto y decidieron regresar a España⁷⁹⁵, aunque fue por escaso tiempo, ya que a los pocos meses, Zamora Vicente, esta vez sin la familia, vuelve a cruzar el océano para dar clases en la Universidad de Puerto Rico:

Doy por seguro que lo estará pasando muy bien en Puerto Rico. Todo el que pasa por esa hermosa isla queda prendado del país y de la gente. Sin embargo, estará usted deseando volverse a juntar con su mujer y sus hijos. Me parece recordar que pensaba usted regresar a Madrid en diciembre⁷⁹⁶.

⁷⁹⁴ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente de 29 de noviembre de 1960. Archivo Zamora Vicente.

⁷⁹⁵ «Deseamos que hicieran feliz viaje de regreso y que se encuentren contentos disfrutando de verse de nuevo en casa. Nos dejó gratísimo recuerdo su breve visita». Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente de 17 de febrero de 1961. Archivo Zamora Vicente.

⁷⁹⁶ Carta de Navarro Tomás a Zamora Vicente de 27 de noviembre de 1961. Archivo Zamora Vicente.

1.- EL INSTITUTO INTERNACIONAL

A su regreso a España siguió colaborando con algunas universidades americanas a través de las delegaciones que tenían en nuestro país en el Instituto Internacional, donde daba clases varios días a la semana. El Instituto fue fundado por el estadounidense William Gulick y su esposa Alice Gordon Gulick. La pareja llegó a Santander en 1871 y allí, atraídos por la situación en la que se encontraba la mujer española en aquellos años, fundaron un internado para mujeres. En 1892 el colegio se trasladó a San Sebastián con el nombre de Colegio Norteamericano y allí estuvo durante 15 años —interrumpidos por la guerra entre España y los Estados Unidos, durante la que se trasladó a Biarritz, donde permanecería hasta 1903—, tras los cuales se instalaría en Madrid.

Aconsejado por Gumersindo Azcárate, que era su abogado y consejero, el matrimonio Gulick decide trasladar su colegio a Madrid, a la calle Miguel Ángel, 8, donde se construye un edificio para acoger a las alumnas. En 1910, con el nombre de Instituto Internacional y la dirección de Susan Huntington, comienzan las clases en la nueva sede. A partir de ese momento y debido a la relación que une al matrimonio Gulick con algunos de los intelectuales españoles, como Giner de los Ríos o Bartolomé Cossío, se establece una estrecha relación entre el Instituto Internacional y la Junta para Ampliación de Estudios que fructifica en la cesión de sus locales de la calle Miguel Ángel o de «El Boston» como también se conocía el edificio —debido a que una de las primeras delegaciones de universidades que se instalaron fue la de esa ciudad estadounidense—, para los cursos de extranjeros que organizaba la Junta. Allí se instaló la Residencia de Señoritas y, a partir de 1918, el Instituto Escuela⁷⁹⁷.

⁷⁹⁷ Para la historia del Instituto Internacional puede verse el trabajo de Carmen de Zulueta: *Cien años de educación de la mujer española. Historia del Instituto Internacional*, Madrid: Castalia, 1992.

Después de la guerra, el edificio pasó a manos del Ministerio de Educación del gobierno triunfante, ya que se entendió que pertenecía al Estado debido al contrato de arrendamiento que mantenía con las antiguas instituciones republicanas. Los nuevos mandos educativos llevaron allí el Colegio Mayor de Santa Teresa, bajo control falangista, que fue inaugurado en marzo de 1940 con la presencia de Carmen Polo de Franco y de Pilar Primo de Rivera. El entonces embajador de los Estados Unidos en España, Carlton Hayes, debido a la necesidad que tenía la Embajada de locales por el crecimiento de su personal en plena guerra mundial, decidió recuperar el edificio para que utilizara sus locales la sección de prensa de la Embajada, que lo hizo desde 1944 hasta 1950⁷⁹⁸.

A partir de esa fecha, el Instituto Internacional regresa a la que había sido su casa y cede gratuitamente la mitad del edificio al Colegio-Estudio, que fundaran Jimena Menéndez Pidal, Ángeles Gasset y Carmen García del Diestro en 1940. Al margen de cualquier relación con el mundo oficial, estas mujeres trataban de recuperar un espacio en el Madrid franquista, en el que hubiera lugar para la educación liberal, en consonancia con la tradición y los principios del Instituto-Escuela, similar a aquel en el que ellas se habían formado antes de la guerra.

En los primeros años de la década de los cincuenta, algunas universidades estadounidenses trasladaron delegaciones a Madrid y se instalaron en el edificio

⁷⁹⁸ «Queríamos nuevos locales para las oficinas de la Cancillería, cuyo personal había aumentado rápidamente durante los años precedentes, hasta el punto de no poder tenerla instalada toda en el tercer piso del edificio de la Embajada [...]. Se trataba de una hermosa casa construida durante la Monarquía por una Corporación americana —el International Institute for Girls— y utilizada como escuela-internado de muchachas españolas y pensionadas de los colegios de América. La junta americana, dirigida por el Dr. Williams A. Neilson, lo alquiló al Ministerio de Educación español, pasando después de la guerra civil a estar bajo el control de Falange. Apenas llegué a España puse en él mis ojos para la Sección de Prensa de la Embajada [...]. A mediados del mes de diciembre de 1943, me dirigí al ministro de Asuntos Exteriores, rogándole sin rodeos que me obtuviera el desalojo del edificio por las universitarias falangistas que lo ocupaban y nos lo entregase.» Carlton Hayes: *Misión de guerra en España*, Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas SA, 1956, pág. 261.

del Instituto Internacional. Una de las primeras fue Middelbury College, que ya en 1951 comienza sus programas de estudios⁷⁹⁹.

In August, the Directora of the Middlebury College Graduate School of Spanish in Spain, Senorita Margarita de Mayo of Vassar College and the Middlebury College Summer School of Spanish, arrived in Madrid, and with the Corresponding Secretary made plans for equipping her office, which will be on the first floor of our building, and for the use our library, auditorium, classrooms and other facilities. The Graduate Group, of about twenty five students, arrived on October third, and will stay in Madrid until February fourteenth, when it will move to Salamanca for the remainder of the academic year. The office, however, will remain in our building in Madrid throughout the year. The Institute gave a welcoming party for the Middlebury group in October⁸⁰⁰.

Ya desde sus primeros años, las delegaciones de las universidades norteamericanas fueron un refugio para muchos profesores que habían permanecido en España, pero con un pasado republicano que pesaba demasiado, tanto como para no poder desempeñar con libertad su profesión. El Instituto Internacional se convirtió en un lugar donde encontraron empleo un grupo de ellos que debido a sus ideas tenía verdaderas dificultades para encajar dentro del sistema educativo franquista. En ese primer curso, enseñaban Elisa Bernis de Menéndez Pidal, esposa de Gonzalo Menéndez Pidal; Isabel García Lorca, y Samuel Gili Gaya, entre otros.

The group was formed last year with students under the direction of Margarita de Mayo of Vassar College. This year's group number 17. Mr. Manuel Guarnaccia of Middlebury College will be in charge during the first semester, and Mr. Manuel Alcalá of Bryn Mawr College will server as director beginning February 3rd. Two classes for the group are held in Miguel Ángel, a course in Spanish Fonética given by

⁷⁹⁹ En el curso 1951-52 se instala Smith College y en 1958-59, Kalamazoo College.

⁸⁰⁰ *Notes and News*, I.I.G.S. Number 37, November, 1951. Archivo del Instituto Internacional.

Elisa Menéndez Pidal, and a course in Composition given by Isabel García Lorca. Various lectures are sponsored by the Middlebury Group and are under the auspices of the Ministry of Foreign Affairs. A series of lectures on linguistics was given by don Samuel Gili Gaya⁸⁰¹.

Alonso Zamora se incorporó al claustro de Middelbury College en el curso 1961-62. Algunos de sus compañeros fueron Julián Marías, Carlos Bousoño, Carlos Clavería, José Luis Cano, Salvador Fernández Ramírez, Enrique Lafuente Ferrari, Alberto Sánchez o Manuel Terán. Todos estos nombres nos dan una idea de la calidad intelectual de los que tuvieron que buscar fuera de las instituciones oficiales un lugar para su desarrollo profesional. Los cursos se dividían en tres grandes materias: lengua, literatura y civilización. Don Alonso explicaba Historia de la lengua y Textos de Lope de Vega. Estuvo dando clases en la universidad estadounidense hasta el curso 1971-72. Compaginaba las clases en Middelbury con las que daba en Mary Baldwin College de Staunton, Virginia, donde estuvo hasta 1975. En esta delegación coincidió con Julián Marías, Elena Catena y Enrique Lafuente Ferrari.

⁸⁰¹ Archivo del Instituto Internacional.

IV.- LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Alonso Zamora Vicente dedicó casi la mitad de su vida a la Real Academia Española. Desde que entró a formar parte del Seminario de Lexicografía en los primeros años de la década de los sesenta, hasta que la muerte le sorprendió trabajando en la segunda edición de su historia sobre la institución, se entregó a su empeño, desde distintos puestos, de hacer que la Corporación se fuera adecuando a los tiempos de cambios que estaba viviendo la sociedad española del último tercio del siglo pasado. Fue nombrado académico correspondiente en 1958 y pocos años después entró a trabajar en la redacción del *Diccionario histórico*. En 1966 fue elegido académico de número y leyó su discurso sobre el esperpento de Valle-Inclán, que creó cierto recelo entre algunos de sus colegas. Tras la renuncia de Rafael Lapesa en 1971, ocupó el cargo de secretario, en el que se mantuvo hasta 1989. Trabajando codo con codo con distintos directores, pero principalmente con Dámaso Alonso, consiguió aprobar unos nuevos estatutos, algo que no se hacía desde el siglo anterior. También se lograron nuevas formas de financiación —cabe destacar la creación de la Asociación de Amigos de la Academia, que es el germen de lo que hoy es la Fundación ProRAE— para solventar los graves problemas económicos que tenía la Academia en aquellos años de profundos cambios. Tras su renuncia al cargo, siguió asistiendo cada jueves a las reuniones y participando en las distintas comisiones. Su último gran esfuerzo vital también se lo dedicó a la RAE. En los años finales de su vida, se enfrascó en una obra monumental, la de la historia de la Corporación, que vio la luz en forma de libro en 1999.

La Academia era el hogar de Alonso Zamora Vicente. De hecho vivió durante varios años en el piso superior del edificio de la calle de Felipe IV, y los problemas de la Casa fueron sus problemas. Tuvo que renunciar a muchas cosas para dedicarse por completo a la vieja institución, y fue la enfermedad de su mujer la que le hizo, en 1989, dejar el cargo de secretario para dedicarse a

cuidarla. Como dijo uno de sus colegas académicos: «Zamora vive los problemas de la Academia como los de su propia familia. Lo he visto sufrir, y experimentar dolor ante situaciones difíciles internas o externas»⁸⁰².

1.- DICCIONARIO HISTÓRICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

En la década de los sesenta, Zamora Vicente se instala definitivamente en Madrid. Comienza a trabajar en la Real Academia Española, de la que ya había sido elegido académico correspondiente por Salamanca en 1958⁸⁰³, dentro del Seminario de Lexicografía para participar en la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española* que se llevaba realizando desde 1947.

Alonso Zamora viene a la Academia después de colaborar durante más de seis años en el *Diccionario histórico de la lengua española* confiado a nuestro Seminario de Lexicografía. Don Samuel Gili Gaya y él han tenido a su cargo la labor rectora que ha hecho posible la aparición de los últimos fascículos publicados⁸⁰⁴.

El *Diccionario histórico* era un ambicioso proyecto que se proponía «dotar a nuestro idioma de un inventario general de su léxico a través de todos los tiempos

⁸⁰² Fernando Lázaro Carreter: «El secretario perpetuo de la Academia», en *PSA*, t. LXX, 1973, pág. 404.

⁸⁰³ Zamora Vicente le escribe a su amigo Camilo José Cela pidiéndole el voto para una vacante de académico correspondiente por Salamanca: «Me acabo de enterar de que hay una vacante de correspondiente por Salamanca, por haber muerto un señor que la tenía (Íscar, creo). No sé si habrá peticiones, ni qué marcha llevará eso. Te escribo para, si es ocasión, etc., rogarte que tengas presente que yo ando por allí, y que no me disgustaría el nombramiento». Madrid, 2 de noviembre de 1958. Archivo Fundación Camilo José Cela. Fue elegido para el puesto sin ningún problema como se recoge en el *BRAE*: «Asimismo la Academia Española, en la sesión celebrada el 18 de diciembre, eligió correspondientes, en Salamanca, a los catedráticos universitarios e ilustres escritores, D. Fernando Lázaro Carreter y don Alonso Zamora Vicente», en *BRAE*, t. XXXVIII (1958), pág. 451.

⁸⁰⁴ Rafael Lapesa: «Contestación al discurso...», pág. 142.

y a lo ancho de todas sus tierras»⁸⁰⁵. El proyecto nació en 1914 con la intención de reeditar el *Diccionario de Autoridades* que llevaba agotado bastante tiempo. Pero los académicos pensaron que más útil que una simple reimpresión sería enriquecer el texto primitivo con nuevos materiales⁸⁰⁶. Ante la imposibilidad de llevar a cabo tan ingente proyecto, surgió la idea de hacer un diccionario histórico que recogiera manifestaciones de nuestra lengua desde sus orígenes hasta la época actual. Los trabajos se iniciaron en 1927, y ya en 1933 se publicó el primer tomo que abarcaba toda la letra A. Poco antes de la guerra, en 1936, se publicó el segundo (B-Cev). Entre la publicación del primer y del segundo tomo apareció una serie de dudas y desavenencias en el proyecto para cuya resolución fue necesario crear un nuevo plan de trabajo.

Con ocasión de haberse interrumpido, de momento, los trabajos de la preparación del Diccionario Histórico, a causa de la falta de crédito, y mientras se arbitran los medios indispensables para continuar dichos trabajos con el máximo rendimiento posible, se ha creído conveniente estudiar un plan para lo sucesivo, aprovechando la experiencia adquirida durante la redacción de los primeros tomos⁸⁰⁷.

Existía el problema de que al ser los académicos redactores, el proyecto se encarecía mucho y no avanzaba a un ritmo natural. Por ello, el director de la Casa,

⁸⁰⁵ Manuel Seco: «Alonso Zamora Vicente y la Academia Española», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, t. I, pág. 251.

⁸⁰⁶ Por esos mismos años, surgió en el Centro de Estudios Históricos un proyecto de diccionario muy parecido al histórico que quería preparar la Real Academia, como recuerda Américo Castro: «Y en un momento —dice Américo Castro—, además —en 1919—, nos embarcamos en la empresa colosal de armar un diccionario de la lengua como sólo él podría concebir y dirigir. La ambiciosa empresa se vino abajo, porque a la hora de la verdad éramos únicamente dos o tres los decididos y capacitados para llevarlo a término. Esto hubiera supuesto, para don Ramón y para nosotros, veinte o treinta años de labor, a ocho horas de peonada diaria, porque los diccionarios a mano eran insuficientes. Aspirábamos a dar el diccionario total de la lengua castellana en todos sus mundos, con rigor exacto y con criterio orientado para el hablante y para el escritor, con etimologías y autoridades. Todos éramos españoles y pensábamos que las cosas se hacen o no se hacen. «Tot o res». Américo Castro: «Cuánto le debemos a don Ramón Menéndez Pidal», en *PSA*, núm. XXXIX, junio de 1959, pág. 288-289.

⁸⁰⁷ Diccionario Histórico. Plan de trabajo. Madrid 15 de junio de 1936. Archivo Menéndez Pidal.

Ramón Menéndez Pidal, propuso que se encargase de la redacción un grupo de personas ajenas a la Academia, cuyo trabajo supervisarían posteriormente los académicos.

Expresé ya a Cotarelo y a García de Diego mi impresión de que redactores modestos harían el trabajo de redacción tan bien como ellos, y luego el académico haría la revisión [y siendo poco retribuida no atraería al incompetente o al demasiado ocupado]. Creo en definitiva que hay que ir al redactor no académico (Clavería, Lapesa excelente, Carmen Castilla que pondera Navarro, Enriqueta Hors, etc.) y un redactor jefe (Casares) y varios inspectores García de Diego, Navarro, etc. Este sistema se puede imponer arguyendo que el precio actual de redacciones no nos consiente actividad de un tomo anual como es preciso. Hay que reparar que el tomo no sólo cuesta las 80.000 pesetas de los redactores que no las podemos pagar en dos años, sino todas las dietas académicas ya que la Academia no hace otra cosa que preparar el diccionario⁸⁰⁸.

De esta idea del director de la Academia surgiría la creación de una comisión de redacción que se reunía una vez por semana para asegurar la unidad de criterio y de método en la labor, y que estaba constituida por el propio Ramón Menéndez Pidal, Miguel Asín, Julio Casares Sánchez, Vicente García de Diego⁸⁰⁹ y Armando Cotarelo Valledor⁸¹⁰. Esta comisión se distribuía los originales entregados por los colaboradores, y, después de examinarlos, se los devolvían con las observaciones a que hubiere lugar. Don Ramón era partidario de que el

⁸⁰⁸ Documento manuscrito de Ramón Menéndez Pidal de 29 de junio de 1935. Archivo Menéndez Pidal.

⁸⁰⁹ «Me habló Castro —le escribe García de Diego a Menéndez Pidal— del deseo de usted de que me decidiese a una completa colaboración en el Diccionario, prestando mi nombre e interviniendo en todos los trabajos. Tan conforme me he sentido que estoy dispuesto a prestar toda la ayuda que sea necesaria, y estando ya en Madrid instalado y sin preocupaciones creo que podré dedicarme de lleno a esta labor, en todos los aspectos que usted desee, de modo que pueda descargarle en algo de tan penoso trabajo. Yo pienso ir a Madrid del 10 al 15 de septiembre», Burgos, 11 de agosto de 1919. Archivo Menéndez Pidal.

⁸¹⁰ Para conocer los entresijos de la creación del *Diccionario histórico*, véase Manuel Seco: «El *Diccionario histórico de la lengua española*», en *International Journal of Lexicography*, VIII, 3 (1995), págs. 203-219. También en *Estudios de lexicografía*, Madrid: Gredos, 2003, págs. 163-182.

Diccionario histórico fuese una obra colectiva en la que tenían que colaborar todos⁸¹¹, pues ese método de trabajo era la única forma de poder avanzar y de terminar el proyecto en un plazo de tiempo razonable.

Tendrá nueve tomos. El primero salió a fines de 1933. El segundo está para salir, será uno anual o más. La imprenta de la Casa Hernando ayuda un pliego o dos semanales. La Academia precisa consagrar a él todo su esfuerzo, sin economizar trabajo que lo requiere enorme para aprovechar los millones de cédulas, ni dinero que espera hallar los suficientes recursos para empresa tan costosa⁸¹².

Como ya se ha señalado, en los primeros meses de 1936 salió a la calle el segundo tomo, pero con la llegada de la guerra comienzan las penurias para el *Diccionario histórico*. La imprenta Casa Hernando empieza a tener problemas de liquidez y pide al Ministro de Instrucción Pública una ayuda económica dirigida principalmente al *Diccionario histórico*, para paliar el descenso en las ventas de los libros de la Academia, que era de donde la editorial conseguía gran parte de sus ingresos.

Que por ser la obra base de la marcha de esta casa, una de tanta importancia como es el *Diccionario histórico español* del que van publicados dos tomos y estamos confeccionando el tercero, por ese Ministerio se declare obligatoria su adquisición a todos los centros docentes oficiales y se recomiende a los particulares, obligando a consignar en los presupuestos de cada uno de aquellos la cantidad anual equivalente a un tomo, y que será aproximadamente de 75 pesetas⁸¹³.

⁸¹¹ «En alguna obra mía hago resaltar la importancia del trabajo colectivo en todos los órdenes de la actividad mental, contra la tendencia hoy propagada de valorizar únicamente el trabajo personal como único en llegar a grandes resultados. El *Diccionario histórico de la lengua española* que hace la Academia es mi gran preocupación como lo es de los demás académicos, todos trabajan en él con más o menos intensidad [...]. El *Diccionario histórico* presenta la vida de la palabra y como la marcan los escritos desde *El poema de Mío Cid* a Galdós, suple los defectos de la lectura. En un abrir y cerrar de páginas le entra el espíritu que cada edad puso en cada palabra». Texto manuscrito de Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

⁸¹² Texto manuscrito de Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

⁸¹³ Madrid 1 de noviembre de 1936. Archivo Menéndez Pidal.

No sería el económico el problema más grave que iba a tener la editora, ya que a los pocos días de hacer esta propuesta al ministerio, con los primeros bombardeos que sufre la capital en el mes de noviembre de 1936, una bomba incendiaria cayó en el edificio donde se encontraba la imprenta Hernando, en el barrio de Argüelles, uno de los más castigados por los ataques de los sublevados. En el fuego ardieron, entre otras cosas, los dos primeros tomos y las pruebas del tercero.

Pasada la guerra, la Academia se planteó retomar el proyecto. Para ello, lo primero que se decidió era si se iba a continuar con la redacción del *Diccionario* tal y como se había hecho hasta entonces⁸¹⁴ o si se prefería comenzar otro diferente a partir de nuevos criterios establecidos por la Academia⁸¹⁵. Habían pasado más de treinta años desde que se formuló el primer plan de redacción del *Diccionario* y en este tiempo habían surgido nuevas corrientes lexicográficas que coincidían además con la publicación en el Reino Unido del monumental *Diccionario de Oxford*. Tales circunstancias hicieron que los académicos se decidieran, en lugar

⁸¹⁴ «La primera solución tiene a su favor la ventaja de la facilidad y la economía: se aprovecharía íntegramente el esfuerzo ya realizado; se echaría mano de los materiales a pie de obra, como se ha venido haciendo hasta hoy, sin preocuparse de su dudosa calidad, y todo ello acortaría en forma notable el tiempo necesario para el acabamiento de la empresa». Consulta previa a la reanudación de los trabajos del *Diccionario histórico*. Madrid, mayo de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

⁸¹⁵ «La otra solución, ciertamente más ambiciosa, interrumpiría de momento toda preparación del original, ya que no se redactaría la primera cuartilla sin contar previamente con un plan detallado que contuviera todas las normas posibles y que habría de ser estudiado a fondo por la Academia, hasta que recayera acuerdo formal sobre cada punto concreto. Mientras tanto se procedería al saneamiento de los materiales, evitando así, en lo posible, falsear la obra con citas de ediciones mendosas; se completaría metódicamente el caudal de papeletas, agrupando los más antiguos monumentos de la lengua, para que no aparezcan como introducidos en el siglo XVII vocablos ya empleados en la *Crónica General*, y se duplicaría, por lo menos, el número de autores estudiados incluyendo a los hispanoamericanos, y prestando especial atención a las obras no literarias, representadas con insuficiencia notoria en nuestras fichas.» Consulta previa a la reanudación de los trabajos del *Diccionario histórico*. Madrid, mayo de 1947. Archivo Menéndez Pidal.

de continuar con el antiguo proyecto, por revisarlo con la intención de elaborar uno más ambicioso y con unos criterios más modernos y científicos.

Lo que se empezó a publicar —le escribe Julio Casares a Menéndez Pidal— con el nombre de *DICCIONARIO HISTÓRICO* era ciertamente más útil y acertado que dejar que durmiera indefinidamente en sus ficheros las papeletas; pero hay tantos errores, tantas lagunas, tanto desorden y tanta imprevisión y falta de criterio científico en esos dos tomos impresos que, si alguien se tomara la molestia de criticarlos, antes serían una vergüenza que una honra para la Academia⁸¹⁶.

Aceptada la propuesta en junta de 22 de mayo de 1947, surgió la idea de crear en el seno de la Academia un Seminario de Lexicografía que se encargase de llevar a cabo la empresa. El Seminario se crearía por un Decreto de 15 de noviembre de 1946, y su primer director sería Julio Casares⁸¹⁷. Los colaboradores⁸¹⁸ que se escogieron para trabajar en el Seminario de Lexicografía fueron Luis García Rives, que ya había colaborado en los trabajos del antiguo *Diccionario histórico*; Rafael Lapesa, que por entonces era catedrático de Gramática

⁸¹⁶ Carta de Julio Casares a Ramón Menéndez Pidal; Madrid, 6 de mayo de 1947. Archivo Menéndez Pidal. A esa carta contesta don Ramón, apartado como se encontraba entonces de la Academia: «Me pide usted parecer sobre la cuestión del *Diccionario* [...]. Supongo se habrá tratado y discutido la cuestión o se discutirá y sin participar de las razones alegadas no puede tener valor cualquier opinión. Estoy hace tantos años alejado de la cuestión académica que solo podría dar opinión desconcertada de todo lo que ustedes piensan y hablan y como opinión de un extraño no debo hacerlo. Me alegro que Lapesa haya entrado en ese Seminario». Texto manuscrito de Ramón Menéndez Pidal. Archivo Menéndez Pidal.

⁸¹⁷ «Al volver actualmente la Academia sobre el malogrado proyecto ha creído conveniente revisar el plan primitivo y, en vista de las deficiencias observadas, ha decidido emprender una obra de nueva planta sobre bases más sólidas, con mayor amplitud de criterio y con materiales más abundantes y de mejor calidad». Julio Casares: «Ante el proyecto de un diccionario histórico», en *BRAE*, t. XXVIII (1948), pág. 8.

⁸¹⁸ «La base sustancial e insustituible para dar realidad a los grandes léxicos modernos tiene que ser, y ha sido en todas partes, la formación de un equipo de especialistas, decorosamente remunerados, a fin de que no se dispersen una vez instruidos. A eso hay que añadir una organización racional del trabajo, bajo una dirección común, y un centro o taller lexicográfico bien provisto de todo el instrumental necesario.» Julio Casares: «Ante el proyecto de un diccionario histórico», en *BRAE*, t. XXVIII (1948), págs. 15-16.

Histórica en la Universidad Central, y José Hermida, profesor de literatura en el Instituto Ramiro de Maeztu.

Aprovechando la entrada de Dámaso, la preciosa colaboración de Lapesa (en quien veo un futuro compañero), otras ayudas con que me hago la ilusión de contar, pienso que se podría inaugurar una era de trabajo científico y metódico sin tareas a destajo, para echar los cimientos de una obra que no he de ver, pero que quisiera dejar encarada hacia la meta que ha marcado usted en el magnífico prólogo del VOX⁸¹⁹.

Ante la magnitud del proyecto que se quería llevar a cabo, la Academia publicó un llamamiento a la población, que se publicó el día 12 de febrero de 1948, para que colaborara en el proyecto: «El técnico (arquitecto, aviador, médico, químico, entomólogo, jurista, etc.), dicho sea por vía de ejemplo, puede advertirnos cuáles son las palabras y giros propios de su especialidad, ausentes hoy del *Diccionario* de la Academia, y que deberían incluirse, a su juicio, en el gran léxico del futuro, indicando, si a tanto llega su solicitud, la explicación sucinta de lo que significa; puede enmendar las definiciones actuales; puede ofrecerse a

⁸¹⁹ Carta de Julio Casares a Menéndez Pidal; Madrid, 6 de mayo de 1947. Archivo Menéndez Pidal. En ese prólogo, don Ramón expone su idea sobre lo que debe ser un Diccionario histórico: «Pero es muy necesario extenderlo igualmente a las épocas pasadas del idioma, formando un diccionario histórico total, sin criterio selectivo, incluyendo en él un amplio esquilmo de olvidados escritos del pasado que tienen gran interés de espontaneidad precisamente por no ser autoridades para un diccionario tesoro: documentos notariales, inventarios, papeles familiares, obras literarias ocasionales, de intimidad local, obras desatendidas, infortunadas [...], obras rematadamente malas...; en fin, también es preciso que el diccionario dedique mayor diligencia de acopio a aquellos vocablos y modos de decir más peculiares que aparecen en las obras literarias, los cuales, por raros y difíciles, sólo merecen la atención (cuando la merecen) de los comentarios modernos dedicados a tales obras, pero no de los léxicos. Es decir, también hay que procurar en los siglos pasados la “lengua hablada”, que si no la podemos escuchar de viva voz, podemos sorprender algo de ella en los escritos y aprovechar su interés, tan grande como el del habla moderna, para conocer la vida del lenguaje. En conclusión, todo lo que literariamente se escribe, como no sea una aberración puramente individual y extravagante, todo lo que se habla por una agrupación de la sociedad no totalmente inculta, debiera ser recogido en el diccionario, ora proceda del momento actual, ora venga de tiempos pasados. Pero la dificultad está en que esa doble recolección de cuanto se escribe y cuanto se habla es prácticamente imposible en esa totalidad deseada». Ramón Menéndez Pidal: *Introducción al Diccionario VOX General Ilustrado de la Lengua Española*, Madrid: Bibliograf, 1945, pág. XIV.

revisar las que en su día formulen los redactores, y puede limitarse, por último, a señalarnos fuentes de información fidedigna (libros, revistas, vocabularios, etc.). El estudioso de una rama cualquiera de la ciencia o del arte, que ha de manejar repertorios, manuscritos u otras obras antiguas o modernas, que no alcanzan general difusión, puede proponerse como fin secundario de sus tareas la recogida de datos lingüísticos que considere dignos de atención. El que lee por mero pasatiempo, el que se limita a recorrer los periódicos, el que consulta en su oficina catálogos, cotizaciones u ofertas de mercancías... Todos pueden contribuir eficazmente al acopio de materiales para la magna empresa proyectada. Ahora bien, la cooperación más valiosa, la más eficaz y la más urgente en estos momentos consiste en facilitar a la redacción del *Diccionario* el acopio de autoridades»⁸²⁰. A continuación se daba una serie de instrucciones sobre cómo tenían que hacer las papeletas aquellos que quisieran colaborar y se les ofrecían distintos tipos de fichas para que las rellenaran. La Corporación consideraba, con un lenguaje propio de la época, que «si Dinamarca, con menos población que Andalucía y con una lengua de escasa difusión fuera de su ámbito nacional, está causando el asombro en el mundo con la publicación, ya muy adelantada, de un espléndido “Diccionario Histórico”, es bien seguro que en los dilatados dominios del español no faltará el estímulo ni el ardiente deseo de ver honrada la lengua de Cervantes, idioma nacional de veinte pueblos soberanos, con un monumento lexicográfico digno de su historia y de su grandeza»⁸²¹. El llamamiento no tuvo un resultado muy positivo, ya que no fueron muchas las papeletas que llegaron a los académicos: «Hasta ahora el colaborador que va a la cabeza por lo cuantioso y metódico de sus aportaciones es el Padre escolapio D. José López Navío, del Colegio de Santo Tomás, en Cuenca (Argentina)»⁸²².

⁸²⁰ «La Real Academia Española solicita la colaboración de todos los amantes del idioma», en *BRAE*, t. XXVIII (1948), pág. 11.

⁸²¹ *Ibidem*, pág. 10.

⁸²² Julio Casares: «Seminario de Lexicografía. Memoria correspondiente al curso 1948-49», en *BRAE*, t. XXIX, 1949, pág. 526.

En 1949 los trabajos del *Diccionario histórico* se vieron paralizados durante un tiempo debido a las obras de ampliación que se hicieron en el local que ocupaba el Seminario dentro del edificio de la calle de Felipe IV. A pesar de la remodelación, poco tiempo después el director del Seminario se quejaba de nuevo del escaso espacio de que disponía y de la pérdida de tiempo que suponía tener que trasladarse para comprobar determinados datos: «No deja de causar cierta preocupación motivada por la escasez de espacio disponible para la instalación de los ficheros. Estos han invadido ya no sólo los pasillos de la planta principal, sino también algunos de la planta baja, con el consiguiente trastorno, que se traduce en pérdida de tiempo cada vez que es preciso compulsar variantes gráficas, con *b* o *v*, por ejemplo, separadas por treinta y tantos escalones. Es, pues, de desear que la Academia estudie en plazo breve este problema en busca de una solución adecuada»⁸²³. Al año siguiente se publicó un pliego de muestra de lo que sería el futuro *Diccionario histórico*, en el que se ponían de manifiesto los materiales y los métodos utilizados para que los académicos y el público en general juzgaran el trabajo que se estaba realizando⁸²⁴.

De este Seminario de Lexicografía, como redactor especial, es del que pasó a formar parte Zamora Vicente a su llegada a Madrid, gracias a la invitación que le formuló Rafael Lapesa que entonces era el subdirector del Seminario. Compartía el cargo de redactor especial con Carlos Clavería y Samuel Gili Gaya.

Durante varios años le he visto [a Samuel Gili Gaya] acudir a su cita en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española, sonrisa pronta, transformada la

⁸²³ Julio Casares: «Seminario de Lexicografía. Memoria correspondiente al curso 1952», en BRAE, t. XXXII, 1952, pág. 420-421.

⁸²⁴ «La finalidad inmediata de estas páginas es la de someter al examen de la Academia el tratamiento de unos cuantos artículos del futuro *Diccionario histórico* para que, viendo cómo se han traducido en la práctica las normas previamente adoptadas, pueda dar su conformidad o formular nuevas instrucciones antes de seguir.» Real Academia Española: *Diccionario histórico de la lengua española. Muestra que los redactores someten al examen de la Corporación*, Madrid: 1951.

cotidiana rutina en vida satisfactoria. Llegaba, saludaba, tosía, ordenaba sus fichas, tosía, escribía unas notas, verificaba una cita, volvía a toser procurando ahogar la tos, saludaba con una confiada deferencia a los que llegaban rezagados... Y se iba desangrando la tarde, larga, monótona, siempre repetida. Y el tajo de palabrejas para el *Diccionario Histórico* iba creciendo, creciendo, con esa lentitud de lo grande, de lo que, de pronto, es algo nuevo, poderoso, abrumadoramente diferente⁸²⁵.

Al poco tiempo entró a forma parte del grupo de redactores Manuel Seco, quien recuerda cómo fue aquel encuentro en los locales del Seminario:

Fue precisamente en la Academia Española donde conocí a Alonso Zamora, un día de junio de 1962, cuando todavía no éramos miembros, ni él ni yo, de la Corporación [...]. Él era en aquel momento, en la Academia, un redactor especial del *Diccionario histórico de la lengua española* que en el Seminario de Lexicografía, fundado por don Julio Casares, se iba confeccionando desde el año 1947 en una gran sala del edificio académico, bajo la dirección inmediata de don Rafael Lapesa, entonces subdirector del Seminario. Don Rafael había llevado a Zamora a aquella labor pocos años antes y a mí me llevó en aquel 1962⁸²⁶.

En la década de los sesenta, el Seminario de Lexicografía recibió una importante ayuda económica del Estado, según cuenta García de Diego a Menéndez Pidal, a quien sustituía de forma interina en la dirección de la

⁸²⁵Alonso Zamora Vicente: «Samuel Gili Gaya, ausente», en *El País*, 13 de mayo de 1976. También en el libro *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1988.

⁸²⁶ Manuel Seco: «Homenaje a la antigüedad académica. Celebrado el 15 de diciembre de 2005 en honor del Excmo. Sr. D. Alonso Zamora Vicente», Madrid: Instituto de España, 2005, pág. 12. También formó parte del Seminario el poeta gaditano José Manuel Caballero Bonald: «A lo mejor no lo hice en el momento más propicio, pero ya me había preparado un apetecible cambio laboral a través de Alonso Zamora Vicente, hombre leal y afectuoso, al que nunca he dejado de apreciar y de respetar. Él me llevó al Seminario de Lexicografía de la Academia y allí me quedé, con algún paréntesis, unos tres años. Elegí la jornada de tarde y en principio me dedicaba a rastrear americanismos no recogidos en el diccionario general [...]. Más adelante, también pude instruirme en el difícil arte de la lexicografía, en este caso de la confección del Diccionario histórico de la lengua, que venía a ser una actualización y ampliación del llamado de autoridades». José Manuel Caballero Bonald: *La costumbre de vivir*, Madrid: Alfaguara, 2001, pág. 523.

Academia debido a su enfermedad. La ayuda supuso una independencia económica del Seminario respecto a la Academia, además de un importante impulso para el avance de los trabajos.

La comisión de la Academia que por invitación del ministro fue a ver a Franco salió con muy buena impresión de la visita. Según los informes de la presidencia está acordada en el Plan de Desarrollo la subvención de 10 millones de pesetas anuales para el *Diccionario histórico*, y el ministro lo defiende, lo que nos llena de esperanzas y despreocupaciones, porque de conseguirlos el Seminario contrae un gran compromiso de trabajo para hacer viable el diccionario⁸²⁷.

Julio Casares seguía presidiendo el Seminario, pero su cargo de secretario de la Academia no le permitía asistir asiduamente a las salas donde trabajaban los redactores. A su muerte, en 1964, fue sustituido en la dirección por García de Diego que ocupó el cargo hasta 1969, fecha en la que ya lo pasó a dirigir Rafael Lapesa. Ni Casares ni García de Diego, durante aquellos años sesenta, se hallaban presentes en los trabajos diarios del diccionario. Sí Rafael Lapesa que era en realidad el que se encargaba de dirigir los trabajos. Sentado el extremo de una de las dos grandes mesas que había en el local del Seminario de Lexicografía y en las que trabajaban los investigadores⁸²⁸, revisaba cada una de las entradas⁸²⁹. En el otro extremo se encontraba Zamora Vicente; a su lado, Carlos Clavería. En una mesa aparte, trabajaba Samuel Gili Gaya. Manuel Seco tenía su lugar cerca de

⁸²⁷ Carta de García de Diego a Menéndez Pidal; Madrid, 20 de julio de 1967. Archivo Menéndez Pidal.

⁸²⁸ «También fue necesario reformar la antigua mesa de 5 por 1,50 metros y construir otra igual, a fin de que puedan trabajar simultáneamente dos equipos de redactores». Julio Casares: «Seminario de Lexicografía. Memoria correspondiente al curso 1952», en *BRAE*, t. XXXII, 1953, pág. 421.

⁸²⁹ «El primer día que fui a trabajar al Seminario, don Rafael se sentaba a la cabecera de la gran mesa de redacción, presidiendo a una veintena de atareados comensales de la lexicografía. Don Rafael blandía unas enormes tijeras con las que cortaba por aquí y por allá los folios mecanografiados que tenía delante, para luego darles unos toques con la pluma y volver a coserlos de otra manera.» Manuel Seco: «Lapesa, la lección diaria», en *Homenaje a Rafael Lapesa*, *BRAE*, t. LXVIII (1988), pág. 32.

Zamora, sin embargo, en muchas ocasiones trabajaba junto a Lapesa quien le explicaba cómo tenía que ir haciendo las revisiones. En el resto de la sala había un grupo de colaboradores que se fue ampliando paulatinamente. A algunos de ellos recuerda Caballero Bonald en sus memorias:

En esa oficina lexicográfica trabajaban una veintena de redactores y colaboradores, aparte de Rafael Lapesa, entonces director, y de Alonso Zamora, Samuel Gili Gaya, Carlos Clavería y Manuel Seco. Como yo sólo iba por las tardes —Aurora Alborno, Ana Cela y Sabina de la Cruz lo hacían por las mañanas—, tampoco conocí a todos mis compañeros, pero entreveo por allí a Ignacio Soldevila, Olimpia de Andrés, Pedro Carrero Eras, Margarita Estarellas, Joaquín del Val, María Teresa Unamuno... De pronto, en medio de aquel trasiego acuciante de exploradores del léxico, oía la voz sigilosa o bien sorprendía las señas de Alonso Zamora o Carlos Clavería para que nos fuésemos a tomar un café o una copa, según. Ningún otro empleado de la casa se permitía semejante licencia dentro de la severidad del clima académico y la nada sedicente lobreguez del salón del Seminario. La ruta por los bares circunvecinos se convirtió en un hábito de obligado cumplimiento. Me gustaba platicar con Zamora y con Clavería, que eran unos conversadores sabios y maliciosos, divertidos y eruditos, una combinación muy preconizable y muy poco prodigada⁸³⁰.

Debido a los continuos requerimientos que le exigía a Rafael Lapesa el cargo de secretario de la Corporación, cargo que ocupó entre 1964 y 1971, en sustitución de Casares, fue Zamora Vicente quien se encargó de dirigir el *Diccionario histórico*, pasando a ser el encargado de revisar las papeletas que le presentaban los redactores.

En esa etapa suya de colaborador en el *Diccionario histórico*, ausente Lapesa durante siete años por la esclavitud de la secretaría, tocó a Zamora hacer de lugarteniente suyo para salvar la continuidad de la obra⁸³¹.

⁸³⁰ José Manuel Caballero Bonald: *La costumbre...* pág. 524.

⁸³¹ Manuel Seco: «Alonso Zamora Vicente y la Academia Española», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, pág. 252.

En 1972 salió publicado el primer tomo del segundo *Diccionario histórico*, que va desde la *a* hasta *alá*. En ese tomo aparece como director Rafael Lapesa, como académicos redactores Salvador Fernández Ramírez, Samuel Gili Gaya, Alonso Zamora Vicente y Carlos Clavería; el cargo de censor lo ocupa José Hermida López y Manuel Seco aparece como redactor especial. Al igual que ocurrió a sus antecesores, pocos meses antes, Zamora tuvo que limitar su presencia en el Seminario debido a su nombramiento como secretario de la Academia en sustitución de Rafael Lapesa, que había dejado el cargo. El Seminario continuó sus trabajos, publicando fascículos con Manuel Seco como redactor jefe y, a partir de 1981, como director del Seminario, ante la renuncia de Rafael Lapesa.

No recuerdo si asististe a las sesiones —hará cosa de un mes y medio—, en la Academia trató de posibles candidaturas para cubrir las dos vacantes actuales. Por si no estuviste, me permito decirte que el primero de aquellos jueves, yo expuse la necesidad de que alguien me sustituya cuanto antes en la dirección del Seminario de Lexicografía, pues mis circunstancias familiares, que bien conoces, me fuerzan a desatenderlo cada vez más. Dámaso preguntó si algún académico estaba dispuesto a asumir tal situación, y ante el silencio general, yo propuse el nombre de Manuel Seco Reymundo como buen lingüista, colaborador eficacísimo del *Diccionario Histórico* a lo largo de 17 años y conocedor único de su muy complicada técnica⁸³².

Durante esta etapa sale publicado, en 1992, el segundo tomo que comprendía desde *álaba* hasta *antígrafo*. En ese volumen, Rafael Lapesa ocupa el cargo de director honorario, Zamora Vicente el de académico redactor y Manuel Seco el de director. Bajo la dirección de Seco, a la que renuncia en 1993, sale publicado el primer fascículo del tercer tomo que recogía desde *antigramical* a *aonio*. Posteriormente, en 1996 saldrían otros dos fascículos, el segundo del tercer

⁸³² Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 16 de marzo de 1979. Archivo Fundación Camilo José Cela.

tomo (*aonio-apasanca*) y el primero del cuarto (*b- bajoca*). En ellos aparece Rafael Lapesa como director honorario, ocupando la dirección primero Olimpia Andrés, que sustituyó a Manuel Seco, y luego Pedro Álvarez de Miranda, hasta que en 1996 la Academia decide cerrar el Seminario de Lexicografía y los trabajos del *Diccionario histórico* de nuevo se paralizan. En fechas recientes, la RAE ha comenzado la redacción de un Nuevo Diccionario Histórico en la Fundación Rafael Lapesa.

3.2.- LA ELECCIÓN COMO ACADÉMICO

Coincidiendo con su trabajo en la redacción del *Diccionario histórico*, Zamora Vicente fue elegido académico de número, en 1966. Debido a la enfermedad de Menéndez Pidal y a la dedicación casi exclusiva de Salvador Fernández Ramírez a la *Gramática*, quedaban muy pocos filólogos en la Casa para llevar a cabo todo el trabajo que en esos momentos tenían los académicos. Por ello, cuando surgió la vacante de Fernández Almagro, se decidió que quien le sustituyera fuera un filólogo. Como Zamora Vicente llevaba ya varios años colaborando con la Corporación, no hubo ningún problema para que su candidatura fuera elegida por unanimidad, a pesar de las preocupaciones del entonces secretario Rafael Lapesa:

La muerte de Melchor Fernández Almagro no sólo ha sido un golpe muy duro para los que le hemos visto desaparecer tan rápidamente, sino que deja ahora problemas de sucesión. Un grupo, bastante nutrido, de académicos se ha hecho cargo de la necesidad que tenemos de filólogos para achicar las oleadas de propuestas y consultas que nos inundan. Con la enfermedad de don Ramón y la dedicación de Salvador a la Gramática solo quedamos cuatro para ocuparnos de los diccionarios: don Vicente, Dámaso, Gili Gaya y yo. Por esto, la candidatura de Alonso Zamora responderá a esa necesidad acuciante. La defenderemos don Ramón, don Manuel

Gómez Moreno, don Vicente García de Diego, Dámaso, Aleixandre, Laín, Salvador Fernández, Gili Gaya, Rosales, Marías y yo; espero que se nos sumen otros más y con tal deseo acudo a ti. La cosa es grave: temo que se presente la candidatura de Torcuato Luca de Tena, que, de tener éxito, supondría el copo de la Academia por el grupo ABC. Contigo seremos 12; confío en que podremos reunir 16 ó 17 votos que supongan la mayoría⁸³³.

Don Alonso fue elegido académico en sesión celebrada el 26 de mayo de 1966⁸³⁴; tomó posesión del sillón D que antes ocupaba Melchor Fernández Almagro. Su discurso de ingreso lo leyó un año después, en mayo de 1967⁸³⁵. El tema elegido fue un poco controvertido ya que se trataba de un estudio sobre el esperpento en la obra de Valle-Inclán, concretamente en *Luces de bohemia*, bajo el título *Asedio a 'Luces de Bohemia', primer esperpento de Ramón del Valle-Inclán*. Téngase en cuenta que la Academia, al fin y al cabo, dependía del régimen, y

⁸³³ Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 1 de marzo de 1966. Archivo Fundación Camilo José Cela. Con anterioridad ya le había escrito el interesado al escritor para contar con su apoyo: «Es casi seguro que se presente mi candidatura para la Academia, para el hueco que ha dejado nuestro querido Melchor Fernández Almagro. Ya estabas enterado de los planes de algunos amigos sobre la posibilidad de mi entrada. Ahora se va a pretender. Se quiere ante todo reforzar el equipo filológico, ya que las comisiones andan un poco desmayadas con la enfermedad de don Ramón y con la ausencia (obligada por razones familiares) de Salvador Fernández Ramírez. Esto les empuja a querer llevarme allí dentro. Y yo me atrevo, aunque sea un poco pronto, a escribirte comunicándotelo y con el ruego de que, si fuera posible, me digas tu parecer y, si llegado el caso, podría yo contar con tu voto». Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 28 de febrero de 1966. Archivo Fundación Camilo José Cela. El escritor gallego, como no podía ser de otra forma, le dio su apoyo: «Creo que tu presencia en la Academia es necesaria y, es más, creo que inexorable y gozosamente se producirá. Si tus amigos en aquella Casa presentan tu candidatura, tú tendrás mi voto sin lugar a dudas y más claro agua [...]. Que vas a ir a la Academia, te repito, es algo que no puede ser puesto en tela de juicio y que cuenta con mi voto es cosa que paladinamente te declaro». Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, 1966. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁸³⁴ «En sesión celebrada por la RAE el día 26 de mayo fue elegido académico de número el ilustre filólogo y escritor don Alonso Zamora Vicente», en BRAE, t. XLVI (1966), pág. 374.

⁸³⁵ «El domingo día 20 de mayo se reunió la Academia Española en el salón de actos públicos de la misma para dar posesión de su número al electo Excelentísimo Sr. D. Alonso Zamora Vicente», en BRAE, t. XLVII (1967), pág. 341. La entrada de Zamora Vicente le hizo recordar a Américo Castro los años del Centro de Estudios Históricos: «Visité el otro día su sede académica. Aquello parecía un retoño del Centro Histórico con García de Diego, Lapesa, Zamora y Gili Gaya». Carta de Américo Castro a Camilo José Cela, 21 de julio de 1968. Archivo Fundación Camilo José Cela.

hablar en su seno de un escritor considerado enemigo de las ideas del movimiento podía levantar suspicacias en algunas personas, y sobre todo en las clases dirigentes.

Buen ejemplo de la pacatería enmascarada de sapiencia fueron los temores que escoltaron mi discurso de recepción en la Real Academia Española, sobre *Luces de bohemia*, de Valle-Inclán. Todo el mundo temía una clara intervención de las autoridades gubernativas. Pues no pasó nada, absolutamente nada. La gente, poca, volvió a leer los esperpentos. Pero, por los recovecos de la administración, seguía viva la vieja inquina. Dos meses cortos más tarde de mi recepción, Carlos Valle-Inclán me envió un ejemplar de *Luces* con las tachaduras de la censura: quedaba reducido a un folleto de quince, veinte páginas⁸³⁶.

Una vez escrito su discurso y previamente a su lectura, Zamora Vicente se acercó hasta la casa de Ramón Menéndez Pidal, en Chamartín, para mostrárselo. Don Ramón, cerca ya de la centena de años, estaba enfermo y le costaba reconocer a los viejos amigos.

Don Ramón estaba ya enfermo, herido por el mal que nos lo ha quitado. Hay en el jardincillo de Chamartín una luz desvelada, íntima. Hasta la terraza llegan suaves, poéticos casi, los ruidos de la calle, en este mayo de 1967 —ya la tarde desangrándose—. He ido a llevarle, temorcillo de siempre, mi discurso de ingreso en esta Casa [Real Academia de la Lengua]. Esta tarde, don Ramón está contento y habla, como siempre, de que el jueves próximo vendrá a la Academia. Charlamos de todas esas obrillas del género chico, zarzuelas, sainetes, etc., que he ido leyendo para mi discurso. Y don Ramón canturrea, una cenefa de sombra en la voz, numerosas letras de esas obrillas. Le mana una lejana juventud cálida desde Dios sepa qué hondura. Tiene para esas letras insignificantes la misma prodigiosa memoria que para las variantes del Romancero, de una cancioncilla tradicional⁸³⁷.

⁸³⁶ Documento perteneciente al archivo Zamora Vicente.

⁸³⁷ Alonso Zamora Vicente: «Tres firmas de...», págs. 375-78.

En 1969 publicó el discurso de ingreso, al que había añadido bastantes más datos, con el título de *La realidad esperpéntica. (Aproximaciones a «Luces de bohemia»*⁸³⁸. Con el discurso y el posterior libro, Zamora Vicente se proponía descubrir qué era lo que se escondía debajo del esperpento, al que había definido, en un artículo publicado en 1961 en *Ínsula*⁸³⁹, como «el más brioso esfuerzo por destruir una humanidad corrompida, inservible». En este artículo, el que posteriormente sería elegido académico nos está anunciando un futuro estudio sobre esa parte de la obra de Valle a la que todavía no se le ha prestado la atención debida.

Creo que ha llegado la sazón de estudiarle [al esperpento] serenamente, sin cometer el deseo de extraer de él afirmaciones o negaciones aisladas, falazmente útiles para determinadas posturas, y sí destacar su total armonía, su trascendente vigencia [...]. Cuando ese estudio se haga, veremos que en el esperpento nada está de sobra ni alegremente dicho, sino que todo está palpitante, que todos anduvieron de alguna manera sobre ese trozo de la tierra, y que se manejan a vueltas con la ilusión, la memoria, la experiencia y la fantasía⁸⁴⁰.

Él, que ya había estudiado las *Sonatas*, se introduce ahora por los entramados vericuetos de una realidad que existió y que Valle disfraza con los ropajes de una «literatura de arrabal» para no mostrarla en toda su crudeza. Zamora, que había vivido de chico aquella España, y más concretamente, aquel Madrid que Valle-Inclán relata en su libro, llega a la conclusión de que no todo lo que aparece en las diferentes escenas es literatura, sino que aquello fue realidad.

⁸³⁸ Alonso Zamora Vicente: *La realidad esperpéntica. (Aproximaciones a «Luces de bohemia»*, Madrid: Gredos, 1969.

⁸³⁹ Alonso Zamora Vicente: «Releyendo Luces de bohemia», en *Ínsula*, núm. 176-177 (1961), pág. 9.

⁸⁴⁰ *Ibidem*.

Sin embargo, algo me decía siempre, al leerle —era mi inesquivable condición de español— que no todo era allí literatura. Yo, y creo que conmigo todos aquellos para quienes este trozo de tierra, España, conlleva un problema, nos reconocíamos confusamente, simpatizábamos con lo que en el esperpento ocurría. Despertaba en nuestro pasmo un agri dulce regusto familiar, de cercanía sugestiva y repelente a la vez. La busca de esa última verdad subyacente me ha llevado a la confirmación del previo y confuso suponer: todo cuanto en *Luces de bohemia* se dice o acontece, se dijo o aconteció, tuvo su hueco exacto en el aire de «un Madrid absurdo, brillante y hambriento». Y se dijo o aconteció *en serio*, trágicamente, con su escolta abrumadora de dolores, pesadumbres, desencantos⁸⁴¹.

Y esa realidad queda oculta bajo el disfraz del esperpento, al que Zamora trata de desentrañar para descubrir lo que esconde detrás de él y el consecuente trabajo de creación de Valle. Y el primer elemento en el que incide el nuevo académico son los espejos deformantes de la calle del Gato, espejos semejantes a los que presidían las innumerables tertulias que había en aquel Madrid y en los que se veían reflejadas las poses, las conversaciones, las actitudes..., todas ellas fingidas. Sin embargo, a pesar de la fama que estos espejos han adquirido en el juego valleinclanescos, tal vez el elemento principal en la creación del esperpento sea la lengua: «el hálito que más corporeidad alcanza de los varios que se desprenden de *Luces de bohemia* es el que el idioma despide: voz de la calle madrileña, cultismo y argot reunidos, creaciones metafóricas momentáneas, acunadas por una brisa a veces coloquial, a veces leguleya»⁸⁴². El autor de *Divinas palabras*, que sabía absorber muy bien todo aquello que leía y oía, recuperó dicha

⁸⁴¹ Alonso Zamora Vicente: *La realidad esperpéntica. (Aproximación a «Luces de bohemia»)*, Madrid: Gredos, 1969, págs. 7-8. En 1966, *Cuadernos Hispanoamericanos* preparó un número homenaje a Valle-Inclán en el que Zamora Vicente publicó un resumen de su discurso de ingreso en la Academia. Alonso Zamora Vicente: «En torno a *Luces de bohemia*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto de 1966, núms. 199-200.

⁸⁴² *Ibidem*, pág. 22. Ya en el prólogo del libro resalta la importancia de la lengua usada en la obra del escritor gallego y que le era tan familiar al filólogo: «Ahora, la búsqueda frente a *Luces de bohemia*, habrá de comenzar por la propia conciencia, por una expedición al idioma corriente de un madrileño de hace años (mi lengua, la mía, la que yo aprendí, la que en ocasiones aún me sorprende al oírmela) y sacar, enredada en ella, una resurrección de recuerdos», pág. 8.

lengua de una «literatura finisecular, costumbrista, teatral» que había caído en el olvido por la llegada de la producción noventayochista. Era la «literatura del arrabal», como la llama Zamora Vicente en su libro, proveniente de la zarzuela, de los sainetes, de la poesía popularesca de circunstancia.

Junto a la lengua, Valle-Inclán también se sirve de ese tipo de literatura, más concretamente del teatro paródico como otro elemento de gran importancia en la creación del esperpento, tanto que el nuevo académico llega a afirmar que «en esta manifestación paródica de la literatura teatral hay un claro antecedente del esperpento»⁸⁴³. Esa literatura paródica, cuyo autor más destacado sería Salvador María Granés, consistía en obras de teatro, zarzuelas o incluso operetas en las que un autor, al poco tiempo de su estreno, hacía una parodia de una obra que había tenido éxito en las carteleras madrileñas. Porque, como dice uno de los personajes de la obra de don Ramón: «En España podrá faltar el pan, pero el ingenio y el buen humor no se acaban». Al igual que se hacía en este tipo de obras, Valle oculta detrás de muchos de los personajes de su obra a hombres de carne y hueso que existieron y pulularon por aquel Madrid. Zamora Vicente desenmascara a muchos de ellos; otros, sin embargo, eran reconocibles para casi todo el mundo, como era el caso del protagonista, tras el que se escondía el poeta sevillano, también ciego, Alejandro Sawa.

No menos importante es para Zamora Vicente en la creación del esperpento la utilización de la literatura, a través de citas, recuerdos, alusiones simuladas, etc. Pero estas citas literarias son usadas por el autor en situaciones muy distintas a las que aparecen en sus obras de origen, lo cual «provoca un conflicto mental entre lo realmente evocado por la cita y la realidad de la situación que la provoca», creándose una situación «cómica o paródica, que, al rellenarse de cierta

⁸⁴³ *Ibidem*, pág. 25.

amargura o desencanto, ya tendremos que llamar esperpéntica»⁸⁴⁴. Tampoco es original de Valle-Inclán este recurso; ya en la literatura de arrabal, como le gustaba llamar a Zamora Vicente, se utilizaban las citas literarias con una intención semejante.

Para el crítico madrileño, el elemento más característico del esperpento valleincliniano, y más en concreto de *Luces de bohemia*, es, como ya se ha apuntado, el eco de la realidad que aparece en casi todas sus páginas. A través de ellas podemos vislumbrar la realidad política, social y cultural que vivía la España de principios de siglo XX, con las huelgas, los políticos corruptos, las peleas entre los intelectuales, etc., realidad que Valle desmenuza y pone en evidencia.

No podía faltar, en el análisis de un filólogo que dedicó gran parte de sus estudios a la dialectología, un acercamiento a la lengua utilizada por Valle-Inclán. Ya hemos señalado la importancia que tiene el uso del idioma en *Luces de bohemia*, representando un cambio importante en el escritor gallego, que pasa del lenguaje elevado, disciplinado, artístico y a veces hueco de las *Sonatas*, a un lenguaje sencillo, lleno de connotaciones, de dobles sentidos. Valle utiliza el lenguaje de la calle, de los artistas, de los bohemios, un lenguaje desgarrado alejado de las normas de la pulcritud y de las académicas. Se trata de una lengua en cuyo fondo podemos ver a Quevedo, y en la que la palabra *grotesco* con valor de ridículo, se convierte en la voz más importante, de la misma forma que el *admirable* rubeniano lo fue para los modernistas. Según Zamora Vicente, Valle-Inclán toma este lenguaje también del género chico, pero él lo dignifica con su modernismo literario. Imprescindibles para la nueva lengua que Valle ha creado para su obra son los madrileñismos, las palabras que se usaban en aquel «Madrid absurdo,

⁸⁴⁴ *Ibidem*, pág. 64.

brillante y hambriento» y que se podían oír en tabernas, corrillos de vecinos, en dichos, en romances, en cuplés de moda, etc.

Alonso Zamora también descubrió la influencia del cine, balbuceante entonces, en *Luces de bohemia*. Incluso se lamenta de no haber podido hacer un seguimiento, igual que el hecho de las obras del género chico, de las películas que se proyectaban en la recién estrenada Gran Vía madrileña de los años veinte y que seguro influyeron en la obra de Valle, imposibilidad debida principalmente a la falta de material que existía en la España de 1960 sobre el tema. Pero sí entrevé como el nuevo lenguaje estructural que el cine planteaba se puede encontrar en *Luces de bohemia*: fragmentarismo, personajes que hablan a la vez, acotaciones muy cinematográficas, etc.

Sí, hay mucho de cine en *Luces de bohemia*. De ese cine primerizo, aún balbuceante, entre documento y diversión sin contornos, en el que asoma la cara de un deje de crítica, de amargura por realidades sociales en discusión⁸⁴⁵.

Por último, ofrece las variantes que existen entre el texto que apareció en la revista *España*, en 1920, y el libro que salió publicado en 1924. Esas variantes afectan principalmente a las escenas con un contenido más social que no aparecen en la primera versión. Nos referimos a la escena II (diálogo en la librería de Zaratrusta), la VI (la conversación en la cárcel entre Max y el preso catalán) y la XI (la del niño muerto en una revuelta callejera por la policía), escenas que analiza Zamora, remarcando su contenido social⁸⁴⁶.

⁸⁴⁵ Ibídem, pág. 175.

⁸⁴⁶ Los especialistas en la obra de Valle-Inclán siempre han reconocido la labor pionera de Zamora Vicente en ese tema: «El discurso de Zamora Vicente ante la Real Academia Española en 1967 *Asedio a "Luces de bohemia"*. Primer esperpento de Valle-Inclán es, sin lugar a dudas, una aportación significativa [...]. Dejando de lado la polémica sobre cuál fuera el primer esperpento, que no viene al caso, este libro es un excelente estudio sobre la influencia de la literatura de arrabal o arte menor y popular en la obra de Valle. Zamora traza las fuentes de inspiración de

Uno de los primeros a quienes envió el discurso de ingreso en la Academia fue Américo Castro, con quien mantenía por aquellos años sesenta una abundante relación epistolar. El viejo maestro felicita a su alumno por el completo estudio realizado sobre Valle-Inclán, y recuerda un tiempo y una forma de vida que él vivió muy de cerca, pero de la que le «salvó» el Centro de Estudios Históricos. Un claro ejemplo de la división que existía en la España de principios de siglo entre los escritores bohemios que atestaban los cafés y los intelectuales encerrados en bibliotecas y centros de investigación.

Dos letras para decirle que sus páginas sobre *Luces de bohemia* son «palabras mayores», me parece lo más repensado y lo mejor dicho de su producción crítico-lingüística. Es muy notable el «barrido» —o la batida— de los suburbios del ente valleinclinaneco. Tarea ilustradora y triste: ese mundo lo observé desde fuera; conocí de veras a Valle en 1923, aunque nunca merodeé por los círculos de la bohemia. Me salvó la Ilustración y el Centro de Estudios Históricos; no obstante lo cual el Madrid que tan bien evoca fue el de mi juventud⁸⁴⁷.

A partir de ese momento la figura de Zamora Vicente va a ir unida a la de Ramón del Valle-Inclán. Muchos serán los estudios, artículos, prólogos que escribirá sobre el autor gallego. Así las dos grandes obras valleinclinanescas, *Luces de bohemia* y *Tirano Banderas*, llevarán un estudio introductorio del filólogo madrileño en las ediciones estudiantiles que hace la editorial Espasa Calpe, como previamente había hecho para la *Sonata de primavera*. En 1973 publica un breve

Luces de bohemia entre los escritores de fin de siglo, la literatura paródica, el género chico, letras de tangos y chotis, poemas burlescos, de escritores hoy olvidados. Sobre este fondo popular y chocarrero, la queja, la protesta (pág. 60) que señala siempre una España deforme distorsionada. El esperpento es también y sobre todo deformación idiomática [...]. El análisis de Zamora ha sido, desde luego, imprescindible. Faltan más trabajos afines sobre las diversas etapas de Valle, solo así tendríamos un panorama abarcador», Iris M. Zavala: «Valle-Inclán y los críticos», en *MLN*, vol 85, núm. 2, Hispanic Issue, marzo de 1970, págs. 279-286.

⁸⁴⁷ Carta de Américo Castro a Alonso Zamora Vicente; Madrid, 26 de julio de 1967. Archivo Zamora Vicente.

estudio titulado *Valle-Inclán, novelista por entregas*⁸⁴⁸, en el que analiza la novela *La cara de Dios*, basada en la obra de teatro del mismo título de Carlos Arniches.

Ya en los años ochenta y noventa crea y dirige un proyecto editorial en Círculo de Lectores, bajo el título de «Biblioteca Valle-Inclán», en la que se publican todas las obras del autor gallego precedidas de un estudio hecho por un especialista. Zamora se encargó de conseguir los derechos de los libros, tema muy complicado ya que cada uno pertenecía a uno de los hijos del escritor o a sus descendientes; también de buscar al especialista encargado de hacer el estudio correspondiente. Él hizo la introducción de *Luces de bohemia*, de *Tirano Banderas* y de *Sonata de primavera*. La colección se abrió con una biografía de Valle hecha por el propio Zamora⁸⁴⁹.

El estudio del esperpento y de la obra de Valle-Inclán, introdujo a Zamora en la búsqueda de documentación sobre Alejandro Sawa y el mundo de la bohemia. Esa búsqueda le llevó a conocer a Fernando López Sawa, «hijo de la niña que en *Luces de bohemia* aparece bajo el nombre de Claudinita, muerta ya hace unos años (agosto 1941); Claudinita, que en la realidad se llamaba Elena, se casó con el escritor teatral Fernando López Martín»⁸⁵⁰. Gracias a él pudo rastrear algunos datos más del libro de Valle-Inclán que ratificaron su idea «de que todo cuanto se dice en *Luces de bohemia* se dijo en la realidad». Doña Juana Portier, la viuda Madame Collet, guardó multitud de papeles y fotografías de Alejandro Sawa. Muchos se perdieron por la entrada de los alemanes en París, donde Juana vivía con su nuevo marido, también español. Terminada la guerra, «devolvió a su

⁸⁴⁸ Alonso Zamora Vicente: *Valle-Inclán, novelista por entregas*, Madrid: Taurus, 1973.

⁸⁴⁹ Alonso Zamora Vicente: *Vida y obra de Valle-Inclán (1866-1936)*, Barcelona: Círculo de lectores, 1990.

⁸⁵⁰ Alonso Zamora Vicente: «Tras las huellas de Alejandro Sawa (Notas a *Luces de bohemia*)», en *Filología*, año XIII (1968-1969), pág. 383.

nieto en Madrid todo cuanto le quedaba o logró reunir». Entre los papeles también encontró dos cartas que Valle-Inclán dirigió a la viuda e hija del poeta sevillano en las que se preocupa por su situación económica. Además de las cartas del escritor gallego, entre esa documentación aparecieron varias cartas de Rubén Darío relacionadas con la publicación del libro *Iluminaciones en la sombra* que se publicó póstumamente y al que el poeta nicaragüense puso un prólogo⁸⁵¹. Pero no se quedan ahí los hallazgos que Zamora Vicente hizo entre los papeles del malogrado Sawa, ya que también halló un poema manuscrito de Rubén Darío titulado «Cosas del Cid»⁸⁵².

3.- SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA

3.1.- LA ELECCIÓN COMO SECRETARIO

En la década de los sesenta, España entró en una época de crecimiento económico y de cambios sociales ante los que una institución como la Real Academia no debía mantenerse al margen. Al menos eso era lo que pensaban algunos de los miembros de la Corporación. Sin embargo, otros eran partidarios de mantener las mismas estructuras de los siglos pasados y se negaban a cualquier cambio que modificara su esencia⁸⁵³.

⁸⁵¹ Alonso Zamora Vicente: «Tres cartas inéditas de Rubén Darío», en *Homenaje al Profesor Hans-Karl Schneider*, Hamburgo: Helmut Buske Verlag, 1975, págs. 637-643.

⁸⁵² Alonso Zamora Vicente: «Un manuscrito de Rubén Darío», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970)*, Madrid: Castalia, 1975, págs. 637-645.

⁸⁵³ Esta situación hizo que el director, Dámaso Alonso, se planteara dejar el cargo: «Es cierto que Dámaso está disgustado: le impacienta ver que la Academia tarda en ponerse al nivel de lo que hoy se exige de ella, con lastimosa pérdida de tiempo en cuestiones bizantinas» Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 7 de marzo de 1970. Archivo Fundación Camilo José Cela.

Insisto en las palabras que pronuncié en la cena a Fernando Lázaro: hay que luchar contra los tres males hispánicos contemporáneos que se nos han colado de rondón en la Academia: el inmovilismo, la improvisación y la frivolidad. La Academia no debe ser un panteón de hombres oficialmente ilustres sino un centro de trabajo, y ha de moverse al ritmo de los tiempos y ha de laborar con responsabilidad propiciadora del buen provecho; lo contrario es una actitud suicida y que, claro es, no suscribo⁸⁵⁴.

Se habían creado en aquellos años, con los aires políticos muy presentes⁸⁵⁵, dos grupos dentro de la Academia; uno que tenía un espíritu más progresista y estaba abierto a los cambios, en el que se podía encontrar a Cela, a Lapesa, a Laín, a Dámaso, a Aleixandre, a Marías, a Rosales y a Zamora; y otro que se negaba a que los cambios llegaran a la Casa.

¿Cuándo te viene bien que nos reunamos con Pedro, Luis Rosales y Alonso Zamora para cambiar impresiones y acordar el proceder más conveniente? Creo que sería bueno hablar también con Vicente Aleixandre, el más antiguo de los nuestros. Julián Marías no estará aquí hasta fin de mes⁸⁵⁶.

La división entre los dos grupos se agudizó cuando se propuso hacer a Américo Castro y a Claudio Sánchez Albornoz académicos honorarios.

El otro día estuve almorzando, en París, con Claudio Sánchez Albornoz, que acababa de dimitir de la jefatura del gobierno de la República; con nosotros, se sentaron Joaquín Pérez Villanueva [...] y el embajador Emilio Garrigues, representante de España en la UNESCO. Durante la conversación, don Claudio no se recató de decir

⁸⁵⁴ Carta de Camilo José Cela a Rafael Lapesa; Barcelona, 4 de julio de 1972. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁸⁵⁵ Se trataba de mantener un equilibrio entre los dos tradicionales bandos que han dividido a España durante mucho tiempo: «¿Sabes que la elección de Buero determinó una visita de Calvo-Sotelo a Dámaso para decirle que se había roto el equilibrio de fuerzas en la casa [*sic*], con ventaja para la izquierda? Los hay insaciables». Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 21 de marzo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁸⁵⁶ Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 15 de octubre de 1970. Archivo Fundación Camilo José Cela.

cuanta ilusión le haría ser designado académico. Al objeto de evitarle obligaciones cuyo cumplimiento habría de resultarle difícil (las visitas y el discurso de recepción, por ejemplo) se me ocurrió pensar que quizá la fórmula fuera la de hacerle académico honorario [...]. Y también habría que tantear con suma cautela, quizá a través de Alonso Zamora, la actitud de Américo, que, si en principio me la imagino negativa, no creo que resultara imposible de inclinar a la aceptación dado que es un honor que no le acarrearía obligación —ni menos claudicación— alguna⁸⁵⁷.

Toda esta situación de enfrentamientos, que repercutían en la vida diaria de la Academia, fue la que animó a Rafael Lapesa a renunciar, en 1971, a su cargo de secretario.

He tardado en contestarte porque estos días han sido para mí bastante duros y decisivos. El jueves 11, una vez terminada la discusión de los nuevos Estatutos proyectados, pedí a la Academia que aceptase mi dimisión de la secretaría, que sólo desempeñaré hasta que se elija mi sucesor. Ya no podía ni puedo continuar aplastado por el peso, cada vez más agobiante, de quehaceres a los que no doy abasto. Además, y eso es lo peor, he perdido por completo la ilusión —la loca ilusión— de que la Academia llegue a transformarse algún día. La inercia puede más que los intentos de renovación. Dentro de unos días recibirás el texto aprobado de los nuevos Estatutos: en apariencia se han conseguido no pocas mejoras; pero como no es prudente someter el proyecto al Ministerio cuando sabemos que el subsecretario y Pérez Embid planean mediatizar las academias, la reforma quedará aplazada «ad kalendas graecas»; y después habrá que proyectar y aprobar el nuevo reglamento, pues no se ha querido hacerlo ahora por si es inútil. En suma hasta dentro de dos o tres años, en el caso más favorable, la reforma no tendrá efectividad. Y además yo percibo que

⁸⁵⁷ Carta de Camilo José Cela a Rafael Lapesa; Palma de Mallorca, 3 de marzo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela. «Nuestro grupo no tiene arreglo posible y está esterilizado por la frivolidad de algunos y los remordimientos de conciencia de algunos otros. Ahora nos toca pagar pretéritos y frecuentes errores políticos ante los que siempre di la voz de alarma que, salvo por ti, no fue escuchada por nadie. El no haber resuelto algo tan elemental como el nombramiento de don Américo es tan vergonzoso como doloroso y sintomático. Y el argumento de que don Claudio es historiador, no es más que la máscara de los pavores de alguno». Carta de Camilo José Cela a Rafael Lapesa; Palma de Mallorca, 21 de mayo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela.

cada vez gana terreno en la casa la postura reacia a novedades. En total, si la perspectiva de dejar la secretaría dentro de unas semanas es ya una liberación, tengo la amargura de haber perdido siete años en una tentativa disparatada. Toda dimisión supone un fracaso, y el mío ha sido rotundo⁸⁵⁸.

Hasta que la junta de la Academia se reuniera y eligiera el sustituto, le tocó a Zamora Vicente ocupar el cargo de forma interina, aunque él no se sintiera preparado para hacerlo, como le decía a Cela:

Ya adivinas que no es cosa que me vaya [...] y que ando despistado y temeroso. Sin embargo, la decisión de Rafael ha sido tajante —aunque sigue haciendo las cuestiones lexicográficas. ¡Qué Dios me ayude!, que bien me hará falta. A ver si en diciembre, fecha en que la elección sería, se hubiese podido lograr que Rafael lo haya reconsiderado. Yo estoy demasiado mal educado para un sitio así⁸⁵⁹.

Sin embargo, algunos de sus colegas, por su carácter, le creían la persona adecuada para desempeñarlo en un momento como aquel:

Zamora lo está haciendo muy bien: con su manera suave, sus bromas y su ironía, es mucho más resuelto que yo. Ojalá que no se canse antes de diciembre y que Dámaso acepte la reelección⁸⁶⁰.

⁸⁵⁸ Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 21 de marzo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela. También el director, Dámaso Alonso amenazó con no presentarse a la reelección: «No es de extrañar que, con el carácter de Dámaso diga frecuentemente que quiere dejar la dirección, e incluso que sea sincero al decirlo; pero como no le falta el sentido de la responsabilidad, no llega a hacerlo». Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; Madrid, 7 de marzo de 1970. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁸⁵⁹ Carta de Alonso Zamora Vicente a Camilo José Cela; Madrid, 10 de mayo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela.

⁸⁶⁰ Carta de Rafael Lapesa a Camilo José Cela; El Escorial, 23 de mayo de 1971. Archivo Fundación Camilo José Cela.

Parece ser que no se cansó del cargo y en diciembre de 1971 fue elegido secretario de la Real Academia⁸⁶¹; además, como le decía Camilo José Cela en una carta, el cargo de secretario debía ocuparlo alguien perteneciente a su grupo.

Me apena el cese de Rafael y temo por la salud de la Corporación. Sí, hijo, sí, de rechazo o como fuere, a ti te va a tocar el mochuelo. Tú debes aceptar con buen deseo; el de Secretario es cargo que debemos tener en manos amigas⁸⁶².

3.2.- EL CARGO DE SECRETARIO

En aquellos años y así ha seguido siendo hasta la década de los noventa, el cargo de secretario de la Academia era el que asumía más responsabilidades dentro de la Casa, la cual funcionaba gracias a él.

Importa saber que, hasta entrados los años noventa, el cargo de secretario era, dentro de la Casa, el que acumulaba mayores obligaciones y más diversas responsabilidades, y el que por tanto llevaba consigo más sinsabores, pocas veces no ya agradecidos, sino reconocidos. Además no tenía límites de tiempo, era perpetuo, como la pena de cadena perpetua⁸⁶³.

⁸⁶¹ «En la sesión del día 2 de diciembre, como es reglamentario, se procedió a la elección de cargos directivos de esta Corporación. Fueron reelegidos los Excmos. Señores D. Dámaso Alonso para el de Director; D. Alfonso Valdecasas, para el de Tesorero; D. José María de Cossío, para el de Vocal adicto a la Comisión administrativa. Fue elegido para el cargo de Secretario perpetuo de la Corporación D. Alonso Zamora Vicente, quien venía desempeñándolo interinamente desde el mes de abril pasado, por renuncia de D. Rafael Lapesa», *BRAE*, t. LII (1971), pág. 542. «En la sesión correspondiente al jueves 6 de mayo fue elegido por unanimidad para el cargo de Secretario interino de la Corporación el miembro de número de la misma D. Alonso Zamora Vicente» *BRAE*, t. LI, pág. 342.

⁸⁶² Carta de Camilo José Cela a Alonso Zamora Vicente; Palma de Mallorca, el 28 de abril de 1971. Archivo Zamora Vicente.

⁸⁶³ Manuel Seco: «Homenaje a la antigüedad académica...», pág. 13.

Todas estas funciones, que Zamora Vicente tuvo que asumir, las detalla Fernando Lázaro Carreter:

En 1971, recayó en A.Z.V., la secretaría, como hemos dicho. Por razones de su cargo o por decisión de la Academia, debe intervenir además en las comisiones administrativas, de diccionarios, de gramática, de publicaciones, de premios, de textos litúrgicos, de Academias Asociadas y de la Casa de Lope de Vega. Añádase, pues a la labor continuada de Secretario, las horas y el esfuerzo que supone participar en tantas reuniones —cuyo trabajo preparatorio recae sobre él muchas veces— al que todavía ha de agregarse la gestión efectiva del Boletín [...]. ¿Más quehaceres aún? Pues sí. Piénsese en las publicaciones que realiza la Academia, y que, de un modo u otro, caen bajo su vigilancia; en las tareas administrativas; en el volumen ingente de correspondencia (consultas, sobre todo, léxicas y gramaticales) que debe despachar puntualmente; en la organización de los actos públicos o privados... La Secretaría de la Academia, si se tratase de un organismo de reciente creación, estaría dividida en varias Direcciones y Subdirecciones Generales, con hermosos despachos y no menos hermosas auxiliares. La vieja Corporación de Villena, con su más de un cuarto de milenio a cuestas, arrastra con sus tradiciones ésta de la austeridad, que exige de un hombre, su Secretario, el convertirse en motor pensante, con escaso o nulo margen para el error o la negligencia, porque, si se detuviera, todo o casi todo pararía con él⁸⁶⁴.

Cuando Alonso Zamora llega a la secretaría de la Academia, con Dámaso como director ya desde 1968, se encuentra una institución encuadrada, junto con las otras academias, en el Instituto de España. La dotación económica que recibía de los presupuestos generales del Estado era muy escasa y estaba dividida en tres apartados: el Seminario de Lexicografía, que tenía su propia independencia económica; la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, y la Academia propiamente dicha. Además, el edificio de la calle de Felipe IV necesitaba una urgente remodelación. El personal que trabajaba en la

⁸⁶⁴ Fernando Lázaro Carreter: «El secretario perpetuo...», págs. 401-402.

Casa, aparte de los propios académicos, era muy escaso y la gran mayoría de ellos (porteros, trabajadores de secretaría) provenían del Ministerio de Educación y eran funcionarios en comisión de servicios. El propio Zamora Vicente describe la situación en la que se encontró la institución cuando accedió al cargo de secretario:

Los años de la posguerra civil fueron, insistentemente, aumentando la pobreza académica. La moneda fue perdiendo valor, los costes de la impresiones crecieron extraordinariamente, el arreglo forzoso de la situación laboral de los colaboradores supuso fuertes gastos. Todo aumentó en proporciones alarmantes. Varias veces la contabilidad de la Casa arañaba los linderos de la ruina. No faltaron, y justo es reconocerlo, ayudas eficaces, pero momentáneas que no hacían otra cosa que aplazar, engrosando, el problema. Estas situaciones provocaron innumerables visitas a las autoridades académicas [...]. La Academia vivió así durante varios años, una elegante pobreza, en la que se encontraba a gusto, luchando por su independencia, temerosa de que algunas ayudas pudieran influir en su vivir. Sería inacabable la enumeración de las visitas sucesivas a las autoridades ministeriales de Educación (de quien depende administrativamente la Academia) y a otros organismos relacionados con la cultura, llevadas a cabo entre 1972 y 1989⁸⁶⁵.

Ante esta situación, el nuevo secretario lo primero que se plantea es el modo de conseguir medios económicos que agilicen los trabajos y publicaciones de la Corporación. Para ello, contando con el beneplácito del director y de la Junta de Gobierno, se contrata un gerente que será el encargado de controlar todo el tema económico y administrativo de la Casa. Con este gerente, que se llamaba Francisco Morales, Zamora Vicente visita en distintos ministerios a los secretarios o subsecretarios con los que tenía alguna relación (porque habían sido antiguos alumnos o compañeros en la universidad) para conseguir un impulso económico;

⁸⁶⁵ Alonso Zamora Vicente: *Historia de la Real...*, pág. 440.

también a empresas privadas. De esta forma, consiguió una importante cantidad en 1973.

La Confederación Nacional de Cajas de Ahorros ha tenido un generoso rasgo de mecenazgo para las tareas académicas. Ha concedido dos millones y medio de pesetas con los cuales se fomentarán las empresas editoriales y de todo tipo que la Real Academia tiene en marcha. La Corporación acordó que figurase en acta el agradecimiento a tan desprendido acto y se le diese la oportuna publicidad. Así se decidió en la sesión correspondiente del día 4 de octubre⁸⁶⁶.

Todas estas gestiones fueron dando sus frutos y se fue consiguiendo que la Academia pudiera empezar a respirar económicamente. Con las ayudas logradas se empezó a contratar de manera directa al personal de la casa. De esta forma, aparte de los que trabajaban en el Seminario, pasó a formar parte de ella un grupo de filólogos que colaboraría con los académicos en la realización del diccionario usual.

Ante la gran cantidad de trabajo que tenía que desempeñar por su nuevo cargo, Zamora Vicente decidió trasladarse a vivir a la Academia. Según los estatutos, el bibliotecario y el secretario tenían derecho a las viviendas que había en la parte superior del edificio. El último secretario en ocupar tales dependencias fue Julio Casares; no lo hizo Rafael Lapesa, quien siguió viviendo en su casa de la Ciudad Universitaria. Zamora remozó la vivienda y habilitó un gran espacio para colocar su importante biblioteca personal. Él fue el último secretario que vivió en el edificio de la calle de Felipe IV, ya que, debido al crecimiento que ha sufrido la Casa en los últimos años, aquellas dependencias han tenido que ser usadas como oficinas o lugares de trabajo de los lexicógrafos.

⁸⁶⁶ «Donativo de la Confederación Nacional de Cajas de Ahorro», *BRAE*, t. LIII, septiembre-diciembre de 1973, pág. 572.

3.3.- APROBACIÓN DE UNOS NUEVOS ESTATUTOS

Hemos visto cómo Rafael Lapesa, desde el cargo de secretario, fracasó en el intento de aprobar unos nuevos estatutos. Los que estaban vigentes en aquel momento fueron aprobados bajo el reinado de Isabel II en 1859. Desde entonces, como es fácil de imaginar, el país había sufrido grandes cambios a los que la Academia se debía acomodar si no quería aparecer como una institución anquilosada. Bajo la dirección de Dámaso Alonso y con Zamora Vicente como secretario se aprobaron los nuevos estatutos sancionados por Real Decreto de 10 de junio de 1977.

Durante muchos años, hemos trabajado codo con codo en la Real Academia Española. Los años de la dirección de Dámaso han supuesto para la Corporación un serio intento de renovación de sus estructuras, bastante rancias, hasta plasmar en unos nuevos Estatutos, ya en 1976-77. Uno de los primeros decretos de la nueva monarquía modernizó la Casa, no tanto como nos habría gustado. Pero mucho se logró⁸⁶⁷.

En ellos se recogieron algunas modificaciones que ya se habían ido aprobando con anterioridad, como el que no fuese imprescindible residir en Madrid para ser elegido académico (aprobada el 14 de marzo de 1963⁸⁶⁸) o el permitir el voto por correo en determinadas circunstancias (30 de marzo del mismo año). Otras reformas que recogen los estatutos son el incremento del número de académicos, la creación de dos vicesecretarios que ayuden al secretario en sus crecientes tareas, la obligación de la Academia de cuidar y

⁸⁶⁷ Alonso Zamora Vicente: «Dámaso, ya un...», pág. 49.

⁸⁶⁸ Ante esta medida, Dámaso Alonso le dice en una carta a Camilo José Cela: «El decreto que autoriza la residencia fuera de Madrid llevará la Academia hasta una tertulia en la que no se podrá ni jugar al tute (creo que debe haber académicos de fuera de Madrid, pero hay que asegurar un número con residencia aquí que haga posible el trabajo —cada vez mayor— y la toma de acuerdos importantes que no se debe decidir por la casualidad de quienes fueron los pocos que asistieron)». Madrid, 7 de enero de 1969. Archivo Fundación Camilo José Cela.

mantener la Casa de Lope de Vega, el límite de edad para ocupar determinados cargos y el control de la sustitución de aquellos académicos que se ausenten de forma prolongada⁸⁶⁹. Estos estatutos estuvieron vigentes hasta 1993.

3.4.- ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

En el artículo primero de los nuevos estatutos se señalaba que la Academia «mantendrá relación con las Academias Hispanoamericanas de la Lengua y la de Filipinas». Para ello, se dio un fuerte impulso a la Asociación de Academias de la Lengua Española y a los congresos que esta asociación celebraba cada cuatro años. El primero tuvo lugar en México en 1951 y a él no asistió la española por impedimento del gobierno franquista. En ese primer congreso se produjo una situación tensa ante la propuesta que el académico mejicano Martín Luis Guzmán presentó y que consistía en que las academias americanas y filipina renunciasen a su asociación con la española, como se recogía en el artículo IX del estatuto que las unía. La propuesta no salió adelante y la Academia Española mantuvo su situación de institución tutora respecto a las demás. El siguiente congreso se celebró en Madrid en 1956, y cada cuatro años se fue celebrando en diferentes países. En el de Buenos Aires de 1964 se fijó la composición definitiva de la Comisión Permanente que era el órgano encargado de gestionar las relaciones entre todas las academias y de promover los congresos. Se acordó que el presidente y el tesorero fueran españoles y que la sede estuviera en Madrid, así como que el Estado español corriera con los gastos de su funcionamiento. Esto supuso que ya no se pondría en duda la hegemonía de la Española con respecto al resto de las academias. Durante el tiempo que duró el secretariado de Zamora

⁸⁶⁹ Sobre estos estatutos, véase Alonso Zamora Vicente: *Historia de la Real...*, págs. 42-43.

Vicente se celebraron el VI congreso en Caracas en 1972, el VII en Santiago de Chile en 1976, el VIII en Lima en 1980 y el IX en San José de Costa Rica en 1989.

En los congresos, los académicos se reunían en distintas comisiones para tratar diferentes aspectos de la lengua con el fin de que los acuerdos a los que llegaran fueran después plasmados en las publicaciones de la Real Academia, especialmente en el *Diccionario usual*. Al ser secretario de la Academia Española, Alonso Zamora pasó a formar parte de la Comisión Permanente en 1972⁸⁷⁰. En el congreso celebrado en Lima en 1980, ocupó el cargo de presidente de la Comisión.

3.5.- VIGÉSIMA EDICIÓN DEL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

Como presidente de la Comisión permanente Zamora Vicente hubo de dar un discurso en los actos de clausura del congreso peruano. En el mismo, dejó claras las líneas de la edición del *Diccionario de la Real Academia Española* que por aquellos años se estaba preparando. La nueva edición, que sería la vigésima, —la anterior se había publicado en 1970—, se publicó en 1984 y en ella no se pudieron llevar a cabo muchos de los cambios que el secretario anunció en el congreso celebrado en Lima cuatro años antes. Allí, el presidente de la Comisión anunció que en la nueva edición, o en la siguiente, ya que la que estaba en preparación iba muy avanzada, se recogerían muchos más americanismos gracias a la labor realizada por los Congresos de Academias y por la Comisión Permanente.

⁸⁷⁰ «En la sesión correspondiente al día 29 de junio del año en curso, se acordó por la Corporación que el secretario perpetuo, don Alonso Zamora Vicente, pasase a formar parte de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua», *BRAE*, t. LII (1972), pág. 342. Un año después fue confirmado en el cargo: «Don Alonso Zamora Vicente, secretario de la Corporación, ha sido nombrado delegado de la Real Academia Española en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española. El Sr. Zamora Vicente venía desempeñando ese puesto desde octubre de 1972. Fue confirmado en él en la sesión correspondiente al día 28 de junio de 1973», *BRAE*, t. LIII (1973), pág. 414.

También se limpiaría de arcaísmos, palabras que apenas ya se usaban en la calle y que el Diccionario se empeñaba en mantener.

La Real Academia Española ha decidido la transformación total del *Diccionario*, y después de una nueva edición de urgencia, cuya preparación está adelantadísima, edición que, ante todo pretende corregir los errores deslizados en la última (errores debidos a una reestructuración del material notoriamente distinta de la edición anterior), la Corporación publicará un *Diccionario* que, sin olvidar la añeja tarea de acarreo, procure estar al unísono con las últimas corrientes de la lexicografía moderna, y sin perder por eso su condición normativa [...]. En la edición de urgencia a que me refería hace un instante, se añadirá el fruto de la colaboración de estos años a través de la Comisión Permanente: el número de americanismos será sencillamente abrumador. Y ya es afán que me llena de estímulos la revisión de todo lo que con un criterio excesivamente historicista hemos llamado y el *Diccionario* llama arcaísmos. Todo ello, y ya estamos en ello, será revisado y depurado en la mayor parte de los casos⁸⁷¹.

La vigésima edición del Diccionario de la Real Academia fue la primera en la que participaron lexicógrafos en su redacción. Hasta dicha edición, eran los académicos los que se reunían en distintas comisiones y hacían sus propuestas de palabras que añadir al diccionario. A finales de los años setenta, la Academia contrató a un grupo de filólogos para que colaboraran en la elaboración del *Diccionario usual*, los cuales se unían a los que ya existían en el Seminario de Lexicografía. Los cuatro filólogos se encargaban de revisar las papeletas, unas veinte mil, ya existentes y aquellas que el secretario les llevaba aprobadas por las distintas comisiones. Ellos también hacían propuestas que eran revisadas por la comisión correspondiente. El resultado fue un diccionario algo más moderno, que se quería adaptar a los profundos cambios que había vivido la sociedad española

⁸⁷¹ Alonso Zamora Vicente: «Discurso en el VIII Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Lima en 1980», en *Actas del Octavo Congreso de Academias de la Lengua*, Lima: 1981, pág. 148.

en los años precedentes, así como a la modernización que se estaba empezando a producir en el campo de la ciencia y de la técnica, tal y como recoge en su preámbulo:

Los cambios en la vida y en la sociedad, las novedades constantes en la ciencia y en la técnica, le han impuesto el estudio y la aceptación de multitud de novedades en el léxico. Siguiendo no sólo una tradición de la Academia, sino tendencias de nuestro idioma ya desde tiempos anteriores al siglo XVIII, no ha guiado a la Academia un espíritu de purismo y limitación, sino que el *Diccionario* recoge voces y usos vulgares, junto a la tradición literaria y acepta de la ciencia y de la técnica los términos que entran con tanta fuerza y autoridad en la lengua oral y escrita, incluso en su uso cotidiano⁸⁷².

3.6.- DICCIONARIO MANUAL ILUSTRADO

Un año antes de la aparición del *Diccionario usual*, en 1983, sale a los quioscos el primer fascículo de la tercera edición del *Diccionario Manual Ilustrado*. La idea de hacer una versión manual e ilustrada del diccionario de la lengua castellana surgió en 1915. La intención de la Academia era hacer una versión más económica, que fuera manejable con facilidad y hacerla más atractiva para el público en general con las ilustraciones. Según Manuel Seco, el estímulo que animó a la Corporación a decidirse a hacer el diccionario fue la aparición, en 1912, del *Pequeño Larousse Ilustrado*, adaptación española del *Petit Larousse* de Claude Augé⁸⁷³. La primera edición del *Diccionario Manual* salió en 1927 y la segunda en 1950, bajo la dirección de Julio Casares. No será hasta treinta y tres años después

⁸⁷² Real Academia Española: *Diccionario de la Real Academia Española*, vigésima edición, Madrid: 1984.

⁸⁷³ Manuel Seco: «La otra voz de la Academia Española: notas sobre el *Diccionario Manual*», en *Hispanic Linguistic Studies in Honour of F. W. Hodcroft*, Oxford: 1993, págs. 153-169. También recogido en *Estudios de lexicografía española*, Madrid: Gredos, 2003, págs. 337-350.

cuando se haga una tercera edición. Se encargó de ella Zamora Vicente que supervisó y coordinó el trabajo que realizaban su mujer, María Josefa Canellada, y dos lexicógrafos que trabajaban en la Academia, Guadalupe Galán y José María Martín Valenzuela. Debido a los problemas económicos de la Academia, esta edición se publicó en fascículos que se vendieron en los quioscos, entre 1983 y 1985. Salieron un total de 120 fascículos que se agruparon en seis volúmenes⁸⁷⁴. En un momento en el que muchas editoriales recurrían a vender sus libros en los quioscos en varios tomos, para soportar la crisis económica que atravesaba entonces el país, la Academia también recurrió a ese modelo de venta. Lo cual no fue visto con buenos ojos por algunos académicos, que veían mancillado el prestigio académico porque uno de sus diccionarios se vendiera en un quiosco como si fuese un periódico o una revista.

Bajo la dirección de Dámaso Alonso se encargó al entonces secretario, Zamora Vicente, de la revisión y actualización de la obra. Eran periodos de gran penuria económica para la Academia y, ante un trabajo de tales dimensiones, se consiguió una pequeña ayuda del Ministerio de Cultura a fin de pagar a los colaboradores y se confió en el tacto y la experiencia de la Editorial Espasa Calpe para ir editándolo poco a poco, en fascículos: era procedimiento al que numerosas editoriales recurrieron para salir al paso de problemas socioeconómicos. Nuevamente se volvieron a oír las voces del XIX que aludían al «prestigio» académico, maltratado al verse en los quioscos. Sin embargo, la realidad acabó por imponerse y los resultados fueron óptimos. La espaciada publicación ayudó a hacer la revisión con más anchura y sosiego, se verificaron y eliminaron deficiencias y falsas localizaciones. Y, no es por cierto lo menos importante, se quitaron de en medio las torpes ilustraciones a pluma que afeaban las ediciones anteriores: una riquísima información gráfica las sustituyó⁸⁷⁵.

⁸⁷⁴ Real Academia Española: *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, coordinador Alonso Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1985, tercera edición.

⁸⁷⁵ Alonso Zamora Vicente en *Historia de la Real....*, pág. 374, sobre el *Diccionario Manual*.

En 1989 se publicó la cuarta edición en un solo volumen⁸⁷⁶. En las dos ediciones hechas bajo la dirección de Zamora Vicente se observa, según Seco, «cómo pierde fuerza el viejo purismo ante una actitud más liberal, más realista y más acorde con un concepto científico de la lexicografía»⁸⁷⁷. Esta modernidad se debe a que se excluyen gran cantidad de voces anticuadas y se da entrada a muchos neologismos. También se incorporan usos nuevos, aunque muchos de ellos lleven una nota reprobativa de cómo no deben usarse, lo que le da al diccionario un carácter descriptivo frente al normativo del usual. Al igual que en las ediciones anteriores, se marcan con un asterisco aquellas palabras de origen extranjero que no son aceptables. Sin embargo, en estas ediciones se reduce mucho el número de asteriscos, bien porque las palabras ya han sido aceptadas por el *Diccionario usual*, o bien porque han caído en desuso. En cambio aumentan los corchetes que marcan los neologismos, palabras todavía no aceptadas por el diccionario común, pero de las que el Manual recoge gran cantidad, sobre todo pertenecientes al léxico de las drogas, de la delincuencia, del mundo estudiantil y de oficios diversos. Además se suprimen numerosos americanismos que estaban mal documentados, y se eliminan bastantes arcaísmos que se recogían en las ediciones anteriores. Tímidamente también se recogen ciertas recomendaciones de usos gramaticales. Como apunta Emilio Lorenzo, estas indicaciones se deben a la intervención de María Josefa Canellada quien ya participó en algunos artículos de índole gramatical incluidos en el *Diccionario* de María Moliner⁸⁷⁸.

La labor lexicográfica que Zamora Vicente realizó dentro de la Academia, se completó con los artículos que entre 1971 y 1974 publicó en la *Revista de Occidente*,

⁸⁷⁶ Real Academia Española: *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, coordinador Alonso Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1989, cuarta edición.

⁸⁷⁷ Manuel Seco: «Alonso Zamora Vicente y la Academia Española», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 255-256.

⁸⁷⁸ Emilio Lorenzo: «Zahorí y notario del lenguaje», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, t. I, Madrid: Castalia, 1988, págs. 425-433.

en los que acercaba al público la labor que la Casa estaba haciendo mediante la incorporación de nuevas palabras al diccionario. En ellos, Zamora, sin perder la intención didáctica y pedagógica, se dejaba llevar por su lado creativo y de una manera intimista y cercana trasladaba al público las nuevas palabras sobre las que los académicos debatían.

3.7.- ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA ACADEMIA

Hemos visto que el gran problema que se encontró Alonso Zamora cuando llegó a la secretaría de la Corporación fue el económico. Gracias a las relaciones que mantenía con algunos cargos de la Administración del Estado fue consiguiendo alguna ayuda, pero el problema no se resolvía. Para intentar buscar una solución definitiva, junto con el nuevo director, Pedro Laín Entralgo quien sustituyó a Dámaso Alonso en 1982 y ocupó el cargo hasta 1985, se decidió la creación de la Asociación de Amigos de la Academia.

La Asociación se creó en 1984 y en ella participaron varias empresas destacadas del mundo de la banca y de la industria, junto a numerosas personalidades del mundo intelectual, artistas, diplomáticos, catedráticos, etc., que se comprometían a colaborar económicamente con la Real Academia⁸⁷⁹. La sede de la Asociación estaba en la propia Academia y el presidente era el gobernador del Banco de España.

⁸⁷⁹ «La Asociación de Amigos de la Real Academia Española que se constituyó el pasado 20 de diciembre de 1983, ha comenzado a trabajar con verdadera ilusión, siguiendo dos trayectorias. Por una parte, ayudando económicamente a la Academia en la realización de diversos proyectos y, por otra parte, buscando socios que aporten el apoyo moral y material que necesita la Asociación para el cumplimiento de sus fines, que en definitiva es ayudar a la Academia. Para ello se están dirigiendo cartas y enviando folletos, del cual le envió una muestra, a instituciones y personalidades que pudieran estar interesados en hacerse socios y prestar así una colaboración muy estimable». Carta que enviaba la RAE a las empresas y personalidades para que pasaran a formar parte de la Asociación. Archivo Fundación Camilo José Cela.

El día 11 del mes de mayo del año en curso se celebró, en los salones de la Biblioteca Nacional de Madrid, la presentación de la recién creada Asociación de Amigos de la Academia Española. Se celebró un coloquio sobre el estado actual de la lengua en los medios de comunicación [...]. Esta Asociación, cuyos fines son colaborar y ayudar a la Academia en sus tareas, tiene en su comisión fundadora personalidades destacadas de la banca, la industria, intelectuales, etc. En una corta vida ha conseguido ya una nutrida representación de todos los niveles sociales⁸⁸⁰.

Durante los primeros años del gobierno socialista, y a la sombra de las nuevas leyes económicas que se fueron aprobando, muchas empresas encontraron en el mundo de la cultura una vía para liberar de carga impositiva parte de sus beneficios. De esta forma se crearon asociaciones de amigos de otras muchas instituciones culturales, como del Museo del Prado.

Con la ayuda recibida de la Asociación de Amigos, la Academia dio un impulso a sus publicaciones y pudo contratar a nuevos colaboradores para la redacción de los diccionarios. Se publicó una reedición en facsímil del *Vocabulario latino-español* de Nebrija, y otro de las *Farsas y églogas* de Lucas Fernández, además de varios volúmenes con las primeras ediciones cervantinas⁸⁸¹, así como anejos del *Boletín de la Real Academia*. Una de las empresas que participó desde su inicio en la Asociación fue IBM, que donó varios ordenadores, que fueron los primeros que entraron en la Casa, además de facilitar personal experto en el manejo de la nueva tecnología. También gracias a la Asociación se microfilmó el enorme fichero léxico con que contaba la Corporación y que debido a las constantes

⁸⁸⁰ BRAE, t. LXIV (1984), pág. 302.

⁸⁸¹ «La primera ayuda de esta organización ha sido la financiación de la impresión facsímil de *Comedias y entremeses de Miguel de Cervantes* (primera edición, Madrid, 1615)». *Ibidem*, pág. 302.

consultas podía verse deteriorado⁸⁸², facilitándose además la maquinaria necesaria para su lectura y su impresión.

La Real Academia Española, como todas las instituciones de larga historia, necesita realizar importantes esfuerzos para incorporarse a las nuevas tecnologías y a las diversas orientaciones que pesan sobre las metas de su trabajo. La época de transición que vivimos obliga a grandes gastos, impone colaboraciones entre los distintos medios, y, sobre todo, exige despertar la conciencia social relativa a lo que la Real Academia supone. La dirección de una lengua hablada por centenares de millones de personas, exige una dedicación y unos gastos que, sin ser enormes dentro de las realidades económicas del momento, sí desbordan la tradicional concepción de las finanzas. Conscientes de esta situación un grupo de destacadas personalidades de la vida pública española ha pensado en la creación de una Asociación de Amigos de la Real Academia Española, entidad que piensa dedicar sus esfuerzos a colaborar con las tareas de la Corporación, ayudar a la redacción de sus diccionarios, celebrar simposios y reuniones científicas sobre el idioma, su porvenir y su situación actual en el mundo, acarrear donaciones para premios, editar textos clásicos o modernos, facsimilares, etc. Toda la diversa gama de estímulos y sugerencias propias del laboreo que, por Estatutos, corresponde a la Real Academia Española⁸⁸³.

La vida de la Asociación de Amigos de la Academia se extendió hasta el año 1993, momento en el que se creó la Fundación Pro Real Academia Española que continúa la labor iniciada por su antecesora.

⁸⁸² «Asimismo se dispone [la Asociación] a ayudar a la mecanización de los ficheros académicos». *Ibíd.*, pág. 302.

⁸⁸³ Folleto informativo de la Asociación de Amigos de la Academia. Archivo Fundación Camilo José Cela.

3.8.- CASA MUSEO LOPE DE VEGA

En el artículo 17 de los estatutos aprobados en 1977 se señala que «La Academia cuidará del mantenimiento y buena marcha de la Casa-Museo de Lope de Vega, edificio puesto bajo su patronato y dirección para el recuerdo del gran poeta y dramaturgo». Y a ello dedicaría Zamora Vicente parte de su esfuerzo durante el tiempo que fue secretario de la Corporación.

En 1931, la Academia, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, creó una fundación que se encargaría de reconstruir la casa de Lope de Vega, después de los muchos avatares que había pasado a lo largo del tiempo. Para esta labor se contó con el arquitecto Modesto López Otero, el mismo que por esos años dirigía la construcción de la Ciudad Universitaria, aunque quien realmente estaba al frente de los trabajos era Pedro Muguruza. También colaboró en el proyecto Francisco Javier Sánchez Cantón, subdirector entonces del Museo del Prado, quien a través de fuentes lopescas fue el guía necesario para la reconstrucción de la casa. Para la recreación del mobiliario y de la vivienda, aportó su ayuda Julio Cavestany. En relación con los muebles, la Academia pudo recuperar bastantes de los que habían pertenecido a Lope y que las vecinas monjas trinitarias habían guardado desde que la hija del Fénix, Micaela, los dejara allí, tras la muerte de su padre. Finalizadas las obras, la casa fue inaugurada el 30 de diciembre de 1935 con un discurso del director de la Academia, Menéndez Pidal:

La Academia Española había concebido hace bastantes años el proyecto de este recobro, pero tropezábamos en distintas ocasiones con dificultades impeditivas, hasta que los testamentarios de doña Antonia García de Cabrejo, acogiendo una sugerencia nuestra, tuvieron la feliz idea de poner bajo el patronato académico la fundación de que era objeto este edificio⁸⁸⁴.

⁸⁸⁴ Ramón Menéndez Pidal: «El hogar de Lope de Vega», en *La casa de Lope de Vega*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1935, pág. 7.

Durante la guerra civil permaneció cerrada y no sufrió daño alguno ya que ninguna bomba la alcanzó. Se reabrió en 1941 y se creó, dentro de la Casa, la Escuela de Encaje como había pedido su propietaria, Antonia García de Cabrejo. También un centro de estudios lopescos que se cerró al poco tiempo. Entre 1949 y 1950, se acomodaron en la parte superior de la casa tres dormitorios, el de Lope y Micaela, el cuarto de las criadas y el de los huéspedes, en el que se alojó el Capitán Contreras, durante un tiempo invitado de Lope.

En 1972, al poco de llegar Zamora Vicente a la secretaría de la Academia, se creó una Comisión conservadora de la Casa Lope de Vega de la que él fue miembro activo. Esta comisión, debido principalmente al trabajo del secretario, se dedicó a la revisión de todo lo que contenía la Casa, e incorporó nuevos objetos y libros relacionados con la historia del autor. Durante esos años, Dámaso Alonso y Alonso Zamora realizaron diversas gestiones con distintas instituciones estatales para obtener algún tipo de financiación que ayudara a rehabilitar el edificio. Las continuas visitas de los turistas, unido al mal estado de las viguerías y a las enormes humedades exigían una nueva restauración. En 1980, la Academia encargó a Fernando Chueca Goitia la realización de las obras. Unidas a las reformas que llevó a cabo la arquitecta Emma Ojea, convirtieron la Casa de Lope de Vega, no en museo de multitudes que en vacaciones se llena de turistas más o menos despistados, sino en un delicado rincón que permite al visitante introducirse en la rica personalidad de su antiguo dueño⁸⁸⁵.

⁸⁸⁵ Sobre la Casa-Museo de Lope de Vega puede verse: Juan Manuel González Martel: *Casa Museo Lope de Vega. Guía y catálogo*, Madrid: 1993. También el capítulo que Zamora Vicente dedica al museo en su *Historia de la Real Academia Española*, págs. 535-546.

4.- HISTORIA DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

Una vez retirado del cargo de secretario, Zamora Vicente dedicó los siguientes años de su vida a escribir una historia de la Corporación. El trabajo se plasmó en un grueso libro de 660 páginas acompañadas de interesantes fotografías e ilustraciones que salió publicado en 1999, bajo el sello editorial de la propia Academia y de Espasa Calpe. No fue el suyo el primer intento de contar la historia de la RAE, aunque tal vez sí el más definitivo. Ya en el prólogo del *Diccionario de Autoridades*, el Padre Casani cuenta avatares de los primeros pasos de la institución. Posteriormente hubo otros intentos que no llegaron a culminar, tales como los de Molins, Ferrer del Río o Rafael Lapesa⁸⁸⁶, entre otros. Tal vez el estudio más serio fue el que hizo Emilio Cotarelo, también secretario de la Casa durante muchos años, pero que quedó en una visión de la figura del Marqués de Villena⁸⁸⁷.

El libro de Zamora Vicente surge en 1992 del encargo del Instituto de España de hacer un breve recorrido por la historia de la Academia que se publicaría en un volumen junto con el del resto de las academias⁸⁸⁸

En 1992, el Instituto de España decidió salir a la calle a explicar al amigo y al enemigo, qué eran las Academias, qué enigmáticos sortilegios escondían detrás de sus muros. Acordó editar un volumen colectivo, con rica información gráfica, donde varios colaboradores se ocupasen de sus Academias respectivas. A mí se me encargó la Real Academia Española: ahí nació mi primer trato interesado en el devenir

⁸⁸⁶ Rafael Lapesa: «La Real Academia Española: pasado, realidad, presente y futuro» en *BRAE*, LXVII, 1987, págs. 329-346.

⁸⁸⁷ Emilio Cotarelo Mori: «La fundación de la Real Academia Española y su primer director, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena», en *BRAE*, I, 1914, págs. 2-8 y 89-127.

⁸⁸⁸ Alonso Zamora Vicente: «Real Academia Española», en *Las reales academias del Instituto de España*, Madrid: Alianza Editorial, 1992, págs. 53-100.

histórico de la Casa, devenir que era, ante todo, una decisión vocacional, cuajada, sí, de éxitos gozosos, pero con su espinosa cenefa de días aciagos y convulsos⁸⁸⁹.

Para escribir su capítulo, el antiguo secretario de la Corporación se fue documentando y estudiando las actas de la junta, y reunió material suficiente como para que a la hora de redactarlo y de darle forma saliera un pequeño libro. Como el Instituto de España quería mostrar una visión somera de cada una de las academias y además quería acompañar los textos con abundante material gráfico, fue necesario hacer varios recortes al artículo del académico de la lengua. De modo que ese texto se convirtió en el germen de lo que sería su posterior estudio⁸⁹⁰.

El volumen se abre con unas páginas dedicadas a los años iniciales de la Corporación y a los estatutos que la han regido desde que fue creada, con unas páginas relativas a los distintos locales que ha ocupado a lo largo de su historia, desde el palacio del Marqués de Villena, hasta el edificio actual. A continuación, bajo el título «Memoria de los académicos», se inserta un estudio biográfico y bibliográfico de cada uno de los académicos, parte que ocupa más de un tercio de su contenido, y eso pese a estar impreso a doble columna y con un cuerpo más pequeño que el resto del libro. También se nos ofrece un estudio, no tan meticuloso, de aquellas grandes personalidades de la intelectualidad española que por razones políticas, funcionariales o por muerte prematura no consiguieron ser académicos de número. Posteriormente se analizan los diferentes problemas a los que tuvo que enfrentarse la Academia. Destacan los de tipo político, entre los

⁸⁸⁹ Alonso Zamora Vicente: «Presentación del libro *Historia de la Real Academia Española*», *BRAE*, mayo-agosto de 1999, t. LXXIX, pág. 188.

⁸⁹⁰ «Por mucho que se recortara, sobrevendría un tomo-suplicio, verdadero peso pesado, al que, una vez redactado, era dramático someter a una poda cruel. Manos ajenas al empeño colectivo se ocuparon de las amputaciones aquí y allá [...]. De esas imperfecciones y del presentimiento de muchos altibajos en la vida interior de la Casa, nació mi decisión de dar un paso por la historia académica.» *Ibíd.*, págs. 189-190.

que cabe resaltar los acontecimientos surgidos después de la victoria ante los franceses y que supusieron la expulsión de aquellos a los que se les tildaba de afrancesados. Algo muy semejante sucedió siglo y medio después, cuando tras la guerra civil, aquellos que se habían puesto del lado de la República también fueron apartados de la Corporación por los vencedores. Problema aparte es el relativo a las continuas voces que desde siempre se alzaron en contra de la institución. Desde su creación, la RAE fue muy discutida por aquellos que no llegaron a ocupar un sillón. Las envidias y las inquinas de tipo personal llenaron páginas de textos que criticaban duramente a la Casa. El papel desempeñado por la mujer y los problemas que tuvo para poder formar parte de la Corporación es estudiado por Zamora con el fin de desentrañar cómo se gestó el famoso documento antifeminista de 1853, y los pasos que se dieron en los años posteriores para culminar con el ingreso, en 1978, de Carmen Conde.

Las academias hermanas hispanoamericanas, también son objeto de su estudio, así como los Congresos de Academias de la Lengua que se empezaron a celebrar en el siglo pasado y que permitieron una unión de criterios lingüísticos y la creación de lazos entre los distintos países hispanoamericanos y España. Por último, ofrece una visión de las distintas publicaciones y premios que la Casa ha ido otorgando a lo largo de su historia, finalizando con un recorrido por la biblioteca y la Casa-Museo de Lope de Vega. La última parte del libro, no escrita por el autor, es una visión de la Academia en los últimos años que tiene la misión de mostrarnos como la vieja institución se ha ido incorporando al mundo de la tecnología y de la informática que triunfa en la sociedad actual.

Zamora Vicente dedicó los últimos años de su vida a este ingente proyecto. Cuando la muerte le sobrevino, en 2006, se encontraba trabajando en una segunda edición ampliada con material que ya tenía seleccionado, con el fin de subsanar posibles errores que hubieran aparecido en la primera y de ofrecer una visión

mucho más completa de esa institución a la que dedicó cincuenta años de su vida. Para él, la Academia, a diferencia de lo que piensa bastante gente, nunca se ha apartado de la sociedad y se ha sabido adaptar a los cambios que ésta ha ido sufriendo a lo largo de la historia.

La Academia está aquí, en el mundo en que nos movemos, el que nos absorbe en cuanto salimos por el portal de casa. No está en otra galaxia, ni tan siquiera en las nubes. Y, al estar aquí, tiene que participar, quiera o no, en los azares cotidianos, tiene que dejarse invadir por la volandera conflictividad: las variables políticas, las modas literarias o de cualquier otro signo, las rivalidades sociales, los cambios de la vida religiosa... Todo tiene que asomarse en el convivir académico patente o sensato⁸⁹¹.

⁸⁹¹ *Ibidem*, pág. 189.

V.- LOS CURSOS DE VERANO DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE RELACIONES CULTURALES

Los cursos de verano para alumnos extranjeros se empezaron a organizar, a finales de la década de los cincuenta, por la Dirección General de Relaciones Culturales (DGRC) que dependía del Ministerio de Asuntos Exteriores. Este organismo fue creado por una Ley de 31 de diciembre de 1945 con el fin de dar un «amplio cauce a la expansión de la cultura española en el extranjero y velar especialmente por el mantenimiento de nuestros vínculos espirituales con los pueblos hermanos de América». Para este cometido, es decir, mantener y fomentar las relaciones con los países de Hispanoamérica se fundó, por esa misma ley, y a partir del antiguo Consejo de Hispanidad, el Instituto de Cultura Hispánica.

Con el fin de hacer llegar la cultura española a todos los rincones del planeta, en un momento en el que el aislamiento internacional de España todavía era evidente, la Dirección General de Relaciones Culturales contaba con varias instituciones. Una de ellas fue la Junta de Protección de Monumentos y Bienes Culturales en el Exterior que realizó misiones arqueológicas en Egipto (gracias a las que, entre otras cosas, se consiguió traer el templo de Debod a Madrid), Jordania, Túnez, Perú, etc. Otra institución de gran importancia, sobre todo para acercar la lengua a otros países, fue la red de Institutos y Centros Culturales y Bibliotecas que se encargaba de ofrecer cursos de lengua y cultura española en el exterior, además de conciertos, exposiciones, proyecciones de cine, coloquios, etc. Muchos de estos centros, en los años noventa, pasaron a formar parte del actual Instituto Cervantes. Pero tal vez el organismo más relevante, debido a su importancia histórica, fue la Academia de Bellas Artes de España en Roma en la que fueron becados algunos de los más ilustres artistas españoles. También se publicaron obras de gran importancia para la literatura y la historia de España y

que debido a su escaso tirón comercial no publicaban editoriales privadas. Asimismo, a través de esta institución se llegó a acuerdos bilaterales de tipo cultural y científico con bastantes países que fueron eficaces para acercar la cultura española a otros lugares. España participaba gracias a la DGRC en las bienales mundiales más importantes, como la de Venecia, Sao Paulo, El Cairo, Alejandría. También se creó un sistema de becas que permitía a estudiantes españoles estudiar en el extranjero y a los de otros países venir a estudiar a España. En cuanto al intercambio de estudiantes, la participación desde 1958 de España en el programa Fulbright supuso un importante avance para que estudiantes estadounidenses vinieran a nuestro país⁸⁹². La DGRC, por último, era la encargada de valorar si los viajes de los profesores y catedráticos españoles que salían al extranjero tenían o no valor cultural.

Los cursos de verano se encuadran dentro de este proyecto de acercar la cultura y la lengua española a ciudadanos de todo el mundo. Fueron creados en 1958 y su primer director fue Ramón Borrás que ocupó el cargo durante dos años, ya que en 1960, Zamora Vicente lo sustituyó. Su misión —con aquellos cursos organizados en los duros años cuarenta en la Universidad de Santiago de Compostela que seguían la estela de los que antes de la guerra ofrecía la Junta para Ampliación de Estudios⁸⁹³ siempre en el recuerdo— además de organizar los contenidos, era la de seleccionar a los profesores que iban a ofrecer las charlas.

En un principio, los cursos consistían en conferencias aisladas, sin continuidad alguna, con excursiones esporádicas a una población cercana a

⁸⁹² Véase, Varios Autores: *La Dirección Cultural de Relaciones Culturales y Científicas (1946-1996)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, págs. 259-261.

⁸⁹³ «En lo hondo de los métodos de trabajo, renovados cada día, procuré anidar los mandatos de la antigua Junta para Ampliación de Estudios». Alonso Zamora Vicente: «La Escuela de Verano Española», en *La Dirección Cultural de Relaciones Culturales y Científicas (1946-1996)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, pág. 260.

Madrid (ya sea Segovia, Toledo, Ávila, etc.), y algún que otro concierto o recital. Según reconoce el propio Zamora Vicente⁸⁹⁴, fue hacia 1965 cuando sus contenidos tomaron una orientación definitiva. A partir de entonces, los cursos se diseñaron con una idea de continuidad y de generalidad, dirigidos hacia el conocimiento de la lengua y de la literatura. Se mantuvieron las inevitables excursiones para que los alumnos extranjeros descubrieran nuestro valioso patrimonio histórico. Si en aquellos años sesenta el número de estudiantes no era muy elevado, «los cursos tenían treinta, cuarenta alumnos como máximo», y las clases se daban en la Escuela Diplomática, con el tiempo el número creció hasta el medio millar y fue necesario buscar nuevos edificios en los que albergar a tantos estudiantes.

Zamora Vicente fue delegando poco a poco sus tareas de director en antiguos alumnos, que después fueron colegas suyos en la Universidad Complutense, como Pedro Peira⁸⁹⁵, que pasó a dirigirlos en 1990 hasta su repentina muerte en 1995, sustituyéndole en el cargo Jesús Sánchez Lobato⁸⁹⁶.

⁸⁹⁴ Alonso Zamora Vicente: «La Escuela de Verano Española», en *La Dirección Cultural de Relaciones Culturales y Científicas (1946-1996)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996, págs. 259-261.

⁸⁹⁵ «En la única tarea extrauniversitaria que he tenido y mimado, la Escuela de Verano del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fui, poco a poco, descansando en Pedro las tareas, particularmente difíciles, de la vida “oficial” del curso y sus relaciones con las diversas Direcciones Generales». Alonso Zamora Vicente. Palabras pronunciadas en ocasión del Homenaje que se le dedicó al Prof. Pedro Peira Soberón, el día 26 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología de la UCM.

⁸⁹⁶ Durante las investigaciones sobre este capítulo conocí a Melamin Gaye, un alumno senegalés de Zamora Vicente en estos cursos, y ahora profesor de español en su país, quien me cedió este poema acróstico que había compuesto al maestro:

A Don Alonso

Apenas llegábamos
La villa estrenaba
Otro día lluvioso
Nada parecido al ambiente
Siempre bochornoso
Óleo nuestro de los trópicos.

VI.- LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

En 1967 Alonso Zamora accede a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (hasta el curso 1970-71 no pasó a llamarse Universidad Complutense de Madrid) como profesor encargado de curso. Explica Dialectología hispánica. En ese momento se encuentran en la misma Facultad Dámaso Alonso, como catedrático de Filología Románica, y Rafael Lapesa que ocupa la cátedra de Historia del Español; también enseñan Entrambasaguas, Balbín, Fradejas, Sánchez Castañer, Simón Díaz, entre otros.

Al año siguiente, Dámaso se jubila de su cátedra, que era la que ocupaba Ramón Menéndez Pidal antes de la guerra, y Zamora lo sustituye en 1969. Ese año se cumplían los diez años de la excedencia que por ley le correspondían, de modo que en el caso de no haber ocupado esta cátedra, o bien habría tenido que regresar a Salamanca, o bien habría perdido su condición de catedrático. En mayo de 1969 se publicó en el BOE un decreto por el que si una cátedra se declaraba «desierta en el turno de provisión por concurso de traslado entre catedráticos ordinarios serán convocados en el mismo orden que acuerda dicha declaración a concurso de acceso a cátedra entre profesores agregados»⁸⁹⁷. Gracias este

Zorro más listo nunca vimos
 Achicaba la vista
 Más lo veía todo
 O mejor lo sentía y
 Risueño transmitía
 Ameno el saber genuino.

Verle ya fue vivir
 Inmerso en el Pueblo
 Cada cana suya
 Era trozo de vida
 Nada inventada
 Testigo de un vivir
 Eslabonado con sabiduría.

⁸⁹⁷ Decreto de 8 de mayo de 1969.

procedimiento, Zamora accedió a la cátedra de Filología Románica, ya que el concurso de traslados quedó desierto y él era el profesor agregado con mejores condiciones académicas para acceder a ella. A partir de entonces, además de enseñar Dialectología también da clases de Filología Románica. Ese mismo año, llegó a la Universidad Complutense Manuel Alvar como catedrático de Lengua Española.

En aquella Facultad de los años sesenta y setenta, tuvo como alumnos a muchos de los que hoy ocupan o han ocupado las cátedras más importantes de las facultades de filología de nuestras universidades: Pedro Peira, Jesús Sánchez Lobato, Jorge Urrutia, José Manuel Martel, Carmen Mejía y Pablo Jauralde, quien recuerda cómo eran aquellas clases:

Me encontré con él a su vuelta a España, a finales de los años sesenta. Como profesor en la Complutense: venía ilusionado, pero escéptico, cargado de ironía; no terminaba por entregarse en sus clases, como si no creyera en ellas; preguntaba con desconfianza, pero sin malicia, sobre nuestros estudios, actividades, compromisos...; y siempre terminaba por recaer en las preguntas más cordiales, que, decía, eran las más importantes («¿tienes novia?»). Fuera cual fuera el tema de conversación, lo remataba con un «Bueeeeno» de *e* arrastrada, comprensiva y algo enigmática. Ocupó la vieja y prestigiosa cátedra de Filología Románica —la que acababa de dejar Dámaso Alonso⁸⁹⁸.

Durante el tiempo que estuvo en la Facultad, ésta sufrió constantes remodelaciones con el fin de adaptarse a los nuevos tiempos y demandas de una sociedad que estaba en continuo avance en aquellos últimos años del franquismo⁸⁹⁹. Así, en 1968 se crea, en la Facultad de Filosofía y Letras de la

⁸⁹⁸ Discurso leído por Pablo Jauralde el 14 de marzo de 2007 con motivo del primer aniversario de la muerte de Zamora Vicente, en la Casa de Galicia de Madrid.

⁸⁹⁹ «Estábamos a punto de ser arrastrados por un torbellino de transformaciones, inevitables por añadidura, y sólo con sus propias armas incorporarnos a sus resultados». Alonso Zamora

Universidad de Madrid, por una orden de 30 de octubre, la Sección de Filología Hispánica, la cual se dividía en dos subsecciones: la de Lingüística Hispánica y la de Literatura Hispánica. Se mantenía, sin embargo, la Sección de Filología Románica. No será éste el único cambio que sufrirá la Facultad en poco tiempo, ya que con la llegada de la democracia, por una orden de 16 de julio de 1975, se divide en tres facultades nuevas. Una es la de Filosofía y Ciencias de la Educación que estaba integrada por las secciones de Filosofía, Psicología y de la Ciencias de la Educación. La segunda era la de Geografía e Historia, con las secciones de Geografía, Historia, Historia de América e Historia del Arte. Y por último la de Filología que cuenta con las secciones de Filología Clásica, Semítica, Bíblica y Trilingüe, Hispánica, Románica y Moderna.

Al poco tiempo de ocupar la cátedra, pasó a dirigir el departamento de Filología Románica. Rápidamente cuenta con la colaboración de uno de sus alumnos predilectos, Pedro Peira, que en 1973 era catedrático agregado, quien como secretario del departamento le sirve de gran ayuda en todo lo referido a los temas administrativos y burocráticos que tan poco le gustaban⁹⁰⁰. Zamora también fue director primero y más tarde director honorario de la *Revista de Filología Románica*, creada en la Facultad en 1983 gracias al entusiasmo de Pedro Peira y que hoy continúa publicándose. Con la ayuda de Peira, Zamora Vicente fue dando poco a poco identidad al Departamento de Filología Románica. El primer problema al que se tuvieron que enfrentar fue el de la biblioteca. Durante los años en que el Departamento de Románicas estaba unido al de Hispánicas, las

Vicente. Palabras pronunciadas en ocasión del Homenaje que se le dedicó al Prof. Pedro Peira Soberón, el día 26 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología de la UCM.

⁹⁰⁰ «Siempre me llamó la atención la facilidad de Pedro para ver, entrever (cuando no adivinar), la realidad última de las cosas disfrazadas con la faramalla de la vida administrativa [...]. El Departamento que iniciamos en un entonces ya no muy próximo, empujándole con sus hábitos en su día detonantes y que el tiempo ha convertido en norma. Pedro fue el más activo sostén de aquella muda evolución.» Alonso Zamora Vicente. Palabras pronunciadas en ocasión del Homenaje que se le dedicó al Prof. Pedro Peira Soberón, el día 26 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología de la UCM.

asignaciones económicas pasaron a éste último, por lo que la biblioteca pasó a este departamento y con ella la colección de buenas revistas europeas que poseía. Los problemas continuaron debido a la escasa asignación económica que tenían para conseguir profesores de las distintas lenguas. Sin embargo, esto no fue óbice para encontrar profesores de catalán, gallego, portugués, rumano y vasco con los que poder ofrecer a los alumnos una oferta lingüística completa de las distintas lenguas románicas.

Intenté traer un joven de Cataluña que se encargara del catalán, y no lo conseguimos, porque el dinero que la Facultad podía dar era muy poco y nos mandaron a la profesora Argilés. Y el gallego, ¿cómo lo teníamos arreglado? Tenía a alguien de cuando en cuando, porque teníamos muchísimo trato con el Departamento de Constantino y siempre venía alguien. Llegamos a invitar a Jorge Sena que estaba en California, uno de los grandes escritores portugueses de ahora. Estuvo en nuestro departamento dándonos una leccioncita. Iordan también vino, y teníamos al profesor Popovici que era rumano y muy pintoresco [...]. Luego el vasco con Pilar Muñoa, era una gran mujer. Se incorporó plenamente al Seminario y trabajaba con nosotros muy a gusto, era una señora un poco mayor y teníamos muy bien atendido el vasco⁹⁰¹.

⁹⁰¹ Alumnos de Filología Románica: «Entrevista con Zamora Vicente, catedrático de Filología Románica e académico da lingua», en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 2, 1999, pág. 208.

VII.- OBRA CREATIVA

El análisis de la obra creativa de Alonso Zamora Vicente necesitaría un estudio aparte debido al importante número de libros de cuentos y novelas que publicó. Ya se han hecho tres tesis doctorales⁹⁰² centradas en este aspecto del autor, por lo que aquí se ha considerado detenernos solamente en su vida y en su obra filológica. Además de las tesis citadas, son muchos los artículos y estudios que se han fijado en la obra creativa de nuestro protagonista y que han señalado los valores estilísticos de sus cuentos. Pese a todo, sí vamos añadir unas páginas finales a esta tesis en las que vamos a intentar aportar una nueva visión sobre el escritor Zamora Vicente.

A la hora de hacer el estudio biográfico de don Alonso, pensamos finalizarlo en los años setenta, pues es una fecha en la que todavía se puede gozar de una perspectiva histórica que épocas más recientes quizá no permitan todavía. Además, a partir de aquellos años, el filólogo y escritor, por motivos de edad, se apartó, al margen de la RAE, de las instituciones filológicas que han sido la estructura en la que se ha basado nuestra tesis. Cuando en 1971 se hace cargo de la secretaría de la Academia, su actividad filológica, en lo que a estudios y publicaciones se refiere, desciende considerablemente en su producción y, en cambio, aumentan sus cuentos y novelas. El escaso tiempo que le dejan el cargo y las clases en la universidad lo dedica a desarrollar una faceta creativa que hasta ese momento había convivido, tal vez en desigualdad de condiciones, con la

⁹⁰² Jesús Sánchez Lobato: *Estructura del cuento actual, con especial atención a la obra de AZV*, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, 1976. Valentina de Antonio Domínguez: *La obra narrativa de Zamora Vicente (la polifonía verbal y el cronotopo social)*, Universidad Autónoma de Madrid, tesis doctoral, 1988. Laabi Mohammed: *Contribución al estudio del español coloquial a partir de la obra literaria de Alonso Zamora Vicente*, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, 2002.

filológica. Los domingos, el día de descanso, los aprovecha Zamora Vicente para distraerse en el jardín de su casa de El Escorial golpeando las teclas de la vieja máquina de escribir y creando diálogos, personajes y situaciones que rozan el absurdo pero que cualquiera que preste un poco de atención podría encontrarlas a su alrededor. No quiere decir esto que sea un escritor esporádico u ocasional, un filólogo que cansado de la sobriedad del lenguaje técnico acuda como entretenimiento al mundo creativo. Se trata de un escritor consagrado, con una voluminosa obra publicada a lo largo de su vida.

Sí es cierto que estamos ante un escritor tardío; hemos visto que fue durante su estancia en Argentina, a principios de la década de los cincuenta, con cuarenta años de edad, cuando empieza a hacer sus incursiones en el mundo de la literatura. Su producción literaria se concentra principalmente en la última etapa de su vida. La mayoría de sus libros los publicó en la década de los setenta y de los ochenta, época en la que ya se encontraba más apartado de las labores filológicas que hasta entonces habían guiado su vida. Hasta aquel momento había publicado tres libros que hemos analizado en nuestro trabajo por encontrarse dentro del espacio cronológico del mismo: *Primeras hojas*, *Smith y Ramírez S.A.* y *Un balcón a la plaza*. Posteriormente vendrían *A traque barraque*, *Desorganización*, *Sin levantar cabeza*, *El mundo puede ser nuestro*, *Hablan de feria*, *Estampas de la calle*, *Historias de viva voz*, *Mentirijillas*, *Tute de difuntos*, *Cuentos con gusano dentro*, *Esos pobres diablos*.

El propio escritor siempre dijo que en su labor literaria la «gente, hombres y mujeres que, con sus defectos aparentemente ridículos, pueden probar documentalmente que han nacido pequeñitos, como decía César Vallejo», va a ser el tema central de sus cuentos. Entre esa gente encontró los héroes de cada una de sus narraciones. Alonso Zamora, agazapado como si fuera un depredador, mira, observa a la sociedad que le rodea y de ella extrae los personajes para sus

historias, porque en la sociedad con la que convive se encuentra la gente que vivió como a él le tocó vivir, la que sufrió depuraciones, menosprecios, aplazamientos, dilaciones eternas.

Cuando Zamora Vicente comienza a escribir sus primeros libros, en la narrativa española triunfaba un realismo obsoleto, que tenía en Baroja a su gran referente. En una carta que le escribe a Max Aub, critica esa forma de hacer literatura:

En España no se publica más que oscura y bombásticamente elogiada porquería. Historias triviales de vida provinciana. Nunca hemos tenido el aire provinciano que tenemos ahora ni tanta gente empeñada en serlo. Aldeanismo por todas partes, qué le vamos a hacer⁹⁰³.

Influido por las lecturas de la universidad, el monólogo interior de Proust, el léxico poético de Joyce, el *collage* de John Dos Passos en *Mahattan Transfert*, Zamora Vicente busca una nueva forma de narrar. En sus cuentos está muy presente la realidad que le tocó vivir, como él mismo nos ha dicho, pero es un realismo que no anula al escritor, es un realismo creativo. Se detenía en los ángulos más extraños de la realidad, de esta forma superaba una percepción superficial para penetrar en sus zonas más profundas, lo que le permitía descubrir un mundo en apariencia oculto, que sin embargo mostraba la cara verdadera de la sociedad. Al escritor le interesan gestos, expresiones, hechos que pasan desapercibidos para el resto de la gente, pero tras los que se esconde en muchas ocasiones la esencia del mundo que nos rodea, su hipocresía, su crueldad. La búsqueda de esa realidad extraña, o de ese extrañamiento de la realidad, acercaba sus cuentos a lo absurdo o a lo fantástico, con situaciones inverosímiles. En sus

⁹⁰³ Carta de Alonso Zamora Vicente a Max Aub; Libardón, 5 de agosto de 1958. Fundación Max Aub.

primeros libros esta aproximación es más acentuada y, como ya hemos señalado, hizo que la crítica lo situara dentro de la literatura fantástica. Sin embargo, en sus últimos libros, Zamora avanza hacia un expresionismo en el que la realidad deja hueco a la hipérbole y a la caricatura, acercándose al esperpento. La simultaneidad de planos narrativos, el *collage* de escenas, el monólogo interior, el soliloquio con interlocutor que únicamente escucha y la superposición de imágenes son elementos que también le ayudaron a distanciarse del realismo y a indagar en nuevas formas expresivas. A lo largo de toda su obra, Zamora se mantuvo fiel al monólogo interior, recurso que le permitió mostrar el mundo de apariencias y de la hipocresía por el que se desenvuelve la sociedad y jugar con las verdaderas intenciones de sus personajes.

A pesar de todo, no podemos decir que Zamora Vicente se aleje del realismo social y crítico. Los elementos aludidos de construcción narrativa los utiliza el autor para plasmar la sociedad española del siglo pasado. Las generaciones que se agolpan sin lograr entremezclarse, cada cual con sus circunstancias a cuestas, sus deseos, sus fracasos, sus prejuicios, su desencanto. Los que fueron a la guerra, los que sufrieron la anterior, los que tuvieron que vivir la dureza de la posguerra, los que ya nada quisieron saber de ella, los que se fueron acomodando a los cambios que llegaban con la transición. Todos ellos tienen su hueco en las historias creadas por Alonso Zamora; en un enorme retablo se nos presenta a cada uno de estos individuos que hablan, que gesticulan, que se quieren hacer notar para llamar la atención.

El otro elemento a resaltar en la obra literaria de Zamora Vicente, y en el que críticos más se han detenido, es la utilización de un léxico rico y variado que proviene de su faceta de lingüista. Su oído de dialectólogo, que le permitió diferenciar fonemas, fronteras de pronunciación, expresiones, etc., también lo utilizó para dar identidad a los personajes de sus cuentos con un lenguaje

peculiar, reflejo de unas circunstancias sociales y de un momento histórico determinado. Observador perspicaz de sus congéneres, anotaba giros, expresiones, silencios, interrupciones, etc., de conversaciones rutinarias que se convertían en el germen de sus cuentos.

Todo cuanto viene en estas páginas ha tenido su hueco, su exacta luz sobre esta tierra de nuestros pecados, ha henchido el viento de suspiros o de carcajadas. Todo se lo he oído a alguien. Al decirlo, ese “alguien” gesticulaba patético, reía embobado, se retorció herido de la hipérbole, elevaba los brazos al cielo, guiñaba los ojos, se deslomaba a sorbetones. Con tan rica escenografía estaba pidiendo que se le escuchara y se le creyera. ¿Yo he sabido escuchar...? No sé, pero sí sé que he compartido todas esas situaciones⁹⁰⁴.

Las historias que escribe cada domingo Zamora Vicente están llenas de gente normal y corriente que necesita hablar y ser escuchada, de habladores (como los llama Dámaso Alonso) que con sus problemas, cotidianos y comunes a todos, reflejo de una situación histórica, quieren diferenciarse de sus semejantes. El escritor presenta a hombres y mujeres que hablan con interlocutores ausentes (en muchas ocasiones ellos mismos hacen también el papel de receptor), con un dominio del habla coloquial. Son personajes que se encuentran en una situación social de igualdad y, en la mayoría de los casos, con una relación de cercanía, de conocimiento mutuo, lo que facilita un discurso familiar, espontáneo, con una temática muy flexible y en la que lo implícito está muy presente⁹⁰⁵. Zamora Vicente domina con maestría los elementos de la conversación, sabe utilizar a la

⁹⁰⁴ Alonso Zamora Vicente: *Hablan de la feria*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, pág. 6. En alguna ocasión, el observador era descubierto: «¿Te das cuenta cómo nos espía ese babieca que está aquí al ladito? Sí, mujer, pues sí que no se nota ni nada, y además le conozco yo, le he visto en la presentación de ese libro que te conté, y creo que es un tipejo que también escribe en los periódicos, un pelmazo de órdago la grande, sí, mujer, es ese, lo has tenido que leer alguna vez, yo no lo leo, escribe así, todo seguido, en algunos domingos de *Ya*, ¿no caes?» Alonso Zamora Vicente: *El mundo puede ser nuestro*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1991, pág. 45.

⁹⁰⁵ Salvador Gutiérrez Ordóñez: «Aspectos coloquiales en la narrativa de Alonso Zamora Vicente», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 87-95.

perfección los turnos de palabra, las interrupciones, las suspensiones, pero lo hace ocultando esos hilos para que parezca que sus personajes dialogan sin seguir ningún planteamiento preestablecido, de modo que los temas conforme avanzan a medida que lo hace la conversación, se pierden en digresiones, etc. Todo ello convierte a los cuentos en auténticos trabajos de campo, de investigador que apunta en su libreta una conversación rutinaria que está presenciando. En su libreta, Zamora recoge expresiones, giros, frases hechas que nos remiten a un pasado cercano, pero que hoy ya se encuentran en desuso. Por lo que sus cuentos, además de dejar constancia de una época y de sus problemas, también son un glosario de voces que hasta hace pocos años eran habituales, a las cuales los avances tecnológicos y de los medios de comunicación han ido aparcando en el trastero bajo la etiqueta de «ya está pasado de moda».

El desdoblamiento entre el filólogo y el escritor es difícil que se produzca de forma total, porque son las dos caras de la misma moneda. En Zamora Vicente las dos caras van a estar muy presentes en toda su obra, tanto en la filológica como en la creativa. Vimos como en sus inicios como escritor, cuando comenzó colaborando con el periódico argentino *La Nación*, los artículos, lentamente, fueron perdiendo su capa erudita para dar entrada a la ficción, manteniendo siempre el rescoldo del lingüista. A finales de los años sesenta empieza a escribir en el periódico madrileño *Ya*. Al igual que en Buenos Aires, sus primeros artículos versan sobre lengua o literatura y poco a poco se van convirtiendo en cuentos donde la erudición del filólogo se hará notar en todos los planos.

En páginas anteriores, hemos apuntado como su labor de crítico se caracterizaba porque la presencia del escritor aparecía en todo momento, solapando en ocasiones al crítico. Algo muy semejante sucede cuando es el escritor el que quiere destacar, sin mucha dificultad podemos descubrir al lingüista, al crítico, al erudito. El escritor y el filólogo conviven en armonía tanto

en la vertiente creativa como en la erudita; el segundo, conocedor de los defectos de la literatura de su tiempo, impone al primero una búsqueda por caminos narrativos diferentes; apartándose así del costumbrismo triunfante en la época. Además su faceta de conocedor de la lengua, no fue una merma creativa como sucede en muchos de los casos en los que las dos vertientes conviven en la misma persona, al contrario, le sirvió para desnudar su prosa y que se deslizara por los cuentos con gracia y libertad.

Mario Pedrazuela Fuentes

Alonso Zamora Vicente: vida y filología

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo Biblioteca Alonso Zamora Vicente.

Archivo del Colegio de México.

Archivo de la editorial Castalia.

Archivo de la editorial Gredos.

Archivo de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca.

Archivo Fundación Ramón Menéndez Pidal.

Archivo Fundación Max Aub.

Archivo Fundación Camilo José Cela.

Archivo de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Archivo del Instituto Internacional.

Archivo Manuel Sanchis Guarner.

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Archivo Residencia de Estudiantes.

Archivo Spanish Departament Columbia University.

Archivo de la Universidad Complutense de Madrid.

Archivo de la Universidad de Santiago de Compostela.

Mario Pedrazuela Fuentes

Alonso Zamora Vicente: vida y filología

BIBLIOGRAFÍA

Abad Nebot, Francisco: *Diccionario de lingüística de la escuela española*, Madrid: Gredos, 1986.

Abellán, Manuel L.: «Los diez primeros años de Ínsula» en *Síntesis*, 66, 1985, págs. 105-115.

Abos Ballarín, Ángela: *El País*, edición de Andalucía, 23 de marzo de 2006.

Alarcos Llorach, Emilio: «Primer recuerdo de don Alonso, dialectólogo en “mi” menor», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 345-349

Alberdi, Carlos: *Introducción a Archivo de la Palabra. Voces de la Edad de Plata*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 1998.

Alberti, Rafael: *La arboleda perdida*, vol. II, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003.

Alonso, Amado: «La filología del señor Costa Álvarez y la filología» *Síntesis* II, 23/1929, págs. 125-141.

Alonso, Amado: «Sobre el difunto Costa Álvarez», *Síntesis* III, 26/1929, págs. 175-178.

Alonso, Dámaso, Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada: «Vocales andaluzas. Contribución al estudio de la fonología peninsular», en *NRFH*, IV, 1950, págs. 209-230 y 4 láms.

Alonso, Dámaso: «Notas volanderas sobre el arte de Alonso Zamora Vicente», en *Papeles de Son Armadans*, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre, 1973, págs. 127-135.

Alonso, Dámaso: *Hijos de la ira*, Madrid: Castalia, 1988.

Alonso, María Rosa: *Pulso del tiempo*, Santa Cruz de Tenerife: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1953. Existe una segunda edición revisada de 2005.

Alonso Montero, Xesús: «Cartas de Alonso Zamora Vicente a Francisco Fernández del Riego» en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, núm. 10, págs. 153-157.

Alpert, Michael: *El ejército republicano en la guerra civil*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1989.

Alumnos de Filología Románica: «Entrevista con Zamora Vicente, catedrático de Filología Románica e académico da lingua», en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, núm. 2, 1999, págs. 201-213.

Alvar, Manuel: «Don Alonso, Don Alonso...», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, pág. 351-358.

Alvar, Manuel: *Discurso de investidura de doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988.

Anderson-Imbert, Enrique: *El cuento español*, Buenos Aires: Editorial Columba, 1959.

Anderson-Imbert, Enrique and Lawrence B. Kiddle: *Veinte cuentos españoles del siglo XX* (Edited with Introduction, Notes, an Vocabulary, by Enrique Anderson-Imbert and Lawrence B. Kiddle), New York: Appletón-Century-Crofts, Inc, 1961.

Antonio Domínguez, Valentina de: *La obra narrativa de Zamora Vicente (la polifonía verbal y el cronotopo social)*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 1988.

Antonio Domínguez, Valentina de: «Primeras hojas, la iniciación narrativa de Zamora Vicente», en *Barcarola*, núms. 26-27, febrero de 1988, págs. 181-189.

Archivos de Literatura Contemporánea. Índice Literario, Año I, núm. I, junio de 1932.

Ariza, Manuel: «Un balcón a la plaza: un cuento de transición», en *PSA*, LXX 1973, págs. 247-252.

Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962.

Aub, Max: «La gabardina», en *Letras de México*, 132, México, marzo de 1947, págs. 76-81; después lo publicó en la revista *Temas*, 31, Nueva York, mayo de 1953.

Aub, Max: *Ciertos cuentos*, México: Antigua Librería Robredo, 1955.

Aub, Max: *Las buenas intenciones*, Madrid: Alianza Editorial, 1971.

Aub, Max: *Ciertos cuentos*, Valencia: Fundación Max Aub y la Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana, 2001.

Ayala, Francisco: *Recuerdos y olvidos*, Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Bagué Quílez, Luis: «La escritura autobiográfica, en *Primeras hojas y Examen de ingreso*, de Zamora Vicente», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 327-336.

Bahamonde Magro, Ángel y Javier Cervera Gil: *Así terminó la guerra de España*, Madrid: Marcial Pons, 1999.

Beneyto, Antoni: «"Las sonatas de Valle-Inclán" de Alonso Zamora Vicente», en *Papeles de Son Armadans*, nº CXXX, enero de 1967, pág. 120.

Boch Monegal, Juan: *Libro de lecturas españolas*, Barcelona: Rauter, 1944.

Borges, Jorge Luis: «Las alarmas del doctor Américo Castro», en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: EMC, 1960.

Bravo Morata, Federico: *Historia de Madrid*, vol.. III, Madrid: Trigo Ediciones, 2001.

Caballero Bonald, José Manuel: «Prólogo» a *Alonso Zamora Vicente: Primeras hojas*; Madrid: Espasa Calpe, 1985, págs. 9-24.

Caballero Bonald, José Manuel: *La costumbre de vivir*, Madrid: Alfaguara, 2001.

Cáceres, José Antonio: «Lo fantástico y lo absurdo en *Smith y Ramírez SA*», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 225-246.

Canellada, María Josefa: «Notas de entonación extremeña», en *Revista de Filología Española*, Madrid: CSIC, 1941.

Canellada, María Josefa: *El bable de Cabranes*, Madrid: *Revista de Filología Española*, anejo XXXI, 1944.

Canellada, María Josefa y Armando de Lacerda: *Comportamientos tonales vocálicos en español y portugués*. Anejo XXXII de la *Revista de Filología Española*, Madrid. 1945.

Canellada, María Josefa, y Zamora Vicente, Alonso: «Vocales caducas en el español mexicano», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIV, núms. 3-4 1960, págs. 221-241.

Canellada, María Josefa: *Penal de Ocaña*, Madrid: Editorial Bullón, 1965; 2ª edición, con prólogo de Zamora Vicente, Madrid: Espasa-Calpe, 1985.

Cano, José Luis: «Smith y Ramírez SA de Alonso Zamora Vicente», en *Ínsula*, núm. 134, enero de 1958, pág. 8.

Cano, José Luis: «Voz de la letra de Alonso Zamora Vicente» en *Ínsula*, núm. 149, 1959, págs. 7-8.

Cano, José Luis: «Una imagen de Lope», en *Ínsula*, núm. 182, 1962, pág. 8-9.

Cano, José Luis: «El verano madrileño de los hispanistas», en *ABC*, 19 de agosto de 1966.

Cano, José Luis: «Reuniones y tertulias», en *El País*, 21 de agosto de 1985.

Cano, José Luis: «Breve historia de *Ínsula*», en *Ínsula*, núms. 499-500, junio-julio-agosto de 1988.

Capitán Díaz, Alfonso: *Historia de la educación en España. Tomo II. Pedagogía contemporánea*, Madrid: Dykinson, 1994.

Carver, Raymond: *La tragedia de España*, Madrid: Alianza Editorial, 1977.

Casares, Julio: «Ante el proyecto de un diccionario histórico», en *BRAE*, XXVIII, 1948, págs. 7-25.

Casares, Julio: «Seminario de Lexicografía. Memoria correspondiente al curso 1948-49», en *BRAE*, XXIX, 1949, págs. 517-527.

Casares, Julio: «Seminario de Lexicografía. Memoria correspondiente al curso 1952», en *BRAE*, XXXII, 1952, págs. 413-421.

Castilla del Pino, Carlos: *Preterito imperfecto*, Barcelona: Tusquets, 1997.

Castilla del Pino, Carlos: *Casa del olivo. Autobiografía (1949-2003)*, Barcelona: Tusquets, 2004.

Castillejo, José: *Guerra de ideas en España*, Madrid: Biblioteca de la Revista de Occidente, 1976.

Castro, Américo: *La enseñanza del español en España*, Madrid: Victoriano Suárez editor, 1922.

Castro, Américo: *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid: Victoriano Suárez editor, 1924.

Castro, Américo: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires: Losada, 1941.

Castro, Américo: «Cuánto le debemos a don Ramón Menéndez Pidal», en *PSA*, XXXIX, 1959, págs. 283-290.

Catalán, Diego: «El ALPI y la estructuración dialectal de los dominios lingüísticos de la Íbero-romania», en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen*, 201, 1964, págs. 307-311.

Catalán, Diego: *Lingüística Íbero-Románica. Crítica Retrospectiva*. Madrid, Gredos, 1974.

Catalán Diego: *El español. Orígenes de su diversidad*, Madrid, Paraninfo, 1989.

Catalán, Diego: «Náufragos de la cultura: el lanzamiento de la colección Austral, visto a la luz de documentos del Archivo Menéndez Pidal», en *Ínsula*, núm. 622, octubre 1998, págs. 29-33.

Catalán, Diego: «Lapesa, cerro testigo», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, IIª Época, febrero 2001, nº 40-41.

Catalán, Diego: *El archivo del romancero. Patrimonio de la humanidad. Historia documentada de un siglo de historia*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001, vol. I y II.

Catalán, Diego: «Una catedral para una lengua» en *Historia de la lengua española* por Ramón Menéndez Pidal, Vol. II, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal y Real Academia Española, 2005.

Cela, Camilo José: Prólogo a *Sin levantar cabeza*, de Alonso Zamora Vicente, Madrid: Novelas y Cuentos, 1977.

Cela, Camilo José: «Alonso Zamora Vicente, hijo de Alonso y de Asunción, natural de Madrid, etc.», en *Papeles de Son Armadans*, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre 1973, págs. 115-124.

Cela, Camilo José: *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid: Plaza y Janés, 1993.

Cela, Camilo José: «Algunas inevitables palabras», en *PSA*, núm. I, 1954, pág. 10.

Cela, Camilo José: «Pequeña fiesta», en *PSA*, XVII, núm. 50, 1960, págs. 155-158.

Cela, Camilo José: «Breves palabras de despedida» en *PSA*, t. XCII, 1979, págs. 3-5.

Cela Conde, Camilo José: *Cela mi padre*, Madrid: Temas de Hoy, 1989.

Cervera, Javier: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid: Alianza Editorial, 1998.

Cirlot, George: «A propos d'une édition récente de la Chronique d'Alphonse III», *Bulletin Hispanique*, XXI, janvier-mars 1919, págs. 1-8.

Claret Miranda, Jaume: *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1939-1945*, Barcelona: Crítica, 2006.

Cobelas, José Álvarez: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid: Siglo Veintiuno, 2004.

Condesa de Romanones y Quintanilla: «Mi amigo Antonio Rodríguez-Moñino», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968, págs. 171-175.

Consejo Superior de Investigaciones Científicas: *Memorias (1940-1941)*.

Consiglio, Carlo: Reseña a «Sobre el petrarquismo» de Alonso Zamora Vicente, en *Revista de Filología Española*, 1946, XXX, págs. 168-171.

Cortés, Santi: *Manuel Sanchis Guarner (1911-1981). Una vida per al diàleg*, València/Barecelona: Biblioteca Sanchis Guarner, 2002.

Coseriu, Eugenio: «Amado Alonso (1896-1952)», en *Lexis, Revista de lingüística y literatura* (Homenaje a Amado Alonso), Universidad Católica de Perú, vol. XX, núms. 1-2, págs. 31-41.

Cotarelo Mori, Emilio: «La fundación de la Real Academia Española y su primer director, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena», en *BRAE*, I, 1914, págs. 2-8 y 89-127.

Chías Navarro, Pilar: *La Ciudad Universitaria de Madrid. Génesis y realización*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1986.

Devoto, Daniel: «Que hasta tuvo un hijo criollo» en *PSA*, tomo LXX, Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 359-362.

Díaz Plaja, Guillermo: *Antología temática de la literatura española*, Valladolid, Imp. Castellana, 1940.

Di Tullio, Ángela: «Borges vs. Castro: una cuestión de nacionalismos e instituciones», en *Filología* XXXIV-XXXV, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», 2002-2003, págs. 21-40.

Dos Passos, John: *Rocinante vuelve al camino*, Madrid: Alfaguara, 2002.

Durán Blázquez, Manuel y Juan Miguel Sánchez Vigil: «En vanguardia de la cultura: apuntes para una historia de Austral», en *Ínsula*, núm. 622, octubre 1998, págs. 6-11.

Engel, Carlos: *Historia de las brigadas mixtas del Ejército popular de la República*, Madrid: Almena, 1999.

Entrambasaguas, Joaquín: *Pérdida de la universidad española*, Bilbao: Editorial Libertad, 1938.

Entrambasaguas, Joaquín: «Reseña a la edición de las *Poesías* de Francisco de la Torre hecha por Alonso Zamora Vicente», *Revista de Filología Española*, XXVIII, 1944.

Espinosa, Aurelio M.: *Estudios sobre el español de Nuevo México*, traducción y reelaboración con notas por Amado Alonso y Ángel Rosenblat, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1930.

Fajardo Caldera, Antonia: «Memoria de una vida. La biblioteca *Alonso Zamora Vicente*», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 29-42.

Ferrater, Gabriel y Fernando González: *Cela en Mallorca*, Palma de Mallorca: Consell Insular de Mallorca, 1989.

Filología: Buenos Aires, Instituto de Filología, núm. 1, mayo-agosto de 1949.

Folgar de la Calle, José María: «Alonso Zamora Vicente: un escritor y el cine», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, Castalia: Madrid, 1996, págs. 169-187.

Folgar de la Calle, José María: «Alonso Zamora Vicente, el cine y la literatura», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, tomo I, págs. 43-50.

Folguera, Pilar: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, Madrid: Comunidad de Madrid, 1987.

Fornells, Enrique Luis: «El centenario del nacimiento de Lope de Vega en España (1562-1635)», en *Hispania*, 46, núm. 3, 1963.

Forner, Juan Pablo: *Oración apologética por la España y su mérito literario*, edición, notas y prólogo de Alonso Zamora Vicente, Badajoz: Diputación Provincial, Biblioteca del Centro de Estudios Extremeños, 1945.

Francia, Ignacio: «Antes de Salamanca, en Salamanca, después de Salamanca. Crónica de las Conversaciones», en *El cine español, desde Salamanca (1955/1995)*, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1995, págs 59-84.

Fuentes Labrador, Antonio, María de los Ángeles Sampedro, Florencia Corrión y María Jesús Velasco: «Apoyo institucional en un centro de poder: la Universidad de Salamanca durante la guerra civil. Un modelo de comportamiento» en *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991, págs. 257-282

Fusi Aizpurúa, Juan Pablo: «Educación y cultura» en *Historia de España Menéndez Pidal. La época de Franco (1939-1975). Sociedad, vida y cultura*, tomo XLI, Madrid: Espasa Calpe, 2001, págs. 425-490.

García Berrio, Antonio: «Zamora Vicente en la crítica de la modernidad española» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 51-60.

García de la Concha, Víctor: «Prólogo» a *Examen de ingreso. Madrid años veinte* de Alonso Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1991, págs. 9-26.

García de Diego, Vicente: *Manual de dialectología español*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1946.

García Escudero, José María: *Cine español*, Madrid: Rialp, 1962.

García Pavón, Francisco: *Los nacionales*, Destino: Barcelona, 1995.

García Serrano, Rafael: *Historia de una esquina*, Madrid: Editorial Nacional, 1961.

Garzaro, R.: *Colegio Mayor*, Salamanca: 1969.

Gibson, Ian: *Cela, el hombre que quiso ganar*, Madrid: Aguilar, 2003.

Gil Esteve, Manuel: «Por qué Alonso Zamora Vicente», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 61-66.

Gil Vicente: *Comedia del viudo* (Edic., prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente), Lisboa: Instituto de Alta Cultura, 1962, Col. Publicações do Centro de Estudos Filológicos.

Gil Vicente: *Obra teatral y poética* (Selección de Alonso Zamora Vicente), México, 1963. Colección literaria Servet.

Gimeno Menéndez, Francisco: *Dialectología y sociolingüística españolas*, Alicante: Universidad de Alicante, 1990.

Gimeno Menéndez, Francisco: «Historia de la dialectología y sociolingüística españolas», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 61-84.

Goloboff, Mario: *Julio Cortázar, la biografía*, Buenos Aires: Seix Barral, 1998.

Gómez Alonso, Juan Carlos: *La estilística de Amado Alonso como una teoría del lenguaje literario*, Murcia: Universidad de Murcia, 2002.

González Martel, Juan Manuel: *Casa Museo Lope de Vega. Guía y catálogo*, Madrid: 1993.

González Palencia, Ángel: «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza» en *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián: Editorial Española SA, 1940, págs. 273-276.

González Palencia, Ángel: «El Centro de Estudios Históricos» en *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián: Editorial Española SA, 1940, págs. 191-196.

Gracia, Jordi: *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1996.

Gracia, Jordi: *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona: Anagrama, 2004.

Gracia, Jordi y Miguel Ángel Ruiz Carnicer: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid: Síntesis, 2004.

Gracia, Jordi: «Proceso evolutivo o “crisis de conversiones”: los años cincuenta y el viejo falangismo», en *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid: Taurus: 2006.

Gutiérrez Ordóñez, Salvador: «Aspectos coloquiales en la narrativa de Alonso Zamora Vicente», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 87-95.

Gutiérrez Solana, José: *Madrid callejero*, ed. de Teodoro Saturnino Sanchís, Madrid: Castalia, 1995.

Hayes, Carlton: *Misión de guerra en España*, Madrid: Ediciones y Publicaciones Españolas SA, 1956.

Heap, David: «Segunda noticia histórica del ALPI (a los cuarenta años de la publicación de su primer tomo)» en la *Revista de Filología Española*, LXXXII, 2002, págs. 5-19.

Hernández de Castro, Jerónimo: «Protocolo y ceremonia en la Universidad de Salamanca», en *Miscelánea Alfonso XI. 2003*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2004, págs. 184-185.

Hernández Sondoica, Elena: «La Universidad Central» en *Pasado, presente y futuro de la universidad española*, Madrid: Fundación Juan March, 1985.

Herrera Oria, Enrique: «Universidades en la España imperial y en la nueva España», en *Razón y Fe*, núm. de mayo y junio de 1939.

Ilie, Paul: *La novelística de Camilo José Cela*, Madrid: Gredos, 1963.

Jackson, Gabriel: *La República española y la guerra civil*, Barcelona: Grijalbo, 1979.

Jauralde Pou, Pablo: «Discurso con motivo del primer aniversario de la muerte de Alonso Zamora Vicente», en la Casa de Galicia de Madrid el 14 de marzo de 2007.

Jiménez Fraud, Alberto: *Historia de la Universidad española*, Madrid: Alianza Editorial, 1971.

Juliá, Santos: *Historia de las dos Españas*, Madrid: Taurus, 2004.

Junta para la Ampliación de Estudios Científicos: *Memorias (1910-1936)*.

Krüger, Fritz: «El léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón de Alonso Zamora Vicente» en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. XI, 1957, págs. 205-211.

Laín Entralgo, Pedro: *Descargo de conciencia*, Barcelona: Barral Editores, 1979.

Lago Carballo, Antonio: *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Crónica de treinta años (1938-1968)*, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1999.

Lago Carballo, Antonio: *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Crónica de dos rectorados (1969-1979)*, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2000.

Lapesa, Rafael: *Historia de la lengua española*, Madrid: Ecliser S. L., 1942

Lapesa, Rafael: «Contestación al discurso de ingreso en la Real Academia Española de Alonso Zamora Vicente», Madrid: Real Academia Española, 1967.

Lapesa, Rafael: «La Universidad», en Varios Autores: *La Universidad*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1969, págs. 33-38.

Lapesa, Rafael: «Samuel Gili Gaya (1892-1976)» *BRAE*, LVI, 1976, págs. 195-202.

Lapesa, Rafael: «Semblanza de Américo Castro» en *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Madrid: Gredos, 1977, págs. 353-361.

Lapesa Rafael: *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Madrid: Gredos, 1977.

Lapesa, Rafael: «Menéndez Pidal, creador de escuela: El Centro de Estudios Históricos», en *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979.

Lapesa, Rafael: «Recuerdo y lección del “plan Morente”» en *Revista de Occidente*, 60, 1986, págs. 78-88.

Lapesa, Rafael: «La Real Academia Española: pasado, realidad, presente y futuro» en *BRAE*, LXVII, 1987, págs. 329-346.

Lapesa, Rafael: «Recuerdos de mi amistad con Dámaso Alonso» en *Dámaso Alonso. In memoriam*, Madrid: Universidad Complutense, 1991, págs. 17-29.

Lapesa, Rafael: «Recuerdo y legado de Amado Alonso» en *Lexis*, Lima: Pontificia Universidad Católica de Perú, vol. XX, nº 1-2, 1996, págs. 11-30.

Lapesa, Rafael: *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1998.

Laporta F., A Ruiz Miguel, V. Zapatero y J. Solana: «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios» *Arbor*, n. 493, enero 1987, págs 9-97.

Lázaro Carreter, Fernando: «El secretario perpetuo de la Academia», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, pág. 399-406.

Ledesma, Ramiro: «La conquista del Estado» en *Doctrina e historia de la Revolución Nacional Española*, Barcelona: Editorial Nacional, 1939.

Lida, Clara E.: *La Casa de España en México*, México: El Colegio de México, 1988.

Lida, Clara E. y Matesanz, José A.: *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*, México: El Colegio de México, 1990.

Lida, Clara E.; Matesanz, José Antonio y Vázquez, Josefina Zoraida: *La Casa de España y El Colegio de México. Memoria, 1938-2000*, México: El Colegio de México, 2000.

Lida, María Rosa: «El Poema de Fernán González de Alonso Zamora Vicente» en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1949, t. III, págs. 182-185.

Lizcano, Pablo: *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona: Grijalbo, 1981.

López Sánchez, José María: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos*, Madrid: Marcial Pons, CSIC, 2006.

Lorenzo, Emilo: «Zahorí y notario del lenguaje», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, t. I, Madrid: Castalia, 1988, págs. 425-433.

Lorenzo, Emilio: «Dámaso Alonso (valiente, íntegro, generoso, esencialmente bueno)», en *Dámaso Alonso. In memoriam*, Madrid: Universidad Complutense, 1991, págs. 29-36.

Lozano Marco, Miguel Ángel: «Alonso Zamora Vicente en “La Novela Popular”. *Un balcón a la plaza*», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, t. I, 2003, págs. 109-118.

Mainer, José-Carlos: *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona: Crítica, 2003.

Mainer, José Carlos: «Tácticas de seducción: las misceláneas de ensayos breves de Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. I, págs. 119-129.

Mainer, José-Carlos: «La literatura y la crítica literaria» en *La Universidad Internacional Menéndez Pelayo en la historia intelectual del s. XX*, Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2003.

Mancebo, M^a Fernanda: «Una universidad en guerra. La Federación Universitaria Escolar. Valencia, 1936-1939» en *La II República. Una experiencia frustrada*. Actas del congreso de Valencia Capital de la República (abril 1936), Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1987.

Marías, Javier: *Tu rostro mañana. Fiebre y lanza*. Madrid: Alfaguara, 2002.

Marías Julián y Germán Bleiberg: *Diccionario de literatura española*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1949, pág. XI. Hay una segunda edición aumentada de 1953.

Marías, Julián: *Una vida presente. Memorias 1*, Madrid: Alianza Editorial, 1988.

Martín Gaité, Carmen: «Brindis por Alonso Zamora Vicente» en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 411-413.

Martín Patino, Basilio: «Volver a Salamanca» en *Visiones salmantinas (1898/1998)*, Conrad Kent y María Dolores de la Calle (editores), Salamanca: Universidad de Salamanca y Ohio Wesleyan University, 1998.

Martín Patino, Basilio: «Carta a Juan Antonio Pérez Millán sobre aquello de Salamanca y otras reflexiones subyacentes», *El cine español, desde Salamanca (1955/1995)*, Salamanca: Junta de Castilla y León, 1995, págs. 55-58.

Martínez Neira, Manuel, José María Puyol Montero, Carolina Rodríguez López: *La Universidad española 1889-1939. Repertorio y legislación*, Madrid: Universidad Carlos III de Madrid, Editorial Dykinson, 2004.

Martos, Francisco: «Alonso Zamora Vicente y la dialectología andaluza» en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, pág. 141-146.

Mayordomo Alejandro: «La educación como “cruzada”. El modelo educativo en la España del Nacional-Catolicismo», en *Historia de la educación en España V. Nacional-Catolicismo y Educación en la España de la posguerra*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencias, 1990.

Memoria de la Universidad Literaria de Salamanca, 1946-1947.

Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, tomo III.

Menéndez Pidal, Ramón: «Reseña a la edición del Poema de Fernán González hecha por Marden», *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen*, t. CXIV, 1905, págs. 243-256.

Menéndez Pidal, Ramón: «El hogar de Lope de Vega», en *La casa de Lope de Vega*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1935.

Menéndez Pidal, Ramón: *Estudios literarios*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1938.

Menéndez Pidal, Ramón: «Introducción», en *Diccionario VOX General Ilustrado de la Lengua Española*, Madrid: Biblograf, 1945.

Mesa, Roberto: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid: Universidad Complutense, 1982;

Ministerio de Educación y Ciencia: *Historia de la Educación en España, vol. 4 La educación durante la Segunda República*, estudio preliminar y preparación de los textos por Antonio Molero Pintado, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1991.

Mohammed, Laabi: *Contribución al estudio del español coloquial a partir de la obra literaria de Alonso Zamora Vicente*, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, 2002.

Montés-Bradley, Eduardo: *Cortázar sin barba*, Barcelona: Debate, 2005

Montoliu Camps, Pedro: *Madrid en la Guerra Civil*. Volumen I y II, Madrid: Sílex, 1999.

Montoliu Camps, Pedro: *Enciclopedia de Madrid*, Barcelona: Planeta, 2002.

Montoro Romero, Ricardo: *La universidad en la España de Franco (1939-1970). Un análisis sociológico*, Madrid: CISC, 1981.

Morán, Gregorio: *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona: Tusquets, 1998.

Morelo Pintado, Antonio: *La reforma educativa de la Segunda República. Primer bienio*, Madrid: Santillana, 1970.

Moreno Villa, José: *Vida en claro*, México D.F.: El Colegio de México, 1944.

Moreno Villa, José: *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*, México: Colegio de México, 1951.

Morodo, Raúl: *Atando Cabos. Memorias de un conspirador moderado (I)*, Madrid: Taurus, 2001.

Murría, Alicia: *La filología, hablando con Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Acento, 1993.

Navarro Tomás, Tomás: *Manual de pronunciación española*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1918.

Navarro Tomás, Tomás: *Archivo de la palabra*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1932.

Navarro Tomás, Tomás: «A message To American Teachers of Spanish», Published by Spanish Information Bureau. 110 East, 42nd Street, New York: 1937.

Navarro Tomás, Tomás: «Desdoblamiento de fonemas vocálicos» en *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, Nueva York, 1939, núm. 1, págs. 165-167.

Navarro Tomás, Tomás: «Dédoublment de phonèmes dans le dialecte andalou» en *Études Phonologiques Dédiées a la Mémoire de M. le Prince N. S. Trubetzkoy*, vol. 16, núm. 3, 1940,

Navarro Tomás, Tomás: «Reseña a *Dialectología española* de Alonso Zamora Vicente», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1960, t. XIV, núms. 3-4. 341-342.

Navarro Tomás, Tomás: «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos» en *Anuario de las Letras*, Homenaje a Ramón Menéndez Pidal, Universidad Nacional Autónoma de México: 1968-1969, vol. VIII.

Navarro Tomás, Tomás: *Capítulos de geografía lingüística de la Península Ibérica*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1975.

Nicolás Marín, M^a Encarna: «La universidad en los años cuarenta: por una cultura unitaria y tradicional» en *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1991, págs. 341-370.

Notes and News, I.I.G.S., Number 37, November, 1951. Archivo del Instituto Internacional.

Orta, José Miguel: «Significación de una aventura celiana: *Los Papeles de Son Armadans* entre 1956 y 1966», en *Hispania XX*, Université de Bourgogne, 1991, págs. 175-215.

Ortega Spottorno, José: *Los Ortega*, Madrid: Taurus, 2002.

Otero, Blas de: «Así es la vida», en *Mensajes de poesía*, 11, 1952.

Otero Carvajal, Luis Enrique (dir.): «La destrucción de la España de la ciencia en España», en *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2006.

Otero Urtaza, Eugenio: *Las misiones pedagógicas: una experiencia de educación popular*, La Coruña: Do Castro, 1982.

Paiva Boléo, Manuel de: *Os estudos de linguística românica. Na Europa e na América. Desde 1939 a 1948*, Coimbra: *Revista Portuguesa de Filologia*, 1951.

Pallares, Berta: «Oír... escuchar... meditar», en *PSA*, núm. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre de 1973, págs. 379-380.

Pallares, Berta: «Don Alonso Zamora Vicente y la edición de textos clásicos», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 143-164.

París, Carlos: *La universidad española actual. Posibilidades y frustraciones*, Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974, pág. 60.

Patronato de las Misiones Pedagógicas: *Memorias 1931-1933*, Madrid: 1934.

Parra Garrigues, Pilar: *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1956.

Pasamar Alzuria, Gonzalo: «Oligarquías y clientelas en el mundo de la investigación científica: el Consejo Superior en la Universidad de la posguerra» en *La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)* editores Juan José Carreras Ares y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 1991.

Pasamar Alzuria, Gonzalo: *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1991.

Pedrazuela Fuentes, Mario: «Amado Alonso y Alonso Zamora al frente del Instituto de Filología de Buenos Aires», en *Filología XXXIV-XXXV*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», 2002-2003, págs. 199-215.

Pedrazuela Fuentes, Mario: «Nuevos documentos para la historia del ALPI» en *Revista de Filología Española*, LXXXV, 2005, págs. 271-293.

Pedrazuela Fuentes, Mario: «Carta de Pedro Salinas a Amado Alonso», *Revista de Erudición y Crítica*, núm. 1, Madrid, octubre de 2006, pág. 123-124.

Pedrazuela Fuentes, Mario: «Compostela, cerca» en *Madrygal, Revista de Estudios Gallegos*, Universidad Complutense de Madrid, 2007, núm. 10, págs. 107-115.

Pedrosa, José Manuel: *La autoestopista fantasma y otras leyendas*, Madrid: Páginas de Espuma, 2004.

Pemán, José María: *Mis almuerzos con gente importante*, Barcelona: Dopesa, 1975.

Peña, Antoliano: «Veinticinco años de luchas estudiantiles» en *Horizonte español* 1966, París: Ruedo Ibérico, 1966, t. II, pág. 179 y ss.

Peñalver Castillo, Manuel: *La escuela de Menéndez Pidal y la historiografía lingüística. Aproximaciones a su estudio*, Almería: Universidad de Almería, 1995.

Pérez Delgado, Tomás: «Control e intervencionismo, 1936-1970» en *Historia de la Universidad de Salamanca. Tomo I. Trayectoria y vinculaciones*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002, págs. 313-332.

Pérez Millán, Juan Antonio: «Las Conversaciones de Salamanca (1955), un hito en la historia del cine español», en *Salamanca en el siglo XX*, coord. Conrad Kent, Salamanca: Ohio Wesleyan University / Librería Cervantes, 1997, págs. 169-184.

Pérez Pascual, José Ignacio: *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Junta de Castilla y León, Conserjería de Educación y Cultura, 1998.

Pérez Pascual, José Ignacio: «Notas sobre el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*», en *Lengua y discurso. Estudios dedicados al profesor Vidal Lamíquez*, Madrid, Arco Libros, 1999.

Pérez Villanueva, Joaquín: *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, Madrid: Espasa-Calpe, 1991.

Perfecto García, Miguel Ángel: «Los poderes en la Universidad (1923-1979) en *Historia de la Universidad de Salamanca. Tomo II. Estructura y flujos*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002, págs. 244-283.

Permartín, José: *¿Qué es «lo nuevo»?... Consideraciones sobre el momento español presente*, Santander: Cultura española, 1938, 3ª edición, Madrid: Espasa Calpe, 1940.

Plans, Juan José: *Alejandro Casona. Juego biográfico dividido en una raíz y tres árboles*, Oviedo: Gráficas Summa.

Platas Tasende, Ana María: «Conversación con Alonso Zamora Vicente», en *Revista Galega do Ensino*, núm. 17, 1997.

Pop, Sever: *La dialectologie. Aperçu historique et méthodes d'enquêtes linguistique*, Louvain: Publications Univesitaires de Louvain, 1950.

Portolés, José: *Medio siglo de filología española (1892-1952): positivismo e idealismo*, Madrid: Cátedra, 1986.

Postigo Aldeamil, María Josefa: «Alonso Zamora Vicente y los temas portugueses» en *Con Alonso Zamora Vicente*, t. I, Alicante; Universidad de Alicante, 2003, págs. 165-177.

Prjevalinsky, Olga: *El sistema estético de Camilo José Cela. Expresividad y estructura*, Valencia: Castalia, 1960.

Puelles Benítez, Manuel de: *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid: Tecnos, 1999 (4ª edición).

Quilis, Antonio: «La obra fonética de Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 187-204.

Rafaneau-Boj, Merie-Claude: *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Barcelona: Omega, 1995.

Raimundo Fernández, Ángel (compilador): *Índices de la revista «Papeles de Son Armadans»*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra, 1986.

Raimundo Fernández, Ángel: «Papeles de Son Armadans», en *Ínsula*, núms. 518-519, febrero-marzo de 1990, pág. 22.

Ramos Ruiz, María Isabel: *La Universidad de Salamanca durante el rectorado de Antonio Tovar Llorente (1951-1956)*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2006.

Real Academia Española: *Diccionario histórico de la lengua española. Muestra que los redactores someten al examen de la Corporación*, Madrid: 1951.

Real Academia Española: *Diccionario de la Real Academia Española*, vigésima edición, Madrid: 1984.

Real Academia Española: *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, coordinador Alonso Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1985, tercera edición.

Real Academia Española: *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, coordinador Alonso Zamora Vicente, Madrid: Espasa Calpe, 1989, cuarta edición.

Revista de la Universidad de Madrid, t. I, fasc. I, 1940-1941.

Ridruejo, Dionisio: *Casi unas memorias*, Barcelona: Planeta, 1976.

Rivers, Elias R: «Rodríguez-Moñino y el hispanismo norteamericano», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968, pág. 196-197.

Rodrigo, Javier: *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid: Siete Mares, 2003.

Rodríguez-Castellano, L. y Adela Palacio: «El habla de Caba», en *RDTP*, IV, 1948.

Rodríguez López, Carolina: *La Universidad de Madrid en el primer franquismo. Ruptura y continuidad (1939-1951)*, Madrid: Universidad Carlos III de Madrid Editorial Dykinson, 2004.

Rodríguez-Moñino Soriano, Rafael: *La vida y obra del bibliófilo y bibliógrafo extremeño don Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid: Ediciones Beturia, 2000.

Rogerio Sánchez, José: *Antología de textos castellanos, siglos XIII a XX*, Madrid: García Enciso, 1942.

Rojas, Ricardo: *Discurso de inauguración del Instituto de Filología*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1923.

Romero Tobar, Leonardo: «Introducción: la obra literaria de Alonso Zamora Vicente», introducción a Alonso Zamora Vicente, *Suplemento literario*, Madrid: Espasa Calpe, 1984.

Romero Tobar, Leonardo: «Alonso Zamora Vicente y la tradición popular», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, t. I, págs. 215-222.

Ruiz-Giménez, Joaquín: «7 respuestas sobre la universidad», en *Cuadernos para el Diálogo*, t. IV, extr. V, mayo de 1967, págs. 94-95.

Ruiz-Giménez, Joaquín: «Entrevista a Joaquín Ruiz-Giménez», en *El País*, 11 de diciembre de 1977.

Ruiz-Giménez, Joaquín: *El camino para la democracia. Escritos en «Cuadernos para el Diálogo» (1963-1976)*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1985.

Sáinz Rodríguez, Pedro: *La Escuela y el nuevo Estado*, Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1938.

Salazar, Flor: «Procedimientos expresivos y teoría de la literatura fantástica: *Smith y Ramírez, S.A.* de Alonso Zamora Vicente» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, Madrid: Universidad Complutense, editorial Castalia, 1996, págs. 227-241.

Sánchez Lobato, Jesús: *Estructura del cuento actual, con especial atención a la obra de AZV*, Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral, 1976.

Sánchez Lobato, Jesús: *Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Ministerio de Cultura (Colección Escribir Hoy), 1982.

Sánchez Lobato, Jesús: «Asedio a Primeras hojas de *Alonso Zamora Vicente*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 432, junio de 1986, págs. 179-189.

Sánchez Lobato, Jesús: «En torno a *Smith y Ramírez, S.A.*, de Alonso Zamora Vicente» en *Lucanor*, núm 3, Pamplona, mayo de 1989, págs. 55-70.

Sánchez Lobato, Jesús: Selección, introducción y notas a Alonso Zamora Vicente, *Narraciones*, Madrid: Castalia, 1998.

Sánchez Lobato, Jesús: «La lengua en Alonso Zamora Vicente», en *Al trasluz de un mago del idioma*, Madrid: Universidad Antonio de Nebrija, 2002, págs. 81-90.

Sánchez Lobato, Jesús: «Semblanza de Alonso Zamora Vicente», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 231-238.

Sánchez Ron, José Manuel: «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después» en *1907-1987 La Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989.

Sánchez Ron, José Manuel: *Miguel Catalán. Su obra y su mundo*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal y CSIC, 1994.

Sánchez Ron, José Manuel: «Aproximación a la historia de la ciencia española contemporánea» en *CSIC medio siglo de investigación*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996.

Sanz Villanueva, Santos: «La generación de Alonso Zamora y su lugar en la literatura», en *Al trasluz de un mago del idioma*, Madrid: Universidad Antonio de Nebrija, 2002, págs. 95-100.

Sanz Villanueva, Santos: «El narrador Zamora Vicente en la narrativa de la postguerra», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 239-250.

Sanz Larrey, Gonzalo: «Recorrido por Madrid y el cine», en *De Madrid al cine. Una pantalla capital*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2003.

Seco, Manuel: «Lapesa, la lección diaria», en *Homenaje a Rafael Lapesa*, BRAE, LXVIII, 1988, págs. 29-33.

Seco, Manuel: «La otra voz de la Academia Española: notas sobre el *Diccionario Manual*», en *Hispanic Linguistic Studies in Honour of F.W. Hodcroft*, Oxford: 1993, págs. 153-169. También recogido en *Estudios de lexicografía española*, Madrid: Gredos, 2003, págs. 337-350.

Seco, Manuel: «El *Diccionario histórico de la lengua española*», en *International Journal of Lexicography*, VIII, 3 1995, págs. 203-219. También en *Estudios de lexicografía*, Madrid: Gredos, 2003, págs. 163-182.

Seco, Manuel: *Estudios de lexicografía*, Madrid: Gredos, 2003.

Seco, Manuel: «Alonso Zamora Vicente y la Academia Española», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003.

Seco, Manuel: «Homenaje a la antigüedad académica. Celebrado el 15 de diciembre de 2005 en honor del Excmo. Sr. D. Alonso Zamora Vicente», Madrid: Instituto de España, 2005.

Schwarzstein, Dora: *Entre Perón y Franco. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona: Crítica, 2001.

Sena, Enrique de: «Guerra, censura y urbanismo: recuerdos de un periodista» en *Historia de Salamanca, siglo veinte*, tomo V, coordinado por Ricardo Robledo, Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2001.

Sobejano, Gonzalo: «*Lope de Vega* de Alonso Zamora Vicente» en *PSA*, LXXXIX (1962), págs. 86-89.

Sobejano, Gonzalo: «*Camilo José Cela (acercamiento a un escritor)* de Alonso Zamora Vicente», en *PSA*, núm. LXXXII, 1963, págs. 98-103.

Soldevila Duarte, Ignacio: «Varios cuentos distintos y una sola historia ¿verdadera?», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 377-382.

Solís, Ramón: «La tertulia de Rodríguez-Moñino en el Lyón», en *Antonio Rodríguez-Moñino. Estudios sobre su labor científica*, Badajoz: Institución de Servicios Culturales, 1968.

Suñer, Enrique: *Los intelectuales y la Tragedia española*, San Sebastián; Editorial Española, 1938, pág. 1938.

Tamayo Pozueta, Fermín J.: «El Madrid de Primeras hojas de Alonso Zamora Vicente», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. V, 1996, págs. 225-265.

Tamayo Pozueta, Fermín J.: «El espacio del recuerdo en la narrativa de Zamora Vicente», en *Revista de Filología Románica*, Anejo III, Madrid: Universidad Complutense, 2002, págs. 153-172.

Tenorio, H. A.: «Entrevista con Alonso Zamora Vicente», en *Suplemento del Caribe*, Barranquilla, Colombia, 13 de agosto de 1978.

Thomas, Huhg: *La guerra civil española*, París: Ruedo Ibérico, 1967.

Tierno Galván, Enrique: *Cabos sueltos*, Barcelona: Bruguera, 1982.

Tirso de Molina: Comedias II: *El amor médico y Averígüalo Vargas*, edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, Madrid; Espasa Calpe, 1948.

Tirso de Molina: *Por el sótano y el torno* (Edic., prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada), Buenos Aires: Instituto de Filología, 1949.

Tirso de Molina: *Don Gil de las calzas verdes*, edición de Alonso Zamora Vicente, Madrid: Ed. Castalia y Comunidad de Madrid, 1995.

Tormo, Elías: *Las iglesias del antiguo Madrid*, Madrid: A. Marzo, 1927.

Torga, Miguel: *Bichos* (traducción de María Josefa Canellada). Madrid: *Ínsula*, 139, 1946.

Tovar, Antonio: «Sobre la escuela de Menéndez Pidal» *La Torre*, San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico LXX-LXXI (Oct.-Dic. 1970 - Ene. Mar. 1971).

Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona: Planeta, 1994.

Universidad de Santiago de Compostela, Secretaría General: *Memoria del curso, 1948-49*, Santiago: Imprenta del Seminario Conciliar, 1949.

Valenzuela Martín, José María: «El habla de Mérida y sus cercanías de Alonso Zamora, y la dialectología extremeña» en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. II, Madrid: Castalia, 1989, págs. 207-214.

Valls, Fernando: *La enseñanza de la literatura en el franquismo*, Barcelona: Antoni Boch editor, 1982.

Varela, Javier: *La novela de España*, Taurus, Madrid, 1999.

Varios Autores: «Llamamiento», en *Boletín de las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales*, Salamanca: Secretaría General de las Conversaciones/Cine-Club del SEU de Salamanca, 1955.

Varios Autores: *Primeras jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana. Comunicaciones y ponencias*, Salamanca: Facultad de Filosofía y Letras, 1956.

Varios Autores: *La Universidad*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1969.

Varios Autores: *Historia universal del cine*, Barcelona: Planeta, 1982, vols. I y II.

Varios Autores: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid y UCM, 1988.

Varios Autores: *Historia general de España y América. La época de Franco*, tomo XIX-1, Madrid: Ediciones Rialp, 1992.

Varios Autores: *La Dirección Cultural de Relaciones Culturales y Científicas (1946-1996)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996.

Varios Autores: *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, dirección Virgilio Pinto Crespo, Madrid: Caja Madrid y Lunwerg editores, 2001, tomo II.

Varios Autores: *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003.

Varios Autores: *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por José María Jover Zamora, Tomo XL: *República y guerra*, Madrid: Espasa Calpe, 2004.

Varios Autores: *Conversaciones con editores. En primera persona*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006.

Varios Autores: *Las Misiones Pedagógicas, 1931-1936*, Madrid: Residencia de Estudiantes, 2006.

Varios Autores: *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, editor Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

Vázquez Cuesta, Pilar: «Alonso Zamora Vicente y la cultura galaico-portuguesa», en *PSA*, t. LXX, 1973, págs. 337-343.

Vega, Lope de: *El villano en su rincón y Las bizzarrías de Belisa* (edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente), Madrid: Espasa Calpe, 1963.

Vega, Lope de: *Peribáñez y el comendador de Ocaña y La dama boba* (edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente), Madrid: Espasa Calpe, 1963.

Vigón, Braulio: *Vocabulario dialectológico del Concejo de Colunga*, edición preparada por Ana María Vigón Sánchez, Madrid: 1955, Gráficas Benzal.

Vila-San Juan, José Luis: *La vida cotidiana en España durante la dictadura de Primo de Rivera*, Barcelona: Argos Vergara, 1984.

Vilanova i Vila-Abadal, Frances: «En el exilio: de los campos franceses al umbral de la deportación» en *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, eds. C. Molinero, M. Sala y J. Sobregués, Barcelona: Crítica, 2003.

Villanueva, Darío: «Papeles de Son Armadans en la obra de C.J. Cela» en *Hispania XX*, Université de Bourgogne, 1991, págs. 217 a 228.

Villanueva, Darío: «Alonso Zamora Vicente y la crítica literaria» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 301-310.

Viudas Camarasa, Antonio: «El Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y el dialectólogo Alonso Zamora Vicente» en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 285-299

Weber, Frida: «Para la historia del instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”» en *Homenaje al instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”*. En su cincuentenario 1923-1973, Buenos Aires, 1975.

Zapatero, Virgilio: «La sincronización de España con Europa» en VV. AA.: *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, editor Miguel Ángel Puig-Samper Mulero, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, págs. 23-28.

Zavala, Iris M.: «Valle-Inclán y los críticos», en *MLN*, 85, núm. 2, Hispanic Issue, marzo de 1970, págs. 279-286.

Zubizarreta, Armando: «Lengua y evocación en Primeras hojas», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 90, junio de 1957, págs. 364-377.

Zuleta, Emilia de: «La narrativa de Alonso Zamora Vicente», en *Papeles de Son Armadans*, t. LXX, núms. CCIX-CCX, Madrid-Palma de Mallorca, agosto-septiembre 1973, págs. 181-217.

Zuleta, Emilia de: *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid: Gredos, 1974, 2ª edición.

Zuleta, Emilia de: *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1983.

Zuleta, Emilia de: «Reconstrucción de un mundo por el lenguaje (Zamora Vicente narrador)», en *Revista de Filología Románica*, 7 Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1990.

Zuleta, Emilia de: «El hispanismo de Hispanoamérica» en *Hispania*, vol. 75, octubre de 1992.

Zuleta, Emilia de: *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Ediciones Atril, 1999.

Zuleta, Emilia de: «Los cuentos de don Alonso», en *Con Alonso Zamora Vicente*, tomo I, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, págs. 310-318.

Zulueta, Carmen de: *Cien años de educación de la mujer española. Historia del Instituto Internacional*, Madrid: Castalia, 1992.

BIBLIOGRAFÍA DE ALONSO ZAMORA VICENTE

LIBROS:

Zamora Vicente, Alonso: Francisco de la Torre, *Poemas*, edic., prólogo y notas, Madrid: Espasa Calpe, 1944.

Zamora Vicente, Alonso *De Garcilaso a Valle-Inclán*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1950.

Zamora Vicente, Alonso: *Las sonatas de Ramón del Valle-Inclán. Contribución al estudio de la prosa modernista*, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1951.

Zamora Vicente, Alonso: *Presencia de los clásicos*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1951.

Zamora Vicente, Alonso: *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón (Colunga)*, Granada: Universidad de Granada, 1953.

Zamora Vicente, Alonso: *Primeras hojas*, Madrid: Colección Literaria Ínsula XXIII, 1955. 2ª edic. de *Primeras hojas*, Madrid: Espasa Calpe, 1985.

Zamora Vicente, Alonso: *Smith y Ramírez S.A.*, Valencia: Castalia, 1957.

Zamora Vicente, Alonso: *Voz de la letra*, Madrid: Espasa Calpe, 1958.

Zamora Vicente, Alonso: *Lope de Vega*, Madrid: Gredos, 1961.

Zamora Vicente, Alonso: *Camilo José Cela. Acercamiento a un escritor*, Madrid: Gredos, 1962.

Zamora Vicente, Alonso: *Un balcón a la plaza*, Madrid: Alfaguara, 1965.

Zamora Vicente, Alonso: *La realidad esperpéntica. (Aproximación a «Luces de bohemia»)*, Madrid: Gredos, 1969.

Zamora Vicente, Alonso: *A traque barraque*, Madrid-Barcelona: Alfaguara, 1972.

Zamora Vicente, Alonso: *Valle-Inclán, novelista por entregas*, Madrid: Taurus, 1973.

Zamora Vicente, Alonso: *Desorganización*, Madrid: Espasa Calpe, 1975.

Zamora Vicente, Alonso: *El mundo puede ser nuestro*, Madrid: Ediciones del Centro, 1976.

Zamora Vicente, Alonso: *Sin levantar cabeza*, Madrid: Magisterio Español, 1977.

Zamora Vicente, Alonso: *Mesa, sobremesa*, Madrid: Editorial Magisterio Español, 1980.

Zamora Vicente, Alonso: *Tute de difuntos*, Santander: Ediciones Sur, 1982

Zamora Vicente, Alonso: *Estampas de la calle*, Madrid: Ediamérica, 1983.

Zamora Vicente, Alonso: *Suplemento literario*, Madrid: Austral, 1984.

Zamora Vicente, Alonso: *El habla de Mérida y sus cercanías*, Mérida: Ayuntamiento de Mérida, 1985.

Zamora Vicente, Alonso: *Libros, hombres, paisajes*, Madrid: Editorial Coloquio, 1986.

Zamora Vicente, Alonso: *Estudios de dialectología hispánica*, Anejo 25 de *Verba*, Santiago: Universidad de Santiago de Compostela, 1986.

Zamora Vicente, Alonso: *Vegas bajas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1987.

Zamora Vicente, Alonso: *Voces sin rostro*, Madrid: Espasa Calpe, 1989.

Zamora Vicente, Alonso: *Vida y obra de Valle-Inclán (1866-1936)*, Barcelona: Círculo de lectores, 1990.

Zamora Vicente, Alonso: *Examen de ingreso. Madrid años veinte*, Madrid: Espasa Calpe, 1991.

Zamora Vicente, Alonso: *Mentirijillas*, Albacete: Editora Municipal, 1991.

Zamora Vicente, Alonso: *El mundo puede ser nuestro*, 2ª edic. Barcelona: Círculo de lectores, 1991.

Zamora Vicente, Alonso: *Compostela años atrás*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 1993.

Zamora Vicente, Alonso: *Historias de viva voz*, Madrid: Alianza Editorial, 1995.

Zamora Vicente, Alonso: *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio de Nebrija, 1995.

Zamora Vicente, Alonso: *Hablan de feria*, Barcelona: Círculo de lectores, 1995.

Zamora Vicente, Alonso: *Historia de la Real Academia*, Madrid: Espasa Calpe, 1999.

Zamora Vicente, Alonso: *Cuentos con gusano dentro*, Palma de Mallorca, Bitzoc, 1999.

Zamora Vicente, Alonso: *¡Estos pobres diablos...!*, Madrid, Fundación Antonio de Nebrija, 2000.

ARTÍCULOS:

Zamora Vicente, Alonso: «El caballero de la mano en el pecho», en *Horizontes: revista mensual de juventud*, Madrid: Antiguos Alumnos del Colegio de Huérfanos de Médicos, núm. 7, diciembre de 1934, págs. 3-4.

Zamora Vicente, Alonso: «Los caballeros del entierro del Conde Orgaz», en *Horizontes: revista mensual de juventud*, Madrid: Antiguos Alumnos del Colegio de Huérfanos de Médicos, núm. 7, febrero de 1934, págs. 5-6.

Zamora Vicente, Alonso: «Sobre Juan Pablo Forner» en *RCEE*, 1940 págs. 293-300.

Zamora Vicente, Alonso: «La partida de nacimiento de Juan Pablo Forner» en *RFE*, XXV, 1941, págs. 111-112.

Zamora Vicente, Alonso: «Leonesismos en el extremeño de Mérida», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 89-90.

Zamora Vicente, Alonso: «Nombres de río sin artículo», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 90-91.

Zamora Vicente, Alonso: «Sobre léxico dialectal», en *RFE*, XXVI, 1942, págs. 315-319.

Zamora Vicente, Alonso: «En torno a la ciudad universitaria», *El Correo Gallego*, 18 de octubre de 1943.

Zamora Vicente, Alonso: «Sobre la enseñanza de la lengua y literatura nacionales», en la *Revista Nacional de Educación*, Madrid: núm. 36, diciembre de 1943, págs. 83-100.

Zamora Vicente, Alonso: «Sobre M. de Paiva Boléo, *Brasileirismos*», en *RFE*, XXVII, 1943, págs. 466-467.

Zamora Vicente, Alonso: «Campos de Figueiredo», Antología y traducciones con nota previa, en *Escorial*, 29, Madrid, marzo de 1943.

Zamora Vicente, Alonso: «Valle-Inclán en Galicia», en *El Correo Gallego*, Santiago de Compostela, 3 de junio de 1944.

Zamora Vicente, Alonso: edición, notas y prólogo a *Oración apologética por la España y su mérito literario*, Badajoz, Diputación Provincial, Biblioteca del Centro de Estudios Extremeños, 1945.

Zamora Vicente, Alonso: «Sobre petrarquismo». Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1945 a 1946. Universidad de Santiago de Compostela.

Zamora Vicente, Alonso: «El modernismo en la *Sonata de primavera*», en *BRAE*, 1946, CXX, págs. 27-62. El artículo después se publicó en el libro *De Garcilaso a Valle-Inclán*.

Zamora Vicente, Alonso: «Los valores poéticos en el teatro de Tirso», *Ínsula*, núm. 28, 1948, pág. 1.

Zamora Vicente, Alonso: «La Epístola a Mateo Vázquez», en el homenaje de *Ínsula* a Miguel de Cervantes en el cuarto centenario de su nacimiento (1547-1947), Madrid, *Ínsula* 1, 1948, págs. 189-193.

Zamora Vicente, Alonso: *El reino de Dios* (Traducción y notas). Madrid-Coimbra, Madrid: *Ínsula*, 1948.

Zamora Vicente, Alonso: «Portugal en el teatro de Tirso» en *Biblos*, Coimbra, 1948, t. I, vol. XXIV, págs. 1-41. El artículo también fue recogido en el libro *De Garcilaso a Valle-Inclán*.

Zamora Vicente, Alonso: «Ciudad Universitaria, 1935», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo III, n° 9, enero-marzo de 1949 (cuarta época).

Zamora Vicente, Alonso: «Evocación del esperpento», en *La Nación*, 28 de mayo de 1949.

Zamora Vicente, Alonso: «El dialectalismo de José María Gabriel y Galán» en *Filología*, II, Buenos Aires: Instituto de Filología, 1950, pág. 113-175.

Zamora Vicente, Alonso: «Gramática histórica, tres de la tarde», en *Amicitia*, Buenos Aires, 1951, número aniversario, págs. 62-66.

Zamora Vicente, Alonso: «Bibliografía lingüística española (1939-1942)», en *Os estudos de linguística românica. Na Europa e na América. Desde 1939 a 1948*, Coimbra: *Revista Portuguesa de Filologia*, 1951, págs. 226-247.

Zamora Vicente, Alonso: «Geografía del seseo gallego» en *Filología*, III, 1-2, 1951, págs 84-95.

Zamora Vicente, Alonso: «La frontera de la geadá» en *Homenaje a Fritz Krüger*, tomo I, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1952.

Zamora Vicente, Alonso: «Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires», en *Orbis*, tomo I, núm. 1, Louvain: 1953, págs. 223-227.

Zamora Vicente, Alonso: «De geografía dialectal: -ao, -an en gallego» en *Homenaje a Amado Alonso, NRFH*, VII, 1953, págs. 73-80.

Zamora Vicente, Alonso: «Tres nombres argentinos (Julio Cortázar, Daniel Devoto y Alberto Salas)», en *Quaderni Ibero Americani*, 1953, págs. 321-323.

Zamora Vicente, Alonso: «Carta a María Rosa Alonso en su isla», en *Ínsula*, núm. 102, junio de 1954, pág. 8.

Zamora Vicente, Alonso: «Tres expresiones argentinas», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, tomo V, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954, págs. 141-147.

Zamora Vicente, Alonso: «Ventura y azar de *La catira*. (Hablando con Camilo J. Cela)», en *Ínsula*, núm. 115, 1955, pág. 3.

Zamora Vicente, Alonso: «Ciudades universitarias» en *Ínsula*, núm. 22, 1957, pág. 2.

Zamora Vicente, Alonso: «Considerando, comprendiendo (Notas a un poema de César Vallejo)», en *Cultura Universitaria*, 60, Caracas, marzo-abril de 1957, págs. 80-87.

Zamora Vicente, Alonso: «Juan Ramón Jiménez en mi recuerdo», en *Monterrey*, Salamanca, 1 de marzo de 1957.

Zamora Vicente, Alonso: «Monólogo en torno a *Calle Mayor*» en *Cinema Universitario*, V, Salamanca: abril de 1957, pág. 34-35.

Zamora Vicente, Alonso: «Castilla adentro», en *La Nación*, 1 de diciembre de 1957. También recogido en *Libros, hombres, paisajes*.

Zamora Vicente, Alonso: «Juan Ramón Jiménez en mi recuerdo», en *Monterrey*, núm. 4, 1957; después se recogió en el libro *Voz en la letra*, Madrid: Austral, 1958.

Zamora Vicente, Alonso: «Un recuerdo de don Miguel de Unamuno», en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, VII, Salamanca, 1958.

Zamora Vicente, Alonso: «Tarde en Asturias», *La Nación* 19 de noviembre de 1958. Recogido también en *Libros, hombres, paisajes*.

Zamora Vicente, Alonso: «Permanente lección ejemplar: Don Ramón», en *ABC*, 13 de marzo de 1959.

Zamora Vicente, Alonso: «Releyendo *Luces de bohemia*», en *Ínsula*, núm. 176-177, 1961, pág. 9.

Zamora Vicente, Alonso: «Los grupos -uit-, -oit- en gallego moderno. Su repartición geográfica» en *Boletín de Filología*, XXI, 1962-1963, págs. 57-68.

Zamora Vicente, Alonso: «Una introducción a la "Comedia do viudo", en *Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid: Gredos, t. III, 1963.

Zamora Vicente, Alonso: «Nivelación artística del idioma», en *Presente y futuro de la lengua española*, t. II, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1964, págs. 39-49.

Zamora Vicente, Alonso: «Luis Chamizo, visto por Alonso Zamora Vicente», Badajoz: Diputación Provincial, 1964.

Zamora Vicente, Alonso: «Una cuartilla sobre Américo Castro» en *PSA*, mayo 1965, t. CX, n° XXXVIII, págs. 140-142.

Zamora Vicente, Alonso: «Algunos aspectos generales del español americano», en *Actes du X Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes (Strasbourg, 1962)*, París: Publiés par Georges Straka, tomo III, 1965, págs. 1327-1350.

Zamora Vicente, Alonso: «En torno a *Luces de bohemia*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 199-200, julio-agosto de 1966, págs. 204-226.

Zamora Vicente, Alonso: «Yo escribo los domingos», en *Prosa novelesca actual*, segunda reunión, agosto de 1968. Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo, págs. 275-285.

Zamora Vicente, Alonso: «Tres firmas de don Ramón Menéndez Pidal» en *BRAE*, t. XLIX, 1969, págs. 375-378.

Zamora Vicente, Alonso: «Tras las huellas de Alejandro Sawa (Notas a *Luces de bohemia*)», en *Filología*, año XIII, 1968-1969, págs. 383-395.

Zamora Vicente, Alonso: «Carta a Enrique Canito», en *Ínsula*, núms. 284-285, julio-agosto de 1970, pág. 6.

Zamora Vicente, Alonso: «Una ojeada al magisterio de Ramón Menéndez Pidal» en *La Torre*, San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico LXX-LXXI (Oct.-Dic. 1970 - Ene. Mar. 1971), págs. 143-163.

Zamora Vicente, Alonso: «Tomás Navarro Tomás, fonetista, dialectólogo» *Revista de estudios hispánicos*, Universidad de Puerto Rico, núm. 1-2, 1971, págs. 137-140.

Zamora Vicente, Alonso: Introducción y notas a *Luces de Bohemia*, Madrid: Espasa-Calpe, 1973.

Zamora Vicente, Alonso: «Contestación al discurso de entrada en la Real Academia de Emilio Alarcos», Madrid: Real Academia Española, 1973.

Zamora Vicente, Alonso: «Las narraciones de Camilo José Cela», en la *Novela actual*, Madrid: Fundación Juan March, 1975, págs. 237-249.

Zamora Vicente, Alonso: «Un manuscrito de Rubén Darío», en *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino (1910-1970)*, Madrid: Castalia, 1975, págs. 637-645.

Zamora Vicente, Alonso: «Tres cartas inéditas de Rubén Darío», en *Homenaje al Profesor Hans-Karl Schneider*, Hamburgo: Helmut Buske Verlag, 1975, págs. 637-643.

Zamora Vicente, Alonso: «Samuel Gili Gaya, ausente», en *El País*, 13 de mayo de 1976. También en el libro *Al trasluz de la lengua actual*, Madrid: Universidad Complutense, 1988.

Zamora Vicente, Alonso: «Más sobre Asturias. Léxico de la cestería popular» *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, núm. XXXII, 1976. Homenaje a Vicente García de Diego, págs. 579-590.

Zamora Vicente, Alonso: «Tomás Navarro Tomás (1884-1979)» en *BRAE*, cuaderno CCXVIII, septiembre-diciembre 1979.

Zamora Vicente, Alonso: «La cerámica popular», en *Los Cuadernos del Norte*, 3, agosto-septiembre de 1980, págs. 11-20.

Zamora Vicente, Alonso: «Relaciones literarias hispano-portuguesas» en *Cuatro lecciones sobre Camoes*, Madrid: Fundación Juan March, 1981, págs.11-42.

Zamora Vicente, Alonso: «Retrato», en *Hispanismen omkring Sven Skydsgaard*, Copenhagen, Romansk Institut, 1981, págs. 533-540.

Zamora Vicente, Alonso: «Discurso en el VIII Congreso de Academias de la Lengua, celebrado en Lima en 1980», en *Actas del Octavo Congreso de Academias de la Lengua*, Lima: 1981.

Zamora Vicente, Alonso: «Lección inaugural y ponencias» del Congreso Juan Ramón Jiménez, Huelva: Excma. Diputación Provincial de Huelva e Instituto de Estudios Onubenses, 1983.

Zamora Vicente, Alonso: «Carta a Ángel J. Battistessa», en *Homenaje a Ángel J. Battistessa en su octogésimo aniversario*, en la *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, VI-VII, diciembre de 1982-abril de 1983, págs. 23-25.

Zamora Vicente, Alonso: «Las quinas de Portugal», en Tirsiana. Actas del coloquio sobre Tirso de Molina, edición de Berta Pallares y John Kuhlmann Madsen, Madrid: Castalia, 1984.

Zamora Vicente, Alonso «Ulpiano Villanueva en el recuerdo», en el *Correo Gallego*, 9 de junio de 1985.

Zamora Vicente, Alonso: «Una mirada a lo popular en el teatro de Lope de Vega» en *«El castigo sin venganza» y el teatro de Lope de Vega*, Madrid: Cátedra/Teatro Español, 1986, págs. 15-30.

Zamora Vicente, Alonso: «Borges, esa ficción», en *Ínsula*, núm. 479, septiembre de 1986, págs. 5-6.

Zamora Vicente, Alonso: «Américo Castro y Cervantes», en *Homenaje a Américo Castro*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1987.

Zamora Vicente, Alonso: «En los ochenta años de Rafael Lapesa», en *Boletín de la Real Academia Española*, t. LXVIII, cuaderno CCXLIII (enero-abril 1988), págs. 51-54.

Zamora Vicente, Alonso: «Discurso de presentación del primer tomo del *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*», Madrid: 1988.

Zamora Vicente, Alonso: *Discurso de investidura de doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989.

Zamora Vicente, Alonso: *Las lozas de Talavera y Puente: siglos XVI al XX*, Madrid: Mercado de la Puerta de Toledo, 1989.

Zamora Vicente, Alonso: «Presentación del Atlas lingüístico galego», diciembre de 1990.

Zamora Vicente, Alonso: «Alfonso Reyes en sus dos riberas», en *El Independiente*, 25 de marzo de 1990.

Zamora Vicente, Alonso: «Dámaso Alonso, ya un recuerdo» en *Dámaso Alonso. In memoria*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1991.

Zamora Vicente, Alonso: «Real Academia Española», en *Las reales academias del Instituto de España*, Madrid: Alianza Editorial, 1992, págs. 53-100.

Zamora Vicente, Alonso: «Discurso de investidura de Rafael Alberti por la Universidad Complutense de Madrid en 1993».

Zamora Vicente, Alonso: «Enrique Canito, editor, librero, amigo» en *Ínsula*, núm. 554-555, 1993, pág. I.

Zamora Vicente, Alonso: «El teatro y el símbolo» en *Diario 16*, 11 de febrero de 1994.

Zamora Vicente, Alonso: *La otra esquina de la lengua*, Madrid: Fundación Antonio Nebrija, 1995.

Zamora Vicente, Alonso: «Un día extremeño más», *Boletín de la Real Academia de Extremadura*, VI, 1995.

Zamora Vicente, Alonso: Palabras pronunciadas en ocasión del Homenaje que se le dedicó al Prof. Pedro Peira Soberón, el día 26 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología de la UCM.

Zamora Vicente, Alonso: «La Escuela de Verano Española», en *La Dirección Cultural de Relaciones Culturales y Científicas (1946-1996)*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1996.

Zamora Vicente, Alonso: «Para Amado Alonso, ausente» en *Boletín de la Academia Argentina de las Letras*, tomo LXI, julio-diciembre de 1996, Buenos Aires: 1997.

Zamora Vicente, Alonso: «Camilo José Cela, cincuenta años después», en *El extramundi y los papeles de Iría Flavia*, núm. IX, 1997, págs. 9-35.

Zamora Vicente, Alonso: «Presentación del libro *Historia de la Real Academia Española*», *BRAE*, mayo-agosto de 1999, t. LXXIX, págs. 187-195.

Zamora Vicente, Alonso: «Caminando, la meta enfrente. Autobiografía de Zamora Vicente», en *Ideas/Imágenes*, suplemento cultural de *La nueva provincia* (Bahía Blanca), 31 de agosto de 2000.

Alonso Zamora Vicente: «Discurso pronunciado con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante», en *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, t. II, págs. 1163-1169.

Zamora Vicente, Alonso: «Homenaje a la antigüedad académica», Madrid: Instituto de España, 2005.

Zamora Vicente, Alonso: «Camilo José Cela» en *Camilo José Cela, fabulador: entre la memòria i la mirada*, Islas Baleares: Sa Nostra Caixa de Balears, 2006, págs. 26-31.

Mario Pedrazuela Fuentes

Alonso Zamora Vicente: vida y filología